LUIS A. SANTAMARÍA

# EL PRECIO DEL SILENCIO

LO QUE NADIE DEBIÓ CALLAR



MÓNICA LAGO 7

# EL PRECIO DEL SILENCIO

SERIE MÓNICA LAGO

LIBRO 7

LUIS A. SANTAMARIA

UNIVERSO MÓNICA LAGO

Copyright © 2025 Luis A. Santamaría

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Publicado por Luis A. Santamaría

Fecha de edición: Octubre de 2025

www.luisalbertosantamaria.com



# UN LIBRO GRATIS

Antes de adentrarte en esta aventura, quiero regalarte un libro de intriga que ya ha removido miles de corazones. La conmovedora y misteriosa historia ya acumula más de 7.000 reseñas en Amazon.

**DESCARGA TU LIBRO GRATIS**

# OBRAS DEL AUTOR

***INSPECTORA MÓNICA LAGO***

**Entre bambalinas**

**Entre líneas**

**Entre viejos desconocidos**

**Secretos entrelazados**

**Heridas abiertas**

**Asuntos pendientes**

**El precio del silencio**

**Mónica Lago Libro 8**

---

***TONI GALÁN***

**Crimen fuera de escena**

**La última noche de Anne Miller**

**Juegos peligrosos**

---

***LA DESAPARICIÓN DE MARGOT LANE***

**Margot**

**Huida**

**Abismo**

---

***TRILOGÍA OLI***

**El secreto de Oli**

**El aleteo de la mariposa**

**Veinte veintitrés**

---

***LIBROS INDEPENDIENTES***

**No puedes ser tú**

**Mensajes ocultos**

**Reflejos en el espejo**

# ÍNDICE

Parte I
1
2
3
4
5
6
7
Parte II
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
Parte III
29
30

31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
Parte IV
64
65
66
67
68

69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
Postfacio
Gracias por leer “El precio del silencio”
Mónica Lago, libro 8
JUEGOS PELIGROSOS (TONI GALÁN #3)
Agradecimientos
Un libro gratis
La trilogía de Margot Lane (Precuela de Mónica Lago)
La serie de misterio de Toni Galán
La serie policiaca de Mónica Lago
La trilogía de Oli
Otros títulos
Acerca del Autor

A mis lectores digitales,
que ya sois como parte
de mi familia.
¿Preparados para una nueva
y peligrosa investigación?
Luis Zancada

*Para Silvia, la mejor compañera de vida*

Se necesitan dos años para aprender a hablar… y sesenta para aprender a callar.

ERNEST HEMINGWAY

*El primer impacto es el más brutal.*

*Silencio. Por fin silencio.*

*La piedra pesa en mi mano. Tibia. Dura.*

*Su cabello se adhiere a mi palma al tocarlo.*

*«Por favor… Por favor…»*

*Joder, no… ¡está hablando!*

*No lo pienso. Mis dedos se cierran alrededor de la piedra hasta que sus aristas se clavan en mi piel. Le asesto un segundo golpe.*

*Y luego un tercero.*

*El cuarto ya no lo siento.*

*Todo se vuelve borroso. Mi brazo se mueve por voluntad propia, ajeno a mí.*

*Me detengo.*

*Jadeo. Me duelen los pulmones.*

*La piedra rueda de mis dedos entumecidos y cae sobre la tierra seca con un ruido sordo.*

*Extiendo el brazo. Ahora sí, su cabeza se mueve sin vida a mi roce, como la de un muñeco roto.*

*Oigo los grillos a mi alrededor, burlándose de mí.*

*«Mira, cariño», susurro a la noche. «Mira lo que me has obligado a hacer.»*

# PARTE UNO

# 1

Sabía que acudir allí significaba abrir una puerta que podría hundirle la vida.

Aun así, le temblaban las piernas de emoción.

La música comercial seguía sonando a lo lejos. Aquella retumbante mezcla de bajos y risas parecía no tener fin. Pero Alicia ya no estaba allí.

Caminaba sola entre sombras alargadas y farolas distantes que apenas iluminaban el camino; el oscuro sendero de tierra parecía dispuesto a tragársela por completo. No podía deshacerse de la sensación de desgracia inminente. A cada paso, el bullicio de las fiestas quedaba más atrás. La voz de su amiga Marta, que le había gritado algo cuando se fue, ya era un eco difuso.

El móvil vibró en su mano.

«Estoy de camino 😊», escribió, con los dedos fríos y rápidos. El esmalte de sus uñas se estaba desconchando, pero ni eso le importó. Estaba a otra cosa.

Tres puntos suspensivos aparecieron. Luego, un mensaje.

Alicia sonrió. Esa sonrisa tonta que surge sin más. Miró la batería: 6%. Mierda.

«Me queda poca batería», tecleó.

Se subió la cremallera de la sudadera y respiró hondo. La noche era más fresca allí, entre encinas y zarzas. Se oía el ruido de sus zapatillas contra el suelo seco y, muy de fondo, un gato maullaba.

Dejó atrás la última farola.

A un lado del sendero, en una curva, oyó una lechuza.

Alicia giró la cabeza. Se detuvo. Para su sorpresa, no estaba asustada. Milagros del alcohol barato.

Alguien emergió de la penumbra.

Ella dio un respingo, pero enseguida se relajó. Ladeando la cabeza, sonrió.

—Hola —dijo.

El otro no respondió.

La sonrisa de Alicia no tardó en congelarse.

Y su vida, como ella ya había previsto al caminar por ese sendero, se hundió muy hondo.

# 2

Cuando esa mañana Darío Toscano vio por primera vez la cama vacía y sin deshacer de su hija, no sintió pánico.

Eso vendría después.

Se había despertado a las siete, demasiado pronto para un sábado, pero se sentía con energía. Luisa, que era un búho, lo llamaba loco por levantarse tan temprano incluso en fin de semana. Iban a hacer tres años desde que ella se fue, y Darío aún miraba su lado vacío de la cama como si fuera a encontrarla dormida. Aún fingía escuchar sus quejas matinales, adormilada, medio riendo. Era un pinchazo directo al pecho que ya formaba parte de su rutina.

Se desperezó, fue al baño y se puso el mono de ciclista. Rodó durante más de una hora por las carreteras comarcales de la zona mientras sentía su cuerpo desentumecerse por completo. Empezó con el ciclismo tras la muerte de Luisa. Ahora no podría dejarlo. Lo hace sentir vivo.

De vuelta, se dio una ducha y bajó a la cocina. En casa seguía sin escucharse ningún ruido. Se preparó una taza de café con la nueva máquina Nespresso. Al principio era reacio, prefería las italianas de toda la vida. Pero hay que rendirse ante lo práctico: cápsula, botón y café.

La luz del sol entraba a raudales por la ventana. Esa esquina era su rincón favorito. Se hizo con el café y la tablet, y se sentó junto a la ventana con vistas a la sierra.

Un pedacito de cielo.

Se dedicó a leer las noticias deportivas y disfrutar de su café. Al poco rato, Dolores saltó al alféizar y restregó su lomo dorado contra el cristal de la ventana. Al ver que él no le iba a dar nada de comer, se hartó enseguida y desapareció.

La casa continuaba en silencio.

Miró el reloj. Era hora de despertar a Lucas. Su hijo, que cursaba segundo de la ESO, tenía un partido de baloncesto a las once en punto. Un torneo de verano. Darío no se perdía uno, a pesar de que el equipo no ganaba ni al parchís y de que Lucas era el especialista en calentar el banquillo. Aun así, su hijo se lo pasaba bien con sus compañeros, adoraba al entrenador y celebraba sus dos canastas por temporada como si fueran triples en la NBA. Así deben ser las cosas a los trece años.

Alicia, en cambio, estaba a punto de empezar la universidad. Había elegido veterinaria, probablemente como acto de protesta por no haberle dejado tener un perro. El remedio resultó ser peor que la enfermedad, porque se encariñó de Dolores. Al ver que deambulaba famélica y sin un techo fijo donde guarecerse, Alicia empezó a alimentarla por su cuenta, y ahora no hay día en que esa gata callejera no se acerque a por su botín.

Allá va un consejo para padres primerizos: los adolescentes son testarudos y nunca se rinden ante una negativa.

Esa mañana, ella tenía ensayo con la banda local para los festejos de la tarde en el pueblo. Tocaba el clarinete, una actividad que le robaba mucho tiempo pero que le encantaba casi tanto como los animales.

Como muchos padres de las afueras, Darío mantenía una relación de amor-odio con las actividades extraescolares. Sabía lo irrelevantes que eran a la larga, especialmente las deportivas, pero no podía evitar involucrarse en ellas.

Subió las escaleras con la intención de activar la casa. Abrió una rendija en la habitación de Lucas y se asomó con cuidado. Huracán nivel 5: ropa en el suelo, zapatillas bajo la cama, prendas colgando del armario como si fueran banderas de guerra. Lucas dormía de lado, con el rostro orientado hacia la puerta para que su padre

pudiera reparar en cómo se parecía a su madre. Un nuevo y doloroso pinchazo.

—¿Campeón?

Lucas se movió e hizo un ruidito sin abrir los ojos.

—Tenemos partido en hora y media.

—Ya voy —gruñó, con una voz que indicaba exactamente lo contrario. Cada vez tenía más voz de ogro; el niño estaba desapareciendo, y eso a Darío le provocaba… pues sí, más pinchazos.

El siguiente dormitorio era el de Alicia.

La puerta estaba cerrada. Y la cama… vacía. Impecable.

No le dio importancia. Sabía que iba a dormir en casa de Marta. Nunca hubo necesidad de imponerle un toque de queda. Alicia era sensata y respetuosa. Nunca se aprovechaba de esa confianza.

La noche anterior, él se había acostado a las once. No se quedaba en vela como Luisa, que fingía ver la tele mientras esperaba oír la verja, el paso leve de su hija y el sonido de las llaves en la cerradura. Entonces la recibía con una mirada directa a los ojos, buscando discretamente señales en las pupilas, olores, pistas que hablaran de tabaco o alcohol. Darío nunca lo vio necesario. Alicia siempre le había demostrado que podía estar tranquilo con ella.

Estaba a punto de seguir adelante y pasar del asunto cuando algo, no supo exactamente qué, lo hizo detenerse y volver a mirar el reloj.

Quedaban dos horas para el ensayo. Si tenía que ducharse, vestirse y llegar, ya iba tarde. Y más, teniendo en cuenta lo coqueta que se estaba volviendo.

Le escribió un mensaje.

Un solo *check*.

¿Qué significaba eso? ¿Que no lo había recibido? ¿Que no tenía cobertura? ¿O que le había llegado pero no lo había leído?

Decidió llamarla. Mejor salir de dudas. Fue entonces cuando empezó a sentir un peso en el estómago.

Saltó el buzón de voz.

El peso en el estómago se incrementó cuando llamó a los padres de Marta.

Marta había llegado hacía varias horas y estaba desayunando en casa. Pero Alicia no se había quedado a dormir.

El peso siguió en aumento cuando oyó a la madre de Marta gritarle desde la cocina:

—¡Marta! ¿Sabes algo de Alicia?

Y la respuesta, desde otra habitación, con voz protestona de recién levantada:

—¡Yo qué sé! Nos separamos. Supuse que se fue a su casa.

Darío casi dejó caer el móvil.

Alicia le había mentido.

¿Por qué?

Darío se despidió con voz neutral, tratando de que no se le notara el pánico. Así continuó cuando llevó a Lucas al partido. Y más tarde, cuando se presentó en la iglesia, donde ensayaba la banda.

Alicia tampoco estaba allí.

La preocupación crecía. No explosiva, sino lentamente, como un tumor emocional. Escribió a padres, madres, profesores. Nadie sabía nada de su hija.

Fue a la comisaría local, donde lo despacharon con rapidez:

—Señor, estamos en Sanse, en agosto. Son fiestas. Seguro que está con amigos. Si tenemos que atender todas las llamadas de padres preocupados, tendríamos que pedir ayuda al ejército. Váyase a casa y espere a su hija. Si pasan 24 horas y sigue sin aparecer, vuelva.

Pasaron 24.

Luego 48.

Entonces intervino la Policía Nacional. Para entonces, el peso en el estómago era casi insoportable.

Lo fue del todo al cabo de una semana, cuando seguía sin haber ninguna noticia de Alicia.

Era como si se la hubiese tragado la tierra.

Pasó un mes. Nada. Pasaron dos. Sin novedad al respecto. Y entonces, finalmente, durante el tercer mes, hubo noticias… Y la

piedra que le había crecido a Darío en el estómago, la que no le dejaba respirar ni dormir por las noches, dejó de crecer.

# 3

*Casi tres meses después*

—Lo lamento.

Andrés Gordillo observa al padre acomodarse en la silla, echar la cabeza hacia atrás y contener las lágrimas.

—¡Han pasado casi tres meses! ¿Cómo es que no la habéis encontrado todavía? ¡En algún sitio tiene que estar!

Se desploma sobre la mesa del despacho y deja que las lágrimas corran. Andrés sabe que Darío Toscano es un buen hombre: buen vecino, marido ejemplar, padre entregado y proveedor. Pero ha descubierto que, a pesar de su corpulencia, no es especialmente fuerte.

Andrés no se inmuta. No porque no le afecte, sino porque ya está entrenado para contener el temblor en los labios. Ese hombre está cada vez más deshecho. Sería un tópico decir que ha envejecido diez años en cuestión de semanas, pero es lo que parece. Ojeras hundidas, voz rota, la misma chaqueta raída de siempre. No hay padre que aguante tanto. Pero sigue viniendo. Cada día. Cada maldito día.

¿Rendido? No. Eso nunca. Un padre no se rinde, aunque le queden solo los huesos y una vana esperanza.

Andrés, que ha perdido otras cosas y conoce bien esa sombra, lo entiende. Él también tiene una hija. Recrea la imagen del torbellino que es ella, su sonrisa, que ocupa su cara entera, y siente un

malestar. ¿Cómo reaccionaría él si Laura desapareciera? No quiere ni pensarlo. Y aun así, es inevitable.

La evocación de su hija le recuerda su compromiso de hoy. Echa un vistazo al reloj y cambia de postura en la silla.

—Seguimos buscando —dice.

Darío alza la mirada. Tiene los ojos llorosos y llenos de venillas inflamadas.

—¿Cómo? —inquiere—. Quiero decir, ¿qué más se puede hacer?

—No lo sé, Darío. Estamos haciendo todo lo que podemos. Te pido un poco más de paciencia.

Maldito término. «Paciencia». Suena a burla para alguien que lleva setenta y nueve noches sin dormir.

Por un segundo, parece que Darío va a lanzarse sobre él. Pero solo asiente. Aprieta los labios y se suena la nariz con la dignidad rota. Hoy está más derrotado que nunca.

—No lo entiendo —dice, como tantas veces ha hecho—. ¿Cómo es que no tenéis nada? Con toda esa tecnología, esos avances, los drones, la IA…

La voz de Darío se va apagando. Menea la cabeza. No lo comprende, es incapaz. Pero Andrés sí. Las cosas, simplemente, no funcionan así. La gente, cuyo conocimiento de la actividad policial se basa en una vida viendo series de televisión en las que todos los casos se resuelven en cuestión de horas, cree que llegará un agente acicalado y de ceño fruncido, encontrará un pelo, una huella de zapato o un pellejo, colocará la pista bajo el microscopio y, *voilà!*, se resolverá el misterio justo antes de los títulos de crédito. Pero la realidad no es así.

La realidad es que el mal vence a veces.

Y ninguno de nosotros está a salvo.

La escena ya es rutina. Darío aparece, se sienta, llora, repite lo mismo y se va. Andrés lo permite, aunque sabe que no es el protocolo. Normalmente, un inspector jefe no recibe en su despacho a los familiares de las víctimas, pero desde el primer día en que Darío se presentó en la Jefatura, Andrés se vio incapaz de negarle un poco de su tiempo. Porque, tres años atrás, ese hombre había perdido a su mujer. Accidente de coche, siniestro total. De un día

para otro, Darío se vio obligado a tragarse el dolor y lidiar con el difícil rol de padre viudo de dos criaturas con más hormonas que criterio. Lucas tiene catorce. Todavía le hace caso. A veces.

Alicia es la mayor.

Diecisiete cuando desapareció.

Ahora ya es mayor de edad, si es que sigue viva. Pero nadie celebró su cumpleaños. Ni tarta, ni velas. Solo silencio y fotos antiguas.

Su expediente es inmaculado: buena estudiante, sociable, de las que sonríen sin querer llamar la atención. Un poco rebelde, pero ¿quién no lo es a su edad?

¿Cómo decirle «vete a casa» a un tipo así? Andrés no puede. Quizá otros policías sí. Pero él no. Normalmente, solo escucha. Lo deja vaciarse. Pero hoy… hoy tiene un compromiso. Y el tiempo empieza a apremiarle.

—No volverá, ¿verdad? —La pregunta de Darío es casi un susurro.

Tiene las mejillas brillantes y le tiemblan las manos. También la voz. Andrés siente el impulso de levantarse, rodear la mesa y abrazarlo. Pero se contiene. No solo porque debe mantener la compostura. También porque Darío mide casi dos metros y sus brazos son como vigas de obra. Sería ridículo. Y probablemente incómodo.

Andrés se aclara la garganta.

—Es difícil decirlo, pero no tiene buena pinta, Darío —dice—. Han pasado más de dos meses. Lo siento.

No es la primera vez que Darío lo oye, así que no le pilla por sorpresa. Pero duele igual. Desde aquel viernes de agosto, la historia se repite sin demasiadas novedades que aporten una pizca de esperanza.

Alicia se puso guapa: un toque de maquillaje y el pelo suelto. No era para menos, se celebraban las fiestas de San Sebastián de los Reyes, sus favoritas.

En las calles, había comida, música y refrescos. El ambiente caluroso era perfecto para alterar aún más unas hormonas ya por sí envalentonadas. Nunca faltaban las petacas clandestinas, las bocas

compartiendo tragos y los adultos mirando hacia otro lado. Todo muy sano. Un día es un día.

La vieron por última vez llenándose un vaso de plástico. Un testigo dijo que la notó rara, como ida, pero lo achacó a un exceso de Bacardí con limón. En cualquier caso, nada alarmante. Después, la joven se perdió entre la multitud. Rondaba la una y media de la madrugada. A partir de ahí, nadie sabía dónde se había metido. Nunca llegó a casa. No contestó llamadas ni mensajes. En algún momento de esa noche, la tierra se tragó a Alicia.

O alguien hizo que se la tragara.

Muy cerca de allí está la Dehesa Boyal, una extensión de monte bajo y encinas donde el silencio se espesa al anochecer. Perfecta para esfumarse. O para hacer desaparecer un cuerpo.

No hay pistas ni testigos. Solo teorías. ¿La raptaron? No se produjo ninguna petición de rescate, así que eso quedó casi descartado. Tal vez está muerta. Es lo que se oye por los pasillos de Jefatura. O está viva, pero no quiere regresar. Lo más probable es que su padre y su hermano no vuelvan a verla jamás.

A estas alturas, Alicia Toscano es un fantasma.

La policía se puso en marcha a la mañana siguiente de la desaparición. Fueron al último lugar donde estuvo Alicia, una feria instalada para las fiestas. Lo primero que hicieron fue preguntar a los feriantes, por si alguno la había visto. Uno de ellos aseguró haberla visto pasar frente a un puesto de bocadillos, alrededor de las dos de la madrugada. Iba en dirección al final del paseo, hacia una zona más oscura y solitaria, ya que el camino salía del pueblo. Esa fue la última vez que alguien la vio con vida.

Todas las caravanas de los feriantes fueron inspeccionadas, pero Alicia no se encontraba en ninguna de ellas.

Se organizaron partidas de búsqueda y el caso saltó rápidamente a los medios de comunicación. Se distribuyó su imagen y descripción: diecisiete años, alta y delgada; alrededor de cincuenta y cuatro kilos. Tenía el cabello largo y oscuro, que se tornaba castaño bajo la luz del sol. «Como el de su madre», le diría Darío a Andrés más tarde, en la intimidad. Llevaba una camiseta blanca de tirantes,

una sudadera gris, un short vaquero rosa y zapatillas deportivas con cordones.

Revisaron todo: su móvil, sus redes sociales… Solicitaron a la compañía telefónica los registros de su teléfono. Así supieron que Alicia envió un último mensaje a las 2:04 de la madrugada a un número de prepago, imposible de rastrear.

A partir de esa hora, el teléfono dejó de transmitir señal.

También solicitaron imágenes de las cámaras de la zona. El listado de matrículas superó los quince mil registros, pero ninguna pertenecía a alguien con antecedentes por delitos sexuales.

Buscaban, por lo tanto, una aguja en un pajar. Solo que no estaban seguros de que hubiera aguja alguna.

Interrogaron a sus amigas, quienes coincidieron en que ella no tenía novio ni líos conocidos. Ninguna señal de querer huir. El padre aún lo repite como un mantra y las amigas lo confirman: Alicia nunca había mencionado problemas en casa.

Un conocido de la joven, que también estaba allí esa noche pero no con ella, aseguró haber oído gritos entre una mujer y un hombre. Le pareció una discusión de pareja, pero no pudo aportar pruebas ni el lugar exacto donde se originó el escándalo.

Casi tres meses después, nada encaja.

Darío, al fin, se levanta. Andrés respira aliviado, pero solo por dentro. Rodea el escritorio y lo acompaña hasta la puerta.

—Estamos en ello, Darío, de verdad. No dejamos de buscar. Lo prometo.

Le pone una mano en el hombro. Un gesto firme, sin dramatismos, pero que consuela algo al padre.

—Hemos visto casos similares —insiste, tratando de animarlo—, en los que la adolescente desaparecida aparece de repente. Solo quería desfogarse, vivir una aventura, o tal vez tenía un novio secreto. El año pasado, en Andalucía, una chica se lio con quien no debía y escapó. Al cabo de tres meses, ya estaba de vuelta.

Darío asiente intentando poner buena cara, pero no hay manera.

Andrés ya ha intentado vender esa idea antes. Él, como todo el mundo, incluyendo a Darío y su hijo, desea que se trate de una fuga.

—¿Por qué se iba a escapar? —dice Darío de pronto, visiblemente ofendido—. Vale, igual le gustaba tomarse un trago de vez en cuando y cosas así. Pero Alicia era feliz, ¿sabes? Le gustaba el instituto. Le gustaba tocar en la banda. Y nos quería. ¿Para qué iba a escaparse?

Andrés no tiene respuesta para eso.

—No lo sé.

Atraviesan juntos la oficina hasta el ascensor, que se traga a Darío. Andrés se queda un rato mirando la luz que parpadea con el número de cada piso.

Respira hondo.

Entonces siente las miradas detrás. Mónica y Rayco lo esperan en sus puestos. Ella está recostada en su silla, con un pie en la cajonera. Él revisa algo en su tablet, sin levantar la cabeza.

—¿Otra vez ha roto a llorar? —pregunta Mónica.

Andrés no contesta, solo asiente. Se pasa una mano por la nuca y se dirige a la sala de las máquinas de café. Al cabo de unos segundos, vuelve a asomar la cabeza.

—¿Venís o no?

Ellos captan el mensaje. En menos de lo que Mónica tarda en apurar su café de máquina —ese que sabe a calcetín viejo con cafeína—, los tres están reunidos en el *office*.

Rayco es el primero en hablar:

—Pobre hombre. Sabe que lo más probable es que su hija esté muerta. Y también que nosotros pensamos así. Puedo llegar a entenderlo.

—Sí, yo también —admite Andrés, que ha notado una grieta en la expresión de Rayco, últimamente tan jovial. El canario sabe lo que es perder a alguien. Creía que su hija Faina estaba muerta, pero luego la recuperó. Sin embargo, el daño queda. También perdió a su primera mujer, asesinada. Rayco, de todos, es el que más cerca ha estado de Darío Toscano sin estar en sus zapatos.

Andrés mira a Mónica. Hoy lleva una camiseta con el lema: *No soy antisocial, soy antiestúpidos*. Él sonríe por dentro. Siempre tan afilada, incluso en el algodón de su ropa. Mónica masca chicle como si estuviera esperando una pelea. Parece fría, pero Andrés sabe que,

por dentro, está pensando en Jamie. Nunca habla mucho de su hijo, pero no perdona los momentos con él. Su favorito es el del baño, antes de darle la cena. Ella lleva la preocupación bien escondida, como casi todo.

—Ya lo hemos repasado mil veces —dice Andrés, señalando su cuaderno de notas—. La chica no tenía enemigos ni razones para irse por su cuenta. Estuvo en esas fiestas y luego… se esfumó.

—Pero seguimos sin cadáver —responde Mónica, como quien recuerda que falta el número clave del sudoku.

—Exacto. Y hemos buscado por media ciudad. Empezamos por la zona de San Sebastián, donde se la vio por última vez, y ampliamos desde ahí. Nada. Ni rastro. El móvil dejó de emitir señal en la Dehesa Boyal, a menos de un kilómetro del núcleo urbano. Desde entonces, cero actividad. La Dehesa es un entorno propicio para esconder un cuerpo, pero lo hemos peinado a fondo y allí no hay ningún cuerpo, más allá del de alguna liebre. Admito que no sé cómo seguir con este caso, chicos. Salvo esperar a que alguien la encuentre. Viva o muerta. Y tampoco sé qué más decirle a Darío Toscano cuando se presenta aquí cada día buscando un milagro.

—Es su forma de sobrellevar el duelo —dice Rayco.

Andrés asiente. Mira el reloj. Su ritmo cardíaco se acelera tímidamente.

—Lo sé. Pero eso no lo hace más fácil.

—El otro día me crucé con Pablo. Dice que Darío está al límite, que no puede más —comenta Rayco.

Andrés frunce el ceño.

—¿Pablo es ese amigo tuyo? ¿El pintor?

—Acaba de exponer unos cuantos cuadros. Y yo no lo llamaría amigo. Solo somos vecinos; jugamos al pádel de vez en cuando. Sus hijos han hecho migas con Faina y Hannah. Pasamos bastante tiempo juntos últimamente.

Mónica pone los ojos en blanco.

—Ah, la vida de padre, ¡qué apasionante! Por favor, no me digas que tenéis uno de esos grupos de WhatsApp para padres.

—Tú no te rías demasiado. Pronto te tocará relacionarte con las madres de los amigos de Jamie.

—Si ha heredado algo de mí, dudo que tenga amigos.

Rayco se ríe. Ha aprendido a disfrutar de su humor negro.

—El caso es que Pablo y Darío se conocen bastante —dice.

—¿El evento es hoy, no? —pregunta Mónica.

Rayco asiente.

—¿Qué evento? —pregunta Andrés.

—Nada, le han preparado una exposición en la galería donde exhibe los cuadros, en el centro. Prensa, curiosos y canapés. Nos invitó a Mercedes y a mí. No supe decirle que no.

—Qué detalle por parte de la galería, siendo un pintor desconocido —comenta Mónica.

—Está muy emocionado. Y, por lo visto, lo está petando.

—¿Qué tipo de arte pinta? —pregunta Andrés.

—Paisajes, creo. No estoy nada puesto.

—Ajam… —Andrés vuelve a mirar el reloj. Segunda vez. Rayco lo capta al instante.

—¿Te pasa algo? Estás más pendiente del reloj que del caso.

Andrés tarda un par de segundos en responder.

—Es que esta tarde llega mi hija. Tengo que ir a buscarla a la estación, y no quiero llegar tarde.

—¿Era hoy? —pregunta Mónica, tensándose como si le hubieran activado un resorte. De pronto, parece más nerviosa que él.

Andrés asiente. Ella se lleva una mano al bolsillo trasero de los vaqueros y saca las llaves.

—Pues vamos, no vayas a dejarla esperando en Atocha como a una turista despistada.

Él arquea las cejas.

—¿Así que me acompañas?

—Claro —responde ella, de manera concisa. El brillo de sus ojos dice todo lo demás. Andrés le devuelve la sonrisa.

Rayco, que acaba de sacarse un capuchino, se pone de pie.

—Pues decidle que se prepare. Madrid está en modo hormiguero estos días.

Andrés se queda el último. Cuando Mónica pasa junto a él, le da un azote ligero, cómplice. Ella da un respingo y le lanza una sonrisa torcida.

Rayco, al verlo, se lleva al hombro un violín imaginario, cierra los ojos y empieza a tocar.

Andrés coge aire, más nervioso desde que Mónica ha dicho que lo acompañará a la estación. Su única hija viene a visitarlos a la ciudad. Es la primera vez desde que Mónica y él se acuestan juntos.

¿Qué podría salir mal?

# 4

Pablo Lázaro observa su reflejo en la ventana de la cocina.

La luz de la lámpara le devuelve una versión ligeramente más joven de sí mismo. Su pelo, revuelto con intención, ya muestra algunas canas que delatan su edad: cuarenta y tres años. El tiempo ha pasado volando. Lleva una camisa blanca recién planchada y las mangas remangadas, como si intentara parecer casual. Nunca sabe qué postura adoptar ante su aspecto. Con la taza de café en la mano, se asemeja más a un pintor relajado y profundo, pero alejado de la imagen cliché del artista bohemio. Todos dicen que es atractivo, pero él nunca se ha sentido así.

Bebe un sorbo que le abrasa la lengua. Mañana tendrá una ligera quemadura.

La casa, un dúplex adosado en las afueras —el sueño de todo cuarentón—, sobrevive malamente. Pablo escucha los pasos suaves de Teresa en la planta de arriba y el susurro de la televisión encendida en el salón, ese murmullo que lo acompaña desde que se casaron. A veces parece que no se apaga nunca.

Teresa es seis años mayor que él. Se enamoró de Pablo cuando él le corrigió el retrato de un desnudo en un taller de pintura, usando la palabra «untuoso» para describir el tacto de los pechos de una mujer. Ella le dijo que nunca nadie le había tocado tan hondo.

Y aquí están. Ella, feliz. Él, atrapado.

El dinero ayuda. El chalet también. Y los niños… bueno, los niños no estaban en los planes. Pero es manejable. Casi siempre.

—¡Pero qué guapo estás!

Pablo se sobresalta cuando Teresa entra en la cocina. No la ha oído llegar.

—Gracias —responde, sin girarse.

—Perdona, no quería asustarte —se disculpa ella, rodeándole la cintura.

Él observa a ambos en el cristal y siente una pizca de irritación. Odia que su mujer lo siga a todas partes y le dé la razón en todo. Si fuera un gato, rozaría su lomo en su espinilla y ronronearía.

—Tú también estás muy guapa —dice, por complacerla. Ella ha elegido un conjunto azul oscuro de chaqueta y pantalón. En el pasado, cuando se conocieron, solía llevar faldas cortas y pantalones ajustados, pero el tiempo pasa para todos. A veces, piensa Pablo, parece que está casado con su madre.

Agita la cabeza para borrar esa imagen de su mente.

—¿Te ayudo con la corbata? —pregunta Teresa colocándose frente a él. Pablo no se había fijado; ella tiene una de sus corbatas en la mano. ¿Por qué se empeña en humillarlo?

—No —responde—. No quiero parecer un presentador de informativos. Iré sin corbata.

—Me parece una buena idea.

Su voz siempre a punto de romperse por emoción o inseguridad. Nunca se sabe.

—Sí —dice él, sin saber muy bien qué espera ella que diga. El reflejo de su boca se tuerce apenas. Da un nuevo sorbo al café, ya algo más templado.

—Hoy vas a estar radiante —añade ella. Y luego—: Estoy tan orgullosa de ti, Pablo.

Acerca su cara a su cuello, dudando. Como una niña grande buscando permiso. Es ridículo.

—¿Te has puesto colonia? —pregunta.

Él asiente, evitando su mirada.

—Hueles bien.

—Es la que me regalaste.

Eso es todo. No hace falta más para que a ella se le iluminen los ojos. Está tan dispuesta que podría subirla a la encimera y hacerle el

amor ahí mismo. Sería tan fácil. Pero no tiene tiempo. Ni tampoco ganas. Tal vez esta noche, de regreso.

—¡Mamá! ¡Inma me ha cogido un muñeco!

Bruno irrumpe en la cocina como una pelota mal lanzada. Tiene cuatro años y va descalzo. En un segundo, trastabilla y se estrella contra la pierna de Pablo, que no lo ve venir. El café tiembla en su mano, pero logra estabilizarlo antes de que se le caiga la taza. Pero ya es tarde. La pechera de la camisa se ha manchado de café.

—¡Bruno! —Teresa se agacha enseguida—. ¿Qué hemos dicho de correr por la casa? Mira lo que has hecho, cariño. Pide perdón a papá.

Pablo se queda quieto un segundo. Mira la mancha y luego al niño, que sonríe sin entender.

—Joder… —susurra, más para sí mismo que para nadie, esforzándose por mantener la calma. Últimamente le cuesta especialmente—. ¿Puedes vigilar a los niños? —le recrimina a Teresa. Sus ojos siguen brillando, pero esta vez el motivo es muy distinto. Está a punto de llorar, pero se contiene. Al menos, mientras él esté delante.

—Has dicho una palabrota —dice Bruno, haciendo gala de su inmensa y maravillosa ingenuidad.

—Es verdad, hijo. Lo siento. Ahora ve a ver un rato la tele, ¿vale? Papá tiene prisa.

Pablo camina hasta el pasillo y sube las escaleras de dos en dos, sintiendo en su nuca la mirada suplicante de Teresa. Ya está cambiándose cuando ella entra en el dormitorio.

—Seguro que puedo quitar la mancha —dice. Lleva a Bruno en brazos.

—Déjalo, es igual. Ya no hay tiempo.

Pablo elige una camisa de repuesto, azul celeste. Más gastada, pero aún sirve. Él quería ir de blanco, pero, en fin, hay tantas cosas que deseaba y se le frustraron… Esta es una más.

—Cariño… lo siento mucho… —Teresa está a punto de romper a llorar.

Pablo se queda mirando a Bruno, ahora más tranquilo en brazos de su madre.

—Baja al niño al suelo. Lo estás malcriando.

Es como si cada palabra la golpeara directamente al corazón. Sin decir nada, Teresa baja a Bruno al suelo, le coge de la mano y bajan a la planta baja, donde el crío, sabiéndose un dictador, no tardará en llorar para conseguir algo.

Termina de vestirse con movimientos lentos y mecánicos. Vuelve a escrutarse, esta vez en el espejo vertical que tienen en un rincón. Un hombre culto y leído, con camisa limpia y bien peinado. Yergue la espalda y saca pecho. Piensa en lo que va a decir esta noche. En las cámaras. En el foco. En su nombre impreso en el cartel de la galería.

*Exposición del pintor Pablo Lázaro.*

Toma aire y lo suelta de golpe. Pintor. Todavía no se lo cree.

Abajo, en el salón, Teresa está sentada en el sofá con el niño dormido en su regazo. Inma, la mayor, de nueve años, ocupa el rincón opuesto del sofá. Su madre la ha obligado a vestirse como una persona normal y, al final, ha conseguido que se ponga unos leggings y una sudadera blanca. No levanta la vista de su tablet. Su padre podría salir de casa en calzoncillos y ella ni se daría cuenta.

—¿Quieres que vayamos contigo? —pregunta Teresa, esperanzada. Tiene la voz firme y las mejillas secas, pero el ribeteado de sus ojos no miente.

—No —responde Pablo—. Prefiero llegar solo. Supongo que Begoña querrá darme los últimos consejos y no podré estar pendiente de vosotros.

Begoña es la representante de Pablo.

—Claro —dice Teresa. Su voz suena más pequeña ahora, como si hablara desde dentro de una caja cerrada—. A las nueve allí, entonces. Como todos.

Ha pronunciado ese «como todos» como si tuviera leche agria en la boca.

Pablo abre la puerta. El aire fresco de la noche le golpea la cara.

Antes de salir, se detiene en seco y se gira hacia Teresa.

—No olvides que mañana tengo entrevista con la radio. Que los críos no se pasen toda la noche con la tablet, ¿vale? Eso va por ti, brujilla.

—Okey… —responde su hija sin mirarlo.

Teresa tarda en hablar.

—Te deseo mucha suerte. Va a salir todo genial. Vas a brillar, Pablo. Te estaré apoyando desde el público.

Él hace un gesto que no llega a ser sonrisa. Una mueca de cortesía. Luego se va.

Cruza el patio, sube al coche y arranca sin prisa. Pone música clásica en el equipo de sonido. No es que le guste, pero queda bien si alguien lo para a las puertas de la galería. Un pintor serio escucha música seria.

Mientras conduce hacia el hotel, piensa en lo que dirá si le preguntan por la inspiración de los cuadros. Tal vez algo sobre una pérdida antigua. Algo que suene verdadero, aunque no lo sea. No importa.

También piensa en Teresa. En su desesperación por complacerlo. En sus abrazos pegajosos. En su voz aguda cuando se pone nerviosa.

Se arrepiente de haberle contestado así de mal. No se lo merece. Ojalá la quisiera como ella a él.

Sube el volumen. Un pianista está dándolo todo. Se esfuerza por seguir la melodía para no pensar más en su mujer.

Esta es su gran noche. Y nadie podrá estropearla.

# 5

Laura Gordillo es de las últimas en bajar del tren procedente de Valencia. Perfecto. Eso le da a Mónica unos segundos más para decidir cómo demonios presentarse.

¿Novia de su padre? Ni de coña. Es una adolescente. Ya vienen crispadas de fábrica; imagina si encima apareces como la que se acuesta con su progenitor.

¿Subordinada? Peor. Suena a «mi padre se tira a la becaria», versión comisaría.

¿Compañera de trabajo? Demasiado tibio, además de incompleto.

No sabe si saludarla con un beso, un abrazo o un apretón de manos tipo entrevista de prácticas. ¿Una broma ligera para romper el hielo? ¿O un silencio elegante y a otra cosa?

Dios, ¿por qué está tan nerviosa? ¡Si es solo una cría!

Sí. Y también es la hija de Andrés.

—¿Estás bien? —le pregunta él mientras esperan al otro lado de la puerta de llegadas.

—Perfectamente. ¿Por?

—Te estás dejando las uñas como un solar después de una batalla. Nunca haces eso.

Él le pasa un brazo por los hombros. Un gesto sencillo, lleno de calor, que le recuerda por qué está allí con él.

Mónica baja la mano de la boca.

—Todo bien —miente. Luego suelta—: Oye, no creo que sea buena idea seguir dándole esperanzas al padre de esa chica.

Andrés niega con la cabeza.

—Lo sé. Pero mientras no haya cadáver, un padre tiene esperanzas. Y el sufrimiento de ese hombre… me parte.

—Tú también crees que está muerta, ¿no?

Suspira.

—No lo sé, Mónica.

Y entonces, como si acabara de ver un gol en el descuento, se le ilumina la cara.

—¡Mira, ahí está Laura!

Mónica la reconoce por las fotos —aunque la imaginaba más niña — y porque tiene la misma nariz que su padre. Es menuda, delgada, con coleta alta y lleva puesta la expresión de «me han obligado a venir». Avanza entre la gente con paso rápido. Del hombro le cuelga una bolsa casi tan grande como ella.

Al ver a su padre, sonríe y acelera el paso. Lo abraza, pero sin exagerar. No vaya a notarse que se alegra de verlo.

Mónica, que también fue una adolescente de mecha corta y extraña a su padre más de lo que admite, sonríe por dentro. Por fuera, retrocede un paso, notando que le suda la espalda.

—Papá, que al final me rompes una costilla —protesta Laura.

Andrés la suelta y se vuelve hacia Mónica.

—Laura, te presento a Mónica. Es mi… —se le atasca la lengua un segundo— …la mujer con la que estoy saliendo.

Mónica carraspea, sonriendo como una idiota.

—Hola —dice—. Encantada.

—O sea, que es tu novia —matiza Laura. No hay malicia, pero la ironía adolescente cala hondo.

Las risas de Mónica y Andrés suenan forzadas como en una cena de empresa.

—Encantada de conocerte, Laura —repite Mónica. Le da un abrazo breve, casi protocolario. La joven lo devuelve sin entusiasmo pero sin rechazo. Mónica no puede reprimir un suspiro.

Andrés coge su bolsa y pone fin al momento.

—Venga, vamos a casa. He dejado el coche en doble fila y un poli debe dar ejemplo.

Ya es de noche cuando se sientan en torno a la mesa del salón de Andrés. Han pedido comida mexicana: tacos, totopos, guacamole, burritos y cerveza.

Jamie, a quien Mónica ha recogido de casa de su madre de camino desde la estación, juega sobre la colorida moqueta de gomaespuma que hay junto al sofá.

—¿Qué tal está el abuelo? —pregunta Andrés mientras monta un taco.

Mónica sabe que se refiere al padre de su difunta mujer. Andrés habla de él a menudo. Es un hombre que, con ochenta y cuatro años y un cáncer de pulmón a sus espaldas, sigue peleando con un humor que casi duele de admirar.

La cara de Laura se nubla. Baja la vista al plato.

—Está muy malito. La quimio lo tiene hecho polvo. Apenas come, duerme poco… y no se queja, que casi es lo peor.

Andrés le toma la mano por encima de la mesa.

—Menos mal que te tiene a ti.

Mónica deja su taco a medio montar y moja un totopo en guacamole.

—Tu padre me ha dicho que vives con él. ¿Te apañas bien?

Laura asiente, pasándose la mano por la nuca. Está incómoda, se nota. Mónica decide no tomárselo como algo personal. Es comprensible.

—Sí. Nos hacemos compañía. Yo limpio, cocino, saco al perro… y él me da techo cerca de la uni.

—Estudias turismo, ¿no? ¡Qué interesante!

—Ajá. Se me dan bien los idiomas —responde Laura sin levantar la vista.

—Eso está muy bien.

Mónica Lago, madrastra en prácticas. Nivel: principiante. En las pedorretas de Jamie hay más elocuencia.

El silencio se apodera del salón. Hasta que algo parece tocar la pierna de Andrés. Se le dibuja una sonrisa cuando mira hacia abajo y descubre a su acosador.

—¡Pero bueno! ¿Qué haces tú aquí?

Aúpa a Jamie y lo acomoda sobre sus rodillas. El niño, encantado por su nueva perspectiva de la mesa, se lanza hacia una torta de trigo. Andrés evita que meta la mano en el guacamole en el último instante. Mónica siente que su rostro se ilumina de felicidad.

Laura coge un puñado de totopos y habla con la boca medio llena.

—Papá, ¿me prestas algo de pasta? Quiero volver un día antes y tengo que comprar el billete.

—¿Cómo que te vas antes?

—Esther me ha llamado durante el viaje. Me ha invitado a una obra de teatro. Es pasado mañana. Me apetece.

—No sé, Laura…

—¿Quién es Esther? —salta Mónica.

—Una amiga —responde Laura, rápido, antes de que su padre diga nada.

Él bebe un sorbo de cerveza y se la queda mirando.

—¿Una amiga…? Dirás que era la mejor amiga de tu madre.

Laura pone los ojos en blanco.

—Y ahora es mi mejor amiga. ¿Cuál es el problema?

Silencio.

Mónica nota la tensión como una cuerda que no se rompe pero chirría. Más tarde, en la cama, Andrés le contará que Silvia y Esther eran como hermanas. Que Esther estuvo en todos los momentos clave: el hospital, el funeral, y lo más importante: el duelo.

Andrés suspira, consciente de que ha perdido una nueva batalla contra su hija.

—Ninguno, Laura.

Ella sonríe. Es la primera sonrisa auténtica que esboza en toda la cena.

—¿Ves? Qué bien. Así no tengo que esconder que Esther me está enseñando a liar porros.

Andrés escupe la cerveza por la nariz.

—¡¿Qué?!

Laura lo señala con el tenedor como si acabara de ganar un punto.

—Es broma, papá. Relájate.

Mónica no puede evitar soltar una carcajada.
Al final, la niña no venía tan armada.
—Bienvenida a casa —dice.
Y, por primera vez, Laura le devuelve la sonrisa.

# 6

Nada más salir de la estación, Blanca se enciende un cigarro con urgencia. La primera calada le entra como si fuera oxígeno.

—Qué asco de metro —se queja—. No sé por qué no hemos venido en coche.

—Porque es misión imposible aparcar en este barrio —responde Manuel, seco—. Y odias conducir.

—Pues pedimos un taxi. Para algo eres profesor.

—Claro. Y los cuarenta pavos los pones tú, ¿no?

Blanca tiene que morderse el labio para no saltar. Ha sido un golpe bajo. Ella dejó de trabajar hace casi veinte años, cuando nació Adrián, el pequeño. Con Ana, la mayor, conciliar ya resultaba difícil, pero cuando llegó el niño, Blanca tuvo claro que una madre debía quedarse en casa. Una decisión que cada día le escupe en la cara.

—Tú ganas. Como siempre —termina diciendo.

Caminar por las estrechas calles del centro les sirve para no mirarse demasiado.

—Intenta no beber como una cosaca esta noche, ¿vale? —suelta él de pronto.

Blanca lo fulmina con la mirada. Él ni parpadea. Lleva la chaqueta abierta, como si el frío fuera para los demás. El reloj de marca brilla bien a la vista en su muñeca, y luce esa expresión de superioridad permanente que viene de serie en ciertos tipos de idiotez.

—Y tú intenta no babear con la primera pechugona que se te cruce —contraataca Blanca, ajustándose la bufanda.

Manuel ladea la sonrisa.

—Qué fina vienes hoy.

—¿Y tú? Con la munición cargada, como siempre. Estamos empatados.

Más que pasos, Blanca propina taconazos a los adoquines. Así de rabiosa está.

Frente a ellos, una pequeña cola serpentea hasta la entrada de la galería. A través del cristal se ve un amplio espacio diáfano de luces cálidas y al fondo, mesas con vino y canapés. Es el tipo de ambiente donde todos fingen que les gusta el arte.

Se detienen en la fila. Manuel saca el móvil del bolsillo interior de la chaqueta y lo desbloquea. Suspira como si acabara de revisar el Ibex 35.

—¿Estás nervioso? —pregunta Blanca, escupiendo una flecha de humo. No lo mira a la cara.

—¿Por qué iba a estarlo?

—No sé. Quizá porque te esperan dos horas de fingir que te interesan los cuadros delante de un montón de señoras y aspirantes a presentadores de La 2.

—No es más que una exposición, relájate. Solo espero que no se alargue mucho. Además, no soy yo el que firma los lienzos.

—No. Tú solo firmas préstamos. Y a veces, pechos ajenos.

Manuel fuerza una carcajada. Disfruta del veneno, aunque no lo admita.

—¿Cuándo te volviste una ordinaria?

—Cuando me di cuenta de que me había casado con un gilipollas.

—Eres única —dice él, negando con la cabeza.

—Y tú un cliché con patas.

Ella lo observa de perfil. Todavía está bien, eso es innegable. Alto, mandíbula marcada, el tipo de hombre que no ha pisado un gimnasio pero siempre parece estar en forma. Pelo plateado, bien cortado y aún con volumen. Hubo un tiempo en que ella estaba enamorada, le gustaba de verdad. Se conocieron con catorce. Ella era la reina del patio. Había ido a una fiesta del instituto y, tras beber en exceso, se enrolló con Manuel, un cantamañanas con

abdominales que jugaba al fútbol y que, según el diccionario personal de Blanca, atendía por «no es mi tipo». Aun así, siempre acababan atrayéndole los chicos malos que hacían ruido; qué tonta era. Y a él, las chicas que brillaban sin esfuerzo. Mala combinación. Y peor matrimonio. A los veintidós ya estaban casados. A los veintitrés, arruinando cenas familiares. Y ahora, aquí, tirándose los platos a la cabeza.

Si no fuera por los chicos, ya lo habría dejado. Adrián, el pobre, es quien peor lleva que sus padres no puedan ni verse. Tiene dieciocho años, una edad delicada en la que cualquier error puede hacer que te desvíes. Por fuera, mantiene la fachada: entrena con el equipo de fútbol, le grita a la videoconsola y, en general, parece normal. El año pasado repitió segundo de bachillerato, pero no puede culparlo, considerando el cisma familiar.

La fila avanza a buen ritmo.

—¡Manu! ¡Blanca! ¡Qué ilusión veros aquí!

Paula Rivera se abre paso hasta ellos. Pelo largo, precioso. Sonrisa dulce. Escote en V y tacones de aguja. Derrocha belleza y vitalidad, como si fuera por el mundo restregando su juventud a las demás. Trabaja como profesora de primaria en el mismo colegio que Manuel. Blanca la conoce de cuando le daba clase a Ana y, después, a Adrián. No le cae bien.

Paula le planta dos besos a Manuel como quien marca ganado. A Blanca, solo uno. Corto y seco.

—¿Venís a ver a Pablo? ¡Estoy deseando saludarlo!

Blanca la mira sin parpadear. No necesita pruebas; la energía que Paula le lanza a Manuel podría alimentar tres centrales eléctricas.

—Sí, venimos por eso. Y por el vino gratis.

—Ay, qué graciosa eres. Siempre tan ingeniosa…

—La exposición de Pablo no tiene mala pinta —dice Manuel, cruzándose de brazos e hinchándose como un pavo real—, aunque prefiero el estilo de Pollock.

Blanca pone los ojos en blanco. Muy propio de Manuel hacerse el interesante con autores de los que solo ha visto su *biopic* o documental.

Paula se cuelga del brazo de Manuel. Blanca no pasa el gesto por alto; sabe a qué está jugando. Esa niñata aprovecha que Manuel y ella son compañeros y hace eso que hacen algunas mujeres cuando creen que el marido ajeno es un trofeo por el que pueden competir. Aunque, en este caso, el trofeo ya está oxidado.

—No sabía que te interesaba la pintura —suelta Blanca sin apartar la vista de Paula, aunque en realidad quiere decir: «sé que has venido por mi marido, zorra».

—¿Y por qué no iba a interesarme?

No sin cierta envidia, Blanca pega un repaso a su perfecta figura de veinteañera.

—No, por nada… —«Salvo por el detalle de que te la sudan los cuadros», piensa.

Se balancea sobre los tacones, apura el cigarro y lo pisa con rabia contenida. Mientras avanzan, ve cómo Manuel estira el cuello para mirar el escote de Paula. «Podría ser tu hija, cariño…» Paula parlotea sobre lo guapo que está Pablo Lázaro y que «sus cuadros le han removido cosas». Por supuesto que sí.

Finalmente entran en la galería, donde un calor fuerte les obliga a quitarse los abrigos. Ignorada por su marido, que en este momento solo tiene ojos para la deslumbrante profesora de infantil, Blanca pone rumbo a la mesa de los vinos.

# 7

Desde una esquina, Pablo inspecciona la sala como si fuera un campo minado. Begoña, su representante, lo agarra del brazo por enésima vez. Es su forma de decir: «*mírame, escúchame, concéntrate en mí*». Ella habla sin parar: que si la galería es acogedora, que si los canapés están de muerte, que si la venta de los cuadros ya está casi asegurada. Menciona entrevistas, artículos, presentaciones… su voz se desliza como un mosquito en una noche pegajosa de verano.

Pero Pablo apenas la escucha. Solo asiente, educado, y se zafa de ella con disimulo. Sus ojos hace rato que no están en Begoña, sino en la pared donde hay un cartel gigante con su cara en primer plano. Y más allá, la zona de vinos. ¡Dios, lo que daría por uno! Pero se contiene. No sería la mejor imagen para el autor protagonista del evento: sudando, tartamudeando y con las mejillas rojas de Tempranillo. Sería penoso.

La galería se ha llenado más de lo que esperaba. Ya han llegado Teresa y los niños. Habría preferido que se retrasaran. La presencia de su familia solo le añade presión. Ella le sonríe desde el fondo, impecable y muy guapa. Siempre sabe estar. Pablo le devuelve la sonrisa con torpeza y ella le lanza un beso de apoyo. En el fondo lo sabe: tuvo suerte con Teresa. Nadie como ella aguantaría su hermetismo, sus altibajos, sus silencios de días enteros. Le gustaría poder quererla más. Pero ese vacío que arrastra dentro no lo llena nadie. Ni siquiera ella.

Rayco, el vecino, también ha venido. Con Mercedes y las niñas, que están entretenidas con Inma y Bruno. No esperaba que acudieran, y eso lo descoloca un poco.

También ve a Manuel, por supuesto. Pegado como un pulpo a esa profesora escotada que huele a lío desde tres barrios de distancia. Pablo conoce a Manuel lo suficiente para saber que la exposición le trae sin cuidado, pero no dejará pasar la oportunidad de tontear con su amiguita. Ve a Blanca rellenando su copa en la zona del bar, y Pablo se pregunta cuántos vinos más necesitará para estamparle la copa en la cara de una vez. En su opinión, hace años que ambos están jugando con fuego, pero ¿quién es él para dar consejos matrimoniales?

No encuentra a Rafa, quien ya le avisó que no podría acudir, ni a Darío. Pero a este no puede culparlo: demasiado tiene con la desaparición de su hija. Está pasando por todo un infierno.

La única persona que lo mira con admiración es Teresa. Eso, y un puñado de desconocidos que lo ven como «el pintor misterioso de moda», tal como una bloguera lo llamó el otro día en YouTube. En el fondo, un alivio.

Comprueba la hora en su reloj. La presentación está a punto de empezar y la galería está a rebosar. Se le encoge el estómago: esto es real.

—¿Quieres que abramos turno de preguntas después de la exposición? —le lanza Begoña, devolviéndolo al presente.

¿Turno de preguntas? ¿Cómo va a saberlo? Es la primera vez que hace algo así.

—Claro… ¿por qué no?

Pero lo cierto es que no ha preparado respuestas. Ni una. ¿Qué va a decir? ¿La verdad? ¿Que los cuadros son terapia? ¿Una confesión mal disfrazada? ¿Que cada trazo fue un vómito emocional? ¿Que no quiere hablar de ellos?

No, gracias.

Será mejor que temple los nervios y retome el control. Cierra los ojos y respira. Se obliga a pensar en los cuadros. Piensa en las horas frente al lienzo en blanco. En las noches en la buhardilla. En las veces que pensó en tirarlo todo a la basura. Y en ella.

Cuando los abre, Begoña ya lo tiene atrapado del brazo otra vez.

—Es la hora.

Pablo pestañea, entre abrumado y confundido. Ella lo arrastra hacia el centro de la sala como a un niño en su primer día de clase. Hay más carteles con su nombre. Por todas partes. Se oyen aplausos suaves, de esos que no sabes si son por educación o entusiasmo genuino.

La exposición transcurre sin problemas. Begoña lleva la voz cantante. Habla. Habla mucho. Podría decirse que solamente habla ella, lo cual a Pablo le viene de maravilla. Él asiente, sonríe, se hace el interesante. La voz le tiembla solo una vez, pero la disfraza con una tos bien colocada.

Turno de preguntas.

Todo controlado. Nada comprometido. Qué le inspiró para pintar los cuadros, qué técnicas utiliza, quiénes son sus referencias. Casi todos son palabras de admiración hacia él y los cuadros. Pablo responde con frases neutras, en voz grave, imitando a pintores de verdad. Y funciona: Begoña asiente como una madre viendo bailar a su hijo en el festival de Navidad.

Resulta agradable dejarse envolver por los elogios, pero por dentro se siente impostor. Esta no es una obra pensada para hacer negocio. Él solo quería vaciarse. Y eso, tal vez, le ha dejado más roto.

Ha plasmado su historia, con filtros, maquillada y edulcorada. Es un acto de rebeldía, casi una provocación. Pero las explicaciones no pasan de la garganta. Nadie más lo entendería y tal vez deba ser así.

—¿Quieres añadir algo más, Pablo? —pregunta Begoña, cediéndole el micro.

—No, gracias —dice, consciente de lo huecas que suenan sus palabras.

La exposición termina. Aplausos. Más vino. Pablo coge aire y lo suelta lentamente. Begoña le da un abrazo apresurado y empieza a atender a los posibles interesados en comprar los cuadros. La dueña de la galería, una veinteañera con gafas y sonrisa profesional que

Pablo habrá olvidado al día siguiente, le acerca una botella de agua y le desea suerte como si fuera a una guerra.

Con todos esos rostros extraños mirándolo con admiración, Pablo solo piensa en volver a casa. Se siente como un embustero. Pero aún queda el cóctel, aguantar a todos los que están aquí por él, y, a tenor de la numerosa audiencia, no será breve. Respira hondo, caza al vuelo una copa de vino blanco y, como si fuese una estrella de rock, se prepara para recibir a los invitados, que ya empiezan a formar una fila para intercambiar unas palabras con él y llevarse una fotografía como recuerdo. Sonríe, pero con una sonrisa forzada que le cuesta mucho más de lo que nadie puede sospechar.

Primera foto. Segunda. Tercera. Conversaciones rápidas. Sonrisas falsas y monosílabos como respuesta. Nombres que olvida en cuanto los escucha. La copa le pesa. La mano duele y la camisa empieza a pegarse a la espalda.

Entonces oye una voz familiar.

—¿Cómo va eso, tío?

Es Rayco, su vecino. Le tiende la mano.

—Hombre, Rayco. Qué alegría que hayas venido. ¡Y con la familia!

Pablo se esfuerza por parecer entusiasta. Sonríe como si le gustara la vida. Mercedes se acerca también, con las niñas revoloteando por detrás. Siente una punzada de envidia. Son una familia de película.

—Felicidades por la exposición —dice Rayco—. Has estado de cine delante de tanta gente.

Se detiene al ver que la mano de Pablo tiembla.

—Oye, ¿te encuentras bien? Estás un poco pálido.

—Solo son nervios —miente Pablo, apretando la copa con más fuerza para detener el temblor—. Y la pájara después del subidón. No estoy hecho para esto.

—Cómo te entiendo —dice Mercedes—. Me daría algo si tuviera que hablar delante de tanta gente.

—Bah, eso es porque Pablo no te ha visto en un karaoke —interviene Rayco, guiñándole un ojo a su mujer—. A ti te dan un micro y no lo sueltas ni en el tanatorio.

Mercedes le da un codazo suave. Ríen. También Pablo, aunque la risa le sale aguda. Como de alguien que no ha respirado bien en un rato. Pero surte efecto.

Se fotografía con toda la familia y les da las gracias por venir.

Y entonces ve a Teresa.

—Encantado de conocerte, pintor.

Lo dice con voz de broma sexy. Quiere jugar a las admiradoras, tal vez con la esperanza de que luego, en casa, terminen la representación en intimidad.

—Sabes que tenemos cientos de fotos juntos, ¿no? —le dice Pablo, dedicándole una sonrisa divertida.

—Ya, pero quiero un recuerdo de hoy. Contigo.

Ya no hay sensualidad en sus palabras. Solo queda cariño. Y amor. Pablo sabe que este es un momento importante para ella. Tal vez incluso más que para él.

—Estás guapísima —dice, bajando la voz.

Entonces Begoña interrumpe, cortando el momento:

—Vamos, Pablo, un poco más de brío. Aún queda mucha gente y nos van a dar las uvas.

Él asiente. Deja la copa junto a una mesa alta con la intención de hacerse la foto y posar con la sonrisa más sincera de la tarde…

Y se queda mirando la mesa con extrañeza.

Un sobre. Blanco. Sin remitente. Junto a su archivador.

Pablo frunce el ceño y mira a su mujer. Teresa niega con la cabeza. No tiene ni idea de qué le ocurre.

El sobre es del tamaño de una carta. Blanco, sencillo y sin nada escrito en él. Extrae el contenido con cuidado. Le tiemblan las manos al desplegarlo como un acordeón. Se vuelve para contemplarlo lejos de las miradas. No es una carta, pero ¿qué es? Es tal su temblor que casi se le cae.

Se queda mirando aterrado.

Su vista se emborrona.

Y entonces pierde el conocimiento.

Lo siguiente que recuerda es el techo borroso de la galería. Las caras de Teresa y Begoña cerca, medio gritando, medio llorando. Hay gente a su alrededor. Preguntas que no entiende.

# PARTE DOS

# 8

*Tres días después*

—¿Qué me estás contando? ¿Se desmayó en su propia exposición?

Rafael Peinado se cambia el móvil de oreja, incrédulo. Está solo en su oficina —una especie de coworking sin glamour en Tetuán—, pero ha quitado el manos libres por si entra un cliente. No se ha dado cuenta de que está hablando en susurros, como si conspirara sobre un crimen.

—Como lo oyes —responde Manuel, al otro lado—. Cayó redondo, delante de todos. Un espectáculo. Entre eso y el vino gratis, parecía una función de fin de curso.

Rafael suelta una carcajada contenida.

—Pablo y sus momentos… ¿Se sabe qué le pasó?

—Que es un neurótico, lo de siempre. Dice que fue estrés, pero yo creo que vio su cara en el cartel, se acordó de que está casado y se le cortó la circulación.

Esta vez, Rafael se ríe de verdad.

—Y encima, ¿dices que coincidieron Paula y Blanca?

—Como dos trenes sin frenos. Una a cada lado. Y yo en el medio, sudando como un cerdo. Si Pablo no se desmaya, el que cae redondo soy yo.

—Joder, tío… —Rafael hace una mueca y se rasca la ceja—. Lo vuestro va a peor, ¿no?

Se produce un breve silencio; solo se intuye el roce del móvil entre los dedos de Manuel.

Rafael no puede decir que le sorprenda. Conoce a Manuel y Blanca desde el colegio. Ella siempre estuvo colgada por él. Y él… bueno, él siempre estuvo colgado de sí mismo. Era el típico que no podía pasar junto a un escaparate sin parar a mirarse, y le gustaba la calle más que al coche de Google Maps.

Cuando eran novios, Rafael tuvo que aguantar peleas por tonterías tan épicas como no contestar un mensaje, ver un capítulo de una serie sin el otro, o mirar a otros en una discoteca. Media hora después, los pillabas enrollándose en el baño. Era el clásico caso de «ni contigo, ni sin ti».

Ahora que tienen hijos y más de cuarenta tacos, el show ha mutado y es aún peor. Menos sexo y más odio, pero el guion es el mismo. No es que Manuel le cuente demasiadas cosas de su vida, pero sí sabe que ha engañado a su mujer en varias ocasiones.

—Es una pesadilla —gruñe Manuel al teléfono—. Está insoportable. Se pasa el día borracha, gritándome por cualquier cosa. El otro día, por no colgar bien una toalla. Estoy hasta los huevos. Si no fuera por los niños, la ponía de patitas en la calle.

Rafael no dice nada y asiente en silencio. Sabe que su amigo no está siendo del todo sincero. Utiliza a los críos como excusa, pero lo que de verdad le aprieta, lo que le impide separarse de Blanca, es que no quiere perder la mitad del piso. Ni la mitad del sueldo. Ni la mitad de todo lo que le hace creerse importante.

Y él lo sabe, porque Rafael siempre ha sido su cómplice. De no ser así, sospecha que su amistad con Manuel habría muerto hace tiempo, como así fue durante los años en los que Rafael se marchó fuera para estudiar finanzas. Al volver, puso en marcha su propio negocio inmobiliario, el cual hoy en día sigue yendo viento en popa.

La idea fue de Manuel. Una noche, tras una cena de amigos regada con vino, le soltó el clásico: «Tío, tú que tienes pisos…» Desde entonces, cada vez que Manuel necesita tirar una cana al aire —Paula, la madre de algún alumno, o una desconocida de una aplicación de contactos—, Rafael le deja uno de sus apartamentos.

Sin preguntas, sin recibos, sin rastro. Todo en efectivo, discreto, como a Manuel le gusta.

Rafael tiene varios pisos. Viejos, comprados a precio de ganga, reformados con gusto y alquilados a buen precio. Los gestiona bajo RP Urban Living, un nombre que se le ocurrió en una noche de borrachera. Las iniciales son suyas; el resto, un guiño a su falta de creatividad. Lema: «Profesionales, vanguardistas, excelentes… pero no muy originales». Es un negocio que le gusta y se le da bien. Dinero rápido, limpio en la superficie, pero con sombras en los detalles. Los alquileres a corto plazo, como los que usa Manuel, son los más lucrativos: sin contratos, sin declarar, sin complicaciones. Perfecto para su forma de ver la vida, siempre al filo de la navaja.

—A ver si un día te pillan —bromea Rafael, aunque en cierto modo se lo está diciendo a sí mismo.

—No me pillarían si no fuera porque Paula no sabe disimular. Tiene la sutileza de un elefante en una cristalería.

Rafael sonríe. Abre el correo en el ordenador. Un tipo quiere visitar un piso en Lavapiés. «SF», especifica en el texto. *Sin Factura*. A Rafael solo le falta relamerse. Responde con un sí automático mientras sigue con el teléfono encajado entre la mejilla y el hombro.

—¿Nos tomamos unas cañas luego? —propone—. Termino en unas dos horas.

—Hoy no puedo. Voy a quedarme en el instituto, tengo exámenes por corregir.

Rafael suelta un bufido con sorna que no se molesta en disimular.

—Claro, exámenes…

—De verdad —responde Manuel sin mucha convicción.

Rafael se echa hacia atrás en la silla, cruzando los pies sobre la mesa.

—Lo que tú digas, campeón. Si necesitas otro «examen sorpresa», ya sabes que tengo un estudio libre en Malasaña. Muy discreto. Y la cama es muy cómoda.

—Eres un cerdo —dice Manuel, pero se ríe.

—Mira quién habla. No soy yo quien va mojando el sable a espaldas de su mujer.

—Porque para eso hay que estar casado, pringao.

—Joder, cómo te pasas.

Rafael, a quien el comentario le ha dolido más de lo que está dispuesto a admitir, guarda silencio un segundo. Luego cambia de tema:

—Oye, ¿qué opinas tú de lo de Pablo? ¿De verdad crees que fue solo estrés?

—No lo sé. Ese tío siempre ha sido raro, pero algo me dice que no fue solo un bajón. Tenía una pinta…

—¿De qué?

—De que vio algo que no debía. O a alguien. No sé. Pero fue más que un mareo, te lo digo yo.

Rafael no responde. Echa un vistazo a la agenda. Tiene una visita en veinte minutos. Mejor colgar antes de que a su colega le dé por hablar de Blanca otra vez.

—Bueno, si cambias de idea con lo de las cañas, avísame. Si no, tal vez me las tome con uno de mis inquilinos. Por lo menos, esos me miran con respeto.

—Lo dudo —responde Manuel y cuelga.

# 9

Durante dos días, Rayco ha estado dándole vueltas a lo mismo. Dos veces salió de casa con la firme determinación de hablar con él; incluso atravesó el jardín comunitario esquivando los aspersores automáticos y llegó hasta su puerta. Sin embargo, en ambas ocasiones, algo en su interior le decía que se estaba metiendo donde no le llamaban.

Pero hoy ha decidido que basta.

Antes de ir a Jefatura, se detiene frente a la puerta del número 12 y pulsa el timbre con determinación. Mientras espera, lee una vez más la frase del felpudo: *«Hogar, dulce hogar… hasta que los niños despierten».* Una cita que siempre le saca una sonrisa.

La mujer que abre la puerta es una versión desconocida de la Teresa que suele ver por las mañanas en el buzón. Se muestra sorprendida al verlo. Lleva una bata rosa desteñida, zapatillas viejas y el moño más improvisado del vecindario. Sin maquillaje, las ojeras marcan su rostro como sombras violetas. Es como contemplar el reverso de una moneda: donde antes veía a la vecina risueña y arreglada, ahora descubre a una mujer agotada que lucha por mantener las apariencias. Y también hay algo más que Rayco no logra identificar.

—¡Hola! Soy Rayco, el vecino del…

—El del 6, sí. —Su sonrisa es un destello fugaz—. Claro que sé quién eres. Mi hijo Bruno se pone colorado cuando menciono a Faina. Creo que tu hija tiene un admirador.

Rayco se relaja un poco. No es tan incómodo como imaginaba.

—¿Está Pablo en casa?

Teresa duda un segundo.

—¿Por qué?

—Me gustaría hablar con él.

—No es el mejor momento.

—El caso es que es urgente.

Teresa se queda un instante mirándolo fijamente a los ojos, como si tratara de adivinar el motivo de su visita. Vuelve a dudar. Finalmente, se hace a un lado y le deja pasar.

—Está en el salón. Pero te aviso: no quiere hablar con nadie.

«Conmigo sí hablará», piensa Rayco mientras entra.

El aire de la casa está cargado. Pasa hasta el salón y golpea suavemente el marco de la puerta.

—¿Pablo?

Pablo está en el sofá, embutido en un chándal viejo. Mira la tele con una expresión de desconexión. Cuando oye la voz, se incorpora de golpe.

—¿Tú qué haces aquí?

Rayco ignora el tono maleducado. Entra y se coloca de pie entre Pablo y el televisor. Al fondo, el fuego de una vieja chimenea crepita, forzando a Rayco a quitarse el abrigo.

—El otro día nos diste un susto de la leche. He venido a ver cómo estás.

—Bien —responde Pablo—. Solo fue una bajada de tensión.

Es mentira. Tiene la cara gris, las manos temblorosas y el cuerpo encorvado, como si le pesara el alma.

—Tu mujer dice que no quieres hablar con nadie. Iba a proponerte pelotear un rato esta tarde.

Pablo suelta el aire como si le hubieran pinchado con una aguja.

—Paso. Han sido días raros. Y lo de la hija de Darío me tiene en bucle.

Rayco asiente. Alicia Toscano, claro. Le da unos segundos para que siga hablando, pero Pablo no añade nada. Decide cambiar de táctica.

Saca un papel doblado de su chaqueta y se lo muestra.

—Esto se te cayó el otro día en la exposición. Yo lo recogí.

El rostro de Pablo se tensa y se le va el poco color que le quedaba.

—Quita eso de mi vista.

—¿Qué es?

Pero Pablo no dice nada más.

—Vamos, hombre —insiste Rayco—. Ese día no tuviste un bajón de azúcar. Te desmayaste. Y fue justo después de ver esto.

Pablo le clava la mirada.

—¿Vas a interrogarme? Porque no sé si ofrecerte un dónut o exigirte una orden judicial.

—¿Acabas de hacer un chiste de polis?

—Quiero que te largues.

Pero Rayco no se inmuta.

—No he venido como vecino, sino como policía.

Desde la puerta, una voz suave irrumpe como un trueno:

—Háblale de los demás recortes, Pablo.

Es Teresa. Está en el umbral, esperando, sin pestañear.

Pablo gira la cabeza hacia ella como si le acabaran de escupir. Ella aguanta. Rayco se da cuenta de que se están desafiando y, por primera vez, piensa que la visita tal vez no ha sido buena idea.

Finalmente, Pablo se levanta con un bufido, abre el cajón del mueble de la tele y saca una caja de cartón. La deja sobre la mesa y vuelve a sentarse.

—El del otro día fue el quinto.

Rayco se agacha para observar el interior de la caja. Está llena de recortes de papeles como el que él recuperó de la galería el otro día. Rayco los examina uno a uno. Tienen un aire enrarecido que no le gusta nada. Es como si alguien hubiese vomitado una amenaza sobre la caja.

Perplejo, alza la vista.

—¿Cómo los recibiste?

—Por correo, directos al buzón.

—¿Desde hace cuánto?

Pablo parece hacer cálculos.

—Unos dos meses. La frecuencia no es fija. A veces pasan semanas; otras, días. Por eso la última me pilló desprevenido. Hacía casi un mes que no recibía ninguna.

—¿Sabes lo que significan?

Pablo responde a la primera.

—Ni idea.

—¿Y quién crees que puede estar detrás?

—No tengo enemigos —dice, apuntando con el mentón hacia Teresa—. ¡Ella puede decirlo!

Teresa asiente, apretando los labios.

Rayco vuelve a mirar los recortes de papel.

—Tienes que denunciarlos. Si quieres, ven conmigo y te ayudo a formalizar la denuncia.

Rayco lo presiona con la mirada, pero Pablo agita la cabeza. Está claro que no está cómodo con la conversación.

—No. Seguro que es una broma ridícula. Algún gilipollas aburrido.

—No parece una broma. Parece un aviso. Podría ser un admirador o cualquier chiflado que quiere hacerte daño.

—Eso le digo yo —interviene Teresa, con la voz al borde del colapso—. ¡Estoy asustada, Pablo! Por ti, por los niños. Tienes que acudir a la policía. Rayco ha dicho que puede ayudarnos. ¡Haz algo, joder! ¡Ya no estoy segura en esta casa!

Pablo se pone en pie, rígido y con los ojos desquiciados. Por cómo se miran, Rayco comprende que no es la primera vez que la pareja tiene esta discusión.

—¡Basta ya! —grita Pablo—. ¡No quiero más paranoia! —Coge un recorte de la caja y lo estruja con la mano—. Hablando de esta mierda solo alimentamos el miedo. ¡Estoy harto de ver fantasmas en cada esquina!

Lanza la bola de papel a la chimenea y, en pocos segundos, se convierte en ceniza. Luego, desaparece por el pasillo.

—¡No se te ocurra seguirme, Teresa! —exclama—. ¡Y tú, Rayco… lárgate de mi casa!

Rayco no dice nada más. Hacía tiempo que nadie lo echaba de ningún sitio. Y eso que, técnicamente, aún no ha empezado su

jornada laboral. Bravo.

—Te ofrecería un café —dice Teresa con voz apagada—. Pero no creo que sea buena idea.

—Tranquila. Y tú… cuídate. Esto no es normal, y lo sabes.

Ella no contesta.

Rayco tapa la caja y la toma.

—Esto me lo llevo —le dice a Teresa—. Podría ser importante.

Ella asiente y lo acompaña a la puerta. Rayco baja las escaleras hacia el garaje comunitario sintiendo cómo la adrenalina le sube por la nuca.

Pablo no quiere denunciar. Vale, le trae sin cuidado. Pero él sí va a investigar.

Y esa mierda de recortes… se le han quedado grabados.

Sea quien sea el que los manda, no está bromeando.

# 10

Darío Toscano clava la pala en la tierra con violencia. Riega, poda, trasplanta. Ejecuta los movimientos de forma mecánica, haciendo honor a ese viejo tópico según el cual «la vida continúa». No por amor al jardín, sino porque sus manos necesitan moverse. Porque la quietud invita a pensar, y pensar es un lujo que no puede permitirse.

Setenta y nueve días. Ese es el tiempo que lleva Alicia desaparecida.

Pero la puta vida continúa.

La jardinería había sido cosa de Luisa. «Los árboles dan paz», decía su mujer con esa sonrisa que conseguía desarmar cualquier argumento. Darío habría cementado el patio sin pestañear, instalado una canasta de baloncesto, una barbacoa y a vivir. Pero cedió, como siempre lo hacía ante ella. Ahora el jardín es la envidia de la calle, un oasis que se marchita día a día desde que ninguna de las dos mujeres de su vida está allí para cuidarlo.

Después de Luisa, Alicia se hizo cargo del jardín. Lo atendía con mimo, con esa pasión heredada que parecía correr por sus venas. «Las plantas no hablan», le decía, «pero escuchan mejor que las personas».

—Papá, las flores se están muriendo —le había dicho Lucas hace unos días, con esa brutalidad honesta que solo tienen los niños.

Y tenía razón. Darío ni siquiera se había dado cuenta.

Hoy no es un día cualquiera. Hoy Lucas cumple catorce años. ¡Catorce! Su pequeño ya tiene voz de adolescente, acné incipiente y

mirada de adulto precoz. Una edad terrible para perder a una hermana.

Su amigo Manuel, que por ser profesor de instituto se cree el sabelotodo oficial de la pandilla, tuvo el descaro de decirle una vez: «Tienes que concentrarte en tu hijo y dejar de regodearte en la desgracia». Cuando pronunció esa palabra, ¡regodearte!, a Darío le sonó como una patada en la entrepierna. A punto estuvo de partirle la cara, de decirle que se preocupara de su jodida familia disfuncional, pues su hija Ana es una buscona, como él, y su mujer, Blanca, no suelta la botella de vino ni en el cuarto de baño, así que más le valía callarse la puta boca. Pero se contuvo. El dolor lo había vuelto silencioso.

Dentro de casa, la lasaña de carne empieza a dejar su rastro en el aire. Es el plato favorito de Lucas. Es su manera de fingir normalidad, de no dejar que el silencio y el duelo se lo traguen todo.

Pero Darío no está presente. Riega las plantas cuando escucha un maullido en alguna parte. No es Dolores; ella no ha venido a verlo desde que Alicia ya no está para ofrecerle pan con leche y las sobras de la comida. Pero es suficiente para que el recuerdo regrese sin aviso y su mente viaje setenta y nueve días atrás, a la última conversación que tuvo con su hija.

—Papá, esta tarde voy a ir a las fiestas de Sanse con Marta y las demás. —La voz de Alicia le llega como un eco doloroso desde el abismo del tiempo.

—Hoy no puede ser —le respondió él—. Tengo una cena de trabajo y no podré ir a recogerte.

Alicia le dedicó una mirada llena de rencor, tan parecida a la de su madre cuando se enfadaba, y que desarbolaba a Darío. Le costaba mantenerle la mirada a su hija porque era como mirar a Luisa en una máquina del tiempo. Desde que era una niña, Alicia había sido muy parecida a su madre: ojos grandes, redondos, oscuros; lo mismo que su piel. Darío era blanco alemán, como decían ellas cuando querían reírse de él; de esos que en verano se ponen rosas al sol. Ellas, en cambio, adquirían un tono aceitunado más propio de regiones del sur, y a Darío le fascinaba. Alicia tenía

también la constitución física de su madre: alta y de caderas anchas. Hasta tenían las mismas orejas…

—Ya me buscaré la vida —soltó ella. Era una adolescente ejemplar, de las que cualquier padre estaría orgulloso, y sin embargo, ya mostraba esa rebeldía típica que casi la empujaba a desafiarlo en cada acción—. Ya me traerá el padre de Marta. O pillo un taxi.

—No, no me fío. Irás el fin de semana que viene.

—¡Pero las fiestas son esta semana, papá! ¡El finde que viene ya no será lo mismo!

—Pues el año que viene, Ali. No seas tan dramática, que no se acaba el mundo por una noche.

Entonces llegó el golpe mortal. Alicia lo miró con ojos llenos de odio y susurró las palabras que lo perseguirían para siempre:

—Mamá me habría dejado ir.

El oxígeno se evaporó de la habitación. Darío sintió como si alguien le hubiera arrancado los pulmones del pecho.

—Mamá ya no está —respondió, quizás demasiado alto—. Y ahora mando yo. Punto.

Alicia rompió a llorar. Sonrojada, desbordada.

—¡Te odio! —gritó de camino a su habitación—. ¡Ojalá te hubieras muerto tú y no ella!

Darío se quedó mudo. Inmóvil. Quiso seguirla, castigarla, darle una bofetada. Pero no hizo nada. Solo cerró los ojos y dejó que la rabia lo invadiera.

Horas más tarde, en mitad de la cena de trabajo, revisó Instagram. La última story de Alicia le clavó un puñal en el estómago: camiseta de tirantes, shorts y zapatillas blancas, se grababa caminando por la calle con una sonrisa radiante. Se había pintado los labios de rojo intenso, ese carmín que él detestaba porque la hacía parecer mayor de lo que era. Superpuesto a la imagen, un texto decía: «¡Noche de fiesta!»

Era una provocación en toda regla. Tuvo que contar hasta diez para no levantarse de la mesa, ir tras ella y llevarla a casa por la fuerza.

Ojalá lo hubiera hecho, porque esa fue la última vez que vio a su hija.

Y lleva tres meses reviviéndolo.

Cada. Maldito. Día.

A veces desea que hubiese muerto él en ese accidente de tráfico, y no su mujer. Así no tendría que haber pasado por el dolor de perder al amor de su vida. Y por supuesto, se habría ahorrado todo esto.

Ahora no tiene nada. Todo es un inmenso vacío. Alicia no volvió a casa esa noche y, casi tres meses después, nadie es capaz de decirle nada sobre ella. La policía habla en condicional, pero Darío lee la verdad en sus ojos. Ya no hay nada con lo que mitigar el dolor y ningún modo de seguir adelante. Ni siquiera es capaz de trabajar, e ignora cuánto tiempo seguirá de baja.

Sigue esperando una llamada. Su rechazo de la realidad es tan potente que aún sueña con que Andrés Gordillo le diga que Alicia ha vuelto, que está bien, que todo ha sido un malentendido. La mente funciona así cuando el dolor es insoportable: busca alternativas, hace tratos con Dios, se convence de que puede haber un indulto.

Mira una de las plantas. Un ficus. O eso cree. La maceta es demasiado grande y no hay tierra suficiente. Además, las hojas están empezando a perder brillo y fuerza, como si compartieran su tristeza.

Se deja caer sobre el césped y permite que la ola lo arrastre. Lleva una mano al rostro y rompe a llorar.

—Está muerta —susurra de pronto. Su propia voz lo sorprende, como si surgiera de otra persona. Se siente extrañamente tranquilo, como flotando—. Muerta —repite, más alto—. Es lo que cree la Policía.

Al decirlo, algo dentro de él se alinea. Una parte que no quería aceptar la realidad cede. Porque lo sabe. Porque lo ha sabido desde la primera noche.

Alicia no va a volver.

—¿Qué dices, papá?

Una mano toca su hombro. Ligera. Casi etérea. Durante un segundo delirante, cree que es ella. Que Alicia ha vuelto. Que todo

ha sido una pesadilla mal tejida por su mente.

Pero no. Es Lucas. Pelo despeinado, ojos perezosos, pijama arrugado.

Darío se limpia la cara a toda prisa y se esfuerza por mostrarse entero. Por él. No puede rendirse ahora.

—Nada, hijo. Hablaba con la planta —dice, haciendo el amago de levantarse—. Se está muriendo.

Lucas le coge la pala con delicadeza.

—¿Te ayudo a revivirla?

Darío sonríe. Una sonrisa rota, pero sonrisa al fin y al cabo.

—Claro, campeón.

Lo abraza. Le revuelve el pelo. Luego, un olor lo alerta.

—Voy a ver la lasaña. Creo que huele a quemado.

Al llegar a la puerta, escucha la voz de Lucas a su espalda:

—Papá…

—Dime, hijo.

—Seguro que la tata vuelve.

Darío apenas logra girarse antes de que las lágrimas lo traicionen de nuevo.

# 11

Esta mañana, Andrés se ha levantado temprano para preparar el último desayuno para su hija: tostadas de pan integral, zumo natural y café.

No quería que Laura se fuera. La contemplaba y veía la pura perfección. Así que, al verla marchar hacia la estación, con la mochila colgando del hombro y la cabeza alta, ha sentido un nudo en el estómago.

«Señor, déjame congelarla aquí mismo», ha clamado. «Déjame quedármela así. Diecinueve años, desafiante y perfecta. Solo un poco más.»

Sus plegarias, por supuesto, no han sido escuchadas.

Dos días con su niña en casa le han sabido a poco. Pero así son las cosas. Laura tiene una vida en Valencia y él debe asumirlo. Debería acostumbrarse.

La taza de café se enfría sobre la mesa de su despacho. Como el vacío que Laura ha dejado.

Unos golpecitos en la puerta lo sacan del trance.

—¿Se puede? —Rayco asoma la cabeza. Mónica viene detrás.

—Por supuesto —responde Andrés, enderezándose.

Resulta extraño dirigirse formalmente a la mujer que esta mañana le robó el último yogur del frigorífico.

—Uy, qué cara de sueño. ¿Estabas dando una cabezada, jefe? —Mónica sonríe con esa malicia que reserva para tocarle los huevos.

Andrés resopla y se muerde la lengua. Odia que le llame «jefe», y ella lo sabe. Es su venganza personal desde que él empezó a llamarla «dictadora» en casa.

—Contadme.

—He pasado por casa de Pablo antes de venir —dice Rayco sin preámbulos. Deposita una caja de cartón sobre la mesa—. Mi vecino.

—¿Está mejor? —pregunta Andrés, con los ojos fijos en la misteriosa caja.

—Está… —Rayco busca las palabras—. Bien.

—No pareces convencido.

—Porque no lo estoy. —Rayco se pasa una mano por la nuca—. Desde el punto de vista médico, no tiene ningún problema. Pero lo del otro día en la exposición le ha dejado tocado.

—¿A qué te refieres?

—Está hecho un desastre. Barba de náufrago, todo el día en pijama, no sale de casa. Su mujer dice que está rarísimo. Y luego está esto —añade el canario.

Vuelca el contenido de la caja. Los recortes de periódico se esparcen sobre la mesa como hojas muertas. Cuatro cadenas de muñecos de papel, unidos por las manos. Seis muñecos por cadena. Uno de ellos está siniestramente manchado de rojo. El mismo en todas las cadenas. Como si alguien hubiera elegido.

Andrés y Mónica se inclinan sobre la mesa.

—¿Sangre seca? —pregunta Andrés al aire.

—Tiene toda la pinta —responde Rayco con los brazos en jarra—. Las ha ido recibiendo en las últimas semanas. La última apareció sobre una mesa alta de la galería donde exhibía, durante la exposición. Me la llevé.

Andrés despliega las cadenas una a una y las ordena sobre la mesa. Cada una tiene una frase escrita con bolígrafo azul, letra cuidadosa, casi infantil:

Al pasar la noria...
...me dijo el feriante...
...las niñas bonitas...
...no pagan dinero.

Andrés cruza su mirada con la de Mónica. El silencio se espesa como la miel.

—Es una canción infantil —dice Mónica finalmente—. La cantábamos cuando saltábamos a la comba.

—Pero la original no era así —apunta Rayco—. No había norias ni feriantes, si no recuerdo mal.

—No. Era una barca y un barquero. —Mónica niega con la cabeza —. Alguien la ha cambiado.

—La noria, el feriante… —Rayco se sienta en el borde de la mesa —. No hay que ser muy listo para ver la conexión con la noche de la desaparición.

De pronto, Andrés se acuerda de algo.

—El primer día de búsqueda detuvimos al tipo que llevaba la noria. ¿Os acordáis?

Ambos asienten.

—Marta, la mejor amiga de Alicia, dijo que les había hecho una broma de mal gusto —continúa Andrés—. Iban a pagar para subir a la noria cuando el tipo las repasó con la mirada y les dijo que las chicas guapas como ellas podían subir gratis.

—Qué asqueroso —gruñe Mónica.

—Como en la canción —señala Rayco.

—Las ofendió, así que se fueron sin subir a la noria —recuerda Andrés—. Marta aseguró que aún podía sentir su mirada lasciva mientras se alejaban. Lo interrogamos, pero no fue él. Varios testigos aseguraron que estuvo encargándose de la noria toda la noche. Su coartada era sólida.

Se pasa los dedos por las cejas, un gesto que le ayuda a liberar la tensión.

—Es evidente que alguien quiere mandarle un mensaje a Pablo —dice Mónica.

—Y ese alguien estuvo allí esa noche, cerca de la noria.

—No necesariamente. —Mónica se cruza de brazos—. La prensa se hizo eco de la detención del feriante, ¿te acuerdas? El tipo no perdió ocasión para salir en televisión explicando lo ocurrido y echando pestes de la policía. Cualquiera pudo oírlo.

Rayco desliza una mano sobre las cadenas de papel.

—El caso es que no son precisamente felicitaciones de cumpleaños. Y Pablo lo sabe, aunque intente restarle importancia.

—¿No va a denunciarlo? —pregunta Mónica.

—No quiere. Dice que es solo una broma pesada.

—Ya. Y yo soy la reina de Inglaterra.

—Asegura que no tiene enemigos —dice Rayco.

—Nadie los tiene hasta que aparecen.

Andrés no aparta la mirada de las cadenas de papel. Una imagen se ha colado en su cabeza, borrosa pero insistente. Algo está empezando a moverse.

Pablo y Darío son amigos.

¿Podría…?

Su mirada salta al corcho de la pared, donde cuelga la foto de Alicia. Los ojos de la niña parecen observarlo desde la eternidad congelada del papel fotográfico.

¿Existirá alguna conexión? ¿Será una posible implicación de Pablo el motivo por el que no quiera denunciar las amenazas?

Se levanta de golpe.

—Esta tarde, cuando los chavales salgan de clase, volved al instituto.

—¿Otra vez? —protesta Rayco—. Ya hemos interrogado hasta al conserje. Solo nos faltan los peques de la guardería.

—Esta vez llevad una foto de Pablo. Mostrádsela a todos. Que lo vean. —Andrés siente la adrenalina despertando en sus venas—. Pablo y Darío se conocen. No perdemos nada por intentarlo, y no tenemos otro hilo del que tirar. Yo pediré a Fernando que analice esta sangre. Luego iré a ver a Darío.

—Bueno —dice Mónica, dirigiéndose a Rayco con una sonrisa—. ¿Te apetece una excursión al cole?

Están saliendo del despacho cuando Andrés se fija en que Rayco no se mueve. Se ha quedado plantado junto a la mesa, con los brazos en jarra.

—¿No vienes? —le pregunta Mónica desde la puerta.

—Hay una cosa más.

Mónica y Andrés se vuelven hacia él. El canario señala la mesa con un gesto grave.

—Como he dicho, Pablo ha recibido cinco recortes de papel. Pero ahí solo hay cuatro. El quinto lo ha tirado al fuego esta mañana. Por eso no lo he traído. Pero antes de que lo quemara, he podido verlo. También tenía texto.

Andrés se da cuenta de que está conteniendo la respiración.

—¿Y qué ponía?

Rayco los mira fijamente. Sus ojos brillan con intensidad.

—*Tris, tras, ni la ves, ni la verás.*

# 12

Manuel avanza con paso apresurado por los pasillos vacíos de la primera planta. Nadie sabría decir a dónde va, y eso es justo lo que desea.

Oficialmente, se queda en el instituto los lunes por la tarde para preparar las clases del resto de la semana. Lo apuntó en el calendario de la cocina y hasta lo mencionó en voz alta, con cara de mártir. Blanca no sospecha nada. Ya ni lo mira.

Pero Manuel no prepara lecciones. Nunca lo ha hecho.

Hoy llega tarde, y solo espera que ella no se haya largado.

Sus pasos resuenan sobre las baldosas y despiertan ecos entre los bancos y las taquillas. El olor a sudor adolescente impregna las paredes del edificio, normalmente un hervidero de gritos y hormonas, y que ahora parece una iglesia abandonada. No hay un lugar más irreal, hueco y vacío que el pasillo de un colegio sin actividad. Hay algo fantasmal en él. Le recuerda que se está jugando el pellejo.

Pero le excita. Como todo lo prohibido.

Siempre le acecha una punzada de inquietud cuando se reúne con ella aquí. Al principio, casi le parecía sentir los ojos de los otros profesores clavados en él como insectos que le atravesaran la ropa. Prácticamente no alzaba la vista, aunque eso lo ha ido corrigiendo con el tiempo.

Lo que hace es peligroso, y hasta cierto punto, inmaduro. Si alguien lo supiera… Pero él tiene cuidado. Espera a que finalice la

última clase y los chavales abandonen el edificio para moverse. Nunca se le ocurriría mantener este tipo de encuentros con gente rondando por los pasillos; no es tan estúpido.

Se detiene frente a una puerta sin cartel y se pasa la mano por el pelo. No se escucha nada al otro lado. Pero eso no significa que ella no esté. Mira hacia ambos lados para asegurarse de que no hay moros en la costa antes de llamar con los nudillos. Dos golpes secos.

Examina sus sentimientos mientras espera. Antes se sentía incómodo, como si fuera a robar un banco o algo parecido. Pero ya no. Ahora solo siente ese cosquilleo en el estómago que nunca lo abandonará del todo.

La puerta se abre en una fina rendija. Al otro lado, oscuridad.

—Soy yo —susurra Manuel.

La puerta se abre del todo. Paula lo está esperando. Sonríe de esa manera que parece que se lo está follando con la mirada. Lo agarra de la camisa y lo mete dentro. Cierra con pestillo. Clic.

Se quedan completamente a oscuras, y por un instante, Manuel solo escucha la respiración acelerada de ella.

Entonces Paula enciende la luz de un flexo, y Manuel puede admirarla en su totalidad. Lleva la misma ropa que usa para dar clase: vaqueros ajustados, blusa azul y deportivas. Pero ahora tiene algo distinto. Una intención. Pelo suelto, labios pintados, olor a vainilla.

Para comérsela.

—Pensé que no vendrías —dice ella, llena de deseo.

—Doña Encarnación me ha entretenido. —Manuel escupe el nombre como si fuera comida podrida. La jefa de estudios es un dinosaurio, una bruja vestida de monja. Entre los profesores circula la broma de que ella puso la primera piedra del edificio, allá por el siglo XIX.

—¿Y le has dicho que tenías una cita secreta en el cuarto del material deportivo?

—Claro, y también que te pienso empotrar en la mesa de ping pong.

Paula suelta una carcajada nerviosa.

—¿Has tenido que cancelar alguna tutoría?

—Eso quisieras tú —responde Manuel—. Que empezara a desatender a mis alumnos para hacerte hueco en mi agenda. ¿Tan importante te crees?

—No seas capullo —dice Paula.

Manuel va directo a su cuello, pero ella lo detiene con la mano. Joder, hoy tiene ganas de conversación.

—Sigo pensando en el otro día… —dice, evitando su mirada—. Blanca nos vio juntos en la galería. No me sentí bien. Me siento un poco culpable.

Manuel no tiene el menor interés en hablar de su mujer, y mucho menos con su amante.

—No sabe nada.

—Pero lo sospecha. Lo noté en su mirada.

—Paula, Blanca no sospecha ni cuando ve tu coche aparcado dos calles más allá. Y nunca lo hará. Es idiota. Sería incapaz de encontrarse ese culo gordo que tiene con las dos manos.

Ella frunce los labios y se separa aún más.

—Es tu mujer —dice, mirándolo a los ojos.

A Manuel le entra un escalofrío. Sabía que era cuestión de tiempo que llegara el momento en que debía afrontar esta conversación, pero no esperaba que llegara tan pronto.

—Técnicamente —responde—. Pero lo nuestro acabó hace años. Y tú lo sabes.

Paula se muerde el labio. Parece debatirse entre la culpa y el deseo.

—Míranos, Manu. ¿Quedar en secreto en el cuarto del material deportivo del colegio? A veces pienso que estamos pidiendo a gritos que nos pillen.

Manuel suspira para sus adentros e intenta no poner los ojos en blanco. Logra a duras penas mantener la compostura ante el inoportuno comentario de Paula. Está a punto de darse la vuelta y marcharse. Él solo quería desahogarse con una inocente sesión de sexo sin preocupaciones ni ataduras. Por eso sedujo a Paula: era joven, estaba buena y no buscaba una relación seria. Si quisiera discutir, iría a casa con su mujer.

—¿Y qué? —da un paso al frente y la acorrala—. ¿Te pone eso? ¿El peligro?

Ella no contesta.

—¿O es lo que quieres? ¿Que nos descubran? —pregunta él, molesto.

Paula duda un segundo.

—No… —responde. Se nota que está herida—. Pero podríamos vernos en mi casa. Allí no hay nadie, es más seguro.

—Pero mucho menos excitante, nena. —Le besa el cuello. Ella se aparta un poco.

Manuel sabe qué pretende. Las mujeres no hablan por hablar, siempre tienen una segunda intención. Pero también sabe que, si le dice a Paula cuatro chorradas románticas y le muerde el lóbulo de la oreja, probablemente conseguirá que se olvide de todo eso por un rato.

Pero antes, es necesario hacerse un poco el duro.

—¿Quieres dejarlo? —dice, poniendo una mano en la manilla de la puerta.

—No. Quédate —dice ella. Casi suplica.

Entonces se desabrocha la blusa, dejando a la vista el sujetador. Blanco y de encaje. Perfecto.

Manuel se queda un segundo contemplando el cuerpo semidesnudo de Paula. Sus pechos apuntan hacia arriba, como debe ser. Hace una estimación rápida. No tiene ninguna gana de volver a casa, y el interés de Paula por hablar parece haber desaparecido. En realidad, no hay nada que pensar. De pronto siente un deseo irrefrenable de lamer esos pezones oscuros y duros. Se le olvida todo. La culpa, Blanca, la jefa de estudios… Todo.

—Ven aquí, joder —dice, y la alza sobre la mesa como si no pesara nada.

Le desabrocha la blusa, con tanto ímpetu que se lleva por delante el primer botón. Hunde el rostro entre sus pechos y toma una honda respiración que huele a perfume fresco, a hormonas y al suavizante del sujetador. La besa, la muerde.

Ella gime. Se aferra a él como si fuera aire.

—Hijo de puta —susurra.

—Sí —responde él, sin pensar.

El sujetador se desliza por el brazo como una hoja en otoño. La piel de Paula está caliente y suave.

Justo cuando ella le quita la camisa, cuando el deseo ya ha borrado cualquier pensamiento racional, se oyen los pasos de dos personas en el pasillo.

Pero ellos no se dan cuenta.

# 13

Suena la campana, que transporta a Mónica de regreso a su época escolar, y los últimos alumnos del Instituto San Vicente de Paúl salen en oleadas lentas, arrastrando mochilas y conversaciones superficiales. Los más jóvenes bajan las escaleras al trote, como si fueran caballos de carreras.

Rayco y Mónica esperan al pie de las escaleras como dos postes en mitad de la acera. Son los más mayores los que les interesan.

—A ver si ahora alguno suelta algo —dice Mónica, ajustándose la chaqueta. El sol empieza a ponerse en el patio y ella siente frío.

Abordan a los estudiantes en pequeños grupos, mostrando la foto de Pablo. Casi todos niegan sin siquiera mirarla bien. Un par se encogen de hombros. Uno dice que le suena, pero cuando Mónica insiste, rectifica: «No, no… me he confundido.»

Los alumnos de los colegios religiosos tienen un don particular: la capacidad de parecer correctos sin serlo. Uniformes impolutos, lenguajes prestados de misa de domingo, sonrisas de manual. Pero luego se dan la vuelta y sueltan de todo por la boca. A Mónica le cuesta tomárselos en serio. Sabe que, bajo esa fachada de obediencia y rezos antes de clase, se esconde la misma jungla que en cualquier otro centro. La única diferencia es que aquí son juzgados por un crucifijo sobre el encerado.

Podría decirles a esos chavales que las cosas van más rápido de lo que creen, que basta con parpadear para que el instituto quede

atrás, y que luego pasarán diez años, y a continuación diez más, pero nunca la escucharían. Y lo más probable es que sea mejor así.

Pasado un rato, ven salir del edificio a las amigas de Alicia. Marta, la más cercana, resopla en cuanto los ve venir.

—Otra vez vosotros.

—Otra vez nosotros —confirma Mónica, sin sonreír—. Solo serán unos minutos.

—¿Se sabe algo de Ali? —inquiere la joven.

—Hablemos un segundo.

Se sientan en un banco de madera bajo la sombra de un almendro escuálido. Rayco saca la foto de Pablo.

—¿Te suena este hombre?

Marta lo mira con atención. Frunce el ceño.

—No. Ni idea. ¿Quién es?

—¿Estás segura?

—Sí. Vamos, si hubiera estado por aquí lo recordaría. No pasaban muchos tíos buenos por el colegio, y este… está bastante bien.

Rayco tose para no reír. Mónica mantiene el gesto serio.

—Refréscanos la memoria. ¿Cómo fue el último día que viste a Alicia?

Marta baja la vista y le da una leve patada al suelo.

—Ya os lo conté todo. Salimos. El baboso de la noria nos dijo aquello, sin más. Y a mitad de la noche, Ali me dijo que se iba a casa por su cuenta.

—Dijiste que no se encontraba bien —interviene Mónica.

—Eso es lo que ella me dijo. Pero no lo parecía, la verdad. Iba guapa. Se había arreglado. Llevaba los shorts que más le gustaban, los rosas con el bajo roto. ¿Te pones eso si estás mala?

Mónica niega con la cabeza.

—¿Y te dijo por qué no se encontraba bien?

—No. Solo que no quería volver en grupo, que prefería ir sola. Me pareció extraño, pero no insistí. Estaba rara esos días. No mal… solo… distinta.

—¿Distinta cómo?

—No sé, en plan distraída. Se quedaba mirando el móvil como si esperase algo. Sonreía más. Parecía feliz. Y eso me rayó. Porque

justo coincidió con que sacó notas bajas en un par de exámenes, en plan…

Mónica se muerde el labio. Al parecer, es la nueva moda. Terminar todas las frases con «en plan». ¿En plan qué, bonita? Pero no puede juzgarlos. Toda generación tiene su coletilla ridícula. La suya era el «tía». Lo tenían todo el día en la boca, tía.

—¿Tenía novio? —pregunta Rayco.

—No.

—¿Tal vez algún chico que le gustara?

—Ni idea. No, que yo supiera. Y ella y yo nos lo contábamos todo.

—¿Pero podría ser?

Se encoge de hombros.

—Supongo que sí.

Mónica la estudia un segundo. La chica no miente y no sabe nada más. Terminan la conversación con promesas de mantener el contacto, por si Marta recordara algo.

En el interior, el instituto está desierto. Caminan hacia el despacho de la jefa de estudios, esa monja con aires de inquisidora que ya en su día se lavó las manos con demasiada soltura.

—Seguro que vuelve a decir que no sabe nada —murmura Rayco —. Esa mujer me pone los pelos de punta.

Pero antes de doblar el pasillo que da al ala de dirección, ambos se detienen.

Mónica frunce el ceño.

—¿Has oído eso?

Rayco ladea la cabeza. Entonces lo oyen de nuevo. Un gemido. No de dolor. De otro tipo.

—¿Eso es…?

—Alguien pasándoselo muy bien —confirma Mónica.

Los dos se miran sonrientes. No es que no hayan visto cosas raras en su carrera, pero esto se lleva la palma. Avanzan despacio por el pasillo, guiados por los sonidos húmedos y entrecortados. Los pasos de ambos se apagan sobre el linóleo desgastado.

La puerta parece cerrada. Carece de cartel. No se oyen ruidos al otro lado, más que el jadeo intermitente y un golpe sordo, como el

sonido de una mesa moviéndose.

Rayco levanta las cejas.

—¿Qué hacemos? —susurra él.

—A lo nuestro.

Retoman el paso hasta que dejan de oírse los jadeos.

—Es aquí —dice Rayco al llegar frente a la puerta, que tiene una cruz de madera colgada con chinchetas. Una tarjeta reza: JEFATURA DE ESTUDIOS—. ¿Preparada?

Mónica resopla.

—No…

Rayco le lanza una mirada resignada antes de llamar con los nudillos.

—Pasen —responde una voz que ya suena a sermón.

Dentro, Encarnación Cortés está sentada tras una mesa ordenada con precisión. Corrige deberes con un bolígrafo rojo y una lentitud casi insultante, como si cada palabra fuera una tesis doctoral. Tiene el pelo gris recogido en un moño, gafas de montura antigua y una expresión que parece tallada en granito. A su lado, una jarra de agua con limón. La primera vez que entraron a ese despacho, Encarnación llevaba puesto un hábito. Ahora viste una blusa abotonada hasta el cuello, de la cual cuelga una sobria cruz de madera; una indumentaria innegablemente casta, pero mucho más informal. El equivalente religioso a Desigual, se imagina Mónica. Aquella primera vez, Rayco comentó que tenía cara de hurón, aunque es difícil encontrar un hurón con tan mala leche.

Mónica se contiene para no bufar. Ya le gustó poco esa mujer en su primera visita. Si las monjas tuvieran una patrona de la pasivo-agresividad, esta mujer sería canonizada en vida.

Ninguno de los tres dice nada. Mónica no hablará primero. Sabe cómo tratar a mujeres como doña Encarnación. En su penúltimo año en la educación privada, Mónica fue expulsada por agredir a un profesor y acabó en un colegio público religioso del barrio de Prosperidad. Entonces, Mónica no era la mujer atlética que es hoy. Era una niña diminuta, de apenas metro y medio de altura. Las otras chicas, en especial las más despreciables, la llamaban Canija.

Zorras. Si no les paras los pies, te hacen pedazos.

Pero Mónica no siempre fue una niña problemática. Cuando estaba en primaria, sacaba notas aceptables, adoraba pegar patadas a la pelota y compartía los recreos con los chicos; habría preferido morir antes que ponerse algo rosa.

Los Lago vivían en un acogedor piso en un barrio céntrico de Madrid. Leticia, su madre, trabajó como enfermera en un hospital público hasta que se jubiló. Ahora vive sola con sus dos caniches. Tom, su padre, era redactor, lector empedernido y el ídolo de Mónica. Hasta que, exactamente tres días después de que ella cumpliera dieciséis años, tropezó y cayó a las vías del metro mientras acudía al trabajo. El tren, que entraba en la estación, lo aplastó.

Esa fue la versión oficial. Muchos años después, Mónica, ya convertida en inspectora de policía, descubrió que todo había sido un montaje. Tom Cavendish, quien ella creía que era su padre —el padre biológico de Mónica había muerto de un disparo cuando ella solo era un bebé— era en realidad Neil Anderson, un corredor de bolsa neoyorquino que se había metido en problemas con la mafia. El accidente en el metro fue un montaje para escapar y comenzar de nuevo en Londres, bajo una nueva identidad. Cuando Mónica lo supo, él ya había sido encontrado y asesinado. Pero esa es otra historia.

La Mónica de dieciséis años tomó la tragedia de la *muerte* de su padre como era de esperar: se rebeló como una loca. Se dio a beber, a fumar, se juntó con malas influencias y se acostó con más de uno. Cuando su autoestima estaba baja, su tendencia a desmadrarse aumentaba. Si la pasión por el servicio policial no se hubiera cruzado en su camino, quién sabe qué sería de ella hoy.

Doña Encarnación rompe el silencio:

—Inspectores —dice sin levantar la vista—. Qué sorpresa.

—Nos gustaría hacerle unas preguntas más sobre Alicia Toscano —empieza Mónica, con tono cordial. Coloca la fotografía de Pablo sobre la mesa—. ¿Le suena este hombre?

Doña Encarnación observa la imagen con desdén, como si le estuvieran mostrando la portada de una revista pecaminosa.

—No. No lo conozco.

—¿Está segura? Es pintor. Amigo de Darío Toscano, el padre de Alicia…

—Sé muy bien quién es Darío Toscano.

Mónica vuelve a morderse el labio. Rayco lo nota y le recoge el testigo.

—Ella podría haberlo mencionado.

—No tengo conocimiento de que la niña, Alicia, se relacionara con adultos fuera de su entorno familiar y educativo —dice la jefa de estudios, modulando cada palabra como si estuviera en misa.

Mónica la observa un instante. Esa rigidez no se aprende, se hereda. La mujer oculta algo, pero no está claro si lo hace para proteger a alguien… o a sí misma.

—¿No notó usted nada raro en el comportamiento de Alicia los días previos a su desaparición?

Encarnación se ajusta las gafas con dos dedos raquíticos antes de contestar:

—Era una joven aplicada, formal. Siempre saludaba. Estaba en el grupo de teatro y tocaba el clarinete en una banda. No tenía partes disciplinarios ni notas bajas. Ni un solo mal gesto. Si noté algo… no lo recuerdo.

Rayco cambia de postura, incómodo.

—¿Y entre el profesorado? ¿Alguien que se relacionara con ella más de la cuenta?

La telaraña de arrugas en su cara se profundiza aún más.

—Aquí no toleramos ese tipo de insinuaciones.

—No es una insinuación, es una pregunta —responde Mónica, tajante.

Silencio.

Mónica recuerda que tiene un chicle en la boca. La expresión de doña Encarnación muestra desaprobación. Para no dejarse intimidar, Mónica acelera la masticación.

Como respuesta, la mujer bebe un sorbo de agua con una lentitud insultante. Luego les dedica una sonrisa fría, falsa como un político.

—No tengo nada más que añadir, inspectores.

Mónica sabe que es mentira. Esa mujer oculta algo. ¿Protege a Alicia? ¿Sabe dónde está? Tal vez la chica desapareció por voluntad propia y la monja lo sabe. Pero ¿por qué? ¿De qué huía? Darío es un buen padre. Entregado. Y entre sus compañeros de instituto, ninguno ha insinuado rastro de acoso ni de enemigos. ¿Entonces?

—Gracias por su tiempo —dice finalmente Mónica, sin disimular el tono seco.

Salen del despacho.

El pasillo vuelve a llenarse del silencio sepulcral típico de los colegios religiosos. Tan limpios, tan serios, tan controlados. Demasiado, piensa Mónica. Aquí se enseña a recitar el catecismo, pero también a cerrar la boca. A no levantar la mano. A no señalar. A disimular.

Los uniformes ocultan más que la ropa. Los gestos medidos, las frases aprendidas, los «por favor» y «gracias, madre» son parte del disfraz. Mónica los ha visto antes. Chicas y chicos que parecen santos… y luego revientan por dentro. Porque vivir fingiendo santidad desgasta.

Una figura se cruza por el pasillo, haciéndola volver al presente como si la agitara de las solapas de la cazadora.

—Por Dios —murmura, dándole un codazo disimulado a Rayco—. No te pierdas eso.

Una mujer joven camina rápidamente en su dirección. Lleva la blusa mal abotonada, el carmín corrido y la mirada fija en el suelo. Al pasar a su lado, gira aún más la cabeza, pero lo que no puede disimular es el olor que desprende: sudor, perfume y algo más.

Vergüenza.

—¿Tú crees que…? —susurra Rayco cuando han doblado la esquina.

—Creo que alguien ha tenido un recreo privado —responde Mónica con sorna.

Están a punto de salir del edificio cuando alguien los llama desde atrás.

—¡Disculpen!

Se detienen en seco y se vuelven. Es un chico con la ropa planchada, peinado sin gomina pero impecable, y el nudo de la

corbata algo ladeado. Tiene pinta de buen estudiante. Y de estar a punto de hacerse pis encima.

—Perdón —dice sin aliento—. ¿Puedo decirles algo?

Mónica lo observa. Le echa catorce años, tal vez quince. Uno o dos cursos por debajo de Alicia. Hay nervios en sus manos y vergüenza en su mirada.

Rayco se agacha un poco, en su modo de «padrazo simpático».

—Por supuesto. ¿Qué pasa, campeón?

—Esa noche estuve allí. Me fui pronto. A las doce o así. Estaba con mis primos.

—Tranquilo, chaval, vamos poco a poco —dice Mónica, tocándole el hombro con suavidad—. ¿A qué noche te refieres?

—Cuando Alicia desapareció.

Mónica y Rayco se miran como si acabaran de encenderse todas las luces del pasillo.

—¿Y a ella? ¿La viste esa noche? —pregunta Rayco.

El chico niega con la cabeza.

—Pero sé que ella estaba por allí porque Marta lo dijo después. Aunque no la vi.

—¿Entonces? —dice Mónica, frunciendo el ceño—. ¿Qué querías decirnos?

—Es sobre la foto del hombre que enseñaban antes. La del señor ese.

—¿Pablo Lázaro? —pregunta Mónica, mostrándole de nuevo la instantánea.

El chaval se estremece. Mira un segundo. Luego aparta la vista. Rayco lo anima con un gesto de cabeza.

—Me parece que… sí, creo que he visto a este señor. Antes no caía, pero ahora ya me acuerdo.

Mónica alza una ceja y baja el tono.

—¿Lo viste? ¿Dónde?

—En las fiestas de Sanse. Esa noche.

# 14

Andrés aparca frente al número 12 de la calle Álamo y apaga el motor, pero se queda un rato en silencio en el coche. Le llega un mensaje de Mónica: «Esta noche, tú y yo tenemos cita en el confesionario, inspector».

Sonríe. Es su manera de decirle que Rayco y ella han terminado en el instituto y tienen novedades sobre el caso. El *confesionario* es la cama; Mónica no es muy hábil con las metáforas sexuales.

Le responde de inmediato: «Lo estoy deseando. Y, por favor, deja de llamarlo así. Acabo de llegar a la casa de Darío. Luego te cuento».

Mónica: «Rayco dice que eres un muermo. Que tengas suerte».

Andrés aún sonríe mientras se baja del coche. Camina con paso decidido y sube los seis peldaños que separan el patio delantero de la puerta principal, pintada de blanco. La casa de Darío Toscano se mantiene igual que siempre: fachada baja, ventanas con visillos limpios y un silencio que pesa. Ese tipo de silencio que nunca debería colarse en un hogar.

Tal vez debería haberle avisado de su visita, pero ya es tarde para eso. Pulsa el timbre. Junto a la puerta del adosado está el buzón, en cuya placa sigue apareciendo el nombre de Luisa, la mujer de Darío. Verlo ahí lo sacude por dentro.

El interior de la casa solo devuelve silencio, así que Andrés vuelve a llamar. Mientras espera, algo le roza los pies. Al bajar la cabeza, ve a un gato rubio y desaliñado restregándose contra sus tobillos.

Cuando se agacha para acariciarlo, el animal sale corriendo y desaparece tras el muro.

Está a punto de darse la vuelta cuando oye pasos arrastrados al otro lado. Darío abre la puerta. Lleva una camiseta vieja y tejanos manchados de tierra húmeda en las rodillas. Tiene los párpados caídos y a Andrés le parece que huele un poco a licor. Darío se tensa y traga saliva al verlo. Andrés se apresura a negar con la cabeza.

—No, no vengo por eso —lo tranquiliza. Ambos saben a qué se refiere. A Darío se le relajan los hombros. Emite un profundo suspiro y se aparta para que pase.

Andrés cuelga la chaqueta en el perchero y sigue a Darío hasta el salón. El aire huele a queso gratinado. Debería hacerle salivar, pero hoy tiene el estómago cerrado.

—Solo venía a charlar un rato —dice al sentarse en el sillón del salón—. Bonito gato, por cierto. No sabía que teníais uno.

Darío se vuelve, y, por un instante, un destello de alegría parece cruzarle el rostro.

—¿Así que sigue por aquí? No venía desde lo de Alicia. Ella era la única que daba de comer a Dolores.

«Dolores. Un nombre peculiar para un animal», piensa Andrés, a la vez que repara en una botella medio vacía de ron Flor de Caña en la gastada mesita de café. Vaya.

Ya estuvo ahí hace meses, cuando todo estalló. Se reunieron en torno a la mesa del comedor para repasar todos los detalles una y otra vez. Le hizo preguntas sobre temas que deberían ser siempre privados, pero que dejaron de serlo en el instante en que Alicia salió por la puerta para no volver jamás. La casa parece la misma: agradable y normal, aunque un tanto desordenada, salpicada aquí y allá de indicios de una presencia adolescente. Pero la última vez que estuvo allí, aún quedaba un ápice de esperanza. Hoy parece el decorado de una casa en venta: ordenada, pero vacía.

—¿Tienes hambre? —pregunta Darío—. Ha sobrado lasaña. Hoy es el cumpleaños de Lucas.

Andrés rechaza el ofrecimiento con educación.

—¿Cuántos cumple?

—Catorce.

—Una edad difícil.

Andrés está a punto de soltar el clásico «te lo digo por experiencia», pero se calla. Alicia y Laura son casi de la misma edad. Comparar sería de muy mal gusto.

—Sí… Pero no puedo quejarme de Lucas —dice Darío, con la voz algo más baja—. Se está portando estupendamente. Y Alicia… Un poco más contestona, pero muy noble.

Se le quiebra la voz. Carraspea.

Andrés trata de sonreír. Sigue habiendo fotografías familiares en el mueble del televisor: Alicia, Lucas y una mujer de unos cuarenta años. El flequillo de la mujer estuvo de moda hace unos años, pero lo que llama la atención a primera vista es la sonrisa: amplia y honesta, la clase de sonrisa que solo las personas de corazón puro pueden ofrecer. Andrés lo sabe. Es Luisa, la mujer de Darío, la misma cuyo nombre figura en el buzón. Murió a causa de un atropello hace unos años. Andrés observa de nuevo la botella de Flor de Caña y se pregunta cómo habrá logrado Darío no quedarse pegado a ella.

Andrés aparta la vista de la foto, tal vez demasiado rápido. Darío se da cuenta.

—Mi mujer —dice.

—Lo sé.

—No vamos a hablar de ella, ¿vale?

—Claro.

Darío asiente, satisfecho.

—Bueno, ¿y tú cómo estás? —le pregunta Andrés.

Darío lo frena con un movimiento de mano.

—Por favor, no. No te pongas condescendiente. Es insultante.

Andrés asiente. Tiene razón.

—No creo que te hayas acercado aquí para ver cómo me compadezco de mí mismo —dice Darío.

—Pues eso es lo que hacemos los polis. ¿No lo sabías?

Eso casi lo hace sonreír.

—En fin, ¿qué querías, Andrés?

Andrés se apoya en las rodillas.

—Esto puede parecerte raro, pero… Pablo Lázaro y tú sois amigos, ¿verdad?

Darío lo mira extrañado. Parpadea un par de veces antes de contestar.

—Sí, podría decirse que sí. Aunque era Luisa, mi mujer, quien lo conocía de antes. Ella me lo presentó. —Levanta el vaso vacío para un brindis irónico.

—¿De qué se conocían?

—La verdad es que no lo sé. Creo que se conocieron a través de Teresa, la actual mujer de Pablo. Luisa acababa de empezar a trabajar en la consultora y aún vivía en casa de sus padres. Teresa era la hija del presidente de la compañía y se hicieron amigas. Conoció a Pablo cuando él llegó a Madrid. Supongo que ella se lo presentó a Luisa. Y años más tarde, Luisa a mí. Creo que fue en un cumpleaños. A partir de ahí, empezamos a quedar las dos parejas con bastante frecuencia. Íbamos al cine o llevábamos a los niños al parque.

—Entonces, ¿tu mujer y Pablo eran íntimos?

Darío esboza un amago de sonrisa.

—No creo que Pablo tenga ningún amigo íntimo. Está demasiado metido en sí mismo. Tiene un mundo interior muy grande y no resulta fácil intimar con él. Supongo que son cosas de artistas. Pero con Luisa estaba más relajado. Ella tenía ese don, ¿sabes? Hacía que todo el mundo bajara las defensas.

Darío se interrumpe y traga saliva. Andrés se da cuenta de que hablar de Luisa le provoca dolor.

—Aun así, Pablo es un buen tipo. Me cae bien. Mejor que los otros amigos de Luisa, la verdad.

—¿Quiénes?

—Manuel Requena y Rafa Peinado. Eran sus amigos de la infancia, los conocía desde la época del colegio.

Andrés saca el móvil y anota esos nombres.

—¿Sigues viéndolos?

—Alguna vez. Más por cortesía que por ganas. No tenemos mucho en común.

Andrés asiente en silencio. Darío coge la botella de ron y vierte un poco en el vaso. Le ofrece a Andrés, pero este lo rechaza.

—¿Por qué me preguntas por Pablo? Me enteré de lo que le pasó en la galería. Pobre hombre… Me había invitado, pero… no estaba para fiestas. Él lo entendió enseguida. ¿Ha pasado algo más?

—No —asegura Andrés—. Pero alguien lleva más de un mes enviándole amenazas a casa.

Darío alza una ceja.

—¿Cómo? ¿Quién?

—No lo sabemos. Son anónimas.

Darío se queda inmóvil. Luego niega con la cabeza.

—¿Y por qué me lo cuentas?

—Por si tú también has recibido algo.

Darío explota.

—¿Recibirlas yo? ¿No crees que ya lo habría denunciado?

—Claro, Darío. Solo quería asegurarme.

—Es alucinante —gruñe, negando con la cabeza.

—Darío.

—¿Qué?

—No digas nada de lo que luego puedas lamentarte.

Darío lo mira como si Andrés fuera un traidor. Se incorpora.

—Tú te dedicas a perder el tiempo mientras mi hija sigue ahí fuera, secuestrada, tal vez muerta.

—Esas amenazas podrían ser una pista para dar con quien… —Andrés se detiene. Ha estado a punto de pronunciar la palabra prohibida. Asesino. Darío ya se ha mostrado a la defensiva cuando le ha hablado de las amenazas. Esto es demasiado duro para él. Intenta arreglarlo—: Además, no sabemos si lo que dices es cierto, ¿vale? Podría haberse marchado por voluntad propia, ya lo hemos hablado. Se han dado casos.

Darío emite un bufido. Saca su móvil del bolsillo del pantalón y navega por el menú durante unos segundos. Finalmente, le muestra la pantalla a Andrés: un vídeo de Alicia se está reproduciendo.

—Esta era mi hija la noche de su desaparición —dice—. ¿A ti te parece que tiene pinta de querer marcharse?

Andrés cierra los ojos y asiente. No necesita ver el vídeo, lo ha visto decenas de veces. Es el último que Alicia subió a las redes, unas horas antes de que desapareciera. Está alegre, radiante, como si estuviera dispuesta a comerse el mundo a cucharadas.

—No, Darío —responde finalmente—. Tienes razón.

—Eres un iluso. Y creo que estás empezando a dar el caso por perdido. ¿Es lo que te pasa, Andrés? Porque yo todavía confío en tu promesa de que harás lo imposible hasta encontrarla. ¿Te has rendido?

Andrés asiente y baja la cabeza. En estos casos es mejor no avivar las llamas. Por duro que le resulte a Andrés perder una esposa, ningún progenitor quiere ni imaginar lo que sería perder un hijo. El dolor en el rostro de Darío tiene vida propia. Y nunca lo abandonará.

—¿Puedo echar un nuevo vistazo a su habitación? —pregunta. Estuvo en el dormitorio de Alicia el mismo día en que Darío denunció su desaparición, pero quiere asegurarse de que no pasó nada por alto. La experiencia le ha demostrado que, con el tiempo, las cosas se ven de otra manera.

Darío asiente en silencio, pasándose la mano por los ojos.

Andrés sube a la planta superior, donde están los dormitorios. El de Lucas es el primero a la izquierda nada más subir las escaleras. Tiene la puerta cerrada y un cartel que dice NO MOLESTAR. Desde el interior se oye la voz amortiguada de un comentarista deportivo. NBA en vena. Andrés no puede evitar sonreír. Ah, la preadolescencia… bendita inocencia.

Enfrente está el dormitorio de Alicia. Su puerta también está cerrada, pero por otro motivo.

Andrés se siente como un profanador de tumbas cuando gira la manilla y entra. La habitación lo recibe como una cápsula sellada en el tiempo. Nada parece haber cambiado desde la última vez que alguien la habitó de verdad. La cama está hecha con esmero, la colcha bien estirada y los cojines alineados con frases inspiradoras. El escritorio, junto a la ventana, permanece despejado, salvo por una lámpara de clip que apunta al techo, como si hubiera dejado de tener propósito. En la esquina del mueble se apilan varios libros de

texto y carpetas etiquetadas con rotulador negro. Todo está en su sitio. Casi parece que Alicia aún volverá para hacer los deberes después de merendar.

En la estantería, entre un marco con una foto de Alicia sonriendo en un concierto y un montón de partituras, está la funda negra del clarinete. Una fina capa de polvo cubre la superficie, y una pegatina descolorida de un festival de música se despega en una esquina. Se le encoge el pecho al imaginarla ensamblando el instrumento. En el armario, una esquina tiene ropa deportiva y otra, vestidos. Cada percha ocupa su lugar. El olor a suavizante lo envuelve de inmediato, mezclado con ese perfume tan característico que suelen dejar las adolescentes: algo dulce y frutal, imposible de imitar.

Sobre la mesilla hay una vela sin encender —de vainilla, a juzgar por la etiqueta— y un portarretratos sujeto con una pinza en forma de corazón.

Se sienta en el borde de la cama. El colchón cede bajo su peso. Por alguna razón, estar sentado ahí le hace sentirse incómodo.

Abre el primer cajón de la mesilla: gomas para el pelo, un inhalador y una entrada de cine. En el segundo, encuentra una pulsera rota, un tampón suelto, cargadores viejos y esmaltes secos. Tiene la sensación de estar hurgando en una propiedad privada y no sabe muy bien lo que está buscando. Todo está exactamente igual que como lo vio aquella primera vez; es como si Darío no hubiera tocado nada en todo este tiempo.

Observa la fotografía, apoyada en la pinza.

—Esa foto fue tomada una semana antes de la desaparición.

Andrés se sobresalta. Darío está ahí, de brazos cruzados, apoyado en el marco de la puerta. No lo ha oído subir las escaleras.

Luego se centra en la fotografía, como si pudiera contener alguna pista que ha pasado por alto. En ella, Alicia flota en el agua de una piscina. Los rayos del sol inciden en su piel húmeda, haciéndola brillar como si llevara puesto un vestido de diamantes.

—Mírale la cara, Andrés.

Él planta los ojos en ella. La joven saca la lengua a la cámara y fuerza una mueca graciosa mientras hace una «V» con los dedos. Descaro. Vida pura. Andrés no llegó a conocerla en persona, pero, al

ver su expresión alegre y espontánea, se dice que, seguramente, su hija Laura y ella habrían hecho buenas migas.

—¿Tú crees que a esa chica, con semejante sonrisa, le dio por escaparse sin decirle nada a nadie? ¿De verdad piensas que se fugó por decisión propia y fue tan precavida que nunca utilizó el iPhone, las tarjetas de crédito o los cajeros automáticos?

Es tal la felicidad que irradia esa mirada que Andrés no puede seguir mirando y aparta la vista.

—No —repone—. No lo creo.

—Sigue buscando, por favor.

—Así lo haré, Darío. Te lo prometo.

Darío se aleja de la puerta y abre la de su hijo. Finge interesarse por el resultado del partido y vuelve a la planta de abajo.

De nuevo a solas, Andrés suspira. Deja la foto en su sitio, pero algo le llama la atención: un hueco mínimo entre la mesilla y la pared.

Ahí hay algo.

Se agacha y mete la mano. Se raspa los dedos con la pared, pero lo atrapa: un papel arrugado.

Lo saca y lo despliega.

Es un recibo.

*Farmacia Ocaña. Fecha: 12 de agosto.*

«Dos semanas antes de la desaparición.»

Solo se compró un artículo.

# 15

—¿Un test de embarazo? —pregunta Mónica desde el cuarto de baño.

Andrés asiente. Está tumbado en la cama, mirando al techo mientras juega con el recibo de la farmacia. El papel cruje entre sus dedos, frágil y pequeño. Como la vida que tal vez alguien quiso borrar.

—Detrás de la mesilla de noche —dice—. Estaba hecho una bola. Databa del doce de agosto, dos semanas antes de que Alicia desapareciera.

Jamie ya duerme en la habitación de al lado. Lo oyó suspirar dos veces antes de caer rendido. Ese crío tiene un talento sobrenatural para pegar ojo.

Mónica está cepillándose los dientes. Su silueta se recorta en el espejo empañado. Lleva una camiseta blanca y bragas de algodón. Nada extraordinario, pero Andrés siente que se le acelera el pulso. Le gusta mirarla cuando no se da cuenta. Se recrea contemplando su figura: su cuello de cisne, esos hombros maravillosos, el cabello que le cae sobre la blanca piel. Siente la excitación. La relación está aún en los prolegómenos de qué grande es estar vivo, en que nunca se tiene suficiente del otro, ese estado que te impulsa a cruzar la ciudad volando para reunirte con ella con la certeza de que la relación va a convertirse pronto en algo más profundo y rico.

En su segunda cita, Mónica le hizo un juego de magia. Consistía en pedirle a Andrés que escogiera una carta de una baraja vieja que

sacó de su bolso, con los bordes desgastados y un as de corazones ligeramente doblado.

—Piensa en tu carta, pero no me la digas —le dijo, guiñándole un ojo.

Luego barajó las cartas con una torpeza encantadora, dejando caer un par al suelo, lo que provocó una risa compartida. Hizo un gesto teatral, como si invocara un hechizo, y le pidió que tocara la baraja.

—Ahora, mira la carta de arriba —dijo, con una confianza que desarmaba.

Cuando Andrés giró la carta, no era la suya, sino una nota escrita a mano que decía: «Te invito a un helado después de esto.» Mónica soltó una carcajada al ver su cara de sorpresa y le confesó que había cambiado la carta mientras él se reía de su «desastre» con la baraja. Él también sonrió. Fue…, ¿cómo calificarlo? ¿una tontería? A Mónica le gustan esas bobadas: los trucos de magia, los chistes malos y las bandas sonoras de Disney. Para Andrés, tan firme y estricto durante toda su vida, es como un soplo de aire fresco.

Es agradable tenerlos en casa por las noches. Andrés está deseando que Mónica y Jamie se trasladen definitivamente, aunque tal vez sea pronto para tener esa conversación.

Ella escupe sobre el lavabo y se enjuaga.

—¿Se lo dijiste a Darío? —pregunta.

Andrés niega con la cabeza, y luego se da cuenta de que ella no lo está viendo.

—No tuve cojones.

—Normal —dice ella, saliendo del baño con el pelo recogido en un moño descuidado y las mejillas ligeramente coloradas por el agua caliente—. Bastante está aguantando.

Se sienta en el borde de la cama y el colchón se hunde ligeramente bajo su peso. Comienza a aplicarse crema en las manos. Andrés observa sus dedos, sus nudillos, el modo en que se masajea las palmas en movimientos circulares y lentos. Siempre le ha fascinado la manera en que Mónica convierte los gestos cotidianos en algo hipnótico.

—Cariño…

—¿Mmm?

—¿Y si… se quitó de en medio?

Andrés tarda unos segundos en reaccionar. No por sorpresa, sino porque ya lo había pensado. Muchas veces.

—¿Crees que se suicidó?

Mónica no responde de inmediato. Se acomoda mejor en la cama. Huele a jabón y a mango.

—No sería la primera. Una chica de diecisiete años se entera de que está embarazada. Lo oculta. Se lo calla. Tiene miedo. A la reacción de su padre, a perder su vida, a decepcionar a todo el mundo… Y un día, en plena feria, bebe más de la cuenta y decide borrarse del mapa. Lo hemos visto antes, Andrés.

Él asiente muy despacio.

—Lo he pensado, pero no puedo decirle eso a Darío.

—Claro que no. Solo digo que… deberíamos contemplarlo. Igual que contemplamos lo de Pablo.

—Lo contemplamos todo. —Andrés se vuelve hacia ella y le aparta un mechón de pelo de la cara—. No nos queda otra. Por cierto, me lo acabas de recordar: a última hora de la tarde, Fernando me ha llamado. Ya tenía la información sobre la sangre en los recortes de periódico que recibió Pablo.

—¡Qué rápido! ¿Y qué?

—Resulta que es sangre de gato. En todos los casos.

Mónica arquea las cejas.

—¿De gato?

—Sí. Lo cual, lamentablemente, no nos dice mucho.

—Al menos hemos descartado que sea sangre de Alicia. —Mónica apaga la lámpara de su mesilla. El dormitorio queda sumido en penumbra, iluminado solo por la tenue luz de las farolas que se filtra por las persianas. Ella se desliza entre las sábanas y apoya la cabeza en su hombro.

Andrés le acaricia el pelo.

—Hablando de Pablo —dice—. ¿Me cuentas lo que habéis descubierto Rayco y tú en el instituto?

—Pues hablamos con los chicos. —Su voz suena somnolienta—. Les enseñamos la foto de Pablo, pero nadie parecía conocerlo. Esos

chavales están cada día más atontados. Las nuevas generaciones son para dar de comer aparte.

Andrés sonríe.

—Suenas como mi abuela.

Mónica hace un mohín, fingiendo que se ha ofendido.

—Pues ya no te lo cuento, imbécil. Que mañana te ponga Rayco al día. Por listo.

Se da la vuelta y finge que quiere dormir. Andrés desliza la mano por debajo de la camiseta y le hace cosquillas en la cintura.

Ella se revuelve en medio de un ataque de risa.

—¡Qué frías tienes las manos!

—Venga, sigue contándomelo.

—Hemos estado hablando un rato con Marta, pero ella tampoco conocía a Pablo de nada. Sí nos ha dicho que Alicia parecía un poco distraída esos días, lo cual tiene sentido, ahora que sabemos lo del test de embarazo.

—Un test que todavía no sabemos si era para ella.

Mónica pone los ojos en blanco.

—Sigue —dice él.

—Después hemos vuelto a ver a la jefa de estudios, esa monja tan desagradable.

—Encarnación Cortés.

—Sí. No ha soltado prenda, aunque yo estoy segura de que oculta cosas. Ya nos íbamos cuando un chico nos ha parado.

—¿Un chico?

—Un alumno, un par de cursos por debajo del de Alicia. Asegura que, la noche de la desaparición, vio a Pablo en las fiestas de San Sebastián de los Reyes. No hacía nada raro. Solo… vagaba. Como si no supiera qué hacía allí.

—¿Estaba solo?

—Eso dijo. Que iba solo, sin dirección. Como si no supiera dónde estaba. Le llamó la atención por eso.

—¿Y lo reconoció por la foto?

—Sí. En cuanto lo pensó un poco, lo identificó. No tenía dudas.

Andrés cierra los ojos.

—Eso lo sitúa muy cerca del lugar donde Alicia desapareció —dice.

—Ya.

—¿Crees que puede estar relacionado?

Mónica se arrebuja contra su pecho y se encoge de hombros.

—Rayco lo conoce y se juega algo a que él no pudo hacerle nada a Alicia —susurra—. Además, están las amenazas. Pero yo no me creo nada de nadie.

Andrés sonríe en la oscuridad. Le acaricia el brazo.

—Por eso te quiero.

—¿Tú crees que lo hizo?

Andrés tarda un poco en contestar.

—Creo que sabe más de lo que dice. Y creo que está asustado.

Mónica sube una pierna sobre él.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Estás asustado?

—Solo cuando tú conduces.

Ella le da un codazo suave, luego le muerde el hombro.

—Me debes una visita al confesionario, inspector.

Él resopla.

—¿Otra vez con eso?

—Siempre con eso.

La besa. Primero en la frente. Luego en la boca. Lento. Disfrutándolo. Mónica lo atrae hacia sí. Él le sube la camiseta. Ella le muerde otra vez.

El móvil de Andrés rompe el momento en lo mejor.

Es el tono de Laura. Andrés se detiene.

—Es mi hija —dice.

Mónica lo suelta. Él se incorpora, palpa la mesilla y encuentra el teléfono. Lo coge sin mirar.

—¿Laura?

Al otro lado, una voz hecha trizas.

—Papá…

—¿Qué pasa?

Un sollozo.

—El abuelo… —La voz se quiebra completamente—. El abuelo se muere.

# 16

El coche traquetea por la autovía, devorando los últimos kilómetros hacia Valencia, mientras el cielo se tiñe de un morado sucio que promete el amanecer. Al volante, Mónica siente los ojos ardiendo, como si estuvieran llenos de arena. No ha dormido más de una hora en toda la noche, y eso fue en una gasolinera, con la cabeza apoyada en el reposacabezas, mientras Andrés roncaba suavemente a su lado. Él conduce como un abuelo, así que ella ha tomado el relevo poco después de salir de Madrid. Ahora, el hospital se alza frente a ellos, un bloque de cemento gris que parece tragarse la luz del alba.

—Bájate —dice Mónica, deteniendo el coche frente a la entrada de urgencias—. Yo aparco y te busco.

Andrés la mira con ojeras que parecen pintadas con carbón. Su mandíbula está tensa, pero sus ojos tienen esa calidez que siempre la desarma, incluso ahora, cuando está hecho polvo. Asiente, abre la puerta y sale sin decir nada. Es su manera de lidiar con el dolor: cerrar la boca y seguir adelante. Mónica lo observa mientras cruza la entrada acristalada con sus anchos hombros encorvados.

Aparca en el primer hueco que encuentra, un espacio estrecho que la obliga a maniobrar. El cansancio le pesa en los párpados, pero no puede quedarse dentro del coche, que es lo que le gustaría. Coge su bolso, sale del Mini y deja que el aire fresco de la mañana arañe su piel mientras se dirige a la entrada del hospital. Siente un ligero dolor de cabeza y una opresión en el pecho. No es solo el sueño, ni

el hospital, que le trae algunos malos recuerdos. Es esto: estar aquí, en el terreno de Andrés, en Valencia, donde él tiene raíces y ella es la extraña. Donde la sombra de Silvia, su difunta esposa, parece flotar en cada esquina. Y ahora, encima, la muerte del suegro. No sabe cómo encajar en este cuadro familiar, y eso la pone de los nervios. Una salida de su zona de confort que emocionaría a la *asociación de amigos de Tony Robbins*. Mónica Lago, que ha mirado a criminales a los ojos sin pestañear, teme tropezar en el maldito felpudo emocional de esta familia.

El olor a desinfectante la golpea cuando entra al hospital. Va directamente al ascensor. Una mujer entra tras ella y sigue la regla no escrita de los ascensores: mirar los números parpadeantes de los pisos y no entablar conversación. Mónica la observa de reojo: pelo corto y moreno, cortado a lo chico, un poco a lo Demi Moore de *Ghost*, que no todas se atreven a llevar. Es un pibón sin siquiera pretenderlo. Lleva vaqueros ajustados, botas de cuero y una bufanda de colores que parece suplicar alegría en un lugar tan gris. Presiona el mismo botón que Mónica: planta cinco. El ascensor sube en silencio, solo roto por el zumbido mecánico y el sonido de su propia respiración.

Cuando las puertas se abren, las dos salen y giran hacia el mismo lado. Mónica acelera ligeramente, incómoda por la coincidencia. Sus pasos resuenan en el pasillo desierto y brillante, como si alguien lo hubiera pulido para una pasarela. Laura se lo comunicó a su padre por mensaje: su abuelo estaba en la habitación 512. Así que Mónica sigue las señales en las paredes, contando puertas. La mujer de la bufanda camina a su lado y un poco retrasada, pero con paso ligero. Cualquiera diría que están en un hospital a las seis de la madrugada. Se detienen frente a la misma puerta. Mónica la mira, alzando una ceja. «¿Estás segura de que buscas esta habitación?», está a punto de decir. Pero antes de que pueda abrir la boca, la mujer da unos toques en la puerta con los nudillos y abre.

Laura sale disparada y se lanza a los brazos de la mujer de la bufanda, sollozando. Tiene los ojos rojos y el pelo deshecho.

—¡Esther! —gime, enterrando la cara en su hombro.

Mónica se queda clavada, procesando lo que está ocurriendo. Así que la mujer del ascensor es la famosa Esther, la mejor amiga de Silvia. La que, según Andrés, era como una hermana para su difunta esposa. La que Laura quiere como si fuera de la familia. Mónica da un paso atrás, sintiéndose de pronto como una intrusa. A través del hueco de la puerta, ve a Andrés dentro de la habitación, de pie junto a una cama vacía, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos. El corazón de Mónica se encoge.

Laura se separa de Esther y se seca las mejillas con la manga. Entonces ve a Mónica y, tras un segundo de duda, se acerca y la abraza. Es un abrazo breve, frío, más por cortesía que por sentimiento. Mónica se lo devuelve, rígida, como si estuviera manejando dinamita. Apenas se conocen, y este no es el mejor momento para fingir intimidad.

—Laura, lo siento mucho —dice Mónica.

La chica asiente, sorbiéndose la nariz, y luego se gira hacia Esther.

—Mónica, ella es Esther. Era la mejor amiga de mi madre.

Mónica le extiende una mano.

—Encantada, Esther —dice con voz neutra, intentando sonar menos tensa de lo que se siente—. Laura me ha hablado de ti. Siento que nos conozcamos en un momento así.

Pero ella ignora su mano y se lanza a abrazarla. Mónica siente su energía en todo el cuerpo. Al separarse, Esther la mira. Tiene los ojos verdes, brillantes, y su sonrisa ilumina el pasillo como si alguien hubiera encendido un foco.

—Qué ganas tenía de conocerte, al fin —dice con voz cálida.

Mónica entiende al instante por qué Silvia la quería tanto y por qué Laura se aferra a ella.

Andrés sale de la habitación con el rostro cansado y los ojos caídos. Mira a Mónica y le pasa un brazo por la espalda. Es su manera silenciosa de decir «gracias por acompañarme en esta mierda». Luego repara en Esther, y su boca se curva en una sonrisa triste.

—Esther, cuánto tiempo —dice, y la abraza con fuerza, como si abrazara a su propio pasado.

—Andrés, lo siento muchísimo —responde ella—. No sabes cuánto lo siento. Él era como un padre para ti.

Él asiente, tragando saliva, y luego mira a Mónica.

—Hemos llegado tarde —dice con la voz rota—. Falleció hace una hora. No pude despedirme.

Mónica quiere acercarse, besarlo, pero hay demasiada gente, demasiadas emociones cruzadas. Se conforma con apretar su mano; un gesto pequeño pero firme.

—¿Vamos a desayunar algo? —propone Esther—. Os vendrá bien a todos.

—Yo… no tengo mucha hambre —dice Andrés.

—Vamos, al menos un café. Y luego tú y Mónica os vais a dormir un poco. Yo me quedo con Laura.

Laura asiente.

—Esther tiene razón. Estoy bien. Y con ella, mejor.

Mónica, a quien el cansancio le pesa, está a punto de apoyar a Andrés en su negativa, pero, inesperadamente, Esther la coge de la mano y tira de ella, eliminando cualquier posibilidad de renuncia.

—Venga, solo será un ratito corto —le susurra—. Y así nos conocemos mejor.

Mónica parpadea mientras bajan a la planta baja, sorprendida por la energía de esta mujer. Es como si hubiera desayunado optimismo puro mientras ellos se arrastraban por la autovía.

Los cuatro caminan juntos hacia la cafetería del hospital, un lugar con mesas de formica, conversaciones en voz baja y un olor a café quemado que no ayuda al ambiente. En un televisor que cuelga del techo están emitiendo el informativo 24 horas. Mónica se fija un segundo por si dicen algo de Alicia Toscano, pero no. Hace tres meses, esos morbosos no hablaban de otra cosa; ahora, sin embargo, es como si la desaparición de Alicia perteneciera a los libros de historia y ya no importara a nadie. Le dan náuseas.

Laura se sienta junto a Esther, y Andrés se coloca al lado de Mónica. Le roza la rodilla por debajo de la mesa, calmando un poco el nudo en su estómago.

Mientras esperan a que les sirvan el café y unas tostadas, Esther habla con Laura de cosas triviales —una obra de teatro, un profesor

de la uni—, y la chica sonríe por primera vez desde que llegaron. Incluso Andrés, que apenas ha abierto la boca, parece más relajado cuando Esther le hace una broma sobre sus nuevas canas y el nuevo puesto de inspector jefe.

El desayuno pasa rápido, entre sorbos de café amargo y conversaciones que esquivan el dolor. Laura se levanta para ir al baño, y Esther le acaricia la espalda antes de que se aleje.

—¿Hasta cuándo os quedáis? —pregunta Esther cuando están solos los tres.

Mónica deja que conteste Andrés.

—Nos vamos mañana, después del funeral. Tenemos lío en la Jefatura y quiero estar cuanto antes en la oficina.

—Qué pena, ojalá pudierais quedaros más tiempo. ¿Dónde vais a pasar la noche?

—En casa de mi suegro. Así aprovechamos y vaciamos un poco la casa. —Hace una pausa, como si se le acabara de ocurrir algo—. Oye, ¿quieres cenar con nosotros? Tú, Laura y nosotros dos. Podemos pedir algo y así no ensuciamos. ¿Qué me dices?

Mónica parpadea. ¿Una cena familiar? Genial. Justo lo que necesita: más oportunidades para sentirse como una intrusa.

La sonrisa de Esther se habrá visto hasta desde el aparcamiento.

—¡Fabulosa idea! Será un placer.

Cuando Laura vuelve del baño, también se muestra entusiasmada con el improvisado plan.

Salen de la cafetería. El sol ya ha salido del todo y el cielo está manchado de nubes finas que parecen garabateadas a lápiz. Esther se despide con un abrazo a cada uno. Mónica lo recibe con menos rigidez esta vez.

—Cuidaos, ¿vale? —dice Esther—. Nos vemos esta noche.

Laura se queda con ella, mientras que Mónica y Andrés caminan de vuelta al coche.

Mónica piensa en Esther, en su energía, en cómo ha sostenido a Laura sin esfuerzo, como si fuera lo más natural del mundo. Tal vez, gracias a ella, el aterrizaje en este pedazo del pasado de Andrés no será tan violento.

Y, con suerte, si Esther está de su parte… quizás Laura también pueda estarlo algún día.

# 17

Los aullidos de Bruno resuenan en los azulejos, como si la cocina fuera una caja de resonancia. No llora, aúlla. Es el tipo de berrinche agudo que los niños perfeccionan y ejecutan a propósito para quebrar la voluntad de los adultos y conseguir lo que desean. En el caso de Bruno: ir a la cancha a jugar a la pelota.

Pablo siente que su cabeza está a punto de estallar. Lleva semanas —quizá meses— sin dormir bien. Desde *aquella* noche de agosto, para ser exactos. Da igual cuántas veces intente distraerse; lo ocurrido se le cuela cada vez que baja la guardia. Lo revive una y otra vez, convirtiéndose en una nebulosa en su mente, y, sin embargo, se le presenta cada noche como una canción pegadiza. Lo peor es que no puede hablarlo con nadie. Ni siquiera con Teresa. ¿Lo entendería ella? Probablemente no.

Ha probado a dar grandes paseos por la naturaleza. Ha intentado volcarse en sus cuadros. Pero ninguna de las dos cosas termina de funcionar. El silencio y la soledad dan rienda suelta a los fantasmas, y él es incapaz de acallarlos.

—¡Bueno, ya basta! —exclama Teresa, dando una palmada y arrebatándole el bol de cereales con miel a Bruno, que se queda paralizado entre la sorpresa y la indignación—. No vamos a ir a la cancha hoy. Tu padre y yo tenemos que hacer la compra, y tú vienes con nosotros.

Bruno hace pucheros. No está acostumbrado a perder.

Ella se vuelve hacia Pablo, que sigue sentado, mirando al infinito con la tostada a medio camino de la boca.

—Y tú podrías ayudar un poco —le reprocha.

Pablo suspira y da un bocado sin ganas.

—He pasado mala noche —murmura, masticando con lentitud, como si fuera un castigo—. Me duele la cabeza.

Teresa se cruza de brazos.

—Pues yo también tengo un límite, Pablo. —Deja el bol en la pila con un golpe sordo que le perfora el oído—. No te dije nada cuando te ausentabas durante horas para pintar. Me he ocupado de Bruno, de la casa, de las comidas, de todo. Sin quejas. Porque, claro, tu inspiración es sagrada.

Su tono no solo desprende sarcasmo; es ácido destilado, como si hubiese estado días marinándose en él.

—Tu *flow*. Tu *labor creativa*… —Las comillas están tan marcadas que casi se pueden ver flotando en el aire—. Pero puedes permitírtelo porque mi sueldo nos da de sobra para mantener el estilo de vida que queremos y para que tú puedas dedicarte a tu arte. No te olvides de eso.

Pablo cierra los ojos para intentar ignorarla. No se le pasa por alto la puñalada. Le encantaría decirle que ese sueldo que tanto le restriega por la cara es gracias a que su padre la enchufó en un puesto directivo de la multinacional. Y también le gustaría poder presionar un botón y silenciarla, congelar la escena, dejar la cocina en pausa y desaparecer en el aire matutino como el humo de su cigarrillo de las seis de la mañana.

Ya no puede más.

—Teresa, por favor. Delante del niño, no —dice, y da un sorbo al café, que se ha quedado helado.

—Siempre tienes una excusa para no hablar. Que si estás cansado, que si te encuentras mal, que si tienes que pintar, que si está el niño delante. Es lo que haces siempre: ignorar el problema hasta que explota.

A Pablo le encantaría preguntarle si su matrimonio se ha convertido en eso, en un problema. Se muerde la lengua.

Mira a Bruno. El niño los observa serio, en silencio. Eso es lo que más duele: saber que se está criando entre miradas heladas, en un ambiente familiar hostil. Entre dos personas que hace años dejaron de quererse. Pablo se siente fatal por ello.

Es algo que ha hablado mil veces con Teresa: que tenga cuidado al involucrar a Bruno en los conflictos que surgen entre ellos. Tiene miedo de que ponga al niño en su contra en esta guerra silenciosa que ha estallado entre ellos. Y poco puede hacer para reconducir la situación. Sabe que todos sus problemas tienen su origen en la raíz, que no es otra que el hecho de que él no la quiere. Nunca la ha querido. Y ella, aunque no esté dispuesta a reconocerlo, aunque se aferre a la rutina como si fuera una balsa, lo sabe.

El silencio los engulle durante unos segundos. Pablo nota que ella lo observa, esperando algo: que le replique, que le lleve la contraria. Algo. Pero no piensa darle esa satisfacción.

Él aparta el plato y se pone en pie. Sonríe a Bruno.

—¿A quién le apetece echar unas canastas?

Los ojos del niño se abren de par en par.

—¡A mí! —dice, saltando de la silla. Sale corriendo a por su ropa de deporte.

Teresa clava la mirada en Pablo como si nunca hubiese visto a un idiota más inaguantable.

—Genial. Dale lo que quiere. Así quedo yo como la bruja.

—¿Por qué tiene que haber una bruja? Hoy es festivo. Nuestro hijo solo quiere divertirse un rato.

—¿Y la compra? ¿Quién la hace?

—Podemos ir esta tarde —responde él, con voz tranquila.

Teresa exhala por la nariz, furiosa. Arroja la bayeta al fregadero con desprecio y sale de la cocina. Lo último que dice antes de encerrarse en el baño es que se lo merece por estúpida.

# 18

Rayco recoge los platos del desayuno mientras observa por el ventanal de la cocina. El sol de otoño calienta sin quemar, y el aire huele a hojas secas, pan tostado y café recién hecho.

Le gusta jugar a adivinar qué tiempo hará el día de la boda: 14 de marzo de 2026, una fecha marcada en verde fosforito en el calendario de la nevera. A un lado, una microlibreta cuelga de un imán con forma de corazón —regalo de las niñas el pasado Día del Padre— en la que descuentan los días que quedan. Cada mañana, una de ellas borra el número anterior para escribir el nuevo en un ritual casi solemne. A Rayco le gusta ese momento de ver la nueva cifra cada mañana, la sensación de que el tiempo avanza hacia algo hermoso e inevitable.

En la radio, un locutor habla del tráfico en la A-6 con un entusiasmo que solo puede ser fingido. Su voz se mezcla con la de Hannah, que habla por teléfono desde su cuarto con la puerta entreabierta. Desde allí le llegan carcajadas suaves, palabras que se atropellan y esa muletilla generacional: «literal». La vida cotidiana fluye a su alrededor.

Faina está sentada en la encimera, balanceando las piernas al ritmo de alguna melodía que solo ella escucha, concentrada en su cuaderno mientras su bolígrafo rosa va llenando la página de secretos infantiles.

—Papá —dice, sin levantar la vista—, ¿puedo llevar mi disfraz de unicornio al restaurante mexicano?

Rayco responde sin dejar de fregar los platos.

—Los unicornios no comen tacos, hija. No tienen deditos para montarlos.

—¿Y si me lo pongo solo para el postre?

—Pero solo si no relinchas entre plato y plato.

Faina suelta una risita.

—Vale.

Rayco sonríe mientras termina de secar la encimera. El día festivo ha comenzado con intensidad. Nada nuevo cuando tienes dos hijas y solo una cafetera para todos. Hoy, además, las sorpresas han empezado bien temprano. Nada más despertar, tenía un mensaje de Andrés:

> Ha fallecido mi suegro. Estamos de camino a Valencia. Mañana, a ver si puedes volver a hablar con tu vecino y le sonsacas qué hacía en la feria esa noche. Por cierto, la sangre de los recortes es de gato. Confirmado.

Y, acto seguido, Mónica:

> Ha muerto el suegro de Andrés. Nos vamos a Valencia, hay que quedar bien con la familia política 🤮. Nos vemos pasado mañana.

Rayco sonríe de lado. Prometió a Mercedes que pasarían la mañana en el centro: algo de ropa, un par de tiendas y comer en el mexicano favorito de Faina. Desde que probó el guacamole, la niña lo quiere incluso con cereales. Él ya está listo, pero Mercedes está en la ducha y Hannah sigue al teléfono con su amiga, así que Rayco aprovecha el hueco para acercarse a casa de Pablo.

Tiene que llamar varias veces, pues el ruido de la aspiradora al otro lado de la puerta es ensordecedor. Es Teresa quien abre, con la aspiradora en una mano como un fusil. Lleva el pelo recogido en un moño flojo y la sudadera arrugada. Sus ojos están hinchados, pero aun así fuerza una sonrisa.

—Hola, inspector.

—Buenos días, Teresa. Solo Rayco, por favor, que somos vecinos. Además, hoy es festivo y no estoy de servicio.

Ella intenta devolverle la sonrisa, pero se queda en el intento.

—¿Está Pablo en casa?

La sola mención de su marido parece crisparle los nervios.

—No. Se ha ido con Bruno. Creo que están en la cancha de baloncesto.

Rayco asiente con una sonrisa cordial.

—¿Por qué quieres ver a Pablo? ¿Pasa algo?

—Qué va. Solo que ayer lo vi un poco agobiado y quería ver cómo está.

—¿Te apetece un café? —Teresa apoya la aspiradora en un rincón de la pared y se hace a un lado, invitándolo a pasar—. Acabo de hacer.

Rayco se lo piensa. En veinte años de profesión ha aprendido a reconocer esa necesidad urgente de hablar que se disfraza de hospitalidad.

—No, gracias. Acabo de desayunar y mi familia me espera —dice —. Vamos a dar una vuelta por el centro.

—Ah… qué bien —dice ella, jugueteando con sus manos—. Hace un día estupendo para eso.

Pero el comentario de Rayco, que pretendía sonar despreocupado, ha provocado un mohín en el rostro de Teresa.

—¿Va todo bien? —pregunta él.

Ella levanta la vista, como sorprendida de que se lo pregunte. O tal vez agradecida de que alguien lo haga.

—Sí… solo estoy un poco cansada. No he dormido muy bien.

Sin embargo, Rayco tiene la sensación de que desea desahogarse. Cierra la puerta y la sigue hasta la cocina, donde ella se sirve un vaso de agua del grifo.

—Es que últimamente… —dice Teresa, con las dos manos apoyadas en la encimera. Un mechón del flequillo le cae por la frente—. Pablo y yo no estamos muy bien, ¿sabes?

—Los matrimonios tenemos rachas. —Rayco se apoya contra el marco de la puerta, adoptando la viva imagen de vecino comprensivo—. ¿Problemas serios?

—No lo sé. Ya no me cuenta nada, apenas me mira… Es una tontería, no debería…

Rayco asiente comprensivo.

—No hay problema.

—Lo que más me preocupa son los niños. —Las palabras salen ahora como agua rompiendo un dique—. Discutimos delante de ellos, nos contradecimos constantemente… Y Pablo ya no para en casa. Sale mucho, vuelve muy tarde, y yo… yo no sé qué hacer. Esa no es manera de educar a unos críos, me parece a mí. Menudo ejemplo les estamos dando. Desde este verano es como si no pudiera estarse quieto.

—¿Desde este verano?

—Antes no era así. Siempre fue de quedarse en casa, de ver una película en familia… Pero últimamente dice que necesita salir, despejar la cabeza. Se va en bici y vuelve de madrugada, oliendo a alcohol.

—Hombre, tampoco es tan raro. A veces uno necesita airear un poco la cabeza —comenta Rayco, como quitándole importancia—. Yo mismo he tenido épocas así.

Teresa lo mira con sorpresa, como si no esperara esa reacción.

—¿Tú crees?

—Claro. Pablo siempre me pareció demasiado casero. Es bueno que tenga sus aficiones.

Teresa se recoloca el mechón de pelo. Sus dedos tiemblan ligeramente.

—Supongo. Aunque no sé si llamaría afición a que un hombre de más de cuarenta se recorra cada una de las fiestas de la zona y vuelva a las tantas. —Una sonrisa amarga cruza su rostro.

—Estuvo en las fiestas de Sanse, ¿no? —deja caer Rayco.

—Sí, creo que sí. —Teresa parpadea—. ¿Por qué lo sabes?

—Ah, porque nosotros también fuimos. Con las niñas, claro. Estuvieron muy animadas, se lo pasaron muy bien en las atracciones. —Miente, claro, pero necesita llevar a Teresa a un lugar familiar de la conversación—. Me pareció ver a Pablo por allí.

—¿Lo viste? —Hay algo urgente en su tono.

—No lo sé, estaba bastante lejos, puede que fuera otra persona… ¿Se quedó hasta muy tarde?

—La verdad es que no lo sé. Hace meses de eso. Apenas recuerdo lo que hice la semana pasada, como para acordarme de eso. Además, cuando llega tarde suele dormir en el sofá. Dice que es para no despertarnos, pero yo creo que es para que no veamos en qué estado llega. —Hace una pausa y se queda pensativa. Un segundo después, su voz cambia de registro, como si hubiese sumado dos más dos—. ¿Por qué lo preguntas? Ese fue el fin de semana que desapareció Alicia. ¿Crees que Pablo…?

—No, tranquila. Es solo que, si él estuvo allí, tal vez podría ayudarnos con algo de información. A lo mejor vio algo o se cruzó con alguien sospechoso.

—Claro… Pues no, ni idea. Por lo menos, a mí no me ha dicho nada —responde, agarrándose los cordones de la sudadera, como si necesitara tener las manos ocupadas. Parece que va a añadir algo más, pero al final se lo guarda. Se cruza de brazos y mira hacia los fuegos—. Perdona, pero tengo que preparar la comida.

—Claro. No te molesto más. Y no te preocupes demasiado por lo de Pablo. Estas rachas pasan.

—Eso espero.

En la puerta, Rayco se detiene. Acaba de acordarse de algo.

—Ah, se me olvidaba. ¿Tenéis gato? Las niñas quieren adoptar uno y Mercedes quiere asegurarse de que no va a haber problemas territoriales.

—¿Gato? No. Inma es alérgica.

—Vaya. Entonces estaremos atentos a que el nuestro no se meta en vuestro jardín.

Se despide con una inclinación de cabeza y sale de la urbanización hacia las canchas de baloncesto. Tiene la impresión de que Teresa oculta algo… pero aún no se atreve a contarlo. Tal vez Pablo le dé más información.

# 19

En cuanto Rayco cierra la puerta, Teresa corre al despacho de Pablo y enciende su portátil.

Se ha convertido en una adicción disfrazada de rutina. Está enganchada al subidón que experimenta cada vez que revisa su correo. Y no solo eso; también registra los bolsillos de él e inspecciona a escondidas la factura del teléfono.

Nunca encuentra nada, y esa es la mejor parte, pues es cuando se le relaja todo el cuerpo y puede respirar con normalidad. Pero no le dura mucho. La angustia no tarda en surgir de nuevo, junto con la gran pregunta: «Si no me oculta nada, ¿por qué está tan raro últimamente? ¿Por qué sale tanto y no me dice adónde va?» Lo cierto es que no parece el mismo.

Escribe en el ordenador la dirección de su cuenta de correo y la contraseña. La adivinó al primer intento: la fecha de nacimiento de Bruno. Pablo usa esa clave para todo, como si lo importante fuera recordarla, no protegerla.

Más tarde se sentirá como una miserable y una mujer pésima. En realidad, Pablo jamás ha hecho nada que le haga sospechar lo más mínimo. Durante las semanas que lleva vigilándolo, no ha encontrado el menor indicio de algo que no estuviese a la vista. Para lo bueno y para lo malo, Pablo es como un libro abierto y, al mismo tiempo, no lo es. A veces, ella nota que está en un lugar completamente distinto, al que él le niega el acceso.

¿Por qué nunca habla de su pasado? Una vez mencionó a sus padres. Habían fallecido hacía mucho tiempo, cuando él era niño, y jamás han hablado de visitar a ningún otro familiar. Tampoco parece conservar amigos de la infancia, ni lo llama nunca ningún viejo conocido. Es como si Pablo no hubiera existido antes de conocerla. Ni infancia ni raíces. Solo ese punto de partida: ella.

Teresa recorre con la mirada los mensajes de la bandeja de entrada. Algunos son de la agencia, un par de periódicos que quieren entrevistarlo, newsletters diversas y mucha propaganda. Eso es todo.

Aliviada por no encontrar nada sospechoso y, a la vez, confundida por no hallar la respuesta al extraño comportamiento de su marido, cierra el correo. Antes de apagar el ordenador, comprueba por pura rutina el historial de visitas de páginas web, pero allí tampoco hay nada extraordinario. Pablo entró recientemente en El Confidencial, en Investing y en la página de la galería de arte. También ha estado mirando en Amazon una nueva pelota de baloncesto para Bruno.

Pero están las amenazas. No logra quitárselas de la cabeza. Él insiste en que ignora quién le envía esos extraños recortes, pero hay algo en su mirada, en su tono de voz, que dice lo contrario. ¿Qué le está ocultando? ¿Quién le envía esas cosas siniestras? ¿Será una acosadora? ¿Una antigua amante? ¿Una amante actual?

Y lo que más la inquieta ahora: ¿qué hizo Pablo aquella noche de agosto?

Respira hondo varias veces hasta que su ritmo cardiaco vuelve a la normalidad. Tranquilidad, es lo único que pide. Quiere saber que Pablo no le oculta nada. Que no la engaña. Que aún la quiere.

Sin embargo, en el fondo de su corazón, sabe que él nunca le ha pertenecido. Que él siempre ha buscado otra cosa. O tal vez huye, no podría decirlo. La visita de Rayco no ayuda a tranquilizarla. Ya casi había olvidado lo que vio esa noche, cuando él volvió a casa a las tantas. Hasta se había creído sus explicaciones, dejándolas guardadas en una caja cerrada con llave. Pero Rayco ha sacado el tema y ahora no puede pensar en otra cosa. Como si no tuviera ya suficientes preocupaciones.

¿Es ese el motivo de su extraño comportamiento? ¿Tiene Pablo algo que ver con la pobre Alicia y lo está ocultando?

Se queda un rato sentada en la silla de escritorio, con los brazos cruzados. Por un instante fugaz, casi desea que Pablo esté implicado en algo oscuro. Porque si es eso, si está escondiendo un crimen… al menos sabrá que no ha dejado de quererla.

# 20

La cancha de baloncesto está parcialmente iluminada por el sol. Las hojas muertas se amontonan en las esquinas, mientras el eco de un balón rebota desde algún lugar. Al fondo, un par de bicicletas yacen abandonadas contra un muro de piedra.

Rayco observa la escena desde el otro lado de la verja.

Bajo la canasta, Pablo pasa balones a su hijo con la desgana de quien cumple una obligación. Sus movimientos son automáticos, vacíos. Bruno, en cambio, ajeno a la desconexión de su padre, vive cada tiro como si fuera el último segundo de una final. Salta, dribla y grita de alegría cuando el balón atraviesa la red. Está divirtiéndose.

Pero su padre no. Pablo no ha levantado la vista ni una sola vez para ver a su hijo encestar. Parece más un guardia de seguridad que un padre disfrutando de su hijo.

Rayco empuja la puerta de hierro, que chirría. Solo entonces Pablo alza la cabeza.

—Rayco. Qué sorpresa.

—Buenos días. —Rayco sonríe a Bruno, que ahora practica desde la línea de tiros libres—. Buena mecánica, campeón. Me recuerda un poco a Jordan… ¿puede ser?

El niño esboza una sonrisa tímida y, acto seguido, saca la lengua en el siguiente lanzamiento, imitando a su ídolo de Carolina del Norte. Lo clava. Rayco no puede evitar pensar en lo sencillo que era todo a esa edad. Bendita infancia.

Pablo se limpia el sudor de la frente con la manga.

—¿Tienes un minuto? —le pregunta Rayco, bajando la voz—. Quiero hacerte un par de preguntas.

—Claro. —Pablo se gira hacia su hijo—. Sigue practicando. Voy a hablar con el vecino un momento.

Se alejan unos metros, lo justo para que Bruno no escuche.

—¿Qué pasa, Rayco?

—Seguimos investigando la desaparición de Alicia —comienza Rayco—. Ya sabes, la hija de tu amigo, y…

—¿Tenéis alguna pista? —lo interrumpe Pablo.

—Poca cosa por ahora. —Hace una pausa para elegir bien las siguientes palabras—. Oye, Pablo, un chico del instituto dice que te vio en la feria de Sanse la noche de la desaparición.

Pablo frunce el ceño.

—¿Eso dice?

—Sí.

—No sabía que me había vuelto famoso —se ríe.

—¿Estuviste allí?

—Sí. —Mira hacia abajo y patea una hoja seca—. Escucha… yo la vi.

Rayco parpadea.

—¿Perdona?

Pablo se pasa una mano por el cabello.

—A Alicia. Esa noche. En las fiestas de Sanse. Salí a dar una vuelta con la bici. Necesitaba despejarme. Me quedé a tomar algo… y me crucé con ella.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—No pensé que fuera relevante.

Rayco guarda silencio. Lo mira. Observa su manera de mover las manos, los pies ligeramente girados hacia la cancha, como si tuviera un pie dentro y otro fuera.

—Todo detalle es relevante, Pablo.

—Tienes razón. Lo siento.

Rayco asiente.

—¿Hablasteis?

—No, qué va —responde, como si eso fuera una absurdez.

—¿Ella te vio a ti?

—No lo creo. Fue algo rápido. Y había mucha gente.

Rayco espera a que diga algo más. Es lo que suele hacer con la gente. El secreto de cualquier interrogatorio radica en la habilidad para no llenar los silencios. Transcurren unos segundos. Y unos cuantos más, en los que lo único que se oye es el balón de Bruno botando contra el hormigón. Vale, ya está bien de silencio. A veces no queda más remedio que trabajarse el tema.

—¿Hubo algo que te llamara la atención? —pregunta—. ¿Iba en compañía de alguien sospechoso? ¿Tal vez algún chico?

Estaba con un grupo de amigos. Chicos y chicas, todos de su edad. Nada fuera de lo normal.

—Y, sin embargo, lo recuerdas. ¿Por qué?

Pablo duda.

—Es la hija de un amigo. Eso te llama la atención. Hace que te fijes —dice, encogiéndose de hombros.

—¿Te dio la impresión de que iba bebida?

—Tal vez, pero nada alarmante. Estaba pasándoselo bien. Se reía, bromeaba. Tenía algo… no sé, como un brillo raro en los ojos. Y pensé que quizá había bebido un poco. Nada exagerado. Lo típico cuando tienes diecisiete años.

Dice esto último como si se hablara a sí mismo. Da la impresión de que otra imagen se le ha colado entre líneas. Su expresión cambia por un instante, una sombra que se cuela entre palabra y palabra.

—Supongo que sí. ¿A qué hora fue eso? —pregunta Rayco.

—Yo me fui sobre las doce y media. Pero ellos seguían por allí. En los puestos de comida, en las atracciones…

—¿Viste algo raro? ¿Alguna cara que no encajara?

—¿Algo raro? ¿De qué tipo?

—Un adulto solo, por ejemplo. Alguien que la mirara demasiado. Ya sabes a qué me refiero.

Pablo niega.

—No… Si no hubiera sido la hija de Darío, ni me hubiera fijado. El ambiente era bueno, familiar. Una noche festiva de verano más.

Bruno le grita desde la línea de tres puntos:

—¡Papá! ¿Vienes?

Pablo parece despertar con la voz de su hijo.

—Claro, ya mismo voy.

—Una cosa más, Pablo —dice Rayco—. ¿Fuiste a casa directamente desde la feria?

—Sí, claro.

—¿Y Teresa? ¿Estaba despierta?

Pablo frunce el ceño, como si le molestara que la conversación entrara en casa.

—Creo que dormía. ¿Por qué?

—Por nada. Gracias por tu tiempo. —Le estrecha la mano—. Ya nos veremos. Y si recuerdas algo más, lo que sea, llámame.

—Lo haré.

Antes de marcharse, Rayco lanza una última sonrisa a Bruno.

—¡Falla alguna, máquina! Como venga un ojeador de la NBA, te va a fichar.

Ni siquiera la sonrisa radiante del chaval puede borrar la sensación de inquietud que Rayco lleva encima.

Camina de vuelta al coche con las manos hundidas en los bolsillos y la mente acelerada. Se detiene y saca el móvil para escribir a Mónica:

> Pablo confirma presencia en la feria. Su versión: salió a despejarse. Su lenguaje corporal dice lo contrario. Teresa oculta algo. Ambos lo hacen. Necesitamos presionar más. Suerte tú por allí.

# 21

Manuel abre la nevera y rebusca dentro, apartando yogures, una bolsa de espinacas y el cartón de leche medio vacío.

—¿No hay cerveza?

Blanca, que está terminando de colocar los cubiertos en la mesa, responde sin girarse:

—Si no están ahí, pues no.

Él resopla con la cara torcida. Son ese tipo de gestos. Siempre pasivo-agresivo, como si la casa le debiera algo. Esa microtormenta doméstica que no parece gran cosa, pero lo es. Porque Blanca ya no mide los gritos ni las faltas de respeto: mide los suspiros, los chasquidos, los silencios. Esos duelen más.

—¿Quieres agua con gas? —pregunta.

—Quiero una puta cerveza. Pero veo que eso también te cuesta —responde él, dejándose caer en la silla—. Como todo últimamente.

Blanca aprieta los labios, tragándose la réplica. No hay cervezas porque él se bebió las últimas anoche, pero decirlo sería encender una mecha que no tiene ganas de sofocar. Solo se oye el murmullo del noticiario en la televisión del fondo, donde hablan de política, inundaciones y fútbol. Nada de eso importa a Blanca. Si fuera por ella, apagaría ese trasto. Pero Manuel se empeña en tenerlo siempre encendido. Al menos, ya han dejado de insistir con la hija de Toscano. Es un alivio.

Coloca el puchero en el centro de la mesa y el vapor de las lentejas sube en volutas que se pierden en el aire del comedor,

viciado a pesar de que ha abierto la ventana para que salga el olor del guiso. Son caseras, cómo no. Porque, pese a todo, hay cosas que una no deja de hacer aunque el mundo alrededor se desmorone. Hoy ha cocinado con las manos temblorosas, como siempre que bebe en la cocina. El hecho de que sea festivo y Manuel esté en casa tampoco ayuda. Las lentejas llevan chorizo, patata, zanahoria… todo lo que ha echado siempre. Pero no está segura de que sean de su agrado. Lo que antes funcionaba, ahora ya no lo hace. Nada lo hace.

Sirve las lentejas, el cucharón raspando el fondo de la olla. Luego se sienta y echa una servilleta sobre sus piernas. Frente a Blanca, Adrián está encorvado sobre su plato, removiendo las lentejas con desgana. Ana, la mayor, está por ahí con las amigas; tirando su vida por la borda.

—Come, hijo —dice, con una voz que intenta ser suave pero suena tensa.

El chico, que ya es casi un hombre, asiente sin levantar la vista y pincha un trozo de chorizo. Come en silencio, como ha estado haciendo desde hace meses. Tiene las ojeras de un adulto y el pelo castaño cayéndole sobre los ojos, y Blanca nota cuánto se parece a Manuel cuando era joven, antes de que la amargura le tallara arrugas en la cara.

Manuel mira sus lentejas con la misma expresión con la que se observa un plato frío en un bar de carretera. Mete la cuchara. Más que masticar, parece que rumia. Hace una mueca.

—¿Qué pasa?

—Están sosas —protesta él, dejando la cuchara en el plato con un golpe seco—. Y pastosas. ¿Ya no sabes ni cocinar unas jodidas lentejas decentes?

Blanca siente el calor subiéndole al pecho, pero se muerde la lengua. No es por las lentejas. Es por todo. Conseguir que la vida de Manuel transcurra sin preocupaciones no es tarea fácil. Las camisas deben estar siempre planchadas y colgadas en su sitio, ordenadas por color. La casa, reluciente como una patena. Las comidas, caseras. Por no hablar de las noches en vela asegurándose de que Adrián haga los deberes o las peleas con Ana por llegar tarde.

Siempre hay cosas que atender. Y nada de eso lo ve Manuel, porque solo aparece para soltar veneno.

Antes, cuando los niños eran más pequeños, le importaba menos. La satisfacción de cuidar de sus bebés, ocuparse de los pañales, bañarlos, darles de comer, compensaba todo lo malo. Manuel nunca quiso saber nada de eso, y ella lo agradecía. Así, tenía a sus hermosos cachorritos para ella sola. Se sentía útil, necesaria e irreemplazable. Era el centro del universo para sus hijos, la que se levantaba antes que ellos para hacer que brillara el sol. Pero esa época ya es historia. Ellos ya son mayores. Solo piensan en sus amigos y sus aficiones, y solo la ven como una molesta proveedora de servicios básicos. El vacío en casa es cada vez más insoportable.

Respira hondo y se dirige a su hijo:

—¿Qué tal los deberes, cariño? —pregunta, fingiendo normalidad.

—Bien.

—¿Bien? —interviene Manuel, con un tono ya cargado—. ¿Te parece que suspender tres asignaturas es «bien»?

El chico deja la cuchara y baja los ojos al plato.

—Ya lo hablamos, papá…

—No, tú no hablaste. Me enteré yo porque trabajo en el instituto, como siempre. Tres suspensos: matemáticas, física e inglés. Y encima, un castigo por contestarle al profesor de literatura. ¿Qué te pasa? ¿Crees que esto es un circo? ¡Qué puta vergüenza! El hijo de un profesor comportándose así.

Adrián levanta la vista, asombrado.

—¿Qué? ¿Pensabas que no me enteraría? ¿Te crees que tu padre es gilipollas?

—Manuel, ya vale —interviene Blanca, sin levantar la voz, como si cada palabra la obligara a levantar un muro—. Adri está pasando una mala racha.

Él la fulmina con la mirada.

—Adri, Adri… —dice, imitando una voz aguda—. ¿Por qué le hablas como si fueses uno de sus amigos, Blanca?

Blanca aprieta los puños bajo la mesa. Quiere gritarle que ella siempre está ahí, recogiendo los pedazos, mientras él se limita a

traer un sueldo, follarse a jovencitas y emitir juicios. Que ella se despierta a las seis para preparar el desayuno, que limpia sus malditas camisas aunque él ni lo note, que revisa las tareas de Adrián aunque esté agotada. Pero las palabras se le atascan en la garganta, porque Adrián está ahí, escuchando, tragando en silencio, y no quiere que sufra.

—Ni mala racha, ni hostias —sigue él—. Lo que pasa es que tú se lo consientes todo. Lo has criado flojo. Como todos los de su generación.

—¡Manuel!

Blanca se levanta para cerrar la ventana. No quiere que los vecinos oigan sus gritos. Ya hablan bastante.

Adrián se encoge en su silla. Blanca lo ve morderse el labio, sus hombros hundidos, y siente una punzada en el estómago. Le duele más, mucho más, que cuando la ataca a ella. La rabia ya ha empezado a enraizar en él, ella lo sabe más que nadie; la misma rabia que se respira en esta casa, que se filtra por las paredes como moho.

—No le hagas caso —le dice con voz suave—. Adri, cariño, tú sigue comiendo y no escuches a tu padre.

Manuel suelta una risa seca, cortante.

—¿Que no le haga caso? ¡Eso, tú sigue mimándolo! Tú eres la que le deja hacer lo que quiere. Eres demasiado blanda, Blanca. Una madre permisiva que no sabe poner límites. Por eso el chaval es un desastre y un flojo.

Adrián se muerde el labio con tanta fuerza que parece que va a sangrar.

—¡No soy un flojo, joder! —explota, golpeando la mesa con el puño—. Solo estoy cansado…

Luego suelta la cuchara, que cae contra el plato con un tintineo. Sus ojos están llenos de lágrimas, y Blanca siente que el mundo se le derrumba. El adolescente se levanta, haciendo chirriar la silla contra el suelo, y sale corriendo hacia su habitación. El portazo retumba en el comedor. Segundos después, los graves del *heavy metal* sonando a todo volumen por los altavoces retumban en el techo. Un clásico.

Blanca mira el plato de lentejas. Ya están frías. Una parte de ella quiere levantarse e ir tras su hijo. Otra quiere coger el plato y estamparlo contra la pared.

—¡Muy bien! ¿Ya estás contento? —grita, levantándose de un salto. Siente que la furia le quema la garganta—. Lo has hecho otra vez.

—¿Qué he hecho?

—Herirlo.

—Alguien tiene que decirle las cosas. Si no, lo vas a convertir en un inútil.

—¡Es un niño, Manuel!

—¿Un niño? Tiene dieciocho años, Blanca —Manuel también se incorpora. La señala con un dedo—. A su edad, yo ya ayudaba a mi padre en el taller mientras me sacaba una carrera. Pero tú lo malcrías. Se lo das todo. Le perdonas todo lo que hace y sus actos nunca tienen consecuencias. ¡Ese crío te toma el pelo!

Blanca siente las lágrimas pinchándole los ojos, pero se niega a dejarlas caer. No delante de él. Su voz tiembla.

—¿Así que yo lo he malcriado? —protesta—. ¿Tú crees que esto se hace solo? ¿Quién crees que mantiene esta casa funcionando?

Él se inclina hacia adelante. Su aliento huele a tabaco y su cuello, a colonia.

—Yo traigo el dinero —responde él, como quien lanza un ladrillo —. Tú eres la que tiene que encargarse de que este niño no sea un inútil. Es tu responsabilidad, ¡tu única responsabilidad! Y míralo, suspendiendo, desafiando a los profesores…

—Eres un cabrón.

—¿Perdona?

—No es mi culpa que nuestro hijo tenga a un orangután como padre. No puedes culparme por todo, Manuel. No puedes seguir haciéndonos esto.

Él la mira con los ojos entornados, y por un segundo parece que va a levantar la mano. Pero rectifica en el último instante. Coge su chaqueta del respaldo de la silla y se dirige a la puerta.

—¿Adónde vas ahora? —pregunta Blanca.

—A dar una vuelta —masculla él, sin mirarla—. Necesito aire fresco.

—¿No vas a terminar de comer?

El asco con el que la mira podría apartarse con la mano como una cortina.

—Si sigo metiéndome esa mierda pastosa a la boca, voy a vomitar.

Se pone la chaqueta y desaparece con un portazo que tiembla en las paredes.

Blanca se queda de pie, mirando el plato de lentejas a medio comer, con el chorizo nadando en un caldo que ahora parece sangre y el hombre del tiempo en el televisor. Con las piernas pesadas, abre el armario de la cristalería. Coge una copa de vino; de las grandes, regalo de boda de los padres de Manuel. El día de la boda, su suegra le soltó un discurso sobre la calidad de ese vidrio, fabricado por una empresa de cristalería familiar y exclusiva. En eso, Manuel salió a su madre: materialista hasta la médula, más enamorado de un pedazo de cristal que de su propia familia.

Apaga el televisor y sube despacio al baño. En el armario guarda una botella de vino que reserva para ocasiones como esta. Extrae el corcho y llena la copa hasta el borde.

Se queda un momento contemplándose en el espejo. Como de costumbre, mientras se mira, levanta la mano y se toca la cara. Tiene el rímel corrido y la piel apagada. Un mechón de pelo se le ha soltado. No parece ella. O tal vez sí.

Tan mal no está, ¿no? Hubo un tiempo en que fue guapa. Ahora necesita controlar el peso y tiene que tener cuidado con lo que come, pero aún puede llevar unos vaqueros ajustados con dignidad. Levanta la barbilla, analizando su reflejo. Qué mal, ya empieza a colgarle un poco la papada. La levanta un poco más. Así, eso es. Ese es el aspecto que debe tener.

Baja de nuevo la barbilla. Ve cómo cae la piel flácida formando un pliegue y tiene que contener el impulso de coger un cuchillo de cocina y cortar ese pellejo asqueroso. De repente, siente repugnancia por su propia imagen. Normal que Manuel no quiera ni

tocarla ya. Es comprensible que busque la sensación de carne firme entre sus manos.

Levanta la copa, brindando con su propio reflejo.

—Por ti, Blanca —susurra, con la voz rota.

Bebe un largo trago y arroja el resto del contenido contra el espejo, borrando su imagen y sustituyéndola por el fluido rojo y brillante que chorrea sobre la superficie lisa. Luego suelta una risita traviesa, abre la mano y deja caer la copa. El vidrio estalla en mil pedazos contra el suelo. ¡A tomar por culo la copa cara!

Solo gracias a esas pequeñas venganzas puede soportar su existencia. Y que él hable así a Adrián. Y que la trate como un trapo viejo. Y que se acueste con otras.

Se cubre la cara con las manos, dejando que el llanto la sacuda. En el silencio del baño, solo se oye el eco de sus sollozos y, a lo lejos, el *heavy metal* de Adrián, para que nadie sepa que él también está llorando en su habitación.

# 22

MANUEL CORRE POR LAS CALLES DEL BARRIO HACIA EL SUPERMERCADO. Normalmente va en bici o lo lleva Blanca en coche, pero hoy necesita descargar estrés, y no está el horno para bollos con ella.

Ojalá hubiera firmado la separación de bienes. Si lo hubiera hecho, podría haberla abandonado como a un abrigo viejo y, a estas alturas, Blanca no sería más que un mal recuerdo. Pero no. Se casaron jóvenes, cegados por un amor que ahora le parece una broma cruel. Ella ganaba más que él en aquel entonces, con su trabajo en la gestoría, y él no pensó en protegerse. En esa época, aún creía en el amor, en el compromiso y en los cruasanes de los domingos. Ahora solo cree en el saldo de su cuenta bancaria y en evitar que Blanca se lo reviente por despecho. ¿Cómo iba a imaginar que acabarían así, en una guerra de reproches y miradas rencorosas? Pedir el divorcio ahora significa perder la mitad de todo: la casa, el coche, las acciones, el dinero que ha sudado durante años. La custodia de los niños le da igual; ya son mayores de edad y pronto se irán de casa, pero el resto… ¡Ni de coña! ¡Antes muerto! Da una patada a una lata de refresco vacía que deambula por el aparcamiento, haciéndola volar hasta impactar contra una valla publicitaria. El impacto resuena en el aparcamiento, desierto a estas horas de sobremesa en un día festivo. Una mujer que pasa con el carro de la compra lo mira escandalizada, pero a él le da igual. Que mire.

En el poste de una farola, ve un cartel con la cara de Alicia, su sonrisa desvaída sobre el papel. Aparta la mirada y sigue caminando.

Cruza la entrada sin coger cesta ni carro y siente el aire frío golpeándole la cara. Hacer la compra es cosa de Blanca, así que pasa de largo los pasillos de frutas y detergentes y va directo al de las bebidas alcohólicas. Pasa junto al puesto de flores y se detiene. Una fila de rosas baratas envueltas en celofán le llama la atención, con sus pétalos rojos como gotas de sangre. Tal vez se lleve una. No para Blanca, claro. Esa bruja no se merece ni un cactus reseco. Está pensando en Paula. Últimamente está rara, con esa mirada que tienen las mujeres cuando quieren más que sexo. Presiona, pregunta, insinúa… ¿Por qué siempre lo complican todo? El sexo sin ataduras es perfecto: un revolcón en el cuarto de material deportivo, a escondidas, con el morbo que eso conlleva. Su cuerpo joven contra el suyo, sin promesas ni explicaciones. Pero una rosa podría calmarla, mantenerla a raya. Por un segundo, duda. Finalmente, pasa de largo. No está para romanticismos baratos.

Llega al pasillo de las bebidas alcohólicas, donde las latas de Mahou relucen como un faro. Está a punto de coger un pack de seis cuando una figura lo detiene en seco.

—¡Teresa! ¡Qué sorpresa!

La mujer de Pablo está frente a él, empujando un carro medio vacío en la sección de comida bio. Lleva un chándal gris por debajo de una chaqueta vaquera, el pelo recogido en una coleta deshecha y la cara lavada y pálida. Parece un espectro, con ojeras que se hunden en la piel y la mirada perdida. Nunca ha sido guapa, pero hoy está especialmente demacrada, como si la vida la hubiera masticado y escupido.

—Hola, Manuel… —murmura ella, dejando con torpeza un paquete de quinoa en la estantería. Su voz es un susurro, apenas audible.

—Vaya, Teresa, no te había visto. —Manuel fuerza una sonrisa, aunque le incomoda su presencia—. ¿Haciendo la compra? —pregunta, por compromiso.

Ella asiente, ajustándose la chaqueta vaquera como si de pronto recordara que está en público. Sus manos tiemblan.

Un silencio extraño se instala entre ellos. Manuel lo rompe antes de que se haga incómodo.

—¿Qué tal Pablo? No lo veo desde lo de los cuadros. ¿Está mejor?

—Un susto, nada más —dice ella, pero sus ojos esquivan los suyos, fijos en el suelo.

Manuel frunce el ceño. Hay algo raro, más allá de su aspecto. Teresa siempre ha sido callada, pero hoy es como si hubiese algo más.

—Oye, ¿estás bien?

La pregunta la desarma. Los labios de Teresa tiemblan, y de pronto se derrumba. Un sollozo mudo se le escapa como si hubiera estado conteniéndolo durante días. Manuel, incómodo, le pone una mano en el brazo, mirando alrededor para asegurarse de que nadie los ve.

—Ey, Teresa, ¿qué pasa? —Su voz es más brusca de lo que pretende.

—Es Pablo —musita, secándose las mejillas con la manga—. Creo que está metido en algo… algo malo. Alguien quiere hacerle daño. Es como si fuera a pasar algo. No sé explicarlo.

Manuel siente un escalofrío, como si el aire del supermercado se hubiera vuelto hielo. Traga saliva, manteniendo la compostura.

—¿Pablo? ¿Quién querría hacerle daño?

—Ha recibido amenazas. —Baja aún más la voz, quebrándose—. Mensajes… cosas horribles. Papeles recortados, cadenas de muñecos de papel. Siempre seis. Y uno manchado con sangre. Como si alguien nos estuviera diciendo algo. No sé quién es ni qué quiere. Y Pablo… él no habla de ello, pero le cambia la cara cada vez que llegan o alguien lo menciona. Lo está ocultando, lo sé. Y eso me da aún más miedo. No sé qué hacer, Manuel.

La imagen lo golpea como un puñetazo. Seis muñecos de papel… Uno tachado… La imagen de Pablo, siempre tan reservado, tan perfecto con sus malditas pinturas, se tambalea en su cabeza. Teresa sigue hablando, pero Manuel apenas escucha. Su mente corre en un torbellino de preguntas que no puede responder aquí, bajo las luces frías del supermercado.

—Tengo que irme —dice, cortándola—. Lo siento, Teresa. Hablamos otro día.

Ella lo mira sorprendida, pero él ya está retrocediendo. Olvida las cervezas, las flores, el maldito pasillo de comida bio, y sale del supermercado a zancadas. No ha comprado nada, pero da igual.

Las piernas le tiemblan cuando echa a correr de nuevo, dejando atrás el supermercado y el eco de las palabras de Teresa.

Tiene que hablar con Rafa inmediatamente.

# 23

El agua le limpia la cabeza.

Cada brazada lo aleja del ruido: del móvil, de los correos, de los clientes y de los «hombres de negro», como Manuel llama a los inspectores fiscales. Para él, todo es un juego. De él, por supuesto, también intenta alejarse… Solo agua. Solo músculo. Ese vaivén perfecto en el que no se necesita pensar.

Rafael nada como si lo hiciera desde siempre. Y en cierto modo, así es. Comenzó de niño, debido al asma, y luego lo convirtió en rutina. Hoy, un festivo de noviembre, la piscina está casi vacía. Justo como le gusta, aunque los demás lo miren raro.

Se balancea sobre las puntas de los pies y se lanza de cabeza. El impacto lo despierta por dentro, una sensación inexplicable y especialmente necesaria después de unas semanas extrañas como las últimas. Se sumerge, roza el fondo, sale a la superficie y vuelve a empezar. El cansancio se acumula, pero es un cansancio limpio, medido, bueno. Agradecido. Le recuerda que está vivo. No se le ocurre otra manera mejor de explicarlo.

Sin embargo, hoy su mente está inquieta. El reloj inteligente, ese maldito trasto, no para de vibrar en su muñeca. Tres veces durante el entrenamiento: Manuel, siempre Manuel. Cómo no. ¿Qué demonios quiere ahora? Decide ignorarlo; ya lo llamará después. O tal vez mañana. Que aprenda a no ser tan pesado.

Sigue nadando. A la cuarta vibración, maldice en voz baja. Sale de la piscina, sube las escaleras metálicas, se quita las gafas y se

pasa la mano por la cara para escurrir el agua.

A ver si se acuerda de silenciar las llamadas de su amigo.

En la ducha, ajusta la rosca del grifo y pone la temperatura al mínimo antes de colocarse bajo los afilados rayos de agua. Casi podría decirse que eso es lo más agradable de todo y, al mismo tiempo, lo más difícil de soportar. Su pequeña tortura. Cierra los ojos y deja que el cuerpo tiemble. A él le parece una forma de control sobre su cuerpo. De nuevo, nadie lo comprende.

Tirita de frío al salir de la ducha. Toalla, secador, camisa y vaqueros. En cinco minutos ya está listo. Lleno de energía tras el entrenamiento y la dosis de agua helada, cruza el vestuario sin hablar con nadie y abandona el gimnasio. Fuera, el aparcamiento está desierto. El sol de noviembre ya se ha puesto, y las farolas tiñen el asfalto de una luz sucia y amarilla. Sus pasos resuenan mientras se acerca a su bicicleta, encadenada a un poste de hierro.

Al acercarse, ve algo blanco atascado entre los radios de la rueda trasera. Es un sobre. Juraría que no estaba ahí antes, cuando ha llegado. Y no hay viento. Hoy el aire ni se mueve.

Se agacha. Ve su nombre escrito en tinta roja y siente un nudo en el estómago. ¡No, otra no!

Mira alrededor. Nadie está observando. ¿O sí?

Coge el sobre, lo guarda sin abrirlo y se sube a la bici. El camino hasta casa se le hace insoportablemente largo, pero no quiere arriesgarse a abrir el sobre allí, en mitad del aparcamiento, donde cualquiera podría verlo.

Pedalea con el sobre en el bolsillo, pegado al muslo, como una granada sin espoleta. Cada frenada lo tensa; cada coche que pasa a su lado lo obliga a mirar de reojo.

Suelta el aire de golpe cuando el cerrojo de casa encaja en su sitio. Sin quitarse el abrigo, y con los dedos aún húmedos del gimnasio, rasga el sobre. La fotografía que extrae le roba el aire de los pulmones.

La imagen lo paraliza. Hay algo profundamente equivocado en ella, algo que su cerebro se resiste a procesar. No es solo lo que muestra, sino cómo lo muestra. No quiere mirar mucho rato.

Le da la vuelta con manos temblorosas. A diferencia de la primera que recibió, cuyo reverso estaba en blanco, esta tiene una frase escrita.

El estremecimiento le sube desde el estómago hasta la garganta. La fotografía se balancea entre sus dedos.

El timbre estalla. Un cañonazo agudo que le sacude el corazón.

—¡Rafa! —La voz atraviesa la madera maciza—. ¡Rafa, soy yo, Manuel!

Mierda. Ahora no.

Sus manos se mueven por puro instinto: foto al sobre, y sobre al bolsillo interior del abrigo.

—¡Ya voy!

Pero Manuel no espera. Sus puños ahora martillean la puerta con urgencia.

—¡Ya voy, joder! ¡Un momento!

Lo ha pillado junto a la puerta, así que no tarda ni un segundo en abrir. El aire frío se filtra dentro. Manuel lo mira desde el umbral con el rostro contraído.

—Tenemos que hablar —dice, mirando por encima del hombro, como si pudiera haber alguien más en casa.

Rafael se aparta para dejarle paso.

—Entra.

El sobre, con la fotografía de su robado, le quema en el bolsillo.

# 24

Manuel irrumpe en el porche del adosado de Rafa, con la rabia de la pelea con Blanca aún ardiendo en su interior. Las lentejas pastosas, los gritos de Adrián, el portazo: todo lo persigue, pero lo que ha dicho Teresa en el supermercado es un peso aún mayor.

Golpea la puerta con los nudillos. Cuando Rafa abre, no dice nada. Ni un «hola» ni un «¿qué coño haces aquí?». Solo lo mira con los ojos hundidos, como si Manuel fuera un fantasma.

Rafa está raro, más allá de lo habitual. No resulta sencillo identificar qué es, pero tiene un aspecto algo más… borroso. Como en otro mundo. Desaliñado, con el pelo revuelto y una camiseta arrugada que mezcla olores dispares: desodorante y sudor. Su respiración es un jadeo corto, como si hubiera corrido una maratón, y sus manos están inquietas. No, no es el Rafa de siempre.

—Entra —murmura, apartándose.

Acceden al salón sin intercambiar más palabras. Manuel se queda de pie con las manos en los bolsillos. Rafa se deja caer en el sofá, frotándose la cara como si quisiera borrar algo.

—Me he encontrado con Teresa en el supermercado —suelta Manuel, sin preámbulos.

Rafa lo mira confundido. Parece no caer.

—La mujer de Pablo —matiza Manuel.

Rafa asiente, pero no dice nada. Sus dedos tamborilean en el brazo del sofá, un tic nervioso que Manuel conoce bien. Le aparece

cada vez que se lanza un farol jugando al póker. Y cuando oculta algo. Su amigo es pésimo mintiendo.

—¿Sabías que Pablo está recibiendo amenazas? —pregunta Manuel, clavándole la mirada.

A Rafa le cambia la cara, como si algo muy pesado acabara de caerle encima. Es un cambio tan evidente que Manuel no puede evitar ponerse en alerta.

—¿Qué? —Rafa traga saliva. Su voz es un hilo tembloroso—: ¿Te lo ha dicho ella?

—Sí. Se puso a llorar en medio del pasillo de comida bio. —Manuel suelta una risa seca, aunque totalmente desprovista de humor—. Ya sabes cómo es, siempre tan dramática. Aunque esto… no sé, parece serio.

Rafa desvía la mirada, fijando los ojos en un punto invisible de la alfombra.

—Oye, tengo que enseñarte algo —dice Manuel, metiendo la mano en el bolsillo del pantalón. Saca una foto y la deja sobre la mesa con un golpe sordo.

Rafa parpadea al verla, inclinándose hacia adelante.

—Eso es… —pregunta, con los ojos muy abiertos.

Manuel asiente. La instantánea muestra la puerta del cuarto de material deportivo del instituto. Casi puede oír los gemidos de Paula a través del papel.

—La encontré hace dos días, dentro de un sobre anónimo en el buzón. Al principio pensé que era una broma macabra provocada por un alumno cabrón. Alguno que me la tuviera jurada por haberlo suspendido.

—¿Qué… qué es esto? —Rafa apenas puede hablar, sus ojos fijos en la foto.

—Amenazas. Como las de Pablo. Esta es la última foto que recibí. Pero no es la primera. Hace semanas llegó otra en la que se me ve entrando solo a uno de tus pisos. Y antes, una tercera, en la que aparezco hablando cariñosamente con Paula en la cafetería frente al instituto. Las tres llegaron sin remitente.

Rafa se queda inmóvil, con el rostro desencajado. Está pensando en lo evidente: las fotos por sí solas no dicen nada, pero demuestran

que quien las tomó y las envió está al tanto de los juegos que Manuel tiene a espaldas de su mujer. Y piensa usar esa información para manipularlo. Rafa lo mira un instante y vuelve a desviar la mirada. Manuel entrecierra los ojos. Se ha dado cuenta. Si está ocultando algo, ya es tarde. Lo conoce demasiado bien.

—Tú también, ¿verdad? —pregunta, inclinándose hacia él—. No me mientas, Rafa. ¿Tú también has recibido algo?

Rafa agacha la cabeza, como cuando eran niños y Manuel lo obligaba a ayudarlo con los deberes. Siempre ha sido el débil, el que lo sigue a todas partes como un perro faldero. Y Manuel sabe cómo apretarle.

—Rafa. Te he hecho una pregunta.

Rafa mete la mano en el bolsillo de su abrigo y saca un sobre arrugado, con su nombre escrito en letras torcidas.

—Este es el segundo —balbucea—. El primero lo encontré en el buzón hace dos semanas. Este… estaba en mi bici, en el aparcamiento del gimnasio, hace solo un rato.

Lo deja en la mesa, junto a la foto de Manuel. Dentro hay otra fotografía. Es Rafa, en la escalera de uno de sus pisos, entregando un sobre a un hombre.

—¿Quién es? —pregunta, aunque sospecha la respuesta.

—Un inquilino —dice Rafa con la voz apagada.

Manuel asiente. Lo imaginaba. Uno de los alquileres en negro. La imagen es borrosa, pero la amenaza es clara.

Con manos temblorosas, Rafa voltea la foto. Manuel siente que le flojean las piernas.

—No me jodas…

En el reverso de la fotografía, alguien ha escrito a mano:

*Por mí y por todos mis compañeros… salvo ella.*

—¿Qué cojones significa?

Rafa no contesta. En su lugar, se levanta y rebusca en el armario de la tele, entre mandos viejos y papeles sueltos. Saca un segundo sobre, más arrugado, y extrae otra foto. Es él, solo, metiendo la llave en la puerta de un edificio destartalado en Carabanchel. Otro de los pisos que gestiona. La luz del flash ilumina su rostro, capturando el instante exacto en que mira hacia atrás, como si

temiera ser seguido. No hay nadie más en la imagen, pero la sensación es la misma: alguien lo vigila, alguien que conoce el negocio ilegal que lleva a cabo desde hace años.

En este caso, no hay nada escrito en el reverso.

Ambas fotografías comparten esa esencia de amenaza, la certeza de que alguien sigue sus pasos y conoce sus secretos. Es como si el autor jugara con sus miedos.

Manuel siente un escalofrío. Se pasa una mano por la cara, intentando ordenar el caos en su cabeza.

—Joder, Rafa —masculla—. Pablo, tú, yo… ¿Qué coño está pasando? ¿Quién nos está haciendo esto?

Se interrumpe para tragar saliva. El nombre de Alicia Toscano se acaba de colar en su mente como un cuchillo. La chica desaparecida. La hija de Darío. La sombra que ya planea sobre todos ellos.

—¿Y Darío? —pregunta, notándose la voz tensa—. ¿También ha recibido algo?

Rafa sacude la cabeza, sus ojos todavía fijos en las fotos.

—No lo sé. No me ha dicho nada. Pero… eso no tiene por qué significar nada. Ya ves, nosotros tampoco nos lo habíamos contado, ¿no? Y lo de Pablo lo acabamos de saber.

—¿Cuándo recibiste la primera foto?

—Hace un par de semanas. Pensé que era una chorrada, algo a lo que no prestar importancia. Por poco la tiro a la basura. Pero ahora… —Rafa traga saliva y su voz se quiebra—. Esto no es normal, Manuel.

Manuel coge las fotografías y las alinea en la mesa. Observa el conjunto, notando cómo se le revuelve el estómago. Las fotos de Rafa, las suyas, los muñecos encadenados de Pablo… Todo tiene un aire de pesadilla. Es alguien que los conoce. Y que, por algún motivo, quiere hacerles daño.

—Coincide más o menos con el día que yo recibí la primera foto —dice Manuel antes de bajar la vista de nuevo.

—¿Qué crees que significan?

Manuel se vuelve para mirarlo.

—¿A qué te refieres?

—Las amenazas. A nosotros tres. ¿Qué intentan decirnos?

Manuel tiene un atisbo de idea, pero no se atreve a decirla en voz alta. La sola posibilidad le horroriza.

—Es por la hija de Darío, ¿verdad? —dice Rafa, dando voz al miedo que Manuel no se atreve a nombrar—. Ella desapareció, y ahora esto. ¿Crees que quien se la llevó está detrás de las amenazas?

Manuel no responde. Un escalofrío le recorre la espalda, pero lo reprime. No es momento de flaquear.

—No pienso dejar que un chiflado me joda la vida —ruge, su voz quebrándose por la rabia y el terror—. Hablaremos con Pablo. Y con Darío. Debí haberlo hecho desde que recibí el primer sobre, pero hasta que no he sabido lo de las amenazas tuyas y las de Pablo, no me lo he tomado en serio.

—Y con la policía.

—¡No! ¿Estás loco? No pienso ponerme voluntariamente bajo el foco de la poli, y tú tampoco lo harás. ¿Qué crees que pasará si empiezan a investigarnos? Sabrán lo que hacemos con los pisos. Es ilegal, Rafa. Sin mencionar que en el instituto se sabrá lo mío con Paula.

Rafa asiente, pero no hay convicción en su gesto. Está asustado, más que Manuel, y eso lo hace parecer aún más pequeño, más frágil. Manuel coge su foto y la guarda en su chaqueta como si pudiera contener el miedo dentro de ella.

—Nos vemos mañana —dice, dirigiéndose a la puerta—. No hagas ninguna tontería, Rafa. Y no hagas esto solo.

Sale de la casa, el aire frío de la tarde cortándole la piel, y camina en dirección a la boca de metro. La furia que lo sacó de casa hace horas se ha transformado en un terror puro, visceral, que le retuerce por dentro.

# 25

La vieja casa del suegro de Andrés huele a madera antigua y recuerdos. Mónica recorre con la mirada las estanterías repletas de libros viejos y las fotos enmarcadas que cuelgan de las paredes, imágenes de una familia que no es la suya. El aire está cargado de una quietud melancólica, como si la casa llorara en silencio la pérdida de su dueño. Esta noche, sin embargo, la vida regresa al comedor con el tintineo de platos y el murmullo de voces amables.

Han pedido comida de un restaurante local que Andrés conoce de cuando vivía aquí, porque ninguno de los dos tiene ganas de cocinar. Mónica lo ayuda a disponer los platos y la cubertería en la mesa. Para cenar hay bandejas de arroz al horno y una selección de tapas: jamón ibérico, croquetas, una jugosa y dorada tortilla y ensaladilla rusa. El olor a frito, especias y grasa de la que se pega al paladar llena la habitación, y Mónica, a pesar de los nervios que le aprietan el estómago, siente cómo se le hace agua la boca.

Laura se sirve dos croquetas y un poco de arroz, aunque no parece tener mucho apetito.

Andrés se pone de pie y levanta su copa de vino tinto para hacer un brindis.

—Es un momento difícil, pero creo que mi suegro, desde donde nos observe, estará feliz de que nos hayamos reunido en familia para recordarlo.

Laura asiente con los ojos brillantes.

—Sí, el abuelo siempre decía que la familia es lo primero. Le hubiera encantado esto.

—¡Sobre todo por el jamón! —añade Esther. Lleva un vestido vaporoso, de esos que se anudan al cuello y dejan la espalda al descubierto.

Todos ríen la broma, aunque algunos con más ganas que otros.

Esther posa entonces su mano sobre la de Laura.

—En serio, cariño, tienes toda la razón. Recuerdo esas barbacoas en el jardín, con tu abuelo contando historias y haciendo reír a todos.

Mónica escucha en silencio, sosteniendo su copa sin beber. No llegó a conocer al suegro de Andrés, así que no tiene recuerdos ni anécdotas que compartir. Se siente como una invitada de última hora. Intenta sonreír, pero la sensación de estar fuera de lugar le pesa, de modo que no puede evitar pensar una y otra vez en el caso de la chica desaparecida. Rayco le ha escrito hoy al mediodía: *«Pablo confirma presencia en la feria. Su versión: salió a despejarse. Su lenguaje corporal dice lo contrario. Teresa oculta algo. Ambos lo hacen. Necesitamos presionar más. Suerte tú por allí.»*

Las cosas se están poniendo interesantes. Bien por el canario.

Durante la cena, la conversación se aligera. Esther prueba una croqueta y pone los ojos en blanco. Parece que está experimentando un orgasmo.

—¡Esto es una delicia! ¿De dónde las habéis pedido?

—De La Taberna del Sol —responde Andrés, más sonriente a medida que baja el nivel de su copa—. ¿La recuerdas?

—¡Cómo no voy a acordarme! Con la cantidad de tardes que pasé con Silvia en esa barra pegajosa.

Mónica observa que Andrés asiente, pero algo ha hecho menguar su sonrisa. El recuerdo de su exmujer le ha pinchado en algún punto sensible.

—La tortilla está increíble —interviene ella, buscando hacerse un hueco en la conversación y de paso sacar a Silvia de la cabeza de Andrés—. Me recuerda a la que hace mi madre, con cebolla caramelizada. Le da un toque especial.

Esther se gira hacia ella, con genuino interés.

—¿Tu madre es buena cocinera?

Andrés se le adelanta.

—La mejor —dice—. Tendrías que probar su cocido.

Esther sonríe sin dejar de mirar a Mónica y le da un cariñoso toque en el brazo.

—Mira cómo se gana a la futura suegra —ríe—. Ya veremos si le dura.

Mónica no sabe qué responder a eso, así que simplemente alza las cejas y bebe un buen trago de albariño.

La cena prosigue entre charlas sobre los estudios de Laura y anécdotas varias. Esther, a quien le cuesta mantenerse callada, cuenta una sobre un viaje que hicieron Silvia y ella a Lisboa, y Laura se ríe a carcajadas. Mónica se fuerza a sonreír, aunque no entiende muy bien qué tiene de gracioso un hostal sin agua caliente. Se da cuenta de que, para Laura, Esther es como una segunda madre, alguien que llenó el vacío dejado por Silvia.

Terminada la comida, Andrés saca el postre: un flan casero, preparado con la receta de su suegro.

—Era su especialidad —dice con una sonrisa nostálgica.

El flan es suave, con un dulzor equilibrado y un toque de caramelo que se deshace en la boca. Todos lo elogian, y Mónica, aunque lo disfruta, no puede quitarse de encima esa sensación de ser una extraña.

Ya en la sobremesa, con copas de diversos licores y el ambiente más relajado, Laura se levanta y se acerca a un armario.

—Creo que hay un álbum de fotos por aquí —dice con un brillo en los ojos—. ¿Os apetece que lo veamos?

Andrés y Esther aplauden la idea. A Mónica no le entusiasma revolver en recuerdos ajenos de Andrés en su vida pasada. Preferiría estar en la Jefatura, desentrañando las contradicciones de Pablo Lázaro y revisando las pistas del caso de Alicia. Pero se traga el impulso de protestar y caza un bombón del centro de la mesa.

Laura saca un viejo álbum grueso, encuadernado en piel falsa. Lo abre sobre el mantel y todos se inclinan para mirar. Hay fotos antiguas, casi todas de Silvia, de pequeña con sus padres. En vacaciones, en comidas familiares y en alguna función del colegio. A

medida que Laura pasa las hojas de papel brillante —que representan el paso de los años—, Esther empieza a aparecer en los recuerdos fotográficos. Y por fin… Andrés.

En una de las fotos, un Andrés de diecisiete años posa con una camiseta de Hombres G que le queda dos tallas grande, unos vaqueros anchos que parecen a punto de caerse y un peinado con tanta gomina que brilla como el de los personajes de los cómics. Intenta poner cara de galán, con los brazos cruzados y una ceja arqueada, pero sus mejillas sonrojadas y una sonrisa torcida lo delatan como un adolescente jugando a ser adulto. Mónica suelta una risita, imaginando al Andrés serio y caballeroso de ahora con ese look de ídolo pop trasnochado. Por primera vez en toda la cena, siente que se divierte de verdad.

La segunda mitad del álbum está dedicada a la gran boda: Silvia con un vestido blanco que resalta su figura, sonriendo ampliamente; Andrés, apuesto en su traje, con una mirada de pura alegría; los invitados bailando bajo luces cálidas. Mónica observa las imágenes, atrapada entre la curiosidad y un creciente pinchazo en el pecho. A nadie le gusta ver a su hombre casándose con otra, ¿no? Aunque sea a través de pedazos de papel y pertenezca al pasado.

Esther suspira.

—Me acuerdo de ese día como si fuera ayer. Fue mágico —dice, con la mirada ya encendida por el vino—. Dios… y qué calor hacía. Creo que me bebí tres gin-tonics antes del banquete.

Andrés asiente, distante.

—Sí, lo pasamos muy bien.

—¡Recuerdo que Silvia estaba tan nerviosa que casi se tropieza con el vestido al entrar a la iglesia! Pero luego, todo fue perfecto.

Laura ríe.

—Mamá siempre fue un poco torpe —dice.

—¿A que estaba guapa?

—Sí, muy guapa…

Mónica se revuelve en su silla. La felicidad en los rostros de los demás al recordar esos momentos la hace sentir aún más fuera de lugar. Intenta concentrarse en el vino, pero el sabor ahora le parece amargo.

—Mira esta —dice Laura tras pasar una página, señalando una foto en concreto.

Todos se inclinan un poco más. Están viendo una foto del mismo día: Andrés, Silvia y Esther posan frente al restaurante, justo después de la ceremonia. Los tres sonríen y tienen los brazos entrelazados. Andrés, con el pelo más largo y una barba recién recortada, traje oscuro y corbata roja. Silvia, con un vestido blanco sin mangas, sencillo y precioso, el pelo recogido en un moño bajo. En medio de ambos está Esther, también de blanco, aunque en un tono marfil que realza su bronceado. Tiene un ramo en la mano y la sonrisa más grande de las tres. Su mano derecha, la que no sostiene el ramo, se aferra al brazo de Andrés como si no quisiera soltarlo.

—Salís guapísimos —dice Mónica, forzando una sonrisa.

Esther ríe.

—Fue un día precioso.

—Qué buen equipo —comenta Andrés, sin dejar de observar la foto—. Los tres mosqueteros.

Esther lo mira sonriente.

—¡Exacto! Los tres mosqueteros… ¡No puedo creer que te acuerdes!

—Pues sí.

—Solo que dos de los mosqueteros se acostaban juntos —bromea Laura—. ¿Eso salía en la novela de Dumas?

Su padre no pierde un segundo y le da un toque en el cogote.

Cuando terminan de ojear el álbum, Andrés suelta un prolongado bostezo.

—Hora de irse a la cama —dice, pasando un brazo por los hombros de Mónica y frotándole el brazo—. ¿No estás agotada? Yo no puedo con mi vida.

Mónica se encoge de hombros y asiente en silencio.

Se despiden de Laura y Esther con besos y cálidos abrazos. Mientras friegan los platos, Andrés le pregunta a Mónica si está bien. Ella asiente, alegando que está cansada.

—Ha sido un día muy largo.

—Sí… Estoy agotado.

Se crea un silencio solamente interrumpido por el agua del grifo. Es Mónica quien lo rompe:

—No había quien os siguiera, ¿eh?

—¿Cómo?

—No me hagas caso. Demasiadas batallitas para mí, eso es todo.

Andrés deja el trapo sobre su hombro y rodea a Mónica con los brazos desde detrás.

—Gracias por acompañarme hoy, de verdad. Soy consciente de que no ha sido tu plan favorito.

—No te preocupes. Me alegro de pasar más tiempo con tu hija.

Andrés suspira. Mónica nota que está sonriendo.

—Esther es intensa, ¿eh? Siempre ha sido así.

—No, es genial. Me ha caído muy bien.

Sin embargo, había algo en su sonrisa. En la foto de la boda. No puede explicarlo; es una intensidad que va más allá de la amistad.

Mónica no puede dejar de pensar en esa foto. ¿Es solo su imaginación, o había algo más en la forma en que Esther agarraba a Andrés del brazo? Mientras se prepara para dormir, la duda se instala en su mente como una sombra que no puede sacudirse.

Más tarde, en la cama, con el viejo colchón de invitados maltratando su espalda y la vista fija en las telarañas del techo, seguirá dándole vueltas a ese brillo en sus ojos. Esa sonrisa ausente. El rubor en sus mejillas.

«Era por los tres gin-tonics que se había tomado a causa del calor», se repetirá a fin de conciliar el sueño.

Sí, eso era, nada más. Solo un ligero exceso con el alcohol.

# 26

Después de un largo día de compras por el centro, Rayco aprovecha un rato tras la cena para sentarse frente al ordenador y trabajar un poco. Mercedes ve una película en el salón y las niñas están en sus habitaciones, probablemente hablando con sus respectivas amigas y poniéndolas al día sobre los trapitos que han traído a casa hoy. Rayco no está nada convencido de la minifalda extracorta que se ha llevado Hannah, pero, en fin, es un solo hombre conviviendo con tres mujeres. Hay guerras que sencillamente no se pueden ganar.

Se frota los ojos con los dedos, se pone las gafas de cerca y desbloquea la pantalla del ordenador. Entra en Google y empieza por lo básico. Teclea: «Pablo Lázaro». Aparecen varias páginas de resultados, casi todas sobre la exposición del otro día; ninguna relacionada con su pasado.

Cierra los ojos y se reclina en el asiento. Ve la cara de Pablo el día en que se conocieron, en la piscina de la urbanización. Estaba con su mujer y su hijo. Rayco se acercó a saludar y presentarse. Compartieron algunas palabras. Recuerda que pensó que era un hombre callado y algo retraído, aunque educado y con aspecto de buena persona, el típico vecino que no da problemas.

Da un salto mental hasta esta mañana, en la cancha. Ve las ojeras, sus ojos grises, su mirada perdida y piensa en lo distintas que son ambas versiones de un mismo Pablo.

Desde que Pablo le admitió que estuvo en la feria la noche en que Alicia Toscano desapareció, no puede quitarse el tema de la

cabeza. ¿Qué hacía allí? Además, sigue sin entender por qué no quiere denunciar los mensajes anónimos a la Policía. Pero debe de haber alguna razón. Cuanto más reflexiona sobre ello, más se convence de que quien está amenazando a Pablo no es ningún desconocido. No, esto es algo personal, y la respuesta debe de existir en el entorno de Pablo.

Abre los ojos y se inclina hacia adelante. Deja las amenazas a un lado y se centra en el hecho de que Pablo estuviera en la feria esa noche. Su objetivo principal ahora es encontrar otra conexión entre él y Alicia.

Tiene una: la amistad de Pablo con Darío Toscano, el padre de la chica. Pero no es suficiente.

Necesita algo más, un hilo que ate a Pablo al caso de Alicia, más allá de su relación con Darío.

Solo puede hacer una cosa: hablar con algún amigo de Pablo. Pero ¿con quién? Únicamente se le ocurre Darío, y, dadas las circunstancias, no es una alternativa sensata.

Decide probar por otro camino. Borra el nombre de Pablo en la barra de búsqueda y escribe: «Alicia Toscano desaparición». Es la enésima vez que realiza esta búsqueda desde que la joven desapareció, y los resultados son los esperados: artículos de prensa local, un reportaje sensacionalista de una cadena nacional y un par de hilos en foros de *true crime* que especulan sin pruebas. La mayoría menciona a Darío, su desesperación, las búsquedas infructuosas. Nada sobre Pablo.

Prueba con una búsqueda más específica: «Alicia Toscano Pablo Lázaro». Nada relevante. Solo una mención en un blog de noticias que lista al pintor Pablo Lázaro como *amigo de la familia* en una vigilia por Alicia. Es un callejón sin salida.

Se recuesta en la silla y oye el respaldo chirriar. «Piensa, Rayco.» Si no hay una conexión directa, tal vez sea indirecta. Abre una hoja de cálculo en Excel, un hábito de su época en la academia. Crea columnas: *Nombre; Relación con Alicia; Relación con Pablo; Comentarios*. Rellena lo obvio:

*Darío; Padre de Alicia; Amigo de Pablo.*

Pero el resto de las filas están vacías. Necesita más datos.

Abre Facebook. Rara vez lo usa, pero es un tesoro de conexiones personales.

—Muy bien, Facebook, a ver qué tienes para mí —susurra.

Una vez registrado, busca el perfil de Alicia Toscano: Cuenta privada.

En cuanto a Pablo, ni siquiera tiene creada una cuenta. Tampoco en LinkedIn ni Twitter.

Mierda.

Rayco se pregunta qué hacer. La mayoría de las personas, incluso las más inocuas, tienen algo en la red. Pero Pablo es un espectro. ¿Qué significa eso?

Se frota los ojos, frustrado. Facebook no le está aportando nada. Necesita una perspectiva fresca.

Habrá que pedir ayuda a la experta.

Se levanta, atraviesa el pasillo y golpea suavemente la puerta de la habitación de Hannah.

—¿Qué pasa?

Hannah está tumbada en la cama, con el móvil iluminando su rostro. La habitación huele a esmalte de uñas y está llena de pósteres de bandas que Rayco no reconoce. Se queda un segundo mirando a su hija y piensa en Darío Toscano. Darío también llamó con los nudillos y miró así la habitación de su hija, para encontrar una cama vacía. Y ahora, casi tres meses después, está a la espera de información mientras ellos ponen la ciudad patas arriba en busca de su hija desaparecida.

—¿Puedes venir? Necesito tu ayuda con una cosa.

—¿Para qué? —responde ella, sin dejar de mirar la pantalla.

—Tú hazme el favor de venir un segundo. Es sobre… redes sociales.

Hannah arquea una ceja. Acaba de captar su atención.

—¿Tú? ¿Redes sociales? Eso tengo que verlo.

Se levanta de la cama y sigue a Rayco hasta su despacho. Lleva puestos unos pantalones cortos de pijama y una camiseta de talla XXL que dice: *I hate morning people. And mornings… and people.*

—Bueno, ¿y qué? —pregunta.

Rayco le señala la pantalla del ordenador. Explica, en términos vagos, lo que está buscando.

—A ver, ¿cómo puedo buscar a Alicia y a Pablo, si ella tiene la cuenta privada y él ni siquiera tiene cuenta?

Hannah hace una mueca.

—Estás de broma, ¿no?

—¿Tengo pinta de estar de broma?

Hannah suspira y se sienta en la silla de Rayco, tomando el control del ordenador. Abandona Facebook y abre Instagram.

—Si quieres conocer de verdad la vida de alguien, Instagram es mejor. La gente sube fotos de su vida, historias… cosas que no cuelga en Facebook.

Inicia sesión en su cuenta y busca el perfil de Alicia.

—El perfil de Alicia es privado, papá. Pero espera…

Revisa las cuentas que la siguen y que son públicas. Encuentra el perfil de su padre, Darío Toscano, que no tiene candado. Sus publicaciones son un desfile de cervezas, partidos de fútbol y selfis con amigos.

Hannah lo mira con cara de «ya te lo dije» y menea la cabeza. Su padre piensa de nuevo en lo mucho que la quiere.

Hannah baja por el mural hasta una publicación destacada, etiquetada como «Nochevieja 2022».

—Aquí. Mira.

Es un vídeo grabado en el interior de un bar, con luces de colores y decoración navideña. En un momento, la cámara enfoca a un grupo: Darío y Pablo con otros dos hombres de más o menos la misma edad. Darío lleva un gorro de reno; Pablo, una corbata con luces rojas. Los otros dos lucen un jersey de Santa Claus y una barba blanca, respectivamente. Beben cerveza y, por cómo sonríen a la cámara, no es la primera de la noche.

—Un momento —dice Hannah, acercándose a la pantalla—. Yo a este tío lo conozco.

—¿A quién?

Señala al tercer hombre, el del jersey hortera.

—Fue profesor mío en el instituto. De química.

Rayco se acerca también a la pantalla y siente un nudo en el estómago. A él también le resulta familiar. Mónica y él lo interrogaron en una de sus primeras visitas al instituto.

—¿Sabes cómo se llama?

—Claro. Manuel Requena.

Manuel Requena. No solo es amigo de Darío y Pablo, sino que es profesor en el instituto donde estudiaba Alicia.

—¿Tiene cuenta? —pregunta.

—Sí.

—¿Puedes entrar a su perfil?

—Claro. No hace falta ser Mr. Robot —sonríe Hannah—. Es un perfil público.

—Me encanta cuando te pones sarcástica conmigo.

—De tal palo, tal astilla.

—Pero si no soy tu padre biológico.

—No me digas. ¿En serio? —Hannah se lleva una mano al pecho y dramatiza—. Oh, qué drama más grande.

Rayco ríe. Dios, cómo quiere a esa jovencita. Se la queda mirando como un tonto mientras ella clica en el nombre de Manuel Requena y accede a su perfil. Es más discreto, pero tiene una publicación de abril, unos meses antes de la desaparición. Es una foto del instituto, con un grupo de alumnos en un taller de ciencias. Alicia está en la esquina, sonriendo, pues se supone que tiene toda la vida por delante. Debía de tener diecisiete años cuando le hicieron esa fotografía. Su sonrisa decía que estaba dispuesta a comerse el mundo.

Manuel escribió el primer comentario en su propia publicación: «Orgulloso de mis chicos, siempre aprendiendo». Más abajo, Darío escribió: «Esa es mi Ali, la mejor». Pablo, sorprendentemente, también comenta: «Grande, Ali. Sigue brillando».

La publicación tiene 38 corazones.

—¿Eso qué significa? —pregunta Rayco.

—Que treinta y ocho cuentas interactuaron con la foto —contesta ella y clica de nuevo. Una lista de cuentas se despliega ante ellos.

—Mira —dice—. Aquí tienes algo. El tipo de la barba de Santa Claus también le dio un corazón. Rafael Peinado.

Rayco siente que el corazón le late con fuerza. Eso es. Los tres conocían a Alicia. Rafael, Manuel, Pablo… todos estaban en su red de contactos, eran amigos íntimos de su padre.

Alicia Toscano era alumna del San Vicente de Paúl. Y su profesor de química, Manuel Requena, es también amigo de Pablo.

Conexión establecida.

# 27

Pablo Lázaro yace en la tumbona de plástico en el pequeño jardín de su casa, solo, envuelto en la penumbra. Arriba, Teresa duerme, ajena a su sigilosa escapada de la habitación para no despertarla.

Son las tres y cuarto de la madrugada y no puede dormir. Las cartas anónimas y los recortes de figuras encadenadas lo persiguen, pero esta noche son otras sombras las que lo mantienen desvelado.

El jardín es un desastre: hierba crecida, macetas rotas y una manguera enredada como una serpiente muerta. Se incorpora con un crujido de la tumbona, descolorida por tantos años de exposición al sol, y da un largo trago a la botella de Jack Daniel's, ya por la mitad. El licor le quema la garganta, pero agradece esa punzada. A estas alturas de noviembre, las noches son frías y el aire helado se cuela por las mangas del abrigo, pero el ardor del whisky lo compensa.

Cierra los ojos y piensa en la sangre.

Siempre la sangre.

Incluso ahora, tres meses después, con la única compañía de las cigarras y el zumbido lejano de una moto, puede ver la sangre seca que se cuarteaba en la piel de sus manos. Cometió un error al entrar en casa sin haberse limpiado. Por suerte, Teresa y los niños dormían. Se limpió en el baño rápidamente y se acostó en el sofá. A la mañana siguiente, se levantó el primero para salir y quemar la ropa.

Se había librado del veneno. Tal vez la palabra adecuada fuera «pruebas», pero para él era un veneno.

Vuelve a inclinar la botella. El whisky se derrama por las comisuras, un hilo cálido que resbala por su barbilla. Se limpia con el dorso de la mano y se recuesta, con los ojos perdidos en las estrellas. Son puntos fríos, indiferentes, hermosos. La imagen de ella se cuela de nuevo, provocándole un pinchazo agudo en el pecho. Se estremece.

Un destello lo sacude, fragmentado, cortante, como el crujir del columpio herrumbroso que el viento arrastra desde su memoria.

Recuerda el chirrido de la cadena oxidada.

Esa súplica infantil, aguda: «¡No es divertido! ¡Me haces daño!»

Tras el golpe, el sonido seco de algo que se parte.

Un grito. No sabe si es suyo o de ella. No lo recuerda.

Entonces ve sus propias manos, temblorosas.

Y el color rojo en una piedra.

Luces azules parpadean.

Una sábana blanca se agita en la camilla.

Y luego, silencio. Un silencio largo, como un castigo, que lo sigue hasta esta noche.

Pablo sacude la cabeza. Necesita deshacerse de todo eso y entonces podrá volver a dormir. Se obliga a pensar en cosas mejores: copas frías y empañadas, risas de amigos, brindis. El sol colándose entre las cortinas. Pero su mente se contamina. Sin saber cómo, las risas se vuelven infantiles, y el aire de su recuerdo se impregna del olor a churros y algodón de azúcar. Música ochentera, luces de colores… y una rueda brillante, girando en la noche como un faro en la oscuridad.

Parpadea y lo ve.

El sendero.

Y luego, un forcejeo.

Voces de súplica.

Sus manos, pegajosas por la sangre que baña la piedra.

Pasos inseguros sobre suelo irregular… y un flashazo.

Un coche frena. Sus faros cortan la noche. Risas y gritos flotan en su mente como una canción pegadiza. Livianos, ajenos.

Y entre todos, un rostro femenino.

Ella lo mira. Se reconocen.

Un aullido de terror se clava en él, no lo suelta y lo arrastra de vuelta a la tumbona, al frío y al whisky.

A la certeza de que el pasado lo ha alcanzado. Y Pablo no ve ya salida alguna.

# 28

Andrés golpea la punta del bolígrafo contra la mesa de la sala de reuniones, un tic nervioso que resuena como un metrónomo en el silencio tenso. Frente a él, la fotografía de Alicia Toscano lo mira desde la carpeta abierta. Sus ojos parecen implorar: *Encuéntrame*. Pero llevan tres meses sin respuestas, y la impotencia se le clava como un alfiler en el pecho.

Ver a Esther, por otro lado, le ha hecho retrotraerse a su infancia.

Hace más de treinta años que fueron amigos y, pese a que un sinfín de personas ha pasado por su vida desde entonces, aún conserva el recuerdo intacto. No eran más que unos mocosos en aquella época. Más tarde, con el casamiento de Andrés y Silvia, Esther se convirtió en la mejor amiga del matrimonio. Tras la muerte de Silvia, Esther desapareció de su vida también y pasó a ser una extraña. Aun así, le han bastado unas horas con ella para refrescar la imagen que tenía de su vieja amiga. La Esther que recordaba era un torbellino, una de las personas más llenas de vida que ha conocido. Segura de sí misma y con tanto carisma que hacía que la gente se volviera a su paso.

Agita la cabeza, sintiendo la necesidad de un café. O una ducha fría.

Rayco, de pie junto a la pizarra, traza flechas con un rotulador azul. En el centro ha escrito el nombre de Alicia, rodeado de una telaraña de sospechosos: *Darío (padre)*, *Marta (mejor amiga)*, *Pablo*

*Lázaro (amigo de la familia, presente en la feria)*, *Manuel Requena (profesor, amigo de la familia)*, *Rafael Peinado (amigo de la familia)*.

Cada nombre es una posibilidad. Cada flecha, un callejón sin salida.

A un lado de la pizarra, ha escrito los versos de la canción infantil actualizada que Pablo recibió a través de los recortes:

Al pasar la noria...
...me dijo el feriante...
...las niñas bonitas...
...no pagan dinero.

Y más abajo:

Tris, tras, ni la ves, ni la verás.

Mónica, sentada junto a Andrés, hojea el dossier con la mandíbula tensa. Intenta leer algo entre las pruebas, como si pudiera obligarlas a hablar:

El recibo arrugado de un test de embarazo, encontrado en el dormitorio de Alicia.

Las figuras de papel encadenadas, enviadas a Pablo Lázaro en sobres sin remitente.

Capturas de Instagram que Rayco desenterró anoche, donde Alicia sonríe en una foto del instituto, ajena al hecho de que su vida estaba a punto de cambiar.

—Esta mañana, mientras vosotros jugabais a Bonnie & Clyde en la carretera, me pasé por la farmacia —dice Rayco, dejando el rotulador sobre la mesa con un golpe seco—. El recibo es de un predictor de embarazo. Confirmado.

Mónica alza la vista. El globo de su chicle estalla con un chasquido.

—¿Se acordaban de Alicia? —pregunta.

Rayco cruza los brazos y se apoya contra la pizarra.

—Al principio, no. Han pasado meses y venden tests como churros. Pero les enseñé la foto de Alicia y entonces una de las farmacéuticas la reconoció.

—¿Acudió sola?

—Completamente sola.

Andrés deja el bolígrafo, que rueda hasta detenerse junto a la carpeta. Mira la foto. Luego a Mónica.

—Entonces, podría haber estado embarazada cuando desapareció…

—Podría. Pero no podemos darlo por hecho. No sabemos el resultado del test —matiza Mónica.

—Aun así —insiste Andrés—, si se lo hizo, es que había una sospecha. Y si había una sospecha, había alguien. Un chico.

Rayco señala la pizarra, donde el nombre de Marta destaca en azul.

—Su amiga jura que Alicia no tenía novio. Ni líos. Que no había nadie.

—Las mujeres no lo contamos todo, Rayco —responde Mónica sin despegar los ojos del recibo—. Ni siquiera a las mejores amigas. Alicia tenía un secreto.

Andrés se remueve en la silla. Intenta concentrarse en la reunión, pero su mente se desvía constantemente hacia Laura. Hoy a primera hora, antes de que salieran hacia Madrid, su hija le ha soltado una bomba:

—Ahora que el abuelo ya no está… he pensado que podría vivir en casa de Esther. Al menos por un tiempo.

La respuesta de él ha sido rotunda.

—No.

Ni de coña, vamos.

Pero Laura ha insistido, y Esther se ha sumado a la causa:

—Ha sido idea mía, Andrés. Yo estaría encantada de tenerla en casa. Y mejor conmigo que en una residencia de estudiantes, o con cualquier amiga.

«Tú también eres una amiga», ha pensado él, furioso por la encerrona a la que le estaban sometiendo.

Andrés se ha despedido de Laura prometiendo pensarlo, aunque en realidad no hay nada que pensar, porque ya sabe cuál va a ser el desenlace. A él no le gusta la idea. Esther es demasiadas cosas: intensa, impulsiva, encantadora, libre. Justo lo contrario de lo que él quiere ahora mismo para su hija. Andrés no está seguro de que Esther sea la mejor influencia para una joven de veintiún años que aún se está conociendo a sí misma. Por otro lado, ¿qué puede hacer él? Ella es mayor de edad y no está seguro de poder prohibírselo. El control se le escapa como agua entre los dedos. Ella quiere mudarse al apartamento de Esther, y negárselo significaría empezar una guerra que no sabe si quiere librar. La idea le molesta. Laura es adulta, sí, pero sigue siendo su niña. Y Esther… Esther es un torbellino.

—Tu obra de arte abstracto es preciosa, Rayco —dice Mónica, señalando la pizarra con un gesto burlón—. Pero hay algo que no me encaja.

Rayco se sienta al borde de la mesa.

—¿El qué?

—Pablo Lázaro —responde ella, levantándose. Se acerca a la pizarra y toca su nombre con el dedo—. Estaba en la feria la noche que Alicia desapareció. Es amigo de Darío. Y además, se desmaya en mitad de su exposición y actúa como si escondiera algo.

—Sí, pero eso no significa que secuestrara a Alicia —dice Rayco, encogiéndose de hombros—. Estar en la feria no es un delito.

—Es verdad. Pero luego están estas… cosas. —Sostiene uno de los recortes de periódico con las figuras encadenadas y lo sacude en el aire—. No encajan con nada. Si Pablo es nuestro culpable, ¿quién lo está amenazando? No me lo quito de la cabeza.

—Ni siquiera sabemos si son amenazas, en realidad —intercede Andrés, que lleva un buen rato sin abrir la boca—. No podemos aseverar que el autor quiere hacer daño a Pablo, o solamente asustarlo.

Aun así, su sexto sentido, como el de Mónica, le dice otra cosa. Lo han estado hablando en el coche, durante el viaje de vuelta. Ambos tienen la sensación de que hay algo maligno en esas cadenas. No es simbólico. Es personal, violento. La sangre de gato

es reveladora en ese sentido. Transmite una suerte de voluntad de hacer daño, y aunque no tienen pruebas científicas, no se le ocurre una forma mejor de decirlo. Y esa sensación lo tiene muy preocupado.

La sala se queda en silencio por unos segundos. Lo rompe Mónica, lanzando una nueva cuestión:

—¿Y si fue Pablo? —pregunta.

—De nuevo, no tenemos evidencias. Estar en la feria y comportarse de manera extraña no es un delito.

—No me refiero a eso.

Rayco frunce el ceño.

—¿Entonces?

—¿Pudo Pablo Lázaro dejar embarazada a Alicia? —propone Mónica. Sus ojos brillan con la chispa de una nueva teoría.

Andrés se reclina en su silla.

—No sería el primer adulto que se lía con una adolescente —sigue Mónica—. Pero Marta dijo que Alicia estaba «despistada», no traumatizada. Si hubo algo entre ellos, no fue forzado.

Hace una pausa, tamborileando los dedos contra la mesa.

Rayco parece querer rebatir, pero se queda callado.

—Me cuesta imaginar a Alicia con un tipo como Pablo, la verdad —murmura al fin, seguramente pensando en las ojeras de Pablo, en sus monosílabos, en la forma en que evita las miradas. Señala los nombres de Manuel y Rafael en la pizarra—. Propongo hablar con Requena y Peinado. Son cercanos a Darío y Pablo. Y conocían a Alicia. Requena fue su profesor.

Mónica asiente, su mente ya trazando un plan.

—Vale. Pero esta vez no preguntamos solo por Alicia. Vamos a apretarles. Sacudir el avispero. A ver qué cae sobre Pablo.

—Me parece bien —dice Andrés—. Hablad con ellos, a ver qué sacáis.

El zumbido del móvil le provoca un sobresalto. Es Laura. Por algún motivo, su corazón da un vuelco.

—¿Qué pasa, hija?

—Hola, papá. ¿Te pillo mal? —La voz de Laura es ligera, casi demasiado despreocupada.

—Un poco. Estoy en una reunión. Si es por lo de vivir con Esther…

—No es por eso.

—Pues dime, rápido.

—Había pensado ir a Madrid este fin de semana y pasar unos días con vosotros. Me ha sabido a poco lo de estos días. ¿Qué te parece?

Andrés mira a Mónica. Por su expresión rígida, ha oído la conversación. No parece a punto de saltar de alegría.

—¿Este fin de semana? —repite, ganando tiempo—. ¿A casa?

—¿No quieres? —La voz de Laura se tiñe de decepción, y Andrés siente un pinchazo de culpa.

¿Que si no quiere? No es una pregunta fácil de responder para Andrés. Por supuesto que quiere, se trata de su hija. Pero ahora él prácticamente vive con Mónica. Ya era un equilibrio delicado, un baile de dos personas aprendiendo a no pisarse. La llegada de Laura, tan pronto después de su última visita, podría complicar las cosas. Pero se trata de su hija, y eso siempre irá primero en su lista de prioridades. Mónica deberá entenderlo.

—Claro que sí, hija. No tienes ni que preguntarlo —acaba diciendo.

Laura responde algo, pero un murmullo creciente en la oficina lo desconcentra. A través de la puerta entreabierta, ve a un grupo de agentes apelotonados alrededor del escritorio de Mercedes. Rayco ya ha abandonado el despacho, uniéndose al corrillo. Mónica, confusa por el revuelo, mira a Andrés antes de levantarse e ir a ver lo que ha pasado.

Andrés se da cuenta de que sigue con el móvil en su oreja.

—¿Papá? ¿Me oyes? —La voz de Laura suena lejana.

—Hija, tengo que colgar. Algo urgente. Hablamos luego. Te quiero.

Andrés corta la llamada. Su pulso se acelera en el momento en que Rayco reaparece en la puerta. Tiene los ojos muy abiertos y las mejillas encendidas.

—Andrés… —Su voz tiembla, algo raro en él—. Han encontrado el cuerpo de una joven. En la Dehesa Boyal.

El silencio cae como una guillotina. Mónica, de pie junto a la puerta, se lleva una mano a la boca, como si quisiera contener el aire que se le escapa. Andrés no necesita preguntar. Todos están pensando en lo mismo:

Alicia.

# PARTE TRES

# 29

Andrés no aparta la mirada del teléfono, como si eso pudiera obligarlo a sonar. El informe completo del cuerpo llevará mucho más tiempo, pero sabe que pronto podrá confirmar que efectivamente se trata de Alicia Toscano, como todos esperan y temen.

Seguramente, el rumor ya ha comenzado a circular por Madrid y no quiere que Darío lo sepa por otra vía. Pero el teléfono sigue sin sonar.

—¿Aún nada? —pregunta Mónica, asomando la cabeza al despacho y mirándolo con tristeza.

Andrés niega con la cabeza.

—Goyo Velasco ha dicho que llamaría en cuanto lo tuviera. No puede tardar.

—Pues esperemos —Mónica asiente y se apoya contra el marco de la puerta, mordiendo el interior de su mejilla, un gesto que repite cuando le cuesta asimilar algo.

Hace un par de horas, un equipo de rescate ha recuperado el cuerpo de una joven de una grieta natural en la Dehesa Boyal. Un excursionista había seguido el graznido de un cuervo, atraído por un movimiento entre los arbustos. Al acercarse, vio al ave picoteando algo blando y rosado que sobresalía de una grieta en la roca. No era carne de animal. Era humana. Un brazo, rígido y pálido, asomaba como una súplica muda. El hombre vomitó antes de llamar al 112. Su voz temblorosa relataba el horror que ahora pesa sobre todos ellos.

Justo cuando Mónica se da la media vuelta para volver a la oficina, suena el móvil de Andrés, que se apresura a contestar.

—Gordillo. —Al oír la voz del otro lado, le hace un gesto a Mónica con el pulgar. Es Goyo Velasco, del instituto forense—. Sí… Joder… Vale… Entiendo… Gracias.

Cuelga y deja caer el móvil sobre la mesa. Sus ojos buscan los de Mónica, que ya lo mira con una mezcla de temor y certeza.

—Goyo acaba de confirmarme que se trata de Alicia Toscano. El cuerpo está bastante descompuesto, pero el esqueleto permanece intacto, al igual que el cabello. La estatura y el tamaño del esqueleto coinciden. Además, Alicia se había roto la clavícula a los doce años tras una caída esquiando. Un primer examen del cadáver ha confirmado la fractura.

—¿Y la causa de la muerte? —pregunta Mónica.

—No puede establecerla antes de hacerle la autopsia, pero… —Hace una pausa, tragando saliva—. El cuerpo no presenta cortes producidos por arma blanca ni disparos. Solo golpes. Golpes contundentes.

Mónica cierra los ojos un instante, como si quisiera bloquear la imagen formada en su mente.

—Pobre familia.

Andrés asiente. Se le encoge el corazón al pensar en la tarea que tiene por delante. A pesar de todo, siente que debe comunicar la noticia a Darío personalmente. Se lo debe, después de todas las veces que ha estado en su despacho, albergando algo parecido a la esperanza. Ya no hay esperanza alguna y lo único que Andrés puede ofrecerle es certeza y descanso, por muy doloroso que sea.

—Voy a hablar con el padre —dice, poniéndose de pie—. Antes de que se entere por la prensa o por un vecino cotilla.

Mónica se endereza y alcanza su cazadora de cuero del respaldo de su silla.

—Voy contigo. No dejaré que pases por eso solo.

Andrés asiente con la cabeza.

—Gracias.

Afuera, la lluvia ha comenzado a caer, un tamborileo suave que empaña las ventanas de la Jefatura. Cruzan el vestíbulo y salen al aparcamiento. El aire huele a asfalto mojado. Mónica alza el cuello de su cazadora, preparándose para el frío, cuando el móvil le vibra en el bolsillo. *Número desconocido*.

Se detiene bajo el alero, protegida de la lluvia, y responde.

—¿Inspectora Mónica Lago?

—Sí. ¿Quién es?

—Encarnación Cortés. La jefa de estudios del San Vicente de Paúl.

Al oír ese nombre, Mónica se tensa. Mira a Andrés y le hace un gesto para que espere.

—Hablamos el otro día —continúa la mujer, con un temblor que delata nerviosismo.

—Sí. Me acuerdo —dice Mónica—. ¿Qué quiere?

Oye un suspiro al otro lado, como si la mujer buscara valor.

—Me acabo de enterar. Pobre chica…

Mónica chasquea con la lengua. La noticia ya está circulando. Si Andrés quiere que el padre se entere por él, tienen que darse prisa. Tal vez ya sea tarde.

—Sí, es una tragedia —responde.

—Inspectora… Creo que será mejor que venga a verme al despacho. Hay algo que debería contarle sobre Alicia Toscano.

—¿Qué sabe, doña Encarnación? —insiste Mónica.

—No por teléfono. Venga al instituto. Es… importante.

# 30

Manuel Requena nunca ha sentido el suelo tan frágil bajo sus pies. Durante años, ha jugado a ser Dios: seducir, intimidar, dominar. Ha vivido con la certeza de que nada —ni nadie— puede tocarlo. Ahora, por primera vez en su vida, siente que está perdiendo el control. Hay alguien ahí fuera. Alguien que le sigue los pasos. Que lo observa. Y eso lo asusta más que nada. Todo sería más fácil si comprendiera quién le está enviando esas fotografías. Pero no tiene ni una ligera idea.

Anoche, tumbado en el sofá con una copa sin terminar, reflexionó sobre este asunto. Hizo un repaso de su vida como si hojease un viejo expediente. Recordó a todas las mujeres con quienes se había acostado y luego había desechado como colillas, así como a los amigos y enemigos. En ocasiones ha sido un completo capullo, eso no puede negarlo, pero ¿tanto para merecer esto?

A las cuatro de la madrugada, pensó en despertar a Blanca. Quería confesarle todo, vomitar su miedo. Pero podía imaginar su mirada: fría, despectiva, escupiéndole un «Te lo mereces» que lo partiría en dos. Menuda humillación. No, Blanca no es una opción.

Solo puede contar con Rafa, a quien ya se lo contó ayer. Estaba tan aterrado como él, incluso más, balbuceando teorías sin sentido. Pablo nunca lo ayudaría con esto. Y Darío… Joder, Darío es un puto espectro desde hace meses, un hombre roto que apenas responde con monosílabos.

Manuel está solo.

Y cuando se siente así, recurre a lo que nunca falla: el sexo. Un chute de poder. Nada lo hace sentirse más invencible. La mujer en cuestión es lo de menos. Hubo una mujer que tenía un culo perfecto, pero por más que se esfuerza, no logra recordar su cara. Luego estaba la polaca. Era divertidísima, muy habilidosa en la cama. Una guarra que le hacía de todo. Se lo pasaba en grande con ella, pero ¿cuál era su nombre? No tenía ni idea.

Ahora es Paula. Un bombón de veintitantos a la que aún no se le nota la celulitis, como debe ser. Aceptable en la cama. Un cuerpo de gimnasio, lo bastante bien formado como para que se le levante. Y culta. No es que eso le importe, aunque se ha sorprendido al comprobar el morbo que le provoca penetrar a una profesora cultivada. Pueden llamarle fetichista, pero lo de las gafas de pasta le vuelve loco.

Aun así, Manuel es consciente de que no tardará en cansarse de ella. Ya empieza a aburrirse un poco, en realidad. Pronto buscará a otra.

Pero hoy, la necesita.

Atraviesa el pasillo de los profesores como quien sigue un camino conocido hacia el pecado. El cuarto de limpieza está al fondo, uno de los refugios improvisados donde Paula y él se escapan cuando el deseo aprieta. Llama con los nudillos, impaciente. Tiene la esperanza de no tener que darle demasiada conversación antes de poder desahogarse.

En cuanto ella le abre la puerta, Manuel ya sabe que no será un mete-saca de cinco minutos. No parece enfadada ni disgustada, pero tampoco excitada. Ni tiene la sonrisa traviesa y lasciva con que suele recibirlo. Está serena, fría, con los brazos cruzados bajo el pecho, la blusa blanca resaltando su escote bajo la luz mortecina de la bombilla que cuelga del techo. Esa actitud inquieta a Manuel más que si estuviera enfadada.

—Pasa, Manuel —le dice, haciéndose a un lado para que entre.

Manuel. No es buena señal que utilice su nombre. Ella siempre le llama *Machote*, *Rey*, *Grandullón* y hasta *Semental*. Que se dirija a él por su nombre de pila solo puede significar una cosa: quiere algo más que un polvo rápido. Por no hablar de que todavía no lo ha

besado, no se ha lanzado a su cuello ni le ha metido la mano dentro del pantalón.

Algo va mal.

—Qué bien que hayas podido sacar un hueco —continúa Paula, cerrando la puerta tras él. El cerrojo chasquea como un disparo en el silencio—. Quiero hablar contigo.

Manuel resopla, conteniendo una maldición. Hablar. Justo hoy, cuando necesita perderse en su cuerpo y olvidarse del mundo. Se acerca, buscando su cintura, pero ella le clava la palma en el pecho, frenándolo en seco.

—No, Manuel. *Hablar*.

Él retrocede frustrado y se apoya contra una estantería llena de productos de limpieza. El olor a lejía le pica la nariz. La bombilla del techo parpadea. La escena no puede ser menos erótica.

—Vale, tú dirás —gruñe.

Paula respira hondo, como si buscara valor. La luz dibuja sombras en su rostro, haciéndola parecer más dura y decidida.

—Esto no puede seguir así —dice con voz baja pero firme—. No soy tu juguete, Manuel. No voy a estar siempre disponible cuando te apetezca un revolcón.

Manuel alza una ceja, sorprendido. ¿Es esto una declaración de guerra? Lo que faltaba.

—Paula, no empieces con dramas. Sabes cómo son las cosas, ya lo hemos hablado. Nos lo pasamos bien, ¿no? ¿Para qué estropearlo?

Ella niega con la cabeza. Un mechón de pelo cae sobre sus gafas.

—No, Manuel. Tú te lo pasas bien. Yo… —Hace una pausa, sus dedos apretando el borde de la estantería—. Yo quiero más.

Paula sigue hablando mientras a Manuel empieza a sonarle el teléfono en el bolsillo. La pantalla devuelve una notificación de WhatsApp. Es del grupo de profesores. Una vez más, nota que lo inunda una oleada de irritación. Está más que harto de las interrupciones de esos estúpidos. ¿Es que no tienen vida propia?

Abre el mensaje y lo lee. Una única frase. Una sola frase que lo atraviesa como un rayo, haciendo que le tiemblen las rodillas.

Han encontrado el cuerpo de Alicia. Dios mío. Está muerta.

El cuarto de limpieza se desdibuja. El olor a lejía, la bombilla oscilante, la voz de Paula… Ella está diciendo algo importante, pero son palabras imposibles de asimilar ahora. Aun así, las repite, le obliga a escucharlas hasta que su cerebro procesa el significado:

—Manuel, ¿me estás escuchando? —dice ella, alzando la voz—. Es ella o yo. Tienes que elegir.

# 31

Darío Toscano observa a Lucas en el pabellón del colegio. Él, que nunca se perdía un partido, dejó de ir a ver a su hijo desde que Alicia desapareció. Pero… ¿qué otra cosa puede hacer, aparte de quedarse en casa llorando?

Los otros padres y madres, incluso los del equipo rival, le saludan amablemente con la cabeza, pero eso es todo. Inmediatamente desvían la mirada y se abstienen de establecer contacto visual con él. Lo evitan, como si tener una hija desaparecida fuera algo contagioso.

Lucas está en el equipo infantil del colegio. Ama el baloncesto, pero su habilidad con el balón es, por decirlo de manera amable, algo entre «en desarrollo» e «inexistente». Es el típico calienta banquillos, el jugador al que todos quieren, pero a quien nadie mira cuando se juegan los minutos decisivos del partido. Cuando el entrenador se apiada de él y Lucas tiene la suerte de estar en la cancha, la pelota pasa por delante de sus narices sin que él logre intervenir, y muchas veces, si se atiende a su lenguaje corporal, no se sabe si está atacando o defendiendo. Está tan delgado que el uniforme le queda grande, y la última vez que intentó un lanzamiento de tres puntos, ni siquiera rozó el aro. Sin embargo, adora estar en el equipo, sentirse parte de un grupo con compañeros que lo quieren y que, tal vez, le hacen olvidar por un rato el funeral que vive en casa cada día. Cuando ha visto a Darío llegar al campo y sentarse en la grada, se le ha iluminado el rostro.

Alicia no era así. Ella era disciplinada, enfocada y testaruda en sus prácticas con el clarinete. Darío piensa en las horas que pasó su hija encerrada en su habitación, practicando. Ya lo hacía muy bien, a su modo de ver, pero ella insistía en mejorar su técnica. Las grandes orquestas no la aceptarían si no mejoraba. Por consiguiente, trabajaba sin parar, no solo en la escuela de música, sino también en casa. De día y de noche. Mejoró muchísimo y se convirtió en la mejor solista de la banda local, pero las orquestas no la quisieron. Se quedó destrozada, inconsolable. ¿Por qué? ¿A quién le importaba? Lo único importante era que, simplemente, estuviera allí, con ellos.

La echa muchísimo de menos.

No tanto por sus recitales de música. Eso era importante para ella, pero a él le daba igual. Echa de menos ver series con ella, el modo en que le pedía que le ayudara con las plantas y el jardín, y los vídeos de TikTok que encontraba tan graciosos y que siempre quería compartir con él. Echa de menos las chorradas, como bailar al estilo robot en la cocina mientras ella se burla de él. O abrazarla y adularla exageradamente delante de Marta y sus otras amigas hasta que la abochornada criatura le grita: «¡Papá, por favor, corta el rollo!».

Algo alejado de los demás padres, pensando en aquellos días, Darío casi sonríe. Pero la realidad se impone y lo deja sin aliento. Así son siempre las cosas. A veces puedes volver a la normalidad de los tiempos felices, pero si lo haces, pagas un precio.

Darío casi nunca habla de Alicia con Lucas. Por mutuo, aunque nunca mencionado, acuerdo. Es algo que ya hizo con sus hijos tras la muerte de Luisa. Le parece inoportuno.

El no saber te acaba afectando. Solo quieres una respuesta, cualquier respuesta, y eso te hace sentir cada vez más culpable y más horrible.

La culpa le está devorando y le mantiene despierto noche tras noche. Le acelera el ritmo del corazón y le provoca dolor de cabeza. El año pasado, una mala operación en bolsa le robó dos semanas de sueño. Se las pasó en blanco, dándole vueltas al tema y discutiendo consigo mismo. Qué idiota fue, aquello no era un problema.

Lo de Alicia sí lo es. Y es culpa suya.

Regla de padre número uno: tu hija está a salvo en tu hogar. Tú te encargas de tu familia. Esta es la triste realidad: Darío no cumplió con su deber. Si alguien se hubiese colado en casa para secuestrar a Alicia, la culpa sería suya, ¿no? Un padre está para proteger. Es su principal misión. ¿Y si Alicia se hubiese escapado de casa esa noche? También sería culpa suya. Por no haber sido esa clase de padre al que su hija podría recurrir para explicarle lo que le preocupaba o lo que le pasaba en la vida.

La autoflagelación nunca se interrumpe del todo. Quiere volver atrás, cambiar las cosas, alterar las leyes del espacio-tiempo, o algo así. Alicia siempre ha sido una cría fuerte, independiente, competente. Darío estaba fascinado ante su madurez y sus habilidades, que había heredado sin duda de su madre. ¿Había influido eso? ¿Había pensado Darío que Alicia no necesitaba tanta protección y supervisión como Lucas?

Autoflagelación constante e inútil.

Darío no es depresivo, para nada, pero hay días y días. Oscuras y siniestras noches más difíciles de lo normal, en las que recuerda con exactitud dónde guardaba su padre la pistola. Es curioso, porque a él nunca le gustó que su padre tuviera un arma. Pero él cazaba a veces, tenía licencia de armas. Cuando murió, su madre y él no se atrevieron a venderla ni a donarla. La dejaron sepultada en el garaje de la casa familiar, acumulando polvo junto con decenas de trastos a los que nadie volvería a echar mano jamás. No volvió a pensar en ella hasta ahora.

Ahora ve toda la escena con claridad… Cerciorándose de que no hay nadie en casa, entra en el hogar de su infancia, donde aún vive su madre. Baja al garaje y se hace con la pistola que cuelga sobre una máquina cortacésped que seguramente no funciona. Se encierra en el trastero, donde se lo montó por primera vez con Trini Salgado cuando ambos cursaban COU. Se cuela con la pistola cargada en el cuarto de la lavadora-secadora porque ahí el suelo es de cemento y carece de alfombras, siempre tan difíciles de lavar. Se sienta en el suelo, apoyado en la vieja lavadora, y se mete el cañón en la boca…

Se acabó el dolor.

Parpadea. El árbitro acaba de pitar tiempo muerto. Darío ve a Lucas en el banquillo. Intenta salpicar de agua a un compañero. Parece feliz.

Él no haría algo así. ¿Pegarse un tiro? Jamás. Nunca le haría eso a su hijo: causarle más sufrimiento del que ya sobrelleva. Un padre no hace esas cosas, está convencido de ello. Pero en sus momentos más sinceros y aterradores, se pregunta por qué le suena tan bien ese final liberador.

Lucas ha saltado a la cancha. Darío intenta concentrarse en ello, en su hijo persiguiendo el balón, tratando de encontrar cierta paz en ese momento de pureza infantil. Lucas sigue sin encestar, apenas le llegan balones, pero acaba de interceptar un pase del contrario y se le ve orgulloso por ello.

—¡Bien jugado, Lucas! —grita él, poniendo las manos en torno a la boca en forma de megáfono.

Desvía la mirada hacia los otros padres, uno de los cuales le levanta un pulgar y le sonríe. Es entonces cuando lo ve.

Andrés Gordillo acaba de entrar en el pabellón. Lo busca en la grada hasta que sus ojos se detienen en él. Entonces, camina en su dirección. ¿Qué hace él aquí? Darío se pone de pie inconscientemente. Trata de leer algo en el rostro del inspector, pero este es una losa de mármol. Por un momento, la esperanza asoma en Darío, que siente que algo en su interior se eleva. Pero solo dura un instante.

Andrés camina con la mirada baja. Mientras sube por las gradas, Darío se da cuenta de que su lenguaje corporal no presagia nada bueno. El partido se ha detenido y el silencio invade el pabellón. Todos lo miran a él. ¿Alguna vez has estado en un pabellón infantil totalmente vacío? Es un silencio distinto, opresor. Así es como se siente durante los segundos en los que Andrés se acerca. Se le dobla una rodilla de los nervios, pero logra mantenerse en pie. No se atreve a mirar hacia la cancha y enfrentarse al rostro de su hijo. Echa a andar hacia el inspector para hablar con él cuanto antes.

Cuando están lo suficientemente cerca, Andrés coge aire y dice:

—Tengo que hablar contigo, Darío. En privado.

—¿Es sobre Alicia? —Por poco no le sale la voz.

Andrés asiente con la cabeza. Sus labios están fruncidos. Nadie porta buenas noticias con los labios fruncidos.

—La hemos encontrado.

# 32

El árbitro pita tiempo muerto.

Lucas Toscano corre hacia el banquillo entre jadeos. Hoy está jugando mucho. Desde que Alicia desapareció, juega más minutos que nunca. Es su premio de consolación, supone. Su ración extra de compasión deportiva.

El entrenador termina de dar instrucciones al resto del equipo —un ritual que Lucas ya conoce de memoria— y se gira hacia él. Su sonrisa se transforma, se ablanda, se vuelve artificial como el edulcorante.

—¿Qué tal estás, Lucas?

—Bien, gracias.

«Mentira número trescientas cuarenta y siete desde que empezó esta pesadilla.»

—Sigue así. Estás jugando muy bien.

La mano del entrenador desciende hacia su cabeza y le desordena el cabello con esa mezcla de cariño forzado y pena mal disimulada. Lucas conoce ese gesto. Todo el mundo se lo hace últimamente. Es como si hubiera un manual secreto: *Cómo tratar al hermano del desaparecido, capítulo uno: revuélvele el pelo, pon cara de funeral y sigue con tu vida sintiéndote virtuoso por haber mostrado interés durante exactamente tres segundos.*

Lucas no es la estrella del equipo. Tampoco es el cerebrito de la clase. No es nada, en realidad, y hasta hace tres meses eso le parecía perfecto. El mundo está lleno de gente convencida de su

propia importancia, de su singularidad cósmica. Pero Lucas había encontrado una extraña paz en ser absolutamente normal, en pasar desapercibido como una sombra entre sombras.

*Había encontrado.*

Pasado imperfecto. Tiempo verbal de las cosas muertas.

Porque ahora echa de menos a Alicia con una intensidad que le duele en los huesos, y esa normalidad se ha convertido en una maldición. A diferencia de su hermana —que brillaba como un faro y comandaba cada habitación a la que entraba— él siempre ha odiado la competición, esquivado los focos, huido de cualquier cosa que pudiera convertirlo en el centro de atención. Ahora, las chicas más populares del instituto son amables con él, porque quieren estar a su lado para luego poder decir en las fiestas: «Ah, ¿la chica desaparecida? ¡Dios, pero si soy súper amiga de su hermano! Es un cielo, el pobrecito…»

Ironías del destino: ahora es un *chico famoso*.

Mira hacia el público y ve a su padre, solo, sentado en las filas superiores. Ha estado animándolo durante todo el partido. Cada vez que alguien le pasa la pelota, él grita:

—¡Vamos, Lucas, machácalos!

Pero no es su padre quien grita. Es algo que lleva la cara de su padre, que imita sus gestos, que reproduce sus muletillas. Porque el Darío real, el de verdad, se rompió en mil pedazos el día que Alicia no volvió a casa.

Lucas lo ve intentando ser el de siempre: forzando esa sonrisa que antes conquistaba habitaciones enteras, haciendo bromas que caen como piedras en un pozo seco, interpretando el papel del *buen hombre* que se ha pasado cuarenta y cinco años perfeccionando.

Pero por dentro está hueco. Completamente vacío.

Como esas películas de invasiones extraterrestres donde los aliens sustituyen a los humanos por réplicas perfectas, idénticas por fuera pero desprovistas de alma. Su padre es ahora uno de esos replicantes: todos los gestos están ahí, todas las palabras son correctas, pero falta lo esencial. La chispa que lo hacía *él* se apagó para siempre.

Todo el mundo habla de cómo influyen los padres en un niño, pero Alicia era la persona más dominante en la vida de Lucas. Aquella vez, cuando los matones de segundo curso decidieron convertirlo en su entretenimiento personal, fue Alicia quien se materializó de la nada como un ángel vengador, plantándose entre él y sus verdugos con los puños cerrados y fuego en los ojos. «¿Algún problema, chicos?»

Lucas nunca olvidará ese día.

—¡Mirad! —exclama uno de los otros padres, señalando hacia la entrada del pabellón.

Todo —cada conversación, cada grito de ánimo, cada rebote del balón contra el parqué— se desvanece en un silencio sepulcral. Jugadores, padres, entrenadores, hasta el árbitro giran sus cabezas al unísono, como marionetas controladas por la misma mano invisible.

El partido acaba de morir.

—¿Es la policía? —pregunta una mujer—. Va directo a por el padre de Alicia…

—Si es así, mal asunto —añade otro—. Seguro que han encontrado el cuerpo.

Cree que lo dice lo suficientemente bajo como para que Lucas no pueda oírlo.

Se equivoca.

Lucas mira hacia lo alto del graderío, donde un hombre trajeado está hablando con su padre. Hace rodar un balón entre sus manos y finge que no oye ni ve nada; ni los murmullos ni las miradas de consternación. Durante estos tres meses de infierno, se ha convertido en un maestro del autoengaño. Ha construido fortalezas de fantasía en su mente, cuentos de hadas donde Alicia simplemente se había perdido, donde estaba esperando en algún lugar seguro a que alguien la encontrara.

«Alicia es fuerte. Alicia es invencible. Alicia volverá a casa arrastrando alguna historia épica de supervivencia que los dejará a todos boquiabiertos.»

Pero ahora, observando a su padre y jugando con la pelota, se imagina lo inevitable: Alicia amenazada, asustada, herida, llorosa.

Cierra los ojos y aprieta fuerte. Cuando vuelve a abrirlos, el hombre del traje está bajando las escaleras y se dirige hacia él. Su padre sigue arriba, encogido sobre sí mismo. Sus hombros se sacuden con sollozos primitivos, desgarradores, mientras las manos le cubren el rostro. Otros padres forman un círculo protector a su alrededor.

Él solo puede quedarse ahí de pie, bamboleándose, indeciso. El hombre está a cinco metros. Cuatro. Tres.

Lucas vuelve a cerrar los ojos y se aferra al tacto familiar del balón.

# 33

Alguien araña la madera desde fuera.

—¿Hola? —responde ella, sin levantar la vista de su trabajo—. Está abierto.

Encarnación Cortés, jefa de estudios del Instituto San Vicente de Paúl, está sentada en su austero despacho de paredes blancas y desvaídas. La lámpara de escritorio arroja una luz fría sobre los exámenes que corrige. Las gafas de montura metálica reflejan el rojo implacable del bolígrafo que empuña con autoridad.

En la pared, bajo el crucifijo, el reloj marca las 18:37. Ya no queda nadie en el edificio. Solo el roce de su pluma y el crujir ocasional de su silla rompen la quietud que tanto le gusta.

Espera a la policía. A la inspectora Lago y su compañero, el inspector Medina. Hace una hora, ella misma los llamó. La noticia de la muerte de Alicia ha sacudido el pueblo. Y doña Encarnación tiene algo que decir.

«¿Es que no lo ven?», masculla entre dientes. «Ni dejando la puerta entreabierta…»

Pero nadie responde. ¿Habrán sido figuraciones suyas? No, está segura de haber oído que alguien pasaba sus uñas por la puerta.

—¿Inspectora Lago? —dice de nuevo, esta vez más fuerte—. ¿Es usted? Puede pasar.

Siguen sin responder. Normalmente no deja la puerta así. Le gusta que esté cerrada mientras trabaja, un hábito de cuarenta años

en este instituto católico, donde el orden es sagrado. Pero hoy espera a la policía, y eso es lo más importante ahora.

Especialmente desde la trágica noticia de hoy.

Nunca pensó que acabaría así. En el fondo, creía que Alicia seguía viva. Que se había marchado para poner en orden sus ideas. Y no la habría culpado por ello. Una chica como ella, con su vida patas arriba, merecía un respiro. Doña Encarnación es de las pocas, por no decir la única, que conocía su secreto.

Alicia era una alumna excelente, de las que salen una o dos cada década. Un ejemplo a seguir. Inteligente, devota, siempre con una sonrisa que iluminaba el pasillo. Por eso confiaba en ella, su jefa de estudios. Aun así, le sorprendió cuando la joven llamó a la puerta, hace cuatro meses, y pidió, con los ojos llenos de lágrimas, hablar de un tema urgente.

¡Embarazada! Era lo último que se esperaba de una chica como Alicia, pero, en fin, en estos tiempos locos que corren, ya nada debería escandalizarla. Alicia lloró en su presencia, y eso la incomodó, pues los chicos que solían llorar en su despacho eran los que ella daba por perdidos: los rebeldes, los vagos, los que desafiaban la cruz en la pared. Pero Alicia no era así. Pidió perdón. Doña Encarnación se levantó para abrazarla. Nunca lo hacía, pero pensó que las circunstancias lo requerían. Pobre chica.

La niña se desahogó. No dijo quién era el padre, y ella no se lo preguntó. No era de su incumbencia, y además, tenía un firme candidato en mente.

Un nombre que le quemaba en la lengua.

Semanas después, cuando saltó la noticia de su desaparición, dio por sentado que se había fugado. Tal vez para tener el niño en secreto. O quizá, que Dios la perdone, para abortar. No le mencionó lo del embarazo a nadie, ni siquiera cuando la policía vino al despacho; el secreto de confesión la amparaba. Además, nunca pasó por su mente la idea de que alguien la hubiera matado, como decían algunos malpensados en el pueblo, con sus lenguas viperinas.

Pero todo ha cambiado, cuando, hace un rato, se ha confirmado la tragedia. Por eso ha llamado a la policía.

Porque necesitan saber lo que le pasaba a Alicia.

Y porque cree saber quién la mató.

—¿Inspectora? —llama por tercera vez.

Se está convenciendo de que se lo ha imaginado todo cuando el linóleo del pasillo le devuelve ese particular chillido, un roce agudo de suela contra el suelo, como un lamento.

—¿Hola?

Se levanta del escritorio y se acerca a la puerta. Si es un alumno riéndose de ella, se va a enterar de quién es Encarnación Cortés. Ha pasado mucho tiempo, tal vez años, desde la última vez que una de esas criaturas de Dios intentó ponerla a prueba. Fue un chico de segundo, un insolente que rayó su puerta con una navaja: PUTA VIEJA. Fue sencillo descubrir la identidad del gamberro. Lo castigó con una semana de servicio comunitario en la parroquia, limpiando los bancos y rezando el rosario cada tarde bajo su supervisión. Desde entonces, nadie se ha atrevido a toser en su presencia.

Pero nunca se sabe. Cada año llegan chicos nuevos, los pequeños crecen, y las nuevas generaciones no respetan nada.

Abre la puerta del todo y sale al pasillo. Nadie. Mira hacia ambos lados, pero el corredor está desierto, con las luces fluorescentes parpadeando en el silencio. Agudiza el oído, ya castigado por la edad, pero no capta zapatillas rozando el suelo ni murmullos juveniles.

Entra de nuevo al despacho y vuelve a ocupar su silla. Al cabo de unos segundos, la puerta empieza a moverse despacio hacia dentro. Alguien la está empujando desde fuera. Un movimiento lento, casi reverente.

Doña Encarnación se endereza y arruga el gesto, dispuesta a enfrentarse al maleducado que osa pasar sin llamar. Cuando la puerta se abre del todo, guarda silencio. No esperaba esta visita.

La persona no habla. Solo camina hacia ella dando grandes zancadas.

—¡Tú la mataste! ¡Tú la mat…! —grita ella, pero la visita le ha cubierto la boca con la palma de la mano, enmudeciéndola.

Ahora sí, oye su voz, susurrándole muy cerca del oído. Palabras que la hielan, que la hacen revolverse, intentar escapar.

Sus ojos se encuentran, y por un instante, doña Encarnación ve algo en ellos: no solo furia, sino dolor, un arrepentimiento que no llega a tiempo. «Un movimiento en falso, y te rompo el cuello», dicen. Intenta gritar, pero la mano aprieta más, cortándole el aire. La otra mano se cierra en su cuello. Nota los fríos dedos hundiéndose en su piel arrugada, implacables.

Se retuerce, patalea. Sus pies golpean el suelo bajo el escritorio, los exámenes se deslizan de la mesa, el bolígrafo rueda hasta caer con un tintineo. Pero la fuerza que la sujeta es demasiado para una mujer de su edad, y sus huesos frágiles terminan cediendo bajo la presión.

Dura poco.

Lo último que ve son esos ojos llorosos, afligidos.

Lo último que oye es un susurro roto: «Lo siento.»

Y lo último en lo que piensa, la pobre Alicia.

Finalmente, su corazón deja de latir.

# 34

Teresa no para quieta. Cruza la cocina una y otra vez, atrapada en un vaivén que no la lleva a ningún sitio. Los niños están en el salón viendo dibujos animados; sus risas son un cruel contraste, pero ella no los escucha. Tiene el móvil en la mano, pegado a su piel como si fuera una extensión de su cuerpo. Marca otra vez.

Nada.

Pablo lleva todo el día fuera, no responde al teléfono, y la mente de Teresa se sumerge en caminos oscuros: Pablo tirado en una cuneta con un tajo en el vientre; Pablo bajo la rueda de un coche; Pablo cayendo desde una azotea… Y luego, la imagen que no puede sacudirse: Pablo con las muñecas esposadas y la cabeza gacha tras las rejas de un calabozo.

Se estremece. Baja la vista y descubre que lleva los zapatos cambiados: uno de calle y uno de casa.

La angustia es mayor hoy, desde que la noticia sobre Alicia Toscano ha conmocionado a todo Madrid. La visión de la joven sin vida, junto con la de Rayco preguntándole sobre Pablo durante la noche de la desaparición, le revuelve el estómago.

¿De verdad su marido es sospechoso de asesinato? ¿Habrá sido capaz de…? La sola idea le da náuseas.

Se deja caer al suelo, apoyando la espalda contra el lavavajillas. El metal está helado. Intenta reprimir el llanto —no quiere que los niños la vean así—, pero las lágrimas se derraman. Ellos han preguntado por su padre hasta tres veces, y ella ha balbuceado

excusas. Ya no sabe qué decirles. «Está trabajando…» «Ha ido a hacer un recado…» «Ahora vuelve…»

Pero no vuelve.

¿Dónde demonios está?

Ha revisado el correo de Pablo una docena de veces. En el fondo de su corazón, desea encontrar algo —un mensaje, una pista— que explique su extraño comportamiento. Así, al menos, la certeza le proporcionaría una salida para toda la angustia y el miedo que la corroen por dentro.

Sabe que no está siendo una buena esposa. Está siendo obsesiva, paranoica y controladora. Con esa necesidad de controlarlo todo, lo único que logrará es que Pablo se aleje cada vez más. Pero algo le dice que ya no puede confiar en él, que le oculta algo.

¿Por qué no le coge el teléfono? Vuelve a probar suerte. Esta vez, ni siquiera da tono. *Apagado o fuera de cobertura*.

—¡Contéstame de una vez! —grita de pronto, lanzando el móvil contra el suelo.

El golpe resuena hueco. Los niños en el salón enmudecen. Teresa cierra los ojos, avergonzada de sí misma. Inspira.

Tiene que moverse. Se incorpora y abre el cajón de los folletos de comida rápida. Ahí está la carta, escondida bajo un menú de pizzas. Hoy ha llegado otra. Una nueva cadena de muñecos de papel, unidos por las manos, recortados con torpeza. Uno de ellos, manchado ferozmente de sangre. Y de nuevo, para terminar de ponerla de los nervios, hay una frase garabateada en tinta negra:

Tú la llevas.

Teresa pasa los dedos por el papel áspero. Luego se lleva la cadena a la nariz: huele a papel y tinta. Ni rastro de perfume ni nada que revele la identidad del remitente.

Pablo jura que no sabe quién las envía, pero sus ojos esquivan los de ella cuando lo dice. No le cree.

Imma la llama desde el sofá, pero Teresa no escucha. Vuelve a guardar la carta en el cajón. No puede quedarse quieta y necesita respuestas. Sube las escaleras de dos en dos y entra en su

dormitorio. Va directa a la mesilla de Pablo, abriendo cajones, arrojando cables y pilas al suelo. Tantea el interior buscando algo, cualquier cosa.

No hay nada en absoluto.

Se vuelve hacia el armario, que ocupa toda la pared del fondo. Saca las prendas de Pablo —camisas, pantalones, cinturones—, un torbellino de tela amontonándose a sus pies. ¿Qué pretende encontrar? ¿Una prenda manchada de sangre? ¿Lencería femenina usada? A este paso, se volverá loca. Revuelve bolsillos, hurga en cajas de zapatos. Nada. Solo ropa, impersonal, nada que le proporcione más información sobre su marido o que le ayude a mitigar las dudas que alberga sobre él.

Se detiene jadeando y se desploma en la cama. Pasa la mano por la colcha que le regaló su madre. Sus ojos recorren la habitación: los collares de su abuela en el joyero, la pluma de su abuelo en un cajón, postales de viajes, anuarios escolares apilados en la estantería. Objetos que cuentan la historia de su vida, que hablan de ella.

De pronto toma conciencia de que Pablo no tiene nada de eso. Ni fotos, ni cartas, ni recuerdos. Vale, él es menos romántico que ella y no tan proclive a guardar cosas, pero algo debe tener. Nadie pasa por el mundo sin dejar huella.

Con las mejillas bañadas en lágrimas, aporrea la almohada. La duda y el miedo la tienen agarrotada.

¿Quién es su marido en realidad?

¿Y qué hizo la noche del 25 de agosto… antes de llegar a casa manchado de sangre?

# 35

Mónica baja el volumen de la radio mientras aparca frente al Instituto San Vicente de Paúl. El cielo, de un gris plomizo, se traga las últimas trazas de luz. Son las 18:45 y el instituto, desierto tras el fin de las clases, parece un mausoleo bajo el aguacero. Cuando apaga el motor del Mini Cooper, el rumor de la lluvia, fina pero incansable, cae como un telón.

—¿Listo? —dice sin mirar a Rayco, que se ajusta la gabardina en el asiento del copiloto.

—Vamos.

Mónica sale y la lluvia pronto le humedece el pelo. Cierra de un portazo. Sus botas chapotean en los charcos mientras cruza el patio hacia la entrada. Él la sigue con los hombros encorvados contra el viento.

Dentro, el aire huele a encerado y humedad.

—Me pregunto qué demonios quiere ahora esa señora —dice Rayco mientras se sacude el agua del pelo—. Se ha mostrado hermética como una tumba hasta hoy. ¿Por qué hablar ahora?

—Acaban de encontrar el cadáver de una de sus alumnas —responde Mónica—. No es casualidad. Creo que esa mujer sabe algo; siempre lo he sospechado, y lo ha mantenido en secreto hasta que el cuerpo ha aparecido.

Las taquillas, alineadas como soldados, guardan un silencio inquietante. Mónica aprieta el paso hacia las escaleras.

—Alicia estudiaba aquí —dice él, deslizando sus dedos por el yeso de la pared—. Los institutos son fuentes inagotables de rumores y secretos inconfesables. Si estos muros hablasen, creo que nos darían la clave de lo que le preocupaba a Alicia y por qué le pasó lo que le pasó esa noche. Y apuesto a que Encarnación Cortés sabe algunas de esas cosas.

—¿Como que Alicia estaba embarazada?

—Por ejemplo.

—¿Crees que sabe quién iba a ser el hipotético padre?

—No lo sé. Vamos a averiguarlo.

—Y después hablaremos con Manuel Requena y Rafael Peinado. A ver qué tienen que decir sobre Alicia y su amigo Pablo.

Suben por las escaleras. El tercer piso, como siempre, está silencioso y envuelto en penumbra.

Mónica se ha fijado en que Rayco no deja de mirarla de reojo. Se detiene y se gira hacia él.

—Suéltalo ya —le dice.

—Estás rara. ¿Te pasa algo?

Mónica reanuda la marcha, fingiendo ajustar su chaqueta.

—Estoy bien.

—Vamos, Mon. A mí no me la cuelas.

Mónica deja escapar el aire.

—Es una chorrada. Laura, la hija de Andrés, ha llamado antes. Viene a Madrid este fin de semana y se queda con nosotros. —Se muerde el labio, odiando cómo suena su voz, como si Laura o Andrés tuvieran la culpa de algo.

—Ajá.

—No es que me moleste, pero… ¿dos visitas tan seguidas? Echo de menos estar con él a solas. Y además…

—¿Además, qué?

—No sé, no estoy cómoda con ella en casa todavía. No termino de pillarle el punto a la niña. Me esfuerzo, pero…

Rayco levanta una ceja.

—Una adolescente no es rival para ti.

Ella le lanza una mirada fulminante, pero una sonrisa traicionera se le escapa.

—Cállate, canario. No es tan fácil. Quiero que nos llevemos bien, pero es como si estuviera invadiendo mi espacio. Espero que con el tiempo sea diferente.

—Saldrá bien, ya lo verás. —Rayco le da un codazo amistoso—. Eres dura, pero tienes corazón. Hasta Laura lo notará.

Mónica pone los ojos en blanco y asiente, aunque no está tan convencida.

Giran por el último pasillo hasta detenerse en la puerta del despacho de la jefa de estudios. Mónica se adelanta y golpea con los nudillos.

—¿Doña Encarnación? —grita, y su voz resuena en el pasillo—. ¡Inspectores Lago y Medina!

Nada.

Mónica frunce el ceño y golpea otra vez, más fuerte.

—¿Hola? Somos la policía. ¿Nos oye?

Rayco intercambia una mirada con ella, sus dedos ya en la manilla.

—No está cerrada.

Mónica asiente y Rayco empuja la puerta, que se abre con un chirrido.

—Hostia —suelta él.

La luz del despacho, fría y clínica, baña la escena: doña Encarnación yace desplomada en su silla, con los ojos vidriosos abiertos al vacío. No hay sangre visible, pero la mesa está desordenada y algunos exámenes desparramados por el suelo como hojas muertas.

Por un segundo, Mónica contiene la respiración. Solo un segundo. Luego recupera el control y busca la pistola en su cadera. Rayco murmura una maldición y se acerca al cuerpo. Busca el pulso en su cuello.

—Está muerta.

El repiqueteo de la lluvia se siente mucho más fuerte en el tejado.

Mónica maldice por lo bajo. Recorre la estancia con los ojos.

—Ha habido un forcejeo —dice, fijándose en las marcas oscuras de su cuello—. Y hemos llegado tarde.

Entonces, un crujido desde el pasillo, apenas audible bajo la lluvia, la hace girarse con el arma enarbolada. La puerta oscila levemente y el repiqueteo del aguacero se convierte en un rugido.

# 36

El cañón de la pistola de Mónica encuentra su objetivo antes que sus palabras.

—¿Quién eres tú?

La mujer en el umbral se congela como una fotografía. Joven, pero no tanto como para confundirla con una alumna. Las gafas redondas de pasta negra que en cualquier café de Malasaña parecerían modernas, aquí solo acentúan el terror en sus ojos. Sus manos se alzan con la lentitud de quien sabe que un movimiento en falso puede ser el último. Sus pupilas no pueden despegarse del cadáver.

—Tu nombre —repite Mónica, manteniendo el cañón inmóvil—. Ya.

La mujer parpadea. Los cristales de sus gafas capturan el reflejo de los folios en el suelo, fragmentando la imagen del caos en mil pedazos.

—Me llamo Paula —responde al fin, su voz apenas audible por el temblor—. Soy profesora. Profesora de matemáticas. —Sus ojos se desvían hacia el cadáver en la silla una y otra vez—. ¿Está… muerta?

Mónica baja la pistola y relaja los hombros. Rayco da un paso adelante y posa una mano en el brazo de la joven, que se estremece al contacto.

—Tranquila. Respira.

—¿Qué haces aquí tan tarde? —pregunta Mónica. Rayco le dedica una mirada de reproche, como diciendo: «¿En serio? Ten un

poco más de tacto». Y puede que tenga razón. Pero ahora mismo, después de dos muertes en un mismo día, el tacto le trae sin cuidado.

Paula se toma un segundo para tragar saliva.

—Tenía clase hasta las cinco y me he quedado después para preparar las lecciones de la semana que viene. Siempre lo hago. Aquí hay silencio y se trabaja bien.

—¿Oíste algo raro? ¿Viste a alguien? —pregunta Rayco con voz más suave, un contraste que irrita a Mónica.

—¿Raro?

—Algo sospechoso —añade Mónica con impaciencia—. Tal vez alguien que no debería estar aquí a estas horas.

De nuevo, se toma su tiempo, esquivando a Mónica con la mirada. Finalmente, sacude la cabeza, lenta, como si temiera despertar algo.

—No, nada. Estaba cerrada en la sala, concentrada y con la ventana abierta. Con la lluvia…

Mónica cruza los brazos.

—¿Y por qué te has acercado? —pregunta.

—Oí gritos… alguien llamando a doña Encarnación. Al oír que insistían, me extrañó. Pensé que podría necesitar ayuda. Ahora veo que han sido ustedes.

Su voz se quiebra de súbito, como si de pronto fuera consciente de lo sucedido a pocos metros de donde estaba. Luego se lleva las manos a la boca y rompe a llorar.

—Lo siento… —gimotea.

Mónica y Rayco intercambian una mirada molesta. Ella aprieta los labios, conteniendo un bufido. No hay tiempo para dramas.

—Sácala de aquí —le dice a Rayco, señalando a la chica—. Que no se vaya aún. Yo llamaré a la Científica. Mientras espero a que lleguen, sacaré algunas fotos.

Rayco asiente y rodea a Paula con un gesto protector.

—Vamos, vamos fuera —murmura.

Mónica se queda sola con el cuerpo. Saca el móvil y empieza a tomar fotos. Plano general. Detalles. Un crucifijo en el suelo. Los

exámenes desperdigados. La expresión en el rostro de la mujer, congelada para siempre.

Después, apaga el flash y respira hondo.

Más tarde, en el coche, con la lluvia golpeando el parabrisas con fuerza, Mónica rompe el silencio:

—Dice que se ha quedado preparando las lecciones de la semana que viene —resopla—. Ya…

Rayco gira la cabeza.

—¿No la crees?

—Pues no. —Hace una pausa, como si le costara contener la sonrisa—. Porque no es la primera vez que nos cruzamos con la dulce Paula.

—¿Qué estás diciendo?

—Que ayer la pillamos en estos mismos pasillos. Cuarto del material deportivo. Jadeos, carmín corrido, ropa mal colocada… ¿Recuerdas?

—No me digas que…

—Exacto. La he reconocido en cuanto la he visto. Y ella a mí también.

# 37

Mónica y Rayco han salido del instituto con el sabor amargo de la muerte en la boca. Los de la Científica han tomado el despacho de Encarnación Cortés, y el cuerpo ya va camino del Instituto de Medicina Legal. La lluvia ha cesado, pero el aire sigue húmedo y pegajoso, como si Madrid se negara a soltar el aliento.

Rayco camina hacia el coche junto a Mónica, con las manos en los bolsillos y el rostro tenso. La escena del cadáver aún les pesa, pero el día no ha terminado y aún tienen dos visitas pendientes: Rafael Peinado y Manuel Requena.

En diez minutos, están frente a la oficina del primero, un local antiguo reconvertido en despacho, con una fachada agrietada y un cartel descolorido junto al timbre. A través de la cristalera pueden ver el interior: la planta baja es diáfana y las paredes están cubiertas de estanterías repletas de archivadores polvorientos y fotos de edificios a medio construir. Sentado tras un escritorio, ajeno a su presencia, un hombre engulle un bocadillo de jamón como si lo hubiera agredido personalmente.

No han llamado de antemano; llegar por sorpresa les dará ventaja.

Entran directamente.

—Hola —dice Mónica, cerrando la puerta detrás de ellos.

El hombre sigue sin inmutarse. Pega un nuevo bocado. Rayco carraspea y repite más alto:

—¿Hola?

El hombre se sobresalta.

—¡Hola! Lo siento, no los he oído entrar. —Se levanta, torpe, limpiándose las migas de las manos en el pantalón vaquero, y estrecha una mano con dedos húmedos—. Soy Rafael. Decidme: ¿en busca de una casa nueva?

—No, somos inspectores de policía —se adelanta Rayco, mostrando la placa.

—¡Ah!

Mónica lo observa: ojos azules, hinchados y ojerosos como los de un sapo. Pálido, en esa fase del cabello en la que es mejor asumir que uno es calvo y raparse la cabeza antes que lucir esa pelusa que recuerda a las bolas de paja que atraviesan las avenidas en las películas del oeste. Es de esos hombres delgados que, sin embargo, tienen barriga. Una miga de pan flota en su perilla, resaltando como un grano en un anuncio de cosméticos. El tipo encarna lo que un instructor de Mónica, en los tiempos de la academia, describió como «incompetencia armada y lista para actuar».

Se sienta tras el escritorio, invitándolos con un gesto nervioso. Sus uñas viajan a sus dientes una y otra vez, un tic que no escapa a Mónica.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Supongo que sabe lo de Alicia Toscano —empieza ella, directa.

La cara de Rafael cobra un tono aún más grisáceo. Asiente en silencio.

—Su padre es amigo mío —murmura, con los ojos fijos en un archivador.

—¿Y Pablo Lázaro?

Rafael frunce el ceño. Sus dedos se han detenido camino de la boca.

—¿Qué pasa con él?

—¿También son amigos?

—Sí. —La palabra sale rápida, tal vez demasiado.

—No suena muy convencido.

Rafael carraspea.

—Sí que lo somos. ¿Por qué?

—Ha estado recibiendo unas cartas anónimas un tanto extrañas. Podrían ser amenazas.

Un destello cruza los ojos de Rafael, tan fugaz que podría ser un truco de la luz. Traga saliva y sus dientes prosiguen el estropicio en los dedos.

—No sabía nada —dice, pero su voz se ahoga en la última sílaba.

—Sería de gran ayuda que nos hablara de Pablo —dice Rayco, más suave.

Rafael cambia de postura y carraspea.

—Es el rarito del grupo, muy retraído, un hombre cultivado y muy listo el mamoncete. Pero nos cae bien a todos.

—Defina «rarito».

—Pues… raro, diferente, ya sabe. Disperso y poco hablador. Como si viviera en las nubes. Lleva unos horarios extrañísimos. Le gusta salir a pasear de madrugada. Habla en voz alta cuando está muy concentrado en algo. —Intenta sonreír, pero es un rictus forzado.

—¿Tiene enemigos? ¿Alguien que pudiera desearle algún mal?

—No, no lo creo. —Se retrepa en la silla como si tuviera alfileres en el asiento. Sus manos se aprietan en un puño—. Es un buen tipo. Y con un par de cervezas encima, se relaja y hasta se vuelve divertido.

Sonríe. Rayco le devuelve la sonrisa. Mónica, no.

—¿Dirías que sois amigos íntimos? —pregunta ella.

Rafael reflexiona un instante. Mira por la ventana y contempla el triste aparcamiento como buscando una respuesta.

—No creo que Pablo tenga amigos íntimos, sinceramente. Nos lo presentó Darío hace años y encajó bien, pero no podría decir que es alguien a quien le contaría mis problemas.

—¿Sabes algo de su pasado?

Guarda silencio por un instante y se queda pensativo. Mueve el flexo como si buscara otra luz.

—Ahora que lo dice, no sé nada de su vida antes de que viniera al barrio. Nunca hemos hablado de eso. —Parece extrañado por su propia respuesta.

—¿Ha tenido la impresión de que estuviera presionado por algo? ¿O preocupado?

—¿Pablo? —De nuevo ese destello en sus ojos—. Como decía, Pablo es un poco… complicado, podríamos decir. No es fácil saber qué tiene en la cabeza. Por ejemplo, yo no me enteré de que estaba preparando una exposición hasta que no lo anunció la propia galería.

—¿Y no le dijo nada sobre esas cartas anónimas?

Rafael titubea antes de contestar.

—No, para nada. —Comprueba su reloj y se levanta abruptamente—. Lo siento, pero tengo que hacer una visita y ya llego tarde.

—Claro.

Mónica intercambia una mirada con Rayco. Rafael los escolta a la salida.

—Si necesitan una casa, llámenme —dice con voz temblorosa, pero el comentario cae como plomo.

# 38

Adrián Requena se aferra a los barrotes de la escalera mientras, abajo, en la cocina, ellos se despedazan con palabras.

Su padre juega con un manojo de llaves: las pasa de una mano a otra, gira una en el dedo, la suelta y la recoge. Tic, tic, tic. Siempre necesita tener algo en las manos cuando está nervioso o irritado. Y últimamente, nada lo pone más nervioso e irritado que hablar con su madre.

—¿Se puede saber dónde estabas, Manuel? —grita mamá.

Adrián observa cómo ella se sirve una copa de vino con mano temblorosa. La segunda. Y no son ni las siete.

Él suspira y apoya una mano en la encimera.

—No empieces.

—Sí empiezo. ¿Dónde estabas?

Papá levanta la voz por encima de la de mamá:

—¿Qué pregunta es esa? En el instituto.

—¿Hasta tan tarde? —Mamá suelta una risa amarga—. Venga ya, ni que fueras el conserje. ¿Dónde coño estabas, Manuel?

Manuel. Antes lo llamaba cariño. Hace ya mucho.

—Déjalo, Blanca. —Papá se cambia las llaves de mano, sus ojos esquivando los de ella. Parece agotado—. Hoy no es un buen día.

—Para ti nunca es un buen día, está claro.

Adrián sabe que su madre busca pelea. El vino la envalentona, saca las verdades que queman. Encuentra su punto débil y mete el dedo en la llaga. Y su padre, de sangre caliente, siempre cae. Es un

ritual que conoce de memoria. Lleva años siendo así. Y la cosa va a peor. Pero duele más hoy, con ella muerta y todo yéndose a la mierda.

No puede comprender cómo ha sucedido. Es como si se lo estuviese llevando un huracán.

Alicia es la chica que han encontrado sin vida, ya es oficial. Se ha enterado hace solo un rato, y su móvil está lleno de notificaciones de compañeros hablando de ello. Mañana, el instituto será un funeral. Se llevarán velas y colgarán carteles. Vendrá la prensa y guardarán un minuto de silencio en memoria de Alicia. A lo mejor hasta se suspenden las clases.

Dentro de un año, nadie hablará de ella, pero hoy, el mundo gira a su alrededor. Ya es lo suficientemente maduro para saber que así funcionan las cosas.

Papá alza la voz:

—Han encontrado muerta a una de mis alumnas, joder. La hija de Darío. ¿Podemos tener la fiesta en paz?

Adrián se agarra más fuerte a la barandilla. Oírlo así, dicho en voz alta por su padre, lo hace más real. Más sucio.

Mamá se queda callada, y Adrián se da cuenta de que está avergonzada. Siente una punzada de tristeza. Su madre es buena, pero la vida la ha aplastado como a una mariposa bajo una apisonadora. Por un momento, recuerda cuando sus padres eran felices. Se besaban al llegar a casa, reían en la cama y, en cada cumpleaños familiar, cantaban a coro el *cumpleaños feliz*.

Ahora, mientras los ve discutir por enésima vez, Adrián se pregunta si las cosas volverán a ser como antes. Hasta hace poco pensaba que sí. Tal vez pecaba de ingenuo, pero se decía a sí mismo que solo atravesaban una mala racha y que, en el fondo, seguían queriéndose. No quiere ser uno de esos chicos que llaman «casa» a dos lugares distintos. Que viven con dos horarios, dos rutas hacia el instituto, dos dietas, dos pautas de comportamiento. A veces, incluso sueña con ello. «Cariño, papá y mamá se van a divorciar». Se le revuelve el estómago solo de pensarlo.

Qué ganas tiene de acabar el bachillerato, encontrar un trabajo y largarse de esta casa.

El grito de mamá detiene su espiral de pensamientos oscuros.

—¡Te estoy hablando, coño! —ha ido alzando el tono de voz, en el que ahora Adrián percibe un eco histérico.

No se molestan en bajar la voz. Antes, intentaban no gritar mucho para que él no los oyera. Como si sirviera de algo. Como si él fuese sordo o estúpido. Pero ya ni siquiera se cortan.

Papá lanza las llaves sobre la encimera, y el golpe seco del metal suena como un disparo. Saca una cerveza de la nevera. La abre con rabia y el siseo de la lata corta el aire.

—Déjame en paz, joder —gruñe, girándose hacia el salón.

Mamá hace amago de seguirlo, pero su orgullo sale ganando esta vez. Lo mira con los ojos vidriosos. Traga saliva. Después, lo escupe:

—¡Que te den por el culo! —grita. Luego se da la vuelta contra el fregadero. Apura la copa de un trago y se quiebra, los sollozos sacudiéndola.

Adrián no puede más. Sube las escaleras de dos en dos con el corazón latiéndole en la garganta. Entra en su cuarto, cierra la puerta y se lanza contra el colchón. Aporrea el cojín hasta que no puede más. Luego, lo agarra con fuerza y grita dentro; un aullido animal, sordo, con la cara hundida en la tela hasta que le duele el cuello. El eco del divorcio resuena en su cabeza. Siente que los ojos le arden.

Entonces, alguien llama a la puerta principal.

Adrián contiene el aliento, con el cojín aún en las manos. Quiere oír quién es.

Abajo, alguien abre. Se oye la voz de mamá.

Y luego, una voz femenina que no reconoce:

—Inspectores de policía. ¿Podemos pasar?

# 39

La segunda visita es a casa de Manuel Requena, el otro amigo de Pablo y profesor de Alicia. Vive en un chalet adosado en un barrio de clase media, donde las fachadas se repiten como fotocopias. Piscina compartida, césped recortado y un vehículo 4x4 en el garaje. Pablo, Rafael y Manuel: Tristezno, el Capitán Power Point y Mr. Range Rover. Juntos dominarán la pista de pádel de su urbanización a las afueras, se dice Mónica, burlona.

La mujer de Manuel abre tras el segundo timbrazo. Tiene los ojos rojos, hinchados y con restos de rímel corrido. Su aliento huele a vino. Toda la clase y belleza que tal vez tuvo una vez se ha ido por el retrete. Parece un Van Gogh arrojado a un vertedero en un día de tormenta.

Esta vez es Mónica quien se identifica:

—Inspectores de policía. ¿Podemos pasar?

Esa frase suele provocar reacciones inmediatas en los civiles, especialmente en los inocentes: palidecen de repente, tragan saliva y se hacen a un lado. Algunos casi se inclinan en una reverencia, y son precisamente los que luego sueltan pestes hablando de la Policía. Sin embargo, esta mujer apenas reacciona. Solo se aparta, dejándolos pasar y cerrando la puerta detrás de ellos con timidez.

El vestíbulo es estrecho, con un perchero abarrotado y fotos familiares en las paredes. Un olor a comida recalentada flota en el aire, mezclado con la tensión de un ambiente incómodo.

Un hombre aparece desde el salón, descamisado y con mechones grasientos cayéndole por la frente. Sostiene una lata de cerveza.

—Manuel Requena, supongo —dice Mónica, ofreciendo la mano.

Él la retiene más tiempo del necesario y ella ahoga el impulso de retirarla de golpe. El hombre le infunde cierta repulsión, pero esa impresión se basa más en la sensación indefinible que él le provoca en la boca del estómago.

—El mismo. —Señala a la mujer con la lata—. Mi esposa, Blanca.

Ella evita su mirada y mantiene los puños apretados. La tensión entre ellos puede notarse en el aire.

—¿Podemos hablar? —pregunta Mónica.

—Claro. Pasemos a la cocina —propone Manuel.

—Solo contigo —matiza Mónica, interponiéndose entre él y Blanca.

A Manuel no le parece agradarle mucho la idea, pero finalmente accede.

En la cocina, se sientan en taburetes alrededor de una isla de porcelana. Blanca se ha quedado fuera, esperando en el salón. Mónica no pasa por alto la copa de vino usada que hay en la pila y va al grano tras un par de preguntas insulsas.

—¿Conoces a Encarnación Cortés?

Manuel la mira antes de responder. Parpadea. Puede que demasiado.

—Sí. Es la jefa de estudios del instituto donde doy clase.

—Lamentamos informarte de que acaba de fallecer. Lo sentimos.

Manuel se lleva una mano a la frente, se levanta, da un par de tragos de cerveza y vuelve a sentarse.

—¿Cómo ha sido? —pregunta entre balbuceos.

—Ha aparecido muerta en su despacho. —Mónica decide que es hora de cambiar de rumbo—. ¿Quiénes eran tus mejores amigos en la adolescencia, Manuel?

Él entorna los ojos, con la lata crujiendo en su mano.

—¿Y eso qué tiene que ver con doña Encarnación?

—Limítate a contestar la pregunta, por favor.

—Pues Rafa era mi mejor amigo. Rafael Peinado.

—¿Y Pablo Lázaro? ¿Darío Toscano?

Niega con la cabeza, haciendo bailar sus mechones.

—No, a ellos los conocí después. Pablo fue el último, venía de otro barrio. Nos lo presentó Darío. Al parecer, sus mujeres se llevaban bien.

—¿Y Darío?

—Empezamos a salir con él a raíz de que se casara con Luisa.

—¿Luisa también era de la pandilla?

Manuel mira a ambos a los ojos, como si se sintiese víctima de una broma de cámara oculta.

—¿Esto va en serio?

—Por favor.

—Vale. Pues sí, algo así. Ya se sabe cómo son las cosas en el instituto. Tienes tus amigos, que básicamente son del mismo sexo, con los que sales, haces gamberradas, hablas con chicas y demás. Pero luego alguien empieza a salir con una chica y los grupos empiezan a mezclarse.

—¿Es lo que pasó con Luisa?

—Creo que sí. Ella era la mejor amiga de Blanca. Cuando Blanca y yo empezamos a salir, Luisa pasó a formar parte del grupo. Luego ella se casó con Darío, y muchos años después, Darío nos presentó a Pablo. Creo que son cosas que suceden en casi todos los grupos de amigos.

—Así que Manuel, Rafael, Blanca, Luisa, Darío y Pablo. Seis amigos.

Mónica saca una de las cadenas de papel que recibió Pablo y la desliza sobre la isla. Los ojos de Manuel se detienen en ella. Un tic en la comisura de su boca lo traiciona.

Mónica va a añadir la evidencia de que la cadena consta de seis muñecos, pero, por la mirada de Manuel, entiende que no es necesario.

—¿Qué es esto? —pregunta él.

—Pablo Lázaro ha estado recibiendo estas cosas últimamente.

Él traga saliva.

—No sé de qué va esto. Sigo sin entender qué tiene que ver con la muerte de Encarnación.

—Puede que nada —dice Rayco—. Pero vayamos paso a paso. ¿Teníais algún enemigo? ¿Tal vez alguien que quiera haceros daño por lo que pasó en esa época?

—¿Es una broma? ¿Quién iba a querer hacernos daño después de tanto tiempo?

Mónica se inclina, escrutándolo.

—Luisa está muerta. La hija de Darío, muerta también. Ahora Pablo está recibiendo amenazas —dice—. No sé, Manuel, igual hicieron algo a alguien y se la tiene jurada desde entonces.

Manuel ahora tiene los ojos clavados en la porcelana.

—No pasó nada.

—Piensa un poco.

—Solo éramos una pandilla de chavales.

—Aun así. Los adolescentes también hacen cosas horribles a veces. Tal vez os metisteis en una pelea. Puede que uno de vosotros le levantara la novia a alguien. ¿No se te ocurre nada?

Los dedos de Manuel se tensan en torno a la lata de cerveza, estrujándola.

—Nada, joder. En serio, esto es una pérdida de tiempo. —Mira hacia la puerta de la cocina, que permanece cerrada—. ¿Y por qué no estáis haciéndole esas preguntas a mi esposa? Ella también era del grupo.

—Y lo haremos —dice Rayco, calmado.

—Vale, olvidémonos de esto por ahora —añade Mónica—. Eres profesor en el San Vicente de Paúl, ¿no?

—Sí, lo soy.

—E impartiste clase a Alicia Toscano.

—Sí. Clase de química. ¿Por qué?

—¿Cómo la definirías?

—¿A Alicia?

—Sí.

—Una alumna excelente. Buenas notas, siempre puntual, nunca se metía en líos. —Manuel se encoge de hombros, pero sus ojos esquivan los de Mónica.

—¿Sabes si tenía novio o le gustaba algún chico?

—No tengo ni puta idea. Los alumnos no hablan de esas cosas con sus profesores.

—¿Qué relación tenías con Alicia?

Manuel se pone de pie.

—¿Qué intentas decirme?

—Tú solo contesta.

—Nuestra relación era buena. La normal entre profesor y alumna.

—¿Tu matrimonio es estable, Manuel?

Manuel arroja la lata vacía al fregadero, causando un buen escándalo al rebotar contra la copa de vidrio y las paredes de la pila.

—No pienso responder a eso.

Mónica intercambia una mirada cómplice con Rayco.

—Bien, creo que hemos acabado —dice Mónica—. Llama a tu mujer, por favor. Y me gustaría usar el cuarto de baño, si no te importa. Llevamos todo el día fuera.

—Claro —gruñe él, saliendo con paso airado.

Mónica apoya la mano en el brazo de Rayco, antes de recoger la lata de cerveza del fregadero y guardarla en su chaqueta.

—Empieza con Blanca. Ahora vuelvo —susurra.

En el vestíbulo, un chico observa desde las sombras de la escalera. El hijo del matrimonio, deduce Mónica. Su cuerpo ya ha adoptado las formas de un hombre, pero sus ojos siguen siendo los de un niño. Una mirada rebelde pero rota, como la de un cachorro herido.

Al verlo, la mente de Mónica se escapa sin permiso hacia tiempos pretéritos que trata de evitar.

Ella tendría más o menos esa edad cuando su padre desapareció de su vida. Los recuerdos que conserva de él brillan con una luz dorada, siempre bañados por un sol perpetuo. Su memoria, caprichosa, se ha quedado solo con los veranos. Nunca llueve en esos recuerdos. Ningún día gris.

Su padre llegaba del trabajo con la corbata aflojada y la camisa arrugada. Después de cenar juntos, en familia, se desplomaba en el sofá de piel gastada y abría el periódico como quien despliega una bandera de rendición. A ella le fascinaba la curva suave de su barriga, cómo se alzaba y descendía con cada respiración. Cuando él

se concentraba en las noticias, ella se acercaba y apoyaba la cabeza sobre esa tibieza, pegando la oreja a su ombligo como si fuera una caracola que le contara secretos del océano.

Los sonidos que emergían del interior de su padre la hipnotizaban: gorgoteos suaves, murmullos digestivos, el latido lejano de su corazón. Era mejor que cualquier canción de cuna. A veces, él dejaba caer el periódico y deslizaba sus dedos por su cabello hasta que ella se quedaba dormida, con una ternura que creía que duraría para siempre.

«Qué idiota fui», piensa ahora. «Qué terriblemente idiota al creer que sería para siempre.»

Pero nada es para siempre; es algo que se aprende tarde o temprano. Un día, su padre simplemente no volvió del trabajo, y el sofá de piel se quedó vacío, frío.

Ahora, mirando a este adolescente que se esconde en su propia casa como un fugitivo, Mónica siente una punzada de lástima. Porque es evidente que Manuel Requena no es de esos padres que acarician cabezas. No es de los que crean refugios. Es de los que construyen campos de batalla en el lugar donde debería haber hogares.

¿De qué material tiene que estar forjado un chico para sobrevivir en un ambiente así? ¿Para resistir año tras año el veneno de las peleas constantes, los portazos, los silencios incómodos? ¿Cómo se las arregla para no perderse completamente en ese laberinto de reproches y rencores?

Y entonces, como siempre ocurre cuando ve a niños en situaciones difíciles, su mente vuela hacia Jamie.

Su Jamie, con esos ojos enormes que lo devoran todo, y esa risa que suena a campanas. ¿Qué clase de recuerdos está construyendo en su memoria? ¿Recordará algún día a Andrés como ella recuerda a su padre, siempre bajo cielos azules e infinitos? ¿O las cosas se torcerán entre ellos hasta convertir su infancia en una película en blanco y negro, llena de gritos y puertas que se cierran?

La posibilidad le genera un profundo malestar. Porque sabe, con la certeza brutal que solo da la experiencia, que los paraísos pueden convertirse en infiernos sin previo aviso. Que los padres que parecen

sólidos como montañas pueden desmoronarse como castillos de arena. Que el amor, por mucho que uno se aferre a él, a veces simplemente no es suficiente.

El chico de los Requena se estremece al descubrir que lo observan, como un animal salvaje sorprendido en campo abierto.

—Perdona, no quería asustarte —dice Mónica, subiendo un escalón.

—Hola —murmura él con voz apagada.

Ella se sienta a su lado, dejando espacio.

—Soy Mónica. ¿Tú?

—Adrián.

Mónica le estrecha la mano. La tiene suave, fría y floja, como desprovista de vida.

—Encantada, Adrián.

Él duda, pero finalmente pregunta:

—¿Vas a descubrir quién mató a Alicia?

Mónica le dedica su sonrisa más torcida.

—Eso no lo dudes. Soy como John Wick, pero con tacones, ¿sabes?

Pensaba que le arrancaría al menos una sombra de sonrisa, pero fracasa rotundamente.

—¿Eras amigo de Alicia? —pregunta Mónica, calculando que deben tener la misma edad.

Él niega con la cabeza.

—Solo la conocía de vista. Ella iba al B, yo estoy en el A. —Su voz suena como papel de lija sobre madera seca.

—¿Hablasteis alguna vez?

—Qué va. —Se encoge de hombros—. Pero todo el mundo decía que era buena tía.

—Seguro que lo era.

Un silencio se instala entre ellos. Adrián juega con el cordón de su sudadera, enrollándolo y desenrollándolo alrededor de su dedo índice.

—Inspectora…

—Dime.

—¿Por qué estáis aquí? —La pregunta sale atropellada, como si la hubiera estado conteniendo—. ¿Por qué habláis con mis padres?

Mónica debería responder que es un asunto oficial, confidencial, que no puede comentar detalles de una investigación en curso. Pero al mismo tiempo siente el deber moral de tranquilizar al chaval.

—Tu padre daba clase a Alicia —dice, eligiendo cuidadosamente las palabras—. Y conoce a su familia desde hace años. Es rutina, nada más. Tenemos que hablar con mucha gente.

Adrián asiente, pero su expresión no se relaja.

—¿Solo por eso?

Mónica lo mira de reojo.

—Sí, solo por eso —miente—. No es como en las películas, ¿sabes? Casi todo es papeleo y preguntas aburridas. Nada emocionante. —Le guiña un ojo.

—Ya…

Pero no la cree. Mónica lo percibe en la forma en que sus hombros se tensan, en cómo evita mirarla directamente.

—Oye… —Se inclina ligeramente hacia él—. Sé que las cosas aquí en casa no son fáciles. Pero vas a salir adelante, ¿vale? Solo tienes que aguantar un poco más.

Adrián alza la vista por primera vez desde que empezaron a hablar. Sus ojos brillan con una mezcla de gratitud y desconfianza.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo también tuve diecisiete años una vez. —Le dedica una pequeña sonrisa, genuina—. Y porque eres más fuerte de lo que crees.

Los pasos de Rayco resuenan en el pasillo. Aparece en el vestíbulo y le hace un gesto discreto con la cabeza.

Mónica se levanta, pero antes de alejarse se gira hacia Adrián.

—Ha estado bien hablar contigo, chaval.

—Sí —responde él, ya incorporándose—. Gracias.

Mónica siente que la sigue con la mirada mientras baja las escaleras, y justo antes de que doble la esquina, él añade en voz baja:

—Inspectora… Espero que encuentre al cabrón que lo hizo.

Mónica se detiene, sorprendida por la vehemencia en su voz.

—Lo encontraré.

Adrián no dice nada más; solo lanza una intensa y vulnerable mirada de súplica antes de subir las escaleras de dos en dos, desapareciendo en las sombras del piso superior como un fantasma que regresa a su refugio.

# 40

Darío Toscano se aferra a la jarra de cerveza como si fuera lo único que lo mantiene anclado a este mundo. El bar es un tugurio de barrio con luces tenues y mesas pegajosas. Por los altavoces suena el éxito de los noventa *Porcelain*, de Moby, una selección peculiar para las once de la noche.

Antes —ahora siempre hay un «antes», un mundo hecho añicos de una era muerta, cuando todo era de una maravillosa ingenuidad — Darío apenas probaba el alcohol. Prefería el deporte al aire libre, las excursiones en familia y el senderismo. Pero hoy, ese antes se ha hecho añicos. Andrés Gordillo le ha arrancado la última esperanza: Alicia está muerta. Su hija, su luz, su todo. Todo el consuelo que puede encontrar está en esa jarra de cerveza, que ha pedido rellenar varias veces y que ahora tiembla en su mano.

No sabe cuánto tiempo lleva aquí. Las imágenes lo asaltan sin piedad: Alicia a los cinco, con coletas, subiendo a sus hombros; a los quince, consolando a Lucas tras la muerte de Luisa; a los diecisiete, riendo en la cocina con una taza de té…

Ahora solo queda un cuerpo frío en una morgue. El peor día de su vida. No existe manual para esto. Mira la jarra, buscando una respuesta que no está ahí.

«¿Cómo sigo? ¿Cómo respiro sin ella?»

Una corriente de aire lo saca de su trance. Pablo Lázaro acaba de entrar. Indeciso, busca un sitio donde apalancarse. Darío lo observa.

Sus hombros encorvados, paso vacilante. Pablo siempre ha sido un enigma, un libro cerrado con páginas en blanco.

—Hola, Pablo —le saluda.

Pablo se detiene, sobresaltado. Sus ojos recorren el local hasta aterrizar en él, y entonces finge una sonrisa que no llega a los ojos.

—Darío… Perdona, no te había visto. —Se frota las manos, mirando al suelo. Por el cuello de la camisa le asoman pelos sueltos del pecho—. He venido a tomar algo.

Darío mira el reloj de la pared, entre botellas polvorientas de vodka.

—Es tarde. ¿No deberías estar con Teresa? ¿Con tus hijos?

Las palabras le queman en la lengua, un reproche que no termina de soltar: «tú que puedes, que tienes una familia». El nudo en la garganta lo ahoga.

Pablo no lo mira directamente. Sus dedos juguetean con el borde del abrigo. Darío se pregunta si será así el resto de su vida. ¿Lo mirarán todos como al miserable que perdió a su mujer y a su hija?

—Sí, voy enseguida —dice en voz baja. Le nota la boca pastosa.

El barman, un tipo ancho con poco cuello y una barba blanca tan espesa y rizada que parece que se estuviera comiendo una oveja, se acerca.

—¿Qué te pongo?

—Jack Daniels. Solo. Sin hielo —responde Pablo.

Darío arquea una ceja. ¿Whisky puro un jueves? Saca un billete arrugado del bolsillo y lo deja caer sobre la barra.

—Cóbratelo. Yo invito. —Mira a Pablo, forzando una sonrisa amarga—. Siéntate.

Pablo toma el taburete junto a él. El barman sirve el whisky, y Pablo da un trago largo, relamiéndose. Darío nota las marcas blancas en sus manos; piel renovada, como cicatrices recientes. Un escalofrío le recorre la espalda.

—¿Cómo estás? —pregunta Pablo con ojos nublados por el alcohol.

Darío fija la mirada en la jarra. El reflejo de las luces baila en el líquido.

—Hecho una puta mierda. Gracias por preguntar.

—¿Y Lucas?

Darío aprieta los puños. Seguramente Pablo no pretende sonar maleducado, pero la pregunta le ha sentado como una patada en los huevos. Lucas está con sus abuelos, que han venido para ayudar con los preparativos del funeral. Darío debería estar con él, pero no puede. No puede mirarlo a los ojos y fingir que no ha fallado como padre, que no dejó que le arrebataran a su hermana. Pero no le debe explicaciones a nadie. Y mucho menos a Pablo.

—Está bien —dice.

Pablo asiente.

—¿Qué te pasó en la mano?

Pablo baja la vista a sus palmas y las acaricia como si las descubriera por primera vez.

—¿Esto? Me caí con la bici. No es nada. —Se encoge de hombros, pero su mano se cierra en un puño.

Darío asiente, no muy convencido.

Cuatro chicas entran al bar. Los dos se vuelven para mirarlas. Jóvenes, libres, con el mundo a sus pies. Darío siente una punzada en el pecho que le impide respirar. Alicia podría ser una de esas chicas. Mira a Pablo de reojo, que sigue observándolas, su lengua rozando los labios, aún con restos de whisky. Hay un brillo extraño en sus ojos. ¿En qué piensa? Darío nunca ha sabido leerlo, como si Pablo escondiera un cuarto oscuro al que nadie tiene acceso.

La tristeza lo golpea. Se gira hacia la barra con los hombros temblando y las lágrimas quemándole los ojos.

—¿Sabes lo que más me jode? Que ni siquiera sé quién la mató.

Se cubre el rostro con la mano para evitar que lo vean llorar.

—La policía se encargará de eso. Lo atraparán, seguro.

Pablo posa una mano en su hombro, pero Darío se aparta.

—Pero es que no quiero que lo atrapen, coño.

—¿Ah, no?

—¡No! Quiero que sufra. Quiero matar yo a ese cabrón.

Hace un gesto al barman. Dos más.

Pablo frunce el ceño.

—Colega, no creo que debas…

—Cállate y bebe conmigo —le corta Darío con severidad.

Pablo asiente y levanta el vaso en un brindis al aire. Beben en silencio.

—Ojalá hubiera hecho algo por Alicia —dice Pablo de pronto, casi hablando para sí mismo.

Darío suelta una risa áspera.

—Ya. ¡Bienvenido al club! ¿Cuántas veces me habré dicho yo eso?

—No, digo… —Pablo duda. El vaso tiembla en su mano—. Esa noche, en la feria. Podría haberla prevenido.

Darío se congela. La jarra se ha detenido a medio camino de su boca.

—¿Qué dices? ¿Estuviste ahí? ¿La viste?

Pablo traga saliva, esquivando el escrutinio de Darío.

—Sí, pero solo un instante. Ella no me vio a mí.

—¡Hijo de puta! ¿Y no me lo dijiste? —Darío aprieta los puños, notando que la rabia le sube por la garganta—. ¡Joder, Pablo!

—No sé… Pensé…

Pablo baja la vista. Tiembla ligeramente.

—¿Y qué? ¿No viste nada raro? ¿A nadie con ella?

—Claro que no. —Pablo sacude la cabeza—. Ojalá pudiera ayudar. Pero, si te sirve de algo, parecía estar feliz, Darío. Reía, bailaba. Como esas chicas. —Señala la pista, donde las universitarias fluyen al ritmo de Moby.

Darío da un trago largo. Gotas de cerveza salpican la madera cuando deja la jarra de un golpe brusco y seco que hace parpadear a Pablo.

—No me ayuda, Pablo. No me ayuda para nada.

Pablo baja la mirada y acaricia el vaso. El whisky está casi intacto.

—Mejor me voy. Teresa estará preocupada.

—Claro. Vete —dice Darío con voz fría.

Pablo se levanta, dejando el segundo vaso casi sin tocar. Sale del bar, el abrigo ondeando tras él.

Darío se queda solo, sacudido por los sollozos.

# 41

Cerca de una hora lleva Pablo dando vueltas en torno a la urbanización, arrastrando los pies por la acera y sintiendo aún el whisky quemándole la garganta. Se ha convencido de que es para despejarse, de que no puede llegar a casa así, apestando a alcohol. Pero no es solo eso. Hay algo más.

Por la ventana, la silueta de Teresa se mueve inquieta, un borrón tras las cortinas. Por sus movimientos, se nota que está alterada. Pero él ahora no tiene fuerzas para afrontar sus reproches, complejos y acusaciones. De no ser por los niños…

Pablo agita la cabeza para no formular la idea completa.

Le pesan las piernas cuando entra en la urbanización y camina hacia su portal.

Cada vez que piensa en ellos, le invade el miedo. Debe protegerlos a cualquier precio. No puede fracasar otra vez. Se pasa la mano por la cara y siente la rugosidad de su barba de tres días.

Creyó que podría cuidar de ellos, comportarse como el referente que toda familia necesita. Pero Alicia está muerta, y ahora él está recibiendo esos extraños recortes.

No puede quitarse a Darío de la cabeza. Lo ha visto tan roto y solo. Pablo no sabe cómo se las apaña para seguir respirando. Si él perdiese a Inma y Bruno, se moriría seguro.

Abre la puerta y Teresa corre hacia él. Lo abraza, tiritando. Lleva puesta su rebeca de ganchillo y las zapatillas de casa. Luego retrocede y lo mira. Está pálida.

—¿Dónde coño estabas?

—Por ahí, dando una vuelta —murmura, quitándose el abrigo.

—Dando una vuelta… —repite Teresa, con la rabia crispándole la voz. La calefacción está encendida, pero ella se abraza el pecho como si estuviera helada—. Esto no es normal, Pablo. Te he llamado decenas de veces. Llevo horas insistiendo y no te has tomado la molestia de contestar. Dime que te han robado el teléfono, o que se ha estropeado. Di cualquier cosa que me dé una explicación lógica de por qué no he podido localizarte.

Pablo se encoge de hombros. No tiene la respuesta que ella le pide.

—He estado con Darío, tomando algo.

—¿Por eso apestas a whisky?

—Sí, por eso.

—¿Y qué tal está? —Su voz se ha suavizado un poco. Es el efecto que tiene mencionar a Darío.

—Fatal, obviamente. —Se pasa una mano por el pelo—. ¿Y los niños? ¿Están durmiendo? —pregunta pasando por delante de ella. La empuja sin querer y Teresa se tambalea, pero no llega a caerse. Ella no le responde, así que insiste—: Que si están durmiendo.

—Sí —sisea ella, siguiéndolo con la mirada.

Pablo sube la escalera y se asoma a la habitación de los niños. La luz de una lámpara proyecta sombras suaves. Sonríe, agradecido por tenerlos aún consigo. Parecen angelitos así, dormidos. Se sienta en el borde de la cama de Bruno y le acaricia el pelo negro. Presta atención a los suspiros de Inma. Se levanta y los cubre con las sábanas antes de bajar de nuevo.

Teresa sigue en el salón, inmóvil. Pablo empieza a sospechar que esta vez se trata de algo distinto a la discusión de siempre. Sabe que ella lo vigila y controla, que lee su correo electrónico a escondidas y que revisa su móvil. Sabe todo eso y lo ha aceptado. Pero ahora ocurre algo más. Hay algo en sus ojos. ¿Miedo, tal vez? ¿Qué sabe?

—Pablo…

—¿Qué?

—¿Qué pasó la noche del 25 de agosto?

Se detiene en el último escalón.

—¿De qué hablas?

—Sabes perfectamente de qué hablo.

—Teresa, son las once de la noche y…

—Te vi.

Las dos palabras caen como piedras en un estanque.

—¿Cómo?

—Tú pensabas que estaba dormida, pero no. Nunca estoy dormida cuando llegas tarde.

Él traga saliva, aún con resquicios amargos de whisky.

—No sé qué…

—Desde la cama, vi cómo entrabas al baño. Tenías el maillot manchado de sangre. El agua estuvo corriendo durante media hora. Al salir, llevabas el torso al descubierto.

La expresión de Teresa irradia desafío, algo nuevo y aterrador para él. En el fondo, casi desea contárselo todo. Pero no puede.

—Verás, es que… me caí con la bici —miente.

—¿Te caíste?

—Creo que bebí más de la cuenta esa noche. Estaba todo muy oscuro y perdí el control. Por suerte, solo fueron rasguños superficiales.

—¿Y no me lo contaste? —Teresa da un paso hacia él, los ojos entrecerrados.

—No quise preocuparte. No fue nada. Más aparatoso que otra cosa.

—¿Preocuparme? —Teresa suelta una risa seca—. Pablo, llevo meses preocupada. Desde que aparece una chica muerta y mi marido empieza a comportarse como un extraño.

—¿Un extraño?

—Ya ni me miras. Apenas hablas con los niños. Bebes hasta caerte y…

—No me he caído nunca.

—Y niegas cosas evidentes.

Pablo se sienta en el sofá, agotado. El peso de los secretos le aplasta el pecho.

—¿Qué quieres que te diga, Teresa?

—La verdad.

—¿Qué verdad? ¿La que tú ya has decidido que es cierta?

Ella se acerca. Se sienta en el borde de la mesa de centro, frente a él.

—Hoy he registrado toda la casa.

—¿Qué has hecho qué?

—Buscaba algo. Cualquier cosa que me dijera quién coño eres realmente.

Pablo suelta un bufido cargado de desprecio.

—Estás loca.

—¿Sabes qué he encontrado? Nada. Como si no existieras antes de conocernos. Como si fueras un fantasma.

Pablo se levanta bruscamente.

—Esta conversación se ha terminado.

—Y luego están los recortes de periódico.

Se para en seco.

—Dime: ¿quién envía esas cosas? —pregunta Teresa. Su voz empieza a sonar demasiado chillona—. Y no me digas que no lo sabes porque no me lo creo.

Pablo se deja golpear por toda esa ira. Porque, por supuesto, ella tiene razón. Cierra los ojos y siente que el whisky le nubla la mente.

—Hasta tu amigo Rayco, el policía, preguntó por ti el otro día —sigue ella.

—No es amigo mío. Solo un policía fisgón. —La mira con interés —. ¿Qué te dijo?

—Nada, solo intentaba ser amable. Me dijo que te vio esa noche en la feria y me preguntó a qué hora viniste a casa.

—Mentiroso…

—¿Qué dices?

—Pues que no me vio. Solo estaba sonsacándote información sobre mí. Y tú picaste como una pardilla. ¿Qué le dijiste?

—Nada. Que no me acordaba. —Teresa lo mira fijamente. Los ojos le brillan—. Dime qué pasó, Pablo. ¡Maldita sea! ¿Por qué no me dices lo que pasó esa noche? La sangre…

Pablo aprieta los puños. Se gira hacia ella.

—¿Por qué no dices directamente lo que estás pensando? Que yo maté a Alicia. ¡Vamos, dilo!

Teresa deja escapar un sollozo. Baja la cabeza y se frota la nariz con el puño de la rebeca. Luego levanta la vista.

—Ya no sé qué pensar. —La respuesta llega sin dudar, como una bofetada—. No lo sé, Pablo. Y eso es lo que más miedo me da.

Él suelta una risa rota, seca. No responde.

—¡Pero di algo, joder! —insiste ella.

Pablo da un respingo. La saliva de Teresa le ha alcanzado al gritarle. Un torrente excesivo de preguntas y acusaciones. Cansado, entra en la cocina. Necesita poner distancia entre los dos. Deja el abrigo sobre la mesa, se apoya contra la encimera y se mira en el cristal de la ventana. Está hecho una mierda.

Ella lo sigue y se detiene en el hueco de la puerta.

—No sé qué quieres que diga, Teresa. No tengo ni idea. Y déjalo ya, ¿vale? No soporto tus interrogatorios.

Se pasa una mano por la cara. De pronto, ve el pasado reflejado en el cristal: la brisa de una noche estival, un columpio viejo, ella…

—Casi la violaron… —se oye susurrar, las palabras escapándosele.

Teresa parpadea.

—¿Qué?

—Hace años. Antes de conocerte. Nunca se lo conté a nadie. Ellos casi la violaron…

—¿A Alicia?

—No, joder… —susurra, con los ojos fijos en la ventana—. A Alicia no.

Ni siquiera la mira. Su cerebro trabaja con una frialdad y una eficacia inauditas. Los dos mundos que tanto le ha costado mantener separados están a punto de colisionar, y no puede hacer nada para evitarlo.

—Veo a esos chavales de hoy, a los que les venden el mismo sueño idiota que a nosotros. Estudia mucho. Saca buenas notas. Prepara bien los exámenes. Haz deporte, si puedes. Eso les encanta a los padres y a los profesores. Asegúrate de contar con suficientes actividades extraescolares. Si haces todo eso, podrás matricularte en la universidad más prestigiosa posible. Y si también superas eso, tendrás el mundo a tus pies. —Las palabras salen atropelladas,

como si quisiera decir mucho en poco tiempo—. Es como si los primeros veinticinco años de tu vida no fueran más que una prueba para formar parte de la élite. La mejor estafa de todas. El tío más feliz que conocí en el instituto abandonó la universidad en segundo curso. Ahora es barbero. Y sigue siendo el hijo de puta más feliz que conozco.

—¿De qué estás hablando ahora? —insiste Teresa.

—¡De ella, Teresa! ¡Siempre hablo de ella! No tuvo ni siquiera esa oportunidad… Se la arrebataron. Yo no tuve la culpa. Pero ellos se la arrebataron. Y luego…

De pronto, siente que algo se rompe dentro de él.

Teresa se acerca. Le coge de la mano. Pero él se aparta como un perro asustadizo.

—Pablo, háblame de ello…

—No puedo… No puedo, Teresa. Me estoy volviendo loco. Necesito aire.

Pablo sale por la puerta dejando un sonoro portazo tras de sí. En la mesa, bajo su abrigo, asoma un papel: un muñeco recortado y manchado de sangre seca. Sus ojos lo rozan un instante antes de huir.

# 42

Andrés se quita la chaqueta y la placa tintinea al dejarla en la mesa. Se desploma en el sofá junto a Mónica y se frota la frente. Tiene los ojos cansados bajo el pelo desordenado. Su camisa, ligeramente arrugada, no le resta un ápice de atractivo.

—No puedo creer que encontrarais muerta a la jefa de estudios —murmura—. ¿Qué está pasando, Mónica?

Ella suspira. El rostro inerte de doña Encarnación sigue grabado en su retina. En el televisor, una reposición de *Friends* que no están prestando atención.

—No lo sé —dice—. Pero no dejo de pensar en lo que quería contarnos. Seguro que era algo importante, dado que no quiso decirlo por teléfono.

—Tal vez sobre el embarazo de Alicia.

Mónica asiente, arañando el brazo del sofá. Jamie gatea hasta sus pies, con sus grandes ojos brillando.

—¡Eh, hola, pequeño! —Lo alza a sus rodillas, ofreciéndole un peluche de colores. El niño lo sigue con la mirada, fascinado, y ella siente un nudo en el pecho, una mezcla de amor y agotamiento.

Andrés extiende la mano y le roza el lóbulo de la oreja con una caricia suave.

—Ha sido un día largo, ¿verdad?

—Larguísimo —admite ella, esquivando el recuerdo del caótico despacho de la jefa de estudios—. Ya no me fío de nadie, Andrés.

Él detiene su mano.

—¿A qué te refieres?

—Paula, Rafael, Manuel… —Mónica sacude la cabeza, haciendo una mueca a Jamie, que suelta una risita—. Todos ocultan algo. Lo siento en las tripas. También he conocido al hijo de Manuel, Adrián.

—¿Y qué tal?

—Ese pobre chaval está sufriendo.

—¿Era amigo de Alicia?

—No, solo la conocía de vista. Pero sufre por sus padres. Están en guerra, no hay más que verlos. Es un chico atrapado en un nido de reproches. Un infierno para él. Es el que peor lo está pasando, me temo. Muy injusto.

Mónica contempla a su hijo, tan inocente y vulnerable. Luego clava la mirada en él.

—Prométeme que no acabaremos como los Requena, tirándonos los platos por un calcetín perdido —dice.

Él sonríe y un destello travieso cruza su rostro.

—Imposible. Somos demasiado perfectos.

Mónica pone los ojos en blanco, pero una risa se le escapa. Jamie salta a las piernas de Andrés, que le acaricia un mechón con ternura. El gesto ablanda algo en ella.

—Tu día tampoco habrá sido un paseo —dice Mónica, apoyando la barbilla en la mano.

—Pues no. —Andrés resopla—. Las caras de Darío y su hijo Lucas… No me las quito de la cabeza. Pero al menos ahora lo saben. A veces, la incertidumbre es lo peor.

Mónica asiente.

—Supongo que tienes razón —dice—. Aunque perder la esperanza es muy duro. —Se sacude, dándose una palmada en los muslos—. Oye, ¿te quedas a cenar? Puedo hacer una tortilla de las mías.

Andrés suelta un gemido exagerado y echa la cabeza atrás.

—¿Tortilla…? Sabes cómo tentarme, brujilla. Pero hoy no puedo. —Se tensa ligeramente y vuelve a dejar a Jamie en brazos de ella—. Tengo que recoger a Laura. Llega esta noche, ya sabes.

El nombre cae como una piedra en el pecho de Mónica. Laura, la hija de Andrés. Un rincón de su vida donde ella aún no encaja.

—Ah, claro, sí —dice, forzando una sonrisa y fingiendo acordarse. Pero lo había olvidado por completo.

Andrés la mira un segundo más de lo necesario, inquisitivo.

—¿No te importa, verdad?

—Qué cosas dices. ¿Qué me va a importar? —Mónica suelta una risa breve, demasiado aguda—. Además, es tu hija. Y tu casa.

Él relaja los hombros, inclinándose para besarla. Sus labios son cálidos.

—Te quiero, ¿lo sabes?

—Y yo a ti —responde ella, manteniendo la sonrisa.

Media hora después, Jamie duerme en su cuna. El silencio llena el piso. Mónica observa el interior de la nevera con indecisión. Una tortilla para uno no vale la pena. Saca una bolsa de lechuga y un par de tomates. Cenará una ensalada mientras ve, por enésima vez, el capítulo en el que Ross se enreda con unos pantalones de cuero.

# 43

Rafael Peinado se revuelve en la cama, el sudor pegando la camiseta a su pecho. El reloj digital parpadea: 3:17 de la madrugada. Pero el sueño no llega. La muerte de Alicia le quema la mente. Las cartas recibidas lo persiguen como fantasmas. Las ha escondido todas en un cajón bajo llave. No le dijo nada a la policía cuando irrumpieron en su oficina con preguntas sobre Pablo. Si los inspectores descubren los negocios sucios que tiene entre manos —los pisos realquilados, el dinero negro en el cajón—, tendría problemas. Su vida, su hipoteca, todo.

Manuel, está seguro, también calló. Tiene incluso más que perder que él.

Se frota los ojos; la cabeza le palpita. «No soy como Manuel. No puedo con esto.»

Un pinchazo en la vejiga lo obliga a levantarse. Se sienta en la cama y se estira. Las articulaciones le crujen. Nota el frío del suelo en las plantas de los pies al levantarse y dirigirse al cuarto de baño. Parpadea, medio cegado, al encender la luz. Sube la tapa del váter, se baja el calzoncillo y un silbido tembloroso escapa de sus labios: una melodía rota de Calamaro que muere a medio compás.

Un crujido.

Es un sonido seco, como un paso en el pasillo. Rafael levanta la vista y se tensa, cortándose el chorro. Mira la puerta del baño, entreabierta, y la penumbra del vestíbulo más allá.

«Es tu cabeza, Rafa —se dice—. Solo tu cabeza.»

Su ansiedad, siempre al acecho, le juega malas pasadas. Sacude las últimas gotas, se ajusta el calzoncillo y sale al pasillo. Sus dedos rozan la pared como si temiera caerse.

El recibidor está en semipenumbra. La temperatura aquí es algo más baja, como si la puerta hubiese estado abierta. Comprueba la cerradura. Las llaves no están puestas por dentro. «Siempre las olvidas, idiota.» Encuentra el manojo en la mesa del recibidor. Introduce la llave y gira la cerradura con un chasquido, asegurándose de que deja la puerta bien cerrada.

Al darse la vuelta, dispuesto a volver a la cama, sigue sintiendo ese cosquilleo, como cuando algo no va bien.

Dirige la mirada hacia la puerta abierta del salón, solo iluminado por el resplandor de la farola de la calle. Rafael entorna los ojos y entra. Hay algo sobre la mesa, algo que no estaba allí cuando apagó la tele y se levantó del sofá antes de irse a dormir. Avanza un par de pasos más, sintiendo el miedo atravesarle la espalda, como si alguien lo estuviera observando.

Un sobre blanco. Uno más. Pero no es solo un sobre blanco esta vez. Un cuchillo de cocina, el mismo que usó esa mañana para cortar el pan del desayuno, clava el sobre a la madera. La punta ejerce resistencia cuando él tira del mango hacia afuera. Pero es la fotografía que hay dentro la que le roba el aliento. Medio fuera del sobre, como una lengua burlona: Rafael y Manuel en aquel callejón de Embajadores, y el viejo maletín cambiando de manos. Una transacción que creían invisible, captada por alguien que ahora juega con ellos como un gato con ratones asustados.

Sus dedos tiemblan al darle la vuelta a la imagen. Una nueva amenaza infantil lo saluda como una bofetada:

*Quien no se ha escondido, tiempo ha tenido.*

El frío le trepa por las piernas, se instala en su pecho y le comprime los pulmones. «Ya no estoy seguro ni en mi propia casa», piensa.

Gira la cabeza despacio, examinando cada sombra, cada rincón donde alguien podría estar agazapado. Alguien ha estado aquí. Alguien que conoce sus horarios, sus rutinas, sus secretos más oscuros. Alguien que puede entrar y salir de su vida como un

fantasma, dejando solo estas migajas de terror para que las encuentre en la soledad de la madrugada.

El mensaje del cuchillo es claro, incluso sin palabras.

La próxima vez, tal vez no se conforme con fotografías.

«¿Quién eres?» La pregunta se forma en su mente como un grito silencioso. «¿Qué quieres de mí?»

Pero la oscuridad no responde.

# 44

La luz de la mañana inunda el salón, rebotando en las paredes blancas y otorgando un brillo cálido al parqué. En la cocina abierta, Andrés vierte agua de una jarra en una maceta de albahaca que descansa en la encimera, pero su mano tiembla, derramando algunas gotas. El aroma fresco se mezcla con el del café que burbujea en la cafetera. La casa, normalmente un refugio de silencio y orden, está ahora llena de vida: un par de zapatillas Converse junto al sofá, una bufanda de colores olvidada en una silla y un neceser rosa en la mesa de centro.

Todavía con su pijama puesto, apura un sorbo de café. Al despertar, tenía un mensaje de Mónica:

> Buenos días, bombón. Estoy camino de la guarde.
> ¿Todo bien con Laura? Ahora me cuentas. Bss

Suspira. El caso de Alicia Toscano aún le ronda la cabeza, un rompecabezas que no termina de encajar. Y luego está Laura, que llegó pasadas las once con sus maletas y ahora está despatarrada en el sofá, tecleando en su móvil con una sonrisa indescifrable.

Andrés se aclara la garganta.

—Laura —dice, con un tono grave pero contenido, como si temiera romper el frágil equilibrio de la mañana.

Ella levanta la vista. Sus ojos castaños brillan bajo el flequillo desordenado.

—¿Qué, papá? —Su tono es ligero, casi juguetón, pero hay un deje de cautela, como si supiera que se avecina una conversación seria.

Andrés se frota la nuca, buscando las palabras. Es un hombre de acción, de interrogatorios y decisiones rápidas en la Jefatura, pero aquí, con su hija, en su propio salón, se siente desarmado.

—¿Por qué no me dijiste que Esther venía contigo? —pregunta, dejando escapar un reproche entre las sílabas.

Laura deja el móvil sobre el cojín y frunce el ceño. Se incorpora, cruzando las piernas.

—¿Qué? Pensé que no te importaría. Es Esther, papá. Es de la familia —responde, como si estuviera explicando algo obvio.

Andrés deja la taza junto al fregadero, donde un vaso de zumo a medio beber —de Laura, seguro— comparte espacio con una taza de té con la bolsa aún dentro, probablemente de Esther. El murmullo del agua corriendo en el baño se filtra hasta el salón. Esther está en la ducha. A Andrés, la escena le resulta extraña, como si la casa perteneciera a otra persona.

—No es que me importe, Laura. Pero esto es una casa, no un hostal. Me gusta saber quién va a estar aquí, cuánto tiempo… —Hace una pausa, buscando su mirada—. Y no me digas que es de la familia. Esther es… una amiga. De tu madre, sobre todo.

Laura ladea la cabeza, un gesto que le recuerda tanto a Silvia que Andrés siente un pinchazo en el pecho.

—Venga, papá. Esther es más que una amiga. Estuvo con nosotros en todo, ¿te acuerdas? Cuando mamá… —se detiene, mordiéndose el labio, y Andrés agradece que no termine la frase. No necesita revivir esos días en el hospital, ni el vacío que aún resuena en las esquinas de la casa.

—Vale —concede, levantando una mano—. Pero un mensaje la próxima vez, ¿de acuerdo? Un aviso. No es mucho pedir.

No quiere discutir con ella. Laura es la única familia que le queda, y últimamente no han estado muy unidos.

Laura se encoge de hombros, recogiendo el móvil.

—Lo siento, ¿vale? No pensé que fuera para tanto. Esther tenía cosas que hacer en Madrid, temas relacionados con papeleo. Y me

dijo si podía venirse conmigo. No iba a dejarla tirada. —Lo mira con una mezcla de desafío y ternura que termina de desarmarlo—. Nos quedaremos toda la semana, si te parece bien.

¿Toda la semana? Andrés siente un pequeño mareo, como si la casa se hubiera encogido de repente. Una semana con Esther ocupando el espacio que él ha construido con tanto cuidado: las mañanas de café en silencio, las noches con Mónica, los ratos con Jamie. No es que no le caiga bien. Al contrario. Es imposible que no guste. Pero su presencia, tan vibrante y viva, le recuerda a Silvia de una manera que duele, y a la vez lo descoloca.

—Claro —accede finalmente, mientras coge las zapatillas de Laura con un bufido y las deja junto a la puerta—. No hay problema, siempre que no dejes tus cosas por medio.

El ruido del agua proveniente del baño cesa. Unos minutos más tarde, Esther aparece en la puerta del salón, envuelta en una nube de vapor que huele a gel de cítricos. Su cabello, oscuro y todavía húmedo, cae en ondas sueltas sobre los hombros. Lleva una camiseta de manga larga de algodón gris y unos leggings negros que la hacen parecer una atleta. En una mano sostiene una toalla blanca; en la otra, un neceser pequeño.

Andrés tiene que hacer un esfuerzo para no quedarse mirando. «¿Qué opinará Mónica de esto?», piensa. No le va a gustar.

—¡Madre mía, qué ducha tan increíble! —exclama Esther, su voz cantarina llenando el salón—. Después del viaje, esto es una gozada. ¡Ah… qué bien huele! ¿Es café?

Andrés asiente y coge una taza limpia de la estantería.

—Recién hecho. ¿Quieres uno?

Esther asiente y le dedica una amplia sonrisa. Luego se acerca a Laura, dándole un apretón cariñoso en el hombro.

—Tienes el mejor padre del mundo, Laura.

Laura emite un gemido que podría significar muchas cosas.

—Ya, ya, pero no te acostumbres, que luego no querrás irte —bromea, guiñándole un ojo.

Esther se gira hacia Andrés, todavía manteniendo la perfecta sonrisa.

—En serio, Andrés, gracias por acogernos. Espero no ser una molestia. —Sus ojos, de un verde intenso, lo miran con una calidez que lo desarma.

—No es ninguna molestia —miente, volviéndose hacia la pila con un movimiento brusco. Su pijama, algo arrugado, se tensa en los hombros—. Me alegra verte, Esther. De verdad —añade mientras coloca su taza debajo del chorro de agua caliente. Ya que está, aprovechará para fregar los vasos usados de ellas.

Esther ladea la cabeza, como si captara algo en su tono, pero no dice nada. En cambio, se pasa la toalla por el pelo, un gesto despreocupado que hace que una gota de agua caiga al suelo.

—Hace una mañana espléndida. Deberíamos salir a dar un paseo después. Madrid está precioso en otoño.

Su entusiasmo es contagioso.

—Yo tengo lío en Jefatura —se apresura a contestar Andrés—. Pero id vosotras.

Laura asiente con gozo, ya planeando el día.

—Pero antes, Laura, cielo, no te olvides de recoger tu cuarto. —El tono maternal de Esther hace que Andrés apriete la mandíbula.

—Claro, ya mismo.

¿Ya mismo? Andrés no da crédito a lo que oye. Su hija nunca ha acatado una orden a la primera.

Siente el aire más denso, como si la energía de Esther ocupara todo el oxígeno de la sala. Es magnífica, no hay duda: su risa, su forma de moverse, su manera de hacer que todo parezca fácil. Pero también es una intrusa en su mundo ordenado. Y Laura, tan joven y moldeable, parece beberse cada palabra suya. ¿Y si Esther, con su carisma, le hace cuestionar las decisiones que él ha tomado por ella?

—Voy a ducharme —dice de pronto, dejando la última taza en el escurridor. Su voz suena más cortante de lo que pretendía—. No quiero llegar tarde.

Se dirige al pasillo, sintiendo las miradas de Laura y Esther en la nuca. Al pasar al lado de esta, nota sus dedos acariciándole la espalda. Es solo un instante, un gesto cariñoso e inocente. Pero le ha erizado el cabello.

—Vale, papá —responde Laura—. Nos vemos luego, ¿no?

—Claro —murmura él, sin volverse. Entra en el baño, cierra la puerta y apoya las manos en el lavabo, mirando su reflejo en el espejo empañado. La humedad del vapor y los matices cítricos de Esther aún flotan en el aire, un recordatorio de que su casa ya no es solo suya.

Suspira y abre el grifo de la ducha. El agua fría le salpica la cara, pero no logra mitigar el desasosiego.

Un desasosiego que aumentará solo unos minutos más tarde, cuando salga del baño y compruebe que ya son cuatro en casa.

# 45

Mónica se queda de piedra al introducir la llave en la puerta del piso de Andrés y entrar. La bolsa de papel llena de minicruasanes de mantequilla y zumos naturales, un detalle para Andrés y Laura, casi se le cae al suelo por la sorpresa.

Primero ve las Converse. Luego, la bufanda de colores y el neceser rosa sobre la mesa. La casa respira vida, pero no la que esperaba. Un murmullo de voces femeninas llega desde la cocina. Mónica frena en seco. Laura está allí, sentada sobre la encimera, riendo. Pero no está sola. Esther, la amiga de Andrés y Silvia, está de pie, exprimiendo naranjas con energía. Su cabello húmedo brilla bajo la luz, y una camiseta de manga larga se ajusta jodidamente bien a su figura. Mónica siente un pellizco en el estómago.

¿Esther? ¿Aquí?

Laura es la primera en verla. Levanta la mano.

—¡Mónica! Ey, hola, qué guay verte.

Mónica apenas asiente, casi ni la oye. Tiene los ojos fijos en Esther, que se gira con una sonrisa radiante.

—¡Mónica, guapa, qué sorpresa!

Deja el exprimidor y se acerca. Sin tocarla con las palmas manchadas de pulpa, la envuelve en un abrazo cálido que huele a cítricos y jabón. Mónica se tensa; la bolsa de cruasanes cruje contra su pecho.

—No sabía que venías, qué sorpresa.

La palabra clave está clara: sorpresa.

La voz de Esther es un torrente de entusiasmo, como si fueran viejas amigas. Eso desconcierta aún más a Mónica.

Fuerza una sonrisa, apartándose con suavidad.

—Sí, bueno, pasaba por aquí.

Se maldice por sonar tan cortante, pero esto la ha pillado a contrapié. Conoció a Esther el otro día, en el funeral, un encuentro fugaz entre condolencias, recuerdos y chupitos. No esperaba volver a verla. ¿Y ahora está aquí? ¿En casa de Andrés? ¿Sin avisar?

—Mira qué pintaza —dice Esther, señalando la bolsa. Es como si no notara su incomodidad—. Cruasanes, ¡qué detalle! Gracias, de verdad. Qué…

—¿Sorpresa?

Esther deja escapar un gemido exagerado, haciendo reír a Laura.

—Venga, quédate a desayunar —le dice a Mónica—. Estoy preparando huevos revueltos, tostadas, zumo… y el café está recién hecho.

Se mueve por la cocina con una naturalidad irritante: abre un armario, saca un plato… como si conociera cada rincón.

—No, gracias, ya he desayunado —miente, apoyándose en la encimera, aunque el aroma del café la tienta.

—¿Seguro? —insiste Esther, sirviendo café en una taza con la cita: «Modo humano: cargando…». Una taza que ella regaló a Andrés después de un mes saliendo juntos. «Hay que joderse», piensa—. Un cruasán, al menos. No me hagas sentir mala anfitriona. —Su risa es cristalina, y Laura se une, guiñándole un ojo a Mónica.

—De verdad, estoy bien —contesta, buscando una salida. «¿Dónde te has metido, Andrés?». Su voz suena más fría, y Laura frunce el ceño, pero Esther sigue imperturbable, removiendo los huevos en la sartén con un tarareo suave.

El sonido de una puerta al abrirse la salva. Andrés aparece en el pasillo, con el cabello mojado, el torso desnudo y una toalla atada a la cintura. Sus ojos se abren de más al verla, y una sombra de incomodidad cruza su rostro.

—¡Mónica! —exclama, deteniéndose—. ¿Qué haces aquí?

—Sorpresa —responde ella, señalando la bolsa, pero su tono es plano, casi acusador. Sus ojos se desvían sin querer a Esther, que se

gira con una sonrisa.

—Andrés, te he dejado el neceser en el cajón para que no se te moje —le avisa, como si fuera lo más normal del mundo. Mónica siente un calor subirle por el cuello. ¿El neceser? ¿En el cajón? ¿Quién es esta mujer para organizar las cosas de Andrés? Está a punto de soltar otra agudeza, pero se traga las palabras.

Andrés se frota la nuca, un gesto que Mónica conoce bien.

—Gracias —murmura, evitando su mirada. Se acerca a Mónica y la besa, pero sus movimientos son rígidos, como si caminara sobre cristales.

Mónica se cruza de brazos, mordiéndose la lengua. Quiere decir algo, preguntar por qué Esther está aquí, por qué nadie la avisó, pero no es el momento. No con Laura mirando.

—Bueno, me voy a Jefatura —dice finalmente, enderezándose—. ¿Vienes, Andrés? ¿O te quedas a desayunar? —Su voz es un filo, no una invitación.

—Sí, claro. Dame un segundo que me vista.

—Sí, vístete… —murmura ella entre dientes.

En el rellano, el aire es fresco, pero no alivia la tensión que se ha creado entre los dos.

—No me dijiste que Esther estaría aquí. —Ella no lo mira mientras bajan las escaleras.

Andrés suspira, ajustándose la chaqueta.

—No lo sabía hasta anoche. Laura la trajo sin avisar.

Mónica asiente con los labios apretados.

—Ya.

—Hablamos luego, ¿vale? Ahora solo quiero centrarme en encontrar al asesino de Alicia Toscano.

Mónica asiente, pero su silencio promete tormenta. Y ella, de pronto, no puede dejar de pensar en la fotografía de la boda de Andrés con Silvia. En cómo Esther lo tenía cogido del brazo. Y en el brillo de sus ojos.

# 46

Los neumáticos de la bicicleta zumban contra el asfalto mientras Rafael pedalea con furia. Le arden los pulmones; cada bocanada de aire frío es como un filo en el pecho. No ha dormido en toda la noche y se siente mareado, con la cabeza embotada y los ojos pesados. Ni siquiera ha intentado conciliar el sueño después de encontrar el nuevo sobre en la mesa, clavado a la madera con uno de sus cuchillos. ¿Cómo pensar en dormir después de eso?

*Quien no se ha escondido, tiempo ha tenido.* Siete palabras que no puede quitarse de la cabeza.

Esta mañana, antes de salir de casa, ha roto las fotografías en varios pedazos. Luego las ha tirado a la pila, las ha bañado en alcohol y les ha prendido fuego. No es que sirva de mucho, pues el autor de las amenazas sigue ahí fuera, pero el no tenerlas en el cajón le sienta como si le hubieran dado un balón de oxígeno.

Acelera el ritmo, con los muslos temblando al borde del colapso. En menos de veinte minutos estará en casa de Manuel. Es temprano y Manuel odia madrugar; le soltará una ristra de insultos cuando lo despierte a timbrazos. Que le jodan. Esto es urgente, una cuestión de vida o muerte. El dolor en las piernas ahoga un poco el pánico que le retuerce las tripas, lo suficiente para no darse la vuelta, encerrarse en casa y esconderse bajo las sábanas como un cobarde.

¿Quién sabe de los alquileres ilegales, además de Manuel? ¿Quién querría joderlo así?

Puntos brillantes danzan en su visión; el mundo se estrecha a un túnel borroso. Fija la mirada en el final de la calle, antes de la curva. El manillar vibra bajo sus manos sudadas.

Un destello a la izquierda lo saca del trance. Un crío en un patinete eléctrico cruza como una flecha, casi rozándole la rueda delantera. Rafael clava los frenos. El chirrido de las pastillas resuena en la calle desierta.

—¡Puto crío! —grita, con el corazón en la garganta.

El chaval ni se gira, perdido en sus auriculares.

—Malditos patinetes —farfulla, retomando el pedaleo con rabia.

Se lanza al centro de la ciudad, saltándose un semáforo en rojo. A esta hora, con el alba apenas despuntando, las calles están casi vacías.

Otro semáforo, otro cruce ignorado.

El viento le azota la cara, pero no refresca el calor que le sube por el cuello.

Últimamente, tiene la sensación de que no deja de correr.

Lo bueno de la prisa es que no es lo peor. Peor que la prisa es hacerse preguntas incómodas, sentir cosas que a veces no son agradables de sentir.

Peor que la prisa es sentarse un día tranquilamente y preguntarse: ¿y si todo hubiera sido un error?

Por eso Rafael va corriendo a todas partes. Porque la hiperactividad es más llevadera que la consciencia.

Pero tiene un problema colateral: la verdad nunca desaparece. Sigue ahí, oculta, y le carcome por dentro.

Porque las cosas no son lo que parecen, son lo que son.

Por eso, Rafael sigue pedaleando al límite de sus posibilidades y se ha saltado los últimos semáforos en rojo. Porque sabe que, si patina sobre un estanque helado y pierde velocidad, el hielo se romperá. Por eso. Pero a veces, solo a veces, es bueno que se rompa…

Una sombra parpadea frente a él, apenas un borrón.

¿*Ella*?

No puede ser…

Está en medio de la calle, ocupando el carril. Quieta. Imperturbable. Y lo está mirando con sus hermosos ojos de hielo. Un colgante con forma de gato brilla en su cuello, y no es la primera vez que lo ve.

Por instinto puro, sus manos aprietan los frenos. Nada. La bicicleta no se detiene y sigue disparada como una bala.

—¿Qué coño…? —murmura, apretando más fuerte por la desesperación.

Pero no surte efecto. Los frenos están muertos.

Consigue esquivarla con un movimiento brusco del manillar. Pero ahora está en el otro carril. Un mastodonte blanco se aproxima de frente. Una camioneta de reparto.

Rafael vuelve a tirar del manillar, pero es tarde. El frontal de la furgoneta lo engulle. Se oye un crujido, como si el mundo se partiera. Su cuerpo sale despedido, flotando un instante, ingrávido, antes de estrellarse contra el asfalto. Intenta apoyar las manos, pero el impacto es un relámpago: muñecas, brazos, hombros, todo se quiebra. El dolor estalla, cegador, y luego se apaga, reemplazado por un frío que se le cuela hasta los huesos. No puede moverse.

El silencio lo envuelve, roto solo por el zumbido de sus propios oídos.

Su vista, nublada, recorre el suelo. Ahí está la camioneta, a pocos centímetros, con el parachoques levemente abollado. Unas botas negras aparecen en su campo de visión, acercándose lentas. Una voz, lejana, como bajo el agua: «¿Estás bien?»

Pero Rafael no responde. No puede.

Antes de perder el conocimiento, pasea la mirada por la calle. Pero ella ya no está.

# 47

La reunión ha comenzado en cuanto Mónica y Andrés han cruzado la puerta. Rayco ya estaba allí, garabateando en un cuaderno. Mercedes, con el cabello recogido, ajustaba sus gafas frente a la pizarra. Ella tampoco quería perdérsela y ha convencido a Hannah para que se quedara en casa con Faina hasta su regreso.

Nadie ha protestado por una reunión a primera hora de un sábado. El caso de Alicia Toscano se ha convertido en prioridad, y no solo para el comisario principal; ellos también lo sienten así. Aunque, en este momento, Mónica no está pensando en el caso.

Piensa en Andrés. Y en Esther, cuya cálida sonrisa aún pesa en su memoria. Y en el bochornoso momento de esta mañana.

«No ha sido más que un malentendido —se dice a sí misma, intentando olvidarlo. Pero el tema se le resiste como una uña encarnada en el dedo pulgar del pie—. No te lo crees ni tú; una mujer que no te ha visto en años no se queda a dormir en tu casa.»

La sala de reuniones huele a rotulador. Desde su silla, Mónica observa la Casa de Campo a través del ventanal: el Palacio Real, la Catedral de la Almudena… Unas vistas espléndidas. También ve el funicular, una caja metálica suspendida de un cable a decenas de metros de altura sobre el parque. Antes volvería a dar a luz que subirse a ese trasto.

—Personalmente, tengo una imagen algo contradictoria de quién está detrás de todo esto —dice Andrés, recostado contra una de las sillas en torno a la gran mesa—. Parece que nos enfrentamos a una

persona mentalmente perturbada que, por otro lado, es cauta y metódica. Una combinación peligrosa.

Mónica lo escucha sin decir nada. De camino a la Jefatura, el silencio entre ellos ha sido un muro. Aprieta los labios, conteniendo las ganas de sacar el tema ahora. No es el momento.

Rayco mueve el bolígrafo pidiendo la palabra.

—No sabemos si quien mató a Alicia y a Encarnación Cortés es la misma persona. Y tampoco si es quien envía esas cosas a Pablo.

—No, pero tampoco hay nada que lo desmienta —replica Andrés. Mónica advierte que sus ojos apenas rozan los suyos cuando habla —. De momento, asumamos que todo guarda relación. Cuando terminemos aquí, llamaré a Goyo. Hay que presionarlo para que nos dé los resultados de la autopsia de Alicia y Encarnación. Puede ser vital conocer la causa definitiva de sus muertes.

Rayco arquea una ceja.

—¿Vas a llamarlo un sábado?

—Sí, Rayco. Esto no espera. En esto tenemos que empujar todos y hemos perdido demasiado tiempo. —Andrés señala la pizarra portátil con un bolígrafo—. Hace tres meses que Alicia desapareció y hasta ahora hemos estado dando palos de ciego.

Todas las miradas se centran en los retratos que forman un mosaico en el panel. Un rompecabezas que se burla de ellos.

—Tenemos dos muertas —resume Andrés, enderezándose—: Alicia Toscano y Encarnación Cortés. La primera, según sabemos, tenía sospechas de estar embarazada, aunque no se le conocía novio; por desgracia, es posible que nunca lo sepamos. La segunda tenía algo que declarar antes de ser asesinada. ¿Qué era? Es un misterio. Y luego tenemos a cuatro amigos: Darío Toscano, el padre de la chica; Manuel Requena, su profesor; Rafael Peinado y Pablo Lázaro. Este último estuvo en la feria la noche de la desaparición y, además, ha estado recibiendo extraños mensajes anónimos aproximadamente desde ese día. Mercedes, ¿has encontrado algo sobre el pasado de estos tipos?

Mercedes suspira, ajustándose las gafas.

—Por ahora, poca cosa. Rafael Peinado es el clásico hombre soltero de clase media. Sin antecedentes ni apenas presencia en

internet. Solo una web cutre de su inmobiliaria. Manuel Requena se mueve más por las redes, pero es puro postureo: cenas caras, copas, viajes… Nada útil.

—¿Y Pablo Lázaro? —insiste Andrés.

—Aún no he encontrado nada. Solo sus obras de arte. De su pasado, nada. Es un misterio. Pero seguiré buscando.

—No olvidemos que estuvo en la feria la noche de la desaparición y es el único que ha recibido esas cartas anónimas, según sabemos. —Rayco sigue mirando las fotos—. Además, su mujer, Teresa, se comportó de un modo extraño cuando le pregunté por Pablo. Estaba esquiva, como si midiera sus palabras.

Andrés asiente.

—Bien, pues nos centraremos en Lázaro.

Todos se quedan callados, contemplando el mural como si la respuesta al misterio fuese a materializarse sola. Andrés, Rayco y Mercedes están cómodos en silencio. Mónica, no. No lo soporta. Empieza a dar vueltas en la silla, juega con un bolígrafo y suspira teatralmente. Finalmente, se levanta y atraviesa la sala.

—Apuesto a que Manuel Requena está involucrado de alguna manera —dice, señalando su foto—. Es escurridizo, machista y un capullo. Se le ve a la legua.

Rayco asiente con la cabeza.

—Opino igual.

Mónica clava la mirada en Andrés, retándolo.

—¿Algo que objetar, jefe? —Quiere descifrarlo: su tono, sus gestos, esa maldita evasión. ¿Es Esther? ¿O solo está cansado?

Él abre la boca para responder, pero un estruendo lo interrumpe: Las Walkirias de Wagner explotan desde el móvil de Rayco, vibrando sobre la mesa.

—¡Por Dios, Rayco! —Mercedes se lleva una mano al pecho—. ¡Vas a matarme con eso!

Andrés se frota la frente, conteniendo una mueca. Mónica resopla con los brazos cruzados.

Rayco frunce el ceño, mirando la pantalla con expresión confusa.

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —pregunta Mónica.

Rayco muestra la pantalla de su móvil: *Número desconocido*.

Contesta y se lleva el teléfono a la oreja. Durante los escasos diez segundos que dura la conversación, la sala se hunde en un silencio tenso. El rostro de Rayco se endurece. Cuelga y traga saliva, como si las palabras se le atascaran.

Mónica se inclina.

—¿Quién era?

Rayco la mira, arquea las cejas y responde, golpeando la mesa con la punta de su dedo índice:

—Teresa, la mujer de Pablo. Estaba llorando. Dice que tiene algo que declarar. Y que no puede esperar.

# 48

Manuel clava los ojos en el móvil. Acaban de llamarlo desde una ambulancia. Una voz fría le ha informado de que Rafa va camino del hospital, con los huesos hechos trizas tras un choque con una furgoneta de reparto.

Suelta un bufido seco, incrédulo. ¿Rafa lo tiene como su contacto de emergencia? Qué patético. Al final, el imbécil lo ve como su gran colega.

Se deja caer en el sofá. Le han dicho que fue un accidente en bicicleta. Rafa, pedaleando como loco, invadiendo el carril contrario hasta estrellarse contra la furgoneta. Por un segundo, un pensamiento oscuro le cruza la mente: ¿y si no ha sido un accidente? ¿Y si el que manda esas malditas amenazas —las fotos, los recortes— ha decidido pasar a la acción? Sacude la cabeza, apartando la idea. No, Rafa es un torpe, siempre lo ha sido.

Pero el nudo en su estómago sigue ahí.

El lugar del choque lo inquieta más. A medio camino entre sus casas, más cerca de la suya. «¿Venía a llorarme, el muy idiota?», se dice, frotándose la mandíbula. Solo hay una posible razón: una nueva amenaza. Puede imaginarse a Rafa, con su cara de cordero degollado, buscando su consejo. Como si él tuviera respuestas. Como si no estuviera hasta el cuello en el mismo fango.

¿Quién sabe lo de los pisos y lo de sus aventuras? ¿Quién quiere joderlos?

Manuel se levanta, reflexionando sobre sus próximos movimientos. Ha asumido riesgos y ha perjudicado a mucha gente en su vida: amigos, socios, mujeres… Pero esto es nuevo. Demasiado personal. No lo tenía previsto para nada.

Se acerca al escritorio y enciende el portátil. La pantalla ilumina su rostro, reflejando unas ojeras que se niega a admitir. Mientras carga la web del banco, hace crujir sus nudillos con impaciencia. Hay que revisar las cuentas, calcular cuánto puede sacar antes de que todo se derrumbe.

El cursor parpadea sobre los números. No está mal. Lo suficiente para largarse lejos, a algún país donde nadie lo encuentre. ¿Tailandia? ¿México? Un sitio con sol, cerveza barata y mujeres que no hagan preguntas. Se permite un instante de reflexión con los ojos perdidos en la pantalla. ¿Quién está detrás de todo esto? De repente, un rostro destella en su mente como un relámpago.

«¿Podría ser…? No, imposible».

Aprieta los dientes, descartándolo. No hay tiempo para conjeturas. Hay que moverse. Salvar el pellejo.

Se recuesta en la silla con los brazos tras la nuca. Si se va, los niños no serán un problema. Ya son mayores; que se espabilen. Y Blanca… que se busque la vida. Siempre ha sido una sanguijuela, aferrada a su cartera. Dejará algo en las cuentas, claro, no es un monstruo. Pero que trabaje, joder. No puede esperar que la mantenga para siempre. No es su maldita responsabilidad.

Y luego está Paula. Su ultimátum aún le retumba: «Tu mujer o yo».

Manuel suelta una risa amarga.

—¿Mi mujer o tú? ¡Ninguna, idiota! —farfulla, frotándose los ojos. Las mujeres y su manía de complicarlo todo. Paula fue divertida, pero ya está. Punto final.

Todo bajo control. No ha dejado huellas. Los niños lo entenderán con el tiempo. Y si no, que les den. Él se ha ganado cada euro a pulso y tiene derecho a salvar su cuello. A empezar de cero, sin mirar atrás.

Con todos estos pensamientos sobrevolando su cabeza, apaga el portátil, coge el abrigo del perchero y sale de camino al hospital.

# 49

Teresa tarda menos de treinta minutos en llegar a la Jefatura tras hacer la llamada telefónica. Tiene los ojos enrojecidos y sus manos retuercen un pañuelo. Por su expresión, parece que en cada célula de su cuerpo el agotamiento está batallando con la angustia, y que es una lucha reñida.

Es sábado por la mañana y la oficina está casi desierta, por lo que la acomodan en el sitio de Rayco para que se relaje y pueda hablar con la mayor confianza posible. La sala de reuniones —por la pizarra llena de fotos, nombres y flechas— y la de interrogatorios —demasiado hostil, con sus paredes grises y su mesa metálica— han quedado descartadas.

Rayco se sienta a su lado y le posa una mano en el brazo. Andrés, Mercedes y Mónica permanecen de pie, formando un semicírculo a su alrededor.

—¿Qué ocurre, Teresa? —La voz del canario es cálida y calculada. No es casualidad que sea él quien tome la iniciativa; los cuatro lo han acordado antes de que la mujer llegara. Rayco es su vecino y Teresa lo conoce. Su rostro familiar la anclará.

Teresa tiembla. Sus labios están entreabiertos, pero solo suelta hipos y sollozos entrecortados.

—Teresa, vamos, tranquila —insiste Rayco, paciente.

—Tengo… tengo miedo —murmura ella finalmente, con voz quebrada—. Por los niños. Por mí.

Rayco frunce el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Es… Pablo.

—¿Qué pasa con él?

La mujer respira aceleradamente, de manera angustiosa y con los ojos desorbitados, como si acabara de salir al aire libre de las profundidades de la tierra.

—Últimamente está muy raro. A veces, por las noches, murmura en sueños. Me da miedo.

—¿Por qué te da miedo, Teresa?

—La noche de la desaparición de esa pobre chica… —Sus ojos van de un lado a otro, como pájaros en busca de una rama segura —, Pablo llegó a casa tarde. El otro día te dije que no me acordaba.

—Pero no es así —deduce Rayco.

Ella niega. Las lágrimas empapan su rostro.

—Te mentí. Pablo llegó… llegó con la ropa cubierta de sangre.

Los cuatro policías intercambian una mirada tensa. Mónica siente un escalofrío mientras su mente vuelve a la sala de reuniones, donde el nombre de Pablo Lázaro ocupa un lugar destacado en la pizarra. El artista místico acaba de ascender al primer puesto de la lista de sospechosos.

Rayco vuelve a centrarse en Teresa.

—¿Te dio explicaciones del porqué de la sangre? —pregunta.

—Esa noche no. Me hice la dormida. Pero lo vi entrar al baño para limpiarse.

—¿Y no le preguntaste al respecto?

—Lo hice ayer. Me dijo que se había caído con la bici, que no tenía importancia. —Teresa se cubre la boca, ahogando un sollozo—. Pero he bajado al garaje… y la bicicleta está intacta.

Mónica no aguanta más sin intervenir. Se sienta al borde del escritorio y pregunta:

—Teresa, ¿estás sugiriendo que tu marido mató a Alicia Toscano?

La mujer se derrumba. Hunde su rostro en las manos, con los hombros sacudidos por los llantos.

—Dios mío… Dios mío… —farfulla, asintiendo apenas.

En ese instante, la mano de Andrés se apoya en la espalda baja de Mónica, que da un respingo. Un gesto breve, casi imperceptible.

Una disculpa muda. Ella siente la rabia luchando con el alivio, pero el segundo vence. No se miran. Y no hace falta.

Rayco carraspea, rompiendo el silencio.

—Teresa, ¿qué sabes de su pasado?

—Poca cosa. Lo conocí hace unos años en Madrid. —Se limpia las mejillas con el pañuelo—. Nos casamos, tuvimos hijos. Sus padres murieron, no tiene familia. Creo que se crio con un matrimonio de acogida. Pero nunca habla de eso.

Rayco intercambia una mirada con Mónica, sus cejas ligeramente alzadas. No es mucho, pero es un hilo del que tirar. Mercedes, sin levantar la vista de su cuaderno, escribe con rapidez. El roce de su bolígrafo resuena en el silencio de la oficina.

Andrés, que hasta ahora ha permanecido en un segundo plano, se inclina hacia Teresa.

—¿Y no te parecía extraño? —dice, suavizando el tono para no presionarla demasiado—. Que alguien oculte de esa manera su pasado, quiero decir.

Teresa duda, sus dedos aferrados al pañuelo. Mira al suelo, como si buscara las palabras en las baldosas desgastadas.

—Al principio no. Estaba enamorada. Pensé que era reservado, nada más. Pero ahora… —Su voz se quiebra otra vez—. Ahora no sé quién es el hombre con el que duermo.

En ese instante, a Andrés le suena el teléfono en el bolsillo. Cuando responde a la llamada, da un respingo.

—¿Cómo dices? ¿Puedes repetirlo? —Andrés mira con estupefacción a Mónica, que trata de oír en vano lo que dicen al otro lado de la línea—. De acuerdo, entendido. Estamos liados en Jefatura. Te volveré a llamar.

Cuando cuelga el teléfono, les hace una señal para que se aparten un par de metros, al margen de Teresa. Luego, informa:

—Rafael Peinado está ingresado en el hospital de Sanchinarro. Salió con la bici esta mañana y una furgoneta lo ha arrollado.

Los dedos de Mónica se crispan contra sus brazos mientras busca a Rayco con la mirada.

—Maldita sea —susurra este—. ¿Qué coño está pasando aquí?

# 50

«En realidad, nada ha cambiado», piensa Darío, hundiendo la mano en la guantera. Sus dedos tiemblan al rozar el vidrio frío de la botella de whisky. La saca y desenrosca el tapón, que cae bajo el asiento.

Nada ha cambiado, se repite, pero todo es mentira. Ayer, antes de que Andrés Gordillo confirmara lo peor en el pabellón, aún había un hilo de esperanza. Ahora, solo queda un cuerpo que enterrar y un vacío que lo engulle todo.

Sus peores presentimientos resultaron ciertos, pero, joder, cómo desearía haber estado equivocado.

Pega un trago largo, el licor abrasándole la garganta, pero ya ni siquiera eso le provoca una mínima reacción. No siente nada. Ni el ardor ni el frío del volante bajo sus palmas. Está anestesiado, es un hombre hueco.

¿Cómo vivir sin Alicia? La pregunta lo atraviesa. ¿Cómo será despertar cada día sabiendo que su hija yace en una tumba? Un padre no debería enterrar a su hija. Lo ha oído mil veces, pero ahora es una verdad que le corta la respiración.

Alicia, su niña de diecisiete años, con esa sonrisa que iluminaba cualquier sombra, esa dulzura que nunca hizo daño a nadie. Lista, cariñosa, incapaz de meterse en líos. Ni drogas, ni chicos, ni problemas. Solo sueños, los que Darío guardaba para ella: por ejemplo, le habría encantado conocer al primer novio de Alicia cuando ella, titubeando, fuera torpe y tímida al presentarlo en casa por primera vez. Lloraría en su graduación, y aún más en su boda,

cuando la acompañaría hasta el altar. Tal vez pronunciaría unas palabras, hablaría demasiado, con demasiado sentimentalismo, y referiría demasiados detalles de cuando eran niños. La ayudaría a mudarse a su primer apartamento, a transportar las cajas, a pintar y montar muebles. Incluso había empezado a fantasear con los nietos, aunque aún faltaban muchos años para eso. Iba a convertirse en el mejor abuelo del mundo, siempre dispuesto a ayudar y a malcriarlos. Les daría chucherías antes de la cena y helado después. Les compraría juguetes de más.

Todo arrancado de cuajo.

¡Era tanto lo que le habría gustado vivir con ella!

Gira la cabeza hacia el parque. Madrid Río. Un grupo de adolescentes arma jaleo en un banco, las chicas gritando insultos que suplican atención y los chicos pavoneándose con cigarrillos mal sostenidos, poses despreocupadas y miradas de falsa indiferencia. «Mientras esas putas y esos fumetas siguen comportándose como animales salvajes, mi hija está muerta», se lamenta para sí. La injusticia le quema las entrañas, un fuego que el whisky no consigue apagar.

Sí, *injusticia* es un término demasiado suave.

¡Qué no daría por una hora más con ella, una sola!

Un sollozo se le escapa. Cierra los ojos, liberando las lágrimas, que resbalan libres por su mentón sin afeitar. El recuerdo de Luisa, su esposa, lo golpea. Las noches que ella velaba junto a la ventana, esperando a Alicia, con un cigarro que apenas fumaba. «Me apetece un poco», mentía, y Darío se reía, llamándola exagerada. Cuando Luisa murió, él tomó su relevo: noches en el sofá, fingiendo ver películas malas hasta que las llaves de Alicia sonaban en la puerta.

—No tenía sueño —le decía, fingiendo despreocupación, aunque los bostezos no los podía reprimir—. Me he enganchado a esta peli.

Siempre había una peli mala a la que engancharse mientras esperaba a su niña.

Pero ahora ya no serán necesarias, porque ella nunca más volverá a casa. Su abrigo sigue colgado del perchero, con los últimos resquicios de su perfume todavía atrapados en la tela. No se ha atrevido a tocarlo en todos estos meses.

Otro trago, más largo esta vez. El piloto del freno de mano empieza a brillar borroso en el salpicadero.

De pronto, siente una presión en el hombro, como una mano suave.

—No llores, papá —susurra una voz que no puede ser real. Parpadea. El coche está vacío, por supuesto que lo está.

«Basta de alcohol», se dice, limpiándose la cara con la manga. Guarda la botella. Sus dedos encuentran el crucifijo que cuelga de su cuello, un regalo de Luisa. Lo aprieta hasta que duele, como si pudiera invocar respuestas. Ha rezado mucho: por Luisa en el hospital, por Alicia cuando desapareció. Nada sirvió. Luisa murió. Alicia murió. ¿Dónde está el plan divino? ¿Qué sentido tienen las súplicas si Dios no escucha? Con un gruñido, arranca el colgante, lo enrolla en una bola y lo lanza por la ventanilla. El río se lo traga, un destello dorado que desaparece.

Mira el caudal, hipnotizado. Nada le impide arrancar, pisar el acelerador y dejar que el agua lo devore con el coche y todo. La idea lo seduce, un alivio oscuro.

«¡No!» Se golpea la frente con la palma. «¡Piensa en Lucas, idiota!»

Lucas, su hijo pequeño, aún lo necesita. No puede rendirse.

Un chillido desde el parque lo hace girar la cabeza. Una chica, apenas mayor que Alicia, insulta a un tipo con gorra ladeada y piercing en la nariz. «¡Hijo de puta!» grita, pero su sonrisa traiciona el enfado, ruborizada mientras vuelve a su lado. Darío aprieta el volante.

—Eso, vuelve a por más —murmura—. Hasta que sea tarde. Estúpida…

La rabia lo carcome, la misma que sintió anoche en el bar, cuando Pablo, con sus ojos esquivos y manos temblorosas, le dijo que había visto a Alicia en la feria. Darío quiso romperle la cara allí mismo. Tendría que haber sido él, su padre, quien la viera por última vez, no Pablo. Sacude la cabeza, intentando calmarse. Pero está siendo irreflexivo. Pablo no tiene la culpa de nada.

—Él no tiene la culpa… —se repite.

Se queda en el coche con el motor en silencio, masticando esas palabras que le saben a mentira. Poco más tarde, cuando el piloto del freno de mano vuelve a mostrarse nítido, sube la ventanilla, arranca y vuelve a casa.

Lucas estará esperándolo para comer.

# 51

Teresa deja sonar el teléfono. Es Darío Toscano, según indica la pantalla del móvil. Su dedo vacila sobre el botón de rechazar, pero no lo pulsa.

Es la segunda llamada en diez minutos. ¿Qué querrá?

No importa, no tiene ganas de hablar con él. Y menos ahora. No han hablado en años, desde que Luisa murió y las cenas de las dos parejas pasaron a ser un recuerdo borroso. El zumbido cesa y el silencio, pesado y cargado de ecos, regresa a la cocina. Teresa se abraza a sí misma, con los brazos cruzados sobre el jersey, luchando por contener el temblor que recorre su cuerpo.

Hace apenas media hora que ha vuelto de la Jefatura de Policía, con la garganta aún seca por las palabras que pronunció allí y que ahora le pesan:

*Pablo llegó con la ropa llena de sangre*.

Siente que ha abierto una grieta en su matrimonio, una que nunca se cerrará.

Siguiendo el consejo de Rayco, ha acudido a su hermana.

—Tu casa no es un lugar seguro —le ha dicho él al salir del edificio de Jefatura—. Deberías alejar a tus hijos de allí.

No necesitaba más. Inmediatamente ha llamado a su hermana y, sin darle explicaciones, le ha pedido que se llevara a Inma y Bruno con ella.

Las rodillas le tiemblan, así que se sienta en una silla de la cocina. La luz de la tarde se cuela por la ventana, pintando sombras

largas en las baldosas del suelo. Cierra los ojos y recuerda a Darío y Luisa. Las risas en los cumpleaños, los vasos de pacharán en las cenas, la forma en que Darío siempre escuchaba con atención las historias de Pablo, algo raro en su marido, que apenas se abría con nadie. Pablo, el hombre reservado que solo parecía relajarse con Darío, como si compartieran un lenguaje secreto.

Cuando Luisa murió, Teresa quiso acercarse, llevarle a Darío una bandeja de comida, un abrazo, algo. Pero no reunió el valor y dejó que el silencio creciera entre ellos. Y ahora, la muerte de Alicia, su hija, lo ha cambiado todo. Porque Teresa lo sabe: Pablo estaba en la feria esa noche. Volvió a casa con sangre en las manos, en la ropa, y desde entonces no es el mismo. Murmura en sueños. Sus ojos, antes cálidos, ahora esquivan los suyos, y cada evasiva es un clavo en el ataúd de su confianza.

Se frota las sienes, intentando alejar la culpa. ¿Es una mala esposa por haber ido a la policía? No, se dice, apretando los dientes. Lo ha hecho por Inma y Bruno. Por protegerlos. Si Pablo mató a Alicia, si alguien lo está castigando con esos sobres llenos de recortes que llegan al buzón, no puede permitir que salpique a sus hijos.

*Deberías alejar a tus hijos de allí…*

El sonido de la puerta la saca de sus pensamientos y la pone en tensión.

—¿Hola? —grita con voz temblorosa—. ¿Pablo?

Él entra sin responder, colgando el abrigo en el perchero con movimientos lentos, casi mecánicos. La luz de la entrada perfila una figura de hombros encorvados.

—¿Cómo estás? —insiste Teresa, poniéndose de pie y acudiendo a su encuentro con las manos entrelazadas a la altura del regazo.

Pablo no la mira. Pasa a su lado, con la mirada fija en el hueco de la escalera. La casa está en silencio.

—¿Dónde están los niños? —pregunta con voz áspera, cortante.

—Con mi hermana. —Teresa lo sigue—. ¿De dónde vienes? No tienes buena cara.

—Del centro comercial. Tenía que hacer unos recados. —Su tono es seco, evasivo, como siempre últimamente.

Teresa traga saliva.

—¿Seguro, Pablo? Tu coche lleva toda la mañana en el garaje…

Él se detiene en mitad de la escalera. Se gira lentamente.

—¿Por qué siempre tienes que cuestionar todo lo que digo? —Su voz sube en un rugido contenido—. ¡Me tienes harto, Teresa! Deja de perseguirme las veinticuatro horas, joder. ¿Y por qué demonios están los niños con tu hermana?

Ahí está de nuevo, la ira bullendo a borbotones. Teresa se queda quieta, mirándolo. Esperando. Casi desafiándolo. Y entonces, desde el salón, Rayco emerge. Lleva unas esposas en la mano.

—Hola, Pablo —dice, con una voz que no es la de un vecino, sino la de un policía—. ¿Podemos hablar?

Teresa esperaba la aparición, y aun así no puede evitar aguantar la respiración.

Pablo se queda petrificado, su rostro pasando de la ira a la confusión. Mira a Rayco, luego las esposas, y finalmente a Teresa. No hay rabia en sus ojos ahora, solo una profunda decepción. Por primera vez, Teresa siente que, tal vez, se ha equivocado.

—¿Es una broma, no? —Pablo fuerza una sonrisa torpe—. Vamos, Rayco, ¿qué pasa?

—Tenemos que hablar, Pablo —repite Rayco, acercándose más, firme pero con prudencia, como acecharía un domador de tigres a su bestia.

Pablo señala las esposas.

—Esas no son necesarias. Podemos hablar aquí, no tengo nada que ocultar. ¿Te saco una cerveza?

—Será mejor que vayamos a Jefatura. Por favor, dame tus manos. Y te aconsejo que no te resistas.

Pablo parpadea, como si las palabras no encajaran en su cabeza. Mira a Teresa otra vez, y esa mirada —fría, rota— le dice todo lo que no quiere escuchar: *Tú me has hecho esto*. Sin una palabra más, baja las escaleras y extiende las manos. El chasquido de las esposas resuena en la casa como un disparo.

Minutos después, Teresa está en la ventana de la cocina, sus uñas clavándose en la madera. Ve cómo Rayco mete a Pablo en el coche patrulla, aparcado una calle más abajo. Le duele ver a su

marido con la cabeza gacha y los hombros hundidos como un delincuente.

Los vecinos cotillean desde las aceras y las ventanas cercanas; Teresa casi puede oír sus cuchicheos. Serán la comidilla los próximos días. Qué asco. Pero hay algo más. Al final de la calle, detenido en un cruce, hay un coche oscuro, familiar. Cuando Rayco arranca, el coche lo sigue, deslizándose como una sombra antes de desaparecer tras la esquina.

Teresa baja la mirada al móvil, que descansa en la encimera. La pantalla se ilumina de nuevo.

Sus dedos tiemblan. Y esta vez, responde a la llamada.

—¿Darío?

# 52

El cuerpo de Rafael es un mapa de suturas, vendas y yesos. La cirugía de urgencia ha recompuesto sus brazos destrozados, además de un par de costillas fracturadas. Pero el dolor persiste como un latido sordo bajo la morfina.

—Ha tenido suerte —le dijo el médico, con frialdad profesional—. Ninguna lesión ha afectado a la médula espinal. Podría haber perdido la movilidad.

Suerte. La palabra le sabe a burla.

Gira la cabeza hacia la pared. Su cuello, rígido, protesta. Preferiría que la furgoneta lo hubiera borrado del mapa, que le hubiese arrancado el dolor y la culpa que le llenan el pecho. En la ambulancia, con las sirenas aullándole en los oídos y el cuerpo gritando a cada bache, lo comprendió todo. Como un relámpago, supo quién los acecha y los odia. Quién mató a la hija de Darío. El pasado los ha encontrado, y ella —esa sombra con ojos de hielo— no parará.

Sus brazos, escayolados, cuelgan en cabestrillos. Las piernas son un peso muerto. El médico duda de que vuelva a montar en bici o nadar en algún tiempo. A Rafael no le importa. La bicicleta, el agua, todo eso murió en el asfalto.

Hace unas horas, nada más despertar de la anestesia, el rostro de Manuel ha irrumpido en su campo visual. Por un instante, ha creído haber muerto y caído en el infierno. Su amigo, con esa sonrisa torcida, fingía preocupación al pie de la cama.

—¿Cómo estás? —le ha preguntado, como si de verdad le interesara. Para Manuel, él siempre ha sido como una simpática mascota que a veces se mea en la alfombra.

—¿Has venido a regodearte un rato? —le ha preguntado él, quien claramente no estaba de humor.

—Pues sí, Rafa, exactamente a eso he venido. Estaba en casa esta mañana, pensando en la hija muerta de Darío, en que mi mujer me odia y en que alguien nos está amenazando por correo postal, y me dije: «¡Eh! ¿Sabes qué estaría muy bien ahora? ¿Sabes qué podría ser la guinda del pastel? Pues ir al hospital a regodearme un poco a costa de mi amigo Rafa». A eso he venido. Ah, y cuando salga de aquí, me iré al río a ahogar a un cachorrito.

—Estoy bien, sobreviviendo —ha gruñido Rafael—. Por cierto, el sarcasmo sobraba.

Manuel se ha inclinado con los ojos entrecerrados.

—¿Qué te pasó? Dicen que perdiste el control, que invadiste el carril contrario.

—Sí.

—Fue cerca de mi casa. ¿Venías a verme?

—Sí.

—Bueno, pues aquí estoy —ha dicho, abriendo los brazos—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Es ella. —La calma helada con la que ha respondido lo ha sorprendido hasta a él.

—¿A qué te refieres?

—Las amenazas. El accidente. Alicia. Fue ella.

Manuel ha soltado una risa nerviosa.

—¿Qué? ¿Sabes quién está detrás? ¿Quién coño es ella?

—Ya lo sabes, idiota. Y sí, vendrá a por nosotros también. Creo que nos está reservando para el final.

Manuel ha empezado a reír, pero el sudor en su frente lo traicionaba.

—Creo que los calmantes te están provocando alucinaciones, amigo.

—No. Por primera vez en mucho tiempo, pienso con lucidez. —Ha hecho una pausa, aguardando a que Manuel dijera algo. No lo hizo

—. ¿Sigues sin pillarlo, no? ¿Has jodido a tanta gente que no la recuerdas? —Lo miraba fijamente, con ojos nublados pero firmes—. Para mí ha sido muy sencillo. Es la única persona a la que le he hecho daño en mi vida. Ella. Y me arrepiento. Tú, en cambio, no te has arrepentido nunca, ¿verdad, Manuel?

Manuel se ha quedado mirándolo como si estuviera ante un desconocido.

—¡Que te jodan!

—Que te jodan a ti.

—¡Ahí te quedas, lisiado! —Manuel ha salido hecho una furia de la habitación, dando un portazo.

Ahora, solo en la habitación, el techo blanco lo observa con indiferencia. Rafael cierra los ojos y recrea esas imágenes que había relegado a un punto recóndito de su memoria. Con el paso de los años, es como si nunca hubiera ocurrido. Una sola vez se hicieron patentes, durante aquella cena informal en casa de Luisa y Darío, en que todo estuvo a punto de desmoronarse. Los secretos, las mentiras, el daño que infligieron. Pero los muros resistieron y Rafael volvió a almacenar los recuerdos en lo más hondo, en los recovecos más tenebrosos de su cerebro.

Vuelve a abrir los ojos y se mira las manos, inútiles por el yeso. No hay escapatoria. El accidente no fue casualidad; los frenos saboteados, la sombra en la calle… todo apunta a ella. La misma que mató a Alicia. Ella es quien les manda esos mensajes misteriosos para volverlos locos. El pasado los reclama, y Rafael no huirá. Ella ya puede venir a llevárselo si quiere. Está listo para enfrentarse a ella, y esta vez no saldrá corriendo.

# 53

Rayco se apoya contra la pared de la sala de interrogatorios y cruza los brazos. Sus ojos están fijos en Pablo Lázaro, esposado a la mesa metálica. Este tiene la camisa arrugada y una sombra de barba que lo hace parecer más viejo de lo que es.

Rayco todavía siente la tensión de antes, en casa de Pablo. Decir que ha sido violento es quedarse corto. Llevárselo así, por sorpresa, delante de su mujer, su delatora… Es extraño; a pesar de que Pablo le pareció un tipo reservado desde el minuto uno, jamás lo imaginó como un asesino. Y mucho menos como alguien que haría daño a la hija de su mejor amigo.

—Tu mujer está bastante preocupada. —Andrés se inclina hacia Pablo, apoyando las manos en la mesa—. O mejor dicho, desesperada. ¿Por qué está así?

Pablo se encoge de hombros. Su postura es relajada, casi insolente, pero Rayco nota un tic en su mandíbula, un leve temblor.

—Ella dice que la noche del 25 de agosto llegaste a casa tarde y…

—¿Y qué?

—Con sangre en la ropa.

Pablo no parpadea. Su mirada se endurece, pero no pierde la compostura.

—Así es —admite, cruzando los brazos como un escudo—. Mi querida esposa os ha dicho la verdad. —Pronuncia la palabra *querida* como si le dejara un mal sabor de boca.

—¿Y cómo explicas eso? —Andrés no aparta la mirada de él.

Pablo suspira, se recuesta en la silla y estira las piernas, como si estuviera en una cafetería y no en una sala de interrogatorios.

—Me caí con la…

—…con la bicicleta, lo sabemos —lo interrumpe Mónica, terminando la frase por él—. ¿Qué hacías con la bici un sábado por la noche?

Rayco sigue observando en silencio. La historia de Pablo suena plausible, pero hay algo que no encaja. La bicicleta intacta en el garaje, según Teresa. La sangre. Los recortes de papel. Y esa actitud, esa mezcla de chulería y evasión que no concuerda con el Pablo que conoce. O que creía conocer. Rayco piensa en Darío, en el dolor que lo consume desde que Alicia desapareció. Si Pablo está mintiendo, si él tuvo algo que ver… Rayco aprieta los puños, conteniendo el impulso de intervenir.

—Salí a rodar por la tarde —explica Pablo, mirando a Mónica con una calma que parece ensayada—. De regreso, paré en la feria. —Rayco nota un quiebre en la voz de Pablo al decir «feria»—. Me tomé un par de cervezas. El ambiente estaba animado, ya sabéis, las fiestas de Sanse. En agosto, a las diez de la noche, aún hay luz. Me quedé un rato, me entretuve. Bebí un poco más de la cuenta, lo admito. —Hace una pausa, y por un instante, su mirada se pierde en la mesa, como si viera algo que los demás no pueden—. Como ya dije el otro día, vi a Alicia de lejos. Ella no me vio a mí. Todo parecía tan… normal. Más tarde, volví a casa. Estaba borracho. Por el camino, perdí el control de la bici y me caí. Me raspé las manos y me manché la ropa. Fin de la historia. ¿Vais a arrestarme por circular en bici borracho?

Rayco frunce el ceño. La palabra *normal* resuena en su cabeza como un eco fuera de lugar. ¿Qué es normal en una noche en la que una chica de diecisiete años desaparece para siempre? Mira a Andrés, que intercambia una mirada rápida con Mónica. Los dos están pensando lo mismo: Pablo está ocultando algo.

—¿Eso es todo? —Mónica deambula por la sala. Sus tacones resuenan contra el suelo—. ¿Unas cervezas, una caída y ya?

—Exacto.

Mónica le dedica su sonrisa más ácida.

—¿Por qué no nos cuentas qué pasó *realmente*? —pregunta, endureciendo el tono.

Pablo suelta una risa seca, casi burlona.

—Acabo de decíroslo. ¿Qué más queréis?

—Mientes.

Pablo alza una ceja, ladeando la cabeza.

—¿Miento? Creo que es tu palabra contra la mía, inspectora.

Rayco siente un nudo en el pecho. ¿Fue capaz Pablo de hacer algo así? Se pregunta si el hombre que juega al pádel en su urbanización y pinta hermosos paisajes podría haber matado a Alicia. Y luego se pregunta si sus hijas estarán a salvo. Aprieta los puños. Piensa en Faina, riendo en los columpios, con sus coletas al viento, y luego imagina a Pablo, tras las cortinas, mirándola por la ventana. La idea lo revuelve.

—¿Qué tal si te tomas esto un poquito en serio, Pablo? —interviene por primera vez—. Está muriendo gente.

—Lo sé, Rayco, y lo siento. —Al dirigirse a él, Pablo suaviza su tono de voz—. Pero estoy cansado. Y no sé qué más decir. Ya he contado lo que pasó.

Andrés da un paso al frente para intervenir:

—Rayco dice que has recibido unas cartas un tanto… extrañas —dice, señalando a Rayco con un gesto breve.

—Sí.

—¿Por qué no quieres denunciarlas?

—No son nada —responde, encogiéndose de hombros otra vez, pero la chulería suena forzada ahora—. Una chiquillada. Algún idiota con demasiado tiempo libre, seguramente.

—¿Han vuelto a amenazarte? —insiste Andrés.

—¿Quién ha hablado de amenazas? —replica Pablo, alzando la voz con los ojos encendidos—. ¡No sé nada, joder! ¡Nada! ¡Solo quiero que me dejen en paz de una maldita vez!

Su estallido resuena en la sala, y Rayco siente un escalofrío. Pablo aparta la mirada, clavándola en la pared. Hay algo en él, una fractura que Rayco no había visto antes. Parece perdido, como fuera de lugar; no solo en la sala de interrogatorios, sino en su vida en

general. Siempre lo ha pensado, desde que lo vio por primera vez en la urbanización, y en esta ocasión más aún. No se olvida de lo que les dijo Teresa sobre los desvaríos repentinos de Pablo.

Respira hondo, decidido a probar algo diferente. Se aparta de la pared, dando un paso lento hacia la mesa. No quiere romper el interrogatorio, solo cambiar el ángulo, hacer que se calme.

—¿Cómo están tus hijos, Pablo? —pregunta con voz suave, casi amistosa. Mónica y Andrés lo miran confundidos, pero él levanta una mano, un gesto sutil para pedirles que lo dejen a él.

Pablo parpadea, descolocado. La tensión en sus hombros se afloja un poco.

—Bien, son unos angelitos —responde, más calmado ahora, aunque su mirada sigue esquiva.

Rayco avanza un paso más.

—¿Les gustan los columpios? A Faina, mi pequeña, le encantan. No hay manera de sacarla del parque.

Pablo esboza una pequeña sonrisa, casi nostálgica. Rayco no entiende qué lo hace sonreír así, sobre todo cuando está esposado, acusado del asesinato de una menor de edad.

—Sí, mucho —dice Pablo, pensativo—. A mí siempre me dieron miedo, ¿sabes? Qué vergüenza, ¿no?

Suena distraído, como si estuviera soñando. Rayco espera, contiene el aliento. Hay algo entre líneas, como una tensión a punto de estallar. No se atreve a moverse, quiere dejar que el subconsciente de Pablo haga su trabajo. Al cabo de unos segundos, Pablo continúa. Pero ya no parece consciente de la presencia de los tres policías.

—A ella le encantaban —murmura, casi para sí mismo.

Rayco intercambia una mirada rápida con Mónica y Andrés. «Dejad que hable yo».

—¿A quién? —pregunta en un susurro, temiendo romper el hechizo.

Pablo no responde de inmediato. Su respiración se vuelve más lenta, como si estuviera en otro lugar, en otro tiempo. Luego, en voz muy baja, apenas audible, dice:

—A ella.

Un frío recorre la espalda de Rayco, como si alguien hubiera abierto una ventana en la sala. ¿Quién es *ella*? ¿Qué trata de decirle? ¿Se refiere a Alicia? Desde luego, Pablo no está allí. Está perdido, atrapado en un recuerdo que lo consume. Y a Rayco le gustaría saber dónde.

—¿Quién es ella, Pablo?

—Los faros me ofenden… ¡me ciegan! —Pablo entorna mucho los ojos y se protege con la palma de la mano, como si estuviera a cielo abierto en un día muy caluroso.

Rayco, Mónica y Andrés vuelven a mirarse sin comprender.

—¿Qué faros, Pablo? —pregunta Rayco, armándose de paciencia.

—Los del tanque. Dos ojos brillantes en la noche. Ella me reconoce. Y está asustada. Muy asustada…

—¿Tanque? ¿Te estás refiriendo a un coche?

—Está delirando —se queja Mónica—. Alicia no tenía edad para conducir.

Rayco se inclina hacia él.

—Pablo, tienes que concentrarte. ¿De qué mujer hablas? ¿Qué tanque?

Pablo respira hondo, parpadea, y de pronto está de vuelta. La ensoñación se desvanece, y con ella, la vulnerabilidad. Vuelve la chulería, la máscara.

—¿Puedo irme ya a casa? —pregunta.

Andrés niega con la cabeza.

—Ni lo sueñes —responde, metiendo las manos en los bolsillos—. Te quedas detenido hasta que sepamos qué hacías realmente en la feria y por qué volviste cubierto de sangre.

—Ya os lo he dicho —repite Pablo, alzando la voz—. Me caí de la maldita bici.

Mónica golpea la mesa. Pablo da un respingo y contiene el aliento, con la piel pálida bajo la luz fría. Rayco se estremece, pero no aparta la mirada.

—¡Cállate! —le espeta, mirándolo fijamente a los ojos—. Esto no es un juego.

Pablo aprieta los labios y clava la vista en la mesa.

—De momento, pasarás la noche en el calabozo —añade Andrés —. Y te sugiero que busques un abogado.

Rayco se inclina hacia él.

—¿Qué te pasa, Pablo? ¿Quién te está enviando esos recortes? Ayúdanos a ayudarte.

Pablo menea la cabeza, rascándose los brazos con fuerza, como si quisiera arrancarse algo de la piel.

—No puedo, Rayco —murmura con la voz rota—. Es imposible de explicar. Encerradme si queréis. No me importa.

Rayco lo observa, buscando una grieta, un indicio de lo que oculta. Pero Pablo está cerrado, impenetrable. Sus secretos son una caja fuerte, y ellos no tienen la combinación.

Andrés hace un gesto hacia la puerta, y Rayco entiende que el interrogatorio ha terminado. Mónica se levanta; tiene la frustración grabada en su rostro. Rayco sigue a sus compañeros, pero, antes de salir, echa un último vistazo a Pablo. Está inmóvil, con la mirada fija en la mesa y los hombros hundidos. No es el hombre que conoce. O tal vez nunca lo conoció.

En el pasillo, mientras un guardia se lleva a Pablo al calabozo, Rayco siente el peso de la incertidumbre. No tienen pruebas sólidas, solo sospechas. Pero la palabra *ella* resuena en su cabeza como un eco que no puede ignorar. ¿Quién es? ¿Y qué tiene que ver con Alicia? Rayco sabe que la respuesta está ahí, enterrada en el pasado de Pablo, y que encontrar esa verdad será como abrir una herida que nunca llegó a cicatrizar.

# 54

Nada más terminar el interrogatorio a Pablo Lázaro, Mónica y Rayco se han acercado al hospital para informarse sobre el estado de Rafael, amigo en común de Pablo, Darío y Manuel Requena, y de paso agitar un poco más el árbol, a ver qué cae.

—¿Te importaría contestar unas preguntas? —Mónica acerca una silla y le hace una seña a Rayco para que haga lo mismo. El olor a antiséptico le pica en la nariz, y los geranios rojos en la mesita tienen un color tan intenso que Mónica se pregunta si no serán de plástico.

Rafael, cuya cabeza hunde la almohada, no la mira; tiene los ojos fijos en el techo.

—Ya os habéis sentado, así que supongo que sí —responde, seco, sin intentar una sonrisa siquiera.

Mónica no puede apartar la vista de él. Tiene la piel hinchada bajo los ojos y los labios agrietados. Los brazos enyesados descansan torpemente sobre la sábana, y varias heridas de puntos en la cara completan el cuadro. Si el oficinista gris que conocieron el otro día presentaba un aspecto débil y lastimero, el hombre que ahora tienen frente a ellos es un ser cansado, destruido en todos los aspectos, como un superviviente poco convencido de que los vivos son los más afortunados.

Luego mira a Rayco. Está más callado de lo normal. Mónica tiene la impresión de que el interrogatorio de Lázaro y todo lo relacionado con él en este caso le está afectando especialmente a nivel personal.

Tal vez sea porque las familias se conocen, aunque es posible que el motivo tenga más que ver con el hecho de que una adolescente haya muerto asesinada en una zona tan pacífica y tranquila como en la que vive él. Hannah es casi de la misma edad que Alicia. Faina está creciendo muy rápido. Y Mónica puede comprender el miedo que siente su compañero al pensar que ellas podrían ser las siguientes.

Le hace un gesto con la barbilla, cediéndole la palabra. Él asiente con un movimiento casi imperceptible y se inclina hacia Rafael.

—¿Podrías darnos tu versión de lo que te ocurrió? —pregunta.

Rafael estira el brazo hacia un vaso de agua en la mesita, antes de caer en la cuenta de que no puede utilizar las manos. Sus dedos tiemblan un instante.

—Espera, yo te ayudo. —Rayco coge el vaso y sostiene la pajita cerca de los labios de Rafael. Este bebe, lento, con los ojos cerrados, como si el esfuerzo lo agotara.

Impaciente, Mónica tamborilea los dedos contra el brazo de la silla. Odia los hospitales, el olor, el silencio roto por pitidos lejanos. Odia esperar.

Rafael vuelve a apoyar la cabeza en los almohadones y empieza a hablar. Cuenta cómo salió en bicicleta, cómo los frenos fallaron y una furgoneta lo embistió. Su relato es plano, casi mecánico, pero hay algo en su tono, un quiebre sutil, que hace que Mónica entrecierre los ojos.

Su móvil vibra en el bolsillo. Lo saca disimuladamente, manteniendo la vista en Rafael. En la pantalla aparece ANDRÉS. Se sonroja solo con ver su nombre. Él todavía provoca ese efecto en ella.

*¿Cómo tienes la tarde?*

Escribe rápido, sus dedos volando sobre la pantalla.

*Estoy en el hospital con Rayco.*

*¿Visitando a Rafael Peinado?*

*Exacto.*

*¿Me cuentas cómo ha ido con unas cervezas de por medio?*

Los labios de Mónica se curvan sin querer.

*Solo si me invitas a cenar.*

*Te recojo a las ocho.*

Guarda el móvil con el calor aún en sus mejillas. Cuando alza la vista, Rafael ha terminado de hablar. Rayco garabatea en su libreta.

—¿Qué hora era cuando saliste? —pregunta Rayco.

—Las siete menos cuarto de la mañana —responde Rafael. Rayco lo anota sin vacilar.

Mónica se inclina hacia delante, con los codos en las rodillas.

—En tu primera declaración, dijiste que te fallaron los frenos.

—Sí.

—¿Te había pasado antes?

—No. Pero era una bici bastante vieja.

Mónica ladea la cabeza. Empieza a estar cansada de accidentes en bicicleta.

—Ya, pero invadiste el carril contrario. ¿También te falló el manillar?

Rafael traga saliva. Sus ojos son esquivos.

—No. Me… despisté. Había dormido mal. El fallo de los frenos me asustó. Perdí el control.

Rayco levanta la vista de su libreta, donde ha escrito «pérdida de control» y lo ha rodeado con un círculo.

—El accidente fue muy temprano y lejos de tu casa —observa—. ¿Adónde ibas?

Rafael no responde de inmediato. Sus dedos se crispan contra la sábana, un movimiento casi imperceptible.

—A ver a mi amigo Manuel —dice en voz baja.

—¿Con qué motivo?

—¿Se necesitan motivos para visitar a un colega? —Una sonrisa aflora a sus labios, pero se desvanece rápido.

Mónica siente un chispazo de irritación. Este tipo está escondiendo algo.

—¿Habéis averiguado algo? —pregunta Rafael, cambiando de tema—. Sobre Alicia.

—Es demasiado pronto —responde Rayco—. La información del forense puede tardar un tiempo en llegar.

Rafael carraspea y aparta la mirada. Sus ojos brillan, húmedos.

—El otro día mentí —admite.

Mónica se tensa.

—¿Cómo dices?

—Sobre las amenazas que recibió Pablo. Dije que no había recibido nada. —Rafael carraspea otra vez y vuelve la cara para que no vean que se le están llenando los ojos de lágrimas. Un carraspeo más, para que la voz aguante—: Pero mentí. He estado recibiendo sobres anónimos, fotos robadas de mí.

Mónica siente la rabia subirle por el pecho como un incendio.

—¿Y por qué nos dijiste que no? —espeta.

—No lo sé. Tuve miedo, supongo. No quería estar involucrado como Pablo… o como Manuel.

Mónica y Rayco intercambian una mirada molesta.

—¿Manuel Requena también está recibiendo amenazas? —inquiere Rayco.

Rafael asiente.

Mónica suelta un bufido, notando que se le agota la paciencia.

—Esto es grave, Rafael. Ocultar pruebas es un delito.

—¿Pruebas? —replica él, alzando la voz—. ¡Son solo fotos! ¿Qué tienen que ver con Alicia?

—¿Dónde están esas fotos? —exige Mónica.

—Las quemé.

En ese momento, nada le gustaría más a Mónica que romperle también las piernas a ese pelele. Rayco le lanza una mirada, pidiéndole calma.

—Descríbelas, al menos —dice Rayco.

—Solo fotos. Fotos mías. Robados. En el trabajo, en la calle… Como si alguien me siguiera.

—¿Y tienes idea de quién puede ser? —pregunta Mónica.

Rafael se queda quieto con la mirada perdida en el vacío.

—Fue ella —dice, de pronto.

Mónica se da cuenta de que Rayco está conteniendo la respiración y comprende que a ella le ha ocurrido lo mismo.

—Perdona, ¿qué has dicho? —pregunta—. ¿Quién es «ella»?

Algo cruza como un rayo los ojos de Rafael.

—No tengo ni idea —responde con firmeza.

—Pero has dicho «ella» —señala Mónica.

Rafael ladea la cabeza para toser. No es tos auténtica ni una manera de aclararse la garganta, se dice Mónica, sino un modo de ganar tiempo para poder pensar un poco.

—La letra de los sobres parecía femenina, así que di por hecho que se trataba de una mujer.

Mónica entorna los ojos. Mentira. Lo ve en su parpadeo rápido, en el modo en que aprieta los labios.

—Ya —responde, su voz cargada de escepticismo—. Alguien tiene una cuenta pendiente con vosotros tres: Pablo, Manuel y tú. Y por lo que sabemos, Darío no ha recibido nada, aunque ha obtenido un castigo mayor: la muerte de su hija. Esto no es casualidad. Las acciones de este tipo suelen sustentarse en un odio profundo y la cuestión es qué lo ha provocado. Me cuesta creer que no tengas una hipótesis.

Se lo queda mirando muy fijamente.

Rafael aparta la mirada.

—Un chiflado —murmura—. No se me ocurre otra cosa.

Mónica y Rayco cruzan otra mirada. No lograrán sacarle más información por ahora.

En el ascensor, el aire espeso del hospital se queda atrás.

—Tenemos que volver a hablar con Manuel Requena —dice Mónica, apretando los dientes—. Así que también está recibiendo amenazas. Sabía que ese cretino nos ocultaba algo.

Rayco asiente. El fuerte viento de la mañana les revuelve el cabello al salir a la calle.

—La pregunta es: ¿por qué ninguno le está dando importancia a las amenazas? Dos personas de su entorno han fallecido ya. Yo estaría acojonado.

—Es lo que vamos a averiguar. —Mónica abre la puerta del Mini, deslizándose al volante—. Oye, he quedado con Andrés para tomar algo. ¿Te vienes?

Rayco se abrocha el cinturón, negando con la cabeza.

—No, hoy voy a pasar. Mercedes y las niñas me están esperando. Nos vamos al cine a ver la última de Pixar.

Mónica sonríe, arrancando el coche.

—Caramba, espero que mañana me la cuentes con todo detalle.

—¿Te estás poniendo sarcástica?

—Mucho.

Rayco sonríe.

—¿Todo bien con Andrés? —suelta de pronto.

La pregunta la ha pillado desprevenida, y Mónica no puede evitar tensar sus manos en torno al volante.

—¿Por? —responde, forzando una expresión neutra.

—Esta mañana os he visto raros en Jefatura. Normalmente llegáis riendo por alguna chorrada, y hoy… traíais la cara torcida. Podía palparse la tensión.

—No sé de qué hablas.

—Vamos, Mon. No hagas como que no pasa nada. A mí no me la cuelas.

Mónica suspira. Tiene razón. Rayco la conoce demasiado bien. Su instinto de policía, su maldita manía de leerla como un libro abierto. Se debate, los dedos apretando el volante, pero al final cede.

—Es Esther —acaba admitiendo—. La amiga de su ex. Apareció de la nada, instalada en su casa como si fuera la reina.

Intenta que no se le note la molestia en la voz, pero no lo consigue del todo.

—¿Y cómo es?

A Mónica se le escapa una risa seca.

—¿Esther? Un torbellino de energía inagotable con un cabezón gigantesco.

Rayco no puede reprimir una risa. Mónica tiene la sensación de que se está divirtiendo un poco a su costa, pero le sigue el juego y continúa con la descripción:

—En serio, canario. Comparado con su delgadísimo cuerpo, es exagerado. Parece un globo de helio al final de un cordel.

La comparación hace que Rayco estalle en carcajadas.

—¡Estás celosa! —suelta, arqueando las cejas con los ojos brillantes.

Mónica emite una risita, aunque totalmente desprovista de humor.

—No seas capullo. ¿Qué voy a tener celos de esa?

—¡Pero bueno! ¡Sí que lo estás! —insiste Rayco, con el entusiasmo de un gato suelto en una pajarería.

—¿Volvemos a estar en el instituto y no me he dado cuenta?

Rayco sigue riendo, y Mónica mastica sus palabras. ¿Celosa? La idea le quema, pero no puede negarla del todo. Esther, con su energía invasiva, su risa fácil, su manera de orbitar alrededor de Andrés como si tuviera derecho. Mónica aprieta el volante más fuerte.

—En serio, Mon, relájate —dice Rayco, más serio ahora—. Andrés es legal. Y te quiere. Se nota a kilómetros.

Mónica se pone las gafas de sol, aunque el cielo está gris. Es su manera de dar por zanjada la conversación.

—Vale. Dejemos ya el tema.

Pero su mente no se detiene. Rayco tiene razón. Lo suyo con Andrés es de verdad, uno de esos amores que hace que el resto, por bueno que sean, parezcan no estar a la altura. No son solo las bromas o el sexo. No es cómo se miran o se tocan sin pensar. Hay algo intangible, esa combinación de gran afinidad y atracción física, y quizá sean solo fantasías suyas, pero cuando piensa en el concepto de la media naranja, de esa persona en el mundo que es perfecta para una y casi imposible de encontrar, tiene la impresión de que ella la ha encontrado con Andrés.

Pero entonces, ¿por qué está tan molesta? No es de las que confían ciegamente, ni siquiera en Andrés. Y menos con una mujer como Esther rondando, con sus sonrisas y su molesta amabilidad constante. Además, para qué negarlo: está buenísima la muy… En fin, tal vez no sea nada. O tal vez, piensa, mientras el viento silba por la ventanilla, esté viendo sombras donde solo hay luz.

# 55

Andrés y Mónica ocupan dos taburetes relativamente tranquilos al fondo de un bar deportivo. Relativamente, claro está, ya que los bares donde se emiten partidos de fútbol a todo volumen no están diseñados precisamente para la privacidad, la conversación o la vida contemplativa. Pero a ellos les gusta este bar. Por lo menos, no hay tipos con la nariz roja o los hombros hundidos, ni nadie ahoga sus penas en alcohol apoyado en la barra. Y tampoco nadie clava la vista en su vaso cada vez más vacío, pues el establecimiento cuenta con un número aparentemente infinito de pantallas panorámicas que captan la atención de la clientela con una mezcla variopinta de deportes.

Además, sirven cerveza artesanal y unos nachos caseros para morirse.

El bar huele más a pollo a la barbacoa y salsa picante que a cerveza. Es un lugar ruidoso. Algunos grupos de aficionados, formados por compañeros de trabajo, celebran los partidos que se están disputando en ese momento. Ahora, en la pantalla más cercana a Andrés y Mónica, el Real Madrid juega contra un equipo vestido de azul.

—Teníamos un equipo de baloncesto en la UIP —dice Andrés, sintiéndose nostálgico—. Hace años, cuando yo empezaba. Solíamos venir a este bar después de los partidos. Lo pasábamos en grande. Eran buenos tiempos.

Mónica asiente.

—¿Quieres otra cerveza? —le propone.

—Por supuesto.

—¿Y qué me dirías de unos nachos? Me muero de hambre.

Andrés asiente, pensando que no le vendría mal meterse algo al estómago.

—Buena idea —dice.

Ella alza una mano, captando la atención de un camarero.

—Añade alitas a la barbacoa —sugiere Andrés.

Piden sus bebidas, los nachos —con guacamole y salsa agria— y la ración de alitas de pollo.

—El cadáver de Encarnación Cortés está con el forense —dice él —. Aún no he hablado con Goyo, pero con el fin de semana por delante y los resultados de Alicia aún pendientes, no espero nada hasta el lunes, como pronto.

—Parece evidente que la mataron, ¿no?

Andrés duda un instante.

—Diría que sí. El desorden en su despacho, las marcas en el cuello… Mi apuesta es que alguien entró en la habitación y la estranguló. Alguien que tal vez no quería que supiéramos lo que ella tenía que decirnos. Habrá que esperar a Velasco.

Una joven camarera con la cara llena de pecas y dos trenzas japonesas llega desde detrás y se escurre entre ellos para colocar dos manteles de papel, servilletas suficientes para secar el Manzanares y dos pares de cubiertos.

—La comida llegará enseguida —les anuncia con una sonrisa muy cuca.

Mónica le devuelve la sonrisa.

—No te preocupes.

Andrés espera a que la camarera se aleje para reanudar la conversación.

—¿Qué opinas de Pablo Lázaro?

—Que está chiflado —responde ella, sin dudar.

Andrés sonríe.

—¿Qué? —dice Mónica—. Vamos, no vayas de objetivo. Piensas lo mismo que yo. Y también crees que él mató a la chica.

Andrés asiente sin dejar de sonreír.

—La verdad es que su comportamiento de hoy ha sido… raro. Rayco dijo que era reservado, pero lo de esta tarde fue otro nivel. De todas formas, no creo que podamos retenerlo mucho más tiempo. Sin pruebas claras contra él, estamos vendidos. ¿Qué tal con su amigo, por cierto?

—¿Peinado?

Él vuelve a asentir.

—Está hecho un trapo. Se salvó de milagro. No le apetecía hablar. Creo que, si pudiera, abriría la ventana de su habitación y se tiraría. —Mónica baja la voz y entrecierra los ojos—. Pero soltó algo.

—¿El qué?

—Pablo no es el único que ha estado recibiendo mensajes amenazantes. Rafael y su amigo Manuel también los reciben.

Andrés frunce el ceño.

—¿Y no lo habían dicho?

—No. —Mónica niega con la cabeza y resopla—. Para matarlos.

—¿Y qué tipo de mensajes ha recibido Rafael?

Mónica le habla de las fotografías robadas dentro de los sobres con su nombre escrito a mano.

—El muy imbécil las quemó. —En ese punto, se queda pensativa un instante—. Pero… tanto a Rayco como a mí nos dio la impresión de que ocultaba cosas. Sabe algo y se lo guarda por alguna razón. Mencionó a una «ella».

—¿Ella? ¿Quién?

—No dijo ningún nombre concreto. Cuando le preguntamos al respecto, disimuló. Dijo que se había equivocado.

—Ella —repite Andrés—. Al igual que Pablo.

—Exacto.

El camarero deja las cervezas con limón y la comida frente a ellos. Ahora tienen la barra llena de alitas de pollo y nachos caseros con carne picada, frijoles, jalapeños y diversas salsas de colores: guacamole, crema agria (la favorita de Mónica), pico de gallo… Mónica ataca a un nacho, manchándose la comisura de los labios.

—Esto es una delicia —murmura entre bocados.

—¿Te gusta?

—Está tan delicioso que casi se me olvida lo magnífica que es la compañía.

Andrés se endereza y finge tocar un violín imaginario. Intenta no emocionarse, pero siente que se le encienden las mejillas y le brillan los ojos.

Mónica levanta su botella en dirección a él, que coge la suya, la choca contra la de ella y decide que ya está bien de marear la perdiz.

—Siento lo de esta mañana —dice—. No sabía que mi hija vendría con Esther, de verdad.

Mónica parpadea, el nacho detenido a medio camino de su boca.

—No te preocupes. —Hace una pausa y lo mira de reojo—. ¿Puedo preguntarte por tu mujer?

—¿Silvia? ¿En serio?

—No se me dan muy bien las sutilezas.

—Desde luego, eso ha sido un gran ejemplo.

—Solo tengo curiosidad. Puedo quedarme aquí sentada, dejando que los malos pensamientos me machaquen lentamente y no me dejen disfrutar del momento, o puedo hablar de ello y quitármelos de encima.

Andrés suspira, pasándose una mano por el flequillo.

—No quiero que estés distraída. Adelante. Pregunta lo que quieras.

—¿Aún piensas en ella?

Andrés se remueve incómodo en el taburete.

—La respuesta correcta es «no», ¿verdad?

—He visto las fotos. Era una belleza.

—Ajá.

—Así que no te culpo.

Se oye un grito colectivo de excitación. Varios gritan: «¡Vamos, vamos!». Andrés y Mónica se vuelven hacia la tele. Dos jugadores del Madrid corren hacia la portería. El primero le cede el balón al otro, que se ha quedado solo delante de la portería. Sin embargo… «¡Noooooooo!» El balón vuela a la grada, para decepción de los aficionados.

Los decibelios vuelven a bajar y Andrés retoma la conversación.

—Por supuesto que pienso en ella, Mónica… pero no de ese modo. Ya no. Silvia y yo pasamos veinte años juntos. Criamos a una hija maravillosa. Cuando ella murió, mi mundo se hundió. Fue devastador. Pero, con el tiempo, logré superarlo. Es lo más difícil que he hecho en mi vida. Ahora no queda más que un bonito recuerdo.

—Perdóname, te estoy amargando la cena.

Él niega con la cabeza, inclinándose hacia ella. Posa su mano sobre la de ella.

—¿Tú no piensas en tu exmarido? ¿O en John?

Mónica no responde enseguida. Aparta la vista. Sus manos encuentran la botella y se la llevan rápidamente a los labios. Le da un larguísimo trago, que acompaña con un totopo bien cargado de guacamole. Andrés se la queda mirando.

—Te contaré un secreto. ¿Recuerdas nuestra primera cita?

—Claro. Fuimos al teatro y después a cenar.

Ella asiente mientras da un trago a su cerveza.

—Me probé una docena de modelos antes de decidirme por el vestido que finalmente llevé. Y hasta que no salí por la puerta, no caí en que era el único con el que John no me había visto.

—¿Moraleja?

—La moraleja es que John es el padre de mi hijo y siempre lo querré por eso. Pero no pienso permitir que lo que compartí con él interfiera en la historia que estoy empezando a escribir contigo.

Andrés frunce el ceño.

—Esa analogía es un poco forzada.

—¿Y qué tal esta otra? Si la vida es un libro, ambos estamos iniciando capítulos nuevos. John siempre será importante para mí. Siempre le desearé que sea feliz.

—Pero… siguiendo con esta analogía… ¿ya no está en tus capítulos?

—Exacto.

Andrés menea la cabeza.

—Dios, eso es tan maduro que me dan ganas de devolver.

Mónica sonríe.

—Vale, pero no antes de que terminemos estos deliciosos nachos, si no te importa.

Andrés bebe un sorbo, la cerveza filtrándose por el gajo de lima.

—Los dos tenemos un pasado, Mónica —dice—. Es lo que intento decirte.

—Lo sé. Es solo que… —Mónica empieza a pelearse con la etiqueta de la botella—. Haber recordado tu pasado, allá en Valencia, con todos esos recuerdos. Y con tu hija, para quien nunca estaré a la altura…

—Eso no lo sabes.

—Por favor… ¿Has visto cómo mira a Esther? La tiene idolatrada.

Andrés baja la cabeza y asiente. Por fin han llegado al meollo de la conversación.

—Sé que Esther no está haciendo las cosas fáciles —admite.

Mónica se enreda un mechón de su pelo rubio en el dedo índice, una costumbre que adquirió de niña y a la que recurre siempre que se pone nerviosa.

—Somos muy diferentes, ella y yo.

—Sí.

—Soy consciente de que no es más que una vieja amiga y que su presencia es temporal, pero es que ella es tan… atractiva. Tan enérgica. —Se le escapa un leve gesto aprensivo.

—Tú también lo eres.

—No seas condescendiente conmigo, Andrés.

—No lo soy. Entiendo lo que dices. Pero esto no es una competición.

—Gracias a Dios.

Se produce un silencio que ambos rellenan rebañando la ración de pollo.

—Muy bien, una última pregunta —dice Mónica, limpiándose la grasa de la barbilla con una servilleta de papel.

—De acuerdo, dispara.

Mónica se pone las manos delante de los pechos y los estruja.

—Esther se ha operado las tetas, ¿verdad? Las tiene tan altas que podrían servir de perchero.

Andrés se ríe tanto, y tan de repente, que casi se le escapa la cerveza por la nariz. Luego, más calmado, le roba un beso húmedo

con sabor a jalapeño. Mónica lo profundiza, sus dedos rozándole la nuca, y por un momento, el bar desaparece.

—¿Vamos a tu casa? —murmura Andrés contra sus labios.

Ella niega con la cabeza, sonriendo.

—No, ve con tu hija. No estará aquí para siempre.

—¿No te importa?

—No, de verdad. Mañana nos veremos.

Andrés suspira, pero asiente.

—Deja que te lleve, al menos.

—Sí, por favor. No me hagas pillar el metro —le guiña un ojo.

Ambos sonríen. Se quedan mirando un segundo más del necesario. Exactamente hasta que la Tercera Guerra Mundial parece desatarse dentro del bar.

—¡NO, JODER! ¡POR FAVOR!

Ambos se vuelven sobresaltados por el clamor.

El árbitro acaba de pitar un penalti en contra.

Andrés acaba acompañándola a casa en coche. Se despiden con un nuevo pico, esta vez más breve.

—Buenas noches —murmura, y la observa hasta que la puerta del portal se cierra tras ella.

Al entrar en su piso, el resplandor azul del televisor baña el salón. Laura y Esther están hundidas en el sofá, rodeadas de boles de patatas y un cuenco de palomitas que perfuma el aire. La oscuridad de la casa hace que sus rostros parezcan espectrales, pero el crujir de las patatas y las risas sofocadas rompen el hechizo.

—Menuda fiesta tenéis montada —les dice, colgando el abrigo en el perchero.

Esther le lanza una sonrisa. Laura hace una mueca infantil.

—Llegas tarde para los cubatas y los porros —bromea—. Se han acabado.

—Muy graciosa, hija.

Esther, sin dejar de sonreír, le da un codazo cariñoso a Laura. Esta se encoge de hombros.

—Vale, no ha sido muy ingenioso —admite.

—A mí me ha parecido gracioso —dice Esther, llevándose una palomita a la boca y fijando su mirada en la pantalla.

«Estupendo», se dice Andrés, cruzando el salón. «Una pareja cómica confabulada contra mí». Echa un vistazo al televisor: Sandra Bullock trastabilla en tacones en *Miss Agente Especial*. Sonríe. Laura lo pilla mirándola.

—¿Sabes qué es? —pregunta, alzando una ceja.

—Una obra maestra poco edificante —responde él.

—Exacto. —Laura ríe—. Venga, papá. No seas rancio y siéntate.

La verdad es que a Andrés le encanta esa película. ¿Sandra Bullock haciendo de policía machurrona e infiltrándose en un certamen de belleza? Menuda fantasía. Así que se sienta con ellas a echarse unas risas y, durante un rato, trata de no pensar en chicas muertas, profesoras asesinadas, accidentes en bicicleta y amenazas crípticas.

Contempla a Laura tirada en el sofá. Se ríe de algo que ha dicho Michael Caine, en uno de sus papeles más histriónicos. Le encanta el sonido de la risa de su hija. ¿A qué progenitor no le sucede lo mismo? Se la queda mirando unos instantes más y piensa en Darío Toscano y en que nunca volverá a escuchar la risa de Alicia. En ese momento, su cerebro le ordena que pare.

Para pensar en otras cosas, podría haberse concentrado en la película, pero se detiene a medio camino. En concreto, en Esther, sentada en la posición de loto al otro lado de Laura y con el bol de palomitas entre los muslos. Lleva puesta una camiseta vieja y unos pantalones cortos que dejan al descubierto sus largas y bronceadas piernas. Es un imán. Siempre lo ha sido. Andrés aparta los ojos, fijándolos en la pantalla. Pero siente su mirada, cálida, insistente. Cuando la enfrenta, ella sonríe, como un rayo de sol en la penumbra. Por un instante, él se deja bañar por ese calor.

No es la primera vez que lo mira así. Andrés recuerda aquella noche de San Juan, años atrás. Silvia y él acababan de empezar a salir, pero ella no estaba esa noche porque se encontraba en Canarias, de vacaciones con sus padres. Andrés regresaba de una juerga en la playa con los compañeros de universidad de Esther. Había corrido la cerveza. Andrés no era lo que se dice un buen

bebedor. Se tomaba dos copas y terminaba confundiendo a una papelera con el famoso androide R2-D2. Se justificaba apelando a la genética, pues en su familia nadie había tolerado bien el alcohol.

Esther, por el contrario, parecía que se hubiese destetado con tequila. El licor nunca le había afectado, pero en aquella fiesta en particular, el agua de Valencia, tal vez más cargada de lo recomendable, hizo que incluso ella se tambaleara un poco al caminar. Hasta el tercer intento no logró abrir la puerta de su casa.

Los padres de Esther estaban fuera y, en algún momento de la noche, decidieron que sería una gran idea que Andrés se quedara a dormir en el sofá.

Todo se tambaleaba a su alrededor. Esther le quitó las zapatillas y lo arropó en el sofá. Era la mejor amiga de Silvia y esa noche se portó muy bien con él.

—Buenas noches, borrachito —le susurró al oído, y su beso en la mejilla se convirtió en un roce de labios cuando él giró la cara. No ocurrió nada más, pero sus miradas se detuvieron la una en la otra durante algunos segundos.

Al día siguiente, ninguno de los dos sacó el tema. Andrés, sirviéndose de su borrachera como excusa, fingió no acordarse de nada. Pasaron los años y nunca hablaron de ello.

Pero ahora, con esos enormes ojos iluminados por el resplandor del televisor, el momento le ha vuelto a Andrés a la memoria.

Un roce en su mano lo saca del trance. Esther, sin apartar la vista de la película, ha deslizado su brazo por el reposacabezas del sofá. Sus dedos rozan los suyos.

Andrés cuenta hasta cinco, su pulso acelerado, y aparta la mano, fingiendo alcanzar las palomitas. No tiene hambre, pero se mete un puñado en la boca. El crujido llena el silencio.

La película termina entre risas y créditos. Laura se estira, bostezando.

—Me voy a la cama —anuncia, levantándose—. No hagáis mucho ruido, viejos.

—Buenas noches, listilla —dice Andrés, guiñándole un ojo.

Esther se ríe y se pone a recoger los boles. Cuando Laura desaparece por el pasillo, el salón se siente más pequeño y el aire

más denso. Andrés se recuesta. Esther apaga el televisor. La oscuridad los envuelve, rota solo por la luz indirecta de la cocina.

Esther se sienta a su lado, tal vez más cerca de lo necesario. Sus rodillas se rozan, y Andrés siente el calor de su piel a través de los vaqueros. ¿Cómo es posible? La mira de reojo. El cabello le cae como una cortina.

—Laura está enorme —dice ella con voz suave, más seria que de costumbre—. Se parece tanto a Silvia…

Andrés asiente. Se le ha formado un nudo en la garganta. Silvia. Siempre está ahí.

—Sí —murmura—. Tiene su mismo genio.

Esther ríe, pero es una risa desprovista de humor.

—A veces la echo tanto de menos… —Tiene los ojos brillantes—. Éramos como hermanas, ¿sabes? Siempre planeando cosas. Viajes, tonterías. Y ahora…

No termina. Un sollozo la corta, y las lágrimas dan brillo a sus mejillas. Andrés siente un pinchazo de compasión en el pecho. No soporta verla así. Sin pensarlo, la abraza. Sus brazos la rodean con firmeza. Ella se hunde en su pecho con sollozos mudos y entrecortados.

—Tranquila —susurra Andrés en su oído—. Ella está aquí. En Laura. Y en ti.

Esther alza la cabeza. Dos ojos hermosos, anegados, tan cerca que él siente su calor. Su mano descansa en la nuca de Andrés, un roce que le provoca un estremecimiento.

—Vamos a estar bien —dice él, apartándose con suavidad—. Que descanses, Esther. Buenas noches.

Evitando su mirada, se levanta y se encierra en su dormitorio.

# 56

No son ni las once de la mañana y a Rayco ya le queman las retinas. Mastica distraídamente una galleta de avena y las migas caen sobre el teclado de su portátil. Frente a él, en la mesa del comedor, Mercedes desliza el dedo por la tablet. Tiene el ceño fruncido y la mandíbula tensa. Ayer pasó toda la tarde buscando información sobre Pablo Lázaro y hoy se ha levantado temprano para continuar con la tarea.

—Nada —masculla, golpeando la pantalla con un dedo—. Este tipo es un maldito fantasma.

—¡Papá, mira! —grita Faina desde el pasillo. Su coleta se balancea mientras termina su última voltereta. Aterriza con un salto torpe y seco sobre la tarima. Rayco le dedica una sonrisa cansada, pero su mente está en otra parte.

—¡Baja esa música, Hannah! —grita Mercedes hacia el pasillo. El dormitorio de la mayor retumba con un pop electrónico que hace vibrar las lámparas.

Rayco se frota los ojos. Los resultados de Google sobre Pablo Lázaro son un eco monótono: reseñas de su última exposición, entrevistas en blogs, fotos de sus cuadros. Nada personal. Nada del pasado. Se lleva la taza a la boca; el sabor amargo del café se mezcla con el de la galleta. No deja de pensar en las conversaciones que tuvieron con Rafael, Manuel y la esposa de Pablo, Teresa. Lo que les contaron lo hace ver a Pablo como una persona rodeada de altos muros defensivos.

Teresa mencionó algo interesante: Pablo es huérfano y fue criado por una familia de acogida en Alcalá de Henares. No es mucho, pero por ahí se puede empezar. Lo intenta añadiendo el nombre del pueblo. Ningún resultado.

—¿Cómo es posible? —murmura, reclinándose en la silla. Si Pablo vivió allí, debió de dejar algún rastro, ¿no? Un registro escolar, un vecino, un maldito recibo. Pero es como si hubiera borrado su existencia antes de llegar aquí.

¿Está completamente desencaminado?

Faina da otra voltereta y choca contra el marco de la puerta.

—¡Mira, papá, el pino!

Rayco se esfuerza por sonreír.

—Algún día te vas a matar, terremoto.

Ella ríe, pero él ya está de vuelta en el portátil. No puede quitarse el tema de la cabeza. Sigue sin entender por qué Pablo se muestra tan celoso de mantener su pasado en secreto. Es como si hubiera borrado la época anterior a su traslado a Madrid. Tampoco comprende por qué no quiso denunciar las amenazas. Pero alguna razón debe de haber.

Tiene que ser posible avanzar más rápidamente. Los acontecimientos se han multiplicado —el hallazgo del cadáver de Alicia, la muerte de Encarnación Cortés, el accidente de Rafael y la detención de Pablo—, pero aún no se han acercado a la resolución del caso.

Decide escuchar a su instinto, que lo ha orientado en la dirección correcta en tantas ocasiones. Ahora le dice que Pablo tiene la clave. Varios datos apuntan a esa hipótesis: estaba en la feria aquella noche y volvió a casa tarde y lleno de sangre. Además, está el celo y el secretismo con que oculta todo lo relativo a su pasado y los recortes misteriosos. Desde el interrogatorio de ayer, está seguro de que Pablo esconde algo.

Mercedes resopla, bloqueando la tablet con un golpe seco.

—Esto es ridículo. No hay nada. Ni una foto antigua, ni un artículo. ¿Quién es este tío?

Rayco la mira.

—A ver qué te parece mi hipótesis —dice, jugando con un bolígrafo—. Pablo Lázaro ve a Alicia en la feria. Está borracho y pierde la cordura. La sigue, la mata y oculta el cuerpo. Cuando vuelve a casa, su mujer lo ve manchado de sangre y se da cuenta de lo que ha hecho. No sé qué sucede entonces exactamente. Puede que Teresa perdiera los estribos. Puede que le dijera a su marido: «¿Pero qué has hecho?». Pablo la mintió y le dijo lo mismo que a nosotros: que se había caído con la bici.

Mercedes se lleva un dedo a los labios.

—Vale, pero ¿por qué la mató?

—¿Obsesión por ella? Era la hija de su mejor amigo. La conocía. Seguro que estuvo en su casa más de una vez.

Rayco recuerda entonces el tique de la farmacia.

—¿Y si fue él quien la dejó embarazada? Tal vez tenían una relación. Quizás ella quería tener al niño y Pablo no podía permitir que se supiera. Así que optó por hacerla desaparecer.

—Hum… —Los ojos de Mercedes están ahora en otra parte—. No lo sé, me cuesta imaginar a Pablo teniendo una aventura con una menor de edad.

Rayco recuerda el interrogatorio.

—Pablo mencionó a una *ella* —dice, más para sí mismo—. Y le cambió la expresión cuando le mencioné los columpios.

—¡Papá, juega conmigo!

Rayco suspira, apartando a su hija pequeña con suavidad y dándole una galleta. Ella la muerde con entusiasmo, manchándose la camiseta de migas.

—Hannah, ¡la música! —insiste Mercedes, alzando la voz. El volumen baja un poco, pero no lo suficiente.

Rayco está a punto de cerrar el portátil para jugar con su hija cuando un movimiento fuera de la ventana lo detiene. Una sombra está cruzando el patio. Se inclina hacia el cristal y aparta la cortina, entrecerrando los ojos. Es Teresa, saliendo de su casa. Va vestida de negro, con el rostro rígido tras unas grandes gafas de sol y los labios apretados.

«Va al funeral», se dice. Siente un chispazo en el pecho. Es su oportunidad.

—Voy un momento fuera —dice, atravesando el salón como un rayo.

Mercedes alza una ceja.

—¿Ahora? ¿Adónde?

—Luego te cuento. —Coge su abrigo del perchero, pilla otra galleta de la lata y sale por la puerta, ignorando la mirada confusa de su mujer.

Corre y sale por la verja de la urbanización. Alcanza a Teresa en un paso de peatones. Ella está esperando al semáforo. La expresión de Teresa se endurece al verlo acercarse.

—Hola, Rayco.

—Hola, Teresa. —Se detiene a su lado—. ¿Cómo estás?

Teresa se encoge de hombros.

—Tirando.

—Siento lo de ayer. Sé que fue muy violento. Supongo que todo esto está siendo muy duro para ti.

Ella suspira.

—Cada vez que intento compadecerme de mí misma, pienso en Darío. ¿Sabes a qué me refiero?

—Perfectamente.

Un pitido intermitente les avisa de que el semáforo ha cambiado a verde. Ambos retoman el paso y cruzan la calle.

—¿Qué haces aquí, Rayco?

—¿De verdad crees que Pablo mató a Alicia?

Teresa se detiene y se gira hacia él. Sus gafas reflejan el cielo gris, pero Rayco siente su mirada afilada, evaluándolo. Parece que está a punto de responder, pero, en vez de eso, menea la cabeza.

—No lo entiendo. Creía que lo habías detenido.

Rayco no sabe muy bien cómo responder a eso.

—Sí, está detenido temporalmente —dice finalmente, midiendo sus palabras—. Pero no tenemos pruebas contra él. Aún faltan algunas piezas del rompecabezas.

—¿Como cuáles?

—Eso es lo que quiero averiguar. Tú lo conoces mejor que nadie. Necesito que me hables de él. Cualquier cosa que puedas contarme será útil.

Teresa se mordisquea el labio. Sus tacones resuenan en la acera.

—Me temo que nunca se puede estar del todo seguro respecto a alguien. Es una obviedad, pero a veces es bueno que nos lo recuerden. ¿Te acuerdas de que ayer dije que Pablo tenía un mundo interior muy complejo?

—Sí.

—Me ocultaba cosas. Todos lo hacemos, ¿no? Nadie nos conoce del todo. A fin de cuentas, y aunque sea un tópico, puede que nunca llegues a conocer realmente a alguien. Ahora miro hacia atrás y todo cobra sentido. Yo creía que tenía algo que ver con el hecho de ser huérfano. Las típicas carencias de confianza. Pensaba que eso había acabado por separarnos. Pero ahora ya no estoy tan segura.

—¿De qué?

—De que no hubiera nada más. Puede que le sucediera algo muy malo en el pasado. Me pregunto por la oscuridad que tal vez anida en su interior.

—Ayer dijiste algo sobre Alcalá de Henares, que Pablo había vivido allí.

—Sí, ¿y qué?

—Quiero explorar esa vía.

Teresa ladea la cabeza, confundida.

—¿Crees que su pasado en Alcalá tiene algo que ver con todo esto?

—Solo intento seguir una pista.

Teresa no abre la boca durante unos instantes. Finalmente dice:

—Cuando empezamos a salir juntos, desaparecía algún que otro sábado. No me decía adónde.

—¿No se lo preguntaste?

—Por supuesto. Al principio de nuestra relación, me dijo que era cosa suya y que era una cuestión privada. Dijo que no era nada de lo que debiera preocuparme, pero quería que entendiera que se trataba de algo que necesitaba hacer.

Se detiene, mirando al suelo.

—¿Y tú a qué conclusiones llegaste?

—Estaba enamorada —se limita a responder Teresa—. Así que, al principio, opté por racionalizarlo. Los hay que juegan al pádel, me

dije. A otros les da por correr, quedar con amigos en un bar o lo que sea. Pablo tenía derecho a su vida privada. Y además, conmigo era muy atento. No me podía quejar, me daba todo lo que necesitaba. Así que lo dejé pasar.

—¿Y después? —insiste él.

—¿Qué?

—Has dicho que «al principio».

—Sí. Bueno, así estaban las cosas entonces. Creo que llevábamos un año casados cuando empecé a insistir en el tema. Pablo me dijo que no me preocupase, que no era para tanto. Pero empezaba a serlo, evidentemente. La curiosidad me devoraba. Así que un sábado lo seguí.

Su voz se va apagando. Se le dibuja una sonrisa melancólica en la cara.

—¿Qué te pasa?

—Nunca se lo he contado a nadie. Ni a Pablo.

Rayco le apoya una mano en la espalda y trata de parecer lo menos ansioso posible.

—La verdad es que la historia no da para mucho más. Lo seguí durante cosa de media hora. Cogió la salida de Pozuelo, aparcó cerca del centro y fue a una cafetería. Me sentía muy tonta siguiéndole. Estuvo a solas unos diez minutos. Yo esperaba que apareciera la otra. Suponía que se trataba de una amante, alguna mujer joven y sexy, tal vez con gafas y el pelo rubio y muy largo. Pero no vino nadie. Pablo se acabó el café y se levantó. Echó a andar calle abajo. Me resultaba muy raro estar siguiéndolo de esa manera. Yo lo amaba. No te imaginas cuánto. Y todavía lo amo. Pero, aun así, como ya te he dicho, había algo en él que no acababa de entender, y por eso estaba allí, agazapada, tratando de que no me viera y sintiendo, por fin, que cada vez me encontraba más cerca de descubrir la verdad. Y eso me aterrorizaba.

—¿Y adónde se dirigía?

Teresa vuelve a detenerse.

—A dos manzanas de allí había un bonito chalet con un amplio jardín y muchos árboles. Pablo llamó a la puerta y entró. Yo me quedé esperándolo como una espía cutre. Estuvo allí una hora y

luego se fue. Regresó andando al coche y emprendió el camino de vuelta.

—¿Y de quién era la casa?

—No tengo la menor idea. Nunca se lo pregunté, ni saqué el tema en su presencia. No tuve el valor. Si algún día quería explicármelo, pues ya lo haría.

—¿Y nunca lo hizo?

—Jamás.

—¿Tiene Pablo amigos en Pozuelo? ¿Familia?

—No, que yo sepa.

Siguen caminando, perdidos ambos en sus propios pensamientos.

—¿Sabes? Puede que Pablo sea todo lo que la gente cree que es —dice ella.

—Tal vez, pero eso no responde a una pregunta clave.

—¿Y cuál es?

—¿Por qué volvió esa noche manchado de sangre? ¿Y por qué visitaba a alguien en Pozuelo?

—No tengo ni idea.

—¿No sientes curiosidad?

Teresa se lo piensa un momento.

—¿Piensas descubrirlo?

—Sí.

—Puede que eso fuera lo que destruyó mi matrimonio.

—Es posible.

—O puede que no tenga que ver con nada.

—Es lo más probable —afirma Rayco.

—Creo que Pablo mató a Alicia.

Rayco no tiene respuesta para eso. Espera a que Teresa diga algo más, pero no lo hace. Han llegado a la boca del metro. El rugido de un tren vibra bajo sus pies.

—¿No vienes? —pregunta Teresa, ajustándose el bolso.

—No. Mis compañeros, Mónica y Andrés, irán en representación de la brigada.

Ella asiente con un gesto cansado.

—Gracias, Rayco.

—Hago mi trabajo.

Antes de sumergirse en los laberintos subterráneos del metro, Teresa le da la dirección de aquella casa en Pozuelo. Desde las escaleras, añade algo más:

—Si descubres cuál era su secreto, ¿me lo dirás?

—Por supuesto.

Esa misma mañana se desvelará y encajará una de las piezas que faltan en el rompecabezas de la vida de Pablo Lázaro.

# 57

El funeral de Alicia Toscano se desarrolla como una manta oscura y tupida que cubre a toda la comunidad. El aire en la iglesia está cargado de incienso y susurros apagados. La madera de los bancos cruje bajo el movimiento inquieto de los presentes, y el eco de un sollozo ocasional resuena como un latido.

Desde las últimas filas, Andrés observa a la multitud. Su mirada se detiene en Darío, encorvado en la primera fila, con un brazo alrededor de su hijo Lucas, cuya cabeza descansa en su hombro. Parecen una isla rodeada de un mar de luto.

A su lado, Mónica apenas parpadea. Escanea a los presentes como un halcón. Jamie se ha quedado con su abuela, la madre de Mónica, a la que Andrés ya le ha sido presentado formalmente. Se lleva bien con su… ¿suegra? Aún es muy pronto para eso.

Encuentra a Mónica más callada de lo habitual, y eso le retuerce algo por dentro. No es solo el funeral; es algo más, algo que no dice. Su mente traicionera retrocede a la noche anterior: el roce de los dedos de Esther en el sofá, el abrazo que se prolongó demasiado cuando ella rompió a llorar por Silvia. El recuerdo le martiriza, aunque no pasó nada. «Estúpido, ella ni siquiera estaba allí», se dice. Cenaron juntos esas deliciosas alitas de pollo con nachos y compartieron un momento romántico. Luego la llevó a casa y se despidieron.

No debería sentirse culpable, pero lo hace. Mónica es el centro de su mundo, y aun así, aquí está, dejando que un instante

insignificante lo carcoma.

Molesto consigo mismo, sacude la cabeza y estira la mano para tomar la de Mónica. Sus nudillos están fríos, y ella tarda un segundo en reaccionar, como si estuviera despertando de un trance. Cuando lo hace, le dedica una sonrisa fugaz, apenas un destello, y le aprieta la mano con suavidad.

El sacerdote concluye la homilía con una voz monótona que no logra consolar a nadie. La multitud se pone de pie y un murmullo colectivo se mezcla con el roce de la ropa y el tintineo de las llaves en los bolsillos. Andrés y Mónica permanecen en su lugar mientras los asistentes comienzan a desfilar hacia la salida. En las primeras filas, Darío y Lucas avanzan lentamente, rodeados de manos que se extienden para ofrecer condolencias. Más atrás, Manuel Requena y su esposa Blanca caminan con los hombros rígidos. Juntos pero separados, sin mirarse. Andrés nota cómo Blanca ajusta su bolso con un movimiento brusco. Entre la multitud, distingue a Teresa, la esposa de Pablo, con el rostro oculto tras unas gafas de sol, y a Paula, la joven profesora, que juguetea nerviosamente con un pañuelo. Marta, la mejor amiga de Alicia, llora desconsolada, sostenida por dos compañeras de clase.

Fuera, el sol golpea como un martillo y algo perverso en Andrés le dice que hace un día espléndido para estar en un funeral. Los asistentes se dispersan en pequeños grupos, con voces bajas pero cargadas de una energía contenida, como si el luto fuera una formalidad que pronto quedará atrás. Se dio cuenta de eso cuando la prematura muerte de Silvia. El dolor te devasta y te consume. Pero para los amigos, incluso los más cercanos, no pasa de ser una molestia. A la familia le dura mucho más, puede que para siempre, pero lo más probable es que así deban ser las cosas.

También hay algunos reporteros acompañados de sus respectivos cámaras. En la distancia, Andrés puede oír el murmullo de una crónica.

Saca el móvil del bolsillo y marca el número de Gregorio Velasco, el forense. Mientras espera, observa a Mónica, que se ha detenido a unos pasos con las manos dentro de los bolsillos del abrigo y escudriña a la multitud.

—¿Goyo? Soy Andrés Gordillo.

—Mi identificador de llamadas lo confirma.

Andrés ignora el comentario, acostumbrado al humor áspero del forense.

—Estaba a punto de llamarte, pero ya que insistes… —continúa Velasco, y Andrés puede imaginarlo en su laboratorio, con la bata salpicada y los guantes puestos, probablemente sosteniendo un instrumento quirúrgico con la misma indiferencia que un bolígrafo.

—¿Tienes algo para nosotros? Necesitamos avanzar, aunque sea un poco.

—Bueno, no sé cuán útil será, pero hice lo posible por adelantar las autopsias de vuestro caso. Acabamos con Alicia Toscano ayer, y ahora mismo estaba terminando con Encarnación Cortés.

Andrés se apoya contra un árbol, buscando la sombra.

—¿Qué habéis encontrado?

—Lamentablemente, esto no es una serie de televisión en la que los examinadores médicos hacen milagros. Allí, miran por el microscopio y encuentran todas las respuestas. Pero me temo que en la realidad no es así. Por ejemplo, hagámonos una pregunta: ¿le dispararon a la joven? Primero, y esto procede principalmente de los técnicos en la escena del crimen, no se encontraron balas. Y en el cuerpo, tampoco. Examiné los restos para ver si había alguna marca o desgarro inusuales en los huesos que pudieran indicar una herida de bala. No los había. Y aun así, sigo sin poder eliminar del todo la posibilidad de que le dispararan. Puede que la bala no tocara el hueso. Como la mayor parte del cuerpo se ha descompuesto, no tendríamos por qué encontrar necesariamente señales de bala si esta se limitó a atravesar el tejido. Por consiguiente, en este aspecto, te puedo decir es que no hay muestras de disparos y que estos son improbables. ¿Me sigues?

Andrés asiente mientras escucha con atención. Al otro lado de la plaza, en la entrada de la iglesia, una multitud se ha aglutinado en torno a Darío y su hijo. Todos quieren mostrar sus condolencias.

—Sí.

—Bien. Podría llegar a la misma conclusión si hubiera sido apuñalada, pero tampoco lo podemos saber con certeza.

—Vale. Creo que ya lo pillo.

—Hay muchas más posibilidades. La víctima pudo ser asfixiada. Incluso en casos en que el cuerpo es hallado al cabo de unos días y no de unos meses, puede resultar difícil determinar con seguridad la asfixia. Pero en este caso en concreto, con el cuerpo tan descompuesto, es virtualmente imposible. También le estoy haciendo algunas pruebas específicas sobre drogas, pero cuando un cadáver se desmorona así, se van al traste casi todas las evidencias.

—O sea, que no puedes ni asegurar que se trate de un crimen, ¿no? —Andrés no pretendía sonar tan gilipollas, pero ya está dicho.

—Exacto. No puedo decirte si la mataron. —La voz de Velasco tiene un deje de frustración, como si le molestara la propia limitación de su ciencia—. Ahora las buenas noticias: el cadáver sufre un traumatismo craneoencefálico severo.

Andrés siente sus cejas arquearse como las de un dibujo animado.

—Así que murió de un golpe en la cabeza, ¿no?

—Es lo más probable.

—¿Y de un posible embarazo, ni hablamos, no?

—Si estuviera de varios meses, lo habríamos visto. Pero unas pocas semanas… imposible saberlo. —Velasco hace una pausa, y Andrés imagina su expresión de hastío tras los anteojos empañados —. Te envío el informe por correo. No esperes fuegos artificiales.

Andrés siente un toque en el brazo. Es Mónica:

—Mientras hablas, voy a golpear unas cuantas piñatas —le dice en voz baja, señalando la multitud con la barbilla—. Ahora vuelvo.

Andrés asiente con la cabeza. La observa acercarse a la gente y piensa que esa melena dorada y esos pasos firmes y solemnes son extrañamente injustos en un funeral. Demasiada belleza en un día tan triste.

Vuelve a oír la voz de Velasco:

—¿Esa era Lago? —pregunta, con un tono que suena vagamente divertido.

—Sí.

—Dile que se pase por el laboratorio. Desde el caso de la Casa de Campo, me tiene abandonado.

—Se lo diré. —Andrés cambia de tema, impaciente—. ¿Y de Encarnación Cortés? ¿Qué tienes?

—Ese es otro cantar. Cuerpo fresco, resultados claros. —Hay algo en la forma en que lo ha dicho que encoge el estómago de Andrés —. Murió estrangulada, no hay duda. Las marcas en el cuello son inconfundibles. Está claro que alguien la mató.

Estrangulada. La imagen de Encarnación Cortés, una mujer mayor e indefensa, golpea a Andrés con fuerza.

—¿Algo bajo las uñas? —pregunta.

A Andrés le parece escuchar una risa a través del auricular. Aunque también podría ser un gruñido.

—Si te cansas de perseguir psicópatas, puedes venirte al sótano, inspector, ya que se te da tan bien.

Andrés considera que ese comentario es una provocación y no requiere respuesta.

—Solo analiza las uñas, Goyo.

—Claro, porque no se me había ocurrido. —El sarcasmo gotea en cada palabra—. Te daré los resultados cuando los tenga.

—Gracias por la prioridad. Estamos en un callejón sin salida —admite Andrés, pasándose una mano por la nuca—. Cualquier cosa será de ayuda.

—¿Tan mal está la cosa?

—Tú lo has dicho. Tan mal.

# 58

Mónica se abre paso entre los rostros dispersos hasta plantarse frente a Manuel Requena, que está ajustándose la corbata con dedos inquietos junto a un grupo de vecinos.

—Manuel, ¿podemos hablar?

Él baja la vista y parpadea con fastidio. Se pasa una mano por la frente, dejando un brillo de sudor en su palma.

—¿No puede esperar, inspectora? Es un funeral, por Dios.

—El funeral de una joven cuyo asesino sigue libre. —Mónica cruza los brazos—. Vamos, dos minutos.

Manuel la mira de arriba abajo, con una sonrisa torcida que no llega a sus ojos, como si estuviera evaluando si una mujer puede realmente asustarlo. Después resopla y la sigue a un lado de la plaza.

—¿Qué quieres? —pregunta con arrogancia.

Mónica ladea la cabeza, dándole la oportunidad de que él lo admita primero, mirándolo como si pudiera ver a través de él.

—Las amenazas, Manuel. Las cartas que ocultaste. Sé que las recibiste, así que no me hagas perder el tiempo. Ocultar pruebas es obstrucción a la justicia. Habla de una vez antes de que te detenga.

Manuel se tensa, apretando el borde de su chaqueta con los dedos.

—No sé de qué hablas.

Mónica da un paso hacia él y clava su mirada en la suya.

—No estoy de humor para juegos. Si no hablas ahora, te juro que te pongo unas esposas delante de toda esta gente.

Él suelta una risa seca, pero sus ojos se desvían hacia la multitud. Las sombras de los asistentes se alargan como dedos acusadores.

—Mira, no es para tanto. Eran… fotos.

Mónica arquea una ceja.

—El otro día hablamos en tu casa. Te mencioné los recortes que había recibido tu amigo Pablo. Hasta te los enseñé. —Acerca su rostro hasta casi poder oler su sudor—. ¿Por qué coño no me dijiste que tú también estabas en el ajo?

—Pensé que era una broma, ¿vale? Algún crío aburrido.

«Lo mismo que dijo Rafael», se dice Mónica.

—¿Una broma? Venga, Manuel, que no me chupo el dedo. Pablo Lázaro, Rafael Peinado, ahora tú… Los tres sois amigos, y los tres habéis recibido amenazas justo después de que la hija de vuestro otro amigo apareciera muerta.

Él se encoge de hombros, pero el sudor en su frente brilla bajo el sol.

—No sé quién las envió, te lo juro. No tengo ni idea.

—Te lo volveré a preguntar: ¿hay alguien que tenga motivos para haceros daño? ¿Alguien a quien le jodierais la vida en el pasado?

—Ya te lo dije… ¡No!

—Vas a hacer que nos lleguen esas fotos a Jefatura, Manuel. Hoy mismo. Y si me entero de que escondes algo más, te prometo que no será un funeral lo que te saque de casa la próxima vez.

Manuel traga saliva.

—Está bien, está bien. Las tendrás.

—Hazlo rápido, Manuel. No me gusta esperar —dice Mónica, capturando un movimiento por el rabillo del ojo: tras ellos, Blanca espera con el rictus sombrío. Tiene las manos sobre los hombros de Adrián, quien mantiene la misma expresión asustada que Mónica vio en el chico el otro día. Mónica siente un pinchazo de lástima. La hija mayor también está con ellos. Mónica se quita las gafas de sol y vuelve a dirigirse a Manuel—: Ahora ve con tu familia.

Se da la vuelta sin esperar respuesta, dejando a Manuel con la boca entreabierta y los hombros hundidos, como si el peso de sus propios secretos lo aplastara.

En un lateral de la iglesia, hay un crío al que Mónica identifica como Lucas Toscano, el hermano pequeño de Alicia. Está solo, apoyado contra el muro lateral de la iglesia, dando puntapiés a una piedra con las manos hundidas en los bolsillos. El muro arroja una sombra fría sobre él. Su rostro, pálido bajo el pelo desordenado, refleja un dolor demasiado grande para sus catorce años. Mónica duda, sintiendo una punzada de compasión que reprime al momento. No es el mejor momento para interrogar a un niño que acaba de enterrar a su hermana, pero el caso no espera. Y Lucas podría saber algo.

Se acerca con pasos firmes, esquivando a un grupo de vecinos que susurran condolencias vacías.

—Hola, Lucas —le dice al chico.

Él se lleva un pequeño susto, girándose con un movimiento brusco. Sus ojos, enrojecidos, la estudian con cautela.

—Hola —murmura. Se endereza un poco, como si quisiera parecer más fuerte de lo que se siente.

Mónica no sabe qué decir sin que suene condescendiente. No basta con «todo saldrá bien» o «lo siento». Así que opta por el silencio.

Lucas baja la mirada.

—¿Tú crees que sufrió mucho? —pregunta.

A Mónica le choca lo directo que se muestra el chico.

—No, no lo creo —dice. Una mentira piadosa, pero necesaria. No hay pruebas de lo que Alicia soportó, y este chico no necesita más tormento.

—¿Por qué no?

—Es una intuición.

El chico no parece muy conforme. Se produce un silencio pesado, roto solo por el zumbido lejano de la multitud.

Lucas se frota los ojos.

—Tengo miedo —admite.

Mónica reprime el impulso de ponerle una mano en el hombro. En lugar de eso, se inclina ligeramente.

—Lo sé. Es terrible lo que os ha pasado. Pero te prometo que todo saldrá bien.

Ahí está, el dichoso tópico.

—No. Es mi padre. Estoy preocupado por él.

—¿Tu padre? —Los ojos de Mónica se desvían hacia la plaza, buscando a Darío entre la gente, pero no lo encuentran. Al otro lado de la calle, junto al coche, Andrés sigue hablando por teléfono.

—El día que encontraron a Alicia muerta… lo encontré en el garaje —explica el chico—. Estaba de espaldas a mí. Él, convencido de que no había nadie en casa, sostenía una pistola en la mano derecha. La miraba como si… no sé, como si fuera lo único que le quedaba. Yo nunca había sentido más miedo en mi vida. Me quedé paralizado. Después de unos minutos interminables volví a subir la escalera de puntillas, y una vez arriba, fingí que entraba. Bajé los escalones pesadamente. La pistola había desaparecido. No me separé de él en todo el día, atento, a su lado.

Mónica siente un escalofrío. La imagen de Darío, un hombre roto acariciando un arma en la penumbra del garaje, le revuelve el estómago. Por primera vez, sopesa la opción de que pueda cometer una estupidez. No se imagina lo duro que será perder a una hija. Algo devastador. Y ese hombre, de algún modo, ha conseguido una pistola. ¿Quién se hace con una si no es para usarla? Pero mira a Lucas, sus hombros hundidos, sus manos temblando ligeramente, y se fuerza a mantener la calma. «No se mataría teniéndolo a él», se dice.

Aunque, ¿y si…?

—Gracias por contármelo —dice, suavizando la voz—. Sé que no es fácil.

Hace una pausa para estudiar su rostro. Sus ojos han dejado escapar algunas lágrimas. Mónica le tiende un paquete de pañuelos. Mientras el chico se seca las mejillas, piensa en cómo abordar el tema que la ha llevado hasta él. Tal vez comenzar con algo discreto, inocente. Habitualmente, ese es el modo de proceder en cualquier interrogatorio. Empezar con preguntas inocuas. Relajar al otro,

desarrollar una relación con él, hacerle seguir tu ritmo. Pero en este caso, se trata de un niño. Decide que puede adoptar una táctica más directa con él.

—Tu hermana y tú… ¿estábais muy unidos?

—Mucho. Siempre me cuidaba. Aunque a veces me volvía loco con sus cosas.

Mónica esboza una media sonrisa, dejando que el chico se relaje.

—¿Sus cosas? ¿Como qué?

—No sé, cosas de chicas. —Se encoge de hombros, pero su mirada se nubla—. A veces se escapaba por la noche.

El pulso de Mónica se acelera, pero trata de mantener el rostro imperturbable.

—¿Se escapaba? ¿Con quién?

—No me lo decía.

—¿Y entonces cómo lo sabes?

—Porque ella me lo contó una vez —explica Lucas, bajando la voz, como si temiera que alguien lo oyera—. No tuvo más remedio, la pillé saliendo de casa. Me pidió que no se lo dijera a nadie y también que la encubriera si nuestro padre preguntaba. Yo adoraba a mi hermana, así que acepté sin más.

—¿Cuántas veces hizo algo así?

—Unas cuantas. Cinco o seis.

Mónica aprieta los labios, conteniendo la urgencia de bombardearlo con preguntas.

—¿Te pidió que la encubrieras la noche que desapareció?

—No. La última vez fue como una semana antes.

Mónica reflexiona brevemente al respecto.

—¿Por qué no habías contado eso hasta ahora?

Lucas duda un instante.

—Porque pensaba que estaba viva. —Mónica nota que se le está quebrando la voz—. Creía que se había ido una temporada con ese chico y que no quería ser descubierta.

—Seguías encubriéndola.

—Algo así —dice, cabizbajo. De un puntapié, lanza una piedra a la carretera. Luego, añade con la voz rota—: Todo sigue sin

parecerme real. Es como si se hubiera ido de excursión y pudiera regresar cualquier día de estos.

Así que Alicia se veía con alguien a escondidas. Es una información nueva e interesante. Decide guardarla en su memoria y recuperarla más tarde, cuando pueda concentrarse. Ahora que tiene a Lucas solo para ella, necesita más.

—Lucas, eres un buen hermano —dice, y lo cree de verdad—. Una cosa más. Los amigos de tu padre: Pablo Lázaro, Manuel Requena, Rafael Peinado… ¿Alicia hablaba de ellos?

Lucas frunce el ceño, pensativo.

—No, nunca dijo nada. Son los amigos de papá, no los suyos.

—¿Cómo es la relación entre ellos? —pregunta ella.

—¿A qué te refieres?

—Todos los grupos de amigos funcionan según una dinámica interna, cada uno adopta un papel… ¿Cómo dirías tú que son las relaciones entre ellos cuatro?

—A Pablo lo conozco poco. —Se rasca la coronilla—. Sé que es callado, un poco friki. Pero me cae bien. Siempre ha sido majo conmigo.

—Vale. ¿Y el resto?

—Manuel es el líder. El que manda. No me gusta. Rafa es… su perro faldero. En plan… un panoli de libro.

Mónica arquea una ceja, impresionada por la perspicacia del chico.

—Buen análisis. ¿Y tu padre? ¿Cómo se lleva con ellos?

—Papá dice que Manuel a veces es un gilipollas. —Se tapa la boca, sonrojándose—. Perdón.

—Tranquilo, he oído cosas peores. —Mónica le dedica una sonrisa fugaz, dejando que el momento aligere la tensión—. ¿Alguna vez los viste discutir? ¿A tu padre con ellos, o entre ellos? —Cada vez está más convencida de que la respuesta se halla en algún punto del pasado de los cuatro, en sus relaciones internas.

Lucas sacude la cabeza.

—Papá no es de pelear. Siempre calma las cosas. Pero… —Se detiene. Sus ojos brillan ahora con un recuerdo repentino—. Mamá sí discutió una vez. Con Rafa.

Mónica se tensa.

—¿Tu madre? —¡Pues claro! Mónica no puede creer que haya sido tan estúpida. Manuel se lo dijo. Luisa, la difunta esposa de Darío, era amiga de la infancia de los chicos. Manuel, Rafael, Blanca, Luisa y Darío—. Háblame de esa discusión, Lucas. ¿Cuándo fue?

—Hace unos tres años, antes de que ella muriera. Lo sé porque fue el año en que papá me compró mi primer móvil y estaba obsesionado grabando todo. —Su voz se acelera, como si el recuerdo lo emocionara—. Fue en una fiesta en casa. Los grabé a escondidas. Mamá estaba furiosa, le gritaba a Rafa en la cocina. No sé por qué, pero ella nunca gritaba, así que fue raro.

Mónica siente un cosquilleo en la nuca. Una discusión entre Luisa y Rafael, grabada. Podría ser nada, o podría ser todo.

—Lucas, ¿aún guardas ese vídeo?

Él la mira con una mezcla de miedo y determinación.

—En casa. En mi ordenador. —Traga saliva, enderezándose como si acabara de tomar una decisión—. Inspectora, tienes que venir. Tienes que verlo.

El corazón de Mónica late con fuerza.

—Vamos ahora mismo.

# 59

Rayco aparca su coche en un bordillo cubierto de hojas secas, frente a la verja de una mansión que rezuma lujo y riqueza en cada ladrillo. El sol de mediodía brilla en Pozuelo, pero la calle está silenciosa, como si la ciudad contuviera el aliento.

Comprueba la dirección en su móvil. Coincide con el número grabado en una placa de bronce en el muro de piedra que rodea la propiedad. Desde el exterior, apenas se vislumbra la villa de los Ballesteros, oculta tras un seto de hiedras y árboles altos que protegen una vivienda de dos alturas, con tejado de pizarra y un aire rural que no disimula su opulencia. Es el tipo de casa que huele a dinero viejo, a fortunas amasadas en bodegas y viñedos, con garajes para coches que Rayco solo ha visto en revistas.

Antes de salir de Madrid, Rayco y Mercedes han pasado la mañana investigando. La dirección que Teresa le dio esa misma mañana pertenece a Siberio y Mariví Ballesteros, un matrimonio jubilado que construyó su fortuna con un imperio vinícola. ¿Era a ellos a quienes Pablo visitaba en secreto hace años? ¿O esta mansión pertenecía a otra familia en aquella época? Rayco tiene una corazonada que lo acompaña desde que empezó este caso. Pablo, su vecino de la urbanización, el pintor reservado con dos hijos y una vida aparentemente normal, guarda secretos que podrían explicar los mensajes anónimos y tal vez incluso la muerte de Alicia Toscano. Si Rayco puede desentrañar el pasado de Pablo, quizá encuentre la pieza que conecte todo.

Baja del coche. El muro de piedra, cubierto de hiedra, se extiende como una barrera que protege algo más que una casa. Pulsa el timbre y la verja se abre acompañada de un molesto sonido rasgado y continuado. Entra en un patio delantero que conduce a una explanada de gravilla. Los Ballesteros son ricos, del tipo de ricos que tienen rosales en el césped y una fuente de mármol. Al fondo, una piscina brilla bajo el sol, rodeada de sauces que proyectan sombras largas. Rayco asciende los cinco peldaños de baldosas teja hasta la puerta principal. No tiene un plan claro, solo la esperanza de que los Ballesteros estén en casa y dispuestos a hablar.

Toca el timbre, y el *ding-dong* resuena en el interior como una campana en una iglesia vacía. Pasos lentos se acercan, y el corazón de Rayco se anima. La puerta se abre con un crujido. Un hombrecillo de piel seca asoma la cabeza; sus pequeños ojos parpadean tras unas gafas de medialuna que cuelgan de una cadenita sobre su chaleco de lana. Es un hombre de rasgos agradables, con un bigote ceniciento y maneras educadas que transmiten serenidad. Su cabello es del color y la textura del heno de los carros antiguos utilizados para pasear en las granjas, y lleva un corte que a Rayco le recuerda a los futbolistas de los años setenta. No hay duda de que ese hombre ha visto de todo, al menos un par de veces.

—¿Quién es?

—Rayco Medina, Policía Nacional de Madrid —dice, mostrando su placa. Al ver que el hombre traga saliva, añade—: No se preocupe, solo quiero hacer unas preguntas. ¿Es usted Siberio Ballesteros?

El hombre asiente.

—Sí. —Parece dudar un instante. Tras una pausa, se aparta—. Pase.

Rayco lo sigue al interior. El salón es un mausoleo de los años ochenta: muebles de caoba tallada, cortinas de terciopelo granate y un papel pintado con motivos florales que demuestra que el dinero no está ligado al buen gusto. Una lámpara de araña cuelga del techo; sus cristales polvorientos reflejan la luz en destellos apagados. Pero lo que más llama la atención son las Meninas, figuritas de cerámica que parecen sacadas del cuadro de Velázquez. Están por todas partes: en la repisa de la chimenea, sobre la mesa

de centro, incluso en una esquina, donde una estatua de medio metro de altura parece mirarlo directamente con ojos vacíos. Los cuadros en las paredes son variaciones del mismo tema, desde óleos recargados hasta acuarelas desvaídas. Rayco reprime un escalofrío, imaginando a sus hijas corriendo por este lugar y rompiendo cada figura a su paso.

Sin embargo, más llamativo que las Meninas es el hecho de que no hay expuesta ninguna fotografía familiar.

—¿Está la señora Ballesteros en casa? —pregunta, sentándose en el sofá con cuidado, como si pudiera estar relleno de escorpiones.

Antes de que Siberio pueda responder, una mujer irrumpe desde la cocina, envuelta en una bata violeta con volantes que parece parte del vestuario de un drama teatral. Mariví Ballesteros es alta, delgada, con un pelo blanco tan largo y frondoso que parece una peluca de época. Sus cejas pobladas le dan un aire de búho enfadado. Rayco se pone de pie y le estrecha la mano, conteniendo la respiración cuando ella se la tiende y aprieta.

—¿Qué quiere? —pregunta Mariví—. Estoy ocupada con un estofado.

El apretón de manos y esas primeras palabras son suficientes para que Rayco sienta que no es bienvenido allí. Razón de más para quedarse a preguntar. La mujer no le ofrece quedarse a probar el estofado, y él agradece en silencio ese gesto. El olor que sale de la cocina le revuelve el estómago, recordándole los guisos recalentados de su colegio en Gran Canaria. Por culpa de ese comedor, no ha podido volver a probar las lentejas ni las patatas a la riojana.

—Me iré enseguida —dice, sentándose de nuevo—. Solo necesito hacerles unas preguntas.

Mariví se apoya, más que sentarse, en una butaca cubierta de ganchillo. Siberio permanece de pie, con las manos unidas a la altura del regazo y la vista clavada en la mesa de centro. Rayco observa que parece haber encogido veinte centímetros desde la irrupción de su mujer, como si ella absorbiera todo el aire de la habitación.

—Venga, hable de una vez —dice Mariví con altivez—. ¿Qué quiere saber?

Rayco respira hondo, manteniendo su tono profesional.

—Estamos investigando un caso de asesinato. Hemos descubierto que una persona implicada visitaba esta casa en secreto hace años.

Mariví lo mira en silencio, con unos ojos caídos, nada impresionados, pero muy vivaces. «Habla más rápido y lárgate de mi casa», parecen decir.

—El nombre del implicado es Pablo. —Rayco ve por el rabillo del ojo que Siberio da un respingo—. ¿Les suena el nombre?

—Pablo Lázaro —confirma ella, cambiando la posición de sus piernas. Lleva unas zapatillas de color plateado con el pulgar al descubierto y las uñas pintadas de azul mate, que no combinan ni con las zapatillas ni con la bata.

—¿Le ha pasado algo? —pregunta Siberio, un comentario que le cuesta una mirada de odio de su mujer. El hombre baja la vista y la vuelve a posar en la mesa.

Puede que ese hombre triunfara en el mundo de los negocios y pasara por encima de la competencia, pero en lo que respecta a su esposa, está claro que no ha sido capaz de doblegar sus maneras dictatoriales.

—No, nada grave —responde Rayco, sin ganas ni tiempo de detallar el caso al matrimonio—. ¿Por qué? ¿De qué conocen a Pablo?

—Fue nuestro hijo adoptivo —responde rápidamente Mariví, como si esas palabras le dejaran un mal sabor de boca.

Rayco parpadea. ¿Hijo adoptivo? Ahora entiende el motivo de las visitas secretas de Pablo a Pozuelo; estaba visitando a sus padrastros. Y seguramente esa sea la razón por la que no han encontrado información sobre su pasado: lo más probable es que en aquel entonces se le conociera como Pablo Ballesteros. La pieza encaja, pero abre un abismo de preguntas. ¿Por qué nunca se lo mencionó a su mujer? ¿Por qué cambió su apellido? ¿Y qué sucedió para que Pablo saliera de esta casa, dejando su pasado atrás?

Siente el peso de los secretos de Pablo, como si estuvieran escritos en las paredes de este salón opresivo.

—¿Cuánto tiempo vivió Pablo con ustedes?

—Llegó con dos años. —Un deje de ternura se forma en la voz de Siberio—. Se fue a los dieciocho y empezó una nueva vida en Alcalá de Henares.

Rayco recuerda lo que le dijo Teresa sobre su pasado en Alcalá.

—¿Y desde entonces? —Mira a Mariví, que se rasca la comisura de los labios con una uña larga, como si el tema le aburriera.

—Nada —dice ella, de manera cortante—. Se marchó y no volvimos a saber de él, ¿verdad, Siberio? —Lo dice como quien intenta recordar el nombre de un restaurante al que un día fueron a comer. Rayco tiene la sensación de que Pablo ya no significa nada para esa mujer.

Siberio asiente, pero sus ojos evitan los de Rayco. Está mintiendo, y Rayco lo sabe. Pablo estuvo aquí, años después, visitando a Siberio a espaldas de Mariví. La dinámica entre el matrimonio es clara: ella manda, él obedece. Rayco siente lástima por el hombre, un magnate del vino reducido a un títere en su propia casa. ¿Habrá sido siempre así? ¿O fueron los años de matrimonio con Mariví los que minaron su personalidad?

—¿Por qué se fue? —insiste, con la mirada fija en Siberio, buscando una grieta.

Mariví se adelanta, su voz cargada de desdén:

—Era un buscavidas. Un chico raro, gordo, sin amigos. Cuando cumplió los dieciocho, simplemente se largó. No quiso saber nada de nosotros.

Siberio se limita a tragar saliva. Rayco capta el dolor en sus ojos, el cariño que aún siente por Pablo, pero no dice nada. La presencia de Mariví lo aplasta como una losa. El hombre se aclara la garganta.

—Antes ha dicho que Pablo está implicado en un caso de asesinato. ¿De qué modo? —pregunta, ignorando la nueva mirada fulminante de su mujer.

Rayco vacila un instante, pero comprende que no pasará nada por darle a ese hombre un poco de información. En cierto modo, siente que se lo debe.

—Es un conocido de la familia de una joven que ha aparecido muerta —dice, resumiendo—. Y también ha estado recibiendo algunos mensajes anónimos que podrían ser amenazas.

—Esa joven… —balbucea Siberio—, ¿es Alicia Toscano?

—Así es.

El matrimonio intercambia miradas fruncidas.

—¿Qué es de Pablo? ¿Está bien? —pregunta él, con sincera preocupación.

—Está bien —responde Rayco, suavizando el tono para el hombre —. Es pintor. Acaba de exponer en Madrid.

—¡Ah, sí! El otro día vi su cara en una revista —dice Siberio, con un brillo de orgullo en los ojos—. Me costó reconocerlo. Está tan cambiado…

—¡Pintor! —Mariví suelta una risa seca, llena de ironía, contrastando con el tono de su marido—. Qué gracioso. Ese zampabollos haciendo algo de provecho. Quién lo diría. —Su sonrisa ladeada es fría como un glaciar.

Rayco aprieta los puños, conteniendo la rabia. Quiere sacudirla, obligarla a hablar con respeto, pero se recuerda que es un profesional. Respira hondo.

—Han dicho que lo adoptaron con dos años. ¿Conocieron a sus padres biológicos?

—Solo al padre —responde Mariví, arrugando la nariz como si oliera carne en descomposición—. Un sinvergüenza. Alcohólico, mujeriego. Murió de sobredosis. De tal palo, tal astilla, está claro.

Rayco observa que Siberio reprime una mueca de desagrado.

—La madre murió en el parto —añade él en voz baja—. Cuando Pablo tenía dos años, encontraron al padre muerto en una autocaravana. Un excursionista alertó por el olor. La Guardia Civil entró y halló a Pablo solo, desnutrido. Unas horas más, y…

Rayco siente un escalofrío. Le parece increíble que estén hablando de Pablo Lázaro, su vecino desde hace años, con quien se ha cruzado tantas veces en la urbanización. Imagina a un niño pequeño, solo en una autocaravana, rodeado de miseria. Nota que ha comenzado a sudar y se tira un poco del cuello de la camisa, como si le faltara el aire.

—Qué terrible…

—Era un crío… —dice Mariví, agitando la mano como si espantara una mosca—. A esa edad, los niños olvidan rápido.

—Las primeras semanas tenía pesadillas —murmura Siberio, contradiciéndola—. Se despertaba gritando por las noches.

—Como todos los niños, Siberio. No seas dramático.

Siberio aprieta las manos, como si quisiera hablar, pero la mirada de Mariví lo silencia.

Ella se levanta, alisándose la bata.

—¿Tiene más preguntas? Mi estofado no se cocina solo.

Rayco se levanta del sofá, dispuesto a marcharse de aquella casa asfixiante, cuando de pronto recuerda algo que dijo Rafael cuando fueron a verlo al hospital: *Fue ella*.

—Solo una cosa más —dice, mirando a ambos alternativamente —. ¿Hubo alguna mujer importante en la vida de Pablo durante su adolescencia? ¿Una amiga, alguien del colegio?

Mariví suelta una risita cruel.

—Pablo era un chico gordo y reservado, muy poco agraciado. No puede decirse que las chicas hicieran cola por él.

—No tiene por qué ser una novia —insiste Rayco—. ¿Tal vez una amiga, alguien del colegio?

Mariví y Siberio vuelven a mirarse.

—No, Pablo apenas se relacionaba —repite ella con impaciencia —. No tenía amigos. No se me ocurre nadie.

—El padre de Alicia, la chica asesinada, es amigo de Pablo. Se llama Darío. ¿Les suena ese nombre?

Ambos niegan con la cabeza.

—¿Y Manuel Requena o Rafael Peinado? —insiste—. Ellos también han estado recibiendo cartas anónimas. ¿Les dicen algo estos nombres?

—Ya le he dicho que no hemos vuelto a saber de él desde que se fue de esta casa. —La voz de Mariví es como un portazo—. Y ahora, de verdad, necesito ir a los fuegos antes de que salgamos todos ardiendo.

Se pierde en la cocina, arrastrando las suelas de sus zapatillas contra el parqué. Siberio parpadea, como si despertara de un trance.

—Le acompaño a la salida —dice con una voz apenas audible.

Rayco recibe el aire fresco del exterior como si acabara de emerger a la superficie después de varios minutos bajo el agua.

Cruzan el césped impecable, con la fuente murmurando a su espalda. Junto a la verja, lejos de los ojos y oídos de Mariví, se detiene y mira a Siberio.

—No he querido decirlo delante de su esposa —dice, bajando la voz—, pero sé que Pablo venía a verlo a escondidas mucho después de que se marchara.

Siberio se aferra a un barrote de la verja como si necesitara sostenerse para no caer.

—Pablo nunca se llevó bien con Mariví —admite, con la mirada fija en el suelo.

Rayco asiente.

—Comprendo. ¿Por eso se fue?

El hombre abre la boca como si tuviera la intención de añadir algo, pero la cierra de inmediato y guarda silencio. Rayco siente el impulso de presionarlo, de arrancarle la verdad, pero Siberio le tiende una mano temblorosa y abre la verja.

—Cuídese, agente —dice, evitando su mirada.

Rayco aguarda un segundo, sintiendo que debería quedarse e instar a ese pobre hombre rico a decir lo que sin duda se está callando. Pero lo único que hace es darle una tarjeta de visita antes de salir y subirse al coche.

Mientras conduce de regreso a Madrid, la mansión de los Ballesteros se desvanece en el retrovisor, pero las palabras de Siberio y Mariví giran en su mente como un torbellino. Pablo, un niño abandonado, criado en una casa sin amor, huyendo a los dieciocho. Un pasado enterrado bajo un apellido cambiado. Rayco recuerda las tardes en la urbanización, viendo a Pablo jugar con sus hijos. ¿Cómo pudo ocultar un pasado así? La imagen del niño desnutrido en la autocaravana lo persigue.

Y luego está esa *ella* que Rafael —y Pablo— mencionaron, aún sin rostro.

Cuando llega a la M-40, el sol se esconde tras las nubes, y Rayco no puede sacudirse la certeza de que el pasado de Pablo Ballesteros —no Lázaro— es la clave de todo. Pero, ¿qué oculta? ¿Y quién es *ella*?

# 60

—Aquí está. —Lucas Toscano acaba de encender su ordenador portátil y ha accedido a una carpeta en la nube llamada MAMÁ.

De pie, tras él, Mónica y Andrés lo observan en silencio mientras ella siente cómo se le acelera el pulso.

La habitación de Lucas es lo que podría esperarse de un muchacho de su edad. Pósters de baloncesto cuelgan torcidos en las paredes, y una pelota naranja reposa en un rincón, rodeada de zapatillas desparejadas y libros escolares esparcidos. El aire huele a ropa usada y humedad.

La pantalla ilumina el rostro pálido del chico mientras navega. Andrés se inclina hacia adelante. Con la camisa arremangada hasta los codos, tiene las manos apoyadas en el respaldo de la silla de Lucas. Mónica siente el peso de la casa vacía a su alrededor, sumida en un silencio roto solo por el zumbido del ordenador. Darío no está, y Lucas dice que no volverá del funeral hasta dentro de unas horas. «Una casa grande, pensada para una familia», piensa Mónica, con un pinchazo de tristeza.

—¿Qué vamos a ver, Lucas? —pregunta.

—Solo un segundo —responde, pinchando en un archivo con un nombre caótico de números y letras. La barra de descarga aparece, lenta y torturante. Sus dedos bailan nerviosamente sobre el ratón. La aplicación de vídeo se abre y la cara de Alicia llena la pantalla.

Mónica siente un estremecimiento. Alicia, más joven, con el pelo corto y brackets brillando en su sonrisa, hace muecas a la cámara

con una energía que duele ver ahora. Andrés cambia de postura a su lado, conteniendo la respiración, y Mónica sabe que él también está luchando contra el peso de ver a una chica muerta tan viva.

Lucas baja la mirada con los ojos enrojecidos y murmura:

—Lo grabé todo esa noche. Mis padres hicieron una barbacoa con sus amigos. La selección jugaba, y cenamos en el jardín viendo el partido. Mirad, ahí están Rafa y mamá.

En la pantalla, el ventanal del salón revela la terraza iluminada por farolillos. Manuel Requena sale con dos botellas de vino, contento, con paso tambaleante. Rafa y Darío están hundidos en sillas plegables, absortos en una televisión que no capta la cámara. Luisa y Blanca charlan en una esquina, sus siluetas recortadas contra las luces cálidas. La escena es alegre y despreocupada, pero Mónica siente un cosquilleo en la nuca.

—Esperad, está más adelante —dice Lucas, adelantando el vídeo. La imagen salta, y ahora es de noche. Los adultos están sentados alrededor de una mesa en la terraza, con vasos y botellas desperdigadas. El audio es un murmullo amortiguado; risas y voces entremezcladas con el canto de los grillos.

—¿Dónde estabais escondidos? —pregunta Mónica, inclinándose hacia la pantalla.

—En la escalera, detrás de los barrotes. Estaba oscuro, no nos veían. —Lucas se frota las manos. Su entusiasmo infantil choca con el dolor en sus ojos—. Ellos creían que nos habíamos ido a dormir. Pero Alicia y yo nos levantamos sin hacer ruido y nos pusimos a grabar a escondidas. Estaban medio borrachos, atontados. En ese momento, nos pareció mega divertido.

A juzgar por las susurradas risas en *off* de Lucas y Alicia, la intención era filmarlos en ese divertido estado de embriaguez. No siempre se puede pillar a tus padres con un par de copas de más.

Andrés arquea una ceja.

—¿Tu padre sabe de este vídeo?

—No. —Lucas sacude la cabeza—. Lo subí a la nube y me olvidé. Hasta hoy.

Mónica asiente. Sabe cómo funciona: grabas un momento porque parece importante, lo guardas en la nube… y luego se pierde en el

olvido digital. Pero este vídeo no es un recuerdo cualquiera. Podría ser la clave. Mira a Lucas, su rostro iluminado por la pantalla, y siente una lástima que reprime al instante. Es un buen chico, listo, valiente, pero está roto por dentro.

Las voces del vídeo se elevan y se apagan. Desde el interior de la casa resuenan risotadas en la noche estival. Parece que lo están pasando muy bien. Andrés va a decir algo, pero Mónica se adelanta.

—¿Manuel Requena te da clase? —pregunta.

Lucas menea la cabeza sin apartar la vista de la imagen.

—No, solo a los de bachiller.

Mónica ha notado algo en su voz. Un matiz negativo.

—¿No te cae bien?

—Es un capullo —contesta el chico como si fuese algo obvio.

Mónica tiene una idea. Decide que no puede desaprovechar la ocasión y sigue preguntando:

—¿Y Paula?

—Pajaula, querrás decir. —Lucas sonríe con picardía—. Nos da lengua. Y el año pasado nos dio clases de educación sexual. Está buena, pero es un poco zorrón.

Mónica arquea las cejas. Va a seguir indagando en esa dirección, pero Lucas se revuelve en su silla.

—¡Aquí viene! —susurra, y los tres se quedan en silencio con los ojos fijos en la pantalla.

El vídeo tiembla, la cámara enfocando el interior de la casa desde la escalera. Dos figuras entran por el ventanal con copas de vino en la mano y desaparecen hacia la cocina. La luz de la cocina se enciende, proyectando sombras alargadas. Mónica se inclina más, conteniendo la respiración. Las voces, amortiguadas por la distancia y la mala calidad del audio, comienzan a filtrarse. Andrés mira a Lucas extrañado.

—Mi madre y Rafa —explica Lucas, que ha parado la grabación para que no se pierdan nada con la charla—. Entraron con la excusa de recoger los platos.

—De acuerdo. Sigamos viéndolo —dice Andrés, conforme.

Lucas presiona el ratón y la grabación se reanuda.

—¿Tú piensas en ello alguna vez? —La voz de Luisa es clara, aunque arrastrada por el alcohol. Y con un matiz urgente.

Mónica intercambia una mirada con Andrés.

—¿A qué te refieres? —balbucea Rafa.

Lucas sube el volumen al máximo, y el ruido de fondo —risas lejanas, el tintineo de vasos— se mezcla con las voces.

—No te hagas el tonto, Rafa. —Luisa suena más dura ahora—. Lo que pasó. Lo que hicimos.

Mónica siente un escalofrío. Andrés se tensa a su lado. Lucas está inmóvil; sus manos, apretadas en puños, como si temiera lo que viene.

—No quiero hablar de eso —replica Rafa con un gruñido—. Dijimos que nunca lo mencionaríamos.

—Pues yo no puedo seguir fingiendo que no pasó. —Luisa baja la voz, pero el eco de la cocina hace que sus palabras lleguen entrecortadas—. A veces me despierto por la noche, y es como si… como si estuviera aquí, mirándome.

Mónica traga saliva. ¿De quién están hablando? La calidad del vídeo es pésima, el audio lleno de interferencias, pero cada palabra es una chispa que enciende más preguntas.

—Piensa en Darío, en los niños —dice Rafa, y Mónica detecta pánico en su voz—. No puedes desenterrar eso ahora.

—A mi familia no la metas en esto, te lo advierto. —Mónica imagina a Luisa apuntando a Rafa con el dedo—. Si Darío se entera…

El audio se pierde en un murmullo confuso, y a partir de ese punto, las voces se vuelven ininteligibles. Las figuras reaparecen, regresando a la terraza. Lucas detiene el vídeo, congelando la imagen en las siluetas borrosas de Luisa y Rafa.

El silencio en la habitación es asfixiante, roto solo por el zumbido del ventilador del portátil.

Mónica se endereza, su mente dando vueltas. Ese «lo que hicimos» podría ser cualquier cosa: un error, un delito, un secreto que alguien está dispuesto a matar para proteger. Y Luisa se lo había ocultado a su marido.

Andrés se frota la barbilla con los ojos fijos en la pantalla congelada.

—¿Sabes de qué hablaban?

Lucas sacude la cabeza. Sus dedos tamborilean nerviosamente sobre el escritorio.

—Pues… no. No tengo ni idea —dice con voz temblorosa mientras cierra la tapa del portátil.

—Necesitamos una copia, Lucas —dice Mónica—. ¿Puedes enviárnosla?

—Claro. —Abre el portátil de nuevo. Sus dedos se mueven rápido —. Dadme un email.

Andrés garabatea su dirección en un pósit y se lo pasa. Mónica observa al chico, impresionada por su entereza. Está destrozado, pero quiere ayudar, quiere justicia para su hermana. Es más de lo que muchos adultos podrían manejar.

—Has sido muy valiente, Lucas —dice, revolviéndole el pelo con un gesto rápido, casi instintivo—. Esto podría ser importante para encontrar al que le hizo esto a Alicia.

Lucas se sonroja. Bajando la mirada, añade:

—Solo quiero que lo pillen.

—Lo haremos —promete Mónica.

—Cuida de tu padre, Lucas —dice Andrés, añadiendo su número de teléfono al pósit—. Llámame si necesitas algo. Cualquier cosa.

Mónica y Andrés salen de la casa.

—Tenemos que hablar con Rafael. Ahora —dice Mónica.

Andrés asiente con expresión seria.

—Si Rafael y Luisa escondían algo y eso está ligado a Alicia… — No termina la frase, pero Mónica sabe lo que piensa. Un secreto del pasado, guardado durante años, podría ser la clave de todo.

Mientras caminan hacia el coche, con las imágenes del vídeo todavía en la mente y las palabras de Luisa resonando como un eco —*Lo que hicimos*—, una pregunta le sale sin querer:

—¿Por qué Rafael no mencionó nada de esto cuando lo interrogamos? —murmura, abriendo la puerta del coche.

Andrés se detiene y se vuelve hacia la casa.

—No lo sé. Pero ahora mismo vamos a averiguarlo.

Mónica asiente y gira el contacto del Mini. El motor ruge, y mientras se alejan de la casa de los Toscano, se pregunta si la muerte de Alicia no será la consecuencia de un oscuro suceso del pasado.

# 61

Alicia, su pequeña hija, ya está incinerada, reducida a cenizas en una urna que no puede contener su risa, sus sueños, su vida. Al terminar la misa, Darío ha escapado de allí en cuanto ha podido. Las condolencias, los apretones de manos, las miradas de lástima… todo le repugna. Siente los ojos de la gente clavándose en su espalda. Aún oye sus cuchicheos. Sabe lo que dicen algunos por lo bajo; no es idiota. Lleva mucho tiempo escuchando ese tipo de habladurías:

«Dos muertes en una familia, menuda casualidad.»

«¿Qué habrá hecho Darío para merecer esto?»

«Tal vez se ha buscado las desgracias.»

Cotilleos aislados, con mala intención, que circulan y se ensamblan como en el teléfono escacharrado hasta formar un relato, mezcla de realidad e invención.

Y también hablan de Alicia, claro. Esos comentarios son los que más lo enfurecen.

«Esa niña iba pidiéndolo, con esas faldas, esos escotes, esa actitud.»

«Andaba por ahí como si fuera una mujer, y solo tiene diecisiete años.»

«Luego dicen que pasan cosas… ¿cómo la dejaba su padre salir así de casa?»

Ahora, Darío ya duda de todo. ¿Estarán infundados todos esos rumores? ¿Se había convertido Alicia en una mujer y él no había sabido verlo? Un padre cree conocer bien a su hija, pero ¿quién está

seguro de todo lo que pasa por la mente de una adolescente? Era una niña feliz y alegre, y sin embargo, últimamente piensa en ello: había algo, un halo de tristeza la envolvía, especialmente en las últimas semanas. Como si algo le pesara en exceso y la abatía como una sombra. Una vez, incluso le preguntó. Entró en su habitación, se sentó junto a ella y le preguntó si le pasaba algo. Ella fingió una sonrisa e hizo como que todo iba bien.

—No pasa nada, papi. Es solo que tengo mucho lío en el insti.

Luego lo echó con la excusa de los deberes.

Pero él no se lo había tragado. A Alicia le pasaba algo. En ese momento pensó que serían cosas de chavales, como «tal tío pasa de mí» o «voy a pencar biología». Pero ahora no se lo quita de la cabeza. ¿Le pasaba algo grave a su hija? Esa sensación le tortura y no puede evitar pensar… «¿pude evitarlo?»

También pudo haberlo consultado con Lucas. Tal vez Alicia no se abriera con su padre, pero con su hermano pequeño podría ser distinto. Se adoraban. Pero no lo hizo. Siempre posponía esas charlas, convencido de que sus hijos se lo contarían todo. Qué estúpido. Ahora, cada recuerdo de Alicia es una daga: su risa en la terraza, su cabello brillando bajo el sol, y esa tristeza que él ignoró.

Luisa habría sabido qué hacer. Ella era la que navegaba las tormentas de la adolescencia, la que descifraba las miradas de Alicia. Darío era el padre enrollado, el de los partidos de baloncesto, los recitales de música, las lecciones de disciplina. Era el *poli bueno*, como Luisa no dejaba de recordarle, medio en broma, medio en serio. Pero los asuntos del corazón, los miedos profundos, esos eran territorio de Luisa. Desde que ella murió, Darío ha estado perdido. Además, no había de qué preocuparse. Alicia sacaba buenas notas y sus amigas la querían. Vale que a veces estaba un poco más rara de lo habitual, pero ¿a qué adolescente no le pasa? Darío no tenía nada concreto en lo que basarse. Alicia estaba bien.

Desde que el otro día encontraron su cuerpo, no ha podido dejar de pensar en ello. ¿Era esa sombra la causa de su muerte? ¿Qué o quién la había provocado? Si le estaba pasando algo malo, si se sentía amenazada, ¿por qué no le dijo nunca nada? Él vivía en la creencia de que sus hijos se lo contaban todo, que podían acudir a

él en caso de que algo les preocupara, pero ahora sospecha que tal vez no era así.

Se esconde tras un seto frente a la Jefatura de Policía mientras el viento le arranca mechones de pelo y hace bailar su chaqueta negra. El edificio se alza frente a él, gris y frío. No puede volver a esa casa grande pensada para una familia que ya no existe. El silencio de las habitaciones vacías, el eco de los pasos de Lucas, su hijo, esperando una conversación que Darío no sabe cómo empezar. La alternativa es perderse en un bar. El rincón más oscuro de una barra sucia es un destino seductor, tal vez acompañado de una botella que termine de hundirlo.

Pero no. Hoy no.

Cierra los ojos y el rostro de Alicia aparece. No el semblante alegre, tierno y cariñoso al que él se había acostumbrado.

El rostro que ve es la viva imagen del miedo.

Abre los ojos, las lágrimas quemándole las mejillas. Creía que no le quedaban, pero el dolor es un pozo sin fondo.

Entonces lo ve.

Pablo Lázaro está saliendo por la puerta principal del edificio. Lleva los hombros encorvados y el rostro demacrado, con profundas ojeras que recuerdan a un oso panda. Un agente de seguridad lo acompaña hasta la acera, murmura algo y regresa al edificio. A Pablo se lo ve cansado, perdido…

…pero también libre.

Darío siente la bilis subiéndole por la garganta. ¿Por qué lo detuvieron? ¿Qué hacía en la feria esa noche? ¿Qué sabe de Alicia?

Y lo más importante: ¿por qué coño lo han soltado?

Los dientes de Darío castañean y el nudo de la corbata le aprieta la garganta como una soga. Quiere correr hacia él, agarrarlo por el cuello, exigirle respuestas.

«¿Qué le hiciste a mi niña, cabrón?»

La imagen de Alicia, suplicante, lo atraviesa. Pablo mira hacia el seto, como si sintiera su presencia, y Darío se agacha. El corazón le late en los oídos.

Cuando vuelve a asomarse, Pablo ya no está. Lo ve a unos metros, arrastrando los pies hacia la boca del metro al final de la

calle. Su figura está empequeñecida por el peso de algo que Darío no entiende.

No lo piensa. Sus piernas se mueven solas. El seto le roza los brazos mientras sigue a Pablo. La ciudad se difumina, los coches, las voces, todo se desvanece. Solo queda Pablo y la verdad que lleva consigo. Darío no sabe qué hará cuando lo alcance, pero no puede detenerse. No ahora. No hasta saber qué le pasó a su hija.

# 62

El tiempo se arrastra en la habitación del hospital, tan lento como el goteo del suero que cuelga junto a la cama. El pitido rítmico del monitor marca los latidos, pero él apenas lo oye. Su mirada se pierde en el cielo grisáceo que se cuela por la ventana, un borrón de nubes que parece tan vacío como él. Una enfermera entró hace un rato, ofreciéndose a encender el televisor, pero Rafael ni siquiera respondió. No tiene fuerzas. Solo quiere esperar.

Ella vendrá. Lo sabe. Siempre lo ha sabido. Su venganza es un peso que lleva años cargando, un nudo que le aprieta el pecho y le roba el aire. A pesar de todo, no tiene miedo. Solo siente una resignación agotada, casi un alivio. Cuando *ella* llegue, este dolor que lo desgarra por dentro —la culpa, los remordimientos, el eco de lo que hicieron— por fin terminará. Cierra los ojos, y por un instante, la ve: una sombra sin rostro.

Un golpe seco en la puerta lo saca de su letargo. Levanta la vista y ahí está Mónica Lago, esa policía tan guapa de ojos afilados. No viene con el vecino de Pablo esta vez, sino con un hombre que Rafael no reconoce: alto, con camisa arremangada y una calma que no oculta la firmeza en su mandíbula.

—¿Cómo te encuentras, Rafael? —La inspectora parece seria. Arrastra dos sillas de plástico hasta la cama. El chirrido le molesta.

Él no responde. Vuelve la mirada al cielo. No tiene nada que decirles. Solo quiere que lo dejen en paz, que lo dejen esperarla.

Mónica repite la pregunta, más baja, más insistente. Él suspira, girando el rostro hacia ellos con desgana.

—He tenido días mejores —murmura con indiferencia, como si las palabras fueran un trámite. Todo lo que se le ocurre suena vacío, como un cliché. No importa. No les dijo nada ayer y tampoco dirá nada ahora. Que se cansen de preguntar.

—Ayer nos dijiste que no sabías quién podía estar detrás de los mensajes que habéis recibido Pablo, Manuel y tú —dice ella—. Los sobres, las amenazas… ¿Sigues en esa postura?

—Exacto —dice Rafael, sosteniéndole la mirada. Se percata de que el otro policía recorre sus vendas y escayolas con una mezcla de curiosidad y lástima. Rafael aprieta los dientes, molesto. No necesita su compasión.

El policía se aclara la garganta y habla por primera vez:

—Pues nosotros creemos que no es tan exacto. —Su voz es suave, pero el tono es firme y resolutivo.

Rafael tiene un mal presentimiento. ¿Qué saben? ¿Qué habrán averiguado?

—No sé a qué os referís —miente, consciente de que la duda ha aflorado en sus ojos. Sabe que ellos lo han notado. No es estúpido. Tal vez piensan que se está desmoronando, que contará todo lo que pasó. Pero están equivocados; no cederá. No tiene nada que perder callando, y sí mucho que ganar.

La inspectora se inclina hacia adelante.

—Acabamos de estar en casa de Darío Toscano. Hemos visto un vídeo. Una barbacoa de verano, de hace años. Luisa aún vivía. —Hace una pausa, estudiándolo—. Tú y ella os apartasteis en la cocina, lejos de los demás. Como si no quisierais que nadie os oyera.

Rafael parpadea mientras su mente busca entre los recuerdos borrosos. Por un segundo, recuerda el olor a vino y el calor de la cocina. Y el rostro de Luisa suplicando hablar. Pero lo aparta, como siempre ha hecho.

Los policías parecen aguardar una reacción, pero lo cierto es que Rafael no sabe a qué se refieren. Aquellos tiempos de fiestas y amigos le parecen tan lejanos…

—No sé de qué hablas —dice, frotándose el mentón, rasposo bajo sus dedos limitados por la escayola. Su voz es un murmullo, pero en su cabeza, los recuerdos gritan ahora. Luisa, con su copa de vino temblando en la mano, diciendo que no podía seguir viviendo con *eso*. Él, aterrado, rogándole que callara. Su corazón late descontrolado, pero se fuerza a mantener la calma. No deben verlo tambalearse.

—Los hijos de Darío os grabaron a escondidas —continúa ella, implacable—. Luisa estaba preocupada. Habló de algo que pasó, algo que hicisteis. Tú te enfadaste, le dijiste que no lo mencionara, que pensara en su familia. ¿Qué era, Rafael? ¿Qué hicisteis?

Rafael maldice por dentro. Esos críos, siempre con su móvil, grabándolo todo. Recuerda cómo se sintió al ver el pánico en los ojos de Luisa. Jamás supo por qué lo mencionó aquella noche. Luisa estaba deseando contarlo, hablarlo con alguien. Era como si quisiera pagar por lo que hicieron. Y él se asustó. Le aterraba que saliera a la luz. Sigue aterrándolo.

Logró calmarla, o eso creyó. Pero desde ese momento, siempre temió que ocurriese algo que lo estropease todo. Tristemente, ella murió poco después, y una parte de él, la parte más oscura, suspiró aliviada. El secreto estaba a salvo. O eso pensaba. Porque la verdad siempre lucha por emerger a la superficie.

—No recuerdo nada de eso —miente—. Mi cabeza no da para tanto.

Ella saca su teléfono.

—Podemos enseñarte el vídeo, por si te ayuda a recordar —dice.

Él la corta con un gesto débil.

—Como queráis, pero no cambiará nada. Si Luisa dijo algo, sería por el vino. Se ponía muy pesada cuando bebía. Melodramática y sentimental, siempre haciendo montañas de granos de arena.

La mentira le quema la lengua, pero no le importa. Que piensen lo que quieran. No pueden entrar en su cabeza ni leer sus pensamientos.

El otro policía se pone en pie.

—Rafael, alguien está enviando amenazas. Recortes con manchas de sangre, amenazas escritas, fotografías. Y está muriendo

gente. Si sabes algo, si ese vídeo tiene que ver con esto, es el momento de hablar.

Rafael casi suelta una risa amarga. ¿Hablar? No. Que *ella* venga y termine lo que empezó.

—No sé nada —repite, su voz más firme esta vez, aunque en su interior, la culpa lo devora. Piensa en Pablo, en Darío, atrapados en esta pesadilla sin merecerlo. Piensa en Manuel, cuya arrogancia siempre lo cegó. Y en sí mismo, el más culpable de todos, esperando un castigo que sabe que merece.

Mónica lo observa, pero él no cede. Sabe que no se rendirán, que seguirán escarbando hasta encontrar la verdad. Pero no les dará la satisfacción. No aún. No hasta que *ella* llegue.

—Volveremos, Rafael —dice la inspectora, levantándose también —. Y cuando lo hagamos, espero que tengas algo más que ofrecernos.

Él no responde. No piensa hacerles el trabajo; debe pensar en sí mismo. La puerta se cierra tras los policías, y el silencio regresa, pesado, opresivo. Cierra los ojos. En la oscuridad de su mente, ve su rostro, borroso, como un eco de aquella noche.

Y él está listo.

# 63

El olor a pintura vieja y humedad es lo primero que Pablo nota nada más entrar. La llave del humilde apartamento en el corazón de Madrid tiembla en su mano. Es desolador y, sin embargo, justo lo que merece.

La policía lo ha soltado. No tienen pruebas ni cargos contra él. Pero la libertad sabe amarga. No puede volver a casa. No con Teresa, después de que ella lo entregara a Rayco, de que sus acusaciones lo enviaran a esa celda fría. Sus hijos, su hogar… todo parece un sueño lejano, roto por los secretos que lo persiguen. Necesita estar solo, lejos de ellos, para no arrastrarlos al abismo que lo engulle. Es lo mejor.

Pero, ¿cómo arreglará esto, cuando ni siquiera sabe quién es él mismo? La culpa lo carcome, un nudo en el pecho que no puede explicar, que no entiende. La feria, la sangre, *ella*… Todo es un borrón en su mente, un rompecabezas que no puede armar.

Se deja caer en un sofá desvencijado y los muelles crujen bajo su peso. El apartamento es un cubículo de paredes descascaradas con una cocina americana y cortinas que no logran contener la luz grisácea de la calle. Mira su móvil. Nadie le ha escrito en toda la noche. Pablo nunca se ha sentido más solo.

Cierra los ojos y el eco de la celda regresa: el olor a metal, las voces de los agentes, las preguntas sobre Alicia, sobre la noche en la feria. Pero no sabe qué responder. ¿Qué hizo? ¿Qué no hizo? La verdad se le escurre como arena entre los dedos.

Un golpe seco en la puerta lo sobresalta. «¿Qué? Nadie sabe que estoy aquí.» Se levanta y entreabre la puerta con cautela. Observa a través de la rendija con la cadena aún puesta. Darío Toscano está al otro lado. Viste un traje negro arrugado y tiene los ojos hinchados y enrojecidos. Pablo siente un escalofrío.

—¿Puedo pasar? —pregunta Darío con voz baja. No lo mira directamente.

Los dedos de Pablo tiemblan al quitar la cadena.

—Claro. —Deja que entre.

Ambos se quedan mirándose en silencio. Es Darío quien lo rompe:

—¿Cómo estás?

—Un poco cansado. —Pablo se queda observando a Darío—. ¿Y tú?

—Hoy ha sido el funeral de Alicia —dice, señalándose el traje.

—Vaya, lo siento. Me hubiese gustado acudir.

—Ya… —Darío mira a su alrededor sin disimular su desprecio: las paredes manchadas, la mesa coja, el olor a cerrado—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás en casa?

—Teresa… En fin, hemos discutido. Es mejor que nos demos un espacio por ahora. ¿Te apetece un café? —Su voz suena débil, un intento desesperado de normalidad.

Darío no responde. Camina por la habitación. Roza los cajones, aparta una cortina como si buscara algo. Sus ojos, duros como el granito, se clavan finalmente en él.

—¿Por qué has pasado la noche en el calabozo, Pablo?

—¿Cómo te has enterado? —De pronto, Pablo comprende cómo ha llegado Darío aquí—. ¿Me has seguido?

—Contesta a mi pregunta.

Pablo siente que se encoge un poco.

—La poli quería interrogarme. Como a todos los demás, supongo. Estuve en la feria la noche que… ya sabes.

Darío da un paso hacia él con crispación en su rostro.

—¿Y todos los demás han pasado la noche entre rejas también? —Su voz es un rugido contenido—. No me jodas, Pablo…

Pablo retrocede. El sudor le humedece la nuca y se le cuela por el cuello de la camisa.

—¿Crees que yo maté a Alicia?

—No menciones su nombre.

Darío da otro paso. Su aliento es cálido, furioso. Empuja a Pablo violentamente con las dos manos, que choca contra la pared. El impacto hace que un calambre le recorra la espalda.

—Somos amigos —balbucea Pablo—. Yo no la maté. Tienes que creerme.

—Tú y yo no somos amigos.

—Yo no la maté, tío.

—Hablé con Teresa.

—¿Con mi mujer? ¿Cuándo…?

—La pobre está aterrada. Me lo contó todo. Me dijo que esa noche volviste a casa con sangre por todo el cuerpo.

—Tuve un accidente con la…

—Con la puta bici, sí. Es lo que no dejas de decirle a todo el mundo. Mira, tal vez tu mujer se tragara esa mierda al principio. Incluso puede que te sirva con la policía. Pero conmigo no vas a jugar.

—Tienes que confiar en mí. Yo no maté a tu hija.

—Cierra la puta boca, joder.

Darío saca una pistola de la chaqueta. La apunta al pecho, su mano temblando de rabia.

Cuando aparece un arma, se convierte en lo único que ves. Un ojo negro que lo devora todo. Pablo traga saliva e intenta mantenerse fuerte.

—Escúchame —dice, levantando las manos. Intenta atisbar el teléfono, ver si hay algo que pueda utilizar para conseguir ayuda. Pero está en la mesa, fuera de su alcance—. Esa noche… maté a alguien, sí. Lo admito. Lo hice con mis propias manos. Por eso la sangre. Pero no fue a Alicia.

Darío parpadea.

—¿A quién mataste, Pablo?

—No lo sé… —Pablo siente las lágrimas deslizarse por sus mejillas—. Él estaba haciéndole daño…

—¿Le hacía daño a Alicia? —La voz de Darío se suaviza un ápice. Deja caer un poco el arma.

—No, a Alicia no. A Noelia…

Los ojos de Darío se llenan de ira, contraídos. Vuelve a apuntarle, esta vez directamente al rostro.

—Estás delirando —farfulla. La saliva se acumula en su barbilla.

—No, Darío. Tu hija lo tenía todo. Pero Noelia… Ella ni siquiera tuvo la oportunidad.

—¿Noelia? —Darío agarra la pistola con más fuerza—. ¿De qué cojones hablas? ¿Quién es Noelia?

Pablo se derrumba. Las piernas le tiemblan y las imágenes de esa noche lo asaltan: la noria, el chirrido de las sillas voladoras que le recordaban tanto a aquel columpio…, la sangre en sus manos, el rostro aterrado de la chica. ¿Fue real? ¿O lo inventó su mente rota?

—Si Alicia hubiera estado en aquel parque… si hubiera sufrido lo que Noelia…

—¡Cierra la boca! —Darío da un paso más, hasta que la pistola queda a centímetros de la frente de Pablo. Sus ojos brillan de rabia, pero también con duda—. No menciones a mi hija, hijo de puta.

Pablo solloza, temblando contra la pared. La verdad, o lo que queda de ella, lo ahoga. Darío lo mira sin pestañear y con el dedo en el gatillo. La habitación parece cerrarse, el aire denso, irrespirable.

Pablo cierra los ojos y espera el disparo de su amigo.

Darío aferra sus manos a la empuñadura de la pistola. Siente el metal frío abrasarle la palma. Sus ojos, nublados por las lágrimas, están clavados en Pablo, que llora y tiembla de espaldas a la pared como un animal acorralado.

Ese nombre, *Noelia*, resuena en su cabeza. Es un eco que no comprende, un insulto a la memoria de Alicia. ¿Quién es Noelia? ¿Por qué Pablo la menciona? La rabia le arde en el pecho, un incendio que lo consume, pero tras ella hay un vacío más profundo.

Parpadea y el mundo se desvanece.

Alicia está frente a él, radiante. Su sonrisa ilumina un salón lleno de luces cálidas. Lleva un vestido blanco que fluye como un río, la

cola rozando el suelo de madera pulida. No es la adolescente que él conoce; ya es una mujer fuerte, segura, con los ojos brillantes de felicidad. Es el día de su boda, y Darío siente el corazón hincharse de orgullo. Él ya no porta la pistola, sino una copa de vino. El cristal destella bajo los candelabros, y él brinda por ella.

La música, un vals suave, llena el aire. Darío no sabe bailar, pero toma la mano de Alicia y se mueven juntos. Sus pies flotan en un ritmo imposible. Los invitados los rodean, un corro de rostros borrosos, pero él solo la ve a ella, su risa como campanillas, su cabello oscuro brillando bajo la luz.

Luego, la escena cambia. Está en un parque. El sol le calienta la nuca. Dos niños corren hacia él. Sus nietos, con los ojos de Alicia, que a su vez son los ojos de Luisa. Darío les enseña a lanzar una pelota de baloncesto y sus risas llenan el aire. También les muestra acordes en una guitarra vieja, sus deditos torpes pero ansiosos.

Es tan real, tan perfecto, que el dolor lo atraviesa como un cuchillo. Nunca tendrá esto. Nunca verá a Alicia casarse, nunca conocerá a esos niños.

Las lágrimas caen, quemándole la piel de la cara. La visión se desaparece, y está de nuevo en el apartamento. Pablo sigue ahí, sollozando, suplicando. La pistola tiembla en la mano de Darío. Su dedo, en el gatillo. El mundo real es ya un peso insoportable. Un lugar donde Alicia está muerta, donde los rumores manchan su memoria, donde no hay bodas ni nietos.

Solo hay dolor.

No siente el movimiento de su dedo. No oye el clic del gatillo. Está atrapado en ese otro mundo donde Alicia aún respira.

Donde su risa aún suena.

Donde el futuro que le robaron todavía es posible.

# PARTE CUATRO

# 64

Mónica se apoya contra la máquina de café en la sala común de la Jefatura, cuyo zumbido monótono se hace más evidente hoy. Como es domingo, la oficina se presenta como un esqueleto de escritorios vacíos y teléfonos mudos. Solo algunos agentes de otros departamentos merodean por los pasillos. Poco después de salir del hospital, donde acababan de interrogar a Rafael Peinado sin demasiado éxito, Mercedes ha llamado a Andrés por teléfono. Tenía información jugosa sobre Pablo Lázaro. ¿La respuesta de él? Reunión exprés en la oficina.

Andrés se sienta frente a Mercedes, se pasa la mano por el pelo y se inclina, apoyando los codos en las rodillas.

—¿Qué tienes?

Mónica suspira. Si Mercedes los ha hecho venir un domingo, más vale que sea bueno.

Mercedes revisa su tablet con entusiasmo, como si estuviera a punto de desenterrar un tesoro. Siempre es así: colaborativa, dispuesta, la agente que cae bien a todos. Mónica no puede evitar envidiar esa facilidad para conectar, aunque jamás lo admitiría.

—He indagado sobre Pablo Lázaro —dice, y hace una pausa para ajustarse las gafas—. A propósito, ya lo han liberado. Se ha ido a casa.

—Lo sé, me han informado —responde Andrés, asintiendo levemente para que continúe.

Mercedes carraspea, sus dedos vuelan sobre la tablet.

—Empecemos por lo fácil: Pablo no consta en nuestros registros. No tiene antecedentes. Ni condenas, ni denuncias, ni siquiera una multa de tráfico. Antes de empadronarse en Madrid, vivió en Alcalá de Henares. Allí se licenció en psicología, aunque no llegó a ejercer.

Andrés frunce el ceño, impaciente.

—¿Eso es todo?

—No, espera. —Mercedes sonríe y los mira a los ojos, como si disfrutara de la expectación—. No estuvo casado antes de Teresa, y no tiene más hijos que Bruno e Inma. Pero aquí viene lo interesante. —Levanta la vista. Sus ojos brillan—. Hice unas llamadas a los servicios sociales. Me han confirmado que Pablo se quedó huérfano muy pronto. La madre murió en el parto, y el padre cuando él tenía dos años.

Mónica hace un chasquido con la lengua.

—Madre mía —murmura Andrés, frotándose la cara—. ¿Qué pasó?

—Según los registros, Pablo y su padre vivían en una caravana, aislados. El padre era adicto, al alcohol y a los fármacos. Los servicios sociales los vigilaban tras denuncias de vecinos, pero el padre siempre se las arreglaba para parecer estable cuando lo visitaban —añade, aplicando un barniz irónico a sus palabras—. Hasta que un día, cuando Pablo tenía dos años, un vecino alertó por un olor pestilente. La policía entró por la fuerza y encontró al padre muerto. Probablemente llevaba muerto varios días, según dijeron los primeros exámenes. Pablo estaba solo, famélico, deshidratado, casi inconsciente. Sobrevivió comiendo sobras de la basura y bebiendo agua del retrete.

—Por Dios —susurra Mónica con los ojos húmedos. Sus dedos aprietan la taza hasta que teme que se rompa. Imagina a ese niño, solo, rodeado de miseria, y algo en su pecho se quiebra. Mira a Andrés, que ha palidecido y traga saliva como si contuviera náuseas.

—¿Y después? —pregunta Andrés en voz baja.

—Los servicios sociales lo dieron en adopción a los Ballesteros, un matrimonio de Pozuelo de Alarcón. Gente con dinero, bien posicionados. —Mercedes mira a Mónica—. Allí es donde ha ido Rayco esta mañana.

Mónica asiente.

—Por eso no encontrábamos nada de su adolescencia —añade Mercedes—. Usaba el apellido Ballesteros. Pero a los dieciocho, se fue de casa y volvió a usar Lázaro.

—¿Por qué? —pregunta Mónica, inclinándose hacia adelante.

Mercedes se encoge de hombros.

—Eso no lo sé. Los registros no dicen más.

—Llamemos a Rayco. Estará de vuelta en el coche —sugiere Andrés, sacando su móvil. Activa el manos libres y marca. El tono suena dos veces antes de que Rayco conteste. Su voz llega entre el rugido del motor.

—¿Qué pasa, Andrés? ¿Cómo fue el funeral?

Andrés se encoge de hombros, intercambiando una mirada con Mónica.

—Como todos los funerales. Mónica y yo hemos estado con Lucas, el hermano de Alicia. Nos enseñó algo interesante en su ordenador, pero ya te lo contamos luego. No te llamo por eso.

—Vale —responde Rayco. El sonido de una bocina se cuela en la llamada.

—Estamos con Mercedes en la oficina —dice Andrés.

Rayco suelta un silbido.

—No podrías estar mejor acompañado —exclama, y los tres sonríen por el comentario. Mónica se imagina a Rayco sonriendo con picardía mientras conduce, y siente que el mal cuerpo que le ha dejado el testimonio de Mercedes empieza a mitigarse.

—Venga, ¿qué ocurre? —Rayco los anima a hablar.

Andrés le resume lo que Mercedes les acaba de contar sobre la infancia de Pablo.

—Por desgracia, los problemas de Pablo no acabaron ahí —dice Rayco—. He estado hablando con Siberio y Mariví, los padres de acogida. Los Ballesteros no fueron precisamente una familia feliz. Pablo no lo tuvo fácil con ellos, en especial por la madrastra. Si os digo la verdad, tengo la impresión de que Mariví Ballesteros no está del todo cuerda.

Mónica arquea una ceja.

—¿Cuerda? ¿En plan «esconde cuerpos en el sótano»?

Andrés y Mercedes esbozan una sonrisa, y hasta Rayco se ríe al otro lado de la línea.

—Algo más sutil, Mónica. Pero en serio, esa casa era un mausoleo. Y Mariví… digamos que no le tenía mucho cariño a Pablo.

—Vale. ¿Qué más? —dice Andrés.

—Insisten en que no tuvieron contacto con Pablo desde que se fue. Pero no me lo trago del todo. Creo que Siberio, el padrastro, sabe más de lo que dice.

Mónica se inclina hacia el teléfono.

—¿Y alguna mujer en la vida de Pablo? ¿Alguna amiga, novia, alguien que quisiera vengarse?

—Dicen que no. Pero, sinceramente, no sé si les creo. Mariví parecía querer cerrar el tema rápido.

Mercedes pega un respingo y abre mucho los ojos.

—¡Esperad un segundo! —Se levanta de un salto y corre hacia su escritorio, dejando la tablet sobre la mesa.

Andrés mira a Mónica, confundido.

—¿Qué mosca le ha picado?

—A saber.

—¿Qué está pasando ahí? —grita Rayco desde el teléfono.

—Tu mujer, que se ha puesto en plan misteriosa —responde Mónica, ocultando una punzada de curiosidad.

Antes de que puedan seguir especulando, alguien se asoma tímidamente desde el pasillo. La taza de Mónica se detiene a medio camino de sus labios. Es Esther, que entra con paso vacilante. Sostiene una bandeja cubierta con papel aluminio. Su sonrisa es contenida, pero los ojos le brillan con una mezcla de ilusión y nervios. Mónica parpadea varias veces hasta estar segura de lo que ve y logra a duras penas mantenerse impasible ante la aparición. «¿Qué demonios hace esta aquí?»

—Eh, hola… —La voz de Esther es suave pero insegura. Mira a Andrés, ignorando a Mónica—. Perdón por presentarme así. Pensé… bueno, he hecho un bizcocho casero para agradecerte lo de anoche y se me ha ocurrido traértelo y darte una sorpresa.

Mónica siente que se le dispara la vena de la frente.

«Lo de anoche… ¿Qué cojones pasó anoche?»

En el silencio que sigue, se oiría caer un alfiler. Durante unos segundos, puntuados por el maldito reloj de pared, no sucede nada.

Andrés se ruboriza. El color le sube por el cuello hasta las mejillas. Se levanta, torpe, y carraspea.

—Esther, qué… sorpresa. Gracias.

Mónica hace una mueca, sintiendo una oleada de calor en el pecho. Desde el primer momento odió a esa mujer. ¿Y ahora le trae un bizcocho? ¿En serio? ¿Quién se presenta en la Jefatura un domingo con un maldito bizcocho? Mira la bandeja, el papel aluminio arrugado, y aprieta los dientes. Ella nunca le ha hecho un bizcocho, ni siquiera sabe cómo. Cocinar no es lo suyo, nunca lo ha sido. Pero ella le da a Andrés otras cosas: lealtad, apoyo, noches hablando hasta el amanecer. ¿O no es suficiente?

—¿Qué pasa ahí? —pregunta Rayco desde el teléfono.

Andrés carraspea de nuevo, claramente incómodo.

—Nada, Rayco. Una… visita inesperada.

Mónica no pondría la mano en el fuego, pero le parece ver a Andrés tragar saliva.

—Vale, jefe. Hablamos luego. Estoy allí en diez minutos —contesta Rayco, que hábilmente corta la llamada.

Esther sonríe, ajena a la tensión. O tal vez disfrutando de ella.

—No quería interrumpir. Solo pensé… bueno, Andrés, sé que han sido días duros, y un bizcocho siempre levanta el ánimo, ¿no?

Mónica mira la bandeja, luego a ella, y dibuja una risa falsa y amarga. ¿Levantar el ánimo? Habla como si estuviera convencida de que obtendrá todo lo que desea. Esto no es una película de sobremesa, coño. Pero Andrés, siempre el caballero, asiente y maneja la situación.

—Eres muy amable. —Extiende el brazo para tomar el bizcocho. Pero ella tiene otros planes.

—¿Podemos hablar en tu despacho? —sugiere, sin deshacer su sonrisa ni un ápice. A Mónica se le ocurre que, si estuvieran en una película de animación, una chispa brillaría en uno de sus ojos.

—¿En el despacho? —responde Andrés, claramente fuera de juego.

—Es que quiero hacerle un regalo a Laura. Nada, un detalle. Y me gustaría que me ayudaras.

«Zorra engatusadora…», piensa Mónica, tragándose su propia bilis.

Andrés asiente y le indica el camino con el brazo. Cuando Esther pasa por su lado, el papel de aluminio roza el brazo de Mónica, que lo siente como un reproche. Normalmente, la atracción sexual es algo que pasaba desapercibida para ella. Pero en este momento, es como si alguien hubiera girado el botón de la radio un milímetro, y de repente todo se oyera tan alto y tan claro que, aunque no quisieras, te informas. En cuanto Mónica es consciente de la conexión entre ellos, le parece imposible que no se haya dado cuenta hasta ahora. ¿Es eso lo que él quiere? ¿Alguien que hornee bizcochos y no discuta casos hasta la madrugada?

Cuando Andrés abre la puerta de su despacho, Esther esboza una sonrisa de oreja a oreja y entra contoneando el trasero como un cachorro contento. Mónica piensa que solo falta que le salte al regazo para lamerle la cara.

Ella se queda sola, mirando la puerta cerrada. La taza de café se ha enfriado en sus manos. El silencio de la oficina la envuelve, y con él llegan los pensamientos que siempre intenta enterrar. ¿Qué se ha creído Esther? ¿Que puede aparecer con un bizcocho y ganarse a Andrés? En su fuero interno, Mónica sabe que no es justo; Esther no ha hecho nada malo. Pero no puede evitarlo. Cada vez que la ve, siente que está compitiendo con un fantasma, con la memoria de la mujer de Andrés, con una vida en la que ella nunca podrá encajar. ¿Por qué le importa tanto? Ella es independiente, no necesita a un hombre en su vida.

Pero con Andrés… es diferente. Y eso la asusta.

Se frota los ojos, molesta consigo misma. ¿Por qué siempre termina comparándose con Esther? ¿Por qué sigue dudando de lo que tiene con Andrés, como si estuviera esperando que él la deje por alguien más suave, más dulce y mejor? Aprieta los labios, decidida a no dejar que sus pensamientos tóxicos la hundan. Es una inspectora, maldita sea. Resuelve casos, no se pierde en dramas personales.

Un grito eufórico desde el escritorio de Mercedes la saca de su espiral autodestructiva.

—¡Chicos, venid!

Mónica deja la taza y camina hasta el puesto de Mercedes con creciente curiosidad.

—¿Has encontrado algo? —pregunta, apoyándose en el escritorio.

Mercedes levanta la vista del ordenador con expresión tensa.

—Pues sí. Los Ballesteros. —Hace una pausa, como si quisiera saborear el momento—. Tuvieron una hija tres años después de adoptar a Pablo. De modo que él tiene una hermanastra: Noelia Ballesteros.

# 65

Sentada en el escritorio de Mercedes, Mónica se inclina hacia la pantalla con los ojos entrecerrados.

Noelia Ballesteros.

El nombre parpadea en la pantalla y se instala en su cabeza como una astilla. Una pieza nueva en este puzle que se complica con cada movimiento. Hermanastra de Pablo, tres años menor. ¿Por qué los Ballesteros no le dijeron nada a Rayco? En una investigación, los secretos familiares son como grietas en una pared: siempre hay más de lo que se ve a simple vista.

Mercedes revisa la información en la pantalla del ordenador con el frenesí de alguien que ha encontrado oro. Sus gafas le resbalan por la nariz mientras sus dedos vuelan sobre el teclado.

—Esto podría cambiar las cosas, Mónica. ¿Y si Noelia está relacionada con las amenazas a Pablo? ¿O con Alicia? Deberíamos hablar con los Ballesteros cuanto antes.

Mónica asiente con un movimiento mecánico, arañando el borde del escritorio con la uña. Pero sus ojos se desvían una y otra vez hacia el despacho de Andrés. La puerta sigue cerrada. Esther está dentro con él, y esa certeza le irrita. ¿Qué hace esa aquí? Primero la casa de Andrés, ahora la Jefatura. Es el colmo.

—Rayco está al caer —dice, forzando su atención de vuelta a Mercedes—. Podemos esperar a contárselo. Aunque me parece significativo que ni siquiera le mencionaran a Rayco la existencia de su hija. Es posible que, por algún motivo, estén ocultándola.

Su mirada vuelve al despacho. El cristal translúcido oculta lo que pasa dentro, desvelando solo dos sombras tras él, siluetas que se mueven en un baile indescifrable. ¿De qué estarán hablando? ¿Por qué tardan tanto? La incertidumbre la carcome por dentro.

—Podríamos preguntarle a Pablo directamente —propone Mercedes, ajena a la tormenta interna de Mónica—. Y a Rafael. Y a Darío. Tal vez ellos también la conozcan.

Mónica apenas escucha. El nudo en su pecho se aprieta con una mezcla tóxica de celos y rabia. Esther, con su puto bizcocho y esa sonrisa dulce, colándose donde no le pertenece. Mónica clava las uñas en el borde de la mesa hasta que duele. Detesta esta sensación, esta debilidad que la hace sentir como una versión patética de sí misma. Ella es una inspectora, maldita sea, no una adolescente celosa.

Mercedes insiste en reclamar su atención:

—Oye, ¿y si Noelia es la clave? ¿Y si ella es… la asesina? ¿La que manda las amenazas?

Mónica frunce el ceño, forzándose a volver al presente.

—Es pronto para eso, Mercedes. No especulemos sin pruebas sólidas.

Mercedes se encoge de hombros y sigue buceando en internet.

Un grito emerge desde el despacho.

Los dedos de Mercedes se han paralizado sobre el teclado, provocando un silencio súbito que resulta más inquietante que el ruido anterior. Mónica contiene la respiración.

Entonces la puerta se abre de golpe con un estruendo que hace que hasta la mesa tiemble. Esther sale tambaleándose. Tiene el rostro empapado de lágrimas. Los ojos, rojos y desorbitados. El maquillaje corrido crea surcos oscuros en sus mejillas. Y la blusa, por fuera del pantalón.

—¡Eres un maldito cerdo! —grita histérica—. ¡No vuelvas a tocarme, cabrón!

Mónica corre hacia ella.

—Esther, cálmate, ¿qué ha…?

Pero Esther la ignora, sollozando. No para de temblar, todo su cuerpo sacudido por espasmos.

—¡Lo vas a pagar! —Esther se gira hacia Andrés y lo señala con un dedo acusador. Mónica la sigue con la mirada. Él está en el umbral de la puerta, boquiabierto, pálido como si le hubieran drenado toda la sangre del rostro… y sin palabras—. ¿Me has oído? ¡Te odio!

Mónica parpadea, confusa, tratando de procesar la escena. ¿Qué demonios está pasando?

Esther la empuja al pasar y corre hacia el baño. La puerta se cierra con un portazo que resuena por todo el pasillo. Mónica vuelve a mirar a Andrés, buscando respuestas, pero él solo baja la vista con una expresión desencajada que no logra interpretar.

Mónica siente el suelo tambalearse bajo sus pies.

# 66

Rayco pisa el freno cuando un taxi se cruza temerosamente y está a punto de rozar su coche. Suspira, con el pecho todavía agitado. Algún día convencerá a Mercedes para pedir el traslado a Gran Canaria, lejos del humo de Madrid, los cláxones y los atascos que parecen no tener fin. Tal vez después de la boda y la luna de miel. Aunque con las niñas será más complicado, sobre todo con Hannah, que ya ha echado raíces con sus amigos en la ciudad.

Acaba de colgar la llamada con Mónica, Mercedes y Andrés, y no para de darle vueltas a su visita a casa de los Ballesteros. Lleva todo el viaje de regreso desde Pozuelo con ese tema centrifugando en su mente. La frialdad de Mariví al hablar de la infancia de Pablo —la caravana, la madre muerta, el padre perdido en el alcohol y los fármacos— le pone la piel de gallina. No había empatía en su voz, solo una distancia gélida, como si Pablo fuera un estorbo que nunca quisieron. Sus ojos, esquivos, se apartaban cada vez que Rayco mencionaba su nombre. Y luego está Siberio, con sus monosílabos, midiendo cada palabra como si temiera traicionarse. Rayco aprieta el volante y el cuero cruje bajo sus dedos. Esa pareja esconde algo, y él piensa descubrir de qué se trata.

Llega a la Jefatura y va directo al aparcamiento. Es domingo, así que hay plazas vacías de sobra; un lujo atípico. La felicidad está en las pequeñas cosas.

Sale del coche y camina hacia la entrada con paso ligero. Allí, se detiene en seco. Darío Toscano está frente a la puerta principal,

inmóvil, plantado como una estatua. No parpadea. Su traje negro está arrugado y la camisa blanca… salpicada de manchas oscuras. Rayco entrecierra los ojos. ¿Sangre? El corazón le da un vuelco. Darío lo mira con el rostro pálido y los ojos vidriosos. Parece atrapado en una pesadilla.

—¿Darío? —Rayco da un paso adelante—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Darío no responde. Camina hacia él con pasos torpes, como si el hormigón temblara bajo sus pies. Rayco retrocede instintivamente. Pero Darío lo alcanza. Se abalanza sobre él en un abrazo desesperado. Rayco, que se ha quedado bloqueado, lo nota temblar entre sollozos mudos. Apenas conoce a este hombre, solo cruces fugaces durante el caso, interrogatorios fríos. El olor a sudor impregna sus fosas nasales.

Se separan. Las lágrimas dibujan surcos en el rostro de Darío. Sus ojos, enrojecidos, parecen hundirse en la nada. Susurra algo, tan bajo que Rayco no lo capta.

O no quiere captar.

—¿Qué? —Rayco frunce el ceño, el estómago apretándose.

—Lo he matado… —repite Darío en un susurro quebrado—. He matado a Pablo.

# 67

Manuel no se ha sentido más aterrorizado en su vida.

Se apoya en la barra del bar, con la camisa empapada de sudor, y observa estupefacto el televisor que, colgado en un rincón, escupe la noticia como un veneno:

«*Encontrado sin vida el cuerpo del pintor Pablo Lázaro en un apartamento del centro de Madrid. Parece haber sido víctima de un ajuste de cuentas…*»

La voz del presentador se pierde en el zumbido de la sangre en sus oídos. Pablo, muerto. Alicia, muerta. Rafael, medio roto en una cama de hospital. Y esas fotos. Esas malditas fotos anónimas que llegaron como cuervos portadores de malas noticias.

No hace falta ser un genio para conectar los puntos. Hay un psicópata ahí fuera, alguien que conoce sus secretos. Alguien que está jugando con ellos como un gato con ratones heridos.

Y Manuel tiene la terrible certeza de que él es el siguiente.

Se afloja el cuello de la camisa, húmedo por el sudor. Sus ojos recorren el bar con la paranoia de un animal acorralado. El viejo de la esquina, con su mirada perdida clavada en el fondo de un vaso de vino tinto. La pareja que ríe demasiado fuerte en el rincón, una cacofonía irritante que parece burlarse de su pánico. El camarero que limpia vasos con movimientos mecánicos, sin mirarle directamente pero consciente de su presencia.

¿Cuál de ellos? ¿O ninguno? ¿Está ya tan perdido que ve enemigos donde solo hay desconocidos?

Manuel siempre ha sabido moverse entre las sombras, manipular y sacar provecho de las debilidades ajenas. Ha sido su talento y su maldición. Pero ahora no hay nadie a quien engatusar. Está solo, verdaderamente solo, y la sensación le resulta más extraña que aterradora.

Pero no piensa quedarse de brazos cruzados esperando su turno en el matadero.

Sus dedos, torpes y presurosos, buscan el móvil sobre la barra. Lo desbloquea, manchando la pantalla con sudor, y marca el número de Rafa sin pensarlo. El tono suena una, dos, cinco veces, antes de caer en el buzón de voz.

—¡Mierda! —masculla, golpeando el teléfono contra la barra. La madera vibra bajo su mano y el camarero le lanza una mirada de reojo.

Desde que fue a ver a su amigo al hospital, Manuel no deja de darle vueltas a lo que le dijo.

*Fue ella.*

La calma con la que lo dijo le heló la sangre.

*Vendrá a por nosotros también. Creo que nos está reservando para el final.*

A Manuel se le eriza el vello de los brazos solo con recordarlo. No era solo lo que dijo Rafa, sino cómo lo dijo, con esa calma, esa impasibilidad. Fue espeluznante. Por un momento, Manuel llegó a preguntarse si el accidente no le habría afectado también a la cabeza, si las lesiones habían dañado algo más que huesos y músculos. Pero sabe que no. Algo en su memoria parpadea como una luz débil. Un recuerdo difuso, una imagen. La sombra de una cara. Algo que creía haber enterrado para siempre, sepultado bajo años de negación y olvido voluntario.

Se dice que no hay tiempo para escarbar en el pasado. Deja un billete arrugado de diez euros sobre la barra. El vaso de cerveza vacío tintinea cuando da el último trago y lo suelta. El aire fresco de la calle lo golpea al salir, pero no alivia el nudo en su pecho. Tiene que llegar a casa. Tiene que pensar, planear, encontrar una salida. Y no hay tiempo que perder.

# 68

Mónica duda frente a la puerta del baño, con la mano suspendida sobre el picaporte, como un soldado antes de entrar en combate. El portazo de Esther aún resuena en sus oídos, un eco que parece multiplicarse en los pasillos vacíos.

*No vuelvas a tocarme, cabrón.*

La acusación se clava en su mente como esquirlas de cristal. Y ahora Mónica se encuentra aquí, atrapada entre la rabia y la curiosidad.

Aprieta los dientes hasta que le duele la mandíbula. No soporta a esa mujer, pero necesita saber qué demonios ha pasado en el despacho. Con un suspiro trémulo, empuja la puerta y entra.

El baño está despejado y huele a lejía. Los sollozos de Esther delatan su presencia en el reservado del fondo, rebotando contra las baldosas como lamentos de un animal herido. Mónica se detiene frente a la puerta cerrada y, en este momento, odia a Esther con tanta intensidad que hasta ella misma se asombra de la violencia de sus propios sentimientos.

Su instinto de inspectora le dice que se mantenga profesional, pero su corazón late con un miedo que no quiere nombrar. ¿Qué ha hecho Andrés?

—Esther —dice. Su voz suena más ronca de lo que esperaba—. Sal de ahí.

Los llantos se detienen como si hubiera pulsado un interruptor. El silencio que sigue es abrumador.

—Vamos, Esther —repite, más firme—. No puedes quedarte ahí dentro toda la tarde.

—Déjame en paz. —La voz llega amortiguada por la puerta—. No quiero hablar contigo.

Mónica resopla. Cierra los ojos y cuenta hasta tres.

—Mira, bonita, en otra vida lo tendré en cuenta, de verdad —dice —. Y seguro que me conmueve y hasta me hace llorar. Pero de momento, deja de esconderte y sal inmediatamente.

Mónica espera. Nada. Luego, un nuevo sollozo ahogado. Finalmente, el pestillo suena con un clic metálico y la puerta se abre con lentitud.

Esther presenta el rostro empapado y los ojos inflamados. Su melena, normalmente impecable, cuelga en mechones desordenados. Se abraza a sí misma, temblando como si el frío del baño le calara los huesos. Sostiene algunos trozos de papel higiénico en las manos.

Mónica se aparta para dejarla salir, observándola con la mirada clínica que ha perfeccionado durante años de interrogatorios.

—Tranquila, ¿vale? —Levanta las manos en un gesto que ha usado cientos de veces con testigos nerviosos—. Dime qué ha pasado.

Esther intenta levantar los ojos para clavarlos en los de ella.

—No quiero hablar contigo —susurra entre dientes—. Solo quiero irme de este puto sitio.

Hace ademán de salir del cuarto de baño, pero Mónica la agarra del brazo, obligándola a detenerse. Reprime un comentario mordaz mientras nota que su paciencia se agota.

—Has salido gritando como si te hubiera atacado un oso. Algo ha pasado en ese despacho y quiero saberlo. Cuéntamelo.

Esther resopla, encogiéndose como un globo que pierde aire de golpe.

—Déjalo, no lo entenderías —murmura, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Y tú, menos que nadie.

«¿Qué ha querido decir con eso?». Un calor desagradable trepa por el cuello de Mónica. Andrés no se atrevería. Él no. Pero la imagen de Esther, destrozada, saliendo de ese despacho…

—Ponme a prueba.

Esther traga saliva con dificultad. Se apoya en el lavabo y mantiene los ojos fijos en el desagüe. Por un instante, Mónica cree que va a vomitar.

—Cuando hemos entrado al despacho y he dejado el bizcocho en su mesa… Andrés ha cerrado la puerta —se arranca al fin. Las palabras le salen como si le costara un esfuerzo físico—. Pensé… pensé que él podía ayudarme a la hora de elegir un regalo bonito para su hija, nada más.

Mónica siente una punzada. Andrés y Esther tienen una bonita historia de la que ella no forma parte. Noches de borrachera, excursiones, veranos en la playa. Mucho más de lo que ella ha compartido con él. De pronto, comprende que tal vez es ella la que sobra en ese triángulo.

—Como dos buenos amigos —dice, sin poder evitar el sarcasmo.

Esther ladea la cabeza en un ademán que afirma y niega al mismo tiempo.

—Es lo que yo creía —dice, y su voz suena hueca.

—¿Qué coño quieres decir?

—Que Andrés y yo nunca hemos tenido nada más que una bonita amistad, reforzada por el amor que ambos le teníamos a Silvia.

—Vale, sigue. ¿Qué ha pasado después de que Andrés cerrara la puerta?

—Me dio las gracias y se inclinó para darme un beso en la mejilla. —Su voz se quiebra, y Mónica siente un escalofrío—. Yo… yo se lo devolví. Pero él no se apartó. Se quedó ahí, demasiado cerca, un segundo de más. Fue… incómodo.

El corazón de Mónica galopa ahora.

—¿Incómodo cómo?

Esther se toma su tiempo para contestar. Traga saliva repetidas veces, como si las palabras le supieran a veneno. Luego levanta la vista. Sus ojos brillan como cuchillas.

—Me besó. En la boca.

A Mónica le tiemblan un poco las piernas al escuchar eso. «En la boca…» Ve a Andrés besando a Esther en la penumbra, liberando su

camisa, estrujando sus pechos… ¿Quién es el hombre con el que duerme?

—Intenté apartarme, convencida de que todo se debía a un malentendido tras el bonito momento que tuvimos anoche, cuando nos abrazamos y lloramos juntos. Pero él… me agarró de los brazos con fuerza. Me dolió. —La voz de Esther se quiebra de nuevo. Tiene las manos fijas en sus antebrazos, como si aún sintiera los dedos de Andrés clavándose en su piel—. Lo empujé y le di una bofetada. Me salió de dentro. Pero él, herido en su orgullo, me besó otra vez, con más determinación. Más… agresivo. Luego intentó arrastrarme sobre la mesa y me sacó la blusa por fuera del pantalón. —Acompaña la frase estrujando la tela de la blusa entre sus manos—. Me estaba… forzando.

El olor a desinfectante quema los pulmones de Mónica, y el suelo parece inclinarse bajo sus pies. Logra a duras penas mantenerse impasible ante esta revelación que le oprime como una boa constrictor, y está a punto de caer desmayada. No puede ser. Andrés, el caballero, el hombre perfecto que la abraza en la madrugada, que juega con Jamie cuando ella está ocupada, su jefe… ¿forzando a Esther?

Las palabras de Esther se clavan en su mente como un cuchillo oxidado.

«No. No es posible.»

Pero los sollozos de Esther, su temblor, la sinceridad cruda en su voz… Mónica siente un nudo en la garganta.

—Lo que estás diciendo es muy grave, Esther. ¿Estás segura de eso?

Esther la mira. Sus ojos son un pozo de lágrimas.

—Lo intentó, joder. Me soltó cuando grité, y aproveché para liberarme y alejarme de él. Pero lo intentó. —Su voz se endurece—. Pienso denunciarlo por intento de violación. No voy a dejar que se salga con la suya.

Mónica parpadea, petrificada. Deja caer la cabeza un momento y aspira tan hondo que le hace daño. Sus pensamientos son un torbellino de contradicciones y horror. Esther da un paso hacia la puerta, pero se vuelve antes de salir.

—No espero que me creas —dice, con rabia—. Al fin y al cabo, es tu jefe y tu novio. Entiendo que te resulte duro. Pero es lo que ha pasado. —Su voz se suaviza apenas—. Lo siento.

Sale del baño, y el eco de sus pasos resuena en el pasillo hasta perderse en la zona de los ascensores.

Mónica se queda sola. El silencio del baño la asfixia y sus rodillas siguen temblando. Se apoya contra el lavabo y nota cómo el frío del mármol le atraviesa las manos. ¿Andrés? ¿Su Andrés? No puede imaginarlo forzando a nadie. Pero la imagen de Esther, rota, gritando, se le clava en el pecho. Ha visto víctimas antes, ha interrogado a agresores. Sabe cómo suena la verdad. Y Esther… sonaba real. Pero también sabe cómo es Andrés: educado, profesional, un caballero. El hombre que la hace reír incluso en sus peores días.

¿Cómo puede ser las dos cosas?

Su mente grita que es imposible, pero una voz más pequeña, más oscura, susurra: *¿Y si no lo conoces tan bien como crees?*

Sale del baño con pasos que parecen llevarla hacia el cadalso. Los pocos agentes presentes están inmóviles, mudos, expectantes. Sus ojos van de ella al despacho de Andrés como espectadores de un partido de tenis macabro. Mercedes sigue en su mesa, pálida. Se ha llevado una mano a la boca y la mira sin comprender.

Mónica busca a Andrés con la mirada, pero no lo encuentra. Su despacho está cerrado. Ella camina hasta allí con el corazón latiéndole en la garganta. Entra sin llamar y cierra tras ella.

Andrés está de pie, con el trasero apoyado en el borde de la mesa, inmóvil. No parpadea. Un velo gris cubre sus ojos, oscurecidos por algo que Mónica no puede leer. Se mantiene en silencio, en tensión, como si acabara de encajar una bofetada.

Mónica lo observa desde la puerta, pero la distancia que ahora les separa parece un abismo.

—Esther me ha contado lo que ha pasado… —consigue decir—. Asegura que has intentado besarla. Que la has agarrado, y que luego…

—¿La has creído?

La interrupción cae sobre Mónica como un jarro de agua helada. Justo cuando pensaba que no podía dolerle más, esas tres palabras hacen detonar otro explosivo en su interior.

En casi todas las parejas, uno de los miembros goza de más preponderancia que el otro. Es el orden natural de las cosas. Alcanzar el equilibrio perfecto es muy difícil. En su caso, es Mónica la que lleva la voz cantante. Ella lo sabe. Eso no significa que ella lo quiera más o que Andrés la quiera menos. O quizá sí. Mónica ya no está segura de nada.

Abre la boca, pero las palabras no salen. Quiere decir que no, que confía en él, que Esther miente. Pero la duda la paraliza, un veneno que se extiende por sus venas. La mirada de Andrés, larga y pesada, la atraviesa.

—Por favor, déjame solo.

Luego, sin una palabra más, él rodea la mesa y se sienta frente al ordenador, como si ella no estuviese allí.

Mónica quiere escuchar su versión, que le jure que Esther miente, que su mundo no está colapsando. Pero él no le ofrece alternativa. Su última pregunta sigue reverberando en la oficina cuando abandona el despacho haciendo un esfuerzo colosal para contener las lágrimas. Está apunto de fracasar cuando su teléfono vibra en el bolsillo, un zumbido que la detiene en seco. Lo saca con manos temblorosas. Es Rayco. Responde con voz áspera, consecuencia del nudo que tiene en la garganta.

—¿Qué?

—¡Mónica, baja ahora mismo! —La voz de Rayco llega con urgencia—. ¡A la entrada del edificio! ¡Tenemos un problema!

Antes de que Rayco cuelgue, Mónica ya está corriendo hacia la salida. Suelta un taco y baja las escaleras a toda prisa. Hasta que no está en el vestíbulo, no toma conciencia del comentario anterior de Esther.

*…convencida de que todo se debía a un malentendido tras el bonito momento que tuvimos anoche, cuando nos abrazamos y lloramos juntos.*

¿Un bonito momento? No entiende nada. Pero eso tendrá que esperar. Ahora tiene otras cosas en qué pensar.

Como en el hecho de que Rayco tenga a Darío Toscano esposado a las puertas del edificio.

# 69

Hundido en su caro e incómodo sillón, Siberio Ballesteros aprieta el botón de volumen del mando a distancia hasta que su pulgar se blanquea. El piloto del televisor parpadea, pero el volumen no sube.

—¡Malditas pilas! —grita, arrojando el mando contra la pared. Este se quiebra con un chasquido seco. Siberio contempla los fragmentos de plástico esparcidos sobre el parqué, mientras las pilas ruedan hasta perderse bajo el sofá. Sus manos tiemblan.

Los rótulos rojos se deslizan como sangre fresca por la parte baja de la pantalla: *El pintor Pablo Lázaro, encontrado muerto en el centro de Madrid*.

El aire del salón le sabe a derrota y al perfume empalagoso de su mujer, una fragancia que lleva casi cuarenta años respirando hasta volverse tóxica. Sus ojos arden, más por la culpa que por la pena. No puede apartar la mirada. Pablo, su hijo adoptivo, el chico de mirada inquieta que nunca encajó en esta casa fría, reducido ahora a un titular que caerá en el olvido en el siguiente bloque publicitario.

Se frota el rostro. Había encendido el televisor para huir de sí mismo, para perderse en la risa fácil de *La ruleta de la fortuna*. Mariví lo desprecia por eso. «Ese programa es para mentes lobotomizadas», le dice con esa sonrisa de superioridad que ha perfeccionado durante décadas. Pero a él le gusta. Le ayuda a no pensar en nada. Y se ríe con el ímpetu de algunos miembros del público. Se ha quedado dormido, como siempre, y cuando ha despertado con el sonido de su propio ronquido, ya estaban dando

las noticias. Con gran placer ha constatado que Mariví seguía fuera. Siempre le echa la bronca cuando vuelve a casa y lo pilla dormido, como si fuera un crío que no cumple con sus obligaciones.

Pero no ha sido el ronquido, sino el nombre de Pablo, pronunciado con frialdad por el presentador de las noticias, lo que lo ha despertado, atravesando su pecho como una lanza.

Siberio piensa en la conversación con el policía. Y en Pablo. Piensa que debería haber hecho más. Desde que Pablo llegó a sus vidas, Siberio eligió el camino de menor resistencia. Acompañar sin actuar, existir sin opinar, sobrevivir en los márgenes de su propio hogar. Mariví convirtió la casa en un reino donde ella era la reina indiscutible, y él, un cortesano que había olvidado cómo rebelarse.

Desde el principio, ella solo se preocupaba de las apariencias. De lo que los vecinos pensaran de su peinado, de sus zapatos, de su capacidad para mantener a raya a un marido que había perdido la ambición. Le gustaba salir, vestir de marca, frecuentar los restaurantes de moda donde las otras mujeres la envidiaban y los hombres la deseaban. Siberio fue un testigo silencioso de esas miradas, de esas sonrisas que prometían aventuras que él prefería no imaginar.

Que se escondiera detrás de su propia insuficiencia no significaba que fuera ciego. Conocía los deslices de Mariví, sus escapadas que ella creía secretas. En esta casa, ella era el sol, y él, un satélite atrapado en su órbita, condenado a girar eternamente alrededor de una estrella que ya no lo calentaba.

Aquel pobre niño nunca tuvo una oportunidad. Nunca fue suficiente para ella. El chico seguramente creció creyendo que Mariví quería más a Noelia. Y en parte, tenía razón. Pero la realidad es aún más cruel: Mariví nunca fue capaz de querer a nadie más que a ella misma. Le habría gustado decírselo al muchacho antes de que tuviera que irse como un perro con el rabo entre las piernas. Siberio nunca llegó a estar seguro de lo que había ocurrido, de cuál era la verdad. A diferencia de Mariví, que lo echó de casa sin querer escuchar su versión, a él le habría gustado darle la oportunidad de explicarse.

La duda lo corroyó por dentro, aún lo atormenta. Pero el tiempo hizo que los recuerdos fueran volviéndose más borrosos y el dolor, más llevadero. Continuaron viviendo su vida en Pozuelo. Él, entre bambalinas, como una sombra, y Mariví, convencida de que seguía siendo joven y deseable; creyendo que seguía siendo el centro de atención. La más hermosa y atractiva.

La farsa debe terminar. Ahora que Pablo ha muerto, Siberio sabe que cometió un error al guardar silencio delante de aquel policía. Un error enorme y fatal. Pero aún puede remendarlo, hacer las cosas bien por una vez.

Se seca los ojos con la manga del jersey, el tejido áspero rozándole la piel. Apaga el televisor y el silencio cae en el salón como un telón. En ese silencio, finalmente, encuentra la claridad que había estado eludiendo durante décadas. Saca la tarjeta del bolsillo, coge el móvil y marca el número.

# 70

Clavado en la acera de la calle Pez, Rayco espera con los brazos en jarra a que saquen el cadáver de Pablo Lázaro del edificio de apartamentos. El zumbido habitual de Madrid —cláxones lejanos, conversaciones de peatones, el rumor constante del tráfico— se desvanece ante el chirrido de las ruedas de la camilla contra el pavimento cuando el cuerpo sale por fin. La lona negra que lo cubre absorbe la luz del sol, un peso muerto que hace apenas unas horas era su vecino. Rayco cierra los ojos y se obliga a adoptar su lado más profesional, a esconderse detrás del trabajo que debe realizar. En estos momentos, Pablo no puede ser un hombre con mujer e hijos. No puede ser el tipo que le invitaba a jugar al pádel cuando se encontraban en la piscina. Ahora tiene que ser solo una víctima de asesinato.

La imagen vuelve una y otra vez: Pablo desparramado en el suelo del apartamento, sobre un charco de sangre que se extiende bajo su cuerpo, con un agujero en el pecho y el revólver tirado como un juguete roto.

Todavía olía a pólvora cuando han entrado.

Los de la Científica ya estaban allí, con Fernando Vara a la cabeza. También estaba Gregorio Velasco, el médico forense.

—Sí que nos tenéis ocupados últimamente —ha dicho Velasco al ver llegar a Mónica y a él.

—Créeme, Goyo. Ojalá estuviera todo más tranquilo —ha contestado Rayco, mirando el cuerpo sin vida de Pablo por última

vez.

—Decidle a vuestro jefe que me llame. Le gustará saber que su corazonada era cierta.

—¿Por qué lo dices? —ha preguntado Mónica.

—Hemos terminado con Encarnación Cortés, la profe de Dios.

—¿Así la llamáis?

—Hasta que se nos ocurra algo más divertido.

Rayco se ha frotado los ojos con el dedo índice y el pulgar.

—Bueno, ¿y qué? —lo ha animado Mónica a continuar.

—Tenía restos de piel bajo las uñas. No hace falta que os diga lo que significa. Vosotros sois de los listos. Ya he enviado las muestras a Fernando.

Rayco y Mónica han intercambiado una mirada. Goyo tenía razón, no hacía falta que lo explicara: Encarnación Cortés forcejeó con alguien antes de morir. Y tal vez tengan el ADN de su asesino.

—Gracias, esperemos que Fernando se dé prisa —le ha dicho Mónica—. Es muy urgente.

Ahora, los científicos están terminando de recopilar las pruebas en el apartamento. Rayco mira hacia el furgón policial detenido a pocos metros, con las puertas traseras abiertas como fauces. Darío Toscano está dentro, esposado, con los ojos vacíos como si el mundo se hubiera apagado. Hace una hora, sus sollozos empapaban la camisa de Rayco. No ha opuesto resistencia. Esta misma tarde será trasladado a la cárcel de Alcalá-Meco. Su hijo Lucas se irá a vivir con sus tíos provisionalmente.

Al otro lado de la calle, agolpados tras la cinta policial, un grupo de periodistas lo graba todo con cámaras y micrófonos. Rayco hace una mueca de desagrado.

Mónica está a su lado. Tiene la mirada perdida en la camilla, que desaparece en el vehículo forense. Rayco la observa de reojo. No es la Mónica de siempre. Está demasiado callada. Algo la está devorando, más allá de la muerte de Pablo.

—No me lo puedo creer —dice Rayco, rompiendo el silencio—. Pablo era nuestro principal sospechoso. Ahora está muerto.

—¿Por qué lo habrá hecho? —pregunta Mónica, pero su voz suena hueca.

—Darío no ha contado mucho. Solo que el disparo fue a quemarropa. Sin forcejeos. Y que siguió a Pablo desde que salió del calabozo. Como eran amigos, Pablo le abrió la puerta del apartamento. Intercambiaron algunas palabras y…*¡bang!* —Se estremece—. Aparte de eso, creo que no dirá mucho más. Sabía que Pablo estuvo en la feria la noche que desapareció su hija. Tal vez también se enteró de que regresó manchado de sangre. Supongo que ha visto que lo soltábamos y no ha podido resistirlo más. De modo que decidió tomarse la justicia por su mano. No me atrevo a juzgarlo, sinceramente.

Es su corazón de padre, y no el de inspector de policía, el que está hablando ahora. ¿Habría hecho él lo mismo si en lugar de Alicia hubieran sido Hannah o Faina? No lo sabe. Y no quiere seguir por ahí.

Mónica suspira.

—¿Y ahora qué? —dice, frotándose los brazos como si tuviera frío.

—Me temo que volvemos a empezar de cero. Y ya hemos perdido la posibilidad de confesión por parte de Pablo.

—Sí, pero, aun suponiendo que fuera Pablo quien mató a Alicia, sigue estando el asunto de las amenazas anónimas. No encajan. Darío no tiene sentido como remitente.

—No, desde luego que eso no tendría ningún sentido.

El cuerpo de Pablo ya está dentro del furgón. Alguien cierra las puertas traseras con un golpe sordo y, un minuto después, el vehículo arranca y desaparece tras un cruce.

El silencio que sigue es pesado, cargado de implicaciones. Rayco observa cómo los transeúntes reanudan sus rutinas, ajenos al drama que acaban de presenciar. La vida continúa, indiferente a la muerte.

—Tenía una hermanastra —dice Mónica de pronto.

Rayco se vuelve hacia ella, sorprendido por la revelación y por el tono plano de su voz.

—¿Qué?

—Pablo. Tenía una hermanastra. Noelia. La concibieron los Ballesteros tres años después de adoptarlo a él. Mercedes lo acaba de descubrir.

Rayco se lleva una mano al mentón, procesando la información. Piensa en esa enorme casa fría como un mausoleo, en ese matrimonio que parecía más un trámite que una unión. No se imagina a dos niños jugando y correteando en un entorno así.

—¿Por qué no me habrán dicho que tienen una hija? —pregunta, más para sí mismo.

Mónica no se molesta en responder.

—¿Crees que ella puede estar relacionada con algo de todo esto? —insiste él.

Mónica se encoje de hombros y responde con impasibilidad.

—No lo sé.

Rayco la mira fijamente. Definitivamente está rara, más callada de lo normal. Cuando ha salido de Jefatura, ya parecía un fantasma. Él lo ha atribuido a la impactante noticia de que Darío había confesado el asesinato de Pablo. Pero no, hay algo más. No es solo la muerte de Pablo.

—¿Te pasa algo? —le pregunta.

A Mónica se le ensombrece la cara.

—No. ¿Por qué? —Pero mira hacia otro lado, hacia los periodistas que siguen grabando. Es evidente que está esquivándolo.

—Mon… Estás en otra parte. No eres tú. Vamos, cuéntamelo.

Por un momento, Rayco piensa que no va a responder. Pero entonces ella suspira, gira la cabeza y lo mira. Rayco ve en sus ojos un abismo de preocupación y sufrimiento.

—Es Andrés —dice—. Antes, justo antes de que tú llegaras, ha aparecido Esther.

—¿La amiga de Andrés? ¿Ha estado en la oficina?

Mónica asiente con movimientos mecánicos. Traga saliva con dificultad.

—Él se la ha llevado al despacho. Minutos después, se han escuchado gritos. Luego ella ha salido llorando, sumida en un ataque de nervios. Dice que Andrés se ha sobrepasado con ella.

—¿Qué? —La palabra sale como un disparo de la boca de Rayco —. Eso no tiene ningún sentido.

—Ya.

Rayco la acorrala con la mirada, buscando en sus ojos algún indicio de que todo esto es un terrible malentendido.

—¿No la habrás creído, verdad?

—Ya no sé qué creer —espeta Mónica—. Estaba deshecha, Rayco. Temblando, llorando. Ha dicho que la agarró, que intentó arrastrarla sobre la mesa. Ella le dio una bofetada y él no paró. Ha dicho que va a denunciarlo por intento de violación.

Rayco siente un nudo en la garganta. Mira hacia el furgón, donde Darío está inmóvil, un hombre roto por su propio crimen. Y ahora Andrés, acusado de algo tan vil. La cinta policial ondea bajo el sol. Tras ella, los flashes de las cámaras de los periodistas brillan como ojos de depredadores.

—Mónica, escúchame. Andrés te quiere con locura, me lo ha dicho mil veces. Por no hablar de que él jamás tocaría a una mujer sin su consentimiento. Lo conozco.

Mónica no dice nada. Su boca es una línea dura, señal de que está conteniendo el llanto. Se pasa un mechón de cabello por detrás de la oreja con dedos temblorosos y respira profundamente.

—Habla con él —sugiere Rayco—. Seguro que todo ha sido un malentendido. Yo iré a ver a Teresa y le diré que su marido está muerto.

—¿Sabes que hay profesionales que se encargan de eso?

Rayco hace un gesto con la mano.

—Quiero que se entere por mí y no por las noticias.

Están a punto de marcharse cuando *La cabalgata de las Walkirias* empieza a sonar en su bolsillo. Alguien le está llamando. Número desconocido.

—Rayco Medina —contesta. Cuando su interlocutor habla, le cuesta reconocer la voz, pero cuando por fin lo hace, se pone tenso.

—Hola, Siberio. —Le hace un gesto a Mónica para que se detenga—. ¿Sí? Ajá. Lamento lo de Pablo… ¿Acaba de enterarse? Por supuesto. ¿Nos vemos en su casa de nuevo? ¿No? De acuerdo, en el retiro, frente al Palacio de Cristal. Nos vemos allí en una hora. Desde luego, salgo ahora mismo.

Cuelga y mira a Mónica.

—Era Siberio Ballesteros. Se ha enterado de lo de Pablo por las noticias. Y dice que tiene algo que contarme.

# 71

Siberio Ballesteros ya espera frente al Palacio de Cristal cuando Rayco llega jadeando. El aire fresco del Retiro le corta los pulmones mientras esquiva a una pareja con un carrito de bebé. A pesar del viento, el parque bulle de vida: niños corriendo, turistas con cámaras… «¿Y cuándo no?», se lamenta mientras recupera el aliento.

El anciano es una figura solitaria recortada contra el brillo del vidrio del edificio, que parece un caleidoscopio atrapado en un sueño de verano. Lame un cucurucho de helado con la concentración de un niño, pero sus ojos están perdidos en algún lugar que Rayco no puede ver. Lejos de la sombra asfixiante de Mariví, el hombre parece transformado. El abrigo oscuro de cuello alto le confiere un aire de general retirado, pero el helado y el brillo húmedo en sus ojos lo convierten en algo más vulnerable, casi tierno.

Cuando Rayco se acerca, nota el temblor en la mano que sostiene el cucurucho. Siberio le ofrece una sonrisa tensa, evitando mirarle directamente a los ojos mientras le estrecha la mano libre.

Caminan sin rumbo entre las hojas que crujen bajo sus pies. Mientras intercambian algunas frases sobre el tiempo tan desapacible, Rayco lo estudia de soslayo y constata que no parece especialmente desolado, aunque sabe que eso no tiene por qué ser así. Cada uno tiene su modo de expresar el dolor.

—Pablo adoraba este parque —dice Siberio de pronto.

Rayco, que buscaba la forma de sacar el tema, siente un alivio amargo.

—Lamento lo de su muerte —dice, midiendo las palabras.

—Asesinato, según las noticias —matiza Siberio, con una firmeza que no ha mostrado esta mañana en su casa. A Rayco le da la impresión de estar hablando con una persona completamente diferente, y por un segundo, casi reconoce al exitoso hombre de negocios que la hemeroteca asegura que fue—. ¿Qué saben?

—Lo estamos investigando —responde, de la manera más ambigua que se le ocurre—. Dígame: ¿qué clase de persona era Pablo?

Siberio se toma unos minutos para meditar su respuesta.

—Curioso. Atento. Perfeccionista hasta la obsesión. —Mira al suelo, las hojas arremolinándose a sus pies—. Creo que quienes no lo conocían podían calificarlo de bicho raro. Pero eso es lo que se dice de todos los genios, ¿no? —Una sonrisa sin emoción se dibuja en sus labios—. Tenía un mundo interior inmenso, inspector. Un mundo que nunca compartió del todo.

Rayco asiente. Cree saber a qué se refiere. Recuerda a Pablo en la urbanización. Siempre iba con un libro debajo del brazo y los ojos esquivos. El carácter reservado y misterioso de Pablo hacía que, desde el primer minuto, lo tachasen de friki los mismos vecinos que, acto seguido, hacían cola para charlar con él, atraídos por su extraño magnetismo.

—¿Qué quiere decir con eso?

Quiere oír en qué términos lo expresa Siberio.

El hombre alza la vista y, por primera vez desde que entró en casa de los Ballesteros, Rayco cree atisbar algo real bajo esa fachada adormilada.

—Pablo no seguía los caminos convencionales. No tomaba en consideración a los demás. No por arrogancia, sino por supervivencia. Lo más importante para mi hijo era que no le hicieran daño. —Su voz se vuelve un susurro—. Después de lo que sufrió de niño, no es de extrañar. Todo lo demás, los otros sentimientos, quedaban relegados a ese fin: sobrevivir. Por suerte o por desgracia, era un cerebrito. Y gracias a ello, se forjó un porvenir. El problema

es que, si no dejas que nadie pase al otro lado del muro por miedo a que resulte un enemigo, si te abstraes en tu propio mundo, también terminas por olvidarte de vivir.

Rayco se dice que tiene que ir al grano.

—¿Por qué me ha llamado, Siberio?

—Esta mañana no le hemos contado todo sobre Pablo.

Rayco guarda silencio. Tiene curiosidad por saber cómo va a explicar el hecho de que hayan omitido el detalle de que tenían una hija.

—Nuestra vida no ha sido fácil, ¿sabe? Tuvimos una hija. Noelia. Pablo tenía unos tres años, y le resultó difícil encajarlo. Y yo, como padre, debería… —Se le ahoga la voz y se ve obligado a tragar un poco de helado antes de continuar. Rayco empieza a comprender que su primera impresión de Siberio no pudo haber sido más errónea. Su dolor es inmenso. Solo que lucha por no demostrarlo externamente—. Creo que toda su vida ha estado condicionada a raíz de lo que sufrió.

—¿Se refiere a la muerte de su padre biológico?

Él asiente. Sus dedos se tensan en torno al cucurucho hasta que se resquebraja por un lateral.

—Pablo era solo un niño cuando lo encontraron, acurrucado junto al cuerpo de su padre, en esa caravana pútrida.

—¿Por qué decidieron adoptarlo?

—Fue idea de Mariví. —A Rayco, esto último le pilla por sorpresa. Jamás habría dicho que esa mujer deseara a Pablo alguna vez—. Intentamos tener hijos durante mucho tiempo, pero no funcionaba, así que finalmente ella propuso adoptar. Estaba desesperada por ser madre.

—Pero, años después, se quedó embarazada.

Siberio vuelve a asentir. Rayco observa que un reguero de vainilla se desliza por sus dedos, pero él no parece darse cuenta.

—Los médicos dijeron que a veces ocurre. La madre se relaja y el milagro sucede. Cuando nació nuestra hija, Mariví empezó a comportarse como si Pablo no existiera. Peor aún, lo trataba como si fuera un estorbo, lo humillaba. —Su voz es un murmullo cargado de

culpa—. Creo que Pablo siempre sintió que Noelia lo desplazó. Y tenía razón.

Se lame el dedo manchado de helado y da un gran bocado para cortar el desbordamiento.

—¿Cómo era la relación entre Pablo y su hermanastra? —pregunta Rayco. Pero Siberio parece no oírlo, como si sus pensamientos lo hubiesen llevado muy lejos. Rayco aguarda en silencio. Al cabo de un rato, el hombre dice en voz baja:

—Difícil. Como la de todos los hermanos, supongo.

—¿Diría que ella le tenía algún tipo de rencor por algo?

El aire cambia. La mirada de Siberio se enfría una pizca. Es evidente que le resulta muy duro hablar del tema.

—¿Por qué no pregunta lo que de verdad quiere preguntar, inspector?

—¿A qué se refiere?

—Usted quiere saber si fue Noelia quien le enviaba a Pablo esas amenazas de las que nos ha hablado a mi mujer y a mí.

—Otros amigos de Pablo han estado recibiendo amenazas también.

De repente, Siberio empieza a caminar con más rapidez.

—¿Amigos? —Emite un bufido amargo—. Pablo nunca ha tenido amigos.

—Sus nombres son Darío Toscano, Manuel Requena y Rafael Peinado. ¿Los conocía su hija?

Siberio Ballesteros se detiene para arrojar el pico del cucurucho al interior de una papelera y se vuelve. Una sombra de ira empaña ahora su mirada.

—¿Por qué me pregunta eso?

Rayco opta por la respuesta más vaga posible.

—Es parte de la investigación.

—No veo por qué. —Siberio retoma el paso—. Entiendo que me haga preguntas sobre Pablo. Al fin y al cabo, es la víctima. Pero si lo que pretende es relacionar de algún modo a mi hija…

—No pretendo tal cosa. —Rayco levanta las manos, conciliador, pero su mente da vueltas. Las cartas anónimas, las amenazas a

Darío, Manuel, Rafael… Algo reclama su atención desde el fondo de su cerebro. Está ahí, fuera de su alcance, pero no acaba de pillarlo.

—Pues lo parece.

—¿Puedo hablar con su hija Noelia, por favor? —Rayco insiste. Algo en el pasado de Pablo, en esa familia rota, conecta con el presente. Lo siente como una corriente eléctrica bajo la piel.

El hombre lo fulmina con la mirada, dos canicas oscuras e intensas. Su respuesta es un latigazo:

—No, no puede.

—¿Por qué no?

Empieza a caminar tan deprisa que Rayco se pregunta si en algún momento echará a correr.

—Digamos que Noelia no está disponible.

—¿Y eso qué se supone que quiere decir?

—Que no puede hablar con usted. Olvídese.

—¡Señor Ballesteros!

—De verdad, tengo que volver a casa. Mi mujer estará preocupada.

«Su mujer. Su salida para todo», se dice Rayco.

—No, no tiene que hacerlo.

Siberio se detiene de golpe.

—¿Perdone?

—Dejemos de perder el tiempo con eso de que «no está disponible» o que no puede hablar —dice Rayco, jadeando levemente—. Es importante que hable con su hija.

—Pero ¿por qué?

—Se lo he dicho. Alguien está acosando a gente del entorno de Pablo. Por no hablar de que todavía no sabemos quién asesinó a Alicia Toscano.

Siberio suelta una carcajada exagerada. Rayco no habría imaginado que ese hombre pudiera reír de esa manera.

—¿Y usted cree que quien está detrás es Noelia?

—Yo no he dicho eso.

—No puede ser ella —dice, agitando la cabeza—. Se lo aseguro.

—Deje que eso lo decida yo.

—¡Le he dicho que no es ella!

Rayco respira hondo, conteniendo su frustración.

—En ese caso, igual puede ayudar a los amigos de su hermanastro…

—Noelia no está en disposición de ayudar a nadie.

Otro comentario esquivo. Rayco empieza a cabrearse.

—No quiero parecer irrespetuoso, Siberio, pero se me acaba la paciencia. Si no colabora conmigo de forma amistosa, tendré que hacerlo de forma oficial con una orden de registro y acusarlo por obstrucción a la justicia.

Siberio emite un profundo suspiro. Se muerde el labio inferior, como si luchara consigo mismo. Por un momento, Rayco ve algo quebrarse en su interior.

—Está bien. Usted gana —dice, respirando fuertemente por la nariz.

—¿Yo gano?

—Le llevaré a ver a Noelia. Ahora mismo. —Sin esperar la respuesta de Rayco, el hombre se da la vuelta y olfatea el aire, como calculando cuál es el camino más rápido a la salida del parque—. Sígame.

Rayco lo hace con el corazón latiéndole acelerado. No comentan nada más. Mientras abandonan el parque, la frase de Pablo grita en su cabeza: *A ella le encantaban los columpios*. ¿Será Noelia la mujer que están buscando? ¿Podrán poner fin de una vez a este rompecabezas?

# 72

Rayco observa a Noelia Ballesteros con estupefacción, intentando reconciliar la imagen que tenía en su mente con la realidad que se despliega ante él.

Está sentada en el suelo, con las piernas cruzadas a lo indio sobre una moqueta deshilachada. Su cabello moreno y bien cepillado cae como una cortina, casi rozando el suelo y ocultando su rostro en su totalidad. Garabatea aleatoriamente en un cuaderno, con la nariz prácticamente pegada a la hoja. Rayco puede oír un murmullo bajo escapando de sus labios, palabras sin sentido que se enredan en el aire viciado.

—Hola, cariño. Papá ha venido a verte. —La voz de Siberio se transforma al dirigirse a su hija. Rayco ha conocido a muchos padres durante sus años como inspector, pero nunca ha escuchado tanta ternura desesperada concentrada en tan pocas palabras.

Sus palabras se pierden en la habitación de la residencia, que es más bien un ejercicio de autoengaño. Alguien ha tratado de convertirla en un hogar: un escritorio sobrio bajo la ventana, cubierto de polvo, sostiene una planta de plástico con hojas desvaídas. Las cortinas corridas apenas dejan pasar un hilo de luz por las rendijas. Un póster descolorido de la película *En busca del valle encantado* cuelga torcido en la pared, con los bordes rizados por el tiempo. Una cama individual con una colcha de flores desteñidas completa el cuadro. Eso es todo. Pero lo peor es el aire: cargado y viciado. Rayco se pregunta cuál habrá sido la última vez

que abrieron la ventana y tiene la impresión de que el cuarto responde: «Nunca».

—Noelia, hija —la llama Siberio de nuevo. Esta vez, ella alza la mirada, y Rayco siente que el aire se le escapa de los pulmones. La mujer que tiene delante es tan hermosa que duele. Es cinco años más joven que Pablo, pero aparenta muchos menos; parece atrapada en un tiempo detenido, una niña en el cuerpo de una mujer. Tiene los pómulos altos, los labios simétricos y carnosos, y la piel muy tersa. Rayco se da cuenta de que se ha quedado embobado mirando sus enormes ojos azules, aunque carentes de expresión.

«Como los de una muñeca», piensa Rayco, y el pensamiento lo perturba más de lo que esperaba. Parpadea repetidamente.

Siberio se acerca a su hija y se agacha junto a ella. Rayco observa cómo apoya una mano en su hombro y la besa en la mejilla con una ternura sobrecogedora. Aquí, con su hija, sus hombros están rectos y su mirada es más firme. Aquí es alguien. Es el padre de Noelia. Y esa identidad le otorga una dignidad que el mundo exterior le ha negado.

Ella sonríe —una sonrisa que no llega más allá de los labios— y, sin mayor reacción en su expresión, apoya la cabeza en la mano de Siberio, como un cachorro buscando calor. Sus manos abandonan el cuaderno, cayendo lánguidas en su regazo.

—Han venido a verte, cariño —murmura él en su oído—. Es un amigo de Pablo.

Al oír el nombre de su hermano, los ojos de la mujer se abren resplandecientes. Siberio sonríe y le acaricia el largo cabello. Pero su gesto es mecánico y se desvanece rápidamente. Noelia empieza a gritar repentinamente:

—¡Churchill! ¡A Churchill le gustan las mujeres pechugonas!

Rayco parpadea, desconcertado. Se vuelve hacia Siberio.

—¿Churchill? ¿El primer ministro?

Siberio suspira, mezclando cansancio y ternura.

—Quién sabe lo que pasa por su cabeza. No siempre se la entiende.

Noelia vuelve a su cuaderno, garabateando ahora con una urgencia febril, como si quisiera atrapar algo que se le escapa. Rayco

la estudia en silencio. Su parecido con Mariví es innegable: la misma estructura ósea, la misma simetría facial. Pero donde la madre irradia una frialdad calculada, en la hija solo hay fragilidad e inocencia. Es imposible imaginar a esta mujer-niña componiendo amenazas anónimas o tramando venganzas complejas.

Siberio se incorpora y le hace una seña para que lo siga a un rincón de la habitación. Habla en voz baja:

—Ya conoce a mi hija —dice, con un deje de desafío. Rayco tiene la impresión de que, si no se tratara de un tema tan personal y delicado, habría terminado la frase con un «se lo advertí».

Rayco asiente, sin apartar completamente la mirada de la mujer.

—¿Desde cuándo…?

—Desde hace mucho tiempo. Demasiado. —El tono de Siberio es plano, pero sus ojos delatan un dolor crudo—. Tomamos la decisión cuando cumplió diecisiete años. —Ha dicho «tomamos», pero Rayco intuye que en casa de los Ballesteros solo hay una persona que toma las decisiones—. Esta es la cuarta residencia. Las anteriores no nos convencían, pero aquí está bien.

—¿Qué…? —Rayco vacila, buscando las palabras. Su instinto de inspector choca con la empatía que siente por el hombre frente a él.

—¿Qué es lo que le pasa? —termina Siberio la pregunta por él—. En mi opinión, no le pasa nada. Mi Noelia es perfecta tal y como es.

—Me refiero a qué le sucedió.

Siberio esboza una sonrisa amarga, casi macabra.

—Sí, no se preocupe, entiendo lo que quiere decir. Y por eso lo he llamado, en realidad. Porque creo que debe conocer lo que pasó con Pablo y Noelia.

Ambos salen al pasillo para poder hablar en privado. Al igual que la habitación, es un pasillo impersonal, con paredes beige decoradas con cuadros insulsos que no dicen nada. En esos momentos no hay nadie transitando la zona.

—No siempre ha sido así —comienza Siberio, y su voz adquiere la cadencia de quien ha repetido la misma historia demasiadas veces en su cabeza—. Desde el día que nació, fue una niña hermosísima y muy lúcida. Despierta y atenta a todo lo que la rodeaba. Mariví y yo estábamos embelesados, se nos caía la baba con ella.

—¿Y Pablo? ¿Cómo lo recibió?

—¿Pablo? —Siberio emite un bufido, a medio camino entre lo burlón y lo nostálgico—. Pablo pasó a ser un estorbo, directamente.

—Debió de ser duro para él.

—Sí. Se abstrajo en la lectura y en sus dibujos. Ya desde pequeño le encantaba plasmar sus pensamientos en bocetos. Engordó mucho, seguramente por la ansiedad y los complejos que padecía. La niñez y la adolescencia son etapas duras para todos. Imagine: su madre biológica muere cuando él tiene dos años, y la que lo adopta después lo desprecia.

—Puedo hacerme una idea —asiente Rayco, intentando recrear la imagen del Pablo adulto y atlético que él ha conocido como un chico rechoncho. Le resulta imposible—. ¿Y Noelia? ¿Cómo se llevaba con Pablo?

Por primera vez en la conversación, Siberio sonríe con genuina calidez.

—Noelia adoraba a Pablo. Lo seguía a todas partes como un cachorrito.

—¿Cómo reaccionaba Pablo a eso?

—No le hacía mucho caso. Iba a lo suyo. El pobre se vio destronado casi de un día para otro. Mariví solo tenía ojos para ella y descuidaba a Pablo por completo.

—¿Y usted?

La pregunta golpea a Siberio como una bofetada, y Rayco comprende que ha echado sal a una herida aún abierta y muy dolorosa.

—¿Yo? —Se señala el pecho con la mano—. Yo miraba para otro lado. Mariví siempre ha llevado la voz cantante en casa, y yo se lo permitía. Así era todo más… fácil.

Rayco asiente. No tiene intención de seguir fustigando a este hombre de manera gratuita.

—¿Le cogió manía Pablo a su nueva hermana por verse desplazado? —pregunta.

—No estoy seguro. Cuando ella era un bebé y la teníamos en la cuna, él solía quedarse mirándola. Y yo notaba que se le ensombrecía la mirada, pero pensaba que era normal, celos de

hermano mayor. Recuerdo que yo también odiaba a mi hermano pequeño cuando éramos niños. Nunca imaginé… —La voz se le quiebra, y Rayco siente que está presenciando el momento en que un hombre se desmorona desde dentro.

—¿Qué le ocurrió a Noelia, Siberio?

Siberio cierra los ojos con fuerza, como si las palabras le causaran dolor físico. Cuando los abre, parece haber envejecido diez años.

—Tenía quince años. Era el verano del año 2000. Todavía vivíamos en Madrid. —De pronto, parece ausente, con la vista fija en un punto lejano, como si pudiera ver a través de las paredes hasta aquel día maldito—. Era uno de esos días de junio que te abrasan. Hacía un calor insoportable. Noelia había salido, llevaba ese vestido azul que le gustaba tanto… —Su voz se quiebra—. Dijo que volvería antes de cenar. Siempre cumplía, siempre. Pero cuando empezó a anochecer y no aparecía, Mariví se volvió loca. Yo intenté tranquilizarla: «Pablo ha salido también, seguro que está con ella», le dije. Pero en el fondo… en el fondo ya tenía un mal presentimiento.

Se detiene, respirando con dificultad.

—A eso de las dos de la madrugada, sonó el teléfono. Mariví se despertó al primer timbrazo, como si hubiera estado esperándolo. Cuando descolgué, escuché una voz que no reconocí: «¿Es usted el padre de Noelia Ballesteros?». Se me paró el corazón. «Su hija ha tenido un accidente. Está en el hospital Príncipe de Asturias».

Cierra los ojos y, por un momento, Rayco teme que se haya desvanecido.

—El trayecto hasta allí fue eterno. Mariví no paraba de llorar y yo… yo no conseguía que me saliera la voz. Cuando llegamos, nos dijeron que tenía un traumatismo craneoencefálico severo, que había perdido mucha sangre por el golpe, que no sabían si… —Las palabras se ahogan en su garganta—. Estuvo tres semanas en coma. Tres semanas en las que no supimos si nuestra niña despertaría.

Se mece ligeramente, torturado por las imágenes del pasado.

—Y al final despertó —deduce Rayco, intuyendo cómo continuará la trágica historia.

—Sí, aunque ya no volvió a ser la misma.

—¿Cuándo se dieron cuenta de que algo no iba bien con su hija?

—Poco después de volver del hospital. Fue gradual. Al principio pensamos que era normal, que necesitaba tiempo para recuperarse. Pero Noelia ya no era la misma. Antes hablaba sin parar, hacía preguntas, era curiosa. Después del accidente… se quedaba callada durante horas, miraba al vacío. En el instituto empezó a quedarse rezagada, cuando siempre había sido la primera de la clase. —A través del hueco de la puerta, Siberio no aparta la mirada de Noelia, que sigue pintando garabatos en su cuaderno. Tras unos segundos de pausa, el hombre se obliga a continuar—. Tardamos meses en aceptar que algo estaba mal. Meses en los que nos engañamos pensando que se recuperaría. Hasta que los médicos nos dieron el diagnóstico definitivo: daño cerebral irreversible. Nuestra Noelia, nuestra niña brillante, se había quedado atrapada para siempre en el cuerpo de una mujer con la mente de una niña.

—Lo siento mucho —dice Rayco, y de inmediato se sorprende de no habérselo dicho antes.

—Gracias.

—¿Y Pablo? ¿Qué pasó con él?

El rostro de Siberio se endurece.

—Pablo llegó a casa a la mañana siguiente del accidente, pálido y nervioso. Dijo que había estado en casa de un amigo, que no sabía nada. Pero Mariví… Mariví necesitaba a alguien a quien culpar, y lo encontró en Pablo. «¿Dónde estabas cuando tu hermana te necesitaba?», le gritaba. «¿Por qué no la protegiste?». Al final, la situación se volvió insostenible. Pablo se marchó un mes después de que Noelia saliera del hospital. Creo que empezó una nueva vida en Alcalá de Henares. Tenía dieciocho años.

Rayco vuelve a mirar a Noelia. Las palabras de Siberio han dado un nuevo significado a esa figura frágil que garabatea en su cuaderno, ajena al mundo que la rodea.

—¿Podría Noelia estar resentida con Pablo por algún motivo? ¿Sería capaz de hacerle daño? ¿A él o a alguien de su entorno?

El semblante de Siberio se ensombrece.

—No, mi hija nunca ha hecho daño a una mosca —asevera—. Y además, ella quiere… —se interrumpe, frunciendo el rostro—, quería a Pablo.

—¿Cree que sigue acordándose de él?

Siberio lo observa como un estudioso que no entiende cómo los demás son tan idiotas.

—Mi hija no es quien busca, inspector.

—¿Puedo hablar con ella? —pregunta Rayco.

—Es una broma, ¿no?

—No.

—No le hará ningún bien.

—Ni tampoco ningún mal.

Siberio vuelve a mirar a través de la puerta y suelta el aire contenido.

—La mayoría de las veces ni siquiera sabe quién soy. Me mira como si me atravesara.

Rayco no dice nada; se limita a observar a Siberio, esperando.

—Mírela, inspector. ¿Cree que puede serle de alguna ayuda?

—Me gustaría intentarlo.

Siberio resopla. Finalmente asiente y le hace un gesto a Rayco para que vuelva a entrar en la habitación. Como en cámara lenta, Rayco se sienta en el suelo junto a Noelia, que sigue garabateando en su cuaderno como si no percibiera su presencia, el lápiz arañando el papel con un ritmo febril.

Siberio le hace un gesto a Rayco para que empiece a hablar.

—Hola, Noelia —dice Rayco, tanteando el terreno.

—Las mariposas no saben correr.

Rayco mira a Siberio, que se encoge de hombros.

—Noelia, soy amigo de tu hermano.

—A Churchill le gustan las mujeres pechugonas. —Sigue con la mirada clavada en su cuaderno. Su voz es un canturreo infantil.

De pronto, Rayco tiene una idea loca.

—*Al pasar la barca… me dijo el barquero…* —susurra muy lentamente, asegurándose de que ella lo oye—, *las niñas bonitas no pagan dinero.*

Por el rabillo del ojo, ve que Siberio ha fruncido el ceño.

—¿Qué le está diciendo? ¿Cómo sabe…?

Pero Noelia ha detenido el lápiz sobre el cuaderno. Rayco siente que ha tocado una tecla importante.

—¿Noelia? —susurra, y vuelve a repetir el cántico infantil.

Noelia levanta la mirada. Detrás de esos hermosos ojos no hay nada. Se queda mirando fijamente a Rayco, y solo Dios sabe lo que pasa por su cabeza.

—¿Cómo sabe lo de esa canción? —insiste Siberio.

—¿Por qué? —pregunta Rayco—. ¿Significa algo para ella?

—Era su canción favorita de niña. La cantaba a todas horas.

Rayco siente un escalofrío. «No puede ser casualidad…»

Noelia sigue garabateando.

—¿Te acuerdas de tu hermano, Noelia? —continúa preguntando Rayco—. Se llamaba Pablo.

—Era guapo. Y olía a flores.

—Sí. ¿Y de Darío? ¿Te acuerdas?

—Los huevos son malos para el colesterol.

Rayco parpadea y lo intenta de nuevo.

—Darío, Manuel, Rafael… Son amigos de tu hermano Pablo.

—Una panda de pijos. Uno llevaba calcetines amarillos. Odio los calcetines amarillos.

Rayco da un respingo. «De modo que los conoce». Va por el buen camino.

—A mí tampoco me gustan —dice, siguiéndole el juego.

—Panda de pijos.

—Eso es. Los amigos pijos de tu hermano. Darío, Manuel y Rafael. ¿Los recuerdas?

Ella interrumpe de nuevo sus garabatos.

—¿Noelia?

—A Churchill le gustan las mujeres pechugonas —repite, pero esta vez su voz se ha convertido en un suspiro cargado de urgencia —. ¿Y a su mujer? Le da igual.

Rayco intenta que ella lo atienda.

—Quiero que hablemos de los amigos de tu hermano. ¿Te apetece?

Ella se echa a reír. Rayco siente un escalofrío.

—¿Amigos? Ja, ja.

—Sí.

—Es gracioso. —Ahora que puede verla, Rayco comprueba que tiene una dentadura perfecta, y sin embargo hay algo en su sonrisa que resulta… tétrico—. Amigos, ja, ja.

Se vuelve a reír. A pesar de lo siniestra que es esa risa, Rayco quiere creer que eso es mejor que las preferencias sexuales de Churchill.

—¿Te acuerdas de Darío, Manuel y Rafael?

La risa se apaga de golpe, como si alguien hubiera dado a un interruptor.

—Están en peligro, Noelia —le dice Rayco—. Los tres corren peligro.

—¿Peligro? Ja, ja.

—Sí.

Vuelve a mencionarlos a los tres. Y una vez más algo comienza a suceder en el rostro de Noelia, como si se estuviese desmoronando ante sus ojos.

—Oh, no…

Se echa a llorar.

Siberio da un paso hacia su hija, pero Rayco le muestra la palma de la mano para que se detenga un momento.

Siberio ignora la señal y se arrodilla junto a su hija.

—¿Cariño?

Siberio intenta acariciar la coronilla de su hija, pero ella lo detiene con un berrido. Un grito repentino y taladrante que hace que Rayco se aparte inconscientemente.

Ahora Noelia tiene los ojos abiertos de par en par.

—¡Lobo feroz!

—¿Hija?

Ella se levanta de improviso, pisando su cuaderno. Siberio intenta calmarla, pero ella vuelve a chillar y corre hacia un rincón, cubriéndose la cara y dándoles la espalda.

—¡Lobo feroz! —sigue gritando Noelia, llorando ahora como una niña grande—. ¡Para de una vez! ¡Lobo feroz!

—¿Quién es el Lobo feroz? —grita Rayco.

Siberio intercede:

—¡Déjela en paz!

—¡Lobo feroz! —Noelia se cubre la cara con las dos manos y niega con vehemencia, como si tratara de despertar de una pesadilla —. ¡No es divertido! ¡Me haces daño!

—¿A qué te refieres, Noelia? —Rayco da un nuevo paso hasta colocarse junto a ella.

—¡Déjelo ya! —insiste Siberio.

La cabeza de Noelia se mueve de un lado a otro con violencia. Aparecen dos enfermeros. Cuando Noelia los ve, chilla: «¡Quiero ir a casa! ¡Quiero ir a casa!». Se tira al suelo y comienza a cruzar la habitación a cuatro patas. Siberio tiene lágrimas en los ojos. Intenta calmar a su hija, que vuelve a ponerse de pie. Los enfermeros la siguen como si trataran de alcanzar a un cachorro. Finalmente, la sujetan, uno de cada brazo.

—¡No le hagan daño! —grita Siberio—. ¡Por favor!

Noelia vuelve a caer al suelo. Los enfermeros le están inyectando algún tipo de calmante. Siberio les suplica que tengan cuidado. Rayco intenta acercarse a Noelia, llegar hasta ella.

Desde el suelo, finalmente, los ojos de la mujer encuentran los suyos. Rayco se arrastra hacia ella mientras forcejea con los enfermeros, ya con menos ímpetu por el efecto de los fármacos. Uno de ellos le grita: «¡Apártese, por favor!».

Pero él no le hace caso.

—¿De qué se trata, Noelia?

—Le dije que parase —susurra ella—. Le imploré.

—¿A quién se lo pediste?

Ella empieza a llorar de nuevo. Siberio tira de Rayco por el hombro, intentando alejarlo de su hija, pero él se zafa de un tirón.

—¿A quién le imploraste que parase, Noelia?

Ahora ella mira a Rayco a los ojos.

—Quería que me dejara en paz —dice con una voz repentinamente serena—. Me hacía daño. Solo quería irme a casa.

—¿Quién? ¿Quién te hacía daño?

Pero el calmante comienza a hacerle efecto.

—El pijo de calcetines amarillos —dice Noelia en voz muy baja—. Lobo feroz. Me hacía mucho daño.

# 73

Siberio Ballesteros no tiene ni idea de qué quiere decir «Lobo feroz» ni a qué calcetines amarillos se refiere su hija.

—Ya había hablado antes de eso, de calcetines y de *Lobo feroz*. Es como lo de Churchill. No creo que signifique nada.

«*Me hacía mucho daño…*»

¿Tampoco eso significa nada? Rayco lo duda. También duda de que no haya relación entre la canción favorita de Noelia cuando era niña y los versos utilizados en las amenazas a Pablo.

El trayecto de regreso a la ciudad se le hace eterno, preguntándose qué hacer con esa pseudoinformación y sintiéndose más perdido que al comienzo de la jornada.

En un semáforo en rojo, un hormigueo familiar le recorre la nuca. Es una sensación que ha aprendido a reconocer a lo largo de los años: el momento exacto en que dos piezas del rompecabezas están a punto de encajar. Descabellado o no, tiene que comprobarlo. Coge el móvil y marca el número de Mónica.

Ella contesta al primer tono.

—Dime.

—Soy yo —dice Rayco.

Silencio. Mónica aborrece lo evidente. «Soy yo» es una construcción gramatical dudosa —en el mejor de los casos— y una absoluta pérdida de tiempo. Mónica sabía quién era incluso antes de contestar, puesto que tiene a Rayco en la agenda, y eso es algo que él debería saber.

—¿Puedo pedirte un favor? —pregunta Rayco, ajustándose en el asiento.

—¿Me harías otro favor, Mónica? Sí, Rayco, te lo haría.

—No sabes lo bien que me viene ahora mismo esa demostración de sarcasmo.

—Dijo, sarcásticamente.

—Bueno, ¿te pillo bien o no?

El auricular le trae un hondo suspiro.

—Pues ahora mismo, esperando para ser interrogada por los de Asuntos Internos.

—¿Y eso? Cada vez que escucho las palabras «Asuntos Internos», le quito el seguro al revólver, por si acaso.

—Van a por Andrés. Por lo que ha sucedido esta mañana. Esther ha cumplido su amenaza y lo ha denunciado.

—Joder.

Rayco se la imagina en alguna sala fría de Jefatura. Postura rígida, brazos cruzados… esa expresión de fortaleza que adopta cuando el mundo se derrumba a su alrededor.

—¿Qué querías? —pregunta ella.

—Que me acompañes a la casa de Manuel Requena.

—¿Otra vez?

—Otra vez. He conocido a Noelia Ballesteros.

—No me jodas. ¿Y? ¿Es la mujer que buscamos? ¿A la que se referían Pablo y Rafael?

—No exactamente. —Rayco baja la voz, aunque está solo en el coche—. Te lo cuento por el camino.

—Todavía me queda al menos una hora aquí.

Rayco se lo piensa un segundo.

—De acuerdo. Aún tengo pendiente ir a darle la noticia de la muerte de Pablo.

—Ostras, espero que luego me lo cuentes con todo detalle.

—¿Te estás poniendo sarcástica otra vez?

—Mucho.

—Cuando acabe allí, te recojo en Jefatura y vamos a ver a Manuel.

—Aquí te espero.

Clic.

Rayco se queda mirando la pantalla del móvil. Mónica nunca se despide, pero hoy el corte parece más seco. No está atravesando sus mejores días, con todo el tema de Andrés, Esther y ese culebrón que se ha creado en la casa del jefe.

Un bocinazo le advierte de que el semáforo se ha puesto en verde. Rayco suspira y pisa el acelerador, añadiendo la impaciencia madrileña a su lista mental de cosas que no echará de menos cuando regrese a Canarias.

Ni siquiera tiene que llamar a la puerta. Teresa debe de haber estado vigilando desde alguna ventana, porque lo está esperando en el umbral con cara de preocupación.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunta, frunciendo los labios. Sus dedos se retuercen en el borde de su jersey como tentáculos nerviosos.

La vista de Rayco se desvía involuntariamente hacia el felpudo: *«Hogar, dulce hogar… hasta que los niños despierten»*. La ironía le golpea como una bofetada. Dentro de unos minutos, ese dulce hogar se convertirá en un infierno.

—¿Puedo pasar? —dice, sin atreverse a mirarla a la cara—. Tengo que hablar contigo.

Teresa se pone más nerviosa aún con la respuesta. Lo deja pasar.

Rayco observa que los niños están jugando en el salón, así que se mete directamente en la cocina, lejos de esas pequeñas orejas que no tienen por qué escuchar lo que está a punto de decir.

En la cocina, Rayco señala una silla.

—Siéntate, por favor —dice, sentándose a su lado, tan cerca que puede sentir el temblor de su cuerpo.

—¿Qué ha pasado, Rayco? —Teresa apenas puede terminar la pregunta. Su rostro se contrae en una mueca de dolor, seguramente anticipando lo que está a punto de escuchar. Rompe a llorar.

Rayco le toma las manos. Tiene los dedos helados.

—Por desgracia, traigo malas noticias —dice con serenidad—. Han encontrado a Pablo muerto esta mañana.

Teresa se sobresalta y se apresura a cubrirse la cara con las manos, un vano intento por ocultar un llanto visceral.

—¿Cómo…? —susurra.

Rayco vacila un instante. Mencionar a Darío podría complicar las cosas, enredar aún más la red de amigos rotos.

—Todavía no sabemos gran cosa, pero creemos que alguien lo disparó en el apartamento donde estaba alojado.

Teresa empieza a temblar de pies a cabeza, sin control. A Rayco se le cae el alma a los pies.

—¿Asesinado?

—Es todo lo que sabemos, por ahora.

Ella respira superficial y entrecortadamente. Rayco le pone la mano en el hombro, un pequeño intento de tranquilizarla. De pronto, ella se levanta y se sirve un vaso de agua del grifo, que bebe de un trago. El cristal tintinea contra sus dientes.

—Vamos al salón —dice, secándose el rostro con el dorso de las manos—. Quiero estar con los niños.

—Te entiendo —dice Rayco, levantándose también y ajustándose el cinturón—. Yo ya me voy. Os dejo solos.

Teresa lo detiene con la mano.

—No… Quédate, por favor —suplica—. Hasta que venga mi hermana. No puedo… no puedo estar sola con ellos ahora mismo.

Rayco mira el reloj. Mónica aún debe de estar ocupada en Jefatura.

—Faltaría más —dice.

Pobre Teresa. Pobres niños. Rayco apenas es capaz de mirarlos a la cara en el corto rato que está con ellos en su salón. Los críos están jugando en el suelo con una montaña de piezas de Lego. Un juego alegre, inocente, solo interrumpido por la disputa habitual entre hermanos. Parecen absortos ante lo que ha ocurrido a su alrededor en las últimas horas; es probable que aún no sean conscientes del todo, y Rayco no sabe si sentirse aliviado al respecto o, por el contrario, profundamente vacío. Ahora han perdido a su padre. ¿Cómo afectará eso a sus vidas?

Rayco se ha quedado un largo rato sentado en el sofá junto a Teresa, en silencio, simplemente acompañándola hasta que llegue su hermana. No quiere dejarla sola en un momento así. Al final, se obliga a mirar a los críos. Se queda embobado viendo cómo las dos

cabecitas discuten sobre dónde debería ir el cañón de la nave. Tan parecidos a Pablo y también a Teresa. Rayco se da cuenta de que ellos serán lo único que quede de Pablo. Ellos y su arte.

—¿Puedo ver sus cuadros? —pregunta, impulsado por un deseo repentino de entender al hombre que conoció tan brevemente.

Teresa parece despertar de un sueño muy profundo antes de contestar.

—Claro, están en su taller. —Se levanta, lenta, como si cargara el peso del mundo—. Te acompaño.

Suben a la buhardilla, un espacio de techos inclinados que obliga a Rayco a agacharse. La luz tenue se cuela por una claraboya polvorienta, iluminando motas de polvo que flotan como fantasmas. Las paredes están salpicadas de manchas de pintura —rojos profundos, azules oscuros, amarillos vibrantes—, como si Pablo hubiera sangrado sus emociones en ellas. Caballetes sostienen lienzos a medio terminar, y un escritorio desordenado está cubierto de tubos de pintura, pinceles gastados y bocetos arrugados. El aire huele a trementina y madera vieja, un refugio caótico pero acogedor, el paraíso de un pintor donde el mundo exterior no entra.

El timbre suena abajo, un zumbido largo que los hace estremecerse.

—Esa será mi hermana —dice Teresa con voz apagada—. Quédate un rato más aquí, si quieres.

—Gracias —responde Rayco, sus ojos ya recorriendo los lienzos —. Me voy en un momento.

Solo en la buhardilla, Rayco se sumerge en los cuadros de Pablo. Paisajes tormentosos, bodegones inquietantes, figuras difuminadas que parecen gritar en silencio. No es un experto, pero el talento de Pablo era innegable. Cada pincelada está cargada de una inquietud que eriza la piel. Los colores, aunque oscuros, tienen un equilibrio hipnótico, como si invitaran a mirar más allá de la superficie. Rayco recuerda las palabras de Siberio: *Ya desde pequeño le encantaba plasmar sus pensamientos en bocetos.* Pero, ¿qué pensamientos? Hay algo en estos lienzos que despierta desasosiego. Rayco se pregunta qué había querido expresar Pablo en realidad, qué pretendía comunicar con su arte. Es una sensación extraña, pero

casi puede notar su presencia. Y por un instante, se siente culpable por haber pensado que él pudiera asesinar a Alicia.

Voces suben desde la planta baja, seguidas de llantos. Teresa y su hermana. Rayco sabe que es hora de irse, pero la buhardilla lo retiene, como si Pablo aún estuviera allí, susurrando a través de sus pinceladas. Siente que está a punto de entender algo, una verdad que se le escapa, escondida en los lienzos. Pablo tenía un mundo interior inmenso, dijo Siberio, un mundo que nunca compartió del todo. Paradójicamente, esa actitud ejercía una gran atracción en los demás. La ejerció en Teresa y en su hermana. Y en Darío, Manuel y Rafael. Y sí, también la ejerció en Rayco, quien desde el primer momento se sintió intrigado y fascinado por él, y ahora se siente culpable por no haberlo conocido mejor, por no haber preguntado más.

La gente suele sentirse atraída por aquello que no entiende del todo. Y eso es exactamente lo que ocurría con Pablo.

Saca el móvil y toma fotos de los cuadros antes de abandonar la buhardilla. Baja las escaleras, sintiendo cierto remordimiento por haberse dejado absorber de ese modo por el trabajo de Pablo y haberse quedado en esa casa más tiempo del que tenía pensado. En el salón, la hermana de Teresa juega con los niños, que siguen absortos en sus Legos. Teresa, pálida pero más serena, prepara café en la cocina. Rayco la abraza, un gesto breve pero cálido, y sale al aire frío de Madrid pensando ya en su siguiente destino: recogerá a Mónica y juntos irán a casa de Manuel Requena.

Mientras camina hacia el coche, no puede sacudirse la sensación de que tal vez Pablo quería transmitir algo con sus pinturas, y espera que la visita a Manuel le resuelva algunas dudas.

# 74

—¿Esperaban su llegada?

Mónica está sentada en una mesa en medio de una angustiosa y deprimente sala de paredes blancas. Tiene la espalda recta y las manos cruzadas sobre el regazo, pero sus dedos siguen un ritmo nervioso contra su palma.

El de Asuntos Internos, un tipo de bigote llamado Martínez y con cara de no haber sonreído desde los noventa, la observa desde el otro lado de la mesa. Sus gafas de montura fina brillan bajo el fluorescente, y su bolígrafo no para de girar entre sus dedos.

—No. —Mónica suelta una risa corta, más sarcástica de lo que pretendía—. Fue una sorpresa para todos. Créame, no estaba en el guion del día.

Martínez no reacciona a su tono y toma notas sin levantar la vista. Sus dedos se mueven con la precisión mecánica de alguien que ha hecho esto miles de veces. Mónica se pregunta cuántas carreras habrá destruido en esta misma habitación.

—¿Cuál era el propósito de la visita de la señora Esther Garrido? —pregunta, con una voz tan plana que parece recitada de un manual.

—Traía un bizcocho. —Mónica alza una ceja, dejando que el absurdo de la situación flote en el aire—. Para el inspector jefe.

—¿Un bizcocho?

—De agradecimiento, según dijo.

Las palabras salen de su boca antes de que pueda detenerlas. Martínez detiene el bolígrafo y levanta la vista. Ajusta sus gafas con un movimiento mecánico.

—¿Agradecimiento por qué?

Mónica muerde el interior de su mejilla. «Eso mismo me pregunto yo, maldita sea». La imagen de Esther entrando en la sala, con su sonrisa demasiado brillante y ese bizcocho envuelto en papel de aluminio, aún se le clava como una astilla. Pero su voz no titubea.

—No lo sé —responde finalmente—. Tendrá que preguntárselo a ellos.

Martínez anota algo más, y el rasgueo de su bolígrafo contra el papel suena como uñas arañando una pizarra.

—¿Qué estaban haciendo cuando ella llegó?

Mónica respira hondo, sintiendo cómo se agota su paciencia.

—Estábamos en la sala común del café —dice, con un tono firme y cortante—. El inspector jefe Gordillo, la agente Mercedes y yo. Repasando el caso Toscano. Nada fuera de lo normal. Entonces apareció esa mujer. —Mónica se encoge de hombros, pero el gesto no es tan despreocupado como quiere aparentar. Sus hombros están tensos, y el nudo en su estómago se aprieta al pronunciar el nombre —. Es una vieja amiga de Andrés que está de paso en Madrid.

El hombre no parpadea. Pasa la página de su cuaderno y sigue.

—¿Qué pasó después?

Mónica se reclina un poco en la silla, aunque su cuerpo sigue rígido.

—Se encerraron en el despacho de Andrés. Ella quería que hablaran a solas, por un regalo que quería hacerle a la hija de Andrés. —Hace una pausa, y el recuerdo de la puerta cerrándose tras ellos le retuerce algo por dentro—. Él estaba sorprendido. Más que cualquiera de nosotros.

*Sorprendido*. Esa palabra se queda corta para describir la expresión de Andrés cuando vio a Esther aparecer en la sala común. Palideció como si hubiera visto un fantasma, y sus manos temblaron imperceptiblemente al coger el bizcocho. Mónica lo conocía lo suficiente para saber que algo lo había desestabilizado por completo.

—¿Y usted qué hizo?

—Mercedes y yo nos pusimos a trabajar en su mesa. Seguimos repasando el caso.

—¿Podía oír lo que ocurría en el despacho?

—Las paredes no son de papel.

Martínez la mira sin pestañear. A Mónica le resulta inquietante esa capacidad de no reaccionar ante nada, como si fuera un robot diseñado para recopilar datos.

—¿En qué momento oyó los gritos?

—Unos minutos después. —Mónica aprieta los labios con el recuerdo—. Ella salió del despacho como una furia. Llorando, insultando a Andrés… —carraspea. Se odia por mostrar esa vulnerabilidad, pero no puede evitar revivir ese momento: el grito agudo y desesperado que atravesó las paredes del despacho como una sirena de alarma—. No sé qué pasó ahí dentro, pero estaba desquiciada.

—¿Qué tipo de insultos?

—Los habituales. Cabrón, hijo de puta, cerdo. —Mónica se encoge de hombros—. El repertorio clásico.

—¿Y después?

—Se encerró en el baño.

—¿Qué hizo usted?

—Fui a hablar con ella.

—¿Por qué?

La pregunta la pilla desprevenida. Mónica parpadea y por un momento no sabe qué responder. ¿Por qué fue a hablar con Esther? No respondía a un instinto profesional. Fue algo visceral, más personal.

—Quería calmarla, saber qué había pasado.

Martínez se inclina hacia adelante, ajustando sus gafas de nuevo. Su mirada se vuelve más afilada. Y ese bigote, que parece tener vida propia, es como si la juzgara en silencio.

—Tenemos entendido que el inspector Gordillo y usted mantienen una relación íntima especial.

El eufemismo es tan ridículo que Mónica no puede evitar sonreír.

—Una forma muy Disney de decir que nos estamos acostando.

Pero el hombre no se inmuta.

—Tenemos una relación, sí. ¿Y qué? —aclara, esta vez más seria.

Martínez subraya algo en su cuaderno.

—¿Qué le dijo Esther en el baño?

Mónica traga saliva. El recuerdo de Esther, con los ojos rojos y el rímel corrido, le golpea. *Andrés me besó. Intentó forzarme.* Las palabras resuenan en su cabeza, pero no las cree. No puede creerlas.

—Supongo que lo mismo que a usted. Que Andrés la había besado e intentó forzarla en el despacho.

—¿La creyó?

—Rotundamente no. —La respuesta sale sola, pero por dentro, algo se retuerce como una serpiente. ¿De verdad no la creyó?

El hombre ladea la cabeza.

—¿Por qué no? —Su tono es tan neutro que resulta exasperante.

—Porque Andrés es el hombre más bondadoso, profesional y caballeroso que he conocido. Jamás haría daño a una mujer, y menos a la mejor amiga de su exmujer.

Mientras habla, Mónica se da cuenta de que está tratando de convencerse a sí misma tanto como al interrogador. Las palabras suenan huecas en la sala aséptica.

En el silencio que sigue se podría oír el tic-tac del reloj, si hubiese uno en la sala. Martínez la observa, y Mónica lucha contra el impulso de juguetear con un mechón de pelo. «No ahora, Mon. No te rompas ahora.»

—¿Qué hacía el inspector Gordillo mientras ustedes dos hablaban en el baño?

—Nada. Se quedó en su despacho.

—¿Ha hablado con él después?

—No. —La palabra sale más cortante de lo que pretendía. No ha tenido tiempo. O tal vez no ha querido. La idea de mirarlo a los ojos y preguntarle qué pasó le retuerce las tripas. No está lista para esa conversación, no cuando su cabeza es un campo de minas.

—¿Hay algo más que quiera añadir?

—No.

Martínez asiente y cierra su cuaderno con un chasquido seco.

—Está bien. Puede marcharse. Gracias, inspectora.

Mónica se levanta con las piernas temblorosas, sale al pasillo y cierra la puerta detrás de ella. El corazón le da un vuelco. Andrés está ahí, sentado al otro lado del pasillo, esperando su turno. Sus ojos se encuentran. Hay algo en su mirada —dolor, tal vez miedo— que le corta la respiración.

Ella camina hacia él. Por primera vez en meses, no sabe qué decirle. Pero sus pies se mueven solos hasta detenerse frente a él.

—Andrés… —Se detiene porque no sabe qué decir a continuación. «Joder, qué torpe eres!». Siente la boca seca y áspera —. ¿Cómo estás?

Ella se queda en silencio esperando una respuesta. Él levanta la vista y abre la boca. Parece que va a decir algo, cuando la voz de Martínez, el bigotudo de Asuntos Internos, los interrumpe.

—¿Andrés Gordillo? Pase, por favor.

Él se levanta y le dedica una nueva mirada a Mónica, pero eso es todo. Desvía la vista y se encierra en la sala de donde acaba de salir ella. Mónica, aquejada de un dolor intenso en el pecho, aprieta los dientes, gira sobre sus talones y acelera el paso hasta alcanzar la zona de las escaleras.

Comprueba la hora en el móvil. Aún tiene diez minutos antes de reunirse con Rayco y piensa aprovecharlos. Sus pasos la llevan casi por inercia al edificio de enfrente, donde está el laboratorio de Científica. Necesita hablar con Fernando Vara, el criminólogo jefe, de manera urgente.

# 75

Mónica abre la puerta del copiloto y se deja caer en el asiento del pasajero del coche de Rayco.

—Antes de que me preguntes, no quiero hablar del tema de Andrés —suelta, cortante, adelantándose a la mirada de reojo que Rayco le lanza desde el volante.

Él arranca el motor.

—Como quieras —responde, incorporándose al tráfico—. Pero yo iba a contarte lo que he descubierto sobre el pasado de Pablo. ¿Estás preparada?

Ella asiente, ajustándose el cinturón con un movimiento brusco.

Rayco le resume su segunda conversación con Siberio Ballesteros y la visita a Noelia. Ella escucha atenta e imperturbable, como un marinero que aguanta sin mareo el temporal, y se le encoge el estómago cuando Rayco le cuenta cómo Noelia sufrió la lesión cerebral y cómo Pablo terminó marchándose de esa casa gélida en la que nunca encontró cariño. Cuando termina de hablar, Mónica menea la cabeza, estupefacta.

—Pobre Pablo —susurra—. ¿No existe la menor duda de que la chica es inocente?

—Ninguna. —Rayco sacude la cabeza—. Tras despedirme de Siberio, he hablado con el personal de la residencia y me lo han confirmado: Noelia tiene la capacidad de raciocinio de una niña de ocho años.

El silencio se instala entre ellos como un tercer pasajero.

—Pues seguimos sin tener nada —se queja Mónica, sintiendo su frustración—. Pablo, nuestro único sospechoso de matar a Alicia, está muerto. Y ni siquiera tenemos pruebas sólidas contra él. A Encarnación Cortés también la mataron, pero eso es lo único que sabemos por ahora. Y luego están las amenazas a Pablo, Rafael y Manuel. Los dos primeros hablaron de una mujer del pasado, pero no tenemos un maldito nombre.

Al oírse hablar, Mónica siente que algo se remueve en su interior. Una pieza del rompecabezas que lleva días intentando encajar y que se resiste como una llave en una cerradura oxidada.

—Por ahora solo tenemos dos candidatas: Mariví y Noelia —apunta Rayco.

—Descartada Noelia… ¿podría ser Mariví? —Mónica piensa en voz alta—. Tendría motivos para vengarse de Pablo, teniendo en cuenta lo que le pasó a su hija.

Rayco marca el intermitente y niega con la cabeza lentamente.

—No me cuadra. Siberio dijo que ella lo culpó de lo que pasó, pero, aunque su odio hacia él fuera tal como para vengarse décadas después, ¿qué motivo tendría para acosar también a Rafael y Manuel? ¿O para matar a Alicia? Ni siquiera los conoce. Esto no tiene sentido. Este caso me está volviendo loco, Mon. Todo lo que le ocurrió a Pablo y a Noelia está relacionado con la investigación, lo sé. Pero no veo cómo.

—¿Qué tal Teresa? —pregunta Mónica, necesitando cambiar de tema—. ¿Cómo está?

—Desolada, como es lógico. Perder a Pablo así… no sé cómo lo está llevando.

El aire dentro del coche se espesa, pesado, roto solo por el zumbido del motor. Mónica mira por la ventana y las luces de la M-40 se reflejan en sus ojos. Siente que la pieza del puzle se mueve en su mente, girando lentamente, buscando su lugar correcto.

—¿Vas a decirme por qué estamos volviendo a la casa de los Requena? —pregunta cuando toman la salida—. Ese sitio me pone de mala leche.

—Cuando estuve con Noelia, tuvo un ataque —explica Rayco en voz baja, y Mónica comprende que está de vuelta allí—. Empezó a

gritar cosas sin sentido, como si estuviera reviviendo algo terrible. Como si tuviera miedo.

—¿Miedo de qué?

—Le suplicaba a alguien que parara, que le hacía daño. Y entre todos esos alaridos, no dejaba de repetir la expresión «Lobo feroz».

Mónica frunce el ceño, girándose hacia él.

—¿Lobo feroz? Como en el cuento… ¿qué demonios significa eso?

—No lo sé. Siberio dice que son delirios, pero el terror en sus ojos era real. —Rayco aprieta los labios—. Ya sé que parece no tener sentido.

—Y sigo sin saber qué tiene que ver Manuel Requena con todo esto.

—Alguien está amenazando a los tres por algo que hicieron en el pasado. Manuel fue la primera persona que me vino a la cabeza. Tal vez era un imbécil ya en el instituto. Puede que le hiciera algo a Noelia.

Mónica permanece en silencio. Por mucho que la fuerza, la pieza sigue sin encajar. Pero ahora, al menos, ya sabe qué pieza es. De repente, como si alguien hubiera encendido una luz en una habitación oscura, lo ve claro.

—Nos estamos equivocando en la base —asevera lentamente, como si temiera romper la idea que se está formando—. Estamos asumiendo que las amenazas a Pablo, Manuel y Rafael vienen de la misma persona. Alguien con un motivo del pasado, ¿no?

—Sí.

—Pero… ¿y si no? Manuel y Rafael dicen que no conocían a Pablo en el instituto. Tampoco Darío. Todos coinciden en que Pablo llegó a sus vidas después, con Teresa.

Rayco la mira de reojo, procesando sus palabras.

—Siberio mencionó algo. Pablo estaba gordo de pequeño. Muy obeso. Cambió mucho al crecer. Piensa en alguien con quien ibas al colegio cuando eras niña. Quítale cincuenta kilos y añádele veinte años y unas gafas. Seguro que te resulta difícil creer que se trate de la misma persona.

Mónica mastica la respuesta de Rayco. ¿Podría ser que Darío, Manuel y Rafael conocieran a Pablo en el instituto, solo que bajo el

apellido Ballesteros y con una apariencia muy distinta? ¿Por eso no lo relacionaron con el Pablo adulto? La idea abre un abanico de posibilidades, pero también más preguntas.

—Ya hemos llegado —anuncia Rayco, aparcando frente al chalet de los Requena.

Suben los peldaños de entrada, y el timbre resuena en el silencio. Es Blanca quien abre la puerta. Al verlos, su expresión se tensa.

—Tranquila —dice Rayco con calma—. Solo venimos a hablar. ¿Está tu marido en casa?

Mónica se fija en que a la mujer le tiembla la mano que sujeta la puerta, y de inmediato capta el olor a vino en su aliento, un eco de su primera visita. Recuerda aquella copa en la pila, el aliento de ella. Y los malos modos de él.

—Manuel no está. No ha vuelto desde el funeral —responde Blanca, haciéndose a un lado—. Pero pasad. ¿Os apetece tomar algo?

—Yo tomaré un vaso de agua, si no te importa —acepta Mónica, sintiendo la boca seca. No ha bebido nada desde la mañana, y el peso del interrogatorio, de todo lo sucedido en Jefatura, aún le aprieta el pecho.

Ambos pasan al recibidor. No se quitan los abrigos ni toman asiento. Blanca llega enseguida y les tiende un vaso de agua fría a cada uno. Hay en ella una marca indefinible de cansancio y agotamiento, como una fotografía cuyos bordes se han desdibujado.

—Es una tragedia lo de Pablo —dice Blanca, con el pecho acelerado—. Todavía no me lo quito de la cabeza.

—No sabía que fuerais tan amigos —comenta Mónica, estudiándola.

—Y no lo éramos. —Blanca baja la mirada, sus dedos jugueteando con un anillo—. Conozco más a Teresa. Pero Pablo… tenía una sensibilidad especial para pintar. Siempre pensé que sería famoso algún día. Cuando supe que iba a presentar sus últimos cuadros en esa galería, me puse muy contenta por él. Me dije que por fin el mundo iba a descubrir su talento. Y ahora…

Se lleva la mano a la boca, reprimiendo un sollozo.

—¿Cuándo conociste a Pablo? —pregunta Mónica.

—Hace ya unos años. —Blanca frunce el ceño, como buscando en su memoria—. Luisa, la mujer de Darío, nos presentó a Teresa y a Pablo. Pronto empezaron a venir con regularidad a las quedadas. Eran buenos tiempos… —Su voz se apaga, cargada de nostalgia.

Mónica y Rayco intercambian una mirada. «No recuerda al Pablo del pasado.»

—¿El nombre de Noelia Ballesteros te dice algo? —interviene Rayco.

En ese momento, unos pasos apresurados en las escaleras interrumpen la conversación. Adrián baja al trote, absorto en su móvil, tarareando una canción en inglés. Al verlos, se detiene de golpe, como si hubiera chocado contra una pared invisible. Sus ojos se clavan en ellos y luego en su madre.

—Hola, Adrián —le saluda Mónica con una cariñosa sonrisa.

—Eh… hola —balbucea él, desviando la mirada.

—¿Vas con los amigos? —le pregunta su madre.

—Sip.

Adrián ya está moviéndose hacia la puerta.

—Recuerda venir para cenar, ¿de acuerdo?

—Vale.

Adrián evita mirarlos directamente, como si su presencia lo avergonzara.

—¿Sin un beso a tu madre? —insiste Blanca.

Adrián retrocede, le da un beso rápido en la mejilla y sale casi corriendo, sin mirar atrás.

—No te pases de entusiasmo, hijo —ironiza ella. Él, lejos de contestar, ya está fuera de casa.

Cuando la puerta se cierra tras él, Blanca suspira. Tiene las mejillas sonrosadas.

—¿Son difíciles a estas edades, verdad? —comenta Rayco, maestro en empatía.

—¡Un desafío diario! —responde Blanca, forzando una risa—. En fin, me preguntábais por…

—Noelia Ballesteros —repite Rayco.

—No, no me suena. ¿Es amiga de Alicia?

—No te preocupes —la corta Mónica, devolviéndole el vaso—. Gracias por el agua. Tienes un hijo estupendo.

—Gracias a vosotros.

Se dirigen a la puerta, pero Rayco se detiene.

—Por cierto —dice—, ¿sabes si Manuel podría tener algo que ver con un lobo?

Blanca parpadea, desconcertada.

—¿Un lobo? No, lo siento.

Rayco sonríe, aunque no puede ocultar la decepción.

—Gracias de todos modos.

—Aunque… esperad. Ahora que me acuerdo…

Mónica y Rayco se detienen más allá de la salida, como si una cuerda invisible los detuviera en seco.

—Quizá deberíais hablar con su amigo Rafa —dice Blanca—. Era el mejor amigo de Manuel en el instituto y todos en el equipo de fútbol lo llamaban «Lobo feroz» porque jugaba de defensa y tenía fama de ser el más duro del equipo. A él le encantaba ese apodo, hasta se hizo un tatuaje nada más cumplir los dieciocho: un lobo con la capa roja de Caperucita.

Las palabras flotan en el aire como una revelación. Las miradas de los inspectores vuelven a cruzarse.

—Tenemos que ir al hospital —dice Mónica de regreso al coche—. Ahora mismo.

# 76

Despierta con un regusto desagradable en la boca, un ligero pero persistente dolor de cabeza y una tristeza aplastante que lo invade por completo. El vago recuerdo de ella, apareciendo de repente en aquel cruce antes de que perdiera el control y se saliera del carril, sobrevuela su conciencia a una distancia prudencial.

Intenta incorporarse, pero su cabeza es un tambor. Decide quedarse tumbado un rato más, con los ojos entreabiertos hacia la ventana. ¿Está amaneciendo o atardeciendo? «¿Qué más da? —se dice—. Aquí dentro todo es siempre igual.»

Ha tenido una pesadilla; últimamente tiene muchas. El recuerdo de la última va tomando forma poco a poco. Estaba tumbado en la cama, igual que ahora, pero en la oscuridad. Entonces, la puerta se abría y la enfermera encendía la luz. Portaba una bandeja con un bollo y un café, y le sonreía. Solo que no era la enfermera, sino que era… *ella*.

Es un sueño recurrente que lo persigue desde que comenzaron a suceder las cosas malas: lo de la hija de Darío, las fotografías con tono de amenaza… Y finalmente, su accidente con la bici.

No siempre se presenta con el aspecto de enfermera. A veces adopta el cuerpo de su madre, que en paz descanse. Otras veces, es una desconocida. Ayer, por ejemplo, soñó que estaba viendo al Madrid en el estadio y a su lado había una chica preciosa. Ojos azules, enormes, melena oscura… Y su misma expresión de terror.

La puerta se abre y Rafael se vuelve como si le hubieran dado una descarga eléctrica. Por un instante, espera ver su silueta recortada contra la luz del pasillo. Solo cuando reconoce las siluetas familiares, deja escapar el aire y se relaja un poco.

Los inspectores… Otra vez.

—¿Se puede? —pregunta el inspector canario, con ese tono educado que contrasta con la dureza de sus ojos.

Rafael hace un gesto ambiguo con la mano. Podría significar «adelante» o «marchaos». Ni él mismo está seguro.

—¿Cómo estás, Rafael? —pregunta el inspector mientras se sienta en la misma silla que la vez anterior.

—Como una mierda. —Rafael se retrepa hasta quedar sentado con la espalda apoyada en la almohada—. Pero me tienen dopado hasta las cejas, así que no me entero de mucho.

Su cabeza parece haber adquirido dimensiones desproporcionadas, como si fuera a desprenderse de su cuello en cualquier momento. Cada pulsación le recuerda que está vivo, aunque no está seguro de si eso es una bendición o una maldición.

—Me temo que tenemos malas noticias respecto a tu amigo Pablo.

Rafael asiente y se frota la cara.

—Sí, ya sé. Lo han detenido.

—No —interviene ella, la guapa y estirada, juiciosa como siempre —. Está muerto. Tu amigo Darío se ha tomado la justicia por su mano y le ha disparado esta mañana, después del funeral.

Silencio. Rafael siente cómo las palabras se filtran lentamente a través de la neblina de analgésicos. «Pablo, muerto…» La noticia debería dolerle, pero solo siente un vacío frío.

—¡Eh! —Los dedos de la inspectora chasquean delante de sus ojos—. ¿Hola? ¿Me has oído?

—Sí, sí, claro… —Traga saliva, pero solo es una masa espesa y repugnante en su boca—. ¿Decís que… lo ha matado Darío? ¿Seguro?

—Sí. Él mismo se ha entregado.

—Estaba convencido de que Pablo mató a su hija —dice Rafael, más para sí mismo que para ellos.

—Pero tú no lo crees, ¿verdad?

—No importa lo que yo crea.

—No pareces muy afectado.

Rafael suspira.

—Lo llevo por dentro.

Ella lo observa inquisitiva, pero no dice nada. Se limita a caminar hacia la ventana, y Rafael no puede evitar notar cómo la luz del atardecer se refleja en sus ojos. Se sorprende pensando que hay algo enigmático en ella.

—¿Cómo está Teresa? —pregunta con sinceridad genuina. Siempre le ha parecido una buena mujer. Algo estúpida por pensar que Pablo podría mostrarse atento con alguien que no sea él mismo, pero buena persona al fin y al cabo.

—Mal, como te puedes imaginar —responde el inspector con voz queda.

—Pobres críos. —De repente, las lágrimas amenazan con asomar. Rafael vuelve el rostro hacia la almohada para ocultarlas.

La inspectora deja caer las cortinas y se vuelve hacia él con movimientos calculados.

—Tenemos razones para pensar que todo lo que ha ocurrido recientemente guarda relación con Pablo. No Lázaro, sino Ballesteros. —Hace una pausa, calibrando su reacción—. Te acuerdas de él, ¿verdad?

Rafael vacila. La mentira le viene automáticamente a los labios, pero algo en la postura de los inspectores le dice que ya conocen la respuesta. Finalmente, suspira, derrotado.

—Sí, me acuerdo de Pablo Ballesteros.

El cambio en ella es sutil pero perceptible, como si todos los músculos de su cuerpo se hubiesen tensado.

—Háblanos de él.

—Era el saco de las hostias en el colegio. —Las palabras brotan como pus de una herida infectada—. Ya se sabe cómo son los críos. Él estaba gordo y era el empollón de la clase. Y nosotros, unos capullos.

—¿Vosotros?

—Manuel, Luisa, Blanca… Manuel era el peor.

—¿Le hacíais *bullying*?

Una risa amarga escapa de sus labios.

—Antes no se le llamaba así. Simplemente nos divertíamos haciéndole la vida imposible. Le llamábamos *Ballenesteros*.

—¿Por qué lo hacíais?

—¿Que por qué? —Rafael siente la vergüenza subir por su pecho —. Porque era el rarito, el que desentonaba. El que se ahogaba en gimnasia y siempre comía solo en el recreo. —Se encoge de hombros, pero el gesto no oculta su incomodidad—. Y porque podíamos, supongo. Cuando tienes diecisiete años y eres un capullo, no necesitas más razón que esa. Alguien más débil que tú, alguien que no se va a defender… —Su voz se apaga un momento—. Es lo que hacen los cobardes. Buscan al más indefenso para no sentirse tan mierda ellos mismos.

—Sinceramente, Rafael, puedo imaginarme a Manuel en ese papel, ¿pero tú? ¿O Darío?

No hay reproche en su voz, pero Rafael siente el golpe como si fuera físico. Se ha hecho esa pregunta infinidad de veces. Manuel siempre había tenido crueldad de sobra y compasión de menos. No era excusa, simplemente era así. Rafael y los demás eran diferentes. Lo seguían, tal vez por miedo a caer en el otro bando, el de los humillados. *Conmigo o contra mí*. ¿Eso los hacía inocentes o más culpables aún?

—Darío llegó después al grupo; Pablo ya se había ido del barrio. En cuanto a nosotros, éramos jóvenes y estúpidos. Unos putos cobardes.

—¿No lo reconocisteis al verlo años más tarde, de adultos? —pregunta ahora el inspector.

Rafael niega con la cabeza.

—Ni de coña. Ni se me pasó por la mente que fuera nuestro Pablo Ballenesteros. Y a los demás tampoco. Era como si hubiera cambiado de cuerpo. Estaba delgado, fibroso, llevaba gafas de pasta y tenía el pelo diferente… Pero no era solo eso. —Hace una pausa, buscando las palabras—. Era su forma de moverse, de hablar, de mirarte. El Pablo que conocíamos era un chaval asustadizo que no levantaba la voz ni para pedir la hora. Éste, a pesar de estar siempre

en su mundo, tenía presencia, ¿sabéis? Confianza. Como si fuera otra persona completamente. —Su mirada se pierde por un momento—. No lo supe hasta que tuve el accidente. Fue como una revelación, algo así como una visión durante una experiencia cercana a la muerte. No sé cómo, pero lo vi claro. E incluso, ahora que lo sé, me cuesta creer que fuera la misma persona.

—Hemos investigado su pasado. Entre otras cosas, sabemos que tiene una hermanastra, Noelia Ballesteros. ¿Te resulta familiar?

Rafael lucha por mantener la expresión neutra, pero siente cómo algo se agita en su interior como un animal enjaulado.

—No me suena de nada.

Ella se vuelve y lo observa desde arriba, clavándole la mirada como si quisiera leerle el pensamiento. Un polígrafo con patas.

—Te lo dijimos la última vez y te lo repito ahora: Rafael, si sabes algo que no nos has contado, estás poniendo en peligro la investigación. Ya han muerto tres personas. El asunto es más que grave.

—No sé nada —insiste él.

—Acabaremos averiguándolo tarde o temprano.

—Seguro que no pararéis hasta joderme. —La chulería le sale natural, como un mecanismo de defensa.

Los dos inspectores intercambian una mirada cargada de significado. Rayco toma el relevo.

—El término «Lobo feroz», ¿significa algo para ti?

Él se esfuerza en no mostrar el menor signo de que así es. Frunce el ceño para ganar tiempo y hasta llega a decir:

—Eh… ¿Cómo?

—Lobo feroz.

—Sí, ¿y qué?

—¿Te suena de algo?

—No.

—Mientes.

—¿Lobo feroz? Espera… —Hace como que se acuerda de algo—. ¿No sale en el cuento de Caperucita? —Esboza una carcajada que suena demasiado falsa incluso para él—. ¿De dónde habéis sacado eso?

—De Noelia.

Antes de que Rafael pueda reaccionar, la inspectora se acerca a la cama y, con un movimiento rápido y decidido, arrastra las sábanas hacia abajo. Rafael protesta, incrédulo.

—¡Pero qué cojones…! —Se revuelve, intentando volver a taparse —. ¡Esto es vejatorio!

Pero ellos ya no lo escuchan. Sus ojos están fijos en su tobillo izquierdo, donde un tatuaje cubre toda la superficie: un lobo con una capucha roja y los colmillos al descubierto, un gruñido congelado en tinta negra. Debajo del dibujo, una inscripción: «Lobo Feroz».

Silencio.

—Yo diría que no es tan *feroz* —apunta la inspectora, con una odiosa sonrisa en la cara.

—No lo entiendo —protesta Rafael, volviendo a taparse. Siente que el sudor se le acumula en la frente—. No sé qué pretendéis. Esa pobre chica ha muerto. Pablo también.

—¿Y?

—Pues que ya está. Se acabó.

Ella le dedica una sonrisa cargada de sarcasmo.

—Somos la policía, Rafael. Esto no funciona así —dice—. ¿No quieres saber la verdad?

Rafael empieza a pelearse con el borde de la escayola de su muñeca, concentrado como si fuese un artista esculpiendo una figura de mármol.

—No quiero saber nada de esta puta mierda.

—¿Quién está detrás de esto, Rafael? —insiste la inspectora, implacable—. Han matado a una adolescente, la hija de tu amigo.

Rafael niega con la cabeza.

—Eso lo hizo Pablo.

La inspectora vuelve a sonreír.

—Mientes de pena. Y a mí se me está acabando la paciencia. Háblanos de Noelia Ballesteros si no quieres ir directamente a juicio cuando te den el alta.

Rafael esboza una mueca. No quiere. Hablar de Noelia significaría despertar viejos fantasmas. Con el tiempo, llegó a arrinconar aquel

terrible recuerdo de tal modo en su memoria que es como si nunca hubiese existido. Pero ya no es así. La verdad ha encontrado el modo de salir a la luz, como agua filtrándose a través de las grietas de una presa. Y ahora él no tiene alternativa: debe contarlo.

—Era guapísima —se arranca al fin, y su voz suena como papel de lija—. De esas que te cortaban la respiración solo con mirarlas. Tres años más joven que Pablo, pero ya… ya se notaba que iba a ser una belleza. Para unos chavales como nosotros, llenos de hormonas y sin saber qué hacer con ellas, era como tener un caramelo delante y no poder tocarlo. —Se pasa la mano por la cara—. Siempre iba pegada a su hermano como un perrito faldero. Pablo a veces se ponía borde con ella, la apartaba de malas maneras cuando estábamos nosotros delante. Pero yo creo que era puro teatro, para hacerse el chulo. Ella era lo único en su vida que podía controlar, ¿entendéis? En el fondo, estaba loco por esa cría.

—¿Teníais relación con Noelia?

—No, solo la observábamos. A veces le gritábamos cosas cuando pasaba, comentarios sobre… bueno, ya sabéis. Sobre su cuerpo, sobre lo que le haríamos. —Su voz se endurece, como si estuviera enfadado consigo mismo—. Era para joder a Pablo, más que nada. Verlo ponerse rojo, cómo se le hinchaban las venas del cuello. El contraste nos parecía gracioso. —Cierra los ojos un momento—. Joder, éramos unos hijos de puta.

La vergüenza le quema las entrañas al oírse hablar. De repente, lo recuerda todo con una claridad que le resulta insoportable. Lo que dijeron, lo que hicieron. Los recuerdos que había mantenido dormidos despiertan como zombis hambrientos.

—Cuando Noelia tenía quince años, tuvo un accidente que la dejó lastrada para el resto de su vida —dice el inspector con voz serena, sin juicio alguno—. Eso coincidió con el abandono de Pablo a su familia. Algo sucedió, y creo que tú sabes muy bien qué fue.

Un velo de lágrimas empaña la mirada de Rafael cuando, por fin, se lanza a hablar.

—Fue en verano, en el parque infantil —comienza y cierra los ojos para dejarse transportar.

# 77

*25 años antes*

La voz atravesó el bullicio de estudiantes que se dispersaban tras el último examen de Selectividad y llegó hasta él como un latigazo.

—¡Eh, Ballenesteros!

Pablo se tensó instintivamente. Reconocía ese timbre grave, esa entonación que siempre le helaba la sangre: Manuel Requena.

Levantó la vista y los vio: Manuel, apoyado contra las rejas metálicas con una pose estudiada de superioridad, flanqueado por su corte. Rafa esgrimía su estúpida sonrisa de lameculos, siempre a punto; Blanca, colgada del brazo de Manuel como un accesorio más, lo miraba obnubilada mientras mascaba chicle; y Luisa, con el pelo recogido en una coleta deshecha y la mirada esquiva, sostenía un cigarrillo.

Los observó desde la distancia, sus ojos entrecerrados en un intento de descifrar sus intenciones. Fuera lo que fuera, no podía ser nada bueno. Nunca lo era. Pero tampoco podía eludir la llamada. Lo había aprendido a base de golpes, humillaciones y risas que se clavaban en sus costillas como puñales. Cuanto más te resistes, peor te lo hacen pasar. Esa era la regla no escrita de aquel ecosistema cruel que había sido su vida durante los últimos años.

A su alrededor, el caos controlado del último día de clase se extendía como una sinfonía de libertad. Los estudiantes caminaban en grupos, con las mochilas colgando de sus hombros. El olor a

hierba recién cortada se mezclaba con el aroma de los bocadillos que algunos devoraban mientras caminaban, y el humo de los cigarrillos que los más atrevidos encendían nada más pisar la calle. Era el último día, el final de la Selectividad, y el ambiente vibraba con una energía febril: especulaciones sobre los exámenes, planes para el verano y quejas sobre preguntas imposibles.

—Me han preguntado lo de la Guerra Civil, justo lo que no me sabía —se quejaba una chica rubia mientras rebuscaba en su mochila.

—Yo creo que he clavado el de matemáticas —alardeaba un chico con gafas, ajustándose los cordones de las deportivas.

Pablo respiró hondo, tratando de capturar ese momento, esa sensación de final que había esperado durante tanto tiempo. «Se acabó», pensó. Por fin había terminado. Dieciocho años de su vida se reducían a este instante: la puerta del instituto cerrándose para siempre a sus espaldas. Si todo salía bien y las notas eran suficientes, empezaría la universidad en septiembre. Una nueva vida lejos de Madrid, lejos de Manuel y su corte de sádicos adolescentes. Lejos de los pasillos donde había aprendido a caminar pegado a las paredes, de los baños donde había perdido la cuenta de las veces que había limpiado su sangre del suelo, de los recreos eternos escondiéndose en la biblioteca.

La universidad significaba libertad, la posibilidad de reinventarse, de ser alguien diferente. Alguien que no fuera *Ballenesteros*. Alguien que pudiera caminar con la cabeza alta sin temor a que una pelota de papel mojado le impactara en la nuca o a que una zancadilla lo enviara de bruces contra el suelo.

Pero primero tenía que sobrevivir a esto. La llamada de Manuel lo anclaba al presente como una cadena que no podía romper.

Fingiendo una calma que no sentía, se metió las manos en los bolsillos y caminó hacia ellos. Sus piernas, demasiado gruesas para su gusto, se movían con esa torpeza que siempre lo traicionaba en los momentos de tensión. «No te resistas. Cuanto más te resistas, peor será». Lo sabía por experiencia: los insultos, los empujones, las risas que lo seguían por los pasillos. Si los ignoraba, lo perseguirían

hasta el metro y sería peor. El sudor comenzó a acumularse en su frente.

—¿Quieres uno? —Manuel le tendió un cigarro liado a mano. El olor dulzón y penetrante le llegó antes que las palabras, y supo inmediatamente lo que era: marihuana.

Negó con la cabeza, quizás demasiado deprisa. Nunca había fumado, y mucho menos eso. Su madre era capaz de oler el tabaco a tres kilómetros de distancia, y si esa bruja se enteraba de que andaba fumando drogas por ahí… No quería ni imaginarlo. Pablo había aprendido desde muy joven que no convenía ponerla a prueba. Mejor no tentar a la suerte.

Esperó el insulto, la burla, el empujón. Cualquier cosa que le recordara su lugar en la cadena alimentaria de aquel instituto. Pero Manuel no reaccionó mal. Al contrario, soltó una risita y pasó un brazo por sus hombros con una familiaridad que hizo que Pablo se tensara aún más.

—¿Qué planes tienes para esta noche? —preguntó Manuel con una voz demasiado amigable, casi melosa. Intercambió una mirada con Rafa, luego con las chicas, y les guiñó un ojo.

Pablo parpadeó, desconcertado. Todo aquello le resultaba surrealista, como si estuviera viviendo una escena de la vida de otra persona. ¿Manuel siendo amable con él? ¿Proponiéndole planes? ¿Tratándolo como si fuera… normal?

Durante años había fantaseado con ese momento, imaginándose ser uno de ellos, parte del grupo de los populares, uno más entre aquellos chicos que parecían deslizarse por la vida sin esfuerzo y lograban que las chicas se fijaran en ellos.

Y ahora estaba ocurriendo. Casi se arrepintió de haber rechazado ese porro.

—No… no tengo planes —balbució, y su voz sonó más aguda de lo que pretendía.

—Pues ahora los tienes.

Manuel dio una calada profunda y soltó una nube de humo que olía a hierba quemada y algo más acre. Le explicó que iban a celebrar el final del curso en las gradas del parque infantil.

—De tranquis. Solo nosotros.

Pablo lo miró, aún sin creerse del todo lo que estaba ocurriendo. Su cerebro trabajaba a toda velocidad, buscando la trampa, la humillación oculta tras aquella invitación aparentemente inocente. Siempre había una trampa.

—¿Yo? —preguntó, incrédulo, todavía con el brazo de Manuel sobre sus hombros. Apenas se atrevía a levantar la mirada del suelo.

—Claro, ¿quién si no? —Manuel le dio una palmada en la espalda, pero luego su expresión se volvió más seria—. Pero tienes que traer algo, ¿eh?

Intercambió otra mirada con el grupo. Pablo sintió que el estómago se le contraía.

—¿El qué? —preguntó. Más tarde se arrepentiría de haber hecho esa pregunta.

Rafa, que había estado callado hasta entonces, se colocó frente a ellos y habló mientras caminaba hacia atrás.

—Una botella de alcohol y unos hielos —dijo, con esa voz ronca que siempre utilizaba cuando quería parecer mayor de lo que era—. No pensarás beber de gratis, ¿verdad? —Lo apuntó con el dedo.

Pablo sintió un alivio tan intenso que casi se mareó. ¿Solo eso? Podía tomar una botella de ron del mueble bar de casa sin la mayor dificultad. Sus padres tenían una colección respetable de licores que apenas tocaban, salvo en ocasiones especiales. Una botella menos ni siquiera se notaría.

—No, claro que no —respondió, tratando de sonar natural—. ¿A qué hora?

Manuel dio otra calada. Se le veía muy seguro, muy maduro con aquel cigarrillo en la mano. Como un adulto. Se lo pasó a Blanca y consultó su reloj.

—Cuando empiece a anochecer. Sobre las diez. Así habrá poca gente en la calle.

Blanca asintió mientras fumaba.

—Tranquilo, será divertido —reafirmó las palabras de su novio con un gesto que a Pablo le pareció muy sofisticado. Toda aquella gente sabía cómo comportarse, cómo moverse por el mundo con una seguridad que él jamás había sentido.

—Vale —se apresuró a contestar él. «Cálmate, Pablo. No muestres tanta ansia». Tenía que parecer que aquello no era la oportunidad de su vida, sino algo natural, normal. Como si siempre hubiera sido parte del grupo. Pero la emoción ya lo había traicionado.

Se despidieron, y Pablo caminó hacia el metro sintiendo los pies más ligeros que nunca, como si flotara sobre el asfalto. Por primera vez en años, se preguntó si su suerte estaba cambiando. Hasta su reflejo en el cristal del vagón le pareció menos rechoncho, menos patético.

El resto del día pasó en una nube. Cada pocos minutos miraba el reloj, impaciente por que llegara el momento de la cita. La euforia inicial había dado paso a una excitación nerviosa que le impedía concentrarse en nada. Trató de ver la televisión, de leer, de ordenar su habitación, pero sus pensamientos volvían una y otra vez al encuentro nocturno.

El problema era conseguir la botella sin que sus padres se dieran cuenta. Con su padre sería fácil; Siberio trabajaba en el banco hasta las nueve y llegaría a casa cansado, con ganas solo de cenar y ver las noticias. Pero Mariví… esa bruja tenía ojos en la nuca y un instinto sobrenatural para detectar cualquier comportamiento sospechoso.

Tenía que ser rápido. Cuando oyó el sonido de la ducha, se deslizó hacia el mueble bar del salón. La vitrina crujió al abrirla. Examinó las botellas: había whisky, gin, brandy… y al fondo, casi oculta tras una botella de anís, una de ron Bacardí. La cogió con manos temblorosas, sintiendo el peso frío del vidrio contra sus palmas sudorosas. Al sacarla, chocó levemente con la botella de anís, y el tintineo del cristal resonó en el silencio del salón. Pablo se quedó inmóvil, con la botella a medio sacar, conteniendo la respiración. Escuchó con atención, esperando los pasos de su madre. «Te ha oído. Te va a pillar». Pero no llegó nada.

La ducha dejó de sonar en el baño; le quedaba poco tiempo. Cerró la vitrina con un movimiento rápido y guardó la botella en su mochila. Se dirigió hacia su habitación tratando de caminar con normalidad, pero sus piernas temblaban.

—¿Qué haces con eso?

La voz de Noelia lo detuvo en seco. Su hermana había salido de su cuarto y lo miraba con curiosidad, señalando la mochila que llevaba contra el pecho como si fuera un tesoro.

Pablo la agarró del brazo y la arrastró hasta su habitación, cerrando la puerta tras ellos. Noelia tenía quince años, pero era lista y observadora.

—He quedado con unos amigos —susurró con voz tensa—. Pero ni se te ocurra decirle nada a mamá ni a papá, ¿eh?

Noelia se echó a reír.

—¿Amigos? ¿Tú? —dijo, tapándose la boca.

Pablo sintió una punzada de rabia.

—¡Es verdad! —insistió—. Me han invitado a una fiesta.

—¿Una fiesta? —Noelia enarcó las cejas.

—Pero papá y mamá no pueden enterarse de que he cogido la botella. Si lo hacen, me la cargo.

—Solo si me llevas contigo —respondió ella, cruzando los brazos.

—¿Qué? ¡Ni hablar! —Pablo la miró, horrorizado—. Eres demasiado pequeña. Y… —se detuvo, imaginando las risas de Manuel y las burlas de Rafa si aparecía con su hermana pequeña—. No, tú no vienes.

—Entonces mamá se va a enterar de lo de la botella —dijo ella, encogiéndose de hombros.

—Noelia, por favor…

—Es mi precio.

Pablo la miró con desesperación. Su hermana podía ser muy terca cuando se lo proponía, y él no tenía tiempo para negociaciones. Finalmente, logró convencerla prometiéndole que le compraría el último disco de su grupo favorito si mantenía la boca cerrada.

Cuando el sol comenzó a ocultarse tras los edificios, Pablo salió de casa con la excusa de dar un paseo. Se detuvo en una gasolinera para comprar una bolsa de hielos, sintiendo que cada paso lo acercaba a su nueva vida. Por fin iba a formar parte de algo. Por fin iba a tener amigos.

El parque infantil estaba desierto cuando llegó. Las gradas de hormigón se extendían vacías bajo las primeras sombras de la noche. Pablo miró la hora: eran las nueve y media. «Menudas prisas, chaval». Se sintió ridículo plantado allí con su mochila y su bolsa de hielos.

Se sentó en un peldaño con la mochila entre las piernas y esperó. Los nervios le atenazaban el estómago, y por un momento se planteó dar media vuelta, regresar a casa, devolver la botella a su sitio, meterse en la cama y olvidarlo todo. «Mañana empieza una nueva vida. No necesitas esto.»

Ojalá lo hubiera hecho.

Pero entonces oyó la risa de Rafa a lo lejos, respondiendo a alguna broma de Manuel. Los escuchó antes de verlos; sus voces se mezclaban en la brisa nocturna. Pablo pensó en las bromas que compartían, en las miradas de complicidad que se intercambiaban, y deseó desesperadamente formar parte de eso.

Aparecieron saltando las gradas como si fueran los dueños del mundo. Sus siluetas se recortaban contra las farolas que acababan de encenderse.

—¡Pero si ya está aquí el rey de la fiesta! —gritó Manuel, señalándolo. El resto rio, un coro que hizo que Pablo se encogiera por dentro.

Luisa y Rafa ya parecían algo borrachos; les costaba fijar la vista y arrastraban las palabras. Blanca, más sobria, lo miró con algo que podría haber sido lástima. Pablo sintió una punzada de decepción al darse cuenta de que llevaban un buen rato bebiendo por ahí sin él.

—¿Has traído el alcohol? —preguntó Manuel, animándolo con un gesto a que se acercara.

Pablo dejó la bolsa de hielos en el peldaño y sacó la botella de ron. Esperó el golpe, la humillación, que le arrancaran la botella y lo echaran a patadas. Pero no pasó. Manuel destapó la botella, dio un trago largo y se la tendió a Pablo.

—Venga, no seas tímido —dijo. Su voz era un desafío disfrazado de broma.

Pablo miró la botella, sintiendo el peso de todas aquellas miradas sobre él. Nunca había bebido más allá de alguna cerveza suelta, y

tampoco es que le gustara demasiado. Pero si ese era el precio a pagar por pertenecer al grupo, no lo dudaría.

—Vamos, tío —lo instó Rafa—. No me digas que no bebes.

Pablo comprendió que no tenía elección. Se llevó la botella a los labios y dio un pequeño sorbo, apenas rozándose con el líquido. Le supo a rayos, como a lejía dulce mezclada con fuego. Intentó devolver la botella, pero Manuel negó con la cabeza.

—¡Un trago de verdad! —se rio—. ¡Que pareces una niña!

Entonces Pablo, con el rostro ardiendo, tomó un trago largo. El ron le bajó como fuego, y tosió tan fuerte que pensó que vomitaría. Las risas estallaron a su alrededor, y Pablo se sintió ridículo por un momento. Pero entonces Manuel le dio unas palmadas en la espalda y le pasó el brazo por los hombros.

—¡Muy bien, chaval!

*Chaval.* No *Ballenesteros,* ni foca, ni bola de sebo. Pablo sintió una calidez que no tenía nada que ver con el alcohol expandiéndose por su pecho.

Blanca repartió vasos de plástico y prepararon cubatas con Coca-Cola y hielos. El combinado sabía mejor, dulce, traicionero. Pablo pronto empezó a sentir una agradable sensación por todo el cuerpo. Las risas de los demás ya no le parecían crueles, sino invitadoras. Habló, rio, se dejó llevar. El mundo se volvió borroso, pero por primera vez, no le importó. La caravana pútrida donde murió su padre, las broncas de su madre, las miradas lastimeras de su padre, las burlas en el instituto… todo se difuminaba en una bruma cálida y reconfortante, como en un sueño.

Las horas pasaron sin que se diera cuenta. Rafa estaba tumbado boca arriba en uno de los escalones, con la mirada perdida en las estrellas y balbuceando cosas sin sentido. Luisa había desaparecido para vomitar detrás de un arbusto, con Blanca siguiéndola como una sombra. Manuel, en cambio, se mantenía entero, como si ni el alcohol ni los cigarrillos lo afectaran.

Pablo también se sentía muy borracho. No era dueño de sus movimientos y no tenía claro dónde estaba exactamente, pero se sentía bien. Formaba parte del grupo. Iban a ser unas vacaciones magníficas.

—¿Pablo?

La voz llegó desde el otro lado del parque. Pablo se incorporó tambaleándose y se volvió hacia el sonido. Una figura pequeña se acercaba a ellos, y al reconocerla bajo la luz de una farola, toda la euforia se evaporó de golpe.

Noelia.

¿Qué hacía allí? ¿Por qué tenía que aparecer y estropearlo todo? La rabia lo cegó.

—¡Lárgate! —le gritó, con la voz pastosa por el alcohol. Pero ella se acercó más, con el rostro endurecido por la determinación.

—Te vas a casa ahora mismo —dijo con tono firme pero tembloroso—. Si mamá y papá se enteran de esto, vas a recibir un castigo que no vas a olvidar en la vida.

Los demás rieron, y Pablo sintió las mejillas arder. Pero Noelia no parecía hacer caso a las burlas. Se acercó a Pablo y lo agarró de la camiseta.

—Eres un irresponsable —le susurró al oído—. Esta gente no te conviene.

Pablo se zafó con violencia, negándose a irse con ella.

—¡Largo de aquí, mocosa! —le gritó.

Estaba furioso, pero también avergonzado. Delante de sus nuevos amigos, parecía un crío al que su hermana pequeña venía a buscar. Más tarde se torturaría recordando aquel grito, y también anhelaría algunos momentos felices, como cuando solían esconderse juntos en su cuarto mientras su madre gritaba, compartiendo auriculares y escuchando canciones que ella tarareaba mal. «Ojalá no le hubiera gritado así», se repetiría. Pero ahora, por primera vez, la veía como un obstáculo.

Los ojos de Noelia se llenaron de lágrimas, y aún borracho como estaba, Pablo pudo ver la decepción en ellos. Estaba a punto de girarse cuando Manuel se levantó, colocándose a su lado con una sonrisa torcida.

—¿Por qué no te quedas? —dijo, poniendo una mano en su brazo —. Estamos pasándolo genial.

Luisa había vuelto de vomitar y estaba presente, pero no dijo nada. Se sentía demasiado indispuesta para protestar. Blanca frunció

el ceño, pero tampoco habló.

Noelia buscó a Pablo con la mirada, esperando que dijera algo. Sin embargo, Pablo miró a Manuel, luego a ella, y asintió.

—Eso, quédate —le dijo—. Solo será un rato.

Entre los dos la hicieron sentarse en las gradas. Manuel le tendió un vaso bien cargado de ron con cola. Noelia lo miraba con los ojos muy abiertos, como un animal acorralado. Toda su determinación había desaparecido.

—Para participar en la fiesta, hay que beber —dijo, apartándole un mechón de pelo con una lentitud que hizo que Pablo se estremeciera—. Es la regla.

Ella tomó el vaso con manos temblorosas. Dio un sorbo, y el ataque de tos que siguió fue inmediato y violento.

—Tranquila, buena chica —le dijo Manuel, acariciándole la espalda mientras tosía—. No pasa nada, te acostumbras. Mira a tu hermano, ya es uno de los nuestros.

Lo dijo mirando a Pablo, quien le devolvió una sonrisa torpe, llena de orgullo y felicidad. *Uno de los nuestros.*

Noelia siguió bebiendo con ojos achispados, el vaso temblando en sus manos. Manuel se acercó más a ella.

—Así me gusta. Una mujer guapa como Dios manda tiene que saber beber. Y tú ya eres una mujer, ¿verdad?

Blanca lo interrumpió con voz cortante:

—Para, Manuel. Déjala en paz.

Pero Manuel la ignoró, manteniendo su mano en la espalda de Noelia. Rafa se incorporó entonces, tambaleándose, y se sentó entre Pablo y Noelia.

—Joder, Pablete —dijo, arrastrando las palabras—. ¿Quién iba a decir que estaríamos de fiesta contigo y tu hermana? Al final, hay un tío de puta madre bajo toda esa capa de grasa. —Clavó un dedo en la barriga de Pablo y rio como un bobo.

Pablo, lejos de ofenderse, le siguió la broma y le chocó la mano. Pero Rafa se había quedado con la vista fija en el escote de Noelia, visible a través de la blusa blanca que llevaba.

—Tu hermana es muy guapa —dijo.

Manuel, al otro lado de Noelia, sonrió y le guiñó un ojo. Pablo lo vio, y algo en su interior se retorció.

—Oye… dejadla ya —protestó Pablo—. Es una niña.

Pero las palabras le salieron arrastradas, sin fuerza. Noelia tenía los ojos vidriosos por el alcohol y, al llevarse el vaso a los labios, parte del líquido se derramó por su barbilla. Rafa se lo limpió con la mano, que luego se deslizó hasta su oreja, donde le apartó un mechón de pelo. Después, se detuvo en su cuello, jugando con un colgante en forma de gato. Finalmente, con Noelia completamente paralizada por el miedo, metió la mano por debajo de la blusa, respirando entrecortadamente.

Pablo vio el bulto que crecía bajo las bermudas de Rafa y el mundo se inclinó bajo sus pies.

—Solo quiero tocar un poco… —murmuró Rafa mientras manoseaba los pechos de Noelia por debajo de la blusa.

Manuel se reía y lo animaba. Blanca suplicaba que parara, pero nadie le hacía caso. Rafa apretaba, primero despacio y luego cada vez más fuerte. Noelia estaba rígida como una estatua, con los ojos muy abiertos por el pánico.

—Qué buena estás, niña… —jadeó Rafa—. ¿Tienes el culo tan estupendo como las tetas?

—¡Para! —Noelia se giró y le dio una bofetada que resonó en el aire nocturno. Se levantó de un salto y se alejó de allí con la blusa medio abierta. Rafa, riendo borracho, la siguió.

—¡Solo quiero que nos divirtamos un poco! —le gritó tambaleándose—. ¿Quieres ser mi novia?

Blanca se levantó para interponerse.

—¡Para ya, Rafa! —suplicó—. No tiene gracia.

Pero Manuel la agarró del brazo, riendo.

—Déjalo, está de broma. —Sus ojos brillaban con una diversión cruel.

Pablo quiso intervenir también, pero sus piernas eran de plomo. Cuando Manuel lo miró, lo paralizó en el sitio. El mensaje fue claro: *Si te metes, eres hombre muerto.*

Rafa alcanzó a Noelia en el césped. Forcejearon y cayeron al suelo. Él se puso encima de ella y la forzó mientras Noelia gritaba,

lloraba y se retorcía.

—¡Para! ¡Por favor! —Sus gritos eran cuchillos en el corazón de Pablo.

Pero Rafa era más fuerte y mayor. Ciego por el alcohol y la excitación, seguía tocándola, con manos torpes pero insistentes.

—No pasa nada, guapa. Solo quiero tocar un poco —dijo, riendo, mientras Noelia se revolvía bajo él.

Blanca llegó corriendo y logró separarlo, empujándolo con todas sus fuerzas.

—¡Que pares, joder! —gritó.

Pablo vio cómo su hermana corría en la oscuridad, llorando. Quiso levantarse, quiso hacer algo, pero sus piernas no le respondían y Manuel seguía mirándolo con esa sonrisa que ya no tenía nada de amistosa.

Rafa empujó a Blanca y salió tras ella, gritando cosas que Pablo no entendía. Sus calcetines amarillos brillaban en la penumbra. Una zapatilla se había desprendido durante el forcejeo y yacía perdida en el césped.

Entonces Noelia tropezó.

Un saliente del césped la hizo perder el equilibrio. Su cuerpo se precipitó hacia adelante y su cabeza chocó contra la base de un columpio, con un crujido seco y terrible, como una rama partiéndose.

El silencio que siguió fue absoluto, roto solo por el jadeo de Rafa.

Pálidos. Atónitos. Todos se miraban entre sí como si el mundo se hubiera detenido. Rafa, con las bermudas desabrochadas, retrocedió, pálido. Manuel, por primera vez, parecía perdido, sus ojos saltando entre Noelia y Rafa. Blanca se llevó las manos a la boca, temblando. Hasta Luisa se había incorporado, con los ojos muy abiertos, mirando confundida el cuerpo inmóvil de Noelia junto al columpio.

Una mancha oscura se extendía bajo su cabeza.

Entonces, Blanca gritó.

Y Pablo supo que nada volvería a ser igual.

# 78

El silencio se extiende por la habitación como una mancha de aceite. La inspectora es la primera en romperlo.

—¿Qué ocurrió después?

Rafael parpadea como si le hubieran despertado de un profundo y lúgubre sueño. Está de vuelta en la cama, escayolado, atrapado, con los dos inspectores frente a él, observándolo como máscaras de cera. Pero ya no siente el dolor de sus lesiones, ni el martilleo en su cabeza. Todo eso se ha desvanecido, reemplazado por un vacío frío que lo consume.

—Llamamos a emergencias y nos fuimos corriendo. La dejamos allí, tirada como un muñeco de trapo viejo. —No es capaz de mirarlos a la cara—. Estábamos aterrados.

—¿Pablo también huyó? —El tono de la inspectora deja entrever un ligero matiz de estupefacción. Pero es solo eso. Su expresión permanece impasible, desde el comienzo de su relato, lo que hace que Rafael se sienta aún peor.

—Al principio no. Después de que Noelia cayera contra el columpio, Pablo se abalanzó sobre ella. La abrazó. Su llanto era desgarrador, nunca he podido olvidarlo del todo. —Se estremece por el recuerdo. Cierra los ojos, pero no puede escapar de la imagen de Noelia, inmóvil en el césped, ni de la mancha oscura extendiéndose bajo su cabeza—. Más que llorar, bramaba tan alto que temimos que alertara a los vecinos. No le quedaban restos de la borrachera. Es curioso, ¿no? Cuando la vida te suelta una hostia así, tu cuerpo se

transforma. Pero nosotros lo dejamos solo, y debió de tener un segundo de lucidez. ¿Qué pensaría aquel que los encontrara? Era un chico ebrio y su hermanastra yacía inconsciente en sus brazos, con la cabeza abierta. Si se hubiera quedado allí, su futuro habría quedado sepultado para siempre. Y además, el daño ya estaba hecho, ¿no? La ambulancia estaba de camino y él no podía hacer nada para ayudar. Creo que puedo entender qué pasó por su cabeza para levantarse y escapar de allí.

El inspector alza la vista de su libreta y clava sus oscuros ojos en él.

—Pero Noelia no estaba muerta —dice, como si estuviera leyendo un informe.

Rafael niega con la cabeza, sintiendo los párpados pesados.

—No. A la mañana siguiente, cuando me desperté, pensé que había sido un mal sueño —dice, frotándose la escayola de la muñeca con urgencia ahora—. Pero al comprender que había ocurrido de verdad, al tomar conciencia de lo que habíamos hecho… —Se le escapa un sollozo, pero lo contiene apretando los dientes—. Estaba convencido de que ella estaba muerta. Me pasé el día esperando que la policía tocara la puerta, que me llevaran esposado.

—¿Lo hicieron?

—No. Ese mismo día por la tarde, fue Manuel quien llamó. Noelia estaba en la UVI, en coma. Viva… pero en coma. No podía creérmelo. Había estado tan seguro de que estaba muerta, de que todo había terminado. ¿Y ahora estaba en coma? —Suelta una risa amarga, hueca—. Fue como si me hubieran dado una segunda oportunidad que no merecía. Me di cuenta de que tendría que cargar con ese secreto para siempre.

La luz del atardecer baña el rostro de la inspectora en tonos anaranjados, pero no suaviza la dureza de su mirada.

—¿Volviste a verla? —pregunta.

Rafael menea la cabeza de lado a lado.

—No. ¿Cómo iba a hacerlo? Solo tenía dieciocho años… Estaba muerto de miedo. Me odiaba a mí mismo, pero no podía afrontarlo. No podía asumir lo que hicimos.

—¿Y a Pablo?

Vuelve a agitar la cabeza.

—Se fue de casa poco después. No volví a saber de él. Me marché a estudiar fuera y volví a Madrid para montar mi propia empresa. Cuando él regresó, años después, como Pablo Lázaro… estaba tan cambiado que no lo reconocí. Nadie lo reconoció. Hasta que vosotros me lo habéis dicho.

—¿Hablaste con los otros de lo que pasó? ¿Con Manuel, con Blanca, con Luisa?

—No, jamás. —Rafael baja la mirada. Sus manos tiemblan bajo la sábana—. No hicimos un pacto de silencio ni nada por el estilo. Simplemente… no lo mencionamos. Era como si no hubiera pasado. Hasta que Luisa bebió de más en esa barbacoa y lo sacó a relucir.

—¿Fue la primera vez en todos esos años?

—Sí. Pero yo sabía cómo sufría Luisa. Era la que peor lo llevaba. Era una buena persona, la mejor de nosotros, y no lo llevó bien. Yo, por el contrario, opté por enterrarlo. Hice como que no había pasado y me centré en mi vida. Pero supongo que la verdad siempre sale a la luz, ¿no? —Mira sus lesiones—. Merezco esto. Y más. Merezco que ella venga por mí.

—¿Qué quieres decir? ¿Quién va a venir por ti?

Rafael sonríe sin la menor alegría.

—Noelia, por supuesto —responde, como si fuera lo más evidente del mundo, y por un instante le parece verla en el reflejo de la ventana, temblando y mirándolo suplicante como aquella noche—. Ella es la responsable de todo lo que está ocurriendo, es evidente. ¿Quién si no querría hacernos tanto mal? Ella mató a la pobre Alicia por ser la hija de Luisa. A Pablo y a Manuel los ha tenido machacados con sus amenazas. Y en cuanto a mí, las fotografías me las envía ella, no tengo ninguna duda. Se ha enterado. No sé cómo, pero se ha enterado.

Deja de hablar. Siente las miradas de los inspectores, pero no levanta la vista. «He hablado demasiado», piensa.

—¿De qué se ha enterado, Rafael? —pregunta la inspectora—. ¿Con qué iba a chantajearte Noelia?

«Ya nada importa», se dice. «Ella me encontraría. Terminará lo que empezó.»

—Mi negocio inmobiliario. Digamos que no todas mis operaciones son completamente transparentes con Hacienda. —Siente una extraña liberación al decirlo—. Tengo un porcentaje de mis propiedades que alquilo sin declarar —continúa, las palabras fluyendo ahora con mayor facilidad—. Pisos que oficialmente están vacíos, pero que en realidad están ocupados. Me pagan en efectivo y yo no declaro esos ingresos. Manuel es uno de esos clientes. Le tengo alquilado un apartamento en el centro de Madrid, donde lleva a sus… encuentros. Un sitio discreto que Blanca no conoce. Llevo años con este sistema, evadiendo impuestos. Noelia debe de haberse enterado y me está extorsionando con ello.

La inspectora se aparta un mechón de pelo de la frente con un gesto que Rafael interpreta como de cansancio. O quizás de hastío.

—Vale, dejemos eso por ahora —dice—. Hablemos de Manuel Requena.

—¿Qué pasa con él?

—¿Acabas de decir que Manuel alquila uno de sus apartamentos para sus aventuras extramatrimoniales?

—Sí. Para que Blanca no se entere.

—¿La engaña con regularidad? —interviene el inspector.

Rafael vacila. Puede sentir el peso de la traición en cada palabra que está a punto de pronunciar. Pero ya ha cruzado la línea. ¿Qué importa ya?

—No sé cómo decirlo sin que parezca lo que no es.

Ellos se mantienen a la espera, dejándolo que se tome su tiempo.

—Manuel siempre ha sido muy activo sexualmente —arranca finalmente—. Fue el primero de nosotros en perder la virginidad, y en el colegio siempre estaba rodeado de chicas, pavoneándose.

—Tengo entendido que él y Blanca empezaron muy jóvenes —apunta ella.

—A ver, Blanca nunca llegó a saberlo, o al menos yo nunca se lo he dicho, pero en aquella época, Manuel le ponía los cuernos continuamente.

—¿Y ahora?

—Ahora incluso más. Ese matrimonio es una fachada, y si Blanca y Manuel no se han separado todavía, es únicamente por los niños. Es patético, lo sé. Pero Manuel no puede resistirse a cualquier oportunidad que se le presente, especialmente si se trata de mujeres considerablemente más jóvenes que él.

La inspectora arquea una ceja.

—¿Qué quieres decir?

Rafael se remueve incómodo.

—No me malinterpretéis. No estoy diciendo que Manuel sea un pedófilo. No es eso.

—¿Y qué es?

Rafael hace un amago de abrir la boca, pero se detiene.

—Digamos que Manuel no le hace ascos a las muy jovencitas —dice al final—. No sé si me explico.

—Cuando te refieres a las muy jovencitas…

—Siempre ha preferido la compañía de mujeres más jóvenes que él. Salvo Banca, que es de su edad, todos sus ligues han sido veinteañeras. No en plan enfermizo, él no es de esos. Simplemente le gustan así. Va a fiestas universitarias, bares, sitios donde hay chicas jóvenes. Las invita a copas, se hace el galán. Lo he visto mil veces.

Rafael observa cómo se tensan los músculos de la mandíbula de ella.

—Chicas jóvenes… ¿Cómo de jóvenes?

—No lo sé. Tampoco es que les pida el carnet de identidad.

—¿Cómo de jóvenes, Rafael?

—Te repito que no lo sé, yo solo digo lo que hay. Y ya sabéis cómo son las cosas. Hay crías que parecen mucho mayores. El modo en que se visten, se maquillan y eso. Es como si buscaran la atención de los hombres mayores.

—No vayas por ahí.

—No lo estoy justificando. Solo intento explicároslo.

Ella emite un bufido.

—Joder, Rafael. ¡Tu amigo es profesor en un instituto!

—Ya sé lo que parece. Manuel es un mentiroso, un adúltero y un cabrón, de acuerdo. No lo defiendo. Pero no es un pervertido. Y

desde luego no es un…

No puede terminar la frase. La palabra se le queda atascada en la garganta como una espina.

—¿Qué ibas a decir? —Ella se apoya en el borde de la cama y se inclina hasta que él puede oler su perfume—. ¿Que Manuel no es un asesino?

—Estáis muy equivocados. Él no mató a Alicia. Lo conozco desde hace décadas. Ojalá nunca se hubiera cruzado en mi vida. Noelia estaría bien, y yo no estaría… —Hace un gesto hacia su cuerpo roto —. Pero eso no significa que vaya por ahí matando adolescentes. Se desvive por sus alumnos, los quiere de verdad. —Las palabras tropiezan en su boca—. Preguntad a cualquiera, lo idolatran.

Ella se yergue, le da un toque a su compañero en el hombro y dice un escueto:

—Nos vamos.

Rafael se la queda mirando, atónito.

—Inspectora…

—¿Sí?

—¿De verdad creéis que Manuel le hizo daño a Alicia?

Ella se detiene en la puerta.

—No tengo ni idea —responde, seca—. Pero tengo claro que no fue Noelia Ballesteros. Así que vas a tener que lidiar con tu conciencia un poco más.

# 79

Mónica sale del hospital con el eco del testimonio de Rafael rebotando en su cabeza como una pelota de ping-pong. Le ha dejado un regusto amargo. No puede deshacerse de la imagen de Noelia, una niña destrozada por un grupo de chavales cobardes y borrachos.

Y luego está Manuel y su afición por las aventuras extramatrimoniales con jovencitas. Ese tipo le da escalofríos. Le irrita pensar que su hijo Jamie va a crecer en un mundo en el que un hombre como Manuel pueda impartir clases en un instituto.

Rayco camina a su lado, callado, con pasos largos y seguros que contrastan con el torbellino que ella lleva dentro. No hablan. No hace falta. Rayco abre el coche con el mando y el pitido resuena fuerte en la quietud del aparcamiento. Una vez dentro, Mónica se arrebuja dentro de su cazadora; es como si el testimonio de Rafael hubiera instalado el frío en sus huesos. Rayco enciende el coche y pone la radio. Rock FM. Bon Jovi está cantando para los soñadores. Mónica comenta que en esta emisora se repiten más que una sopa de ajo.

—Pero al menos, la mierda que ponen es buena —rebate él.

Ambos se quedan un rato oyendo la música en silencio, asimilando la nueva información. Juntos han colocado una pieza del rompecabezas, pero, por más que lo intenta, Mónica no ve cómo encaja con el resto del dibujo. Rafael, Manuel, incluso Blanca, Luisa y Pablo hicieron algo terrible. No hay duda de que Noelia y sus padres, Siberio y Mariví, tienen motivos de sobra para vengarse por

lo que pasó. «Si alguien le hiciera algo así a Jamie, no tendría piedad», se admite. Sin embargo, el estado actual de Noelia le impide llevar a cabo una venganza mínimamente planificada; en cuanto a sus padres, Rayco asegura que nunca llegaron a saber lo que pasó realmente esa noche, así que también quedan descartados. Los únicos que supieron la verdad fueron la pandilla de amigos y, por supuesto, Pablo. Pero ¿por qué esperar veinticinco años? ¿Y por qué mataría Pablo a Alicia Toscano?

—¿Has visto alguna vez a alguien tan roto? —pregunta mientras se abrocha el cinturón.

—Pero dice la verdad —contesta Rayco, llevándose la mano al bolsillo—. Mira, quiero enseñarte algo.

El canario saca el teléfono y desliza el dedo por la pantalla hasta encontrar lo que busca. Se lo tiende a Mónica.

—Antes, en la buhardilla donde Pablo tenía instalado el taller, he visto algunos cuadros a los que no he dado demasiada importancia. ¿Cómo iba a fijarme antes de saber lo que nos ha contado Rafael? Pero aun así, he hecho fotos de todos los cuadros. Y fíjate en este.

Mónica entrecierra los ojos. No necesita ni un segundo para entender por qué a Rayco le ha venido a la cabeza esa foto en concreto justo ahora. Es un paisaje urbano, pinceladas oscuras y angulosas, edificios que se alzan como sombras rotas en torno a una plaza. Y no es cualquier lugar.

—Joder.

—¿Lo ves también?

Mónica amplía la imagen.

—¿Esto es…? —empieza a decir.

—El parque infantil —confirma Rayco—. Donde ocurrió lo de Noelia. Mira las gradas, el columpio al fondo. ¿Casualidad?

Mónica siente un escalofrío. Ya son varios hoy.

—Solo faltan ellos —dice—. Pero no cabe duda de que es el mismo lugar.

Mónica observa el paisaje pintado por Pablo a través de la pantalla del móvil de Rayco, al tiempo que piensa en la historia de Rafael sobre lo que ocurrió en el parque infantil aquella noche

estival. Empieza a ver que todos los hechos en apariencia aislados dan vueltas en su cabeza sin lograr conectarse unos con otros.

—¿Cuándo lo pintó?

Rayco agita la cabeza y señala la fotografía en su móvil.

—Firmó los cuadros, pero no puso la fecha.

Mónica le devuelve el teléfono y se deja caer sobre el asiento. En fin, ahora, por lo menos, conocen la verdad de lo que pasó con Noelia Ballesteros, pero siguen sin discernir por qué alguien ha decidido vengarse al cabo de veinticinco años.

Rayco pone en marcha el coche y maniobra fuera del aparcamiento. Mónica tamborilea los dedos contra el reposabrazos, la impaciencia carcomiéndola. Quiere cerrar este caso. Quiere justicia para Alicia, para Noelia, para todas las víctimas de esos idiotas que pensaron que podían huir de sus errores. Pero hay algo más. Echa de menos a su hijo; más de lo que está dispuesta a admitir. De pronto, le entran unas ganas terribles de achucharlo. Es casi una necesidad. Ha sido un día demasiado largo.

—Por favor, ¿me acercas a casa de mi madre? —le pide a Rayco —. Tengo que ir a recoger a Jamie. Ella lleva ocupándose de él todo el día y no quiero abusar de su confianza.

—Claro.

Rayco reduce la velocidad al llegar a un semáforo en rojo. Se gira hacia ella.

—¿Qué opinas de Manuel? —pregunta.

Mónica suelta una risa seca que suena a gruñido.

—Un cerdo. —No duda—. Se acuesta con chicas que podrían ser sus alumnas.

—Ya, pero eso no lo convierte en un asesino.

—No me vengas tú también con la mierda de que «parecen mayores». Es un profesor, Rayco. Debería pensar más con la cabeza y menos con el pene.

Rayco asiente y sonríe mientras se incorpora a la autopista.

—Rafael lo defiende, pero…

—Rafael está acabado —lo corta Mónica—. Se siente tan culpable que ve fantasmas. ¿Noelia vengándose? ¿En serio? —Sacude la cabeza—. Manuel, sin embargo… ese tipo es un problema. Y estoy

convencida de que está implicado en la muerte de Alicia. Llevo pensándolo desde que empezó todo.

# 80

Andrés gira la llave en la cerradura con dedos torpes, como si fuera un novato nervioso en su primer día de academia, y no un inspector jefe con diecisiete años de carrera a sus espaldas. Tiene miedo de encontrarse con el enemigo al otro lado. Lo último que necesita ahora es enfrentarse a Esther en su propia casa.

El metal resbala. Lo intenta de nuevo.

La puerta cede al fin.

—¿Hola? —Su voz rebota en el vestíbulo vacío.

La casa devora el sonido y lo escupe convertido en eco, como si nadie hubiera respirado aquí en horas. Andrés cierra tras de sí y se queda inmóvil un instante, escuchando. Nada. Solo el zumbido del frigorífico, el aullido del viento fuera y el goteo persistente del grifo del baño, que lleva semanas prometiéndose arreglar.

Esther no está en casa. Un pequeño alivio.

Saca el móvil del bolsillo por enésima vez esta tarde. La pantalla se ilumina sin notificaciones. Ni mensajes, ni llamadas perdidas. Ni siquiera spam. Es como si el mundo hubiera decidido darle la espalda justo cuando más necesita saber que existe.

Camina hacia la habitación de invitados donde Laura duerme estos días. La puerta está cerrada. Golpea con los nudillos.

—¿Laura?

Silencio.

Gira el pomo. La cama está perfectamente hecha. El portátil descansa cerrado sobre el escritorio. Todo perfectamente ordenado.

Su hija no está.

Marca su número. La llamada da tono, pero nadie responde. El pitido se alarga, burlón, hasta que salta el buzón de voz. Cuelga sin dejar mensaje. ¿Qué podría decirle? ¿Que su padre está siendo investigado por Asuntos Internos? ¿Que su amiga de la infancia ha destrozado su carrera con una mentira?

Se deja caer en el sofá y se pasa las manos por la cara. Nunca ha temido padecer una úlcera, pero estos últimos días comienza a notar una aguda acidez de estómago. Es la primera vez que se enfrenta a una acusación de Asuntos Internos y la sensación es como estar al borde de un abismo oscuro del cual no se vislumbra el final.

No puede perder el puesto. No ahora, precisamente cuando Laura estaba empezando a hacerle caso, o cuando por fin las cosas con Mónica empiezan a tomar forma.

Pero no es optimista; la cosa no pinta bien.

Un pitido anuncia la llegada de un mensaje al móvil. Andrés lo lee casi sin dejar que suene.

Laura:

> He salido a cenar con Esther. Ya hablaremos.

Recibe el nuevo mazazo como el boxeador muy castigado que lleva todo el combate contra las cuerdas. ¿Laura con Esther? En la cabeza de Andrés, un locutor exclama jovialmente: «¡El inspector se queda sin apoyos, damas y caballeros! ¡Menudo giro de los acontecimientos! ¡Hasta su propia hija le da de lado!» Y oye a un segundo locutor responder: «Que me aspen si me gustaría estar en la piel de Gordillo en estos momentos».

De repente, se siente indescriptiblemente cansado. Tiene que levantarse a por una cerveza, algo para atemperar el alma.

La nevera ronronea cuando la abre. Coge un botellín y lo destapa de un tirón. El primer trago es frío y amargo, exactamente lo que necesita.

Regresa al sofá y se sienta junto a la ventana. El cristal está cubierto de gotitas temblorosas que envía el viento. Da otro trago a

la cerveza y contempla la tarde gris que se desploma sobre Madrid como una manta húmeda. Las preguntas de esa sala diminuta le martillean la cabeza: «¿Asegura usted que no hubo contacto físico?», «¿Puede explicar por qué la señora Esther Garrido salió llorando de su despacho?», «¿Había consumido alcohol antes del incidente?»

Baja la vista y ve sus dedos arañar el cristal del botellín, como si se debatiera internamente.

¿Y si Esther ha hablado con Laura? Seguro que le ha metido toda clase de porquería en la cabeza. Laura tiene a Esther en un pedestal desde que era pequeña; la considera una colega, casi una segunda madre. Si tiene que elegir entre creer a su padre o a la mejor amiga de su madre muerta, cree saber cuál será su elección.

Andrés aprieta los dientes. La idea de Laura mirándolo con desprecio, creyendo la mentira, se le hace insoportable. Lo que le faltaba: que su hija se ponga también en su contra.

Se levanta y camina hasta el rincón donde descansa su guitarra. Coge la Martin, que es la mejor manera de hacer que el tiempo pase rápido y la mente deje de trabajar. Sus dedos encuentran las cuerdas por instinto, buscando acordes familiares como refugio.

Vuelve a sentarse junto a la ventana. Da un trago a la cerveza y rasga un sol mayor. El sonido llena el silencio del piso, cálido y melancólico. Le ronda una letra por la cabeza, algo que se parece a «Hallelujah», de Leonard Cohen, una canción triste sobre perder al amor de tu vida un día que llueve a cántaros.

Los acordes fluyen bajo sus dedos mientras la lluvia repiquetea contra el cristal. Por un momento, el mundo se reduce a esto: la guitarra, la cerveza y la música que nace de la tristeza y la convierte en algo hermoso.

Pero no dura.

La realidad regresa como una bofetada. Esther, Asuntos Internos, Laura, Mónica…

Mónica no ha llamado en todo el día. Probablemente esté dudando de él como todos los demás. No es solo Esther y su mentira. Es Laura viviendo en su casa, ocupando el espacio que antes era de ellos. Es la forma en que Mónica lo miró esta mañana,

con esa mezcla de decepción y algo que no pudo descifrar. «¿Me cree?» La pregunta lo persigue. Necesita que lo crea. Necesita que esté de su lado. Porque ahora, en este piso vacío, se siente más solo que nunca.

Deja la guitarra a un lado y vuelve al teléfono. No puede quedarse de brazos cruzados. Sus dedos vacilan sobre la pantalla antes de buscar el número de Mónica. Tiene una foto de ella de fondo de pantalla, abrazada a él, guiñando un ojo afilado y sacando la lengua con su sonrisa torcida. Tan preciosa como especial. Suspira. Duda un instante con el pulgar suspendido sobre el botón de llamada.

Lo pulsa.

Esta vez, para su alivio, la llamada obtiene respuesta al segundo tono. Y Andrés vacía sus pulmones expulsando todo el aire contenido.

# 81

El crepúsculo tiñe de naranja las ventanas del piso de su madre, un quinto construido en los años ochenta, cuando Mónica llama al telefonillo. No preguntan «¿quién es?», no hace falta. La puerta se abre con un timbre desagradable que se alarga hasta que ella alcanza el ascensor.

La escena que la recibe es de una normalidad casi terapéutica: Jamie correteando por el pasillo, en calzoncillos, con un camión de bomberos en la mano, mientras su abuela (la Yaya) lo persigue con un pijama limpio.

—¡Por fin! —dice ella sin levantar la vista—. Este niño va a acabar conmigo. —Se endereza y se pasa una mano por la frente, resoplando—. Hoy ha decidido que los pantalones son prescindibles.

Mónica sonríe al verlos. Leticia Lago tiene setenta y dos años y la energía de alguien que se niega a rendirse ante el calendario. Enviudó muy joven, pero no ha dejado que la vida la doblegue ni se ha convertido en una anciana resignada. Todo lo contrario. Es la clase de mujer que parece ir siempre pasada de revoluciones: pilates los martes, aquagym los jueves, y el mes pasado se apuntó a un curso de inteligencia artificial porque «hay que estar al día».

Es la primera vez que Mónica la contempla conscientemente, pensando en ella como un ser humano que se esfuerza a diario por hacer bien las cosas.

—¿Cómo ha estado? —pregunta, colgando el bolso en el perchero.

—Bah, es un ángel. Hemos hecho galletas, hemos visto dibujos y se ha comido toda la merienda sin protestar. —Envuelve a Mónica en un abrazo fuerte que solo saben dar las madres—. Un ángel muy nervioso, eso sí.

Jamie se abalanza sobre las piernas de Mónica con sus piernecitas tambaleantes y la fuerza de un pequeño torpedo.

—¡Mami!

Ella lo alza en brazos. Cada vez pesa más. Ya no es un bebé. Sus rizos le hacen cosquillas en la barbilla. Por un segundo, el caso, Andrés… todo se desvanece.

—Estás enorme —dice—. ¿Qué te da de comer la abuela? ¿Esteroides?

Leticia suelta una risa seca, limpiándose las manos en un delantal con estampado de girasoles.

—No todos tenemos tu dieta de café y mala leche, querida —responde, señalando la cocina—. Vamos, que estoy con la cena.

—¡La Yaya me ha enseñado a hacer formas con plastilina! —exclama Jamie.

—¿Ah sí? A ver, enséñame.

En el salón, Jamie le muestra sus creaciones —algo que podría ser un dinosaurio o un perro, dependiendo de la imaginación de cada uno— antes de lanzarse a por un camión de juguete, parloteando «bip-bips». Mónica se deja caer en el sofá, se siente exhausta. Leticia, desde la cocina, corta cebollas con la destreza de un japonés mientras comenta a voz en grito que el wifi vuelve a fallar.

—Llevo dos días sin poder ver *Los Bridgerton* en Netflix. Una tragedia.

Mónica suelta una risa corta.

—Llama al técnico, mamá. No te va a morder.

—Prefiero enfrentarme a un toro que a esos *call centers* —replica Leticia, sacando una cazuela del armario.

—¿Has probado a desconectar el router?

—Mónica, por favor. Es lo primero que he hecho. No soy tan mayor como para no saber hacer eso.

Su madre tiene razón. Maneja la tecnología mejor que muchos treintañeros.

Mónica se une a ella en la cocina. Jamie juega con sus coches mientras ellas hablan en intimidad.

—¿Cómo está Rayco de sus quemaduras? —pregunta Leticia.

Mónica siente un pellizco en el pecho. Han pasado tantas cosas desde que Rayco casi muere abrasado en aquella cabaña de madera que parece que sucediera hace mil años. Debería preguntarle más al respecto.

—Mejor —contesta—. Las cicatrices están curando bien. Ya trabaja con normalidad.

—Me alegro. Ese chico canario es tu ángel de la guarda.

Mónica sonríe. *Ángel de la guarda*. Nunca lo había pensado así, pero le gusta el apelativo que su madre ha puesto a Rayco.

—¿Y tú? —Su madre la estudia con esa mirada que atraviesa defensas—. Te veo rara.

—Estoy bien.

—Mónica… Soy tu madre. Saliste de aquí abajo —dice, señalándose la entrepierna.

El gesto soez les saca a las dos una sonrisa necesaria.

—El trabajo está complicado —dice Mónica—. Tenemos un caso difícil.

Y no es mentira. El asesinato de Alicia Toscano sigue más abierto que nunca. Todo parecía indicar que Pablo Lázaro era el asesino, pues se encontraba en la feria esa noche y llegó a casa con la ropa manchada de sangre, según admitieron su mujer y él mismo. Pero no tienen pruebas sólidas contra él y ahora está muerto. Una imprudente manera de tomarse la justicia por su mano por parte de Darío, el padre de la chica.

Encarnación Cortés, la jefa de estudios del instituto de Alicia, es la segunda víctima. Apareció estrangulada en su despacho cuando iba a darles información importante sobre Alicia.

Y luego están las amenazas anónimas recibidas por Pablo, Manuel y Rafael, que todo indica que son obra de Noelia Ballesteros por lo que le hicieron, de ser porque Noelia… no pudo enviarlas.

Un rompecabezas que se resiste a mostrar su imagen final.

—¿Es por Andrés? —insiste Leticia sin mirarla, pero con ese tono que dice: *sé que algo va mal*.

Mónica levanta la vista, asombrada. Su madre la conoce demasiado bien.

No quiere hablar de Andrés. No con su madre, que siempre tiene una opinión lista para disparar.

—No todo es por Andrés.

—Pero algo sí. Venga, Mónica. No me hagas sacártelo con sacacorchos.

—Las cosas están… tensas —admite, con los ojos fijos en Jamie, que hace chocar dos coches con una concentración feroz. El sonido de su risita llena el incómodo silencio—. Asuntos Internos lo tiene en el punto de mira. Una acusación. Falsa, creo. Pero no lo sé seguro.

Leticia arquea una ceja, el cuchillo deteniéndose un instante sobre la tabla.

—¿Falsa? ¿Y tú dónde estás en esto?

Mónica aprieta los labios. «Siempre tan directa, mamá». Pero no puede mentirle.

—He declarado a su favor. Dije la verdad. Lo que vi, lo que sé. Pero… —Se encoge de hombros, la duda carcomiéndola—. No sé si hice lo correcto.

Leticia asiente, volviendo a las cebollas.

—Siempre has tenido buen ojo para las personas. Si dices que es inocente, es que lo es. Pero cuida de ti, Mónica. No dejes que te arrastre.—añade, volcando las verduras en la cazuela y subiendo el fuego—. Cambiando de tema, Jamie ha aprendido a contar hasta diez en inglés. Ese pequeño es un genio.

Mónica mira a su hijo, que ahora persigue el camión por la alfombra. El orgullo le calienta el pecho, pero también la culpa. Pasa demasiado tiempo fuera. Demasiado tiempo persiguiendo fantasmas.

—Todo tiene solución en esta vida, hija —dice Leticia, y se la queda mirando como si esperase una respuesta. O como si quisiera decir algo más.

Mónica no tiene nada que añadir. O sí lo tiene, no quiere hacerlo.

El teléfono vibra en su bolsillo. Es Andrés. Mónica respira hondo antes de disculparse con un gesto y salir de la cocina para contestar.

—Soy yo.

Mónica se cambia el teléfono de oreja.

—Hola.

—Dicen que has declarado a mi favor. Gracias.

—Solo he dicho la verdad.

Un silencio al otro lado. Luego, él habla, tentativo.

—¿Podemos vernos esta noche? Necesito verte. Hablar contigo.

Mónica echa un vistazo a Jamie, que gatea hacia Leticia, riendo. Mira a su madre, removiendo el guiso con esa energía que nunca se apaga.

—Estoy en casa de mi madre —dice, suavizando el tono—. Me apetece quedarme con ella esta noche. Lo siento.

—Mónica…

—Mañana hablamos, ¿vale?

—Entiendo —murmura Andrés, y cuelga.

Mónica guarda el teléfono con el pecho agarrotado. Se queda un momento en el salón, mirando por la ventana la noche que ya tiñe de negro la ciudad.

—¿Todo bien? —pregunta su madre desde los fuegos.

—Perfectamente.

Mónica se arrodilla junto a Jamie y lo ayuda a apilar bloques de colores. Leticia la estudia desde la cocina con esa mirada de rayos X que tienen las madres, pero no insiste. El guiso burbujea, el aroma llena el aire. Cenan los tres juntos. Jamie cuenta aventuras imaginarias con sus juguetes —su risa es un bálsamo— mientras ellas mantienen una conversación aparentemente normal sobre trabajo, planes de fin de semana, y la avería del ascensor del edificio. Pero bajo la superficie, Mónica siente el remordimiento de haber dejado solo a Andrés.

Cuando se acuesta más tarde, el silencio de la que fue su habitación la envuelve. Los mismos muebles, los mismos colores en las paredes. Como si el tiempo se hubiera detenido aquí. Cierra los ojos, pero el sueño no llega. Tumbada boca arriba en su antigua cama, se da cuenta de que aún le queda a alguien a quien visitar; con todo lo sucedido hoy, casi se le olvida. Irá a verla mañana a primera hora.

Luego vuelve al tema que más le preocupa. Se pregunta si está siendo justa. Si está castigando a Andrés por algo que tal vez no hizo. Pero recuerda la mirada de Esther, los temblores en sus manos, el miedo genuino en sus ojos. Y las dudas regresan como una marea.

Andrés, el caso, la acusación de Esther, el ataque a Noelia, el cuadro de Pablo. Todo se arremolina en su cabeza. Y entre todo eso, el abismo que ha crecido entre ella y Andrés en las últimas horas. Por primera vez en mucho tiempo, no está segura de querer construir un puente para cruzarlo.

# 82

Andrés golpea con los nudillos el marco de la puerta abierta.

—¿Querías verme, comisario?

El comisario principal Juan Carlos Serrano levanta la vista de los papeles esparcidos sobre el escritorio. Es un hombre de porte militar, incluso estando sentado, con un bigote gris perfectamente recortado que se mueve ligeramente al asentir. Sus ojos, amables pero cansados, reflejan décadas de servicio. La corbata está correctamente anudada desde primera hora de la mañana.

—Pasa, Andrés. —La voz de Serrano es grave y medida.

Andrés cruza el umbral y espera. El comisario principal ordena los documentos con movimientos precisos antes de mirarlo y señalar una de las sillas vacías frente a él.

—Siéntate.

—Prefiero estar de pie.

—¿Qué tal estás? —Es una formalidad, un trámite antes de ir al grano.

Andrés se encoge de hombros.

—Saldré de esta.

Serrano asiente, fijando la mirada en él, evaluándolo. Andrés lo conoce demasiado bien como para esperar compasión.

—¿Cómo vas con lo de Asuntos Internos?

—Como ayer. Sin novedades. —Lo mira—. ¿Y tú? ¿Te han dicho algo?

Serrano niega con la cabeza.

—Voy enterándome a duras penas —dice. Andrés duda mucho de que Juan Carlos Serrano haga nunca algo «a duras penas»—. ¿Te han comentado algo más sobre los plazos?

—Nada. —Andrés se frota los ojos. La noche ha sido larga, un infierno de dos horas de sueño interrumpido, con la cabeza dando vueltas entre la acusación de Esther, la mirada distante de Mónica y el caso de Alicia, que se retuerce como un nudo imposible de deshacer. Siente el peso de todo eso en los párpados—. Supongo que harán lo que tengan que hacer.

—Estás en el limbo, Andrés. Y sabes que no puedo hacer nada hasta que terminen.

Veterano, estricto, profesional hasta la médula… Juan Carlos Serrano lleva años en la Jefatura, un pilar que no se dobla ante nada ni nadie. Andrés lo respeta. Son años de trabajar codo con codo, de confiar el uno en el otro. Pero hoy, ese respeto no lo salvará si Asuntos Internos falla en su contra. Serrano no hace concesiones. Ni por él ni por nadie.

—Lo sé —se limita a responder.

Serrano asiente lentamente. Sus ojos recorren la habitación sin mirarlo fijamente a la cara; un gesto que Andrés conoce bien.

—No me has llamado solo para hablar de eso, ¿verdad? —pregunta, buscando una grieta en su expresión.

No es una pregunta, en realidad.

La expresión del comisario principal se endurece. Las arrugas alrededor de sus ojos se profundizan.

—¿Qué pasa, Juan Carlos? —insiste.

—Cierra la puerta —dice Serrano—. Y siéntate, coño.

Esta vez Andrés obedece, preguntándose qué sorpresa le deparará ahora este nuevo día.

—¿Qué ocurre? —pregunta, mirándolo fijamente a los ojos.

Serrano se echa hacia atrás en su butaca. El respaldo cruje bajo su peso.

—Esta noche, la Guardia Civil ha encontrado un cadáver. En la Dehesa Boyal, no lejos de donde apareció Alicia Toscano.

Las palabras flotan en el aire. Andrés no pestañea. La Dehesa Boyal. El lugar donde todo empezó. Ya sabe hacia dónde va esto.

Intuye las implicaciones, pero no dice nada y deja que Serrano continúe.

—Un feriante. —Serrano saca una carpeta del cajón, la abre y hojea un informe con dedos precisos—. Varón, entre treinta y cuarenta años. En avanzado estado de descomposición. Pero han conseguido identificarlo. —El documento se refleja en los cristales de sus gafas—. Se llamaba Ramón Castilla. Iba de pueblo en pueblo con un puesto de tiro con carabina.

Andrés traga saliva. Se le ha secado la garganta.

—¿Antecedentes? —pregunta.

Serrano se toma su tiempo para contestar. Parece mascar algo que, aparentemente, sabe fatal.

—Pues sí. Hace seis años, en Gandía. Fue condenado por intento de violación. Cumplió dos años y cuatro meses.

Andrés puede sentir los engranajes de su mente procesando la información, organizándola en compartimentos ordenados.

—Nadie denunció su desaparición —continúa el de mayor rango —. Sin familia, sin amigos… Lo han definido como un fantasma que iba de feria en feria. Nadie lo va a echar de menos.

—¿Causa de la muerte?

—Pendiente de la autopsia. Pero hay claros signos de violencia.

El silencio se instala entre ellos. Andrés mira por la ventana del despacho. El cielo está gris. Nubes bajas que amenazan lluvia.

—Dos muertes violentas en la misma zona, posiblemente en la misma noche, y sin un motivo claro… —murmura para sí. Luego levanta la vista hacia su superior—. ¿Qué se supone que significa eso? ¿Que el asesino de Alicia mató también al feriante? ¿Que el feriante atacó a Alicia hasta matarla y alguien la vengó inmediatamente después? —No se atreve a pronunciar su nombre en voz alta, pero está pensando en Pablo. ¿Fue eso lo que hizo? Joder, si Darío no hubiese jugado a ser Rambo…

Serrano se aclara la garganta, sus dedos acariciando la carpeta cerrada.

—Hay algo más, Andrés.

Andrés se presiona los ojos con los dedos índice y pulgar.

—Suéltalo ya.

—No sé si te gustará saberlo.

—¿Por qué?

Serrano lo mira, directo, sin parpadear. Su bigote empieza a bailar.

—Porque dinamita toda tu investigación.

Por un momento fugaz, Andrés se siente intrigado. Pero solo por un momento. Cuando el comisario principal le cuenta los detalles de lo sucedido tras el hallazgo del cuerpo del feriante muerto, Andrés deja caer la cabeza y aspira hondo, tanto que le duele.

# 83

El cuerpo apareció al amanecer, cuando los primeros rayos de sol atravesaban la maleza de la Dehesa Boyal. Un ciclista madrugador había visto algo entre los arbustos que no encajaba con el paisaje habitual: algo que brillaba bajo la luz tamizada del bosque. Al principio, pensó que era un animal.

La Guardia Civil acordonó el perímetro a las 08:45 horas. El juez de instrucción llegó una hora después, seguido del forense y el equipo de la Policía Científica.

El cadáver yacía boca abajo, parcialmente cubierto por ramas y hojas secas, y se encontraba en un avanzado estado de descomposición. Era un varón de complexión media, con cabello castaño claro y entradas pronunciadas. Vestía vaqueros oscuros y una camiseta que había sido blanca, pero ahora presentaba manchas de tierra y sangre seca. De las deportivas viejas, solo llevaba una puesta; la segunda apareció perdida varios metros más allá.

La identificación fue rápida gracias a la documentación que portaba en la cartera: Ramón Castilla, nacido en Calpe hace cuarenta y un años. Sin domicilio fijo. Trabajaba como feriante, viajando de pueblo en pueblo con un puesto de tiro con carabina. Soltero.

Además del DNI caducado, en sus bolsillos encontraron doce euros en efectivo y un paquete de tabaco a medio consumir.

El forense dictaminó la causa probable de la muerte tras el examen preliminar. El cráneo presentaba múltiples fracturas de patrón irregular, con fragmentos óseos desplazados hacia el interior en la región parietal y occipital. La sangre, seca y endurecida, se había mezclado con la tierra. Las heridas sugerían una fuerza significativa, compatible con golpes repetidos de un objeto contundente, como una piedra, un bate de béisbol o un martillo. No había heridas de arma blanca ni de fuego.

Nadie esperaba que el caso diera más de sí.

Pero, apenas un par de horas después de que saltara la noticia, Elena Martín Sánchez, de diecinueve años y estudiante de segundo curso de Enfermería en la Universidad Complutense, se presentó en la casa cuartel de la Guardia Civil de San Sebastián de los Reyes. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta, y sus ojos verdes no podían disimular el miedo que aún llevaba dentro.

Según ha contado el sargento que la recibió, Elena se sentó en el borde de su asiento con las manos entrelazadas sobre el regazo. Su voz era apenas un susurro, tan asustada estaba.

Había visto la fotografía de Ramón Castilla en el periódico digital. Era él, no cabía duda: el hombre que la había asaltado la noche del 25 de agosto.

Elena y sus amigas celebraban un cumpleaños en Kapital, una de esas discotecas madrileñas donde la música aturde y cobran una fortuna por copas de garrafón. A medianoche, el grupo se dividió de forma natural: las que vivían en el centro se fueron en taxi; Elena y otras dos tomaron el último tren de cercanías hacia San Sebastián de los Reyes.

Fue al bajar en la estación cuando cometieron el error. Las fiestas locales seguían vivas, con música filtrándose desde la feria y los bares que bordeaban la plaza mayor. Alguien propuso una última copa. Solo una. Elena recordaría después esa frase exacta, pronunciada entre risas y complicidad. Solo una copa más.

Elena se despidió de sus amigas en la barra del último local. Quince minutos de caminata la separaban de su cama por las calles principales, bien iluminadas y familiares. Pero el alcohol y el cansancio le jugaron una mala pasada. Conocía un atajo desde niña:

el sendero que cruzaba la Dehesa Boyal y reducía el trayecto a la mitad.

No calculó que a esa hora, sin farolas, el bosque sería una trampa.

Los pasos surgieron de la nada. Parecían seguir su ritmo. Elena, que iba distraída con el móvil, apenas les prestó atención. Hasta que algo en su cerebro primitivo la alertó: una respiración pesada que se acercaba demasiado.

Se giró, pero allí no había nada.

Aceleró el paso.

La sombra también.

Elena echó a correr, pero sus piernas traicionaron la urgencia y tropezó a los pocos metros. Culpa del alcohol, el cansancio y los tacones. Ramón Castilla la alcanzó en menos de diez metros. Sus dedos se cerraron en torno al brazo izquierdo como una tenaza.

Elena gritó. Forcejeó. Arañó. Pero él pesaba el doble y tenía la ventaja de la sobriedad. La arrastró sendero adentro, entre la maleza, hasta un claro donde los árboles formaban un círculo natural. Un escenario perfecto para lo que tenía en mente.

La mano que tapó su boca olía a tabaco y sudor rancio. Elena la mordió hasta sentir el sabor metálico de la sangre. Ramón maldijo y la abofeteó con violencia. El golpe le nubló la vista.

—Quieta, puta. Quieta o te rompo la cara.

Sus manos empezaron a trabajar en el cinturón. Elena cerró los ojos, preparándose para lo inevitable.

Fue entonces cuando apareció el otro hombre.

Elena no lo vio llegar; era una figura alta y oscura que surgió de entre los árboles. Vestía con ropa de colores y muy ceñida, es lo único que recuerda. Lo oyó gritar, pero no entendió las palabras. Ramón se giró, sorprendido, y recibió el primer golpe en pleno rostro. Cayó hacia atrás, dejando libre a Elena.

El desconocido llevaba en la mano derecha una piedra del tamaño de un puño, irregular y con aristas cortantes. Elena vio cómo la alzaba y la descargaba contra la cabeza de su agresor. Una vez. Dos veces. Tres. Golpes brutales y sin piedad.

—¡Déjala, cabrón! —farfullaba, fuera de sí—. ¡Déjala! ¡Déjala!

Ramón intentó cubrirse con las manos, del primer impacto al menos. Del segundo ni siquiera fue consciente. Elena recuerda especialmente el sonido húmedo del impacto contra el cráneo. «Como el crujido al aplastar una rama con una bota», explicó. Los gemidos ahogados se fueron debilitando hasta convertirse en silencio.

No se quedó a mirar. Gateó y echó a correr hacia el sendero principal, tropezando con las raíces, rasgándose las medias con las zarzas. No paró hasta llegar a casa. Se encerró en su habitación y no salió hasta la mañana siguiente.

No ha hablado hasta hoy, casi tres meses después. En todo este tiempo, ha vivido convenciéndose de que había sido una pesadilla. Que su mente había exagerado los detalles, que tal vez el hombre que la había atacado había salido vivo del encuentro. Pero la fotografía en el periódico le confirmó lo que ya sabía en el fondo.

Ramón Castilla, el hombre que intentó violarla, estaba muerto.

El sargento tomó nota de cada palabra, cada detalle que Elena recordaba. La descripción del agresor muerto coincidía punto por punto con la víctima. La zona donde había ocurrido el ataque estaba a menos de cincuenta metros del lugar donde habían encontrado el cadáver.

Solo quedaba una pregunta sin respuesta: la identidad del hombre que había matado a Ramón Castilla para salvar a Elena Martín. El hombre que había desaparecido en la oscuridad del bosque llevándose su secreto consigo.

Y Andrés cree saber quién es.

# 84

En *La Birra de Brian*, el aire huele a café recalentado y pan tostado. Es una extensión de la Jefatura, uno de esos bares de barrio donde el tiempo se detiene con los desayunos exprés a las ocho de la mañana y no vuelve a moverse hasta que el último policía se marcha con su tercera cerveza y sus fantasmas a cuestas. De las paredes cuelgan fotografías descoloridas de equipos de fútbol que ya no existen y carteles publicitarios de los noventa que Julio, a quien todos llaman «el Brian», se niega a cambiar por nostalgia o pereza.

Brian ya está preparando los cafés, contoneando la cabeza al ritmo de AC/DC que escupe la vieja radio, cuando Mónica entra por la puerta. La saluda con un gesto de cejas y, sin preguntarle nada, saca una taza más. Después de muchos años, las presentaciones sobran.

Mónica encuentra a Andrés, Rayco y Mercedes de pie al fondo de la barra. Mercedes le hace un gesto para que se acerque.

Mónica lanza un saludo genérico y tarda más de la cuenta en quitarse el abrigo. Cualquier cosa con tal de no cruzar la mirada con él. Desde el incidente con Esther, el aire entre ellos está cargado de electricidad mal canalizada. Aun así, no puede evitar levantar los ojos un instante para evaluar su expresión. Lo pilla revisando su móvil, aunque sabe que, al igual que ella, se hace el ocupado mientras finge normalidad. Es evidente que el «mañana hablamos» de ayer aún le pesa como una losa.

Brian alivia la tensión con su desparpajo aprendido en más de media vida sirviendo cafés:

—Café solo para el canario, un descafeinado con hielo y sin azúcar para el jefe, y dos con leche para las policías más guapas de Madrid. Como siempre.

El comentario le saca una sonrisa a Mónica, que le devuelve la gracia con un guiño cómplice.

Andrés vuelca el café en el vaso con los hielos con demasiada intensidad y les pone al día sobre las novedades en el caso, empleando ese tono profesional que adopta cuando quiere mantener las distancias. El hallazgo del cadáver de Ramón Castilla y la declaración de Elena Martín son el tema principal.

—Después de la declaración de Elena Martín, la Guardia Civil le ha mostrado una foto de Pablo Lázaro —dice para finalizar—. A pesar de la oscuridad y su estado de shock, está casi segura de que él fue quien la salvó. Además, recuerda haberlo visto con ropa ceñida y colorida, es decir, de ciclista, así que creo que no hay dudas.

Mónica tamborilea los dedos sobre la mesa. Odia trabajar en bares. El ruido, el olor a fritura, la música de los ochenta a todo volumen… Pero aquí están, fingiendo que todo está bajo control.

—Así que Pablo mató a Ramón Castilla —concluye.

Rayco deja la cucharilla en el platillo antes de exponer su versión de los hechos:

—Imaginad a Pablo. En la feria, solo, tal vez con unas cervezas de más… Decide que ya es hora de volver a casa y oye gritos.

Mercedes hojea su cuaderno de notas, pasando las páginas con la rapidez de quien conoce cada palabra de memoria.

—Uno de los feriantes interrogados mencionó haber oído una discusión —dice, las palabras tropezándose entre sí, como si temiera perder el hilo—. Gritos entre un hombre y una mujer.

—Pablo está ebrio, pero no lo suficiente como para no reconocer lo que está pasando —continúa Rayco, bajando la voz—. Ve a ese cabrón sobrepasándose con la chica y algo se le cruza en la cabeza. Se retrotrae a su infancia, cuando Rafael, Manuel y los demás quisieron aprovecharse de su hermana.

Mónica asiente. La reconstrucción es más que plausible.

—Espera —dice Andrés, frunciendo el ceño—. ¿Qué es eso de su hermana? ¿De qué habláis?

Mónica intercambia una mirada con Rayco. Con todo el drama de ayer en Jefatura, ni siquiera han tenido ocasión de ponerlo al día.

—Ayer volvimos al hospital para hablar con Rafael Peinado —explica Rayco—. Nos contó lo que pasó con Noelia Ballesteros.

Rayco le relata la historia de Rafael mientras Andrés se pone cada vez más pálido. Mónica observa cómo su mandíbula se tensa con cada detalle.

—Joder… —murmura Andrés cuando Rayco termina, dando dos sorbos rápidos al café—. ¿Y los Ballesteros… nunca sospecharon nada?

Rayco mueve la cabeza lentamente.

—¿Qué iban a sospechar? Su hija, en su estado, no podía explicar nada. Y los chicos se esfumaron antes de que llegaran los servicios de emergencia. Pablo se fue de casa poco después y comenzó de cero en Alcalá, donde se licenció.

—¿Y muchos años más tarde decide volver? —Andrés se ajusta la corbata, un gesto que Mónica conoce bien. Significa que está procesando información que no le gusta—. ¿Por qué?

Mercedes deja el cuaderno sobre la barra y se inclina hacia adelante.

—Creo que Pablo sentía la necesidad de regresar al barrio y enfrentarse a ellos. Puede parecer extraño, pero, en cierto modo, tiene sentido. Seguramente los odiaba, al menos al principio. Luego supongo que Darío empezó a caerle bien. No tenía nada que ver con lo de su hermanastra y todos coinciden en que se llevaban bien. También con Luisa, que fue la única que se opuso a las barbaridades que Rafael quería hacerle a Noelia.

Mientras Mercedes habla, un pensamiento se cuela por la puerta de atrás del cerebro de Mónica, pero no consigue darle forma.

—Déjame ver si lo entiendo —dice Andrés, recuperando parte del color—. Rafael, animado por Manuel, intentó violar a Noelia mientras Pablo observaba. ¿Y él no hizo nada? ¿Por qué lo permitió? ¿Quizá

por eso recibió también las amenazas de papel, pese a que él no participó?

Rayco ladea la cabeza en un ademán que afirma y niega al mismo tiempo.

—Noelia es la única que sabe lo que pasó realmente. Tiene motivos para vengarse, pero ella no puede ser. Además, ¿por qué ir a por Alicia? Ni siquiera había nacido.

—¿Por ser hija de Luisa? —sugiere Mercedes.

—Muy rebuscado —Rayco chasquea la lengua—. Luisa está muerta. Y Darío ni siquiera estaba allí la noche que agredieron a Noelia.

—Y tampoco sabemos quién mató a Encarnación Cortés —añade Mónica.

Andrés da una palmada sobre la barra, reclamando atención. Todos lo miran.

—Bueno, dejemos eso aparcado y volvamos a Pablo la noche de la feria. Estábamos en que vio a Ramón Castilla forzando a Elena Martín. ¿Decís que perdió el juicio y por eso le machacó el cráneo con una piedra?

Rayco asiente, pinchando una patata brava del plato que Brian ha dejado en la mesa. Mónica lo fulmina con la mirada.

—¿En serio? ¿Ahora comes?

—El cerebro necesita glucosa para pensar —responde él, masticando sin inmutarse.

—Pero… ¿patatas con café?

Andrés suelta una risa seca. Mónica no sonríe, pero sus hombros se relajan un poco. Solo un poco.

—Tal vez Pablo regresó a esa noche del 2000 y pensó que Elena era su hermana —dice Rayco, retomando la lluvia de ideas—. O tal vez no pensó nada. Simplemente se abalanzó contra el feriante y lo golpeó hasta matarlo. Eso explica la sangre en su ropa cuando volvió a casa y por qué estaba tan callado las últimas semanas. Joder, había matado a un hombre.

—Pero no a Alicia —apunta Mónica, dejando claro que aún no se acercan a la verdad sobre quién mató a la joven.

—Pero no a Alicia, exacto —repite Rayco.

—Eso significa que Darío mató a un hombre inocente. O al menos, inocente de la muerte de su hija.

—Así es.

Mónica formula la siguiente pregunta sin mirar directamente a Andrés, como si se dirigiera a los palillos y servilletas usadas amontonados en el suelo.

—¿Por qué la chica no ha dicho nada hasta ahora?

—Tenía miedo, supongo —responde Andrés—. De que su agresor, o Pablo, tomaran represalias. Ha decidido hablar solo cuando ha sabido que ambos están muertos. —Emite un suspiro cargado de frustración que hace temblar las páginas del periódico que alguien ha dejado junto al mostrador de pinchos de tortilla—. El caso es que volvemos a la casilla de salida con Alicia. No sabemos quién la mató, y nuestro único sospechoso hasta la fecha está muerto. Es tierra quemada. Sin mencionar que todo lo que nos hacía pensar que fue él ya no sirve.

Se hace un breve silencio. Solo se oye el rumor de la radio y el tintineo de los vasos que Brian lava en la barra. La actividad cerebral de Mónica continúa a toda velocidad, y Andrés parece esperar a que alguien diga algo.

—Rafael Peinado insinuó que a Manuel Requena le gustan las jovencitas —suelta ella de pronto.

Andrés alza una ceja con gesto escéptico.

—¿Lo desarrollas, por favor?

—Engaña a Blanca desde que eran unos chavales. Le gusta frecuentar bares de jóvenes y fiestas universitarias. Cuando tiene suerte, se las lleva a un piso que alquila solo para esos encuentros. Rafael tiene un negocio inmobiliario y se los deja a buen precio, sin necesidad de papeleo.

Busca la aprobación de Rayco con la mirada. Él asiente dirigiéndose a Andrés.

—Ponerle los cuernos a tu mujer no es delito, que yo sepa —dice Andrés, y algo en sus palabras suena a provocación directa.

Mónica ignora el matiz y responde manteniendo el tono profesional.

—Hay algo en él que me chirría desde el principio. Mirad, vengo del instituto. Acabo de hablar con Paula, la profesora que estaba allí cuando encontramos muerta a Encarnación Cortés. Es joven, no llega a los treinta. Un bombón, la verdad. Tendríais que verla.

—Podías haberme avisado —dice Rayco, a quien se le han iluminado los ojos al mencionar Mónica a la joven maestra.

Mercedes, al notarlo, le clava el codo en las costillas.

—¿Qué pasa? —se queja él—. También es mi investigación.

Mónica sonríe y da un sorbo al café, que ya se ha enfriado.

—Desde ese día, sabía que nos ocultaba algo —continúa—. Casi se le descoloca la mandíbula cuando me ha visto esperándola en la puerta de la sala de profesores. Tenía prisa porque tenía clase a primera hora, pero al final ha cantado. Ha admitido que mantiene una relación con Manuel a espaldas de su mujer y de todo el colegio. Cuando le he preguntado si Manuel también salía con alguna alumna, me ha dicho que no tiene constancia. Pero su manera de decirlo… —Se muerde una uña.

—¿Insinúas que Manuel tenía algo con Alicia? —la interrumpe Andrés.

—¿Por qué no? Ahora sabemos que es un mujeriego. Y Lucas, el hermano de Alicia, me dijo que ella podría tener un novio secreto.

—Eso no es lo que me dijo a mí.

Mónica lucha contra el impulso de poner los ojos en blanco.

—Pues es lo que dice ahora. Según Lucas, Alicia se escapaba de casa de vez en cuando. La última vez fue una semana antes de desaparecer. Le pidió que la cubriera.

Andrés se ajusta la corbata de nuevo, esta vez con más brusquedad.

—¿Y se puede saber cuándo pensabas contárnoslo?

La pregunta suena profesional, pero Mónica detecta el filo personal. Deja la taza sobre la barra y responde:

—Pues ayer, en la oficina, cuando tu amiguita nos interrumpió con su espectáculo de bizcocho y gritos histéricos, justo antes de que os encerrarais en tu despacho.

Las palabras salen de su boca antes de que pueda detenerlas. Andrés parpadea como si acabara de recibir una bofetada. Ha sido

un golpe bajo y Mónica lo sabe, pero ya no puede retractarse.

Todos se quedan en silencio. Incluso Brian deja de lavar vasos.

Cuando Andrés vuelve a hablar, lo hace con voz muy baja y la mirada fija en la mesa.

—Vale, ¿me expones tu teoría?

—¿Teoría?

—Siempre tienes una.

Mónica se recompone.

—Por un lado, tenemos a Manuel Requena, un adúltero que habitualmente engaña a su mujer con chicas más jóvenes.

—Vale.

—Luego está Alicia. La noche del 25 de agosto, abandona su domicilio en secreto, sin decírselo a nadie, supuestamente para ir a las fiestas de Sanse. Pero es probable que fuera a reunirse con un chico. —Mira fijamente a Andrés, asegurándose de que le dedica toda su atención—. Tres meses después, aparece su cadáver. Sin signos de violación. Sin embargo, es probable que estuviera embarazada. Y si lo estaba, ella lo sabía, o al menos contemplaba la posibilidad, porque se había hecho un test.

—O sea, ¿dices que Alicia tenía encuentros nocturnos secretos con Manuel Requena, su profesor de química?

—Es una posibilidad.

Rayco se anima a pensar en voz alta:

—Él la deja embarazada accidentalmente. Ella se lo cuenta. Y entonces él pierde los nervios. Está casado, tiene una familia. No puede permitirse un escándalo con una alumna. Eso acabaría con su carrera y su matrimonio. Puede que también perdiera el dinero y la custodia de sus hijos. Así que… ¿la mata y esconde el cadáver?

Mónica se cruza de brazos y suspira.

—Todavía no lo tengo claro.

Ahora que Rayco lo ha verbalizado, la teoría no le parece tan convincente. Hay algo que no encaja. Se da cuenta de que la situación no la lleva a ninguna parte. El pinchazo cerebral tiene que ver con su investigación sobre Manuel, con él matando a Alicia tras conocer el embarazo… tal vez. Pero ¿quién estranguló a la jefa de estudios? ¿Y qué pasa con las amenazas? Son tres amigos los que

las han recibido, lo que sugiere un enemigo común. Si Manuel mató a Alicia, ¿por qué también acosan a Pablo y Rafael? Mónica intuye quién está detrás, pero no deja de ser una especulación.

Tiene la impresión de que se le escapa algo importante.

En ese momento, el móvil de Andrés suena sobre la barra. Un solo pitido. Él lo coge, frunce el ceño y lee el mensaje. Sus ojos se abren, solo un poco, pero Mónica lo percibe. También nota que se ha quedado inmóvil, con la taza a medio camino hacia sus labios. La porcelana parece a punto de ceder bajo su agarre.

—¿Va todo bien? —le pregunta Mónica.

Pero Andrés no parece oírla, ensimismado en la pantalla.

La puerta del bar tintinea y la expresión de Rayco cambia, como si hubiera entrado alguien familiar. Mónica se vuelve. Es Fernando Vara, el jefe de la Unidad Científica.

—Menos mal que os encuentro —dice, apurado, al llegar a la barra. Su cara refleja la urgencia de quien tiene noticias que no pueden esperar.

Se queda mirando a Mónica y le dedica una sonrisa que ella no devuelve.

—¿Qué pasa? Suéltalo ya, que no estamos para perder el tiempo.

Vara pide una cerveza y saca un sobre manila de su maletín.

—Como sabéis, Goyo encontró restos de piel bajo las uñas de Encarnación Cortés.

Mónica asiente y le deja hablar.

—Ya tengo los resultados del ADN. Los he cruzado con la lata de cerveza que me trajiste ayer.

Rayco mira a Mónica.

—¿Qué lata de cerveza?

Pero ella, sonriente, le hace un gesto con la mano. «Luego te lo cuento». Recuerda perfectamente el momento: la lata que Manuel tiró al fregadero durante su primera visita, cuando aún creían que era solo un testigo más en el caso de Alicia. Un gesto casual, casi arrogante. Ella la recogió, la metió en una bolsa y se la llevó a Vara.

El silencio en la barra se vuelve denso y expectante.

—¿Sigues, o qué? —le insta Mónica al criminólogo.

—Las muestras coinciden —anuncia él—. Los restos de piel que había bajo las uñas de la monja corresponden a Manuel Requena.

Mercedes deja el bolígrafo suspendido, con los ojos abiertos de par en par. Rayco se frota la nuca, como si intentara procesarlo.

—Joder —susurra.

—¿Estás seguro? —pregunta Mercedes.

—Completamente. No hay margen de error.

Mónica se apoya en la barra, procesando la información. De pronto, siente cómo todas las piezas del rompecabezas encuentran su lugar de golpe. Manuel Requena no solo es un profesor adúltero que se acuesta con alumnas y profesoras; es un asesino.

—Encarnación Cortés descubrió algo —dice en voz alta, más para sí misma que para los demás—. Algo sobre Manuel que lo incriminaba. Y él la mató para silenciarla.

—Pero ¿qué pudo descubrir? —pregunta Mercedes.

La respuesta llega a la mente de Mónica como un rayo.

—Su relación con Alicia. La jefa de estudios se enteró de que Manuel mantenía una relación inapropiada con una de sus alumnas. —Mira a Rayco—. Seguramente eso era lo que quería decirnos cuando nos llamó. De algún modo, Manuel se enteró de que ella iba a cantarlo todo, y se vio entre la espada y la pared. O la mataba, o todo lo que sostenía su mundo se desmoronaba.

—Pero ¿por qué no lo dijo antes? —pregunta Mercedes—. ¿Por qué esperar tres meses?

Mónica hace los cálculos mentalmente. Encajan.

—Nos llamó justo después de que se encontrara el cadáver de Alicia —explica, recordando el hermetismo que mostró Cortés cuando la visitaron al despacho las primeras veces y, más tarde, con otro tono, cuando la llamó al teléfono: *Hay algo que debería saber sobre Alicia Toscano…*—. Hasta ese momento, tal vez pensaba que Alicia estaba viva en alguna parte, que había escapado voluntariamente. Y ella no quería desvelar el secreto del embarazo sin su consentimiento.

Andrés, que hace rato que ha guardado el móvil en el bolsillo, deja la taza sobre la mesa con manos temblorosas.

—Si eso es cierto… —dice.

—Manuel Requena es nuestro asesino —concluye Mónica—. Mató a Encarnación Cortés para proteger su secreto. Y probablemente también mató a Alicia cuando ella le dijo que estaba embarazada.

Vara asiente, como si hubiera llegado a la misma conclusión.

—Las pruebas no mienten.

Mónica se endereza y toma su abrigo.

—Tenemos que arrestarlo. Ahora mismo —dice, aunque su mente se ha quedado anclada en el bolsillo de Andrés, donde está su móvil.

¿Qué mensaje acaba de recibir?

# 85

El bar se vacía como si hubiera saltado una alarma de incendios.

Mónica y Rayco se dirigen hacia el aparcamiento; van a detener a Manuel Requena, el hombre cuyas huellas de ADN lo señalan como el asesino de Encarnación Cortés y, probablemente, de Alicia Toscano. Mercedes ya teclea en su móvil mientras camina hacia el edificio de Jefatura, preparando el papeleo necesario para la detención. Fernando Vara se ha quedado rezagado, apoyado en la barra, esperando quizás un reconocimiento, un apretón de manos, o una ración de buen jamón que no llegará. Porque Andrés no lo ve. No ve a nadie. Ni siquiera la resolución del caso le importa ahora. Debería estar exultante: han atrapado a un asesino. Pero su mundo se ha reducido a un zumbido en su cabeza y al mensaje de WhatsApp que quema en su bolsillo.

*Revisa tu email, papá. Es urgente.*

No ha querido revisar el correo en el bar. No delante de todos. Necesita intimidad. Necesita el despacho. Por eso, en estos momentos, está volviendo a Jefatura con Mercedes.

—¡Mónica y Rayco ya están en camino! —anuncia ella en el ascensor, sin levantar la vista de la pantalla.

—Perfecto.

Su voz suena extraña, incluso para él. Mercedes alza la cabeza y se le queda mirando.

—¿Estás bien? Te has puesto blanco de repente.

—Sí, no es nada. La adrenalina del caso.

Cuando las puertas del ascensor se abren, murmura algo ininteligible y sale disparado sin esperarla, un gesto impropio de él. Ella lo observa extrañada, pero no dice nada.

Los pasillos de Jefatura se difuminan a su alrededor mientras camina, casi corre, hacia su despacho. Está ansioso por saber qué tiene que decirle Laura por email; no puede pensar en otra cosa.

Cierra la puerta y se deja caer en la silla ante el escritorio. En realidad, tiene infinidad de cosas que hacer, dadas las novedades en el caso, pero esto es lo más importante ahora.

Enciende el ordenador. La pantalla cobra vida. Sus manos tiemblan sobre el teclado mientras introduce la contraseña de la aplicación de correo electrónico. Hace una lectura rápida y ahí está, en lo alto de la lista, como una bomba sin detonar: el correo de su hija.

Sin asunto.

Laura siempre pone asunto a sus correos, incluso a los más triviales. Es meticulosa como él. Menos mal que le ha escrito antes para avisarlo. De lo contrario, lo más seguro es que hubiera borrado el email sin leerlo. Es tanta la basura que llega con el correo electrónico, la propaganda, la avalancha de promociones engañosas, que el dedo se va automáticamente a la tecla de suprimir.

Hace clic y el mensaje se abre. Se inclina hacia la pantalla, preparado para leerlo, pero…

…tampoco tiene texto.

Solo un archivo adjunto.

Un archivo de audio.

Frunce el entrecejo.

«¿Qué es esto…?»

Entrecierra los ojos, pone la mano en el ratón y hace clic sobre el archivo adjunto. Rápidamente, comienza a descargarse.

—Andrés.

Pero su boca se niega a hablar.

—¿Andrés?

—Un minuto, Mercedes. —Ni siquiera la mira. Podría haber tenido la decencia de llamar a la puerta. ¿Lo ha hecho? Podría ser, aunque él no se ha dado cuenta.

Mercedes vacila con las manos en el pomo. Después de unos segundos eternos, ella se retira y cierra la puerta.

Andrés sigue con la mirada fija en la pantalla. El archivo se descarga con una lentitud exasperante. Cada segundo que pasa es un martillazo en sus sienes.

Cuando la barra de descarga se llena finalmente, Andrés se queda inmóvil frente a la pantalla. Ya tiene el archivo de audio en la carpeta. Dura veintidós minutos y ocho segundos.

«¿Qué coño puede durar veintidós minutos?»

Su mano derecha descansa sobre el ratón como si fuera una pistola cargada. Vacila un segundo. Finalmente lo hace. Clic.

Las voces que surgen de los altavoces le roban el aire de los pulmones.

Cuando el audio termina, Andrés deja escapar el aire y se recuesta en la silla. Se lleva el puño a la boca y reprime un improperio. Sus ojos se llenan de lágrimas que no se molesta en enjugar.

No sabe si son de alivio, de júbilo o de una rabia tan profunda que le quema las entrañas.

# 86

Mónica aferra el reposabrazos mientras Rayco pisa el acelerador en dirección al Instituto San Vicente de Paúl. No han activado sirenas ni balizas, ni han solicitado refuerzos. Quieren sorprender a Manuel Requena con la guardia baja y, de ser posible, sin montar un espectáculo innecesario en un instituto lleno de adolescentes.

Observa las manos de Rayco aferradas al volante. El blanco de sus nudillos delata la tensión que su compañero intenta ocultar tras una máscara de profesionalidad. La ciudad pasa ante ellos como un borrón: semáforos, bocinas, edificios de ladrillo oscurecidos por la lluvia de los últimos días.

—Así que ese cabrón tenía un lío con Alicia, su propia alumna, a espaldas de su mujer —masculla Rayco entre dientes—. Qué hijo de la gran puta.

Mónica le lanza una mirada de soslayo. La vena le palpita en la sien. Rayco siempre se lo toma personal cuando hay menores involucrados; es una herida que nunca ha cicatrizado del todo.

—Cálmate, ¿vale? Lo detenemos con discreción, lo llevamos a Jefatura y lo interrogamos. Punto. —Sus manos se retuercen sobre las rodillas, traicionando su impaciencia—. Después, pasará a disposición judicial.

—¿Que me calme? —Rayco cambia de carril con un volantazo—. Ese tipo se acostaba con una menor, Mónica. La mató. Y luego a la jefa de estudios para que no hablara. ¿Y me pides calma?

—Tú deberías saberlo, Rayco: no es autor del delito hasta que no se lo haya juzgado y condenado. Hasta ese momento, es tan inocente como todos nosotros.

—Y una mierda. Puedo apostarme el salario de todo un año a que es culpable.

Mónica arquea una ceja.

—¿También de lo de Alicia?

—Sin lugar a dudas. ¿Por qué mataría a la jefa de estudios, si no? Ella sabía lo que él había hecho e iba a contárnoslo. Tenía que silenciarla.

La lógica es aplastante; tiene que reconocerlo. Pero el picor sigue ahí, arrastrándose por la parte trasera del cerebro de Mónica como una garrapata insistente, alimentándose de sus dudas.

—Solo lo siento por Pablo y Darío —continúa Rayco, ajeno a las reservas de su compañera—. Los dos han sido víctimas de un tremendo malentendido. Te lo juro: me juego el sueldo de un año a que tengo razón.

—Otra vez con el sueldo. —Mónica pone los ojos en blanco—. Si estás tan seguro, bien podrías apostar algo más en lugar de esa miseria.

Rayco deja escapar una carcajada.

—Muy graciosa. Una poli no debería bromear sobre su sueldo con otro poli. Es macabro.

Mónica no puede menos que asentir. El humor negro es lo único que les queda después de tantos años viendo lo peor de la humanidad a cambio de limosna.

—Dejemos el tema de cómo nos exprimen desde arriba y pongámonos con asuntos más interesantes.

El Instituto San Vicente de Paúl se materializa al otro lado de la curva. Rayco frena frente a la puerta principal.

—¿Subimos? —pregunta, ya abriendo la puerta.

Salen del coche y entran al centro, que los recibe con esa calma en los pasillos que indica que las clases de la mañana ya han comenzado. Mónica respira profundamente. Odia hacer esto aquí. Los críos no deberían ver ciertas cosas.

Van directos a la sala de profesores. Allí solo hay un hombre mayor, barrigón y con barba gris, enfrascado en la lectura del *Marca*. Viste como si se hubiera quedado anclado en la década de los ochenta: camisa a cuadros de manga corta y camiseta blanca de cuello cerrado por debajo. Levanta la vista con la expresión de quien ha sido interrumpido en algo muy importante.

Antes de que puedan hablar, una voz joven se oye a sus espaldas.

—¿Buscan a alguien?

Se vuelven. Es Paula, la joven profesora. Su rostro refleja una mezcla de curiosidad y aprehensión, como si intuyera que su presencia no augura nada bueno.

—A Manuel —dice Mónica, sin preámbulos.

Los ojos de Paula se ensanchan ligeramente.

—Está dando clase.

—Llévanos con él ahora mismo.

No es una petición.

Paula los conduce por los pasillos del instituto. Sus pasos resuenan en el linóleo con un eco que parece amplificarse a cada metro entre los carteles de actividades escolares. Un bedel los mira de reojo al cruzarse con ellos. A su alrededor, el murmullo constante de las clases se filtra por las puertas cerradas. Adolescentes aprendiendo sobre historia, matemáticas y literatura, ajenos al drama que está a punto de desarrollarse a pocos metros de distancia.

Se detienen frente a una puerta. En una placa metálica se lee: «1º Bachillerato B». Paula se vuelve hacia ellos con una expresión indescifrable.

—Aquí —susurra.

Mónica asiente y mira a Rayco, que también asiente. Sin ceremonia ni avisos, gira el pomo y empuja la puerta.

El aula se abre ante ellos como un teatro en plena representación. Treinta pares de ojos adolescentes se vuelven hacia la entrada. En la pizarra, una ecuación química queda a medio resolver. Y frente a ella, con una tiza aún en la mano, Manuel Requena se queda paralizado, con la perplejidad pintada en la cara.

El tiempo se suspende por un instante.

Mónica ha visto esa expresión miles de veces: el momento exacto en que un sospechoso comprende que el juego ha terminado. Algunos, los más inteligentes, se rinden, colaboran, se derrumban. Otros luchan, huyen, se vuelven violentos. Mónica apuesta por lo segundo con Manuel. Tiene ese brillo en su cara, ese aire de depredador que siempre le dio mala espina.

Manuel parece sopesar sus opciones en una fracción de segundo. Su mirada se desliza hacia la ventana, hacia la puerta, hacia sus alumnos. Mónica puede leer sus pensamientos como si fueran titulares de periódico: ¿Correr? ¿Resistirse? ¿O rendirse?

Para su sorpresa, los hombros de Manuel se desploman como si acabaran de cortarle los hilos que lo mantenían erguido. Baja la cabeza, deja caer la tiza al suelo y asiente en silencio.

Está demacrado, más delgado que la última vez, con ojeras que parecen pozos y una fina capa de sudor que le da un brillo enfermizo a la piel.

—Por favor, aquí no —suplica, mirando a sus alumnos con algo que podría ser vergüenza—. No delante de ellos.

Su voz se quiebra en la última palabra.

Mónica siente una punzada inesperada de algo parecido a la compasión.

Manuel sale al pasillo sin oponer resistencia y con la cabeza gacha. Detrás de ellos, Mónica escucha el rumor creciente de los estudiantes. A través del pequeño ojo de buey de la puerta, ve cómo más de uno ha sacado su móvil. Las redes sociales se harán eco de esto en cuestión de minutos.

En el pasillo, Manuel extiende las muñecas sin que se lo pidan. Un gesto de rendición que habla de una batalla librada y perdida en su interior mucho antes de que ellos llegaran.

Lo guían hacia la salida en una procesión extraña, con los murmullos creciendo a su paso. Paula los acompaña, sus ojos lanzando dagas a Manuel, pero sin hablar. Un par de profesores se unen al grupo, susurrando entre ellos. Otros se han asomado a las puertas de sus aulas, atraídos por el acontecimiento.

En la puerta principal, un pequeño revuelo los espera. Los más jóvenes observan con la mezcla de fascinación y horror que despiertan las tragedias ajenas. Los adultos, con expresiones de incredulidad. Un veterano de pelo cano grita con voz rota:

—¡Sinvergüenza! ¡Hijo de puta!

Mónica aprieta el brazo de Manuel, acelerando el paso. Rayco abre la puerta trasera del coche patrulla y meten al detenido en el asiento trasero. Sus manos esposadas descansan sobre su regazo. Rayco se sienta al volante. Pero antes de que Mónica suba al asiento del copiloto, algo la detiene.

Una sensación, una intuición. Levanta la vista hacia las ventanas del primer piso.

Una figura solitaria observa la escena. Mónica lo reconoce: es Adrián, el hijo de Manuel. Su mano está apoyada contra el cristal, con los dedos extendidos como si tratara de tocar a su padre a través de la distancia. Las lágrimas resbalan por sus mejillas con una honestidad brutal que encoge el estómago de Mónica.

Por un instante, Mónica considera la posibilidad de bajar del coche y acercarse a él, ofrecerle algunas palabras de consuelo, aunque sean vacías. Pero Rayco le mete prisa para que suba al coche. Cuando ella lo hace, el vehículo se pone en movimiento.

El instituto desaparece tras una curva, pero la imagen del muchacho llorando se queda grabada en la retina de Mónica como una fotografía sobreexpuesta.

En el asiento trasero, Manuel cierra los ojos y apoya la cabeza contra la ventana. Su respiración empaña el cristal con cada exhalación, creando pequeñas nubes de condensación que aparecen y desaparecen como fantasmas.

Mientras se adentran en el tráfico de la ciudad, Mónica no puede evitar preguntarse si realmente esto ha terminado.

# 87

Cuando Mónica y Rayco se encierran con Manuel Requena en la sala de interrogatorios, ella ya ha repasado la historia varias veces en su cabeza. Ahora le ve la lógica a todo, incluidas las amenazas.

Hace un minuto, la voz de Rayco ha roto el silencio del ascensor:

—Bueno, pues ya está. Manuel mató a Alicia.

Mónica ha tardado un momento en responder, observando cómo los números cambiaban en el panel digital.

—Las piezas encajan, sí. Era su alumna. Tenía un lío con ella. La dejó embarazada. Tiene sentido.

—¿Y ahora, qué va a pasar?

—Nosotros le diremos que lo hizo y él lo negará. —Tiene algunos buenos motivos para creer que todos los cabos están atados, pero necesita escuchar la versión de Manuel.

La sala es la misma donde interrogaron a Pablo el otro día, pero hoy el aire parece más cargado. Aquel día, Rayco se quedó al margen, apoyado contra la pared con los brazos cruzados. Hoy, al no estar Andrés, se sienta junto a ella y despliega su libreta con la solemnidad de quien comprende que las siguientes horas podrían cambiar el rumbo de todo.

Manuel Requena espera esposado al otro lado de la mesa. Bajo la luz fluorescente que cae del techo, su rostro brilla a causa del sudor. Tiene la mirada fija en la mesa, evitando el contacto visual. Desde el primer momento, Mónica odió a ese hombre. Le repugnaba todo lo que representaba: el profesor que abusa de su posición, el

marido infiel, el cobarde que huye de sus responsabilidades. Pero ahora que lo tiene delante, derrotado y roto, solo puede sentir una lástima que la sorprende y la molesta a partes iguales.

No puede quitarse de la cabeza la imagen del hijo de Manuel en la ventana, llorando mientras se llevaban a su padre. Tal vez odiándolo por lo que ha hecho. Por dejarlo solo.

Estudia un momento al detenido antes de hablar, buscando las fisuras en su compostura. Los mejores mentirosos, según ha aprendido, siempre empiezan contando la verdad.

—Tenemos que hablar, Manuel —dice, entrelazando los dedos frente a él.

Manuel se encoge de hombros, su mirada sigue fija en la mesa. Mónica espera. Siempre hay una pausa al principio. Los culpables a veces sienten la necesidad de confesar antes de que les hagan la primera pregunta. Pero Manuel permanece en silencio.

—Hagámoslo cronológicamente y partamos del momento en que dejasteis a Noelia Ballesteros en coma.

Manuel parpadea, evidentemente sorprendido de que ellos conozcan lo de Noelia. Levanta la vista, apenas un segundo, antes de bajarla de nuevo.

—Está claro que habéis hecho los deberes —murmura con voz ronca—. ¿Quién os lo ha contado? ¿Rafa? Ese traidor de mierda.

—Eso no importa. Queremos escuchar tu versión.

Manuel suspira.

—Yo no quería que pasara nada de eso —se justifica, jugando nerviosamente con las cutículas de sus dedos sobre el metal frío—. Éramos unos críos, unos auténticos gilipollas. Dieciocho años y el mundo a nuestros pies. Nos creíamos los dueños de todo. —Hace una pausa, como si le costara continuar—. Pablo siempre nos había tocado las narices. Era el gordo de la clase, sí, el blanco fácil. Pero sobre todo, era más listo que nosotros y eso nos jodía. Y Noelia… —Se le quiebra la voz—. Joder, Noelia era un bombón. Quince años y ya parecía una mujer.

—Intentasteis violarla, Manuel —escupe Mónica, y la palabra queda flotando en el aire.

Manuel se remueve incómodo en su silla.

—No íbamos a… No era eso. Esa noche había terminado la Selectividad y estábamos eufóricos. Bebimos muchísimo. —Se frota la cara con las manos—. Mira, no te voy a engañar. Queríamos asustarlos, humillarlos un poco. Pero ir hasta el final… no. Eso no. Rafa siempre fue el más bruto de todos nosotros, se calentaba enseguida cuando bebía, pero ni siquiera él… —Niega con la cabeza —. Nadie esperaba que ella tropezara y perdiera el equilibrio. Cayó de bruces y… —Traga saliva con dificultad—. El ruido que hizo su cabeza contra el hierro del columpio… Ese ruido no se me va a olvidar en la vida.

—Y la dejasteis allí —interviene Rayco.

Manuel asiente con los ojos vidriosos, perdidos en algún lugar de esa noche.

—Sí, llamamos a emergencias. Y después nos largamos. —Su voz va perdiendo fuerza con cada palabra—. ¿Qué querías que hiciéramos? No podíamos hacer nada para ayudar. Si la policía nos encontraba allí… —No termina la frase—. Éramos críos, joder. Críos borrachos que acababan de cagarse del susto.

—Qué pena me dais —sisea Mónica, sarcástica—. ¿Buscas un abrazo? Pues vete al infierno y que te lo dé tu padre.

Manuel niega con la cabeza, molesto.

—Evidentemente, no éramos conscientes de la gravedad. Pensábamos que se despertaría en unas horas y ya está. No teníamos ni idea de que estaría tanto tiempo en coma, ni de que cuando despertara… —No puede terminar la frase.

—Os vino de perlas, ¿verdad? Nadie sospechó de vosotros y Noelia no podía señalaros. Así que seguisteis con vuestras vidas. Os graduasteis y os labrasteis un futuro. Tú te casaste y te hiciste profesor. Tuviste dos hijos preciosos… —Nota que se le endurece la voz—. Pero claro, la vida de padre de familia ejemplar no te bastaba. Tenías que irte con otras y engañar a tu mujer. Una y otra vez.

Una sonrisa amarga cruza el rostro de Manuel. Es más una mueca que una sonrisa.

—No conocéis a Blanca. No sabéis el infierno que ha sido vivir con esa mujer durante veinte años. —Se pasa la mano por el pelo—. Mira, nadie se levanta por la mañana pensando «hoy voy a ser

infiel». Intentas que funcione, de verdad que lo intentas. Pero Blanca y yo… Empezamos mal y nunca supimos arreglarlo. De novios era diferente, más fácil. Una bronca, unas flores, al cine y a follar, y todo arreglado. —Su voz se vuelve más amarga—. Pero la vida real no es así. Caes en la tentación. Solo por un día, te dices. Puede que dos. Cuando llega el siguiente desliz, igual te descuidas un poco y ella te pilla. ¿Qué vas a hacer? Admites lo que has hecho, lloras, suplicas, prometes que vas a cambiar… Y cuando te casas, cuando llegan los niños, las facturas… entonces descubres que no soportas a la persona que tienes al lado. Y ella tampoco te soporta a ti. Llevamos años durmiendo en habitaciones separadas.

—Ahórrate el drama. Llevas toda la vida engañando a tu mujer.

—¿Y qué? Que yo sepa, ser infiel no es delito.

—No, pero sí es ser un hijo de puta. —Mónica se inclina hacia adelante—. Y encima, ella no puede largarse porque depende de ti económicamente, ¿verdad? La tienes atrapada.

—Es un matrimonio de conveniencia, como cualquier otro.

Mónica suspira y cuenta hasta diez. Es hora de ir al grano.

—Perfecto. —Cambia de tercio sin avisar—. Paula Rivera. Te la follabas, ¿verdad?

—Sí.

—Y antes que Paula, Alicia Toscano.

Manuel murmura algo con la cabeza gacha. Mónica se inclina más cerca.

—Habla más alto. No te oigo.

—Que nos queríamos —repite, alzando apenas la voz.

Mónica tiene que esforzarse para no emitir un bufido. Desea abofetear su cara sudorosa, borrar esa palabra de su boca. A su lado, la pierna de Rayco se mueve como un pistón bajo la mesa. Conoce esa señal: es su termómetro de paciencia. Y se está agotando.

—De acuerdo. Os amabais. El profesor maduro y la alumna inocente. Qué romántico. Los Romeo y Julieta del San Vicente de Paúl. Aunque el amor eterno te duró poco, ¿no? Porque enseguida te olvidaste y encontraste calor en las bragas de Paula.

Manuel no dice nada.

—Vale, volvamos a Alicia. ¿Durante cuánto tiempo os «amasteis»?

Manuel vuelve a murmurar una frase inaudible y Rayco tiene que pedirle que la repita.

—Más alto.

—Desde mitad de curso, más o menos. Después de las vacaciones de Navidad.

—¿Y qué pasó la noche que murió? ¿Discutisteis?

—No lo sé. —Levanta la cabeza—. No llegué a verla esa noche.

Mónica arquea una ceja.

—¿Cómo que no llegaste a verla?

—Exactamente eso.

—¿Me estás diciendo que te declaras inocente?

—Sí, lo soy. —Se cruza de brazos.

Mónica apoya los codos en la mesa.

—Mira, te voy a contar lo que pasó esa noche: la cría te llamó porque tenía algo importante que decirte. Se había hecho la prueba: estaba embarazada. Y cuando te dijo que pensaba tenerlo… —Su voz se endurece—. Ahí se te jodió el plan, ¿verdad? Tu carrera, tu matrimonio, tu reputación… todo por la borda. Así que decidiste quitarla de en medio.

Manuel alza la cabeza de golpe. Sus ojos se abren como platos y toda la sangre abandona su rostro en cuestión de segundos. Las manos esposadas le tiemblan contra el metal de la mesa.

—¿Embarazada? —La palabra sale de su garganta como un graznido—. No puede ser. Siempre usábamos…

Se queda con la frase a medias, mirándolos a ambos. Hay algo en su expresión, una sorpresa tan genuina que Mónica siente que se le eriza el vello de la nuca. Rayco deja de escribir en su cuaderno y la mira con el bolígrafo en el aire. Ninguno de los dos esperaba esa reacción.

—¿No lo sabías? —pregunta Rayco, dubitativo.

—¡Que no, coño! —Manuel se pasa las manos por la cara. Las esposas tintinean en sus muñecas—. Escuchad, esa noche no tenía que verla. Era un fin de semana de fiestas y habíamos acordado que cada uno haría su vida. Ella saldría con las amigas por San Sebastián

y yo me quedaría en casa con Blanca… —Empieza a respirar de manera algo extraña, como si intentara mantener el autocontrol—. Pero sobre las seis de la tarde me llegó un mensaje de ella: «Tengo que verte. Es urgente.» Yo le dije que era imposible, que Blanca estaba en casa y que no tenía excusa para salir. Pero Alicia insistió e insistió. Al final, cedí. —Se detiene, como si le costara continuar—. Quedamos cerca de la feria, en un lugar apartado, después de las doce. Yo esperaría a que Blanca se durmiera y entonces me escaparía. Pero cuando llegué allí… nada. La estuve esperando como un gilipollas media hora. Pensé que se había arrepentido. —Levanta la vista—. Ahora ya sé por qué tenía tanta prisa por verme. Supongo que quería darme la noticia del embarazo. Me parte el corazón que acabara así.

Mónica se recuesta con los ojos entrecerrados y estudia su rostro. Cada músculo facial, cada tic, cada parpadeo. «Mentira. Tiene que ser mentira.»

—¿Sabes qué creo? Que nunca la quisiste. Todo ese rollo del amor verdadero es una patraña. Para ti, Alicia era como las demás: un polvo fácil para amenizar tu matrimonio de mierda. Solo que esta vez se torció. La cría se queda preñada, te dice que va a tenerlo, y ahí se te acaba la fiesta. Así que decides arreglar el problema de raíz.

Hace una pausa, observando su reacción.

—Después, cuando aparece el cuerpo, Encarnación empieza a atar cabos. Seguramente sabía lo vuestro desde hacía tiempo. Y cuando me llama ese día para contarme lo que sabe, tú estás ahí. Tal vez pasabas por delante de su despacho. El caso es que la oyes hablando conmigo por teléfono y te das cuenta de que estás jodido. Si habla, te convertirás automáticamente en el primer sospechoso. Así que entras y la callas para siempre.

—¿De qué estás hablando? —bufa él, meneando la cabeza—. No son más que patrañas inventadas.

—Ostras, Manuel, ¿es que no ves la tele?

—¿Qué? —Manuel parece confuso.

—Todas esas series de polis… —prosigue Mónica—. Siempre llegan a ese punto en que un imbécil dice: «Yo no estaba allí, es

todo mentira», ya sabes, como acabas de hacer tú. Entonces el poli va y le dice que hicieron un análisis de los restos bajo las uñas. ¿Te suena? Y encuentran restos, normalmente en forma de partículas de piel del imbécil.

Manuel se queda pálido.

—Y mira, una vez que han resuelto todo eso, los polis (que, en este caso, seríamos nosotros) tienen pillado al tipo. Contamos con testigos, restos de ADN y pruebas científicas de que nuestro imbécil es un mentiroso. Se acabó para él. —Termina la frase con una sonora palmada en la mesa. Hace una pausa para evaluar la reacción de Manuel, pero este solo se limita a negar con la cabeza y seguir sudando—. Te descuidaste, Manuel. Siempre hay algo. Ella se defendió. Te arañó. Y ahí está tu ADN, bajo sus uñas.

—Está bien, lo admito. Yo maté a Encarnación. Ya tenéis la puta confesión. ¿Es eso lo que queríais oír?

Esa respuesta deja a Mónica atónita. Lleva casi veinte años en esto y nunca había visto a nadie admitir un asesinato con tal frialdad, como quien reconoce que se ha saltado un semáforo.

—¿Por qué, Manuel?

—Tú lo acabas de decir, inspectora. Alicia había muerto. Yo estaba teniendo una relación secreta con ella. —Se frota las sienes —. Encarnación ya lo sabía. No sé cómo coño se había enterado, pero lo sabía. Así que fui a su despacho. Yo solo iba a… Pensé que podía… no sé, explicárselo, convencerla de que no dijera nada. Solo quería que me escuchara, decirle que yo no había tenido nada que ver. Pero en cuanto entré, vi que tenía miedo. No me miraba a los ojos, se apartaba cuando me acercaba. Eso me mosqueó… —Hace una pausa—. Me miró como si fuera un monstruo. Vi en sus ojos que sabía que iba a matarla.

Mónica imagina el momento. Ve a Manuel abalanzándose contra Encarnación y a ella horrorizada.

—Y entonces la estrangulaste.

—No fue… —Se pasa las manos por la cara—. Se puso como loca. Empezó a gritar que era un asesino, que iba a llamar a la policía. Yo solo quería que se callara. Le tapé la boca, pero ella

siguió forcejeando, y yo… se me fue la olla. Nunca debí haber abierto esa puerta…

Mónica no está segura de a qué puerta se refiere, si a la del despacho de doña Encarnación o a la del instinto sexual que lo llevó a iniciar contactos íntimos con una alumna menor de edad.

—Ya. Como con Noelia —dice—. Siempre se te va la olla en el momento justo.

Manuel no responde y se limita a apretar los dientes. Sus músculos maxilares se tensan.

Se están acercando al meollo de la cuestión. Mónica ya tiene la confesión sobre doña Encarnación, pero aún no ha terminado. Le falta el tema de Alicia. Necesita esa confesión.

—Pero hay algo que no me cuadra —dice—. Las amenazas.

Manuel levanta la cabeza de golpe, con el ceño fruncido.

—Tengo que reconocerte que fue una jugada inteligente. Sucia, pero inteligente. Te acordaste de aquella noche con Noelia, ¿verdad? Todos erais cómplices.

—No sé de qué me hablas.

—Rafael, Pablo, Luisa, tu mujer, tú… Todos habíais participado en lo que casi mató a esa cría. Cometisteis una atrocidad y nadie pagó por ello. Y se te ocurrió una idea brillante: ¿y si alguien os estuviera amenazando a todos por venganza? —Mónica se inclina hacia adelante—. Así que empezaste a mandar cartas anónimas. A todos vosotros. Incluso a ti mismo. Con el fin de desviar nuestra atención.

—¿Y por qué iba a enviarme amenazas a mí mismo?

—No lo sé. Dímelo tú.

La sonrisa que se dibuja en los labios de Manuel es extraña.

—Es simple: no lo hice.

Algo helado le trepa por la columna a Mónica. Esa sonrisa, ese tono… De repente, nada tiene el menor sentido.

—Las amenazas te daban cobertura —insiste, aunque ya no suena tan convencida—. Te convertían en víctima. Y mientras Pablo y Rafael se cagaban de miedo pensando que alguien quería vengarse, nosotros perdíamos el tiempo buscando fantasmas. Era la cortina de humo perfecta para que el verdadero asesino siguiera libre.

—Eso es absurdo.

El aire de la sala se vuelve denso. Mónica intenta pensar con lógica, despacio, reflexionando a fondo. ¿Cuál es su teoría? ¿Que Manuel se ha estado enviando las amenazas a sí mismo? ¿Y eso qué sentido tiene? La verdad comienza a imponerse, paralizándola. Si Manuel no envió las amenazas… si realmente no sabía lo del embarazo…

—Te lo pregunto por última vez: ¿mataste a Alicia Toscano?

—¿Quieres la verdad?

—Joder, Manuel —sisea Mónica, con los puños apretados bajo la mesa—. ¿La mataste o no?

En este punto del interrogatorio, Mónica espera el derrumbe. La confesión entre lágrimas. El «fue un accidente, solo discutíamos, ella tropezó, yo la empujé sin querer y se golpeó la cabeza». La versión edulcorada que siempre cuentan los culpables.

Pero Manuel la sorprende.

—Sí, maté a Encarnación con estas manos. —Levanta las esposas —. Pero a Alicia no la toqué.

—Olvídate de Encarnación. ¿Mataste a Alicia o no?

—¡Que no, coño! ¿Cuántas veces tengo que decíroslo? Por enésima vez: acudí a su encuentro, pero ella no apareció, así que regresé a casa y no supe nada de ella hasta que saltó la noticia de su desaparición. Podéis comprobar mis movimientos de esa noche y las horas exactas en mi aplicación de Uber. Yo no la maté. Y no tengo ni puta idea de quién está mandando esas amenazas.

No es la respuesta que ella esperaba. Algo se estremece en el subconsciente de Mónica. Hay algo que no encaja, pero ya reflexionará sobre ello más tarde.

—Si no fuiste tú… ¿quién?

Manuel se inclina hacia adelante y los mira a ambos. Por primera vez desde que comenzó el interrogatorio, parece en paz consigo mismo. Como si confesar lo de Encarnación le hubiera quitado un peso de los hombros.

—Mirad. —Su voz se vuelve más firme—. He engañado a Blanca con muchas mujeres. Paula fue la última. Antes estuvo Alicia. ¿Está mal follarse a una alumna? Supongo que sí. ¿Es delito? No tengo ni

idea. —Se encoge de hombros—. Ni siquiera sabía que estaba embarazada hasta hoy, y me da igual que me creáis o no. A Encarnación la maté por equivocación y voy a pagar por ello. No pienso esconderme. Pero las amenazas no tienen nada que ver conmigo. Y a Alicia no la toqué. La quería. De verdad que la quería… Y daría lo que fuera, incluido mi trabajo y mi familia, con tal de que ella estuviera viva.

Se queda callado, esperando. Mónica solo puede asentir. A su lado, Rayco se recuesta en la silla. Su pierna ha dejado de bailar.

A la salida de la sala de interrogatorios, la cabeza de Mónica no para de dar vueltas. Intenta centrarse, entender lo ocurrido en los últimos meses:

Manuel dejó embarazada a Alicia, una alumna suya y menor de edad, y cuando la situación amenazó con salir a la luz, optó por la solución más definitiva: un asesinato disfrazado de accidente.

Pero el profesor había subestimado el peso de los secretos. Encarnación Cortés sabía demasiado y estaba dispuesta a hablar. Así que Manuel tuvo que silenciarla también, convirtiendo lo que debería haber sido un crimen aislado en una serie que amenazaba con devorarlo.

Mónica se detiene junto a una ventana que da al patio interior de la Jefatura. Sus dedos acarician el cristal mientras repasa mentalmente los cabos sueltos. Las fotografías anónimas —supuestamente de un chantajista fantasma— siguen siendo un enigma. ¿Por qué un hombre se enviaría amenazas a sí mismo? La lógica le dice que algo no cuadra, pero la experiencia le susurra que no todos los crímenes siguen un patrón perfecto.

El problema real es más prosaico y devastador: sin pruebas físicas que conecten a Manuel con la muerte de Alicia, y sin una confesión que ponga fin a la incertidumbre, el fiscal se enfrentará a una batalla cuesta arriba. El asesinato de Encarnación puede demostrarse, pero el de la chica seguirá bañado en hipótesis y suposiciones que no se traducen en condena.

Y de pronto, la respuesta se le antoja de lo más evidente.

Su mano tiembla ligeramente al marcar un número en el móvil.

—¿Diga?

—Hola, Bruno. ¿Está tu madre? —Aguarda mientras escucha los pasos de Bruno y un leve murmullo de fondo, hasta que el auricular devuelve la voz de Teresa.

—Hola, soy la inspectora de policía Mónica Lago, compañera de Rayco Medina. Coincidimos el otro día en la Jefatura de Policía.

—Sí.

—Solo necesito confirmar algo, Teresa. Una pregunta muy sencilla.

—Adelante.

La conversación no se alarga más de un minuto. Al colgar, Mónica cree haber encontrado la última pieza del puzle. Y es una pieza que no está segura de querer poner en su lugar.

El móvil vibra contra su palma sudorosa. Un mensaje de Andrés.

> Ven a mi despacho. Hay algo importante que quiero enseñarte.

Mónica cierra los ojos un instante. Cuando los abre, la decisión ya está tomada.

# 88

La segunda planta de Jefatura respira un silencio extraño, a pesar de la actividad. Los ventanales vibran con el viento, un susurro helado que se cuela entre el murmullo de los agentes en sus cubículos. Esther camina por el pasillo central como si desfilara por una alfombra roja.

Cada sombra parece un enemigo potencial: el policía que levanta la vista del expediente y la sigue con la mirada, el repartidor que arrastra un carrito con documentos y la observa de reojo. Incluso la secretaria que teclea sin parar en su ordenador hace una pausa para mirarla.

Perfecto.

Que la miren. Que especulen. Dentro de una hora, cuando salga de este edificio, será la mujer que puso de rodillas al todopoderoso inspector jefe Andrés Gordillo.

Mientras atraviesa la planta hacia el despacho, su barbilla se alza un milímetro más. Los labios se curvan en una sonrisa que no alcanza sus ojos, pero que su corazón siente como un grito de victoria. «Él ha entrado en razón. Por fin.» Se repite esa verdad como un mantra que la ha acompañado desde que despertó esta mañana. Su móvil había vibrado a las diez y cuarto, un mensaje que llegó como una bandera blanca después de la batalla. Lo leyó en la penumbra de su habitación de hotel, aún entre las sábanas:

Esther, lo de ayer fue un malentendido. Eres importante para mí. Necesitamos hablar en privado para solucionar esto. Por favor, ven a mi despacho en Jefatura. Hoy a las 12. Andrés.

Escueto. Formal.

Perfecto.

Cada palabra era una rendición. Una grieta en esa armadura de orgullo masculino que Andrés había construido durante todos estos años. Esther leyó el mensaje tres veces, saboreando cada letra como si fuera miel en su lengua. Luego se quedó inmóvil entre las sábanas, permitiendo que la euforia la recorriera desde la punta de los dedos hasta la última célula de su cuerpo.

¿Lo había conseguido, por fin?

Se arregló con mimo: el vestido azul marino que abraza sus curvas sin ser vulgar, un toque de polvos en la nariz para ocultar las ojeras de la noche en vela y el pelo suelto cayendo en ondas suaves sobre los hombros. Nada exagerado. Se supone que está herida, después de todo. Dolida pero dispuesta a perdonar.

En la garita de seguridad, los guardias han intercambiado una mirada cuando ha mencionado su cita con el inspector jefe Gordillo. Una sonrisa cómplice. La han dejado pasar con un gesto que parecía decir: «Ya sabemos por qué está aquí.»

Mejor. Que Andrés crea que controla la situación.

La voz de Andrés se oye fuerte desde dentro del despacho cuando ella llama con los nudillos. Tres golpes secos.

—¡Pasa, Esther!

Su nombre en los labios de Andrés suena diferente hoy. ¿Más suave? ¿Arrepentido? Esther reprime una sonrisa y aprieta los dedos contra el bolso de piel, sintiendo cómo sus uñas se clavan en la superficie. «Está roto. Vendrá a mí.»

Gira el pomo y entra.

Lo que ve la golpea como una bofetada, y esta vez es un gemido de sorpresa lo que tiene que reprimir.

Andrés está sentado tras su escritorio, exactamente donde lo esperaba. La luz artificial proyecta sombras angulosas en su rostro

imperturbable.

Pero no está solo.

Tras él, también sentados, como una galería de retratos severos, se alinean varios hombres. Trajes oscuros, uniformes impecables, rostros de granito que la estudian como si fuera un espécimen bajo un microscopio. El mayor de todos, un hombre alto y delgado con bigote ceniciento y una constelación de medallas en el pecho, la observa con un interés particular que le eriza la piel.

Y a un lado, de pie como una centinela, está Mónica. Siempre Mónica, con esa mirada insolente que parece decir: «Te tengo calada, guapa.»

El estómago de Esther se contrae. Esto no es lo que esperaba.

—No sabía que estabas reunido —dice, modulando la voz para que suene herida pero comprensiva. Es consciente de que cada uno de sus gestos y movimientos está siendo examinado con lupa por varios pares de ojos—. ¿Quieres que vuelva luego?

—No, quédate —responde Andrés—. Y cierra la puerta, por favor.

Su voz es tan serena que cualquiera diría que se trata de un trámite.

Ella asiente y obedece.

—Señorita Esther Garrido. —Ahora es el condecorado hombre mayor quien se dirige a ella. Su voz es solemne, como la de un juez en un tribunal. Esther mantiene la barbilla alta, los hombros rectos. Es una reina entrando en su corte, no una acusada—. Soy el comisario principal Juan Carlos Serrano. Asuntos Internos ha convocado esta reunión de urgencia en este despacho para resolver el incidente de ayer entre usted y el inspector jefe Andrés Gordillo.

*Asuntos Internos.*

Las palabras resuenan en su cabeza como campanas de catedral. Esto no es la disculpa íntima que había imaginado, pero el plan sigue en pie. Mejor aún, que sea delante de todos. Un empujón más, unas lágrimas bien colocadas en el momento justo, y caerá. Lo ve en sus ojos, en la forma en que evita mirarla directamente. Está a punto de quebrarse. Ella asentirá, fingirá dolor, y luego, en privado, él le suplicará.

Siempre lo hacen.

Asiente, sonriendo más por dentro.

—Por supuesto —responde, con gravedad estudiada—. Colaboraré en lo que sea necesario. Debemos… hacer lo correcto.

Sus ojos se deslizan un instante hacia Mónica, que le aguanta la mirada sin pestañear.

El comisario principal baja la vista, como si meditara una sentencia. Sus dedos se entrelazan sobre la mesa.

—No hará falta —dice, casi susurrando las palabras al aire enrarecido del despacho—. Tras realizar los interrogatorios oportunos y después de recopilar algunas evidencias de relevancia, hemos llegado a una conclusión definitiva.

Esther se tensa y alza la barbilla, su corazón acelerándose. «Llegó el momento.»

—El espectáculo de ayer resulta completamente inaceptable para una institución como el Cuerpo Nacional de Policía. No puede, bajo ninguna circunstancia, volver a repetirse. Por ello, tomaremos medidas ejemplares.

Hace una pausa que se extiende como una eternidad. El comisario alza la mirada despacio, muy despacio, y Esther siente cómo algo en sus ojos la hiela por dentro.

—A partir de este momento, queda a disposición de la autoridad judicial. ¿Tiene algo que objetar…?

El mundo se detiene. Entonces lo escucha.

—¿…señorita Esther Garrido?

Su nombre cae en el silencio como una piedra en un estanque. Desnudo. Frío. Despojado de cualquier cortesía.

Esther parpadea. Una vez. Dos. El aire se atasca en su garganta.

—¿Perdón? —Su voz emerge demasiado alta y aguda. Un error de principiante que la enfurece consigo misma.

—Se la acusa formalmente de falsa denuncia de agresión sexual contra el inspector jefe Andrés Gordillo —continúa el comisario, implacable—. También de falso testimonio, coacción y obstrucción a la justicia.

«No.»

«No, no, no.»

«Eso no es posible.»

Los ojos de Esther se abren hasta que duelen. Sus pies retroceden sin permiso hasta que su espalda choca contra la puerta. El bolso se desliza de sus dedos y cae al suelo.

«Yo tejo los hilos, escribo las reglas del juego. Nadie me pone en duda. Nunca. Es Andrés quien debería ser juzgado, no yo.»

—Andrés… —Su voz suena pequeña, perdida—. Tú sabes perfectamente que eso no es lo que ocurrió. Intentaste forzarme, besarme contra mi voluntad. Yo me defendí. Y tú me empujaste contra esa mesa como un animal.

Sus ojos barren desesperadamente los rostros que la rodean. Busca una grieta en ellos. Una vacilación, una sombra de duda. Algo. Cualquier cosa.

Pero solo encuentra miradas morbosas, como si se regodearan.

Y entonces, ella habla. La Mónica de los cojones. Su voz es un latigazo que llega desde el rincón.

—Mentiste —dice, y en esas tres sílabas hay toneladas de desprecio acumulado—. Desde la primera palabra que salió de tu boca. Una actuación digna de un Oscar.

El mundo se desploma bajo los pies de Esther. No es una metáfora: siente literalmente cómo el suelo se abre en un abismo infinito que devora todo lo que creía conocer, todo lo que había planeado con precisión milimétrica. «¿Cómo coño lo saben? ¿Cómo…?»

Todos la observan en silencio, esperando una reacción. O una confesión. Esther busca una salida desesperadamente, un rostro amigo. «¡Laura! ¡Ella me apoyará! ¡Ojalá estuviera ella aquí!» Pero Laura no está. Solo uniformes almidonados, ojos que la desnudan y que ven a través de su máscara.

Sus piernas flaquean.

—¡Di la verdad! —grita, inclinándose hacia Andrés. La voz le tiembla en una mezcla de odio y terror—. ¡No me hagas esto! ¡La verdad saldrá a la luz y será peor para ti!

Pero él apenas inclina la cabeza, con la curiosidad distante de un científico observando las convulsiones de un insecto bajo el microscopio. Sus dedos se deslizan sobre el teclado del ordenador con una lentitud deliberada, obscena, que la pone enferma.

—La verdad… es exactamente lo que quiero mostrarte —dice, pulsando una tecla.

Esther se gira hacia la puerta, pero Mónica está allí, bloqueando la salida. Sus ojos brillan con algo parecido a la satisfacción.

Los altavoces del despacho cobran vida con un chasquido electrónico.

Y entonces lo escucha, claro como el cristal.

Andrés casi no parpadea durante los veintidós minutos que dura el audio. Se dedica a observar su reacción, a diseccionarla. Nadie dice nada.

Solo el sonido de su propia voz llenando el despacho, contando secretos que nadie debería saber.

Eso, y el aliento de Mónica, tras ella, burlón.

# 89

*La noche anterior*

Laura y Esther compartían una coqueta mesa para dos en el restaurante Pai Pai de la Plaza del Perú, en el corazón de Madrid. Laura había elegido ese lugar por una razón: era el sitio perfecto para una conversación íntima. Las luces tenues, las velas parpadeando en cada mesa, el bambú decorando las paredes y los aromas cítricos y agridulces que flotaban desde la cocina creaban una atmósfera que invitaba a los secretos.

Pero no esperaba que los secretos fueran tan devastadores.

Se había sentado frente a Esther en una mesa junto a la ventana, observando cómo su amiga intentaba manejar los palillos chinos con torpeza. El maki de pollo teriyaki con salsa pesto se desmoronaba entre los dedos de Esther, que finalmente se rindió y pidió un tenedor. Laura, en cambio, usaba los palillos con destreza; atacó un falso nigiri de foie sobre pan brioche que se derritió en su boca e hizo que sus ojos rodaran de placer. Una botella de albariño, ya por la mitad, brillaba entre ellas bajo la luz tenue.

—No todas podemos ser tan sofisticadas —dijo Esther con una sonrisa forzada.

Laura sonrió, pero algo en los ojos de su amiga le indicaba que la sofisticación era lo último en lo que pensaba.

—Cuéntame qué pasó esta mañana —le dijo Laura, pinchando un trozo de ceviche de salmón con salsa ponzu, su favorito de la carta

—. En la Jefatura. Con papá.

Esther dejó el tenedor sobre la mesa y suspiró. Sus dedos temblaron ligeramente al alcanzar la copa de vino blanco.

—Yo solo quería ser amable con él, Laura. Solo eso.

La voz se le quebró en la última palabra. Una lágrima furtiva se escapó por su mejilla, que se secó rápidamente con el dorso de la mano.

—Le llevé un bizcocho. Para darle las gracias por habernos acogido con tan poco tiempo de antelación. —Esther tomó un sorbo largo de vino—. Quería ser amable. Estaba tan contenta de haber recuperado el contacto con tu padre después de tanto tiempo sin veros…

Laura asintió, dejando los palillos sobre el plato. Algo en el tono de Esther le erizaba la piel.

—Solo intentaba reavivar nuestra amistad, Laura. La gran amistad que teníamos antes de que… —Se detuvo con la mirada perdida en los makis.

—¿Antes de que muriera mamá?

Esther asintió y volvió a beber. El vino le estaba soltando la lengua más de la cuenta.

—Tu padre era como un hermano para mí. Éramos inseparables, ¿sabes? —Se inclinó hacia adelante con un brillo genuino en los ojos —. Silvia, Andrés y yo. Siempre juntos. Luego todo cambió. Pero pensé que ahora, después de tanto tiempo, podríamos volver a serlo.

Laura se llevó a la boca otro pedazo de salmón en un gesto automático mientras su mente corría. La mezcla del pescado con el cilantro y el agridulce de la salsa ponzu estimulaba sus papilas gustativas, pero ella tenía el estómago encogido. Había algo en la forma en que Esther pronunciaba el nombre de su padre, como si fuera una oración.

—¿Y qué pasó exactamente en su despacho?

Esther se llevó las manos al rostro. Los sollozos empezaron quedos, casi imperceptibles, pero fueron creciendo hasta convertirse en un llanto desconsolado que hizo que varias mesas se giraran a mirarlas.

—Hablamos, reímos. Todo iba bien. Hasta que él… él se me acercó de repente. Yo pensé que solo quería abrazarme, pero entonces…

Las palabras se perdieron entre lágrimas. Laura le tendió una servilleta.

—¿Entonces qué, Esther?

—Me besó, Laura. Me tocó de una forma que… que no debía. Y cuando le dije que parara, se puso agresivo. Empezó a decirme cosas horribles sobre tu madre, sobre cómo ella ya no estaba y cómo yo podía ocupar su lugar.

Laura sintió que se le helaba la sangre. Su padre, siempre serio, siempre correcto, haciendo algo así… No podía ser cierto. Era como imaginar al Dalai Lama destripando a alguien. Pero los ojos de Esther, rojos y vidriosos, parecían sinceros. ¿O era por el vino?

—¿Estás segura de que…?

—¡Por supuesto que estoy segura! —Esther alzó la voz, atrayendo más miradas—. ¿Crees que me inventaría algo así?

Pidieron postre —una torrija con helado de leche merengada que estallaba en dulzura— y luego una copa. El alcohol seguía haciendo su trabajo en Esther, que no paraba de hablar, de repetir los mismos detalles una y otra vez, como si necesitara convencerse a sí misma de su propia versión.

Laura apenas hablaba, dejando que el alcohol hablara por su amiga. La observaba fijamente, buscando lagunas en su historia. Confiaba en ella, el faro que la había guiado tras la muerte de su madre, pero la acusación contra su padre la partía en dos. ¿A quién creer? Al hombre que la había criado con torpeza pero con amor, o a Esther, aquella que la había acogido como a una hermana. Sus dedos jugueteaban con el tallo de la copa. Los recuerdos de su madre, riendo con Esther a todas horas, chocaban con la imagen de su padre acusado. Laura apretó el cristal.

—Tengo ganas de mear —dijo Esther de pronto, tambaleándose ligeramente al levantarse—. Ve pagando tú, ¿vale? Yo invito. Mi tarjeta está en la cartera, en el bolso.

—Gracias, eres un sol.

Esther le sonrió con las manos en el pecho.

—Gracias a ti por escucharme y ser tan comprensiva, cariño.

Laura le devolvió la sonrisa y esperó a que Esther desapareciera por el pasillo que llevaba a los baños. Entonces abrió el bolso de su amiga y buscó la cartera.

Lo que encontró la dejó sin respiración.

Entre las tarjetas de crédito y los billetes había una fotografía antigua. Laura la conocía bien. Era una copia de la foto de la boda de sus padres, la misma que habían visto enmarcada en casa del abuelo hacía unos días.

Pero esta versión estaba cortada por la mitad. Un corte sucio, rabioso.

Silvia, su madre, había desaparecido. Solo quedaban Andrés y Esther, cogidos de la mano, riendo, como si fueran una pareja en el día de su boda. Como si ella fuera la novia.

Laura sintió el aire escapar de sus pulmones. La foto tembló en sus manos. Era perturbador. Y enfermizo.

El restaurante seguía su ritmo: risas, el tintineo de copas… Pero para Laura, la noche era otra. Vio su móvil en la mesa, boca arriba. Pensó en llamar a su padre y contárselo todo. Luego se le ocurrió una idea mejor.

—¿Qué haces con eso?

La voz sonó a sus espaldas. Esther había vuelto del baño y se había detenido en seco al ver a Laura con la fotografía en la mano. Se llevó una mano a la boca.

Laura se giró hacia su amiga.

—Siéntate, Esther.

Esther se dejó caer en la silla. Su rostro había palidecido.

—Laura, yo… —balbuceó.

—Explícamelo —dijo Laura con una voz que sonaba más adulta de lo que se sentía—. Explícame qué significa esto.

Esther se derrumbó.

—Lo que pasó en el despacho no fue lo que te conté. —Las palabras salieron entrecortadas, entre sollozos—. Mentí. Yo me lancé a besarlo. Estábamos solos y pensé… pensé que él sentía lo mismo. Pero me apartó, Laura.

Laura sintió un alivio extraño mezclado con náuseas.

—Me dijo que lo había malinterpretado todo. Que siempre me tendría cariño por ser la mejor amiga de Silvia, pero que él ahora está con Mónica. ¡Cariño, Laura! ¿Alguna vez un hombre te ha dicho que te tiene cariño?

Laura apretó la foto. Los bordes cortados se clavaban en sus dedos.

—¿Y entonces?

—Me lo tomé muy mal. Reaccioné fatal. —Esther se limpió la nariz con una servilleta—. Le grité: «Pues si no estás conmigo, olvídate de estar con nadie», y salí del despacho llorando como una histérica. No sé por qué lo dije, me sentía terriblemente humillada.

Laura apretó los dientes. Su padre. Su pobre padre.

—¿Y luego te inventaste que él había intentado agredirte sexualmente?

Esther asintió, incapaz de mirar a Laura a los ojos.

—Quería hacerle la vida imposible. Quería que pagara por rechazarme otra vez.

—¿Otra vez?

—Siempre he estado enamorada de él, Laura. Desde niños. Cuando se casó con Silvia, con mi mejor amiga, fue devastador. Pero pensé que algún día… cuando ella muriera…

La confesión cayó sobre la mesa como una bomba. Laura sintió que todo encajaba de repente. Los silencios extraños de Esther cuando hablaba de sus padres. La forma en que miraba las fotos familiares. La insistencia en venir a Madrid.

—Cuando tu padre volvió a rechazarme, no pude soportarlo. Hice todo eso por amor. Por un amor que he guardado durante décadas.

Esther se lanzó a abrazarla, empapando su hombro de lágrimas y maquillaje corrido.

—Perdóname, por favor. Te suplico que me perdones. No cuentes nada de esto. Yo se lo voy a contar todo a Andrés. Voy a quitar la denuncia y le diré la verdad a la policía. Te lo prometo.

Laura la abrazó de vuelta, sintiendo el peso de la decisión sobre sus hombros. Podía arruinar la vida de su padre para siempre o podía darle a Esther una segunda oportunidad.

—Está bien —susurró finalmente—. No diré nada.

Esther se separó de ella. Sus ojos brillaban de gratitud.

—Gracias. Gracias, Laura. Eres igual de generosa que tu madre.

Laura asintió, sacó la tarjeta de crédito de la cartera y se dirigió a la barra para pagar. Guardó el móvil en su bolso con cuidado, como si fuera un tesoro.

Salieron del restaurante en silencio. Esther, tambaleándose ligeramente por el alcohol y las emociones. Laura, con la mente funcionando a toda velocidad.

Se despidieron en la puerta. Esther se subió a un taxi. Laura empezó a caminar hacia casa de su padre.

«Te he mentido», pensó Laura, sintiendo el peso del aparato en el interior de su bolso. El móvil guardaba cada palabra. Cada confesión. Cada mentira desenmascarada. «Lo he grabado todo».

La noche madrileña se extendía ante ella como un lienzo en blanco, pero Laura ya sabía qué iba a pintar en él. Esther había jugado sus cartas. Ahora le tocaba a ella.

# 90

La oficina recupera la normalidad con una velocidad asombrosa.

La reunión excepcional en el despacho de Andrés ha terminado hace una hora. Los inspectores de Asuntos Internos recogen sus expedientes mientras el secretario judicial levanta acta de la sesión. El audio que Laura envió por correo electrónico a su padre aún resuena en los oídos de todos los presentes. La confesión de Esther, clara y calculadora, admitiendo su mentira con una frialdad que helaba la sangre, dará que hablar durante meses en los vestuarios y cafeterías de Jefatura.

La denuncia de Esther ha sido inmediatamente invalidada y Andrés ha sido exonerado de cualquier acusación de índole sexual. Todos los cargos contra él han sido retirados. Su placa y su arma reglamentaria, incautadas durante la investigación, le son devueltas en una bandeja metálica.

Esther será juzgada por falsa denuncia y probablemente le impongan una multa considerable, pero a Mónica le trae sin cuidado el castigo. Lo que importa es que la verdad ha salido a la luz.

Cuando se cruzan en el pasillo, mientras dos agentes uniformados llevan a Esther esposada a otra planta para un interrogatorio más exhaustivo, la muy fulana mentirosa se detiene. Tiene la cara hecha un asco: lágrimas, mocos y vergüenza. Aun así, sus ojos se atreven a posarse en los de Mónica con una súplica patética.

—Por el bien de Andrés y Laura, te sugiero que te muestres más abierta a partir de ahora —le dice con voz quebrada.

Mónica la mira fijamente. No pestañea.

—Por el bien de Andrés y Laura —repone—, te sugiero que te vayas a la mierda.

Oye aplausos a su espalda. Son Rayco y Mercedes.

Esther baja la cabeza y continúa su camino.

El comisario principal Serrano ha sugerido a Andrés la oportunidad de lanzar un comunicado para condenar públicamente a quienes se apresuraron a juzgarlo sin pruebas. Andrés ha rechazado la propuesta. Solo quiere olvidar, pasar página y recuperar la normalidad.

Mónica se siente incapaz de mirarlo a los ojos. El peso de la culpa le oprime el pecho como una losa. Dudó de él. Dudó de su palabra cuando más la necesitaba, cuando todo el mundo lo señalaba con el dedo. Tarde o temprano tendrá que sentarse frente a él, sostener su mirada y pedirle perdón. Las palabras ya están formándose en su garganta, ásperas y difíciles de tragar…

…pero aún no es el momento.

Todavía tiene que hacer una última visita.

De camino a la salida, pasa por el puesto de Mercedes y le pregunta por un papeleo pendiente: los antecedentes de Manuel. La respuesta le sorprende, pero no le da demasiada importancia por ahora. Luego, sin decir nada a nadie, sale al aparcamiento y se sube al Mini. El motor cobra vida con un rugido familiar. Conduce en piloto automático hasta la casa de los Requena mientras la tarde se desdibuja en tonos grises.

Cuando llega y aparca frente a la vivienda, permanece unos segundos inmóvil en el asiento del conductor. La calle está quieta, con el sol de la tarde derramándose sobre los jardines cuidados de las afueras de Madrid. Abre la guantera y saca su Glock 19. La sostiene unos segundos, disfrutando de su tacto, su peso. «La mejor sensación del mundo». La guarda en la goma del pantalón, oculta bajo la cazadora de cuero, y sale del coche. Inmediatamente la recibe un olor a césped recién cortado.

La puerta principal del chalet está entreabierta. Mónica sube los tres peldaños de piedra que dan acceso y asoma la cabeza.

—¿Hola? —grita, golpeando el marco con los nudillos—. ¿Hay alguien en casa?

—¡Ah! ¡Hola! —Blanca surge del salón, apresurada. Lleva puestos unos vaqueros claros y una camisa de cuadros holgada colgando sobre una camiseta blanca. Las mangas, remangadas, revelan sus muñecas delgadas y salpicadas de algunos lunares. Su cabello recogido se deshace en mechones rebeldes que danzan alrededor de un rostro marcado por el cansancio. Los aparta detrás de la oreja con un gesto instintivo—. Nos hemos dejado la puerta abierta sin darnos cuenta.

Del salón llega un murmullo de voces masculinas. Grave, profesional, meticuloso. Mónica arquea una ceja.

—Son los tasadores de la inmobiliaria —explica Blanca.

—¿Vendéis la casa?

Blanca recorre el vestíbulo con la mirada, y Mónica ve cómo sus ojos se vuelven vidriosos. Nostalgia y terror danzan juntos en su expresión, como si cada rincón susurrara secretos que preferiría olvidar. Sus brazos se cruzan sobre el pecho en un abrazo defensivo.

—Sí, queremos irnos.

—Qué precipitado.

Esta vez Blanca duda unos instantes.

—Con todo lo de Manuel, no soporto estar aquí. Todo me recuerda a él. Quiero empezar una nueva vida. Los tres queremos.

Mónica asiente, sin saber muy bien cómo responder a eso. Aún tiene muy presente la confesión de Manuel en el interrogatorio: el asesinato de Encarnación Cortés y su negación sobre Alicia Toscano.

—¿Dónde están los chicos? —pregunta.

—Adri está en fútbol. Y Ana… —Blanca suelta un bufido y su expresión se endurece—. Quién sabe. Con sus amigas, supongo. Echando su vida a perder.

La frase cuelga en el aire: *Igual que su padre.* Blanca no lo dice, pero lo piensa. Mónica puede leerlo en su rostro, y Blanca lo nota, porque aparta la mirada.

—Siento cómo ha acabado todo. —Mónica posa una mano en su hombro—. Tiene que ser difícil aceptar que alguien tan cercano sea capaz de… —deja la frase sin acabar.

—Sí. Muy difícil.

Blanca responde con monosílabos, y a Mónica no se le escapa el temblor que recorre sus manos cada vez que menciona a Manuel, como si su nombre fuera una herida que se reabre con cada sílaba. Blanca se lanza entonces a una letanía familiar: la traición, las otras mujeres, décadas de humillación. Pero Mónica apenas escucha. Su mirada de policía disecciona el vestíbulo: fotos familiares en las paredes, un jarrón caro sobre una mesa, el brillo impecable del suelo. Todo perfecto. Al menos, en la superficie.

Se despiden con un apretón de manos frío, y Blanca regresa al salón.

Las llaves tintinean en la mano de Mónica mientras camina hacia el coche, pero se detiene a mitad de camino. El garaje está semiabierto, la puerta medio levantada como una boca que jadea. *Acércate y echa un vistazo*, parece rugir, como invitándola a entrar.

Mónica se vuelve hacia la casa. Las ventanas devuelven su reflejo vacío. Blanca ha desaparecido, y las voces de los tasadores siguen flotando desde el interior, un murmullo constante que le proporciona la cobertura perfecta.

Cruza el jardín con pasos sigilosos. Se agacha bajo la puerta del garaje y se desliza hacia la penumbra que aguarda al otro lado.

El garaje huele a gasolina y hierba seca. El Range Rover familiar ocupa la mayor parte del espacio. Negro, imponente, con esa elegancia brutal que solo tienen los coches caros. Está reluciente, como si acabara de salir del concesionario, pulido hasta reflejar las sombras distorsionadas del techo. Mónica pasa la mano por la carrocería mientras se adentra más, sintiendo el metal frío bajo sus dedos.

Al fondo hay una especie de pequeño taller. Herramientas colgadas de tableros perforados, una cortadora de césped, bicicletas apiladas. Sobre una mesa desordenada, entre botes de pintura y trapos sucios, encuentra algo.

Periódicos antiguos, doblados y desordenados. Las tijeras están ahí, medio escondidas entre los papeles, como si alguien las hubiera usado y luego las hubiera abandonado con prisa. Son caseras, de las que venden en Ikea por tres euros. Nada especial.

Excepto por los detalles.

Mónica levanta uno de los periódicos. Páginas enteras agujereadas donde antes había letras. Su pulso se acelera al fijarse en las fechas. Todos los periódicos datan de finales de agosto y principios de septiembre.

Mónica casi puede sentir cómo todo se asienta lentamente, como motas de polvo tras una ráfaga de viento.

Vuelve al Range Rover y se queda ahí, dejando que la verdad tome forma, sólida e innegable. Cierra los ojos y ve a Alicia dentro del maletero. Se estremece. Un crujido la saca de su trance.

—Pensaba que ya te habías ido.

Blanca está en la entrada del garaje, con los brazos cruzados y la cabeza ladeada en un gesto que destila desconfianza.

Mónica no se gira de inmediato. Disfruta del momento, de esa fracción de segundo en que todavía puede fingir que no sabe lo que sabe.

—Solo echaba un vistazo. Bonito coche.

—Gracias.

El silencio se estira entre ellas. Mónica pasa la mano por la superficie impecable del maletero.

—Sabes, Blanca… voy a ser directa contigo. —Mónica mantiene el tono conversacional, casi amigable—. Dentro de unos minutos voy a hacer una llamada a mi colega de la Científica para que venga a examinar este vehículo. Y me pregunto: ¿qué van a encontrar en el maletero?

—¿Qué quieres decir? —Blanca da un paso atrás.

—Sangre, Blanca. Me refiero a si van a encontrar sangre de Alicia.

—¿Sangre? No, por supuesto que no. ¿Por qué iba a…? —La respuesta es rápida, casi automática. Pero sus ojos se desvían un instante, traicionándola.

Mónica la mira un segundo más del necesario. Examinando su expresión, leyendo sus pensamientos. Casi puede decirse que saborea ese segundo.

—Porque lo más normal es que Manuel metiera a Alicia ahí para llevarla donde nadie la encontraría. ¿No es evidente?

Blanca vuelve a colocarse los mechones libres tras la oreja. Es un gesto automático, nervioso. Como cuando los niños se muerden las uñas.

—Ah, claro, es verdad —murmura.

Mónica siente cómo la sonrisa le tira de las comisuras de los labios. Se contiene.

—Pero es curioso —dice.

—¿El qué?

—Justo hace un rato, una compañera me lo ha confirmado: tu marido nunca se sacó el carnet de conducir.

Cuando Mercedes le ha reportado los antecedentes de Manuel, Mónica no le ha dado demasiadas vueltas, y solo después de encontrar los recortes de periódico y las tijeras, solo tras pensar un segundo en el lujoso coche que ahora tiene frente a ella, han salido los pañuelos de colores.

—Manuel Requena está limpio como el culito de un bebé —le ha dicho Mercedes antes.

—¿Nada? ¿Ni una inocente multa de tráfico? —ha insistido Mónica.

—¿Multas? —Mercedes ha soltado una carcajada—. Si ni siquiera tiene carnet de conducir.

Por fin lo ha entendido. Mónica ha sentido una oleada de satisfacción, esa que solo se experimenta cuando todos los hilos de un caso se desenredan al fin.

—Este coche no está registrado a nombre de Manuel, Blanca —revela Mónica.

El silencio que sigue en el garaje es ensordecedor. Blanca emite una risa quebradiza, demasiado aguda. Sus manos buscan automáticamente el paquete de cigarrillos en el bolsillo trasero del vaquero. Es justamente la reacción típica de alguien que acaba de ser pillado en una mentira.

—Debió de confundirse —dice. En este punto, hace una pausa que aprovecha para encender un cigarrillo, la llama del mechero bailando como su pulso, y da una profunda calada sin apartar la vista de Mónica—. Manuel sí conducía. El Range Rover es suyo.

—No lo creo. —Mónica da un paso hacia ella—. Y lo más importante: cuando se lo contemos al fiscal, tampoco se confundirá.

Las dos mujeres se quedan de pie, frente a frente, estudiándose mutuamente. Blanca inhala profundamente, con el cigarrillo temblando entre sus dedos.

—¿De qué va esto, inspectora?

—Va de que Manuel no pudo meter a Alicia en este coche. —Mónica señala el Range Rover—. Porque no lo conducía.

Blanca no responde a eso. Mónica puede ver cómo los engranajes giran detrás de sus ojos, buscando una salida que no existe.

—Es en lo que Darío se equivocó —apunta Mónica—. Supongo que estás enterada de lo que hizo, ¿no?

—Sí.

Blanca da una nueva calada. El humo se enrosca entre ellas.

—Él creía que Pablo había matado a su hija porque Pablo estuvo allí esa noche y porque todos lo daban por hecho —explica Mónica —. Al fin y al cabo, había vuelto a casa lleno de sangre y su comportamiento desde entonces empezó a ser muy extraño. Era fácil pensarlo. No se le ocurría ningún otro sospechoso y necesitaba a alguien a quien culpar, así que se dejó llevar por la rabia y mató a Pablo sin haber tenido en cuenta los detalles. Como el de que la sangre no era de Alicia, por ejemplo. O como el de que fuiste tú, Blanca, quien conducía este enorme coche esa noche. Se olvidó de ti. Y yo también.

—¿Qué dices? Estás loca.

Pero sus palabras salen sin fuerza. Es una protesta automática, vacía.

—La noche en que Alicia desapareció, Pablo y tú os cruzasteis en algún punto de la Dehesa Boyal. Tú conducías el Range Rover y él acababa de matar a un hombre con sus propias manos.

Las palabras de Pablo, en la sala de interrogatorios, bailan ahora en su mente.

*Los faros del tanque me ofenden.*

*Dos ojos brillantes en la noche.*

*Ella me reconoce. Tiene miedo. Y está triste…*

En aquel momento no sabían a qué se refería, parecían delirios. Pero ahora, Mónica lo entiende como si siempre hubiera estado ahí, delante de sus ojos.

—¿Cómo…? —comienza Blanca, pero se detiene bruscamente, dándose cuenta de su error. Sus ojos se abren con horror ante su propio desliz. Aplasta el cigarrillo contra el suelo del garaje, y el talón de sus Adidas deja una marca negra—. Eso no quiere decir nada. Además, no es verdad.

Sí es verdad, Mónica lo sabe, pero es su palabra contra la suya.

—¿Y qué me dices de esto?

Mónica saca las páginas antiguas de periódico de su cazadora y se las pasa a Blanca. Las tijeras de Ikea y la plantilla del muñeco aún están detrás de ellas, al fondo del garaje.

Los ojos de Blanca recorren las páginas mutiladas y Mónica observa cómo se le contraen las pupilas al reconocer su propia obra. Un músculo se le tensa en la mandíbula.

—¿Te habló Manuel de las amenazas anónimas que él, Pablo y Rafael estuvieron recibiendo?

El silencio se alarga demasiado. Blanca mira las páginas una vez más. Tiene que carraspear antes de hablar.

—Sí. —Le devuelve los papeles con gesto brusco—. Pero esto sigue sin probar nada.

Aún no parece preparada para capitular.

—Te aseguro que sí. Porque ahora sabemos la verdad. —Mónica apoya una mano en la carrocería del Range Rover y deja caer su peso en él—. Cuando mi colega de la Científica restriegue su nariz de sabueso por el interior de este coche, las dos sabemos lo que va a encontrar.

Blanca retrocede un paso involuntario, como si el coche hubiera cobrado vida de repente. Se cruza de brazos en un gesto defensivo,

pero Mónica puede ver cómo le tiemblan las manos. Su respiración se ha vuelto más superficial.

—Mira, no sé de qué estás hablando.

Sus ojos se desvían hacia el maletero del vehículo durante una fracción de segundo. Es suficiente.

Los tasadores de la inmobiliaria se asoman desde el exterior, sus siluetas recortadas contra el sol vespertino.

—Señora, ya hemos terminado —dice uno—. Cuando tengamos el resultado de la tasación, la llamaremos.

—Vale, gracias.

Blanca los despide con un gesto amable. Mónica imagina el esfuerzo que debe de suponerle mantener la compostura en un momento como este.

—¿Sabes qué fue lo que me dio la pista? —prosigue Mónica cuando los dos hombres ya se han ido—. Que tú también estuviste aquella noche de verano de 2000 en la que por poco matáis a Noelia Ballesteros. Rafael, Manuel, Luisa, Pablo, Noelia y tú. Seis. —Agita las hojas de periódico en el aire—. Seis mocosos jugando a ser adultos. Luisa está muerta y Noelia es un fantasma, así que solo quedabais Rafael, Manuel, Pablo y tú. Pero tú no recibiste ninguna amenaza. ¿Por qué?

Los labios de Blanca se entreabren para responder, pero no sale sonido. Se los humedece nerviosamente con la lengua.

—Vaya. Te has montado una buena historia —sisea finalmente, pero la bravata suena forzada. Su barbilla tiembla ligeramente.

—Teresa ha sido muy colaborativa cuando la he llamado hace un rato. Quería confirmar algo que ya sospechaba. —Mónica da un paso calculado hacia Blanca—. Me ha contado que los visitabas a menudo para ver el taller de Pablo. Que te quedabas embobada mirando sus cuadros.

—Así es. Me fascinaba su pintura. ¿Y qué?

—Especialmente uno en particular te llamó la atención, ¿verdad? Un parque con un columpio antiguo. Pintado con una precisión obsesiva, muy realista. En ese momento lo supiste. Pablo Lázaro era el chico gordo del colegio al que llamabais Ballenesteros.

El color se desvanece del rostro de Blanca como agua que se escurre por un desagüe. Sus labios tiemblan tanto que tiene que morderse el inferior para detenerlos.

—Y entonces se te encendió la bombilla. —Mónica acorta la distancia entre ambas—. Llevas veinticinco años cargando con el peso de algo que no fue culpa tuya. Tú intentaste detener a Rafael. Fuiste la única que mostró algo de humanidad esa noche. Pero el secreto de lo que hicisteis os tenía atados a todos como una soga al cuello.

Una lágrima solitaria se desliza por la mejilla de Blanca. No hace nada para detenerla.

—Así que decidiste jugar a ser justiciera divina. Conocías los puntos débiles de cada uno. Rafael y su negocio sucio. Manuel y sus aventuras. Pablo y su trauma sin cicatrizar. Era como tener un cargador de balas psicológicas, ¿verdad? Solo tenías que apuntar y disparar.

Mónica hace una pausa teatral, dejando que el silencio haga su trabajo.

—Las amenazas anónimas fueron tu obra maestra. Lo bastante crípticas para volver loco a Pablo, lo bastante específicas para que nosotros mordiéramos el anzuelo. Creaste una cortina de humo perfecta, aunque, en mi opinión, podías haberte ahorrado el matar a ese pobre gato.

Blanca agita la cabeza, como si la ironía del comentario la quemara.

—Y cuando Manuel mató a Encarnación… —Mónica chasquea los dedos—. El plan se completó solo. Tu marido, ese cabrón infiel, cargaría con todo. Incluso con la muerte de Alicia. Solo que él no la mató.

—¡Cómo te atreves a venir aquí con tus teorías de mierda! —El repentino grito de Blanca es el de una tigresa acorralada—. Creo que deberías irte. Y volver cuando tengas una orden judicial.

—Oh, pero si voy a hacerlo. —La voz de Mónica adquiere una frialdad profesional letal—. En menos de una hora estarás en una sala de interrogatorios con las esposas puestas. Aunque, sinceramente, dudo que sea necesario el paripé. Mi colega traerá

todo su arsenal forense. Luminol, espectrometría de masas, análisis de ADN. La sangre de Alicia está gritando desde el maletero de tu coche, Blanca. Y cuando la encuentre, cosa que hará, se acabó el teatro.

Hace una pausa, saboreando el momento como un depredador que juega con su presa herida.

—Pero eso no será todo. Revisaremos cada maldita cámara de seguridad en un radio de veinte kilómetros. Alguna te habrá captado esa noche, conduciendo como una loca con el cadáver de una adolescente en el maletero. Los expertos en grafología analizarán cada recorte, cada amenaza que enviaste. Tu letra manuscrita te delata, ¿lo sabías? Es como una huella dactilar psicológica. Tu perfecta red de mentiras se desmoronará en el acto.

El cuerpo de Blanca comienza a traicionarla. Su respiración se vuelve errática, sus manos buscan desesperadamente algo sólido a lo que aferrarse. Los dedos encuentran la tela de su camisa y la estrujan como si fuera un salvavidas.

—No… —La palabra emerge como un gemido ahogado, más como un ruego que como una negación—. No es…

Pero su voz se quiebra antes de completar la mentira. Sus ojos recorren el garaje con la desesperación de un animal acorralado.

—Tú no puedes entender —susurra, y por primera vez hay derrota en su voz—. No sabes lo que es vivir todos estos años con…

Se detiene en seco, como si hubiera estado a punto de saltar por un precipicio. Sus dientes se clavan en su labio inferior con tanta violencia que Mónica espera ver sangre.

—Mamá, ya estoy en casa.

Ambas se sobresaltan por la interrupción. Se dan la vuelta. Adrián, el hijo de Blanca, está de pie en el hueco de la entrada al garaje. Lleva el pelo revuelto y la mochila colgada de un hombro. Sus ojos pasan de Mónica a Blanca, confusos. Mónica contiene el aliento. La expresión de ese chico es tan… perdida, desesperada. Su padre acaba de ser detenido por asesinato y ahora la policía está en su garaje hablando con su madre. No se imagina la cantidad de cosas que deben de estar pasando por su cabeza.

Blanca se queda paralizada, mirando a su hijo como si lo viera por primera vez. O como si fuera la última. Un espasmo le recorre el rostro.

—¿Mamá? ¿Qué pasa? —insiste Adrián.

—No pasa nada, cariño —responde Blanca, sin apartar los ojos de Mónica. Tiene lágrimas en los ojos—. Anda, sube a casa. Ahora voy.

Adrián duda. Sus ojos juveniles pasan una vez más entre las dos mujeres, captando la tensión eléctrica que flota en el aire. Luego desaparece, llevándose consigo el eco de sus pasos adolescentes.

El silencio que sigue es devastador. Blanca se desploma contra la pared del garaje como si las piernas no pudieran sostenerla más. Mónica la ve llevarse una mano al pecho, frotándose el esternón como si le doliera respirar.

—Es un buen chico, ¿sabes? —susurra Blanca, mirando el vacío que ha dejado su hijo.

Mónica asiente, pero no dice nada.

—Dios mío… ¿Qué va a ser de él…?

La frase se quiebra. La mujer se queda obnubilada mirando la entrada del chalet, como si Adrián siguiera allí. Luego alza los ojos y los deja viajar por las paredes del garaje, memorizando cada detalle, sabiendo que es la última vez que lo verá como una mujer libre.

Cuando vuelve a mirar a Mónica, algo ha cambiado en su expresión. La resistencia se ha evaporado. Solo queda una madre desesperada que sabe que su mundo está a punto de colapsar.

Parpadea rápido y se seca las mejillas con ambas manos.

—Fue un accidente —dice con la voz rota—. Cuando sepas lo que ocurrió, espero que puedas entenderlo. De mujer a mujer.

Mónica traga saliva. Siente el peso de la pistola en su cintura.

—Manuel me engañaba. Paula solo fue la última. Esa profesora, con sus faldas ajustadas y su sonrisa de niña buena. Pero hubo docenas antes que ella. Docenas. —Las palabras salen en cascada ahora, como si hubiera roto una presa—. Desde que éramos adolescentes, ese cabrón me ponía los cuernos y yo… yo seguía ahí, esperando como una idiota a que madurara. ¿Sabes lo patético que es eso? Creer que el amor puede cambiar a alguien. Que si eres lo

suficientemente paciente, lo suficientemente comprensiva, él se convertirá en el hombre que necesitas que sea. —Se limpia la nariz con el dorso de la mano, un gesto infantil que contrasta brutalmente con sus palabras—. Las mujeres somos expertas en autoengañarnos.

Mónica permanece inmóvil. Está tentada de activar la grabadora del teléfono, pero algo le dice que no será necesario.

—Alicia no fue diferente al principio. Solo otra conquista más de mi marido. —Una sonrisa amarga curva sus labios—. Una colegiala con síndrome de Lolita, nada que no hubiera visto antes. Hasta que se quedó embarazada.

El silencio que sigue es eléctrico.

—Y ella pensaba tener el bebé —señala Mónica.

—El bebé cambiaba las reglas del juego. —Blanca vuelve a posar la mirada en la entrada del garaje—. Ya no era solo otra aventura que podía ignorar. Era una amenaza real. Un parásito que iba a succionar todo lo que por derecho correspondía a mis hijos. —Sus ojos encuentran los de Mónica—. Tú tienes un bebé. Dime que no harías cualquier cosa por protegerlo.

—No metas a mi hijo en esto.

Blanca levanta las manos como si se disculpara.

—Vale, como quieras, pero es la verdad. Así que fui a la feria esa noche. Llevaba meses espiando los mensajes de Manuel, viendo cómo se derretía por esa cría. Sabía exactamente dónde encontrarla. Quería hablar con ella.

—¿Y qué pretendías decirle?

—Que despertara. Que Manuel era un cabrón que la destrozaría como había hecho conmigo. Quería hacerle comprender que abortar sería lo más inteligente que podría hacer. La intercepté en un camino apartado. El lugar perfecto para una conversación… íntima. Y se lo dije todo.

—Pero ella no lo comprendió.

Blanca sonríe amargamente.

—No, no lo comprendió. Me miró a los ojos y aseguró que yo solo estaba celosa, que solo decía eso porque estaba a punto de perder a Manuel, pero que en realidad era culpa mía que él quisiera dejarme porque era una puta amargada. ¡Imagina mi rabia! Algo se

quebró en mi interior ante aquella afirmación suya tan descarada. Que había sido culpa mía que Manuel me fuera infiel. Casi pude oír el clic en mi corazón. Así que actué sin pensar y le solté una bofetada.

—¿Cómo reaccionó ella?

—Como una histérica. Empezó a gritar como si fuera a hacerle algo grave. Tuve que taparle la boca para silenciarla antes de que alguien nos oyera.

Se está quedando sin voz. Se toma un respiro para tragar saliva y vuelve a mirar hacia el exterior, como si su hijo siguiera allí.

—¿Y entonces qué pasó, Blanca?

—Que Alicia murió.

Lo suelta tal cual.

Mónica y Blanca no parpadean. El sol se hunde tras las nubes, sumiendo el garaje en penumbra.

—Estaba ebria y completamente histérica. Me pateó y salió corriendo hacia los árboles, tropezando como una lunática. Yo la seguí porque tenía miedo de que Manuel apareciera y nos encontrara así. Cuando la alcancé, tiré de su sudadera para detenerla. Pero el terreno… había un barranco que no vimos en la oscuridad. Te juro por mi vida que no quería hacerle ningún daño. Cuando vi que Alicia había dejado de gritar, creí que se había desmayado por la caída.

—¿Y no llamaste al 112?

Blanca niega con un movimiento de cabeza que parece dolerle físicamente.

—Cuando encendí la linterna del móvil para ver, ella ya estaba… Sus ojos estaban abiertos pero vacíos. —Blanca contempla a Mónica con mirada suplicante—. Ponte en mi lugar por un segundo. La chica estaba muerta. No se podía hacer nada por ella. Y mis hijos… —La voz se le quiebra—. Me necesitaban viva, no en prisión por un maldito accidente.

—Homicidio involuntario. Cinco años máximo —dice Mónica con frialdad—. Sin embargo, lo que hiciste después…

—¡Pero fue un accidente! —explota—. Un tropezón estúpido. Esas cosas pasan.

—El daño ya estaba hecho —dice Mónica, haciéndose eco de lo que Rafael Peinado les dijo sobre Noelia Ballesteros la última vez que hablaron en el hospital. No se le escapa la ironía de la situación—. Como con Noelia, que también tropezó. Qué casualidad. Tú siempre cerca cuando la gente *tropieza* trágicamente.

Blanca se tambalea como si hubiera recibido un puñetazo.

—Fueron accidentes, joder. Dos accidentes terribles. Pero Alicia estaba ahí, sin vida, y yo… yo no sabía qué hacer. Tenía que decidir si avisar a la policía y arruinar la vida de mis hijos por una chica que ya no tenía salvación.

De una manera especialmente horrible, ese razonamiento tiene su lógica. Es el pragmatismo llevado a su lado más siniestro.

—Aun así, es mejor eso que estar muerta —apunta Mónica.

—¡No había elección! ¿Es que no lo entiendes? Alicia estaba muerta. Muerta de verdad. Y destruir nuestras vidas no la iba a resucitar. Yo estaba bloqueada, aterrorizada. No me mires así, me sentía fatal por lo que había ocurrido. Pero no se puede hacer nada por los muertos. ¿Eso lo comprendes, no?

Mónica asiente. Ha perdido a mucha gente en su vida para comprender esa ley cruel y universal.

—Claro.

—Entonces, ¿qué habrías hecho tú?

—¿Yo? —Mónica se permite una sonrisa cruel—. Probablemente habría metido el cuerpo en mi maletero y lo habría enterrado donde nadie pudiera encontrarlo jamás.

Silencio.

—No sé qué pretendes —dice Blanca.

—Pero es lo que hiciste, ¿no?

Blanca menea la cabeza con la mirada perdida en un punto del hormigón del garaje, como si estuviera reviviendo el momento y le doliese profundamente.

—No sabía qué hacer, no podía pensar con claridad. El pánico me dominó. Sí, metí el cadáver en el maletero —dice—. Lo sé, suena monstruoso. Pero mis hijos… si me arrestaban, se quedaban huérfanos de madre y con un padre que es un psicópata narcisista.

Eso era lo que no dejaba de repetirme. Eso, y que la chica ya estaba muerta.

—Así que la escondiste en la naturaleza.

—Sí, para que nadie la encontrara. Si encontraban el cuerpo, la autopsia revelaría el embarazo. Manuel y yo caeríamos. O sea, que había que ocultarla. Me sentía fatal por Darío… que no supiese dónde estaba su hija. Pero no sabía qué otra cosa hacer. —Parece tan frágil que la más leve brisa bastaría para arrojarla de bruces contra la pared—. Y luego la gente empezó a dar por sentado que Alicia había desaparecido, surgieron teorías y rumores de todo tipo… ¿Acaso no es mejor eso que saber con seguridad que tu hija ha muerto?

Mónica no responde.

—Di algo, inspectora.

—Antes me has pedido que me pusiera en tu lugar.

—Sí.

—Pues el cuerpo me pide ponerme en el de Darío Toscano. ¿De verdad tu plan era que viviera el resto de su vida esperando una llamada que nunca llegaría? ¿Que se consumiera preguntándose si su hija estaba sufriendo en algún sótano oscuro?

—Es mejor que la alternativa, ¿no? La esperanza, al menos, no mata.

Mónica ni se molesta en responder.

—Y tienes que entender —continúa Blanca— que yo también he estado viviendo en un infierno permanente. Cada vez que llamaban a la puerta pensaba que venían a arrestarme.

—Vaya, ahora sí que me has tocado la fibra sensible. Pobrecita Blanca. Creo que saldré por esa puerta y haré como que no sé nada.

—No busco compasión, y puedes ahorrarte la puta ironía. Sé que estoy jodida. Solo intento explicarte por qué hice lo que hice después.

—Oh, creo que ya lo entiendo perfectamente. —Mónica acerca su rostro al de Blanca como un tiburón que huele sangre—. Viste ese cuadro maldito en la buhardilla de Pablo. El parque donde le jodisteis la vida a Noelia. Y surgió la chispa, ¿verdad? Si ibas a caer, te llevarías a todos esos cabrones contigo.

Blanca baja la vista. Ahora parece mucho más pequeña dentro de esa amplia camisa de cuadros.

—Conocías todos sus trapos sucios: los negocios fraudulentos de Rafael, las aventuras de Manuel, el trauma de Pablo que nunca había sanado. Así que empezaste tu pequeña campaña de terror psicológico. Fotos amenazantes, recortes truculentos. Todo diseñado para volverlos locos y confundir a la policía al mismo tiempo. Con suerte, el mundo sabría lo que pasó esa noche del 2000 y confundirías a la policía en su investigación. Así que repito: cuando apareció el cadáver de Encarnación Cortés y supiste que había sido Manuel… te vino francamente bien. Él iba a asumir la responsabilidad de todos los cargos.

—Manuel es un mal padre y una persona horrible. No tengo la culpa de que matara a Encarnación.

—¡Ah, pero qué conveniente fue! —Mónica ríe sin humor—. Como tú misma has dicho, ya no se podía hacer nada por ella. Y todo encajaba a la perfección: tu marido había despachado a la jefa de estudios del instituto para evitar cargar con el supuesto asesinato de Alicia. Tenía un móvil para ambos crímenes y a nadie le iba a extrañar, porque, como acabas de recordar, es un hombre horrible.

Blanca admite la verdad con un movimiento de cabeza apenas perceptible.

—Todo eso es cierto, admito que se me pasó por la mente.

—Pero hubo un testigo, ¿verdad? Esa noche, mientras conducías con el cadáver de Alicia pudriéndose en tu maletero, te cruzaste con Pablo en mitad de la nada. Él también venía de enfrentarse a su propio demonio.

Blanca asiente y vuelve a sonarse la nariz.

—No intercambiamos ni una palabra. Solo una mirada. Pensé que ambos llevaríamos nuestros secretos a la tumba. Pero al parecer, me equivoqué. Me delató él, ¿verdad?

Mónica piensa en la referencia de Pablo a los faros del Range Rover. A la mirada asustada de ella.

—Indirectamente, sí, lo hizo.

Entonces, en un movimiento que hiela la sangre de Mónica, Blanca la agarra fuertemente de la muñeca. Con la mano que le

queda libre, Mónica se aparta el abrigo y aferra la empuñadura de su pistola, que sobresale de su pantalón.

—Escúchame bien —susurra Blanca, con lágrimas corriendo por sus mejillas—. Iré contigo. Confesaré todo delante de quien haga falta. Firmaré lo que quieras. Pero, por favor, aquí no. No conviertas esto en un circo, ni dejes que la casa se llene de policías. Mis hijos no merecen eso.

Mónica se lo piensa. Hasta hace un minuto, tenía claro que llamaría a Rayco y Andrés. Y también a Fernando Vara para que se acercara con todo su equipo y sacara hasta la última evidencia. Se queda atrapada en la mirada suplicante de esa mujer. ¿Ha cambiado de opinión? Una vez más, piensa en Jamie. ¿Le gustaría a ella que su hijo descubriera de pronto toda la miseria de su madre?

—Te lo suplico —insiste Blanca, apretando su mano como si fuera un salvavidas—. Déjame conservar al menos esa dignidad.

Instintivamente, Mónica afloja la mano de su arma y la posa sobre la de Blanca.

—De acuerdo —dice—. Pero nos vamos ahora mismo. Sin despedidas, sin dramas. Empecemos por subir a mi coche.

# 91

Cenas con nosotros? Ven y hablamos, por favor…

ENVIADO 19:33H

ANDRÉS RELEE EL MENSAJE UNA Y OTRA VEZ. NO HA SIDO CAPAZ DE contestar. En el portal de su edificio, aún tenía ganas de salir corriendo, pero ha llamado y ella le ha abierto y él ha subido las escaleras hasta su piso como si llevara kilos de arena en cada tobillo. No entiende qué hace aquí, después de su desconfianza y su ausencia cuando más la ha necesitado. Pero no sabe por qué, es él quien viene y la busca para que le dé una respuesta. Es él quien hace el esfuerzo y se castiga mentalmente por ello una y otra vez. Lo peor es saber que no se va a disculpar, porque ella es así. Así que lleva más de una hora pensando si será capaz de seguir compartiendo su vida bajo esas condiciones.

Pero aquí está.

Ella está en el umbral de su piso, esperándolo con la puerta abierta, como si supiera que, si él no la ve, podría echarse atrás y salir huyendo.

—Ya pensaba que no vendrías… —Está nerviosa.

Andrés llega hasta ella pero no entra. Mete las manos en los bolsillos para que no note su nerviosismo. Y para no perder la poca dignidad que siente que le queda.

—¿Pasas y hablamos? —insiste Mónica.

—No lo sé… —Andrés titubea, incapaz de moverse.

Pero ella hace algo que él no espera. Tira de su camisa, lo acerca a su cuerpo y lo rodea con sus brazos. Al principio, tímida, pero al notar que él no responde a su gesto, su abrazo se vuelve desesperado. Es su manera de pedir perdón y Andrés sabe que no va a conseguir más que eso. Pero también sabe que esto supone un esfuerzo para ella, que para Mónica esto vale más que cualquier disculpa que pueda regalarle.

Él por fin responde a su abrazo, y ella lo arrastra al interior de su piso.

# 92

—Todavía no puedo creer que Blanca matara a Alicia. —Andrés está boquiabierto—. Ni que fuera ella la autora de las cartas anónimas. ¡Hasta se las enviaba a su marido!

—Sí, y a Pablo y Rafael también. Quién lo hubiera dicho —responde Mónica—. Pero ella misma lo ha confesado todo.

—¿Y cómo se lo ha tomado ahora que ha sido descubierta?

—Con una calma sorprendente.

Mónica se frota el algodón desmaquillante por la mejilla frente al espejo del baño, que refleja sus ojeras. El día ha sido un huracán: la confesión de Blanca, el interrogatorio a Manuel, la denuncia falsa de Esther. A su lado, Andrés se cepilla los dientes, la espuma blanca goteando en el lavabo. Su camiseta gris está arrugada y tiene el pelo revuelto tras una jornada eterna en Jefatura. Mónica le ha ofrecido terminar el día en su apartamento. Tenía dudas de que se presentara, pero finalmente lo ha hecho. Han cenado una tortilla de patata y una ensalada, han acostado juntos a Jamie y han visto un rato la tele. Ahora, en la intimidad del ritual nocturno, repasan el caso por enésima vez.

—O sea que sabía que Manuel la estaba engañando con Alicia —dice él, con la voz amortiguada por la espuma del dentífrico—. Y cuando se enteró de que estaba embarazada, fue a hablar con ella. Pero discutieron. Y Alicia tropezó y murió.

Mónica lo observa por el espejo. Todavía no sabe muy bien cómo dirigirse a él, después de todo lo ocurrido. Durante la cena, ella ha

hecho incursiones, tímidos y repetidos gestos y comentarios que pedían perdón a su manera. Espera que sea suficiente, porque ella no conoce otra forma de hacerlo.

—Exacto —responde, enfocándose en el caso.

—Luego, Blanca metió el cadáver en el maletero de su coche y lo escondió lejos. ¿Y todo porque no estaba dispuesta a compartir parte de su patrimonio con el bebé de Alicia? —Andrés suena escéptico.

—Bueno… ella no quería matar a Alicia. —Mónica arroja el algodón a la papelera en un gesto automático—. Las cosas se complicaron, salieron mal. Y en lugar de confesar lo que había pasado desde un principio, ideó un plan para evitar que la atrapáramos.

Aprovechando que Andrés se inclina sobre el lavabo para enjuagarse, Mónica desliza la mano por su espalda por debajo de la camiseta. Un gesto más en su lista de disculpas silenciosas. Pero él no responde como ella espera: se vuelve dándole la espalda para poner a cargar su cepillo eléctrico. Ella se pregunta por enésima vez durante la noche si él será consciente o no de lo que pretende.

—Un plan de lo más macabro… —matiza Andrés—. ¿De verdad creía que destapando los trapos sucios de todos se salvaría?

—Ten en cuenta que sufría de complejo de inferioridad y celos atroces.

—Vale, pues tengo una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Cómo sabía Blanca que Alicia estaba embarazada?

Mónica tarda un buen rato en contestar. Se pasa otro algodón por los ojos. El rímel se resiste, como los restos del caso.

—Es una buena pregunta —admite finalmente. Y de verdad lo es. Tanto, que la mantendrá despierta toda la noche.

—En cualquier caso, Blanca tuvo la mala suerte de cruzarse con Pablo mientras huía con el cadáver —añade Andrés.

—Sí. Él también venía de matar a alguien: Ramón Castilla, el feriante violador.

Una sonrisa se dibuja en los labios de Andrés, la primera genuina de toda la noche.

—Buena manera de llamarlo.

Mónica arquea una ceja, apoyándose en el lavabo.

—¿Cómo lo llamarías tú?

Andrés se encoge de hombros.

—Pablo y Blanca se reconocieron —continúa Mónica, ahora frotándose la piel con vehemencia, casi rabiosa—, pero, como los dos ocultaban un acto terrible, se protegieron mutuamente. Fue un pacto tácito. Blanca dice que no hablaron. Y los unía otro secreto: estaban allí, aquella noche de 2000 en la que Noelia quedó lastrada para siempre.

Se detiene. Las palabras se le atoran en la garganta. Pensar en Pablo sigue siendo difícil. Un niño que tuvo que presenciar cómo casi violaban a su hermana. Un niño que cargó con esa culpa durante veinticinco años.

—Supongo que Pablo llevaba traumatizado desde entonces —sigue exponiendo—. Primero, tener que observar cómo Rafael intenta forzar a su hermana delante de sus narices, y luego, que ella se golpeara con el columpio, todo sin que él hiciera nada por evitarlo. Así que supongo que se sentía responsable de algún modo. Imagínate, crecer con esa culpa… —Tira otro algodón—. Y eso sin contar que, desde muy pequeño, se convirtió en un huérfano por la muerte prematura de sus padres.

Andrés asiente con los ojos fijos en el lavabo.

—Y por eso mató a Ramón Castilla. —Se seca las manos con la toalla—. Vio a ese cabrón intentando abusar de Elena Martín y se le fue la cabeza.

—Exacto. Pasaba por allí, había bebido de más y supongo que perdió la razón. Tal vez vio a su hermana en Elena y a Rafael sobre ella, forzándola. Puede que quisiera redimirse con una buena acción o que su subconsciente viajara al pasado para evitar que su hermana sufriera algún daño.

Se queda pensativa, con la mirada perdida en un punto del espejo. El caso de Pablo no es común, desde luego, pero su vida tampoco lo fue. Vivió experiencias que habrían podido con el más fuerte.

El sonido del móvil en la mesilla del dormitorio la saca del trance. Se pasa una toalla por la cara y acude a responder.

—Dime. ¿Qué? —Escucha, frunciendo el ceño—. ¿Mañana? No, no me apetece lo más mínimo. Paso. ¡Pues que me lo pida ella! ¿Que le doy miedo? ¿Tiene cinco años, o qué? Bueno, mañana lo hablamos.

Cuelga con un suspiro y arroja el móvil sobre la colcha. Andrés aparece en el umbral y va a su lado de la cama para acostarse.

—¿Quién era? —pregunta.

—Rayco. Mañana, Mercedes va a elegir el vestido de novia y quiere que la acompañe. Como si yo tuviera la menor idea sobre ese tema.

Andrés arquea las cejas.

—¿Aún no tiene el vestido? ¡Pero si la boda es en cuatro meses!

—Vale, ahora estás hablando como mi madre —replica Mónica con sarcasmo. Pero su mirada se suaviza, buscando los ojos de él. Andrés se ríe. Es una risa real, sin forzar, y Mónica siente un pequeño alivio en el pecho.

—Me alegro muchísimo por ellos —dice Andrés, apelmazando un cojín—. Se les ve tan felices.

Hay algo en su voz. La misma nota melancólica que ha estado ahí toda la noche, flotando entre ellos como un fantasma.

—Sí. Son el uno para el otro. Casi tanto como nosotros… —Hace una pausa calculada, se arma de valor y añade—: ¿No?

Andrés asiente y aparta la mirada rápidamente, como si las palabras de Mónica hubieran tocado algo que prefiere mantener enterrado.

Está claro que está dolido. Ella lo sabe y lo comprende. Sus dudas sobre él, alimentadas por la mentira de Esther, han dejado una grieta. Quiere hablar, disculparse, pero su lengua parece de plomo.

—Volviendo al asunto —dice Andrés, tomando el libro que tiene sobre la mesilla, una novela de John Grisham que lleva leyendo desde hace semanas—. ¿Cómo supiste lo del Range Rover?

Mónica siente el cambio de tema como un portazo. Suave y educado, pero un portazo al fin y al cabo.

—En su interrogatorio, Pablo mencionó los faros de un coche. Y un tanque. —Se desliza bajo las sábanas—. Entonces me acordé: los Requena tenían un Range Rover. Es el coche tanque por excelencia.

Andrés abre el libro y se acomoda sobre los cojines.

—Pero ¿y el hecho de Manuel no conducía?

—Mercedes revisó los antecedentes. Ella lo averiguó. Entonces me acordé de algo que dijo Manuel. Afirmó que Alicia le había pedido reunirse con él en la feria. Para confirmar su versión, nos animó a que revisáramos su historial de Uber. Lo hice. Tenía razón, esa noche pidió un Uber. Así que me pregunté: ¿por qué un tipo con un Range Rover pide un Uber para unos pocos kilómetros? Solo se me ocurrieron dos posibles respuestas: o estaba borracho, o no conducía. Era lo segundo.

Andrés asiente sin apartar los ojos de las páginas de su novela. No dice nada.

Mónica intenta sacar un tema más agradable:

—Qué bien que Laura y tú volváis a estar bien.

—Sí. Gracias a ella he salvado el pellejo.

Mónica no sabe si interpretar el comentario como un ataque o como un indicio de que él está dispuesto a abrirse a ella.

—Se va a quedar unos días más, ¿no? —pregunta.

—Sí. Hasta el sábado.

—Genial. Es muy generoso por tu parte ayudarla con el alquiler. Así puede compartir piso y no tiene que irse a una residencia, que es lo que ella no quería.

—Es lo mínimo que puedo hacer por ella. Soy su padre.

Mónica respira hondo. Se acerca a él despacio y le da un beso rápido en los labios, un pico tentativo de buenas noches. Él se lo devuelve automáticamente y regresa a su lectura sin levantar la vista del libro.

El pinchazo en su pecho se profundiza. Prueba de nuevo y esta vez decide usar la artillería pesada. Desliza la mano bajo la sábana hasta rozar su muslo. Andrés levanta la vista del libro y la mira. Por un momento, hay algo en sus ojos —deseo, ternura—, pero desaparece tan rápido que Mónica no está segura de haberlo visto realmente.

Él le sonríe. Una sonrisa cansada, casi paternal. Ella asciende hasta la entrepierna. Se besan más lento, pero él no tarda en apartarse.

—Esta noche estoy muy cansado, Mónica —dice—. ¿Te importa si simplemente dormimos?

Ella asiente, tragándose la decepción. Hace solo unos días, esa insinuación habría bastado para que él dejara el libro y juntos se fundieran en uno solo.

—Claro. —Retira la mano—. No pasa nada.

Pero sí pasa. Y los dos lo saben.

Andrés deja el libro en la mesilla y apaga la luz. Luego se gira y se acomoda para dormir, dándole la espalda. En la oscuridad, Mónica escucha su respiración volverse más profunda, más regular. Pero sabe que no está dormido. Conoce lo suficientemente bien el ritmo de su sueño para saber que está fingiendo.

Se queda inmóvil, mirando el techo, con el corazón latiendo demasiado rápido. Las sombras de los coches que pasan por la calle se proyectan en la pared como fantasmas fugaces. Piensa en todo lo que ha pasado y en la reacción de Andrés. ¿Es por Esther? ¿Por sus dudas? Es evidente: todavía la culpa por desconfiar de él, por dejar que la mentira de Esther la envenenara.

Esta noche no dormirá, es evidente. Pasará las próximas horas dándole vueltas a todo lo que debería haber dicho y no dijo. A todas las conversaciones pendientes que flotan entre ellos.

«Mañana», se dice. Mañana hablarán. Mañana encontrará las palabras para pedirle perdón por haber dudado de él. Para explicarle que sus miedos no tienen nada que ver con él, sino con sus propias inseguridades.

Los minutos se estiran como un chicle. Finalmente, desesperada, se levanta con cuidado, procurando no hacer ruido, y sale del dormitorio. Sus pies descalzos se mueven silenciosamente por el pasillo, evitando los tablones que crujen. La puerta de Jamie está entreabierta. Su hijo duerme boca arriba, con los puñitos cerrados junto a sus mejillas sonrosadas. Su pecho sube y baja con ese ritmo hipnótico que solo tienen los niños cuando el mundo aún no los ha tocado. Un pequeño milagro de paz en medio de tanto caos.

Mónica apoya la frente contra el marco de la puerta y el peso de la culpa se aligera por primera vez en horas.

Entra en la habitación y se hunde en la mecedora junto a la cuna, escuchando la respiración de su hijo, dejándose arrastrar por ese silencio tibio. Los ojos se le cierran solos, pero su mente no encuentra descanso.

*¿Cómo sabía Blanca que Alicia estaba embarazada?*, ha preguntado Andrés. Es una cuestión que, sin duda, merece reflexión.

La tarde regresa a su subconsciente como un bumerán: Blanca derrumbándose en su garaje, las palabras brotando de sus labios como sangre de una herida abierta.

*De mujer a mujer*, le dijo. Aquella frase le tocó hondo.

Y después, cuando Mónica ya tenía las esposas preparadas, allí estaba Blanca otra vez:

*Por favor, aquí no. No conviertas esto en un circo.*

Una madre protegiendo a su hijo hasta el final. Mónica había entendido la súplica sin que Blanca tuviera que explicarla. Adrián no debía ver a su madre esposada en su propio salón. No la juzgó y decidió concedérselo. Salieron en silencio. En el coche, lejos de la mirada del chico, Blanca extendió las muñecas sin que se lo pidieran.

El protocolo es siempre el mismo: calabozos, declaración, prisión provisional. La maquinaria judicial triturando vidas con eficiencia mecánica. En unas horas, Blanca sería un número de expediente. Otro caso cerrado en la montaña de papeles que cubre el escritorio de Mónica.

Debería haber sido así de simple.

Y así habría sido si Mónica hubiese completado ese camino hasta el coche y punto. Si no se hubiese detenido a mirar atrás, todo habría terminado. Ya tenía las respuestas. Manuel se zumbaba a Alicia y la dejó embarazada. Blanca se enteró y mató a Alicia por celos. Y Pablo, con un trauma enquistado —el de la noche en que la vida de su hermanastra se truncó delante de sus narices—, se cruzó con un violador y lo mató a golpes la misma noche en que Alicia murió. Darío, ciego de dolor, confundió a Pablo con el asesino de su hija y le pegó un tiro. Una injusticia, pero así son las cosas a veces.

Pero Mónica se detuvo antes de meterse en el coche con Blanca. Algo la frenó. Se sentía responsable. Por eso se volvió y alzó la vista hacia la ventana del primer piso.

De nuevo, allí estaba Adrián. Una silueta inmóvil recortada contra la luz amarillenta del interior. Observaba cómo llevaban detenida a su madre, de la misma manera que, solo unas horas antes, había contemplado desde la ventana del instituto cómo esposaban a su padre.

Dos arrestos en un día, que quedará marcado en el calendario de ese chico para siempre.

Mónica se frota los párpados con los nudillos. Pero la imagen no se borra.

Empieza a repasar las cosas que Manuel, con los ojos inyectados en sangre, les dijo en el interrogatorio acerca de su relación con Blanca.

Relaciona los datos, los sopesa.

*No conocéis a Blanca.*

Lo dijo convencido. Y Mónica quiso creérselo. Necesitaba creérselo. Esas palabras la absolvían, la liberaban de cualquier sombra de culpa. Blanca era una asesina. Ella no estaba privando a dos adolescentes de su madre; estaba desenmascarando a una criminal. Solo cumplía con su maldito trabajo.

Pero entonces, ¿por qué no acaba de creérselo?

Se mece en la silla, dejando que las piezas se reordenen en su cabeza.

Para empezar, está el tema de las amenazas, ese maldito juego sucio de cartas anónimas. Blanca las envió con un propósito. Mónica había comprado la versión fácil: Blanca queriendo vengar lo de Noelia, un intento de exponer lo del verano del 2000. La confesión de los pecados para aliviar el alma. Pero es una hipótesis algo vaga que a Mónica no termina de encajarle.

Respira hondo.

La segunda teoría se abre paso como un cuchillo entre las costillas: Blanca necesitaba enturbiarlo todo. Remover cielo y tierra hasta que la lista de sospechosos fuera tan larga que nadie pudiera ver el bosque. Pablo, Noelia, Mariví, Rafael, Manuel… todos bailando

en el radar policial mientras la verdad permanecía oculta. Pero ¿por qué perjudicarse? Eso solo habría tenido sentido si ella no hubiera estado implicada en lo ocurrido en el 2000.

Pero sí lo estuvo.

Mónica deja escapar el aire entre los dientes. Sus manos se aferran a los reposabrazos de la mecedora.

Decide dejar las amenazas a un lado y volver a la muerte de Alicia. Blanca no estaba enamorada de Manuel. Su matrimonio le importaba más bien poco. Si seguía casada era por dinero, no por amor. Entonces, ¿matar a Alicia por celos? Una mujer pragmática como ella habría destrozado a Manuel de forma legal: una denuncia por corrupción de menores, el escándalo mediático, el divorcio millonario. Limpio y eficaz.

Entonces, ¿por qué matarla? ¿Por qué ensuciarse las manos?

«Vuelve al origen —se ordena—. Vuelve siempre al cadáver.»

La autopsia de Alicia era incompleta y poco vinculante debido al tiempo transcurrido desde su muerte hasta el hallazgo del cadáver. Aunque el forense no pudo asegurar que no hubiera heridas de bala o cortes profundos producidos con arma blanca, lo cierto es que no había evidencias de que fuese así. Ciñéndose estrictamente a la autopsia, Alicia murió por un fuerte impacto en el cráneo. Eso coincide con la versión de Blanca:

*Había un barranco… Cuando vi que Alicia había dejado de gritar, creí que se había desmayado por la caída… La chica estaba muerta.*

Pero también cabe la posibilidad de que Blanca mintiera —¿por qué motivo? Mónica deja la pregunta en el aire—. Una chica borracha tropezando en la oscuridad, golpeándose la cabeza contra una piedra. Perfectamente plausible.

«Vale, Mon, pero alguien tuvo que mover el cuerpo para esconderlo», se rebate.

Blanca confesó haber metido el cuerpo en el maletero. Se lo llevó lejos. Y Mónica también pondría eso en duda si no fuera porque Pablo habló de unos faros, de un tanque (el Range Rover) y de los ojos aterrados de una mujer.

Hace por lo tanto un check mental: Blanca transportó el cadáver de Alicia y lo escondió.

Sin embargo, eso no significa que ella la matara.

Mónica se detiene. La mecedora chirría hasta quedar inmóvil.

Si Blanca no mató a Alicia, ¿por qué arriesgarlo todo ocultando el cadáver? ¿Por qué confesar un crimen que no cometió?

La pregunta ha estado presente en su subconsciente desde que su mirada se cruzó con la de Adrián.

La primera intuición, la que le indica que ha cometido un error con Blanca, ha permanecido latente en Mónica desde ese momento.

Pero nunca ha desaparecido del todo.

Contempla a Jamie dormido. Su pecho se hincha de una emoción primitiva, visceral. Y de pronto lo comprende.

Haría cualquier cosa por él.

Y Blanca también.

*De mujer a mujer*.

Solo que, en el fondo, quería decir…

*De madre a madre.*

El corazón de Mónica empieza a latir a doble velocidad.

*Es un buen chico,* dijo Blanca con una sonrisa quebrada.

Mónica asiente en silencio. Cierra los ojos y la escena se dibuja sola con una certeza cruel y desgarradora: Adrián en las fiestas de Sanse, dieciocho años y demasiado alcohol corriendo por sus venas. Los chicos no son tontos. Se enteran de todo: las peleas a medianoche, los portazos, las lágrimas contenidas. Mónica lo vio en el rostro de ese chico la primera vez que pisó esa casa. Allí, agazapado en la escalera, suplicando ayuda en silencio. Adrián sabía lo de su padre y Alicia. Sabía del embarazo. Compartía pasillo de instituto y curso escolar con Alicia, así que no es descabellado. Tal vez la oyó llorando en el baño y sintió curiosidad, o a lo mejor la pilló contándoselo a Marta o a alguna otra amiga. Los muchachos son descuidados.

Para un adolescente, que tu padre deje embarazada a una compañera de instituto es algo así como el apocalipsis: la humillación pública, la destrucción de su familia, el fin de todo lo conocido.

Mónica puede verlo: borracho, furioso, con la rabia de un chico que ha visto demasiado. Ve pasar a Alicia, sola, separada de sus

amigas. Una chica guapa que llama la atención, que estudia en la clase de al lado. Y se acerca a hablar con ella.

No quiere matarla, claro. Solo hablar, quizá suplicarle que no destruya su familia. Pero ella se cierra en banda. Lo ignora y sigue su camino. Eso enfurece a Adrián aún más. Herido en su orgullo, tal vez él eleva el tono de voz, incluso levanta el puño. Ella se asusta. Intenta marcharse corriendo, pero él no la deja. Forcejean. Alicia tropieza, cae y se golpea la cabeza.

Un accidente que lo cambia todo.

Mónica intenta ponerse en el lugar de ese pobre chico aterrado al ver que Alicia no responde, que no le encuentra el pulso en el cuello.

El teléfono suena en la madrugada. Una voz quebrada: *Mamá, ayúdame.*

Mónica deja escapar el aire. ¿Habría hecho ella lo mismo por Jamie? Alarga la mano hacia la cuna y acaricia la mejilla tibia de su hijo.

—Habría matado por ti —susurra, y algo se desploma dentro de su pecho.

Adrián se lo contó todo a su madre; lo de la muerte accidental y lo del embarazo. Blanca tuvo que elegir en segundos: su vida o la de su hijo. Y eligió como eligen todas las madres.

*Mis hijos me necesitaban viva*, dijo.

Hasta Andrés lo ha entendido:

*Es lo mínimo que puedo hacer por ella.*

Eso hacen los padres. Guardan silencio. Mienten. Se sacrifican. Matan si es necesario.

Mónica se levanta de la mecedora con las piernas temblorosas. Su teoría suena increíble, y al mismo tiempo, verosímil; tanto que ahora le cuesta sopesar otra posibilidad. Asimismo, comprende que jamás lograría demostrar nada de lo que sospecha. Y tal vez no fuese de utilidad para nadie. Si reabre el caso, si señala a Adrián, el sacrificio de Blanca habrá sido en vano. El chico irá a prisión. Se han destrozado ya tantas vidas, que nadie saldría ganando con destruir una más.

Regresa al dormitorio donde Andrés duerme ajeno a la tormenta que la sacude. Se desliza bajo las sábanas, sabiendo que no dormirá

en toda la noche.

Cuando salga el sol, tendrá que elegir.

Puede preparar el desayuno, despertar a Andrés con un beso, pedirle disculpas. Llamar a Mercedes para ir a ver ese maldito vestido.

Y guardar silencio sobre lo que realmente pasó la noche del 25 de agosto.

Porque, a veces, la justicia no reside en los tribunales. A veces vive en las decisiones que una madre toma para proteger a su hijo, en saber cuándo apartar la mirada.

Y a veces la verdad es un lujo que no todos pueden permitirse.

Cierra los ojos y espera el amanecer, con el peso de una decisión que definirá quién es realmente: ¿la policía que siempre fue, o la madre en la que se ha convertido?

Por primera vez en mucho tiempo, tiene claro cuál será su elección.

¿Quieres reservar la próxima novela de Mónica Lago?
HAZ CLIC AQUÍ, o pasa la página...

# GRACIAS POR LEER “EL PRECIO DEL SILENCIO”

Si has disfrutado de la novela, no olvides dejar tu comentario al final de este ebook o en la página de compra de Amazon. Tu opinión es importante para mí. Te estaré muy agradecido y ayudará a que otros lectores conozcan la historia.

**Escribe tu opinión**

# AGRADECIMIENTOS

Por extraño que pueda parecer, la de agradecimientos es una de las secciones de un libro que más me cuesta escribir. Repasando novelas anteriores, me doy cuenta de que siempre doy las gracias a las mismas personas, y además no es fácil expresar con palabras toda la gratitud que siento.

Si eres autor, es posible que me entiendas. ¿O no? ¿Soy el único al que le pasa?

Retrocedo entonces a mi adolescencia (tan distinta a la de Adrián, porque yo fui un chico feliz). Desde niño fui un obsesivo que no tenía mucho interés en el mundo real, me gustaba más el mío. Pasaba mucho tiempo libre encerrado en mi cuarto. Casi todo el tiempo lo pasaba leyendo y mirando al techo. Sobre todo, mirando al techo. Por placer. Horas y horas allí, haciéndolo todo, soñando. Siempre soñaba lo mismo: o ser un director de cine famoso, o un guionista famoso o un escritor famoso. Vivir de escribir y vender miles de libros, en definitiva. No paraba de soñar con aquello. Una y otra vez.

Y en todos mis sueños había una chica conmigo, en todos. No existía esa chica, no era ninguna chica del barrio ni una conocida ni nada de eso.

Solo era una chica con la que soñaba. No tenía una forma concreta, ni un rostro concreto. Solo sabía que era la más bonita del mundo. Mi musa. La mujer de mis sueños. Solo eso. Todo eso.

Cada anochecer me quedaba mirando al techo para pensar en mis sueños, historias surgidas en mi cabeza, la literatura y la chica. Siempre era igual y jamás me cansaba de soñar lo mismo una y otra vez.

Hoy no creo que sea un escritor famoso. Lo de vender miles de libros va por el buen camino. Pero la chica... a ella hace tiempo que la encontré. Y lo mejor de todo es que ella salía en mi sueño porque tenía que estar allí. Hoy tiene nombre (Silvia) y un rostro, y sin ella no podría escribir todas las apasionantes historias que escribo.

Gracias por meterte en mis sueños y quedarte para siempre.

Uff…

Ahora que he tomado carrerilla, toca seguir.

Quiero volver a dar las gracias a Alfonso, mi corrector y lector beta. Sus afilados comentarios evitan desastres, como esa escena en la que Manuel estuvo a punto de empotrar a Paula contra una inexistente mesa de... vóley. ¿Mesa de vóley? ¿En qué estaba pensando ese día? Por suerte, Alfonso lo cazó al vuelo y me obligó a cambiarlo por una mesa de ping-pong. (Gracias por salvar el libro, amigo).

A mi madre, con quien hablo todos los días. Ella quiere que reduzca el número de personajes, y juro que lo intento, pero no es fácil. Tal vez a la próxima, mamá.

A Fer, Itzi y Lucía, porque solo una buena partida al "Virus" consigue que me olvide de las páginas por un rato.

Y, por último, a vosotros, mis lectores. Vuestro calor diario, vuestros comentarios y mensajes son gasolina para seguir soñando y escribiendo. No hay nada comparable a la sensación de saber que mis palabras os acompañan.

Nos leemos en el próximo libro, el próximo mail, la próxima publicación…

¡Hasta la próxima!

# UN LIBRO GRATIS

Antes de que te vayas, un nuevo recordatorio: lee gratis este libro de intriga que ya ha removido miles de corazones. La conmovedora y misteriosa historia ya acumula más de 7.000 reseñas en Amazon.

**DESCARGA TU LIBRO GRATIS**

# ACERCA DEL AUTOR




En septiembre de 1985, nací en España. Treinta y seis años después gané el Premio Literario Amazon Storyteller con la novela *Entre líneas*. Desconozco si llegarán más premios, pero no me importa demasiado mientras me lo pase en grande poniendo en apuros a mis protagonistas desde mi escritorio con vistas a la sierra de Madrid. Siempre que nuevas ideas sigan haciendo cola en mi cabeza clamando por salir, seguiré haciendo lo que más me apasiona.

Vivo con Silvia, mi mujer, la verdadera artífice de las mejores ideas pero demasiado humilde para admitirlo públicamente, y Yoda, mi perezoso perro mestizo que se asegura de que su dueño no procrastine.

En 2025 me estrené en el mudo editorial con la novela *No puedes ser tú*, publicada por Planeta Espasa.

**www.luisalbertosantamaria.com**

Sígueme en redes sociales:

